

Koral Stanford

Crossboots
#1

Uno
entre
diez
mil

D.J.57

Cualquiera en su sano juicio
se habría vuelto loco por ti.

–Orgullo y prejuicio–
Jane Austen

Prólogo

30 de octubre

En un momento, todo mi alrededor se volvió negro.

Dejé de sentir.

Mi cerebro dejó de pensar.

Y mis ojos dejaron de ver igual que, momentos antes, mis oídos habían dejado de escuchar.

El impacto de aquellas palabras inesperadas golpeó mi interior como si me hubieran disparado una bala y se hubiera incrustado en un lugar vital de mis entrañas. Me dejaron una herida invisible de la que, en ningún momento, ni me planteé si se podría curar.

Esa tarde, la alarma sonó a las seis menos cuarto. Hacía dos horas que había regresado a casa y había decidido pasar ese rato delante del ordenador.

Hacía cuatro años que me había licenciado en Tecnologías de la Información en la Universidad Estatal de San Francisco. Después, decidí hacer un curso de Diseño Gráfico y enfoqué mi especialidad para crear páginas web. Gestionaba mi trabajo desde donde quería –siempre que hubiera una red wifi a la que conectarse– y podía decidir en qué momento quería dedicar el tiempo a mi trabajo. Aunque se lo dedicaba muchas más horas de las que lo necesitaba.

Estaba intentando terminar un encargo que había dejado pendiente aquella mañana. Pero no me concentraba. Así que agradecí aquel pitido que me indicaba que podía empezar a prepararlo todo.

Derek llevaba tres días fuera de casa por trabajo. Había ido a Miami para asistir a una conferencia sobre nuevas técnicas de cirugía en el campo oftalmológico en el que él se había especializado. La miopía. A media mañana, me había mandado un mensaje diciéndome que a las siete estaría cruzando la puerta de nuestro apartamento.

Cerré el ordenador y me fui al baño. Quería sumergirme bajo el agua

caliente de la bañera antes de preparar la cena.

Esa noche, quería celebrar su vuelta de forma diferente.

Un rato después, me encontraba en la cocina precalentando el horno. De esa manera, un cuarto de hora antes de las siete, podría meter el salmón marinado para que estuviera listo a su hora.

Entonces, preparé la mesa.

A no ser que algo lo impidiera, siempre cenábamos juntos; pero no solía haber florituras en la mesa. A la par, siempre había plato, cubiertos, vaso y servilleta de papel sobre el tapete que cubría la pequeña mesa de nuestro apartamento.

Pero, esta vez, iba a ponerle más atención de lo habitual.

Puse el mantel decorativo que mi madre me regaló un día en una de sus escasas visitas. Puse los cubiertos encima de las servilletas de tela que formaban el conjunto y coloqué la vajilla con cuidado. Luego, alineé bien las copas de vino dejando un espacio en el medio y me acerqué a la estantería del salón. Cogí una pequeña vela decorativa y la puse en el centro de la mesa. Después, volví a la cocina y preparé la ensalada que acompañaría nuestro pescado.

Cuando terminé, me fui a la habitación y me vestí algo más elegante de lo que era usual en mí.

Sustituí mis cómodos vaqueros por unos pantalones negros de tela fina y con el tiro recto. Cambié mis gastadas camisetitas de algodón por un top de color plateado brillante y con el escote delantero en pico. Luego, me calcé unas bailarinas planas negras en vez de mis zapatillas deportivas.

Cuando terminé de peinarme, me miré en el espejo. No estaba maquillada. Ni pensaba hacerlo. Odiaba el maquillaje. Había aprendido a utilizarlo para cuando fuera necesario pero, esa tarde, no lo era. Quería que Derek viera mi rostro sin que nada ocultara la expresión de mi cara.

Y todo estaba saliendo tal y como lo había planeado.

Estaba deseando verle de nuevo.

Ansiosa, regresé a la cocina para poner el salmón dentro del horno. Solo faltaba un cuarto de hora y esperaba que Derek no se demorara por culpa del tráfico de San Francisco.

Cogí la botella de vino tinto que había comprado por la mañana y la descorché. Después, la puse sobre la mesa y encendí la vela. Luego, miré alrededor del apartamento y suspiré.

Todo estaba en orden y había conseguido el ambiente cálido que me había propuesto.

El horno avisó de que ya estaba hecho el pescado, así que me acerqué y paré la temperatura después de comprobar que el salmón estaba en su punto.

Entonces, sonó el timbre de la puerta.

Sacudí la cabeza con una sonrisa. Derek se había vuelto a dejar las llaves en casa.

Me acerqué a la puerta y abrí decidida diciendo:

—Algún día no te abriré la puerta y...

No pude continuar con mi regañina. Si hubiese sido Derek el que estuviera frente a mí, ya me habría regañado por abrir sin mirar antes por la mirilla. Todavía no había conseguido tomarme en serio ese hábito.

Pero no era él quien estaba al otro lado de la puerta, sino dos policías enseñándome sus placas.

—Buenas noches, señorita —dijo uno de ellos.

—Disculpe las molestias, pero... —dijo el otro— ¿es este el apartamento que el señor Derek Bramson consta como uno de los titulares?

—Sí, Agente. Es aquí —contesté mirándolos incrédula—. Pero todavía no ha llegado. Precisamente, creía que era él quien llamaba.

—¿Es usted quien consta como segundo titular... —preguntó el policía que había saludado primero. Titubeó un poco pero, luego, terminó—, Abigail Sheppard?

—Sí, la misma.

Y, ante la incertidumbre de su presencia allí, empecé a ponerme nerviosa por el interrogatorio.

Cuando los nervios me atacaban ante cualquier interlocutor que tuviera delante, solía soltar una buena parrafada.

—¿Ocurre algo con el apartamento, Agente? No debemos ningún mes de alquiler. Yo misma soy quien controla ese gasto. Ya sé que tuvimos un problema el mes pasado pero fue una confusión por el cambio de banco. Ahora está todo solventado y...

Dejé de hablar cuando me di cuenta de que los policías se miraban el uno al otro con expresión fúnebre.

—Srta. Sheppard —dijo el primero tragando saliva—, no estamos aquí a causa de su alquiler. El motivo de nuestra visita es... para informar de que Derek Bramson ha fallecido hace media hora en un accidente de tráfico. Un camión ha invadido el carril contrario...

Mis oídos dejaron de escuchar cualquier palabra a pesar de seguir viendo cómo el agente seguía moviendo los labios de su boca. Después, sentí un mareo del que solo pude reaccionar agarrando más fuerte el pomo de la puerta que no había dejado de sujetar en todo ese tiempo. Luego, mi respiración se cortó e inhalé fuerte porque sentía que no me llegaba el aire en los pulmones.

Cuando vi que el otro agente daba un paso hacia delante, fue lo último que pude percibir con mis sentidos.

En un momento, todo mi alrededor se volvió negro.

Y el suelo del apartamento se encargó de que la caída de mi cuerpo no llegara a lo que yo creí que era un pozo sin fondo.

Capítulo 1

Seis meses después

Respiré hondo y fijé la vista hacia el claro azul del cielo. Debajo del avión, las nubes creaban infinitas formas. Me recordaron las veces en que mi madre y yo intentábamos adivinar figuras con ellas. Mientras que ella había visualizado perros, corazones, elefantes, caras, gnomos, carros y otras tantas, yo, a día de hoy, solo había conseguido distinguir una ballena y muchas montañas de falso algodón.

El vuelo de San Francisco a Dallas había despegado puntual y me encontraba en el asiento que estaba junto a la ventana.

Quince minutos después, no había dejado de pensar en todo lo ocurrido desde la noche anterior.

Tom golpeó la puerta de mi habitación con los nudillos de su mano y entró con el mismo sigilo y precaución de siempre. Pero, esta vez, la diferencia era que en su mano se hallaba la carta de desahucio que, horas antes, yo había leído y abandonado encima del mueble de la entrada de mi apartamento.

Se acercó a la mesita de noche contraria a mi lado y la depositó allí. Luego, se tumbó de lado frente a mí y nos miramos a los ojos sin decirnos nada durante un largo tiempo.

—Ha llegado el momento de que regreses a Crossboots, Abby —dijo Tom en un tono suave pero firme.

Cogí aire aspirando fuerte y lo solté aún nerviosa.

—Si me alejo de ti, no solo me voy a sentir perdida Tom. —Unas lágrimas resbalaron por mi rostro—. Sin ti a mi lado, me voy a derrumbar.

Tom me acarició la mejilla en un intento de borrar las lágrimas que fluían por mi cara.

—Ya sabes que a nosotros nos sobra una habitación entera en nuestro apartamento. Pero llevo seis meses viendo cómo te estás hundiendo y yo no he sido capaz de reanimar a mi valiente y decidida mejor amiga —dijo él frustrado—. Estoy muy preocupado, Abby. Y creo que Mike y tu madre son lo mejor para ti en estos momentos. Después, siempre tendrás la oportunidad de volver aquí.

Aunque me lo había estado negando todo este tiempo, lo cierto era que deseaba estar cerca de ellos. En los últimos ocho años, solo nos habíamos visto apenas unas seis veces. Las dos últimas habían marcado un antes y un después en mi vida.

—La verdad es que les echo muchísimo de menos —tragué saliva porque tenía la boca seca— pero ya sabes cómo detesto ese maldito pueblo y a la gente de ese lugar.

Tom me sonrió.

—¿Desde cuándo te ha preocupado a ti eso? —preguntó como queriéndose reír pero sabiendo que no era un buen momento.

Me quedé en silencio pensando en la evidente respuesta. Nunca.

O eso creía entonces...

—¿Sabes una cosa? —insistió Tom.

Alcé la mirada hacia la suya.

—¿Qué?

—Sé que pensarás que estoy loco... —me rodeó con los brazos y me acunó en su pecho— pero creo que te vendrá bien tanto Crossboots como su gente.

—Tienes razón —corroboré sorprendida—. Estás loco.

Después, volvimos a quedarnos en silencio.

Pasé la noche en los brazos de Tom, mi mejor amigo desde que tenía seis años.

Cuando me levanté por la mañana, una taza de humeante café me esperaba en la mesa de la cocina y me senté frente a Tom que estaba saboreando su propio brebaje.

—Ya está todo arreglado —dijo señalando un sobre encima de la encimera—. Ese es tu billete de avión. He hablado con el arrendador y me ha dado tres días para que vacíe el apartamento. Guardaré lo más importante en mi casa y el resto lo almacenaré en un box de alquiler por si quieres recuperar o vender lo que sea. Nos comunicaremos por video-llamada, mensajes y teléfono. Que estés lejos, no significa que vayamos a perder el contacto. Si

veo que no logro saber nada de ti, aunque sea a través de mis padres, el que va a volver a Crossboots seré yo, ¿entendido? —me amenazó señalándome con el dedo índice.

Asentí suave con la cabeza y sin rechistar.

—También te he preparado la maleta. —Ese detalle no era nada nuevo. Tom sabía cómo odiaba tener que hacer las maletas—. Y te llevaré yo, personalmente, al aeropuerto.

Era la primera vez que Tom me hablaba de forma tan resuelta. En estos últimos meses, todo me afectaba más por mi decaído estado de ánimo. Mi subconsciente lo sabía. Pero Tom me había sorprendido tanto, que empecé a plantearme si estaba viendo el mundo del revés. No era porque creyera que él no pudiera hacerse cargo de todo, tal y como lo había hecho, sino por la manera en que se me había dirigido: tenaz, decidido y firme.

Quizá Tom había madurado más de lo que yo había percibido durante estos últimos ocho años. Pero, justo en ese momento, fue cuando me estaba dando cuenta de ese cambio. Habíamos estado siempre juntos. Sin embargo, yo había dedicado mis energías en busca de mi propia felicidad.

Una felicidad que me habían arrebatado.

Una vez en el aeropuerto, Tom y yo nos abrazamos sin saber cuándo lo haríamos la próxima vez.

—Gracias, Tom —dije al escuchar el aviso de mi vuelo por los altavoces—. Va a ser muy raro estar allí sin ti.

—Todo saldrá bien, Abby —dijo cariñosamente y empujándome con delicadeza hacia la puerta de embarque.

Avancé siguiendo la cola de las personas que me acompañarían en ese viaje; con quienes las probabilidades de volver a encontrarnos eran nulas o casi imposibles.

Miré hacia atrás por encima del hombro y vi que Tom mantenía la vista fija en mí. Su mandíbula apretaba los dientes casi imperceptiblemente y mostraba una triste sonrisa en su preciosa cara pecosa.

Él se quedaba en San Francisco.

Yo volvía a casa.

Y lo hacía sola.

Apoyé la cabeza en el asiento del avión y cerré los ojos. Tenía que intentar conciliar el sueño aunque solo fuera por un rato. Faltaban unas tres horas de vuelo para llegar a Dallas y era el mejor momento para ese propósito.

Podía ponerme los cascos para escuchar música, mirar la película que ponían en la pantalla, leer e incluso perderme por las aplicaciones del móvil.

Sin embargo, llevaba meses durmiendo a intervalos cortos a lo largo del día y de la noche. Y era el mismo tiempo en que había decidido prescindir de cualquier medio de comunicación audiovisual. Huía de las malas noticias y asuntos turbios que pudieran empeorar mi malestar porque el peso de mi propia desdicha era suficiente con lo que tenía que lidiar.

Lo había perdido todo.

Además, ese sentimiento de no pertenecer a ningún lugar había vuelto. Y esa sensación había aumentado haciendo que me sintiera aún peor, dejándome más perdida y confundida que antaño.

Pero solo me quedaban Tom y mi madre.

Y, después de seis meses, Tom poco había podido hacer por mí.

Así que, ahora, regresaba a casa de mi madre porque mi cuerpo seguía manteniendo ese estado de shock que me impedía recuperar la capacidad de decisión y reacción.

Viendo esto, Tom me había repetido un montón de veces que alguien tenía que cuidarme. Y, aunque no me lo dijo abiertamente, sabía que había hablado con mamá.

No hacía falta ser adivino para saber que ella estaba deseando tenerme a su lado. Ya me lo había sugerido desde el primer momento. Pero yo me negué tantas veces como me las pidió.

De todas las opciones a las que podía recurrir, la última que deseaba era la de volver a Crossboots, Texas. Pero era eso o terminaría en la calle como una indigente más de San Francisco y mi madre jamás me lo perdonaría.

Sin embargo, aunque ahora volvería a sentir el calor y el arrobo de mamá, seguía sintiendo que nada podía ayudarme.

Estaba completamente hundida.

Por fin, el ruido que emitía el motor del avión hizo su efecto y me quedé dormida hasta que el aparato aterrizó en Dallas a la hora prevista.

Recogí la maleta de la cinta transportadora y me dirigí hacia la enorme sala donde los seres queridos recibían a los recién llegados.

De un solo vistazo, localicé a Mike.

No fue difícil. Además de ser un hombre muy alto, era el único que iba vestido con el uniforme de ayudante del sheriff del Condado de Grayson. Y su brazo derecho estaba rodeando los hombros de mi madre.

Algo en mi interior se removió.

Verlos juntos y acaramelados me recordó todas las veces que deseé que Mike fuera mi padre.

Mamá se deshizo de Mike en un impulso rápido para llegar a mi lado lo antes posible y me ofreció su gran abrazo maternal.

Había echado mucho de menos aquella sensación de sentirme bajo la protección de la persona que me había cobijado bajo su ala hasta que cumplí los dieciocho años.

Nunca me faltó el cariño y el apoyo que una madre debería tener con sus hijos a pesar de las decisiones que uno pudiese tomar por su propia supervivencia. Ella fue mi calor y mi sombra en cada momento importante de mi vida y estaba claro que todavía seguía siéndolo.

—Bienvenida a casa, hija —suspiró en mi oído.

—Gracias, mamá —dije cerrando los ojos y aferrándome entre sus brazos.

Mi madre se separó sin quitarme las manos de los hombros y me observó con esmero.

—Vámonos a casa —dijo—. Debes estar cansada del viaje y estoy deseando que te instales.

Mike se acercó a nosotras para saludarme con el afecto que siempre me había demostrado. Me dio un gran abrazo y se encargó de mi maleta.

Luego, los tres salimos directos del abarrotado aeropuerto hacia la calle.

El coche patrulla que siempre conducía Mike estaba aparcado frente a la puerta de salida rodeado de taxis. Sin darme cuenta, mis labios se elevaron mostrando mi primera sonrisa sincera —después de tanto tiempo— porque sabía que Mike estaba utilizando las ventajas de su trabajo. Hubiese podido aparcar en el gran edificio de pisos designado al estacionamiento como hacía todo el mundo. Sin embargo, salir por la vía rápida era muchísimo mejor y él aprovechaba a conveniencia cualquier oportunidad que le mejorase la vida.

Mike no era un holgazán pero tampoco era tonto.

Cuando los tres nos subimos al coche para sentarnos en su interior, él arrancó el motor y emprendimos el camino hacia Crossboots, dirección norte, hacia el Condado de Grayson.

Una hora y media larga en coche era lo que duraba el camino hasta casa. Le había mandado un mensaje a Tom para decirle que había llegado bien y que ya me encontraba junto a Mike y mi madre.

Solo hacía pocos minutos que habíamos abandonado el aeropuerto de Dallas cuando Tom me respondió diciéndome que estaba en pleno desalojo de mi apartamento.

Un estremecimiento de dolor me recorrió el cuerpo.
“Mi apartamento de San Francisco..., que ya no lo es”, pensé.

Abby-6 años-Junio

La primera vez que mi vida dio un giro de ciento ochenta grados hacía una semana que acababa de cumplir los seis años. Fue una mañana de sábado en pleno verano y fue el último día que pasé en casa de los Sres. Ferguson.

Ellos vivían en el apartamento que estaba junto al nuestro en Kansas City, Misuri. Hacía cuatro años que nuestros vecinos se habían instalado allí.

La razón de que yo pasara tanto tiempo en ese apartamento surgió de la primera visita que les hicimos. Cuando la Sra. Ferguson nos abrió después de que mi madre llamara a su puerta para presentarse, yo me solté de su mano.

En ese entonces, todavía daba algunos gateos mientras hacía mis primeros pasitos. Así que esa casa era un nuevo sitio donde explorar.

Allí me encontré una habitación llena de juguetes además de un niño con el que jugar. Se trataba de su hijo Matt que tenía dos añitos, los mismos que yo.

Mamá me contó ese encuentro tantas veces, que muchas noches le pedía que me lo repitiera como un cuento para ir a dormir.

Desde entonces, pasé esos años de mi infancia más tiempo en casa de los Sres. Ferguson que en la mía propia mientras mi madre cubría sus turnos de trabajo.

Matt y su madre, Maggie, se convirtieron en mi segundo hogar.

Pero llegó el día en que todo cambió.

Esa mañana, mamá apareció por la puerta de la habitación de juegos antes de la hora habitual.

Entrando, se encontró a Matt atado con una cuerda en un poste de su cama. Él llevaba sus zahones de vaquero favoritos cubriendo sus pequeñas piernas. Y yo tenía una flecha de juguete en la mano a punto de ser lanzada, me había colocado unas plumas de indios cubriéndome la cabeza y las había atado en las patillas de mis gafas de pasta.

—Abigail, cariño, tenemos que irnos —dijo mi madre apremiante.

—Pero, mamá, estoy a punto de matar a Matt —le repliqué resoplando con fastidio—. Por fin he conseguido tenerlo prisionero y ya no puede escapar.

—Oh, cariño. De verdad que lo siento mucho pero no tenemos tiempo. Hay que hacer un montón de paquetes y maletas porque nos vamos de viaje.

Con seis años y una flecha en la mano, esa noticia no era algo que yo pudiera entender. Sobre todo, porque nunca habíamos ido de viaje.

Aun así, dejé caer la flecha al suelo.

—Vale, mamá —obedecí—. Hasta mañana, Matt. Cuando vuelva de viaje, te mataré.

Pero, al día siguiente, después de un largo día de empaquetar y descartar enseres, me quedé con el triste recuerdo de los llantos de mamá y Maggie al despedirnos mientras preparábamos el coche para nuestra marcha.

Al ver cómo lloraban desconsoladas, me juré que no prepararé ni una maleta más.

Dejamos atrás Kansas City y emprendimos el largo trayecto que cambiaría nuestras vidas para siempre.

Después de unas cuantas horas de recorrido y algunas paradas por el camino, hubo un momento en el que intenté descubrir por qué estábamos sentadas en el coche tanto tiempo.

—Entonces..., ¿esto no es una excursión? —pregunté mientras miraba el paisaje por la ventana del coche—. ¿Ya no volveremos más a casa?

—No, cariño. Nos vamos a vivir a otro lugar.

Mamá me contó que se había quedado sin trabajo porque el dueño del restaurante italiano había vendido el edificio de dos plantas del que era propietario. Ella trabajaba allí de camarera desde hacía muchos años pero, sin que eso importara, un inversor inmobiliario quería construir un nuevo edificio. De esa manera, su ex jefe había logrado un pequeño apartamento en el mismo lugar donde residía y una jubilación anticipada.

Había cerrado el restaurante de un día para otro.

—¿Y por qué no puedes buscar otro trabajo en Kansas? —pregunté—. Yo quiero jugar con Matt.

Por mucha historia que mamá me contara, yo seguía sin entender nada.

—Oh, cariño, lo sé y lo siento muchísimo. Pero estoy convencida de que nos vendrá bien cambiar de ciudad. Nunca se sabe cuándo puede aparecer otra oportunidad para conocer otros lugares. Además, tú harás nuevos amigos y yo encontraré un nuevo trabajo —contestó mientras conducía atenta a la carretera—. Ya lo verás. Confía en mí. Todo saldrá bien.

Luego, me ofreció una parca sonrisa a través del retrovisor.

Me la quedé mirando durante largo rato. No comprendía la decisión que ella había tomado.

De esa manera, me quedé dormida poco después con el traqueteo del motor.

Unos suaves meneos en el hombro me despertaron.

—Cariño, ¿tienes hambre?

Desorientada, me desperecé y miré por la ventanilla del coche. Me re Coloqué las gafas que se habían desubicado y cubrían mi frente en vez de mis ojos.

Mi madre había estacionado delante de una cafetería-hamburguesería que tenía un gran cartel donde se leía “Molly’s Bar” con letras de neón muy grandes.

—Sí, tengo mucha hambre. ¿Puedo pedir extra de queso para mi hamburguesa?

—¡Claro que sí! Vamos, yo también estoy hambrienta.

Entramos atraídas por el delicioso olor que desprendía la cocina. En el local, solo había un par de mesas tomadas. Una de ellas estaba ocupada por dos hombres de avanzada edad que jugaban a las cartas mientras tomaban una taza de café. Al otro lado, más alejado, un matrimonio con su hijo gozaban de un copioso almuerzo. Parecían disfrutar de un domingo en familia.

—Ven, Abigail. Vamos a sentarnos en la barra.

—¿Por qué? Hay un montón de mesas libres.

—Porque no vamos a tardar mucho en irnos.

Una mujer, algo más mayor que mi madre, salió a recibirnos de inmediato con una gran sonrisa. Pegada a su pecho, llevaba una pequeña placa identificativa donde se leía Molly. Nos sirvió zumo y café y anotó nuestro pedido.

Poco después, dos grandes y jugosas hamburguesas estaban frente a nosotras listas para comer.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Molly cuando le hincaba el segundo mordisco a mi sabrosa hamburguesa. Parecía hablar para sí misma, mirando hacia la ventana y con la mano apretada en su generoso pecho—. ¿Cómo voy a atender yo sola a tanta gente?

Mi madre y yo miramos en la misma dirección que Molly señalaba con la otra mano. Un gran autocar acababa de estacionar ante nuestros ojos y un montón de turistas estaban descendiendo y encaminándose hacia la cafetería.

—¿Quiere que la ayude? —se ofreció mamá.

Molly giró su cabeza hacia nosotras sorprendida.

—¿Tienes experiencia de camarera, jovencita? —preguntó Molly a mi madre esperanzada.

—He servido las mesas de un restaurante italiano durante siete años —dijo mamá mirando a su alrededor—. De todas maneras, si necesita ayuda, tampoco tiene mucho donde elegir.

—Llevas razón, querida. Necesito toda la ayuda que puedas ofrecerme. Ayer se despidió la última camarera que ha pasado por aquí. Solo ha durado una semana y todavía no he podido reemplazarla —explicó acercándose a nosotras y apoyando sus brazos cruzados en la barra—. Este autocar hace parada aquí todos los días a esta hora. Los turistas del domingo que entran a almorzar suelen ser muy exigentes y, como hoy hace buen tiempo, entrarán más. ¿Crees que podrás con ellos?

Justo en ese momento, la puerta se abrió. El tintineo de la campanilla avisaba de la llegada de los clientes en masa.

—¿Dónde tiene un delantal, Molly?

—¡Dios te bendiga, hija! —exhaló entregándole el delantal que colgaba de un perchero detrás del mostrador—. Puedes ponerte este. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Bonnie. Y esta es mi hija, Abigail —contestó mamá mientras se abrochaba el delantal. Luego, se giró hacia mí—. Cariño, termínate la hamburguesa y pórtate bien mientras ayudo a Molly. Cuando termine, te recompensaré.

—Si te aburres, puedes entrar en la cocina —me ofreció Molly alegre—. Mi hermana Sally también estará contenta de recibir ayuda.

No esperé la reacción de mi madre. En un santiamén, cogí mi hamburguesa y me colé en la cocina donde una mujer, un poco ancha de cintura, batía unos huevos en un enorme bol.

—Hola —saludé—. ¿Eres Sally?

—Sí, pequeña. Lo soy —contestó sin dejar de batir—. Y tú eres...

—Abigail. Pero mi amigo Matt me llama Abby. ¿Tú quieres ser mi amiga?

—Claro, pequeña —respondió riéndose—. ¿Y tú quieres ayudarme a batir los huevos?

Con la ayuda de Sally, me pasé las siguientes dos horas batiendo huevos, facilitándole un montón de ingredientes, sartenes y cacharros que me había

solicitado.

Además, mamá había conseguido un nuevo empleo.

Fue allí, cerca de una ciudad del norte de Texas, en el condado de Grayson, al lado de la frontera del estado de Oklahoma, donde empezó mi nueva vida.

Una vida que intenté olvidar cuando me marché a San Francisco ocho años atrás.

Capítulo 2

Habíamos dejado atrás el aeropuerto de Dallas y Mike conducía atento a la carretera en completo silencio.

En cambio, mamá intentó distraerme con algunos chismes del pueblo. No es que ella fuera muy cotilla. En realidad, a no ser que fuera algo necesario de comentar, nunca la escuché hablar sobre la vida de nadie antes de aquel preciso momento.

Mi madre trabajaba muchas horas y lo hacía a diez minutos de coche fuera de Crossboots. La hamburguesería de Molly estaba en los alrededores de la ciudad más grande de la zona. Así que, si no era por casualidad, mamá no sabía mucho sobre la gente de donde ella residía. Y si lo sabía, no lo decía.

Tal vez fuera por mi ausencia de años lejos de allí o, a lo mejor, era porque yo estaba muy callada pero, ahora, parecía que necesitaba ponerme al corriente.

—La Sra. Tyler se rompió el brazo bajando las escaleras de su porche. Estaba sola en casa y nadie supo del suceso hasta que su hijo Mark la llamó por teléfono. Al ver que no le contestaba, fue a visitarla y se la encontró al pie de las escaleras con el brazo entre los peldaños.

Mamá se tapó la cara con las manos sacudiendo la cabeza, como un lamento de horror o como si aquello le hubiese ocurrido a ella.

“Mark Tyler..., la espina más grande del tallo de una rosa...”, pensé con amargura.

Miré a mi madre desde el asiento trasero que yo ocupaba tras el respaldo de Mike. Que ella fuera conocedora de la anécdota que acababa de contarme, me produjo una sorpresa inesperada. En especial, incluso que me la hubiera explicado.

—¡Ah, por cierto! ¿Sabes la tienda de comestibles de la calle principal? — interrumpió mamá mis pensamientos—. Los Sres. Watson decidieron jubilarse cuando su hijo menor, Jake, regresó de la universidad. Jake se casó con Lucy McFinnder y tienen dos hijos: Jeremy que está a punto de cumplir

los tres años y Lisa que ya tiene un añito. Ahora, los dos regentan el pequeño supermercado que los Sres. Watson les cedieron. Los dos hermanos de Jake se casaron y viven en otros estados. Así que no quieren saber nada de la tienda.

Mi madre explicó aquello de un tirón dejándome boquiabierta. Era demasiada información saliendo por su boca.

“¡Caray! ¿Esta es mi madre?”, me dije.

Después, volvió a hacer otra pausa con los ojos atentos al paisaje y yo recordé la vieja tienda de comestibles en la que Tom y yo comprábamos nuestros refrescos en verano.

Desde que el primer comerciante Watson abrió por primera vez aquel local, nunca se habían hecho reformas. Los productos estaban colocados en un orden que solo la Sra. Watson entendía. Por eso, teníamos que pedirle siempre lo que queríamos y ella nos lo entregaba después de marcar el precio en la vieja caja registradora, tan antigua, que solo ella sabía cómo funcionaba.

Los muebles eran tan antiguos como reliquias y estaban colocados entre otros que se fueron añadiendo con el paso de los años. La distribución de estos no tenía ningún tipo de armonía. Aunque, para mí, ese era el mayor encanto de ese local comercial.

—¡Oh! —exclamó mamá cuando yo todavía estaba asimilando todo lo referente a la familia Watson—. Aún no te he dicho que Ben se ha comprado una nueva barbacoa. Es el doble de grande porque, ahora, nos reunimos más gente los sábados. La otra ya estaba muy vieja —justificó con un aspaviento de su mano izquierda mientras yo me preguntaba: “¿Más gente?”—. Y, cuando veas a Penny, no la reconocerás. Se ha cortado el pelo corto y se ha hecho mechadas rubias.

Mamá tenía la exclusiva sobre los Sres. Johnson —es decir, Ben y Penny— porque eran los padres de Tom y podría decir que fueron los tíos que nunca tuve. Vivían en frente de nosotros y fueron quienes nos acogieron sin condiciones cuando llegamos de la nada, aterrizando en aquel pueblo que yo siempre había considerado perdido de la mano de Dios.

Desde que celebramos el sexto cumpleaños de Tom en su barbacoa, habían establecido una nueva costumbre: todos los sábados nos invitaban a mamá y a mí a cenar con ellos. Cuando el tiempo acompañaba, nos reuníamos en su jardín y, cuando el frío invernal apretaba, todo se organizaba bajo el porche trasero que habían acristalado a caso hecho.

Enseguida, apareció en mi mente la imagen de cuando Tom y yo

quemamos nuestros anuarios en la última barbacoa que celebramos allí antes de nuestra partida hacia San Francisco.

—Y... ¿te acuerdas de Chelsea y Allison? —preguntó mamá como si hubiera sido posible que yo hubiese perdido la memoria (aunque, con respecto a esas dos víboras, ganas no me faltaban)—. Algunos días —continuó hablando—, tengo que hacer encargos en el centro comercial y paso por delante de la boutique de alta costura que abrieron para los eventos de lujo que organizan los ricos de todo el condado. La tienda está muy bien situada y... parece que les va bien... —susurró antes de quedarse un momento en silencio y pensativa. Luego, se giró para mirarme y me guiñó un ojo ofreciéndome su agradable y divertida risa—. Pero, ya sabes, no puedo ni quiero comprar algo tan inalcanzable para mi bolsillo. Solo miro el escaparate y las saludo desde el aparador.

Con ese comentario, parecía buscar una complicidad conmigo. Chelsea y Allison eran de las personas más egoístas que había conocido. Se movían por interés y hablaban con desprecio a quienes no elogiaban su enorme ego. Su repelencia me daba arcadas y no había olvidado —aunque mi madre no lo supiera— el odio que sentí hacia ellas en plena adolescencia. En especial, a Chelsea Lewis.

Dudé si mamá y yo estábamos en la misma página aunque fuera por razones diferentes. Todo apuntaba a que sí porque las relaciones de la alta sociedad nunca habían formado parte de nuestras vidas.

Siempre había pensado que Cenicienta dejó de ser feliz cuando se instaló en Palacio tras la celebración de su boda con su Príncipe. Si poníamos atención al cuento, la recién princesa había pasado de ser desobediente con sus crueles tutoras en su propia casa a obedecer a todo un reinado con protocolos estúpidos de fino comportamiento. ¿Qué gracia tenía eso? Era imposible ser feliz cuando debes plantarte como una seta delante de todo el mundo sonriendo y mostrando una actitud que no va con uno mismo.

No pude evitar sonreír por segunda vez al imaginar que esa utopía hubiese sido así en mi caso...

—Y... ¿sabes que Luke Nelson es el nuevo compañero de Mike?

La sonrisa se me borró de la cara al instante.

—¿Luke es ayudante del sheriff? —pregunté muy sorprendida.

Mike me miró por el retrovisor.

—Es un buen chico, Abby —dijo él—. Dale una oportunidad. Todos tenemos derecho a cambiar nuestras vidas.

Mike y yo tuvimos una fugaz mirada –mutua y recriminatoria– a través de ese pequeño espejo interior del coche.

—Y su amigo Ryan —continuó mi madre que no se dio cuenta de mi malestar—, compró el taller de Joe. Sigue reformando los coches y las motos de los clientes que tenía el buen hombre. Pero su principal negocio es la venta de piezas únicas y pequeños arreglos que le encargan por internet. Tiene clientes de todo el país. También compró la casa que hay justo al lado y la reformó para vivir.

Que Luke Nelson fuera compañero de Mike, era una mala noticia.

Pero que Ryan Townsend hubiese adquirido el taller de mi difunto amigo Joe, era un golpe muy duro que me costaría mucho amortiguar.

—¿Alguna novedad por Crossboots? —preguntó Tom en la última videollamada que tuvimos.

—Todo sigue igual —resoplé con expresión cansina—. Incluyendo a ese maldito cabrón que se pasea por el pueblo con su estruendosa moto a la una de la madrugada, ¡todos los días! —remarqué poniendo los ojos en blanco—. ¿Te he contado ya que pasa siempre por delante de nuestra casa?

—Creo que me lo has comentado unas cuantas veces... sí —ironizó con una sonrisa.

—Sí... ya... también se lo he comentado a Mike “varias veces” —señalé con los dedos las entrecomillas— pero siempre me dice que ellos no oyen nada, “seguramente”, porque su habitación les queda en la parte de atrás. ¿Es que Crossboots entero está sordo? —Me sentía furiosa. Casi siempre que ese estúpido motorista pasaba por la calle, era cuando yo estaba a punto de conciliar el sueño, algo que hacía mucho tiempo que me costaba conseguir—. ¡El muy imbécil no me deja dormir!

—Deja de quejarte y sal de la cama. No puedes dormir porque te pasas el día tumbada.

—No empieces, Tom —advertí.

—Está bien, Abby. Haz lo que quieras. Solo espero que algún día te des cuenta del tiempo que estás perdiendo.

—He perdido mucho más que tiempo, Tom. Tú lo sabes mejor que nadie.

Nuestras últimas conversaciones solían terminar así desde que había llegado a Crossboots. Habían pasado dos semanas y habían transcurrido igual

que mis últimos meses en mi *no-apartamento* —ahora lo nombraba así— de San Francisco.

Desde que me instalé en la que había sido mi habitación hasta los dieciocho años, mi cuerpo y desgana seguían pidiéndome horas y horas de cama con intervalos cortos de sueño. Me levantaba cuando era estrictamente necesario pero siempre me quedaba dentro de casa. Ni siquiera salía al pequeño jardín de atrás.

Y tampoco ayudaba a levantar mi ánimo que Tom estuviera tan lejos de mí. Quizá, por eso me costaba más sobrellevar sus reprimendas.

Mamá había sustituido sus ratos de televisión de la tarde para acostarse a mi lado y me abrazaba como cuando era pequeña. A veces, me derrumbaba y lloraba en sus brazos. Otras veces, dejaba que me acunara porque ya había llorado lo suficiente durante el día en su ausencia.

Mike hacía ya unos años que se había instalado en casa con mi madre. Su convivencia con nosotras era tan discreta como la recordaba. Nunca intentó hacer de padre conmigo. Pero hubo muchos momentos de mi vida que había sido lo más parecido. Se había ganado un gran trozo de mi corazón y agradecía todos los días de mi vida que amara y cuidara a mi madre como ella se merecía. Su relación no había sido fácil pero, ahora, hacía algún tiempo que habían conseguido la estabilidad que ambos habían deseado.

Ya avanzada la tercera semana, mamá entró en mi habitación como todos los días. Se acostó a mi lado y me abrazó.

—Cariño —dijo al cabo de un rato cuando se percató de que yo no soltaba una sola lágrima—, necesito que me hagas un favor.

Busqué su mirada preguntándome qué era lo que necesitaba.

—Hoy me he encontrado con los Sres. Watson, ya sabes..., los padres de Jake.

Asentí en silencio.

—Verás, Jeremy cumple tres años dentro de dos días y me han pedido que les prepare un pastel de manzana para su nieto. Así que necesito que me compres los ingredientes mañana por la mañana. De lo contrario, no tendré tiempo de hacerlo y ya me he comprometido.

Eso quería decir dos cosas.

Una, que mi madre había encontrado la manera de sacarme de la cama

aunque solo fuera por una hora.

Y dos, que yo estaría expuesta durante una hora en pleno centro de Crossboots pudiéndome encontrar con cualquiera de los que, un día, me prometí a mí misma no volver a ver. A no ser, claro estaba, que algo muy importante me hiciera regresar.

Para ese entonces, que también en ese momento, lo que yo consideraba importante era mi madre, Mike y los Sres. Johnson, los padres de Tom.

Nada me hacía pensar otro motivo que no fueran ellos.

Pero había vuelto. Por otro motivo. Y, por mucho que deseara quedarme en casa, no tenía suficiente valor para negarle una tarta de cumpleaños a un inocente niño de tres años.

—Está bien, mamá. Lo haré.

Abby-6 años-Junio

El día que conocí a Tom, yo estaba jugando a la pelota en la parte delantera de la pequeña casa que mi madre había conseguido alquilar. Estaba situada en la periferia norte de Crossboots.

Acabábamos de llegar después de la jornada de trabajo de mamá. Molly tenía un pequeño despacho en la parte de atrás de la cocina y me dejaba pasar las horas allí con mis cuadernos de pintar. Sally dejaba la puerta abierta y, muchas veces, me pedía que la ayudara. Así, mamá no tenía que preocuparse de quién me podía cuidar y todas salíamos ganando.

Casi era la hora de cenar cuando le di un puntapié a mi balón contra la pared de la casa. La pelota rebotó tan fuerte que fue a parar al otro lado de la calle, detrás de mí.

Miré hacia la ventana de la cocina. Mi madre estaba preparando la cena y me había dicho que no debía cruzar la calle mil veces. Pero yo quería mi pelota. Así que, cuando me decidí ir a por ella, algo me rozó el brazo dándome un susto de muerte.

Dos gritos histéricos se hicieron eco hacia el espacio a nuestro alrededor.

Mi madre salió corriendo por la puerta principal como alma que lleva al diablo del sobresalto que se pegó. Frente a ella, nos encontró a Tom y a mí mirándonos mutuamente con la respiración acelerada.

—¿Estáis bien, niños? —preguntó mamá acercándose muy rápido—. ¿Qué ha pasado?

Tom se dio la vuelta para mirar a mi madre. Parecía un poco asustado ante la pregunta.

—Solo quería devolverle la pelota —balbuceó Tom algo aturdido.

—Oh —dijo mi madre en un suspiro—. Y... entonces, ¿por qué gritabais?

—Porque yo no sabía que estaba a mi lado y me he asustado cuando me he dado la vuelta —expliqué yo después. Luego, me volví hacia él—. Lo siento.

—No ha sido nada. Te hubiese llamado pero no sé tu nombre.

—Me llamo Abigail pero mis amigos me llaman Abby. ¿Tú quieres ser mi amigo?

Una enorme sonrisa iluminó su dulce cara pecosa. Tenía los ojos y el pelo castaño. Sus labios eran finos y tenía la nariz pequeña y respingona.

—Claro, ¿ya puedo llamarte Abby?

—Claro. Y tú, ¿cómo te llamas? —pregunté.

—Thomas Arthur Johnson. Pero puedes llamarme Tom.

—Bueno, chicos —interrumpió mi madre—. Eso es estupendo. Pero ¿de dónde has salido tú? ¿Dónde vives, Tom? ¿Sabes tus padres que estás aquí?

Tom señaló con el dedo la casa que estaba al otro lado de la calle.

—Esa es mi casa.

Justo en ese momento, una preciosa mujer, más o menos de la edad de mi madre, salía por la puerta principal de esa casa y cruzaba la calle en nuestra dirección.

—¿Va todo bien? —preguntó su suave voz algo agitada.

—Oh, sí, Sra. Johnson. Nuestros hijos acaban de conocerse —explicó mamá alegre—. Creo que nunca olvidarán cómo. Es un placer conocerla. Yo soy Bonnie, Bonnie Sheppard.

—El placer es mío, Bonnie. Por favor, llámame Penny.

—Mamá, ¿puedo jugar un rato con Abby? —preguntó Tom.

—Claro que sí, cielo. Cuando esté lista la cena, te aviso —dijo alborotando el pelo de su hijo—. Bueno, me alegro de conoceros por fin. Tom os ha visto varias veces desde la ventana de su habitación y estábamos deseando hablar con vosotras. Pero debo dejaros porque tengo la cena en el fuego. Si necesitáis cualquier cosa, ya sabéis donde encontrarnos. Buenas noches —dijo volviendo a cruzar la calle.

—Buenas noches, Penny. Lo mismo digo —saludó mi madre—. Bueno chicos, yo también voy a seguir con la cena. Os dejo que juguéis —se despidió.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté a Tom una vez que mamá entró en casa.

—Dentro de una semana cumpliré los seis. ¿Y tú?

—Yo los cumplí hace unos días antes de venir aquí. ¿Jugamos? ¡Pásame la pelota!

Me ajusté bien las gafas con la cinta gruesa que rodeaba mi cabeza. Si Tom me golpeaba con el balón en la cara, no quería que se cayeran. Mamá no podía costearme otras gafas hasta la siguiente revisión.

Pero Tom no golpeaba muy fuerte y cambiamos el balón por un bate y un guante de béisbol.

Ese fue el principio que marcó nuestra incondicional amistad.

Y también, desde entonces, se me empezó a conocer por la abreviatura de mi nombre, Abby. Incluso mi madre dejó de llamarme Abigail.

Capítulo 3

Cuando me levanté por la mañana al día siguiente, lo hice como siempre, tarde. Y todavía tenía que ir a comprar los ingredientes para el pastel del pequeño Jeremy. Se lo había prometido a mi madre y no podía fallarle.

Me vestí y cogí las llaves de mi vieja pick-up. Una *Ford Super Duty F-250* del 96. Se me cortó la respiración cuando mi mano abrazó aquellas piezas metálicas unidas por una fina arandela. Recuerdos adolescentes de Tom conmigo en mi vieja camioneta resurgieron descontrolados en mi mente.

Cuando me fui a la universidad, decidí dejar mi coche aquí. Lo hice en un intento por olvidar todo lo relacionado con Crossboots. Además, mi madre podría usarlo siempre que necesitara dejar el suyo en el taller sin necesidad de depender de nadie.

Había visto mi vieja pick-up cuando llegué de San Francisco. Pero ni siquiera le presté atención porque estaba convencida de que no iba a necesitarla mientras estuviera en casa de mamá.

Apreté fuerte las llaves del coche con el puño de mi mano. A pesar de los nervios que me carcomían por dentro, decidí que no tenía otra alternativa. Tenía que cumplir con mi encargo.

No me gustaba nada la idea de ver a alguien que pudiera reconocerme. Sabía que tampoco se acercarán a mí y, muchísimo menos, nadie me ofrecería una señal de saludo.

Por supuesto, yo tampoco lo haría.

Pero seguía sin hacerme gracia encontrarme con alguien de los que no me apetecía ver. Simplemente, no quería pasar por esa incómoda situación.

Aun así, subí a mi vieja pick-up y acaricié el volante con las manos temblorosas.

—Hola de nuevo, amiga —dije poniendo las llaves en el contacto—. Sé que te abandoné hace ocho años. —Arranqué con un suspiro y me apoyé contra el respaldo. Sentía que tenía que hacer las paces con ella—. Y de verdad espero que me perdones. Me consta que mamá te ha cuidado bien y...

aunque no te lo creas, te he echado mucho de menos. —Me abroché el cinturón de seguridad, pisé el freno con el pie y levanté la palanca de mano—. Ya ves que Tom no está aquí con nosotras. Así que solo nos tenemos la una a la otra. No sé cuánto tiempo me quedaré en Crossboots. Pero, además de mamá, cuento contigo como mi otro refugio y solo te pido que no me falles hoy, ¿de acuerdo? —Miré a la derecha y comprobé que no pasaba nadie—. Bien. Vamos allá, preciosa.

Y aceleré incorporándome a la calle y dirigiéndome hacia el centro del pueblo.

La vieja tienda de comestibles que había en la calle principal exhibía un moderno cartel donde antes nunca existió. El mostrador de madera donde la madre de Jake siempre atendió a sus clientes había sido sustituido por otro con cinta transportadora, un lector de código de barras y un moderno ordenador como caja registradora.

Los productos alimenticios estaban dispuestos en perfecto orden sobre estanterías metálicas (de las que usaban todos los supermercados) reemplazando las baldas y vitrinas de antaño. Y, al fondo, un conjunto de neveras y congeladores iluminaban los productos refrigerados.

Una chica vestida con un uniforme de pantalón color caqui y blusa anaranjada en tono pastel se giró con la silla movable que ocupaba junto al mostrador. Sus ojos azules y su pelo rubio seguían dándole ese aire dulce y angelical transportándome al recuerdo del día en que la conocí.

Hacía poco tiempo que mi madre y yo nos habíamos instalado en Crossboots. Mamá me llevó al parque con un nuevo juego de cubos para hacer castillos con la arena. Mientras intentaba sustraer tierra seca del suelo del arenal del parque, una niña se me acercó con una muñeca Barbie entre sus brazos.

—¿Puedo hacer castillos contigo?

—Claro —contesté—. ¿Me dejas tu muñeca?

—Claro —me la ofreció confiada.

Luego, se sentó frente a mí.

—¿Cómo te llamas?

—Lucy...

Lucy no llegó a preguntar mi nombre. Empezó a llorar y se levantó chillando dirigiéndose hacia donde estaba su madre.

—¡Mamá! ¡Esta niña le ha roto una pierna a mi Barbie y está usando el

pie para rascar en la arena!

Desde entonces, la misión de Lucy fue evitar a toda costa cualquier contacto conmigo.

Más tarde, se convirtió en una de las animadoras del equipo de básquet del instituto junto con la que era su mejor amiga y su capitana, Elisabeth Fowler.

Un deporte que a mí me quedaba grande solo de pensar en el dolor que provocaba el tener que abrirse de piernas. ¿Y hacer volteretas en el aire? No, gracias. Prefería colgarme por las ramas de los árboles. Por lo menos sabía que podía confiar en la dureza de los troncos para agarrarme y apoyarme.

Ahora, una amplia y amable sonrisa lucía en su bonita cara mientras se levantaba de la silla y se acercaba hacia mí.

—¡Abby! —exclamó entusiasmada—. Tu madre me contó que habías vuelto. Estaba deseando verte. —Un inesperado abrazo me cogió por sorpresa—. ¡Jake, ven a saludar a Abby! —gritó hacia las estanterías. Luego, se dirigió a mí de vuelta—. Tenemos que quedar un día. Estoy deseando tener una noche solo de chicas.

No me dio tiempo a responder.

Un chico muy alto, de pelo castaño oscuro y sonriente, se me acercó con los brazos abiertos. Este me ofreció el segundo abrazo sorpresa en menos de dos minutos. No recordaba haber intercambiado una sola palabra con Jake, quien había cambiado su largo cuerpo delgado adolescente por uno más fibroso y fuerte. Había sido la estrella del equipo de básquet de nuestro instituto y había logrado una buena beca en la universidad estatal gracias a su potente juego.

—¿Cómo va todo, Abby? Me alegro de verte —dijo separándose de mí—. Lucy lleva días ilusionada con tu vuelta. No quedamos muchos de nuestra generación por aquí. —Rodeó los hombros de su esposa con su brazo y le besó la coronilla—. ¿Vas a quedarte largo tiempo?

—Eh... —No sabía si se estaban dando cuenta de mi estado de estupefacción por tanta amabilidad—. En realidad..., no me he marcado un tiempo —dije algo aturdida.

—Bueno —intervino Lucy—, pues tendremos que aprovecharlo. Dame tu teléfono. Te llamaré para salir la semana que viene después de que pase todo esto del cumpleaños de Jeremy.

Sacó su móvil y tecleó los números que le ofrecí. Me dejó una llamada perdida que, momentos después, incluí en mi agenda mientras me preguntaba

si se habrían vuelto locos.

Luego, Jake volvió a su trabajo reponiendo productos y Lucy me dejó libre para que pudiera hacer la compra de los ingredientes para el pastel que mi madre haría para su hijo.

También me habían invitado a la fiesta de Jeremy pero solo prometí que me lo pensaría. No me sentía preparada para asistir a una reunión festiva de ese tipo rodeándome de más gente. Quería estar sola.

Por suerte, no me encontré con nadie más mientras estuve en el centro del pueblo.

Regresé a casa entre el asombro y la gratitud porque había salido de casa. Había conducido mi vieja pick-up. Había mantenido una sana conversación con Jake y Lucy. Había comprado los ingredientes del pastel. Y, sobre todo, no había tenido que enfrentarme a nada.

Ni a nadie.

Cuando traspasé la puerta de la cocina de casa de mi madre, ya había tomado una decisión.

Yo misma iba a preparar la tarta de manzana.

No sabía si lo hacía en deuda por lo de la muñeca Barbie de Lucy o por el agradable trato recibido.

Tal vez, fuera por todo.

Había pasado un largo mes desde que regresé a Crossboots y mi única salida a la calle había sido para comprar los ingredientes del pastel del pequeño Jeremy.

Lucy me había mandado tres mensajes de móvil. Había esperado un intervalo de cuatro días con cada uno de ellos. Insistía para que saliéramos a divertirnos las dos juntas. Pero yo seguía sin tener ganas de hacer algo más que estar en la cama o quedarme en casa. Así que le había dado largas.

Hacía un par de semanas que Jeremy había celebrado su cumpleaños. Al día siguiente, cuando mamá se había vuelto a acostar a mi lado al regresar del trabajo, me había felicitado por la tarta. Me informó de que todos los invitados que habían ido a la celebración de Jeremy habían comentado lo deliciosa que estaba.

Ni siquiera pregunté quiénes habían asistido.

No me importaba.

No sabía hasta qué punto me había afectado reencontrarme con Lucy y Jake en su tienda. Ni tampoco tenía la seguridad de que fuera una buena señal que me hubiese animado a hacer el pastel de manzana porque yo seguía sintiéndome hundida y perdida.

El mayor logro que había conseguido hasta el momento era que hacía un par de meses que no había vuelto a sufrir un ataque de ansiedad. Y tampoco tuve desmayos.

Sin embargo, notaba que mis sentimientos empezaban a revolucionarse y temía que cualquier situación que alterara mis emociones pudiese desencadenar nuevas crisis de las que mi cuerpo ya había adquirido la predisposición de sufrir.

En ese momento, el reloj marcaba las seis de la mañana y llevaba toda la noche dando vueltas en la cama. Los cortos períodos en que había logrado dormir, el sueño era inquieto y enseguida me despertaba. Hacía rato que tenía los ojos abiertos de par en par y no conseguía relajarme. Puse las manos en mi abdomen y me coloqué de lado en posición fetal.

Un pequeño ruido me llamó la atención. Seguro que era Mike preparándose para ir a trabajar. Ese pensamiento me llevó a otro. Mike estaría preparando café.

Me levanté de la cama, pasé por el baño y me dirigí hacia la cocina.

Jamás había visto el sombrero de ayudante del sheriff de Mike encima de la mesa de la cocina. No se lo ponía hasta que salía por la puerta y lo tenía siempre colgado en la percha que estaba al lado de la entrada. Nunca había puesto nada de sus cosas en cualquier sitio, ni de cualquier manera, donde pudiera molestarnos. Siempre era respetuoso con nuestro espacio, tanto con el de mi madre como con el mío. Seguramente, había adquirido ese hábito cuando ingresó en las fuerzas armadas del ejército. En cualquier caso, había sido un alivio que se comportara de ese modo en nuestra casa.

Si en esos momentos había algo fuera de lugar en la casa, significaba que quien estaba apoyado en la encimera al lado de los fogones y sorbiendo una taza de café era Luke Nelson.

Había mejorado mucho su aspecto. Su pelo rubio ahora era cenizo y la barba de dos días enmarcaba bien sus facciones masculinas. Sus ojos negros seguían brillando traviosos y misteriosos y su cuerpo estaba muy bien trabajado en el gimnasio.

Me apoyé en el quicio de la puerta y lo miré con claro desprecio dándole un buen repaso a su uniforme. Seguía sin entender la relación entre ese traje

de ayudante del sheriff con la persona que lo llevaba puesto. Todo lo que recordaba de él, nada tenía que ver con la justicia.

Luke me devolvió la mirada estudiándome y, aunque amable, la suya era algo provocadora. Luego, detuvo sus ojos en la estampa del jersey de mi pijama. No tardaría en soltar cualquier estupidez sobre el dibujo de Mulan.

—Buenos días, “princesa” —saludó sonriendo.

“*Touché*”, me dije.

—¿Se puede saber a quién le has robado ese uniforme?

Luke no dejó de sonreír atrevido y divertido.

—Yo también me alegro de verte —ironizó—. Te hemos echado de menos por aquí.

—Robar, mentir... —enumeré con dos dedos de mi mano—. Hazte un favor a ti mismo, Luke. Aprovecha ese disfraz que llevas puesto. Espóstate y encárcelate. Muchos te lo agradeceremos.

—Buenos días, chicos —interrumpió Mike pasando por mi lado, adentrándose a la cocina y dirigiéndose hacia la cafetera—. ¿Poniéndoos al día? —sonrió.

—Bueno... —dijo Luke tranquilo y sin quitarme el ojo de encima—, Abby me estaba recomendando un hotel de cinco estrellas donde poder alojarme. Mi dilema ahora es... decidir si la invito a venir conmigo o no.

—No quiero parecer desagradecida pero mejor te vas solito —le devolví—. Seguro que, muy pronto, encuentras a alguien con quien divertirte.

Sin esperar respuesta de nadie, me di la vuelta y me volví a mi habitación. Lo último que necesitaba en esos momentos era ese tipo de enfrentamientos.

Ya me tomaría el café cuando se largaran por la puerta.

Abby-6 años-Junio

—¿Mamá?

—Dime, hija.

Era sábado por la tarde y hacía unos minutos que habíamos regresado de la cafetería de Molly.

Sin perder tiempo, mamá empezó a batir unos huevos con harina para hacer un pastel de manzana que llevaríamos a casa de la familia Johnson a la hora de cenar. Era el cumpleaños de Tom y nos habían invitado a una barbacoa para celebrarlo.

Ben, el padre de Tom, iba a encargarse de todo lo que sería la carne. Penny se encargaría de las ensaladas. Y mamá se había ofrecido con el postre

porque no quería presentarse con las manos vacías.

—¿Por qué Matt y Tom tienen un papá y yo no? —pregunté sentada frente a la mesa de la cocina.

Sin mirarme, mamá dejó de batir la masa y se giró hacia la ventana que estaba encima de la pila. Se lavó las manos y respiró muy profundamente.

Llevaba días dándole vueltas a esa pregunta desde el mismo día que conocí a Ben cuando estaba jugando con Tom en el salón de su casa. El padre de Tom abrió la puerta principal y Penny salió disparada hacia su marido. Este la abrazó con ternura y le plantó un beso de película en los labios.

Para mí, fue asombroso.

Nunca vi llegar al padre de Matt a su casa después del trabajo en Kansas City. Solo lo veía por las mañanas y siempre estaba esperando el ascensor cuando se iba a trabajar. Así que no sabía si el Sr. Ferguson hacía lo mismo con Maggie al regresar a su apartamento.

Sin embargo, ahora empezaba a fijarme en todos los niños que iban acompañados de su papá y su mamá.

Mi madre se acercó a la mesa de la cocina donde yo me encontraba sentada. Me levantó y me sentó encima de sus piernas. Luego, me peinó el pelo con la mano sorteando con gran habilidad las patillas de mis gafas.

—Hija, verás, tu papá murió antes de que nacieras. Pero debes saber que yo me siento muy feliz de que nosotras dos formemos una estupenda familia.

—¿Y por qué no buscas un nuevo papá para mí?

—Cariño..., nosotras no necesitamos a nadie en nuestras vidas. Así estamos mucho mejor, ¿de acuerdo?

—Pero tú eres tan bonita como Penny y ella tiene un marido que la quiere. ¿Tú no quieres eso también?

—Oh, pequeña. Puedes estar segura de que contigo tengo mucho más de lo que pueda desear. Eres lo más importante de mi vida. Y te quiero con toda mi alma.

—Yo también te quiero, mamá.

—¿Lo ves? —dijo mientras me abrazaba y me daba un beso en la frente—. Solo necesito que tú me quieras. Todo lo demás no me importa. —Después, me apremió—. Vamos, cariño, tenemos una tarta que regalar.

Capítulo 4

Después de aquel episodio con Luke Nelson, seguía con mi habitual rutina.

Pero algo había cambiado.

Un atisbo de mi antiguo carácter empezaba a asomar manifestándose cuando algo me molestaba.

Y había algo que llevaba un largo mes molestándome.

Dos noches más tarde, decidí dejarme puesto el chándal deportivo que usaba para estar por casa.

Tenía los nervios martilleando la sangre de mis venas.

Ya no podía más.

Estaba harta. Exasperada. Alterada. Rabiosa. Frenética. Colérica. Convulsa. Y furiosa.

Hacía muchísimo tiempo que nada me irritaba tanto como para llegar al límite y hacerme actuar precipitadamente.

Ya era suficiente malo que no consiguiera dormir más de tres horas seguidas desde hacía siete meses. Y no estaba dispuesta a permitir que un loco inconsciente fuera despertando a la población a aquellas horas de la madrugada todos los días.

Me calcé las zapatillas deportivas y me puse una sudadera por encima de mi camiseta porque las noches de primavera eran frías en esa zona.

En un minuto, escucharía el motor de esa maldita moto a lo lejos. Lo cual sucedió en el momento que abrí la puerta principal para ir hacia mi coche.

Una vez detrás del volante de mi vieja pick-up, arranqué y la estacioné cruzada por completo en la calle cortando el paso a todo vehículo que se aproximara.

Bajé del coche y me subí por el capó hasta escalar sobre el techo de mi todoterreno. Me situé de pie en el medio equilibrándome con una pierna delante y la otra detrás. Después, puse los brazos en jarras.

Sabía que estaba a punto de tiro de algún desequilibrado y podía recibir un

tiro o un navajazo de cualquiera. Acababa de exponerme al peligro. Pero me daba igual.

Tenía que advertir a ese cabrón de una vez.

Este pueblo solo abría la boca para el cotilleo pero, cuando había que hablar de verdad, escondían la cabeza bajo el ala.

Yo siempre había hablado alto y claro. Por eso, nunca llegué a pertenecer a este lugar. Por eso, me fui.

Una luz empezó a acercarse desde el final de la calle. Al ver que había un obstáculo que le impedía el paso, aflojó la velocidad y paró a muy pocos metros delante de mí.

El motorista apoyó los pies en el suelo, paró el motor y cruzó los brazos a la altura de su pecho. Un casco negro escondía su rostro por completo. Pero era fácil adivinar hacia donde estaba dirigiendo su mirada porque mantenía su cabeza en alto.

Entonces, noté cómo los nervios empezaban a apoderarse de mí.

—¡Tú! —señalé furiosa con el dedo índice—. ¿Quién coño te crees que eres para molestar a un pueblo entero a estas horas de la madrugada con ese maldito rugido ¡todos los días!? —le grité.

Su inexistente respuesta me cabreó todavía más, si es que eso era ya posible. Ni siquiera ese estúpido había movido un solo músculo de su cuerpo.

Así que decidí que era mejor enfrentarlo cara a cara. Bajé al capó y salté al asfalto para colocarme delante de esa espectacular *Harley-Davidson*. El muy hijo de puta tenía una de las motos que un día yo soñé tener.

Y eso sacudió todavía más mi rabia.

—¿Eres tan cobarde que, además de no responder a una simple pregunta, te sigues escondiendo dentro de una máscara en forma de casco? —lo desafié mirándole acusadora.

Tampoco hubo una respuesta verbal pero vi cómo descruzaba los brazos. Usó una de las manos para desabrocharse la correa del casco y, luego, se ayudó con la otra para quitárselo dejando al descubierto su cara.

Unos mechones revueltos de pelo negro como el azabache enmarcaban unos ojos verdes claros cristalinos que me eran muy familiares. Ahora, eran más maduros e impresionantes pero iban acompañados de una sonrisa burlona que me alteró todavía más.

Mis ojos se abrieron desorbitados.

No me sorprendió descubrir el culpable del ruido que alteraba mi sueño. Él era capaz de eso y muchas otras cosas más.

Lo que me provocó un estado de shock fue encontrarme con mi peor enemigo del mundo mundial.

Si algo podía enojarme más en ese momento, fue ese hecho.

Reconocí a ese adolescente desgarbado de entonces, en un cuerpo de hombre maduro y bien proporcionado.

Sin embargo, había algo que no había cambiado en absoluto. Nuestras guerras. Por eso, volví al ataque.

—Ryan Townsend —nombré cruzándome de brazos—. Debí habérmelo imaginado. ¿Qué otro maldito estúpido podría ser si no?

—Abigail Sheppard —anunció él sin perder la sonrisa—. Había oído por ahí que habías vuelto. Ya sabes..., aquí la gente habla mucho.

—Sí. Aquí la gente habla mucho de lo que no tienen que hablar. Pero, cuando de verdad es necesario decir algo, mantienen el pico bien cerrado.

—Bueno... —dijo sin dejar de lucir su burla sonrisa—, hay que reconocer que este pueblo ha sido un muermo desde que te fuiste. Me alegra saber que sigues en tu línea. No era eso lo que decía la gente. —Pasó una mano por su cabeza apartándose sus alborotados mechones negros. Le habían caído hacia su cara al bajar, por un momento, la vista hacia el suelo. Después, volvió a sonreír con mofa—. Es bueno comprobar por uno mismo lo equivocados que están todos con respecto a ti.

—¿Qué? —pregunté atónita. Pero enseguida alcé las manos—. No, espera. ¿A quién coño le importa lo que la gente diga de mí? —rectifiqué antes de que pudiera responderme.

—Oh, Abby, créeme... —Ryan sonrió aún más con marcada intención—, a la gente de aquí le importa, y mucho, lo que digan de ti.

—¡Bien! —repliqué con fastidio dándome cuenta de cómo habían cambiado los términos de la conversación.

Había ido a quejarme ante un motorista desconocido y, ahora, estaba en plena batalla con mi eterno enemigo, discutiendo lo que era o no importante con respecto a lo que decían en Crossboots sobre mi persona. ¿Acaso la gente no había descubierto un moderno artefacto llamado televisión donde podían meter sus narices allí?

—Pues a mí me importa una mierda lo que hable la gente de aquí —atajé—. Y, de vuelta a lo que sí es importante, ¡¡Búscate otro medio de transporte que no interrumpa el plácido sueño de la población!! —chillé irritada y con cierto histerismo.

Sin dejar de mirarme, Ryan apoyó la moto sobre su caballete. Bajó de su

Harley con pausada seguridad y con el casco colgado de su antebrazo. Se me acercó y me encaró con mucha calma. Las puntas de nuestros zapatos se estaban tocando.

El olor de su sutil masculinidad y del cuero de su chaqueta impregnaron los sentidos de mi olfato.

Eso me afectó inesperadamente.

Sin embargo y a pesar de que su mirada era profunda y penetrante, yo no moví ni un solo músculo. Me mostré impasible mientras lo miraba desafiante y con la cabeza levantada porque él era más alto que yo.

Él paseó sus ojos provocadores por las curvas de mi cuerpo tenso. Luego, invadió mi espacio, casi sin rozarme, acercando sus labios a mi oído.

—El día que decida montar otra cosa que no sea mi moto, será algo que deseo tener bajo mi cuerpo... rugiendo aún más.

Ryan me susurró aquellas palabras suave pero con firme advertencia.

Abrí los ojos como platos.

¿Era eso un insulto o una insinuación?

Ryan clavó sus ojos verdes en los míos. Me atravesaron y me provocaron como tantas veces hacían en nuestras batallas del pasado. Conocía esa mirada retadora. Solo que, ahora, no nos estábamos enfrentando con bromas pesadas por una guerra infantil y juvenil. Había algo, en esos momentos, que no lograba identificar con claridad.

Instantes después, desperté de mi asombro dando un paso hacia atrás.

—¡Aaaggghhh! —bramé histérica levantando las manos y dirigiéndome hacia mi coche—. ¿Es que todo el mundo en este maldito pueblo se ha vuelto loco?

Subí a mi pick-up y arranqué para volver a estacionarla frente a mi casa. Al bajar del coche, miré hacia la calle y vi que Ryan no se había movido del sitio de donde lo había dejado. Seguía de pie con una mirada intensa y una sonrisa de suficiencia.

Atravesando el camino de entrada hacia la puerta principal, levanté el puño de mi mano para enseñarle el dedo corazón con toda la intención.

Una vez dentro de casa, el silencio en la calle seguía reinando.

Encendí la luz de mi habitación y me dejé caer de espaldas encima de la cama.

—Maldita sea... —musité frustrada—. ¡Maldito Ryan Townsend! —exclamé luego, golpeando con los puños el colchón de mi cama con toda mi furia.

Cuando logré calmarme un poco, apagué la luz de mi habitación.

Entonces, fue cuando el motor de la *Harley* rugió al mismo tiempo que Ryan pegaba varios acelerones bruscos. Sin moverse de delante de la casa. Durante lo que me pareció una eternidad. Y hasta que el ruido, por fin, disminuyó gradual en la lejanía.

—¡Joder! —maldije otra vez.

Era sábado. En media hora, Ben y Penny nos esperaban para la barbacoa. Mamá me había pedido que la acompañara. Me recordó la obligación que tenía una persona con educación a visitar a sus más allegados y había pasado algo más de un mes desde mi regreso de San Francisco y todavía no había ido a visitarles.

Mike y Luke estaban de servicio.

Por lo menos, no tendría que aguantar a ese farsante que Mike tenía de compañero. Mi madre me había contado que él era uno de los nuevos miembros que acudían a la barbacoa.

Ahora, Tom ocupaba toda la pantalla de mi ordenador y acababa de contarle mi encuentro con Ryan.

—¿Te lo puedes creer?

—¿El qué? Que Ryan sea el motorista o que se te insinuara.

—No se me insinuó, Tom. ¡Fue un insulto! Si no te conociera bien, diría que te estás riendo.

—Abby, me conoces bien. Y me estoy riendo.

—¿Y se puede saber qué es lo que te parece tan gracioso?

—Que alguien está devolviéndole la vida a mi mejor amiga.

—Estás loco si piensas que Ryan me ha sacado de mi letargo.

Tom se rio a carcajadas.

En cambio, yo estaba muy enojada.

Entonces, él cambió de tema para evitar una discusión. Tom siempre sabía cómo evitar que yo me alterara más, así que me puso al día y, finalmente, me pidió que les diera un beso a sus padres aunque él siempre estaba en contacto con ellos.

Después, me despedí para ir a la barbacoa.

Volver a ver a los padres de Tom en el jardín de su casa fue como un soplo de aire fresco. Fue volver a sentir la acogida que nos dieron a mamá y a mí cuando llegamos de la nada a Crossboots. Fue volver a sentir los buenos recuerdos que Tom y yo pasamos en su habitación entre juegos y confidencias (eso dejando aparte otros recuerdos más amargos).

Molly y Sally no tardaron en acercarse para abrazarme. Charlamos un buen rato recordando las veces que pasé en su hamburguesería ayudando en la cocina cuando era pequeña y trabajando de camarera durante mi adolescencia.

Penny y mamá prepararon la gran mesa nueva que ocupaba el jardín y Ben estaba concentrado chamuscando la carne en la nueva parrilla con Jake Watson, el marido de Lucy.

Lucy me presentó a su hijo Jeremy que corría por el jardín disparando balas de plástico. Salían de sus muñecas por el disfraz de *Spiderman* que llevaba puesto.

Su hija, Lisa, se encontraba en el paraíso envuelta entre sus brazos.

—¿Quieres cogerla? —me preguntó.

—Oh, no —contesté enseguida—. Lisa está mejor en brazos de su mamá.

—Pásamela a mí —intervino la Sra. Watson, la madre de Jake—. Así vosotras podréis hablar más tranquilas. Tendréis muchas cosas que deciros después de tantos años.

La Sra. Watson arropó a la pequeña bebé en una mantita y la acunó reuniéndose con su marido. El Sr. Watson estaba sentado en una silla y era quien recibía las balas de su nieto Jeremy.

Me sentía extraña con tanta gente alrededor. No solía reunirme con mucha gente a la vez y, aunque los conocía a todos, algo me retraía ante esa multitud. Mi propia desgracia tampoco ayudaba a sentirme muy cómoda.

Eché un vistazo a Jeremy jugando y a Lisa arrobada por su abuela.

—Tienes una familia maravillosa, Lucy. Felicidades.

—Sí, gracias —dijo ella radiante—. La verdad es que no sabría que hacer sin ellos.

Le sonreí.

—Aunque no te imaginas el trabajo que dan —continuó ella—. Y, muchas veces, me sacan de quicio.

—Sí..., debe ser estresante —volví a sonreír.

—Y llevo tres años cambiando pañales y bebiendo cerveza con sabor a

leche. Una vez, casi le di un sorbo al biberón de Lisa mientras mi pequeña gorgoreaba “bi-bi-bi mí-mí”. Cuando tuve la tetina delante de las narices, comprendí por fin que me decía a su manera: “esa *cerveza* es mía” —bromeó riéndose mientras levantaba el botellín que sostenía entre los dedos de su mano—. Por eso quiero tener una noche de chicas. ¡Necesito olvidar hasta mi nombre aunque solo sea por unas horas!

La miré pensando que ojalá yo también pudiera olvidar mi nombre.

Y seguía viendo a esa dulce niña que huía de mí en la infancia insistiéndome para que fuera con ella a vivir una noche de desmadre y sentí una nueva tentación.

Sin saber cómo, eso me provocó un impulso natural.

—¿Qué te parece si empezamos a olvidar nuestro nombre después de la barbacoa? —sugerí desafiante.

Lucy amplió su dulce y hermosa sonrisa y me abrazó espontánea.

—¡Jake! —gritó acto seguido a su marido—. No me esperes levantado esta noche. Tengo planes.

Abby-6 años-Junio

—Está muy alto.

—¿Crees que sabe que lo estamos mirando?

—Papá dice que los búhos lo ven y lo oyen todo cuando se hace de noche.

—¿Se asustará si subo para saludarle?

—Abby, no podrás saludarle —se rio Tom—. Seguro que sale volando en el momento que pongas tus manos en la primera rama.

Hacía cinco minutos que Tom había soplado las seis velas decorativas del pastel de manzana que mi madre había preparado para su cumpleaños.

Mamá y yo fuimos sus únicos invitados.

Mientras Ben limpiaba la barbacoa y nuestras madres recogían la mesa, Tom y yo nos acercamos al árbol más grande que había alrededor de su casa. Me había contado que un búho ululaba allí todas las noches y yo quería verlo de cerca.

—Voy a subir —dije acercándome más al árbol.

Me amarré bien al tronco con los brazos y las piernas y empecé a trepar. Cuando alcancé la primera rama, se oyó un graznido alejándose del árbol.

Tom empezó a reírse a carcajadas.

—Eres muy cabezota, Abby —dijo entre risas—. Ya te lo había dicho.

Me senté en la gruesa rama con una sonrisa. Me re Coloqué las gafas

porque se me habían soltado un poco al restregarme con el tronco. Después, me contagié con la risa de mi amigo.

—¡Vamos, Tom! Sube aquí arriba. Hay una vista preciosa.

Enseguida, Tom trepó y se sentó en otra rama gruesa frente a mí. Los dos nos apoyamos en el vasto tronco principal y, a través de la oscuridad, no muy lejos, contemplamos el río que bajaba caudaloso rumbo al lago.

—Cuando pasen estas semanas de verano iremos al colegio —comenté.

Mamá me lo decía mucho esos días. Me aseguraba que allí haría muchos amiguitos más.

Tom se quedó mirando a lo lejos sin decir nada.

—Nunca he ido a la escuela. ¿Tú has estado alguna vez? —pregunté.

Él giró su cabeza para mirarme con mucha curiosidad y sorpresa a la vez.

—¿Todavía no has ido al colegio? —preguntó incrédulo.

—No. En Kansas City me cuidaba una vecina y ella nos enseñaba algunas cosas a su hijo Matt y a mí. Después, jugábamos el resto del tiempo.

—Qué suerte... —suspiró Tom—. Ojalá yo hubiese estado en tu lugar.

—¿No te gusta la escuela? Pensaba que era divertido ir allí.

Tom se encogió de hombros. Parecía pensar mucho la respuesta. Después, decidió contestarme.

—En realidad, lo que no me gusta son algunos niños que van allí —dijo triste mirando al infinito—. Se ríen de mí todo el tiempo. Y... una vez se lo comenté a la profesora —calló unos instantes. Parecía que estuviese a punto de llorar—. Eso resultó mucho peor. Ahora, también me llaman chivato perdedor y me molestan y me empujan mucho más que antes.

—Oh, Dios mío, Tom. ¿Y se lo hacen a todos los niños? —pregunté asombrada.

No podía comprender que alguien fuera tan malo con Tom. Era un niño simpático, dulce y un gran compañero de juegos.

—Bueno... —bajó la cabeza algo avergonzado—, no sé si hay otros niños como yo. Solo sé que me lo hacen a mí. Hoy es la primera fiesta de cumpleaños que ha venido alguien a celebrarlo con nosotros. Por eso, mis padres están tan contentos. Bueno..., y yo también.

Volvió a mirarme pero, esta vez, su tristeza estaba acompañada de melancolía.

—Si estás tan contento, ¿por qué pareces tan triste? —pregunté sin comprender.

—Porque tengo miedo de que no quieras ser mi amiga cuando vayamos al

colegio.

Sus ojos empezaron a humedecerse y unas lágrimas cayeron por sus pequeñas mejillas.

Alargué mi mano hacia la suya y entrelacé nuestros dedos con firmeza.

Cualquiera que nos mirara, vería el gran contraste que lucíamos juntos. Tom era un niño muy delgado, de cara risueña y pecosa. Sus movimientos eran sigilosos, refinados y muy prudentes y hábiles.

En cambio, yo estaba rellenita. Mis ojos marrones llevaban unas gafas de pasta atadas alrededor de mi cabeza con un grueso elástico para que no se me cayeran. Siempre llevaba mi cabello castaño oscuro en una larga trenza para que no me molestara. Y, aunque era ágil, me movía con impulsiva brusquedad.

Pensé en Matt de Kansas City. Había sido mi único amigo hasta entonces y lo había perdido sin previo aviso. Le echaba de menos.

Tom y yo habíamos congeniado desde el primer momento. Llevábamos algunos días jugando juntos todas las tardes y nos divertíamos mucho. No podía imaginar dejar de ser su amiga. Así que no iba a permitir que nada se interpusiera entre nosotros.

—Tom —le dije—, tú y yo vamos a ser amigos para siempre —prometí muy segura.

Tom me ofreció la mejor de sus sonrisas a pesar de las últimas lágrimas que desbordaban por su cara.

—Me encantaría... que eso fuera así —dijo hipando—. Yo también quiero ser tu amigo para siempre.

—Entonces, tenemos un trato que no podemos romper jamás —dije desenredando nuestros dedos y levantando la mano derecha hacia mi pecho.

Tom hizo lo mismo que yo.

—Trato hecho.

Capítulo 5

Después de la barbacoa, Lucy y yo fuimos al Bar de Bobbie no muy lejos de nuestras casas. Habíamos decidido ir allí para no coger el coche. Estaba claro que íbamos a beber mucho alcohol. Ese era nuestro objetivo.

Llevábamos en el cuerpo más cervezas de las que podía recordar. Pero Lucy había bebido muchísimo más que yo.

Cuando entramos unas horas antes, el local estaba prácticamente vacío y no vi a nadie a quien yo recordara. A lo largo de la noche, se había llenado de una multitud sedienta provocando ese olor a rancio por el derrame de cerveza de los vasos que chocaban entre sí cuando los servían a una velocidad de vértigo.

Mucha gente venía de los pueblos de alrededor porque el Bar de Bobbie era famoso por las porciones de patatas con su salsa especial y las servía con las cervezas por un módico precio.

Estaba pasando un buen rato con Lucy y su chispeante humor. Era la primera vez que salía a divertirme con una chica en Crossboots como si fuéramos amigas de toda la vida. Como si eso fuera lo más natural cuando nunca antes lo había sido. No lo sentía falso ni forzado. En realidad, me sentía muy cómoda con ella igual que me hubiese sentido si fuese Tom el que estuviera a mi lado.

Lo único que me parecía extraño era que no hubiésemos sido amigas antes porque Lucy era una chica que me agradaba. Era sencilla de corazón, se notaba que también se encontraba cómoda conmigo y no me hacía sentir como si yo fuera un grano en el culo igual que me había ocurrido con alguna chica que se había cruzado en mi camino.

Desde luego, yo todavía recordaba mi nombre pero había conseguido apartar de mi mente el dolor que llevaba arrastrando desde hacía meses.

Ahora, muchos clientes habían vaciado el local buscando otros lugares para divertirse. Así que nos encontrábamos en un ambiente más relajado e íntimo; algunos bailando country en la zona de baile y otros jugando en los

billares del fondo.

Entre nuestras conversaciones, nos habíamos contado anécdotas universitarias y Lucy estaba empezando con las del instituto. Algo que yo no podía compartir con ella de la misma manera.

Pero nos encontrábamos en la barra, cerveza en mano, y me estaba explicando el día que su amiga, Elisabeth Fowler, se emborrachó en una de las fiestas que organizó Chelsea Lewis en su casa.

—¡Oh, sí! —exclamó Lucy riéndose—. Los padres de Nathan se encontraron a Elisabeth durmiendo bajo el cenador de su casa cuando iban a preparar el desayuno el domingo por la mañana.

Ese fin de semana, los padres de Elisabeth se habían ido a una convención de médicos en Dallas. Cuando Elisabeth volvió a casa después de la fiesta, entró por el jardín de los Sres. McKulin creyendo que era la suya y se derrumbó en el cenador después de vomitar en las jardineras de lupinos que compartían las dos enormes casas vecinas.

—¿He oído Nathan?

Lucy y yo nos dimos la vuelta.

Nathan McKulin, el chico por el que suspiré durante mis años de instituto, estaba frente a nosotras. Más maduro pero tan guapo como lo recordaba y con la misma sonrisa cautivadora. Iba engalanado con un traje impecable.

—¡Oh, hombre! —exclamó Lucy algo alterada por el alcohol—. Debería prestar más atención a mis dotes para conjurar. —Entonces, cerró los ojos como si estuviera concentrándose intensamente—. Mmmmm... Capitán América, ¿estás aquí? —dijo haciéndome reír. Luego, se giró hacia Nathan sonriendo—. ¿Te acuerdas de Abby Sheppard? —le preguntó señalándome.

—Y quién no recuerda a Abby Sheppard —dijo dejándome de piedra y sin dejar de mirarme—. Es un verdadero placer volver a verte.

Tragué saliva y sonreí algo cortada.

—Gracias... Eh... Lo mismo digo.

—¡Bueno, chicos! —intervino Lucy—. Voy a aprovechar para ir al servicio. La cerveza que ha entrado en mi cuerpo está en plena batalla luchando por salir de un solo disparo. ¡Voy a matar al retrete!

Nathan y yo la vimos saltar del taburete y salir disparada hacia la parte trasera del local. Luego, nos miramos y nos reímos.

—¿Puedo invitarte a bailar? —preguntó él tendiéndome la mano.

No me había dado cuenta que la música había cambiado de ritmo. Alan Jackson estaba cantando *Wonderful tonight* por los altavoces del bar.

Acepté su mano sin pensarlo y me ayudó a bajar de mi asiento. Él acomodó su mano a la altura de mi cintura por detrás de mi espalda y me acompañó hacia la zona de baile.

Cuando me sujetó cortés frente a él y empezamos a bailar, cerré los ojos y me dejé llevar por el punto de felicidad que me brindó todo el alcohol que había bebido durante la noche.

Había soñado mil veces estar entre sus brazos cuando era una adolescente. Tom había escuchado ese deseo cada vez que nos cruzábamos con él en los pasillos del instituto. Cada vez que lo veía cogido de la mano de alguna hermosa chica. O cada vez que alguien lo nombraba cerca de nosotros...

—Qué te parece si te invito a cenar una noche de estas —comentó Nathan justo al final de la canción.

Abrí los ojos al instante.

Nathan tenía puesta su mirada azul en mi rostro, observándome atento e interrumpiendo ese pequeño viaje al pasado en que se encontraba mi mente.

Un rubor en mis mejillas acompañó un ligero mareo. Tal vez, provocado por las vueltas que habíamos dado al bailar. O tal vez, el alcohol empezaba a afectar mis torpes reflejos.

—Creo... Necesito... Eh... Discúlpame un momento, Nathan. Tengo que ir al servicio. Ahora vuelvo, ¿de acuerdo? —dije dando media vuelta y librándome de sus brazos para dirigirme al baño a paso acelerado.

Abrí la puerta del pequeño cubículo y fui directa al lavamanos para presionar el grifo y aclararme la cara con agua fría.

—Aléjate de él, Abby.

Me incorporé rápido al escuchar esa voz detrás de mí. Mi rostro empapado observó a Ryan a través del sucio espejo. Estaba apoyado de lado en la pared con los brazos cruzados sobre su pecho y mirándome muy serio.

—¿Qué?

Estaba a la par sorprendida, tanto por lo que me acababa de decir como por el mismo hecho de que se encontrara dentro del servicio de señoras.

—Ya me has oído. Pero no me importa repetírtelo. Aléjate de él.

Me coloqué una mano en la cintura con fastidio. ¡Esto era el colmo!

—Este es el baño de señoras. Así que lárgate de aquí. Nadie te ha pedido consejo. Gracias.

Cogí un puñado de papel de bobina y empecé a secarme la cara húmeda con cuidado.

—Cierto. No me has pedido consejo. Pero es evidente que lo necesitas.

Su tono era como el de un padre que riñe a su hija.

Y eso me molestó. Mucho.

Había vivido toda mi vida sin la figura paterna y no iba a dejar que ni él, ni nadie, adquirieran ese estúpido rol a estas alturas de mi vida.

Miré la hora de mi reloj y me di la vuelta.

—Faltan treinta segundos para que tú y tu moto os paseéis despertando a todo el vecindario rugiendo por delante de mi casa. —Entonces, endurecí mi mirada y alcé el dedo índice—. Y justo ahora, en pleno momento de subidón, cuando el alcohol me ha proporcionado un poco de felicidad en mucho tiempo y en mi primera noche de chicas en este maldito pueblo, tienes que estar aquí presente. ¿Quién coño te crees que eres para darme estúpidas órdenes?

Ryan descruzó los brazos incorporándose y acercándose frente a mí de un solo paso. Su mandíbula estaba muy tensa y sus gruesos labios marcaban una sola línea fina. Su mirada se había vuelto mucho más reprochadora.

—Has estado ocho años ausente de este *maldito* pueblo —dijo entre dientes—. Pero lo que no sabes es que siempre has estado al margen, incluso viviendo aquí, ignorando un montón de cosas. Así que sí, creo que soy alguien que debe decirte donde debes poner tus pies —sentenció severo atravesándome y recriminándome con sus ojos verdes claros.

Me agarré fuerte con las manos crispadas en el lavabo. No sabía qué me había paralizado en esos momentos. Si su tono o lo que acababa de decir.

Luego, se dio media vuelta y abrió la puerta.

—Aléjate de él, Abby —ordenó saliendo y cerrando de un portazo.

La furia empezó a resurgir desde mi interior haciendo correr fuerte la sangre por mis venas. Solté mis manos del mármol del lavabo, agarré el pequeño bote de jabón y lo lancé con rabia contra la puerta.

—¡Maldito seas! —grité girándome para apoyarme otra vez en el lavabo con las manos y viendo mi rostro crispado frente al espejo.

Había odiado a ese estúpido toda mi vida desde el mismo momento en que le vi.

Me dije que necesitaba recuperarme lo antes posible de mi amargura para poder volver a San Francisco junto a Tom.

Así podría quitarme a ese maldito imbécil de mi vista.

Pero mucho me temía que no sería tan pronto como deseaba...

Mi respiración estaba agitada. Pero tomé una determinación después de ese encuentro con Ryan en el sucio servicio del Bar de Bobbie.

Salí del pequeño cubículo pocos minutos después cuando me sentí con suficiente seguridad para enfrentarme a algo que me había negado hacía muchísimo tiempo.

Vi a Lucy apoyada en la barra y Nathan la acompañaba con una copa en la mano. Luego, miré alrededor buscando a Ryan en algún rincón del bar y lo vi sentado en una de las mesas más apartadas y oscuras del local. Junto a él, una chica rubia estaba colgada de su cuello.

No sabía por qué pero eso me cabreó aún más.

A pesar de que ella no dejaba de manosearlo, Ryan no le prestaba ninguna atención; algo que recordaba como muy típico de él en el instituto.

Pero, esta vez, había algo diferente en su postura. Ryan tenía el cuerpo rígido y sus ojos verdes estaban clavados en mí. Calándome hondo.

Lo desafié con la mirada pero noté como un estremecimiento recorría mi cuerpo entorpeciendo el control de mis sensaciones.

Respiré hondo y me dirigí hacia la barra para reunirme con mi futura cita soñada desde la adolescencia.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Nathan rodeándome con su brazo por la cintura.

—Sí, gracias —respondí con una sonrisa forzada al notar la mano de Nathan presionando suave mi cadera.

No había nada descortés en ello pero algo me hacía sentir incómoda. Debía ser por mi incidente con Ryan hacía unos minutos.

—Entonces... ¿aceptas cenar conmigo uno de estos días? —preguntó esperanzado.

—Claro —contesté de inmediato manteniendo mi sonrisa—. ¿Para cuándo habías pensado?

Nathan me dedicó una sonrisa gloriosa.

—¿Te viene bien el miércoles?

—Sí, claro. Me viene perfecto.

—Entonces, te recogeré a las siete. Voy a dejar que Lucy siga acompañándote esta noche. Ya me ha contado que hoy no hay lugar para los hombres. —Me guiñó un ojo y me dio un beso en la mejilla—. Nos vemos muy pronto.

Nathan cogió su copa y se dirigió al lado contrario de la barra para reunirse junto a otro hombre que parecía estar esperándole. También iba trajeado y con una copa en la mano. No recordaba haberle visto nunca. Ni siquiera me sonaba su cara.

—¡Bueeeeno, chica! —exclamó Lucy cada vez más embriagada—. ¡A eso lo llamo yo disparar y acertar! —dijo imitando un disparo con la mano y bufando su dedo índice como si saliera humo.

—Estás completamente borracha, Lucy —dije riéndome divertida.

A mí, dos hombres de mi pasado me habían devuelto a la sobriedad y también las ganas de largarme de allí.

Algo me decía que seguía en el punto de mira de Ryan.

Me giré para mirar hacia su mesa.

La rubia se había alejado un poco de él y lo miraba enfurecida.

Sin embargo, él no había cambiado su rígida postura y seguía observándome con severidad. Las facciones de su cara estaban muy endurecidas y sus ojos mostraban una clara advertencia.

Noté cómo eso agitaba mi interior ya de por sí alterado.

—¿Qué te parece si salimos de aquí, Lucy? —sugerí al notar el efecto que eso me provocó—. Este lugar se ha quedado bastante muerto.

—Pues no podemos ir muy lejos. Estamos bebidas y no podemos coger el coche.

—Bueno... —dije pensando una alternativa—, ¿quieres que vayamos a mi casa y nos tomamos otro par de cervezas en el jardín?

—¿Acaso quieres despertar a tu madre y a Mike?

Esa pregunta se convirtió en un chiste muy personal.

—Bueno —resoplé con fastidio—, llevo días quejándome de un rugido ensordecedor a altas horas de la madrugada en nuestra calle —comenté después sin pensar antes de hablar—. Según ellos, no lo han oído nunca y sería estupendo comprobar si realmente están sordos —ironicé más para mí que para ella.

—¿Un rugido en plena calle? —preguntó extrañada—. ¿Se te ha ocurrido mirar por la ventana para ver de qué se trata? —se burló embriagada y chistosa.

Cuando me di cuenta de que eso despertaba la curiosidad de Lucy, pensé que sería bueno provocarla con ese tema y así conseguiría sacarla de allí más pronto.

—¡Oh, sí! Claro —sonreí divertida—. Y, tal vez, tú puedas verlo también.

—¿No vas a decirme de qué se trata primero? —preguntó riéndose intrigada.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no tengo la seguridad de que vayamos a escucharlo hoy. Algo que agradecería infinitamente, créeme. Pero, si lo escuchamos, quiero saber si reconoces ese sonido.

—¿Estás jugando a las adivinanzas? —se burló Lucy riéndose.

Me reí

—Llamémoslo así.

—No sé cuándo fue la última vez que jugué a eso... —dijo dejando de reír y quedándose pensativa.

—Tal vez, no haga mucho —dije levantándome del taburete—. Jeremy está en pleno descubrimiento.

Lucy abrió los ojos como si se hubiera dado cuenta de algo sorprendente y se rio estrepitosamente.

—¡Dios! —exclamó poniendo su mano sobre la frente—. Solo hace unas horas de eso.

Y me reí.

—¿Vamos? —la apremié deseando salir de allí.

—Voy a decirte una cosa, Abby Sheppard —dijo bajando de su taburete y apoyando su mano en mi hombro mientras atravesábamos los pocos metros hacia la salida—. Si no hubiera sido tan cobarde en mi infancia, estoy segura de que me lo habría pasado fenomenal siendo tu amiga.

—Nunca me perdonaste lo de tu Barbie, ¿verdad? —dije cuando abrí la puerta para salir del bar.

—¿Qué Barbie? —preguntó sorprendida.

Esa pregunta volvió a descolocarme por segunda vez esa noche.

—¿No te acuerdas de cuando rompí tu Barbie en el parque?

—¿Me rompiste una Barbie en el parque? —Lucy empezó a reírse a carcajadas mientras andaba arrastrando los pies—. ¿Cuándo fue eso?

—Cuando teníamos seis años.

Lucy volvió a reírse caminando más torpe.

—¿Seis años? —exclamó sorprendida—. ¿Quién demonios se acuerda de lo que hacía a la edad de seis años?

—Por lo visto..., solo yo —respondí pensativa.

Lucy tropezó con sus propios pies pero se enderezó enseguida. Empezaba a andar haciendo eses y me acerqué a ella. Entonces, la sujeté por la cintura preocupada.

—Deja que te ayude. Creo que será mejor que te acompañe a casa.

Lucy se sujetó con el brazo en mi cuello.

—Creo... que tienes razón —reconoció arrastrando las palabras pero sin dejar de sonreírme.

Luego, paró en seco.

—Pero prométeme... que vamos... a repetirlo —dijo alzando el dedo índice.

—Te lo prometo, Lucy —aseguré volviendo a enderezarla para seguir nuestro camino.

Cuando llegamos a su casa, busqué las llaves en su bolso para abrir la puerta y Lucy se giró justo en el quicio de la puerta apoyando sus manos en mis hombros.

—Eres una buena amiga, Abby —dijo con una preciosa sonrisa espontánea—. Todos sentíamos celos de la amistad que teníais tú y Tom.

La miré muy sorprendida.

—¿Celos?

—Sí, celos. O lo que es lo mismo, envidia —corroboró dándose la vuelta para terminar de entrar en su casa dejando la puerta abierta.

Abby-6 años-Julio

—Maldita sea, ¿por qué usan estanterías tan altas en este supermercado? —exclamó mamá exasperada.

Habíamos ido en coche a la gran tienda comercial situada a mitad de camino entre la ciudad más cercana y el pueblo donde vivíamos. A mamá le gustaban los productos ecológicos y llevábamos un buen rato encontrando esos alimentos en las baldas más elevadas.

En ese momento, estábamos las dos plantadas mirando hacia arriba. Delante de nosotras se encontraban las cajas de todos los tipos de leche que había en el mercado. La leche de avena que a mi madre tanto le gustaba estaba en el estante más alto.

Era lunes y, por lo tanto, su día libre.

—Si me dice lo que necesita, yo puedo alcanzárselo.

Lo último que esperábamos cuando nos dimos la vuelta fue descubrir que el dueño de esa voz encantadora —y que acabábamos de escuchar a nuestras espaldas— pertenecía a un hombre vestido con un uniforme de policía.

Miré de reojo a mi madre que, por primera vez en mi corta vida, me di cuenta de que no reaccionaba para contestar.

—Mamá quiere esa caja de leche que está allí arriba —dije yo decidida y muy contenta de poder hablar con un policía.

Él se agachó a mi altura sonriendo.

—Si te cojo en brazos, ¿puedes señalarme qué caja es exactamente?

—Claro que sí —contesté emocionada rodeándole el cuello con mis rechonchos bracitos mientras él me alzaba con sus fuertes brazos—. Es esta —señalé triunfante.

El policía me volvió a dejar en el suelo. Después, cogió la caja de leche y la depositó en nuestro carrito de la compra.

—Eh... —balbuceó mi madre titubeante y poco sonriente—, gracias. Ha sido... muy amable.

—Ha sido un placer poder ayudarla —contestó él con una enorme sonrisa—. Aunque no hubiese adivinado qué caja era la que necesitaba sin su hija —bromeó ante el aturdimiento de mi madre.

—Oh..., sí..., cierto... —tartamudeó ella—. Disculpe mi torpeza... No sé dónde tengo la cabeza. —Luego, muy rápido, se dirigió a mí—. ¿Vamos, cariño? Se nos está haciendo tarde para ir al parque.

—Sí. Vamos, vamos —apremié tirando de su mano hacia la salida. Mamá acababa de comprarme un juego de cubos para jugar con la arena y estaba deseando estrenarlos—. ¡Adiós, Sr. Policía! —chillé para despedirme.

Mamá tiró del carrito tan deprisa como pudo para seguirme.

Después de pasar unas horas en el parque, regresamos a casa a la hora del almuerzo.

Me ajusté las gafas para ver mejor a un coche de policía estacionado delante de la casa de Tom.

—Mierda —resopló por lo bajo mi madre mientras giraba el volante para estacionar en la entrada de nuestra pequeña casa.

—¡Abby! ¡Abby! —Escuché nada más bajar del auto.

Tom estaba saliendo por la puerta de su casa.

—¡Hola, Tom! —saludé contenta con la mano.

Los Sres. Johnson y el policía que habíamos visto en el supermercado iban detrás de él.

—¡Mira, mamá! —exclamé entusiasmada—. Es el mismo policía de antes. Y está con los padres de Tom. Seguro que a él también lo ha cogido en brazos como a mí.

Miré a mi madre esperando encontrar la misma alegría que yo sentía. Pero solo vi una triste sonrisa afirmativa en su cara.

Iba a preguntarle si pasaba algo malo cuando Tom llegó a mi lado.

—¡Abby! ¡Ven a conocer a Mike! Acaba de traerme mi regalo de

cumpleaños y vas a alucinar cuando lo veas —dijo tirándome de la mano hacia donde se encontraban sus padres y el policía, quienes acababan de cruzar la calle en ese momento.

—Hola, Bonnie —saludó Penny sonriendo.

—¿Qué tal, Bonnie? —preguntó casi al mismo tiempo Ben.

Mamá seguía con la misma expresión y muy quieta en el mismo lugar.

—Buenos días —saludó mamá sujetando firme con una sola mano parte de la compra que habíamos hecho en el supermercado—. ¿Va todo bien?

Los Sres. Johnson se miraron entre sí interrogantes. No comprendían por qué mi madre había hecho aquella pregunta. Claro que yo tampoco.

Sin embargo, la risa del policía pareció aclarárselo porque, entonces, Penny exclamó:

—¡Oh! Sí, sí. Todo está bien —afirmó riéndose también.

—Sí. Eh... Bonnie —intervino Ben sonriendo—, te presento a Michael Oldsen. Mike, ella es Bonnie Sheppard, la madre de la nueva amiga de Tom.

—Es un placer volver a verla, Sra. Sheppard —dijo el policía con una sonrisa mucho más amplia que la que nos ofreció en el supermercado.

—Mike es el mejor amigo de Ben desde que eran pequeños —explicó Penny dándose cuenta de que mi madre seguía muy quieta al lado de su coche con expresión confundida—. No tienes de qué preocuparte, Bonnie. No nos ha pasado nada. Todos estamos bien.

Un sonoro suspiro salió de la boca de mi madre.

—Encantada de conocerle, Agente Oldsen —aceptó mi madre por fin, asintiendo con la cabeza—. Por un momento..., pensé que iba a llevarse a los Sres. Johnson a comisaría —bromeó algo más relajada.

—Esta mañana, este policía me ha subido en brazos cuando estábamos en el supermercado —expliqué a Tom entusiasmada—. ¿A ti también te ha cogido en brazos?

—¡Claro! Mike siempre me coge en brazos cuando viene a verme —dijo Tom—. ¿Quieres venir a ver lo que me ha regalado?

—¿Por qué no venís las dos y os quedáis a comer con todos nosotros? He hecho comida para un regimiento —se ofreció Penny.

Mi madre cambió el peso de su cuerpo sobre sus tacones. Parecía indecisa.

—Por favor, mamá, di que sí —supliqué.

Ella me miró y me sonrió.

—Está bieeen —cedió mi madre—. Voy a dejar la compra en casa y enseguida me acerco a ayudaros a preparar las cosas. No tardaré ni cinco

minutos.

—Yo ayudaré con eso —se ofreció el policía atento.

—Oh, no hay mucho que cargar, Agente Oldsen.

—Por favor, llámame Mike. Creo que ahora ya podemos tutearnos —pidió él cortés—. Yo me encargaré de la caja de leche, ¿de acuerdo?

Mi madre lo miró dudando durante unos instantes. Parecía como si estuviera ausente de todo lo que le rodeaba.

—De acuerdo —aceptó ella cerrando los ojos con un gran suspiro.

Después, dejó la bolsa de la compra en el suelo y abrió la puerta donde se encontraban el resto de los víveres. Entonces, empezó a lucir su habitual expresión alegre.

Mientras tanto, los Sres. Johnson, Tom y yo cruzamos la calle y nos adentramos en su casa.

—¡Vamos, Abby! ¡Corre, ven! —gritó Tom.

Cuando llegamos a su habitación, me encontré encima de su cama un uniforme de policía y un montón de complementos de juguete a su alrededor: la estrella del sheriff, una pistola, un transmisor, un cinturón, una insignia, unas esposas y dos charreteras.

Enseguida, nos llamaron para almorzar, así que llegamos a la mesa con la mitad del disfraz puesto. Tom iba vestido con los pantalones, el cinturón y el transmisor. Yo me había puesto la camisa y la estrella del sheriff. Comimos deprisa para poder ponernos el resto del uniforme.

Pasamos el resto de la tarde jugando a policías y ladrones. Al final del día, Tom y yo terminamos esposados y dormidos en su cama mientras salían los dibujos de *Doraemon* en la televisión de su habitación.

Capítulo 6

Lucy no se dio cuenta de la bomba que explotó en mi mente cuando había terminado de decir “envidia”. La prueba estaba en que, al rato, todavía no había regresado para cerrar su propia vivienda.

Había pronunciado la palabra como si un rastrillo pasara por su garganta por culpa del alcohol ingerido.

Cerré la puerta de la casa de Lucy con cuidado y emprendí el camino de vuelta a la mía. El trayecto no era más que ocho casas más al norte de la suya y un giro a la derecha en la última calle. Después, solo tenía que pasar por delante de la casa de los Sres. Johnson y cruzar el asfalto pavimentado.

Agradecí el ligero aire fresco cuando me acarició el rostro.

Aquella primera noche de chicas había sido divertida, sí. Pero mi cabeza no dejaba de dar vueltas por el asombro de los últimos encuentros, acontecimientos y frases sin sentido.

Desde que había regresado a Crossboots, todo parecía estar fuera de lugar.

Lucy me trataba como si hubiéramos sido maravillosas amigas en el pasado.

Nunca había sido así.

Luke era ayudante del sheriff y compañero de Mike como si no hubiera actuado antes como un delincuente.

Nunca había sido así.

Nathan me había invitado a cenar como si siempre se hubiera fijado en mí.

Nunca había sido así.

Y Ryan se comportaba como si siempre hubiera sido de su propiedad.

Nunca, NUNCA, había sido así.

El rugido de una moto me sacó de mis cavilaciones.

—Oh, no, mierda —resoplé chasqueando los labios.

La *Harley* de Ryan se acercó gradual a mis espaldas pero ni siquiera me giré para mirar si se trataba de él. Por desgracia, ya me había familiarizado con ese ruido aunque, ahora, sonaba menos estridente por la poca velocidad a

la que iba.

Cuando Ryan me alcanzó, adaptó la velocidad de la moto al ritmo de mi paso y anduvo siguiéndome todo el camino detrás de mí. Sin embargo, yo continué andando hasta llegar a mi destino como si eso no me afectara en absoluto.

Al cruzar el camino principal de mi casa, Ryan frenó dejando el motor en marcha. Saqué las llaves de mi bolsillo vaquero, abrí la puerta y, una vez la traspasé, cerré de un portazo con el talón del pie sin mirar atrás.

Estaba sedienta, así que me dirigí a la cocina para beber un buen trago de agua fresca y, luego, me fui a mi habitación. Pulsé el interruptor que estaba al lado de la puerta para encender la luz del techo. Me quité la ropa y me puse mi pijama de Mulan. Después, me senté en el borde de la cama y apoyé los codos en mis rodillas.

El motor de la *Harley* seguía ronroneando suave tras los cristales de la ventana de mi habitación.

—Maldita sea... —murmuré—. Lárgate de una vez, Ryan.

Después de quejarme con un sonoro suspiro, me tapé la cara con mis manos.

Como el rugido de la moto no cesaba, decidí tumbarme en la cama de costado, abrazando mis rodillas y haciéndome una bola.

Le di un golpe, furiosa, al otro interruptor de la luz que estaba en la pared de la mesita de noche para apagarla y cerré los ojos, como si así pudiera hacer desaparecer todo lo que me hacía sentir mal.

Igual que el día de nuestro primer encuentro, Ryan pegó unos buenos acelerones haciendo rugir su moto al máximo. Poco después, el ruido fue disminuyendo mientras se alejaba calle abajo.

Unas lágrimas aparecieron sin previo aviso.

La verdad era que había pasado una buena noche junto a Lucy.

Pero, en ese momento, me sentía muy confundida porque todo estaba dando una vuelta que no comprendía y mi mente funcionaba a mil por hora.

Lloré hasta que el cuerpo me dijo basta.

Después, volví a darle demasiadas vueltas al cerebro sobre todo lo ocurrido en el Bar de Bobbie.

Al fin, el sueño me venció pero fue un sueño muy inquieto. Soñé con una Barbie rota, sin una pierna, montada encima de una despedazada y oxidada *Harley* que rugía a gran velocidad por las calles de San Francisco.

No me levanté hasta el mediodía y lo hice con muy pocas ganas de salir de

la cama.

Mi noche de chicas había alterado aún más mis emociones. Y mucho me temía que esto no había hecho más que empezar, sobre todo, porque le había prometido a Lucy que repetiríamos.

Y yo nunca había faltado a mi palabra.

Además, en pocos días ya tenía abiertos varios frentes y un montón de preguntas sin respuestas.

Miré el techo de mi habitación.

No dejaba de preguntarme por qué Lucy no recordaba lo de su Barbie. Siempre había creído que ese era el motivo de que no jugáramos nunca juntas cuando éramos pequeñas.

¿Y por qué me dijo que todos nos tenían envidia?

Tom y yo nunca habíamos encajado con los demás niños. Siempre jugábamos solos en el patio del colegio y siempre habíamos estado apartados de todos los acontecimientos en que los otros participaban. No íbamos a ninguna fiesta de cumpleaños, no íbamos al parque como todos los demás y nunca íbamos a casa de nadie porque no nos invitaron a pasar la tarde allí.

Y, luego, estaba Ryan. ¿Qué quería decir con eso de que yo ignoré un montón de cosas cuando estuve viviendo aquí? ¿Qué tenía eso que ver con ahora y con Nathan?

Nathan. El próximo miércoles tenía una cita con él. Si eso hubiera ocurrido entre los dieciséis y dieciocho años, estaría saltando como una loca junto a Tom contándoselo con pelos y señales.

Pero, en ese momento, no me sentía feliz en absoluto.

Desde hacía siete meses, cuando todo se derrumbó en mi vida, en lo último que había pensado había sido tener una cita con alguien. Eso no entraba en mis planes y no hacía ni veinticuatro horas que acababa de consentir una con él.

Solo había un motivo por el que había aceptado esa invitación. Y, por supuesto, fue para llevarle la contraria a Ryan, como había hecho siempre.

Mi estómago emitió un pequeño rugido. Tenía hambre porque no había comido nada desde la noche pasada en la cena de la barbacoa en casa de los padres de Tom.

Me levanté para prepararme un sándwich y, luego, me tumbé en el sofá donde me quedé dormida poco rato después.

Mi madre me despertó cuando llegó del trabajo.

—He preparado una ensalada —dijo—. Mike no tardará en llegar.

¿Quieres que veamos una película?

—No, gracias, mamá. Cenaré un poco y me vuelvo a la cama.

—¿Te lo pasaste bien ayer con Lucy?

—Sí —le sonreí—. Me lo pasé muy bien con ella. Es estupenda.

No quise entrar en detalles de lo que había ocurrido al final de la noche. No quería hablar con ella de eso pero sí que le conté que el miércoles tenía una cita con Nathan.

—¿Nathan McKulin? —preguntó.

—Sí, el mismo —confirmé sin mucho entusiasmo.

—Bueno... —dijo mamá desviando la vista hacia la televisión que estaba apagada—. Eh... Y... —mi madre respiró hondo y cerró los ojos para volver a abrirlos y sonrió levemente—, ¿has pensado lo que vas a ponerte?

—Oh, mamá —me quejé—. Me pondré cualquier cosa. Ya sabes que eso no me importa demasiado.

—Valeee... —me replicó—. Pero, si quieres, puedo prestarte algún vestido de los míos, ¿de acuerdo?

—Valeee... —le sonreí.

Me levanté y le di un beso en la frente.

—Te quiero, mamá. Eres la mejor. Lo sabes, ¿verdad?

—Y tú lo mejor de mi vida. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —le contesté apoyando mis manos en sus hombros—. Siempre te has encargado de recordármelo. Disfruta de la película. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño —me deseó ella cuando me dirigía hacia la cocina.

Cené un poco de ensalada y volví a mi cama.

Pero no tenía sueño.

Paseé la mirada por mi habitación y me fijé en la estantería que había encima del escritorio donde descansaban las novelas que me había leído antaño. Dos grandes piedras con cristales incrustados las sujetaban.

Eran unas pequeñas rocas que Tom y yo habíamos sustraído del arroyo donde nos bañábamos todos los veranos. Estaban completamente redondeadas por la erosión que el agua había cincelado a lo largo de los años. Unos minerales transparentes las cubrían como pequeñitos lunares y, cuando el sol iluminaba la habitación, centelleaban en todas direcciones.

Cuando conseguimos sacarlas del fondo del agua, se las llevamos a Joe para enseñárselas. Este cogió un par de picos y un martillo de entre sus herramientas y, luego, puso las piedras en su mesa de trabajo. Marcó cada

una con nuestros nombres. Una ponía Tom y Abby y la otra Abby y Tom. Debajo, Joe había imprimido también su nombre.

John Grisham, David Baldacci, Jeffrey Archer, Ken Follet entre otros autores destacaban junto a dos novelas que habían pertenecido a mi madre. Nuestras diferencias literarias eran muy distintas. A mí me gustaba el suspense y mamá leía mucha novela romántica.

Entonces, recordé el día en que mi madre cerró uno de esos dos libros que acababa de terminar de leer.

Tenía quince años.

Era un domingo por la tarde y yo estaba tumbada en el sofá mirando una película en la televisión.

—*Sandra Brown* es mi autora favorita.

—No entiendo que te gusten todas esas novelas rosa —comenté yo entonces.

—Esta es más que una novela rosa, cariño —dijo muy seria y con la mirada ausente.

Se levantó del sofá y colocó el libro con mucho cuidado en la estantería del salón. Después, desapareció y se encerró en su habitación sin decir una palabra más.

Su reacción me extrañó un poco, así que me levanté del sofá y me acerqué a la estantería. Quería saber por qué le había afectado tanto esa historia.

Fijé la vista en el lomo del libro que mi madre acababa de dejar. Acaricé las letras que surcaban el grueso protector de solapas de tapa dura. Me sentía indecisa. Para mí, leer era una emoción distinta, un viaje y una aventura que, de otra manera, jamás viviría en la vida real. Escogía con mucho cuidado los libros que sabía que lo conseguirían.

Después de pensarlo durante varios minutos, lo cogí y me dirigí a mi habitación.

Desde que abrí la primera página aquella tarde, no me di cuenta de que ya había llegado la hora de ir al instituto hasta que leí la última página y cerré el libro.

Los rayos del sol iluminaban mi habitación con todo su esplendor y, ese día, fui a clase sin dormir.

Definitivamente, era más que una novela rosa.

Sin embargo, no entendí el efecto que le produjo esa novela a mi madre hasta un par de años más tarde.

Y, aun así, salvando las distancias.

Ese libro seguía allí, en la estantería de mi habitación.

Mi mente se había ido hacia un pasado que me hubiese gustado olvidar. Los recuerdos que surgieron al ver el libro de mamá no eran gratos en absoluto. Había mucho dolor en ellos. Demasiado.

Pero el rugido de la moto de Ryan, acercándose, me devolvió al presente.

Aparté la vista de la estantería de libros que habían llamado mi atención durante un largo rato. Las piedras que Joe había tallado en su taller habían dejado de centellear hacía horas. Tantas que ya era la una de la madrugada y no me había dado ni cuenta.

Cuando Ryan llegó frente a mi casa, hizo rugir su *Harley* varias veces.

La luz de mi habitación estaba encendida.

—Mierda —musité con fastidio.

Si Ryan esperaba que apagara la luz como si fuera una señal para comunicarle que debía largarse de allí, el muy imbécil estaba muy equivocado.

Esa noche no tenía sueño, por lo que no iba a jugar a su juego en ese momento.

Dos minutos después, el motor de la *Harley* seguía rugiendo haciendo vibrar los cristales de la ventana de mi habitación.

Mamá y Mike hacía horas que se habían acostado y yo continuaba despierta sin señales de que eso pudiera cambiar.

Bufé reincorporándome sobre la cama y corrí las cortinas. Abrí las puertas de la ventana de mi habitación y me asomé.

Ryan cesó los acelerones que provocaba con el manillar de la moto dejando el suave rugido de la *Harley* en *stand by*.

—¡Vete a la mierda, Ryan! —grité.

—Vístete y abrígate —me ordenó.

—¡Claro! ¡A sus órdenes, Señor! —exclamé sarcástica—. ¡Lárgate ya, imbécil!

Entonces, Ryan aceleró la moto y la acercó a la acera de delante de mi casa. Luego, aparcó parando el motor. Se quitó el casco, lo colgó en el manillar y se acercó a mi ventana.

Sin que me diera tiempo a reaccionar, me apartó a un lado con firmeza y dio un salto hacia dentro aterrizando en mi cama.

Acto seguido, bajó del lecho y se dirigió a mi armario. Sacó unos

vaqueros, un jersey grueso de color azul y mi cazadora verde militar. Lo dispuso todo sobre la colcha arrugada que estaba al pie de la cama. Después, se giró dándome la espalda.

—Vístete. Si no, lo haré yo por ti —sentenció cruzando los brazos sobre su pecho.

Estaba tan sorprendida que, al principio, solo me quedé con la boca abierta, estupefacta y mis ojos saliéndose de sus órbitas.

Esto no podía estar pasando.

—Estás completamente loco si piensas que voy a hacer lo que tú me digas —le repliqué desafiante colocando mis manos en la cintura.

Ryan volvió a girarse y se me aproximó despacio.

Tuve que levantar la vista para mirarle a los ojos y darme cuenta de cómo paseaba su intensa mirada por mi rostro, con una paciencia infinita, como si tuviera delante a una niña a quien tuviera que educar. No había rastro de enfado en su cara, solo una expresión indefinida. Una que yo no solía reconocer en él, igual que me había ocurrido en el pasado otras tantas veces y con la que solía responder con una mirada desafiante.

Sin que me diera cuenta, mis manos se relajaron y se soltaron de mi cintura como si se sintieran libres de repente.

—Está bien —dijo Ryan tragando saliva y fijando, al fin, sus ojos verdes en los míos—. ¿Por dónde quieres que empiece? —me preguntó colocando sus grandes manos en mis caderas.

Con suavidad, sus dedos masculinos sujetaron el borde de mi camiseta por los costados. Pequeños roces sobre el pantalón de mi pijama erizaron la piel curva de mi cintura, provocándome un pequeño estremecimiento y dejándome sin aliento inesperadamente.

—¿Crees que Mulan se enfadará si la quito de en medio antes que los pantalones? —preguntó mientras yo procuraba mostrarme indiferente.

—Apártate de mí, Ryan...

Intenté parecer firme pero mi advertencia salió de mis labios en un susurrado jadeo.

Me humedecí los labios en un gesto nervioso.

Ryan me miró poniendo suma atención a la expresión de mi cara, como analizándome. Luego, acercó su rostro a mi cuello.

—Por favor, Abby —me susurró suplicante en el oído—. Cámbiate.

Ryan se separó tan rápido que noté un frío repentino cuando el calor de su cuerpo se alejó de mí para volver a darme la espalda.

Un temblor sacudió todo mi cuerpo agitado. Me faltaba el aire y necesitaba serenarme. Así que respiré hondo y exhalé en un intento por tranquilizarme fijando la mirada en su firme espalda.

¿Qué pretendía Ryan? ¿A dónde quería que fuera con él? ¿Y por qué?

No había señales de amenaza.

Ni desafío.

Ni nada que yo pudiera identificar.

Y la pregunta más absurda que podía hacerme en ese preciso momento era ¿qué podía perder yo?

No tenía sueño.

No quería pensar.

Y nada tenía sentido ya.

Emití un gran bufido pero me cambié el pijama por la ropa que Ryan había puesto encima de mi cama. Cogí mis botas vaqueras del zapatero y me giré con la intención de avisar de que ya estaba preparada.

Sin embargo, me quedé en silencio al ver a Ryan. Este estaba contemplando las piedras que sujetaban los libros que yo misma había estado observando hasta hacía tan solo unos minutos.

Al darme cuenta de que esa coincidencia me había dejado muda, parpadeé y reaccioné.

—Lista.

Ryan se dio la vuelta como si le hubiera interrumpido alguno de sus pensamientos. Luego, comprobó mi atuendo como si dudara de que me faltara algo.

—Bien. Larguémonos —dijo subiendo sobre mi cama para saltar otra vez por la ventana.

Yo le seguí después de apagar la luz de la habitación saltando detrás de él.

Ryan sacó un casco del pequeño maletero de la moto y me lo entregó. Después, se puso el suyo, montó en la *Harley* y arrancó. Luego, me observó mientras yo me abrochaba la correa del casco. Tardé un poco porque tenía que ajustarlo a mi medida.

—Vamos, Abby. Sube —dijo con tono impaciente señalando el asiento trasero con un gesto de cabeza.

Cuando me acomodé en el asiento, Ryan hizo un gesto impreciso con el manillar. Luego, se quedó quieto un momento. Después, giró su cabeza hacia mí por encima de su hombro.

—Agárrate a mí —dijo en voz alta para que pudiera oírle.

Entonces, rodeé mis manos por su cintura acariciando la piel de su cazadora de cuero y apoyé mi pecho en su espalda. Automáticamente, inspiré profundo por la nariz. Su olor era balsámico para mí aunque deseaba negármelo.

Ryan se quedó quieto otra vez. Luego, bajó su cabeza unos instantes y volvió a enderezarse.

De repente, un suave acelerón nos puso de camino hacia la calle rumbo a no sabía dónde.

Abby-6 años-Agosto

—¿Estás lista, cariño?

Ya estábamos a finales de agosto y era mi primer día de colegio.

Habíamos pasado un verano genial con la familia Johnson y empezaba a adaptarme a mi nueva vida. Mike también había aparecido con frecuencia en las barbacoas de los sábados y eso me gustaba. Algunas veces, Mike había invitado a cenar a mamá y, esas noches, me quedaba a dormir con Tom.

Me miré en el espejo. Llevaba puestos mis tejanos favoritos, una camiseta de manga corta con la estampa de un cucurucho de helado y mis zapatillas deportivas. Me ajusté las gafas con la gruesa goma y puse mi larga trenza por encima de mi hombro para colocarme la mochila en la espalda.

Respiré hondo.

Pasase lo que pasase, Tom y yo estaríamos juntos.

—Sí, creo que sí.

—Tom está esperándote en la cocina —dijo mamá apoyada en el vano de la puerta.

Fui a encontrarme con él.

Era el momento de ir a coger el autobús escolar.

—Hola —dijo él con voz débil.

Observé cómo se movía nervioso. Eso no era habitual en él. Siempre había estado muy tranquilo y relajado todo este tiempo.

—Pasad un buen día —dijo mi madre abrazándome—. Te quiero mucho, cariño.

—Yo también te quiero, mamá —respondí—. ¿Vamos, Tom?

—Sí, vamos —dijo cortante.

Se giró, salió y se encaminó hacia la parada del autobús.

Yo le seguí muy de cerca pero no sabía qué decirle porque Tom estaba muy intranquilo. En realidad, parecía otro.

Llevaba inquieto desde el día anterior. No dejaba de repetir que lo bueno se terminaría una vez que subiéramos al autobús por la mañana.

Nunca había tenido que tranquilizarle antes. Más bien, era él quien frenaba mis bruscos impulsos. Sin embargo, decidí actuar antes de que Tom se me desmoronara.

—¡Ey, cálmate! —advertí cogiéndole de la mano—. Tom, todo saldrá bien. Nadie nos separará. Tenemos un trato, ¿recuerdas?

Tom apretó mi mano y me miró tímido asintiendo con la cabeza.

A lo lejos, vimos avanzar el autobús hasta que llegó donde nos encontrábamos.

—Ojalá pudiera quedarme en casa —dijo soltándome de la mano antes de subir.

Yo le seguí sin pensármelo dos veces.

A lo largo del autobús, bastantes niños estaban riéndose a carcajadas. Miraban a Tom que tenía la cara baja mirando al suelo mientras avanzaba por el diminuto pasillo buscando un asiento libre.

Un niño que tenía el cabello negro como el azabache y con mechones largos estaba sentado en los asientos del medio y puso un pie entorpeciendo las piernas de Tom para que se desequilibrara.

—¡Vaya, Tommy! Este año nos traes un regalo. ¿Cómo se llama tu novia de cuatro ojos? Ya he visto cómo os dabais la manita —se burló.

Otra vez, el autobús bramó riéndose de nosotros.

Tom se giró hacia mí con los ojos llenos de arrepentimiento y disculpa. Sus mejillas pecosas estaban todavía más coloradas por la vergüenza y la impotencia.

La rabia empezó a correr por mis venas.

Avancé hasta Tom y le cogí de la mano lanzándole una mirada de odio a ese niño, quien tenía los ojos verdes más claros que había visto nunca y que estaban mirándome retadores.

—¡Eres un estúpido! —le grité enfadada mirándole con decisión—. ¿Estás bien, Tom?

Tom me miró con cara de sorpresa.

—Esto sí que es gracioso —exclamó ese idiota mirando a Tom—. ¡Tu novia tiene más pelotas que tú!

El autobús entero volvió a reírse. Luego, el niño de ojos verdes cristalinos se levantó y se encaró a Tom.

—Pero deberías explicarle a tu bola de grasa a quién ha llamado estúpido

—le advirtió amenazante.

Tom empezó a temblar y se le humedecieron los ojos mirándome asustado.

—Por favor, Ryan —suplicó—. No te metas con ella.

—No te preocupes por mí, Tom —dije tirando de él hacia la parte de atrás para sentarnos—. Este niño no me da ningún miedo.

Después de que yo dijera eso, los niños del autobús se quedaron en silencio atentos, durante un rato, por si ocurría algo más.

Sin embargo, pocos instantes después, el autobús pareció ir olvidándose de lo ocurrido.

Tom se sentó al lado de la ventana y no dejó de mirar a la calle.

El niño del pelo negro y de ojos verdes —a quien Tom había llamado Ryan— no dejó de mirarnos.

Bueno, en realidad, no dejó de mirarme.

Se acomodó en su asiento sentándose de lado de forma engreída y mirando hacia atrás, hacia donde me encontraba yo.

Pero no dejé que ese niño me intimidara. El cruce de nuestras miradas eran retadoras y prometían peleas que no tardarían en suceder.

No le solté la mano a Tom en todo el trayecto hasta llegar a la escuela. Cuando el autobús paró frente a un enorme edificio, todos los niños se apresuraron a bajar y no se me pasó por alto de que Ryan bajó el último antes que nosotros.

Tom y yo seguíamos sentados en nuestros asientos.

—Tom, ¿estás bien?

—Abby, si sigues a mi lado, esos niños te harán daño. Deberías alejarte de mí.

—Tom —dije sujetando su mano más fuerte—, te hice una promesa en el árbol. No voy a romper nuestro trato.

Tom rompió a llorar tapándose la cara con las manos.

—Vamos, Tom. No tengas miedo. Yo no lo tengo.

Él hipó secándose las lágrimas y me miró con sorpresa.

—¿No tienes miedo?

—No. Cuando me cruzaba con el Sr. Ferguson de Kansas City todas las mañanas, siempre me decía: “Defiéndete de los malos, estás en tu derecho. No lo olvides jamás.” —le expliqué recordando e imitando la voz del padre de Matt—. Y eso es lo que haremos, ¿vale?

Tom empezó a sonreír hasta que unas secas carcajadas salieron de su boca

volviendo a iluminar su cara llorosa.

—No sé cómo hacerlo, Abby.

—Pues igual que lo hacemos con los juegos que tienes de la *Xbox*. Pero con nuestros puños —aseguré enseñando los míos—. Vamos, que llegaremos tarde.

Tom volvió a reír pero, esta vez, como siempre. Como el Tom que yo conocía.

Al fin, bajamos del autobús. Un montón de niños y padres corrían de un lado a otro. Unos profesores se encargaron de asignarnos las clases. A Tom y a mí nos ubicaron en la misma sala dándonos un momentáneo alivio. Hasta que vimos al niño del autobús. Iba acompañado de otro niño que tenía el pelo rubio y los ojos oscuros.

—Ese es Luke Nelson... Ninguno de los dos nos dejará en paz durante todo el día —dijo Tom frustrado.

Y así fue.

Soliviantados por esos dos, algunos niños decidieron que pasáramos el día entre burlas, insultos y pequeños empujones. Tom también recibió alguna colleja y a mí me incordiaban con mis gafas, moviéndolas e incluso sacándomelas. Por suerte, no llegaron a romperlas.

Yo quería explicar lo que pasaba a la profesora pero Tom me convenció de que eso sería peor. Así que yo también empecé a insultar y a empujar.

Después de un largo primer día y ya sentados en la banqueta de la parada del autobús, Luke y Ryan se nos acercaron. No había nadie a nuestro alrededor. Todo el mundo iba buscando a sus padres. Los profesores y monitores iban organizando la salida del colegio y nosotros nos habíamos dado prisa para escaparnos lo antes posible.

—Mira, Luke, la parejita feliz —dijo Ryan con una sonrisa maliciosa—. Oye, Tom, ¿cuántos helados al día se come tu novia? —preguntó señalando la estampa de mi camiseta.

Sin pensármelo, mi mano salió disparada con toda mi rabia lanzándole un puñetazo a Ryan contra su nariz.

Luke, al ver como su amigo empezó a sangrar a borbotones, pegó un grito desconcertado y alguien se acercó para ver lo que había ocurrido.

Ryan, por el contrario, solo sostenía su nariz con una mano mientras que sus ojos verdes y brillantes me miraban con una expresión que yo no podía descifrar.

—¿Qué ha ocurrido aquí, chicos? —preguntó uno de los monitores que

organizaban la salida del colegio.

La gente empezó a rodearnos en círculo.

—He tropezado y me he dado de cara contra la banqueta —respondió Ryan al instante sin que nuestros ojos dejaran de mirarse—. Creo que me he roto la nariz.

Luke y Tom se lo quedaron mirando con la boca abierta pero no le llevaron la contraria.

Yo lo miraba con odio y rabia. Me daba igual lo que ese estúpido dijera y a quién se lo dijera porque había aprendido dos cosas en mi primer día de colegio.

Una, que nadie le llevaba la contraria a Ryan Townsend.

Y dos, que Ryan Townsend se había convertido en mi peor enemigo del mundo mundial.

Capítulo 7

Cerré los ojos. Ryan conducía la *Harley* sin prisa por la mayoría de las calles de Crossboots. El suave viento nos ofrecía una leve resistencia en nuestra contra y las luces de las farolas pasaban intermitentes ante nuestros ojos.

Después de recorrer las grandes casas de la zona sur, tomó una salida hacia la carretera federal.

—Sujétate fuerte —gritó mirando por encima de su hombro mientras se incorporaba progresivo hacia el nuevo asfalto.

Obedecí inconsciente porque me sentía anestesiada. Ese paseo por las callejuelas me había relajado por completo el cuerpo.

Entonces, Ryan aceleró y se puso a gran velocidad. El viento nos azotaba fuerte y algunos recuerdos del pasado emergieron. Me recordaron las veces que yo misma había conducido grandes motos gracias a Joe.

Una amplia sonrisa espontánea apareció en mi cara. Noté cómo la adrenalina recorría por mis venas aumentando mi excitación y un cosquilleo de emoción en mi interior aceleraba mi respiración.

Después de recorrer a esa velocidad durante algunas millas por esa carretera, separé mi pecho de la espalda de Ryan sin dejar de sujetarle por la cintura.

—¡*Woowww....!* —grité al cielo excitada.

Mis manos notaron unas pequeñas vibraciones en el abdomen de Ryan. Se estaba riendo y yo hice lo mismo por contagio.

Después, volví a acomodar mi pecho contra su espalda cuando la risa, que todavía estaba presente aunque ligera, había disminuido. Lentamente, esta fue remitiendo hasta que solo quedó una gran sonrisa en mi cara que no podía ocultar aunque lo hubiese pretendido.

Estaba sintiéndome feliz, muy feliz.

Dos horas después, cuando ya habíamos recorrido algunas carreteras cercanas de la zona a través de los infinitos campos de los alrededores, Ryan

paró delante de mi casa.

Me bajé de la *Harley*, me quité el casco y se lo devolví.

Él se lo colgó en el brazo y levantó la visera del suyo mirándome pero sin decir una palabra. Solo sonreía.

—Gracias, Ryan —dije devolviéndole la sonrisa mientras le daba un suave cachete en el hombro.

El cerró los ojos afirmando varias veces con la cabeza.

Yo también asentí con la mía. No había necesidad de decir nada más, así que me dirigí hacia la ventana de mi habitación.

Cuando era adolescente, siempre soñaba que me escapaba por esos cristales para reunirme a escondidas con el amor de mi vida.

Ahora que no era necesario hacer tal proeza, estaba entrando por allí como si tuviera dieciséis años.

Y el hombre con el que me había escapado se llamaba Ryan Townsend.

Mi peor enemigo del mundo mundial.

Una vez dentro de mi habitación, me giré para cerrar la ventana y vi que Ryan seguía en el mismo sitio. Miraba hacia donde yo me encontraba pero con la visera otra vez hacia abajo. Corrí las cortinas, encendí la luz y me aparté hacia el interior para ponerme otra vez el pijama.

Cuando terminé de cambiarme, el rugido de la moto no había cesado todavía. Sonriendo, suspiré y me tumbé en la cama.

—Está bien, Ryan —dije en voz alta apagando la luz con una sonrisa traviesa.

Cuando la habitación se quedó a oscuras, Ryan hizo rugir la *Harley* ferozmente.

Entonces, noté el calor de mis mejillas ruborizadas, como si hubiera hecho alguna travesura y estuviera negándosela a alguien. Probablemente, a mí misma.

Empecé a reírme como una colegiala adolescente sin darme cuenta de que me había salido del corazón, no del juicio.

Tampoco advertí cuándo desapareció el rugido de la moto calle abajo.

El lunes me desperté tarde. El paseo en moto de madrugada con Ryan había actuado como un somnífero y no tardé en conciliar el sueño.

Mi madre no se encontraba en casa así que me preparé una ensalada para

comer. Después, me vestí para ir a ver a Lucy. Quería saber cómo había pasado el domingo de resaca.

Más tarde, haría una video-llamada con Tom. El día anterior le mandé solo un mensaje. Me habían sucedido demasiadas cosas como para hablar con él relajada.

Todavía no estaba segura de contarle todo lo que me había ocurrido. ¿Qué diría Tom si se diera cuenta de que había perdido la chaveta saltando por la ventana y largándome con Ryan en su *Harley*?

Ni yo misma me lo creía y, sin embargo, se lo había agradecido.

El largo paseo por las carreteras colindantes del pueblo me había traído recuerdos del viejo Joe. Él me había enseñado todo lo que sabía sobre coches y motos. Podía arreglar cualquier cosa si alguna vez se me estropeaba el coche. Claro que no tenía las herramientas pero, por lo menos, tenía los suficientes conocimientos para saber por dónde se habían estropeado solo por el ruido que producían.

Joe también me había enseñado a conducir. Nos llevaba a Tom y a mí a un descampado cercano al taller.

El primer vehículo que aprendí a conducir fue un coche de segunda mano con marchas. Joe me dijo que, si aprendía a conducir ese coche, podría conducir cualquier cosa.

Después, me enseñó a conducir un coche automático y, de ahí, pasó a darme lecciones con una gran moto de alta cilindrada. Cuando lo tuve todo dominado, me felicitó.

—Eres la mejor, Abby. Estoy muy orgulloso de ti, pequeña guerrera. — Joe había adquirido la costumbre de llamarme de aquella manera porque decía que siempre me comportaba como tal y que nunca me rendía.

Si me estaba viendo en ese momento, desde donde Dios quisiera, sabría que su pequeña soldado estaba completamente derrotada.

Tom se conformó con conducir coches automáticos. Decía que no necesitaba más que eso para poder desplazarse. Con eso tenía suficiente y, a diferencia de mí, tampoco le entusiasmaba mucho el mundo del motor.

Todavía me sorprendía que Joe hubiera confiado los vehículos de sus clientes para que yo los condujera. Le hubiese traído un montón de problemas si los estropeaba o les daba algún golpe.

Todo eso ocurrió cuando tenía dieciséis años y antes de que Tom y yo nos inscribiéramos a la autoescuela para obtener nuestro carnet. Era una imprudencia conducir sin el título pero el peligro era casi nulo porque Joe nos

llevaba con su grúa a un terreno abandonado de las afueras de Crossboots.

Solo podíamos sufrir algún derrape con alguno de los coches o una caída con alguna de las motos que yo montaba. Gracias a Dios, eso no ocurrió. Y, lo que era mejor, me encantaba sentir el motor de los vehículos que manejaba con mis propias manos y pies. Me hacía sentir poderosa y no desaprovechaba cada oportunidad que él me ofrecía.

Maldita sea, cómo echaba de menos al viejo.

Volver a subir en una moto, aunque hubiese sido con Ryan, me hizo sentir que la sangre volvía a correr por mis venas. Pero eso era algo que no quería admitir de momento —por lo menos, fuera de mi mente— porque todavía tenía una lucha interna que superar. Si es que cabía la posibilidad de que la superara.

Me miré en el espejo que había al lado de la puerta de la entrada. Ese alto cristal me había visto crecer y una sensación de tristeza me sobrevino porque tenía los sentimientos confundidos. Momentos de alegría se entremezclaban con otros melancólicos.

Me enderecé recordándome mi propósito del día. Lucy. Mi objetivo ese día era ver a Lucy. Eso me distraería de las divagaciones que acudían en mi mente sin cesar.

Cogí las llaves de la pick-up y salí decidida para ir a verla.

Llegué al pequeño supermercado y vi a Lucy sentada en su silla con el codo en el mostrador y la cabeza apoyada en la mano. Parecía cansada.

—¿Lucy?

Ella se enderezó solo un poco.

—Abby —dijo alzando un dedo índice—, la próxima vez, no me dejes beber tanto —me rió con una sonrisa—. Pasé el domingo con martillos en la cabeza y gritos de niños aumentando el sonido. ¡Hoy no puedo con mi alma! —se quejó volviendo a apoyar la cabeza en su mano.

—Pensé que querías olvidar tu nombre —dije divertida—. ¿Quién soy yo para privártelo?

Lucy volvió a enderezarse en su asiento. Una amplia sonrisa traviesa no disminuía las ojeras en sus ojos.

—Casi lo consigo, ¿sabes? —se rio estrepitosa—. La verdad que me lo pasé muy bien.

—Sí, yo también —admití—. He venido a ver cómo estabas. Parece como si un camión te hubiera arrastrado.

—Créeme —suspiró con cansancio—, así me siento ahora mismo. Por cierto, ¿tienes una cita con Nathan o me lo he imaginado?

Casi había olvidado el compromiso de cenar con Nathan el miércoles.

—No, no te lo has imaginado —contesté—. Pasado mañana, a las siete.

—Ponte elegante —canturreó sonriendo y aleteando los párpados—. Ese hombre te llevará a un restaurante caro.

—¿Elegante?

Lucy se rio.

—Oh, Abby —dijo con reproche por mi carencia de feminismo sureño—. Si quieres puedo dejarte algún vestido. Pásate mañana por mi casa a ver qué podemos encontrar en mi armario. Creo que usamos la misma talla.

Me quedé pensativa. A lo mejor, mi madre y Lucy tenían razón. Si Nathan me llevaba a un restaurante caro, debería estar a la altura.

Eso me creó una batalla interior. Mi testarudez me había metido en ese lío. En San Francisco había sido fácil evitar esas premisas. Sin embargo, aquí había salido una sola vez y ya me estaba metiendo en follones.

Y los vestidos era algo que yo no controlaba en absoluto, pero sí sabía una cosa con certeza: los vestidos que usaba mi madre no me convencían. La propuesta de Lucy me parecía algo más atractiva aunque no las tenía todas conmigo...

—De acuerdo —acepté—. Entonces, nos vemos mañana.

Lucy salió del mostrador y me abrazó.

—Estupendo. Hasta mañana, Abby.

Me dio un beso en la mejilla y volvió a su puesto de trabajo.

Salí de allí y regresé a mi casa con una pequeña sensación amarga por todo lo que conllevaba mi cita con Nathan.

Entré en mi habitación y preparé el ordenador para la video-llamada con Tom que contestó en el acto.

—¿Qué tal tu noche de chicas? ¿Fue todo bien? —disparó él de inmediato con una amplísima sonrisa—. La curiosidad me corroe.

—Lo he notado, sí —me reí.

Le conté todo lo referente a Lucy y Nathan. Pero eludí cualquier cosa relacionada con Ryan.

—Mañana tengo que ir a casa de Lucy —comenté—. Me va a prestar un vestido.

—Tú... ¿un vestido? —se rio Tom.

—¡No te rías! —carcajeé—. Ya me has visto con dos. No puede ser tan

malo.

—Oh, sí —replicó sin dejar de reír—, puede ser muy malo. No tengo nada que decir sobre el segundo con el que te vi, pero todavía me acuerdo del primero. ¡Y de los tacones, también! —me recordó sacando a relucir nuestro baile de graduación.

Los dos nos reímos como hacía tiempo que no lo hacíamos. De repente, Tom se quedó sonriendo sin decir nada y me miraba a través de la pantalla observándome atento.

—Estás volviendo, Abby —comentó complacido—. Sabía que tu regreso a Crossboots obraría el milagro.

—No, Tom —dije más sosegada—. Solo han sido cuatro anécdotas. No te confundas. El dolor sigue aquí.

Señalé con la mano derecha mi corazón.

—Está bien, Abby —aceptó. Él sabía que llevarme la contraria desembocaría en una discusión y Tom siempre evitaba discutir conmigo—. Solo me alegro de volver a verte reír.

Moví la cabeza asintiendo varias veces porque Tom tenía algo de razón. Después de estos largos siete meses, había conseguido reír.

Primero, con Lucy.

Después, con Ryan.

Y, ahora, con Tom.

Pero, cuando nos despedimos y cerré el ordenador, un suspiro profundo salió de mi boca. Le echaba de menos y odiaba eso. Sabía que Tom estaría siempre ahí para mí pero algo me decía que la distancia nos alejaría sin remedio. De hecho, ya estaba ocurriendo. No era lo mismo una conexión tecnológica que cruzar una calle para sentir que estaba a su lado y poder cogerle de la mano.

De repente, eso me provocó un estado completamente diferente a como me encontraba hacía tan solo unos momentos. Noté cómo mi cuerpo volvía a sentir tristeza, desgana y dolor interior.

Había pasado de sentirme bien y animada durante un par de días, a sentir aquel bajón que me debilitaba y me hacía perder las ganas de hacer nada.

Sabía que Tom había percibido la video-llamada convencido de que estaba recuperándome. Pero ese cambio brusco de mi estado de ánimo era un claro síntoma de que seguía sin tener el control de mis emociones, haciéndome sentir más confusa y desorientada.

Una pequeña alarma se activó en mi cerebro.

Sabía que podía volver a caer por un precipicio.

La cuestión era adivinar la profundidad a la que podía estar expuesta.

Abby-6 años-Septiembre

Después de romperle la nariz a Ryan, los días siguientes pasaron sin incidentes. Todo el mundo nos ignoraba y eso, para nosotros, era como una tregua.

Tom seguía subiendo al autobús atravesando el pequeño pasillo con la cabeza baja hacia su habitual asiento. Siempre mirando al suelo. Una vez sentado, fijaba la vista por la ventana observando la calle sin decir palabra hasta que llegábamos al colegio.

Al contrario, lo primero que yo hacía cuando subía detrás de Tom era buscar una mirada de ojos verdes cristalinos a través de mis gafas. Y esos mismos ojos ya me estaban mirando retadores y desafiantes.

Pero no hubo insultos, ni burlas, ni empujones.

Hasta que un viernes por la tarde, a la salida del colegio, Luke interrumpió una de nuestras conversaciones.

—A papá le han regalado unas cuantas entradas para el Rodeo del domingo que se organiza en las afueras de Crossboots —me comentó Tom cuando nos acercábamos a la parada del autobús—. Dice que ha hablado con Mike y con tu mamá para que vayamos todos juntos. ¿Has ido alguna vez a algún Rodeo, Abby?

—¿Has oído, Ryan? Parece que también veremos a la parejita feliz en el Rodeo —dijo Luke desde atrás, muy cerca de nosotros—. Oye, Tom, ¿podré usar a la vaca de tu novia en la cancha?

Me giré con tal rapidez que nadie pudo evitar el salto que di para colgarme en la espalda de Luke. Luego, empecé a tirar muy fuerte de su pelo con mis manos.

La gente nos rodeó de inmediato al ver cómo el cuerpo de Luke se retorció y brincaba bajo mis piernas, tan bruto como un toro bravo y sin dejar de graznar por el dolor que yo le estaba provocando.

Intentó quitarme de encima pero yo lo tenía muy bien agarrado. Mis pies estaban cruzados por delante de su pecho y no dejaba de tirar de su cabello del que ya le había arrancado unos cuantos mechones. Cuando vio que no lo conseguía, dejó de sacudirse y se agachó al pavimento derrotado.

Entonces, me bajé al suelo con un manojito de pelo rubio en mis manos y Luke se quedó de rodillas con las manos en la cabeza por el dolor.

—No sé, Tom, creo que no me apetece ir al Rodeo este domingo —dije a mi amigo que se había quedado con la boca abierta.

Luego, miré a Ryan desafiante. Estaba preparada para saltar otra vez si era necesario. Pero no hubo ningún insulto más que tuviera que defender.

Ryan solo me dedicó una mirada profunda y enigmática acompañada de una media sonrisa traviesa.

Por suerte, no apareció ningún adulto. Supuse que fue porque todos los que nos rodeaban estaban en silencio.

Cuando llegó el autobús, Tom me cogió de la mano con una amplia sonrisa.

Y, esta vez, cruzó el estrecho pasillo entre los asientos sin bajar la cabeza.

Capítulo 8

La tristeza había vuelto. La video-llamada con Tom había sacudido mis emociones y algunos recuerdos de felicidad se habían transformado en dolor.

Era contradictorio, lo sabía.

Pero mi cerebro llevaba varios meses con las neuronas desconectadas. Sabía que todo se reducía a mi pena y que eso descontrolaba mi estado de ánimo.

Y el desconsuelo había regresado de forma abrupta, volviendo a hacerme sentir débil y sin fuerzas, por lo que me tumbé en la cama.

Las lágrimas luchaban por salir y yo por retenerlas. Al final, brotaron por mi cara y dejé de luchar contra ellas.

Me fui con Tom a San Francisco huyendo de la amargura que sentíamos los dos al sentirnos ignorados por quienes nos rodeaban. Y había regresado a este remoto lugar después de la impotencia que sentía por haber perdido todo lo que había construido allí, sintiéndome fuera de lugar por segunda vez en mi vida.

Regresé para encontrar la manera de canalizar mis emociones, todavía débiles, buscando el cobijo maternal. Nada más.

En Crossboots no iba encontrar mi sitio. No lo fue antes y no había manera de que lo fuera ahora.

Así que nunca pensé que tendría que lidiar con un pasado, ahora presente, que una vez ya dejé atrás en un intento fallido por querer borrar esa parte de mi vida. Y eso, al mismo tiempo que debía superar mi propia crisis.

Pero, en ese momento, todo resurgía como si un mal despertar me hubiese abierto los ojos. Solo que con más fuerza.

Las percepciones que asumí en el pasado, ahora se estaban volviendo confusas y diferentes. Además, me estaba dando cuenta de que aquí, en Crossboots, me costaba mucho más controlar mis natos y bruscos impulsos. En San Francisco, había trabajado mucho para controlarlos. Y lo había conseguido.

En cambio aquí, había vuelto a las andadas. Aceptar una cita con Nathan McKulin, cuando en el fondo sabía que algo no funcionaría bien, era una buena prueba de que me estaba dejando llevar por mi propia rebeldía. Y lo hice solo para llevarle la contraria a Ryan.

Y aunque no quise reconocérselo a Tom en su momento, Ryan había conseguido alterar de nuevo mi carácter. Un carácter que llevaba un tiempo dormido en mi interior.

Ahora, entre lágrimas, todo me parecía más difuso y contradictorio que nunca.

Un golpe suave en la puerta de mi habitación me avisó de que mi madre iba a entrar.

Cuando me vio echada y con la cara enrojecida, se acostó a mi lado sin decir palabra. Ella no me preguntaba. Solo me escuchaba si yo tenía algo que decir. Respetaba mi silencio tan comprensiva que me enorgullecía de tenerla. No me daba órdenes, ni me increpaba con mi actitud pasiva. Solo me mecía dándome a entender que ella siempre estaría a mi lado.

Largo rato después, salió cautelosa por la puerta cerrándola con suavidad.

Las horas pasaron sin que yo moviera un solo músculo. Ni siquiera me di cuenta de que había pasado la hora de cenar. Tampoco tenía hambre.

A lo lejos, el rugido de la *Harley* de Ryan empezaba a oírse. Cada vez, se escuchaba más de cerca.

El corazón me dio un vuelco cuando llegó frente a la casa e hizo rugir la moto con los acelerones de siempre.

—Hoy no, Ryan —susurré bajito apagando la luz de la habitación.

Ryan dejó de acelerar la moto pero el motor seguía rugiendo suave.

Minutos después, escuché como se alejaba sin brusquedad. El rugido era el mismo que cuando me siguió el sábado después de dejar a Lucy en su casa, al ritmo de mi paso. Calmado.

También se lo agradecí en la oscuridad de mi habitación.

Me quedé dormida poco después.

Unas voces me despertaron. Alguien hablaba furioso.

Me levanté y fui hacia la puerta. Con cautela, rodé el pomo y abrí una pequeña rendija para escuchar.

—No podemos detener a Nathan por invitar a cenar a Abby, Luke —dijo

Mike alzando un poco la voz.

—Pero tenemos que impedirlo. Tal vez, Lucy pueda ayudar en eso — replicó Luke muy alterado.

—No podemos meter a Lucy en esto —le recriminó Mike—. Es una mujer casada, madre de sus hijos y está ajena a este asunto por completo.

—¡Maldita sea, Mike! Tenemos que hacer algo. —Luke parecía desesperado—. Ni siquiera puedo soportar que ese hijo de puta tenga ojos en la cara para poder mirarla.

Un momento después, se escuchó un portazo seco.

Abrí mucho los ojos. Me había quedado petrificada. Cuando mi cerebro volvió a la vida, cerré la puerta sin hacer ruido.

¿Desde cuándo Luke consideraba a Nathan un hijo de puta? Habían crecido juntos. Luke tenía una amistad incondicional con Ryan. Todo el mundo lo sabía. Pero Nathan había sido muy camarada de Luke desde que yo recordaba. ¿Qué había cambiado? ¿Y por qué?

Me acerqué a la ventana y levanté un poquito la cortina por un lado.

Luke estaba paseando nervioso dando vueltas por el camino de la entrada. Un cigarro entraba y salía de sus labios cada vez que el humo desaparecía.

Mike se reunió con él y frenó los pasos de Luke poniéndole una mano en el hombro. Intercambiaron unas palabras y Luke bajó la cabeza, como si estuviera conforme pero abatido.

Al final, subieron en el coche patrulla y se alejaron.

Me aparté de la ventana y volví a acostarme en la cama. Sabía que no volvería a dormir. Desde el sábado, los interrogantes iban en aumento.

Recordé la advertencia de Ryan en el baño del Bar de Bobbie.

“Aléjate de él”, me había ordenado.

¿Por qué todo el mundo quería apartarme de Nathan? Incluso Mike parecía estar de acuerdo con Luke a pesar de llevarle la contraria.

—¿Qué coño está pasando aquí? —me pregunté.

Me levanté. Sabía que había café recién hecho en la cocina y me preparé una buena taza y lo saboreé.

Si la conversación que había escuchado momentos antes debería servir como una advertencia para retractarme, había conseguido el efecto contrario.

A las nueve en punto de la noche mi dedo pulsaba el timbre de la puerta

principal de la casa de Lucy.

Había pasado el día en casa tumbada en el sofá y preparando cualquier cosa para comer cuando tenía hambre. También estuve acostada en la cama o sentada en la mesa de la cocina. E incluso había salido al jardín de la parte trasera. Me había echado sobre una de las pequeñas tumbonas que había en el suelo de baldosas que Mike había instalado años atrás.

Mi mente estuvo ocupada por los interrogantes surgidos de la conversación que Mike y Luke habían tenido por la mañana en la cocina cuando no sabían que yo les estaba escuchando.

Mi cita con Nathan era al día siguiente y sabía que no iba a obtener respuestas de él. Pero estaba decidida a ir a esa cena. Quizá me daría cuenta de algo que ahora se me escapaba de las manos.

Al mediodía, Lucy me había mandado un mensaje.

Lucy: Pásate sobre las nueve. A esa hora ya habré terminado de bañar y dejar cenados a los pequeños.

Yo: Allí estaré.

A la hora acordada, Jake, el marido de Lucy abrió la puerta.

—Hola, Abby. ¿Cómo estás? —me preguntó dándome paso para que pudiera entrar.

—Hola, Jake. Estoy bien, gracias. ¿Tú, qué tal? —contesté entrando en su recibidor.

—Arreglando el fregadero de la cocina —exhaló pasándose el dorso de la mano por su frente secando algunas gotas de sudor—. Geremy ha metido dos balas de *Spiderman* por el desagüe y el agua queda atascada. No quieras saber qué más he encontrado allí dentro —resopló cansado haciéndome reír—. Lucy está arriba acostando a Lisa. Sube tú misma. No hay pérdida.

—Está bien. Gracias, Jake —le sonreí.

Jake desapareció por detrás de la puerta de su cocina.

Entonces, me dirigí hacia las escaleras pero, cuando puse un pie en el primer escalón, noté un tirón fuerte en la pernera de mis vaqueros. Miré hacia abajo. Geremy se aferraba a mi pierna mirándome esperanzado. Me arrodillé para quedarme a su altura.

—Hola, Geremy. ¿Cómo estás?

—Mami ha *dizo* a papi que bebió *muzo* contigo.

No esperaba que me contestara eso. No sabía mucho de niños pero no creía que Lucy hubiese contado eso delante del pequeño.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque *eztaba detrás* de la puerta de la *cozina ezcuchando* —me confesó indiscriminado ceceando—. También ha *dizo* que *erez eztupenda*.

Jeremy me hizo sonreír. Ese pequeño travieso había encontrado la manera de escuchar a hurtadillas las conversaciones que mantenían sus padres. Pero todavía no sabía que debía guardarse los secretos.

—¿Eso ha dicho?

—Zí. Yo también quiero beber *muzo* y también quiero *zer eztupendo*.

Una carcajada salió disparada de mi boca. Ese niño era tremendo y lo miré divertida.

—Bueno —le dije—, dentro de unos largos años, tal vez, bebas un poquito. Pero te diré una cosa: tú ya eres estupendo.

Jeremy me miró con los ojos abiertos, como si no me creyera.

—Mami no *pienza* lo *mizmo* —dijo bajando la cabeza.

—¡Claro que sí! —exclamé sorprendida—. ¿Por qué dices eso?

—Porque *ziempre* me *eztá* riñendo.

No pude evitar esbozar una sonrisa.

—¿Sabes, Jeremy? —dije alborotándole el cabello con mi mano—. Tu madre te riñe para que, la próxima vez, hagas las cosas mejor. Pero ella sabe de sobra lo estupendo que eres.

—¿Tú *creez*? —preguntó levantando de nuevo la cabeza sonriéndome.

—Estoy segura —le sonreí y le guiñé el ojo—. Me lo dijo el otro día.

—¡*Wow!* —exclamó muy contento—. ¡*Graciaz!*

Después, salió corriendo con los brazos levantados cruzando el quicio que comunicaba al salón.

Mientras veía cómo desaparecía, respiré hondo y me enderecé para subir por las escaleras.

La voz de contralto de Lucy cantaba una nana dulce y armoniosa. Me quedé plantada en el suelo distribuidor mirando la puerta por la que se escuchaba la canción. Estaba medio abierta y la tenue luz que se proyectaba desde allí brillaba impregnando el lugar de calma y confort.

Un sentimiento de culpa invadió mi interior. Entrar en esa habitación me parecía una violación a esa intimidad. La inseguridad frenaba el avance de mis pies y los latidos de mi corazón se oían retumbar por encima del suave cántico. Por lo menos, eso era lo que me parecía a mí. Tal vez, fuera mejor

esperar abajo...

—¿Abby? —preguntó Lucy en un susurro interrumpiendo así el tierno momento que compartía con su preciosa bebé.

Aspiré fuerte y contuve el aliento.

—¿Sí? —pregunté casi sin voz.

—Pasa, mujer —susurró ella—. No te quedes ahí. Lisa ya se ha dormido. Ya nada la va a despertar.

—Entonces, mejor te espero aquí —contesté yo también entre susurros.

—De acuerdo, como quieras. Ahora mismo salgo.

Se oyó el clic de un interruptor y la escasa luz se apagó. Entonces, la luna iluminó el distribuidor a través de la ventana que daba al patio trasero. Lucy no tardó en cruzar la puerta y cerrarla tras de sí.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó acercándose y ofreciéndome un cariñoso abrazo.

—Hola, siento haberte interrumpido —dije insegura—. Jake me ha dicho que subiera.

—¡No seas tonta! —se rio por lo bajo—. No interrumpes nada. Todos los días hago lo mismo. Es bueno que algún día sea diferente. Vamos, entremos en mi habitación. He seleccionado algunos vestidos para que escojas el que más te guste.

Me cogió de la mano y abrió la puerta que estaba al lado de la habitación de Lisa. Encima de la cama, cuatro vestidos de diferentes cortes reposaban a lo ancho del colchón.

—Oh, Lucy —dije—, son preciosos. Me da miedo estropearlos.

—No lo harás. Además, tengo muchos más. ¡Qué más da que se estropee uno! No tengo tiempo de ponérmelos. Vamos, escoge el que prefieras —me ofreció generosa.

—¿Por qué no me ayudas? Puedo probármelos y tú lo eliges —pedí insegura. ¡Qué sabía yo de vestidos! Solo me había puesto dos en mi vida y no había tenido que escogerlos sola.

—Estupendo, adelante. Estoy impaciente por verte —rio emocionada palmeando sus manos con ímpetu.

Me probé los cuatro vestidos. Lucy dudaba entre dos. Uno era rojo pasión con escote palabra de honor y justo me cubría las rodillas. El otro, que en ese momento cubría mi cuerpo, era un vestido de corte largo. El color de la tela era negro con brillo. Además, el escote puntiagudo estaba bordeado por una fina tira de lentejuelas. Estas seguían el camino de los gruesos tirantes hasta

la parte de atrás donde un semicírculo cubría la parte baja de mis omoplatos.

Unos golpecitos en la puerta nos interrumpieron.

—¿Puedo pasar? —preguntó Jake.

—Sí, pasa, cariño —dijo Lucy todavía con la frente arrugada y pensativa.

Jake abrió la puerta decidido.

—He acostado a Ger...

Lucy y yo nos dimos la vuelta. Jake me miraba con admiración.

—¡Caramba, Abby! Ese vestido te queda perfecto. Estás espectacular.

Miré a Lucy sorprendida. Ella lucía una maravillosa sonrisa.

—Yyy... ¡ya tenemos el veredicto del público! —exclamó feliz—.

Gracias, cariño. No podrías haber sido más oportuno.

Se acercó a Jake y le rodeó el cuello. Su marido la cogió por la cintura y la levitó del suelo para besarla en la boca.

—De nada, preciosa —dijo él mirándola con deseo. Sus ojos brillaban llenos de promesas.

Era como si yo no estuviera en esa habitación, como si Jake no me hubiera halagado por el vestido momentos antes.

—He acostado a Jeremy y necesito una camiseta —dijo Jake dejando a su esposa en el suelo a la vez—. Estoy empapado.

Señaló su pecho sonriendo. Unos grandes cercos de agua se esparcían por el jersey oscuro que lo cubría. Se giró hacia la cómoda, cogió una nueva muda y salió disparado, como si no quisiera molestar.

Lucy se giró después de que la puerta se cerrara.

—Ahora, los zapatos —decidió.

Abrí los ojos como platos.

—¿Zapatos?

Abby-9 años-Marzo

Desde que Luke cayó de rodillas por la fuerza de mis tirones en su pelo, nadie quería jugar con nosotros. Habían pasado más de tres años de aquel episodio pero parecía que nadie lo olvidaba. La parte positiva de ese incidente fue que nunca más volvieron a meterse con nosotros. Simplemente, nos dejaron en paz. O lo que era lo mismo, nos evitaban todo el tiempo y nos habíamos convertido en unos parias. Bueno, convertido no, ya lo éramos antes de que pasara todo eso.

Eso desencadenó que la amistad entre Tom y yo fuera inquebrantable e incondicional. Nos conocimos con tal profundidad que podíamos hablarnos

con una simple mirada. Lo que a uno le faltaba, el otro lo completaba. Éramos inseparables.

Nuestro regalo de Papá Noel, las navidades pasadas, fue una bicicleta. Mike nos enseñó a Tom y a mí a correr con ella sin las ruedas pequeñas traseras.

Llevábamos tres meses practicando por el camino de tierra que bordeaba el río. Lo habíamos recorrido andando montones de veces hasta que llegábamos a un claro prado lleno de hierba y tréboles.

Un día, Mike nos contó que encontrar un trébol de cuatro hojas daba buena suerte.

—Si encontramos el trébol de cuatro hojas —le dije un día a Tom arrodillada buscando entre la hierba infinita—, seguro que los demás niños querrán jugar con nosotros, Mike se convertirá en mi papá y encontraremos el amor de nuestras vidas. —Alcé el dedo índice de mi mano—. Y, además, la suerte estará de nuestra parte para siempre.

Desde entonces, Tom y yo estuvimos días y horas inspeccionando cada rincón y cada trébol para que nuestra suerte cambiara algún día. Pero todos tenían tres hojas.

—¡Mira, Tom!

—¿Lo has encontrado? —preguntaba esperanzado Tom cada vez que lo llamaba emocionada.

—No, pero he encontrado otro con las hojas en forma de corazón.

—¿Por qué me avisas cada vez que encuentras uno con las hojas en forma de corazón? Eso no sirve para cambiar nuestra suerte —se quejaba Tom.

—Porque me gustan los tréboles con forma de corazón. Sobre todo, si son de dos colores como este. Fíjate, el centro es de color rojizo y tiene la misma forma de la hoja. ¿No es precioso?

—Pues tu precioso trébol está empezando a rizarse y se está quedando sin corazones —se burlaba Tom cuando el trébol empezaba a marchitarse entre mis dedos—. Si sigues arrancándolos, dejarás de ver tus preciosos tréboles de corazones porque los habrás destruido todos.

Desde entonces, dejé de arrancar los tréboles de entre la hierba.

Allí, en ese mismo prado, había un pequeño arroyo donde se creaba un gran surco bajo el agua del río y era donde íbamos a bañarnos todos los veranos desde que Mike nos enseñó a nadar.

El resto del año, era nuestro sitio preferido para pasar las tardes cuando no teníamos deberes y casi todos los fines de semana. Allí corrimos, saltamos,

jugamos, trepamos los árboles y merendábamos los pasteles y galletas que nos preparaban nuestras madres. Era extraño que nadie más se acercara a ese precioso lugar.

El resto de niños del pueblo iban a las casas de sus amigos o se reunían en el parque junto con otras mamás.

Una tarde de marzo, íbamos pedaleando hacia nuestro lugar favorito para merendar unas galletas con un batido que nos había preparado la madre de Tom.

De repente, un *frisbee* cruzó por delante de nuestras narices obligándonos a frenar en seco. Vimos aterrizar el disco de plástico en las ramas de un abeto que se encontraba a la otra parte de la orilla del río.

Tom y yo nos miramos preguntándonos de quién podría ser el *frisbee*.

Pocos momentos después, escuchamos el ruido de unas ramas del pinar que quedaba justo al lado del camino de tierra en el que nos encontrábamos. Alguien estaba intentando atravesar la espesa arboleda de abetos que un granjero del pueblo cultivaba para venderlos cada Navidad.

—¡Eh, vosotros! —Ese grito era la voz de Luke.

—¿Qué pasa? —pregunté con fastidio cuando vi aparecer a este con su amigo Ryan invadiendo nuestro camino.

—¿Habéis visto aterrizar un *frisbee* por aquí? —preguntó Ryan mirándome desafiante.

Tom y yo volvimos a mirarnos. Esta vez, cómplices. Habíamos adquirido un lenguaje intuitivo entre nosotros, adivinándonos nuestras intenciones.

—Sí, Ryan. Lo hemos visto —contesté con simplicidad, solícita e irónica.

Ryan se acercó encarándose a mí. El cruce de miradas que centelleaban entre esos ojos verdes provocadores y los que yo escondía detrás de mis gafas de pasta nada tenía que ver con la honestidad. Sino con la valentía y la promesa de un nuevo ataque.

—Oye... ¿serías tan amable de decirnos a dónde fue a parar? —preguntó con amabilidad retadora.

Una enorme sonrisa cubrió mi cara.

—¿Y por qué quieres saberlo? —contesté sin dejar de sonreír—. Al fin y al cabo, no hay posibilidad de que lo encuentres.

—¿Ah, no? —se sorprendió cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro—. Y eso, ¿por qué? —me desafió.

—Porque ha caído en mitad del río, justo ahí —dije señalando la zona más profunda de la corriente del agua—. ¿Acaso vas a sumergirte con este frío?

—lo provoqué.

A Ryan le brillaban los ojos ante el reto. Su sonrisa traviesa delataba las ganas que tenía de demostrarme cuan osado era.

Estábamos en pleno invierno y el agua estaba demasiado fría para mojarse siquiera. Eso era una locura y Ryan era muy consciente de ello.

Sin embargo, yo sabía que él era capaz de zambullirse solo para demostrar que era el más valiente y temerario. Siempre se había mostrado así desde que lo conocí.

No tardamos en ver cómo se quitaba las zapatillas y la ropa quedándose solo en calzoncillos. El aire que soplaba erizó la piel de su cuerpo. Pero eso no impidió que se trasladara al borde de la orilla del río seguido de Luke.

Cuando Ryan empezó a meter los pies en el agua, Luke se desplazó al centro del río a través de unas grandes piedras que sobresalían por encima de la corriente y por las que se podía atravesar el río hasta el otro lado.

Justo en el momento en que el agua cubría el torso de Ryan, cogí una piedra del suelo y la lancé con acierto hacia las ramas del abeto que mecían el *frisbee*. Este cayó al pie del grueso tronco.

Tom y yo ya estábamos pedaleando y riéndonos hacia nuestro prado del arroyo cuando Luke y Ryan se giraron sorprendidos, dándose cuenta del fastidio que les habíamos causado.

Pero el triunfo nos duró poco tiempo.

Capítulo 9

El zapatero de Lucy estaba repleto de zapatos de todos los tipos y colores. Los había con tacón de aguja, tenía botas altas y bajas, zapatillas de deporte, bailarinas y muchos otros más.

—¿Para qué quieres tantos zapatos? —pregunté asombrada.

—Me encantan los zapatos —dijo riéndose—. Cuando veo un par que me gustan, me los compro. Si alguna vez me pierdo, búscame en una tienda de zapatos. Seguro que me encuentras.

—Yo puedo contar con los dedos de una mano los zapatos que hay en mi armario...

Lucy se rio.

—¡Para eso estamos las amigas!

La miré sonriente.

—Sí, aunque tampoco necesito contar las que tengo —comenté—. Gracias por esto, Lucy.

Lucy me sonrió y me dio otro de esos abrazos espontáneos a los que ya me estaba acostumbrando.

—Me encanta ser tu amiga, Abby —dijo separándose de mí—. Venga, busquemos unos para ti. Puedes coger los que quieras.

Por suerte, Lucy encontró un par de sandalias negras con falsos brillantes que apenas tenían un tacón de cuatro centímetros. Solo los había utilizado una vez y estaban nuevitos. Sí, también usábamos el mismo número de pie.

También me dejó una chaqueta torera de tela ajustable y de color verde muy oscuro, tanto que parecía negro. Me dijo que sería suficiente por si la brisa refrescaba. Y me ofreció un bolso negro, pequeño y ligero, que conjuntaba todo a la perfección.

A las once de la noche, llegué a casa y lo guardé todo en el armario. No pude enseñárselo a mi madre porque ya estaba acostada y al día siguiente trabajaba.

Me acosté en la cama inquieta. Ir a esa cena me hacía sentir fuera de mi

zona de confort. No sabía nada de modales elitistas. Sabía comportarme, claro, pero me sentía insegura. Por otro lado, sentía que debía ir. Las preguntas seguían rondando por mi mente igual que lo habían hecho a lo largo del día.

A lo lejos, el rugido de la *Harley* de Ryan empezó a resonar acercándose. Faltaban dos minutos para la una de la madrugada.

Apagué la luz. Esa noche no me sentía con fuerzas para enfrentarme a él. La cita y los interrogantes ocupaban mis pensamientos. Además, llevaba despierta desde las seis de la mañana por el altercado que tuvieron Mike y Luke y no había pegado ojo en ningún momento.

Treinta segundos antes de que el reloj marcara la hora en punto, el rugido de la moto se oía fuerte a corta distancia. Entonces, el ruido se fue debilitando hasta que llegó frente a mi habitación. Escuché el suave motor encendido durante poco más de tres latidos de mi corazón. Luego, un acelerón muy furioso bramó alejándose sin piedad, perdiéndose en la oscura noche.

¿Qué coño había sido eso? ¿Ryan estaba cabreado? ¡Por el amor de Cristo! ¿Acaso estábamos marcando un lenguaje mediante ruidos y luces? ¿Era eso un diálogo?

Di la vuelta sobre la cama y suspiré.

¿Por qué tendría que estar enojado? ¿Y acaso me importaba?

Siempre habíamos estado en bandos contrarios porque estábamos enfrentados y nunca me preocupé por ello.

Los latidos de mi corazón aumentaron su bombeo golpeando contra mi pecho.

Hacía dos días, me había subido detrás de su moto y, sin decirnos nada, él me había apaciguado el ánimo y me había hecho reír. Me había hecho sentir bien.

“No puedes enfadarte cada vez que no monto en tu *Harley*, Ryan”, pensé. Era absurdo.

Me senté en la cama y fijé la vista en un punto sin prestar atención. Mi cuerpo se balanceó sin que yo se lo pidiera. Al rato, un color marrón difuminado empezó a cobrar forma. Era mi armario. Desvié un poco la mirada hacia la puerta tras la que se encontraba el vestido de Lucy y sus complementos.

¿Era por eso? ¿La cita con Nathan?

—Oh, Dios mío —exhalé cansada.

“Aléjate de él”. Las palabras resonaron en mi mente y mi corazón seguía

latiendo fuerte.

Me levanté y fui a la cocina. Un vaso de leche con galletas me ayudaría a tranquilizarme.

Hacia años, Nathan fue ese amor por el que suspiré incontables veces. Se suponía que debería estar emocionada, expectante. Debería sentir una ilusión natural para ese acontecimiento entre dos adultos. Un hombre y una mujer. Salir, cenar, conocerse, música, reír...

El sueño empezó a vencerme, así que volví a la cama y me acosté. Cogí la pequeña linterna que seguía en el cajón de mi mesita de noche y me cubrí entera encendiendo la pequeña luz. Todavía funcionaba. Mamá debió ponerle baterías nuevas. Sonreí. Mamá siempre estaba ahí para todo, para mí.

Poco después, me dormí.

Cuando me desperté, ya era casi mediodía. El cansancio del día anterior parecía haber remitido. Holgazaneé por casa después de comer una lasaña que encontré en el congelador.

Mamá llegó a las seis cuando yo me encontraba en el baño duchándome. Faltaba una hora para que llegara mi cita.

—Cariño —dijo dando unos golpecitos en la puerta—. Estoy en casa. ¿Necesitas ayuda?

—No, mamá, gracias —contesté—. Enseguida salgo.

Salí de la ducha momentos después. Me sequé y me peiné con el secador. Había decidido llevar mi media melena castaña sin recoger. Estaba acostumbrada a llevarlo recogido con un perezoso moño. Ahora, el pelo estaba libre y enmarcando mi cara. Salí del baño envuelta en mi albornoz y entré en mi habitación. Cogí el vestido y lo coloqué encima de la cama.

—Mamá —la llamé.

No tardó mucho en llamar a mi puerta.

—Entra.

—Hola, cariño —saludó entrando y acercándose para abrazarme—. ¿Lista para tu cita? —me sonrió.

No vi ni un atisbo de rechazo. Se la veía contenta, igual que Lucy.

—Mira —dije enseñando el vestido—. ¿Crees que es demasiado para mí?

—Confío en el buen criterio de Lucy, hija, pero pónelo —me animó alegre acariciando la tela negra—. Me daré cuenta enseguida si te veo insegura con él.

—Gracias, mamá —sonreí—. Es increíble como llegas a entenderme.

—Eres mi hija. Nada me importa más que apoyarte. Para lo bueno y para lo malo —dijo mientras yo me deslizaba el vestido por el cuerpo.

—Lo sé.

Mi madre me ayudó a esconder las tiras del sostén colocando los gruesos tirantes del vestido en su lugar.

Me acerqué al espejo de cuerpo entero que se encontraba en la pared de detrás de la puerta y mamá me miró a través de él.

—Estás preciosa, hija —dijo cariñosa acariciando las puntas de mis cabellos—. Es un vestido sencillo del que no tienes que preocuparte. Estarás perfecta, te lleve a donde te lleve.

La miré divertida.

—¿Aunque sea un sitio de comida rápida? —bromeé.

Mamá se rio mirándome con los ojos brillantes. Sabía que yo prefería mil veces esos sitios. Allí pasaba desapercibida entre la gente y no me sentía en el punto de mira de nadie.

—Nathan no hará eso, cariño. Ese chico no se mueve por esos lares pero... —levantó el dedo índice como advertencia—, si fuera el caso, serás la mujer más espectacular del lugar y sé que llevarás la cabeza bien alta porque eres muy orgullosa. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—No, creo que lo tengo todo bajo control.

—Entonces, voy a seguir con mi cena. Estoy hambrienta.

—¿Vas a cenar sola? ¿Dónde está Mike? ¿No es su día libre hoy? —pregunté extrañada.

—Eh... Sí, los miércoles es su día libre pero un compañero ha tenido una emergencia familiar y le ha pedido que le cubra el turno. —Me besó en la mejilla—. ¿Quieres que te maquille?

—Oh, no —le sonreí—. No es necesario, gracias.

Mamá asintió y se fue a cenar.

Me puse los zapatos que me dejó Lucy y cogí mi pequeño neceser de pinturas. Solo había cuatro cosas. Un lápiz de labios de color rojo tostado, un rímel de ojos, polvos de colorete marrón claro y una brocha.

En su día, pasé más de dos horas delante de un espejo practicando para conseguir sacar partido de mis facciones con solo unos detalles.

Primero esparcí unos polvos muy escuetos por toda la cara. Apenas se notaban. Después, pasé el dedo por la polvera y tracé una línea corta por cada mejilla difuminándola con el dedo hasta que solo vi un pequeño toque en mis pómulos logrando el efecto deseado. Pasé el rímel por las pestañas de mis

ojos y di un toquecito superficial en las juntas exteriores de mis ojos. Con el dedo meñique rasgué el exceso en dirección hacia la cola final de las cejas. Difuminé con el dedo hacia el interior sobre los párpados dándoles un toque de sombra hasta que casi desapareció. Pasé los restos de polvos sobrantes que habían quedado en el pelo de la brocha por los párpados, pintando hacia arriba en dirección al arco cejudo. Al final, pinté mis labios con el lápiz y lo esparcí con un dedo. Quité el exceso con un pañuelo de papel y borré un poco el contorno.

Todo era natural y sencillo. Nada del otro mundo. Seguía sin ser una muñeca de porcelana, pero era más de lo que yo estaba dispuesta a ensuciarme.

Coloqué mi móvil y las llaves de casa en el pequeño bolso. Después, me puse la chaqueta torera elástica que se ajustó a mi torso, moldeándose sola por mis contornos.

Entonces, me miré en el espejo y respiré hondo. Mi cita estaba a punto de llegar y yo estaba lista.

Pasé por la cocina para que me viera mi madre.

—Nathan no te va a reconocer —me dijo con admiración.

—No será para tanto —descarté poniendo los ojos en blanco.

Ella se levantó sonriendo.

—Tal vez, no —me dijo poniendo su mano en mi mejilla—. Pero seguro que se va a sorprender.

El timbre de la puerta sonó. Miré la hora en el reloj de la cocina.

—Ya está aquí. Puntual —dije.

—¿Quieres que vaya abrir?

—No, yo lo haré —dije besando su frente—. Hasta mañana, mamá.

—Hasta mañana, cariño. Pásatelo bien.

Asentí yendo hacia la puerta principal y abrí.

Nathan estaba frente a mí vestido con un traje que parecía muy caro y estaba guapísimo. Su cautivadora sonrisa lucía espléndida y sus ojos azules se abrieron admirados.

—¡Caray, Abby! —dijo—. Estás... increíble. Guapísima. Va a ser un lujo tenerte hoy a mi lado.

La sonrisa que le ofrecí fue forzada.

No sabía por qué, pero ni él ni su halago lograron impactarme como debería haber ocurrido.

—Gracias, Nathan. Tú también estás genial. ¿Vamos? —pregunté

apremiante.

Cuanto antes terminara con esto, mejor. Algo en mi interior me decía que sería una larga noche. Y, si Nathan había notado mi incomodidad, lo disimuló muy bien.

—Claro —dijo ofreciéndome su mano con caballerosidad—. Vamos.

Le di mi mano y la cogió con mucha suavidad, como si tuviera miedo de rompérmela. Luego, me acompañó hasta su coche, un BMW deportivo descapotable, y me abrió la puerta del copiloto. No me soltó la mano hasta que me acomodé en el asiento. Después, cerró la puerta y rodeó el coche.

Una vez tuvo las manos en el volante, arrancó el motor.

Abby-9 años-Abril

Ryan estuvo enfermo durante una semana. Su baño en el río para recuperar el *frisbee* le causó mucha fiebre. Tom y yo estábamos cerca cuando, el lunes, Luke se lo explicó todo a Nathan. Por lo visto, la madre de Ryan había puesto el grito en el cielo al ver a su hijo tiritando al traspasar la puerta de su casa.

Dos semanas después, el sábado por la mañana, Tom y yo nos dirigimos a la tienda del Sr. Miller que estaba en la calle principal y vendía un montón de golosinas.

Dejamos nuestras bicicletas apoyadas en la farola que quedaba al lado de la tienda y entramos a comprar con el dinero que nos habían dado nuestras mamás.

—Yo cojo las chokolatinas y tú las golosinas —dijo Tom.

—Vale.

Saludamos al Sr. Miller y cada uno cogimos las cestitas que estaban en el mostrador. Estuvimos un largo rato seleccionando nuestros dulces favoritos. Luego, pasamos por caja. Pagamos el importe y, después, salimos muy contentos con nuestras bolsas en la mano.

Pero nuestra alegría se disipó cuando vimos que las bicis habían desaparecido de la farola.

—¿Qué opinas, Tom? —pregunté sabiendo lo que me iba a responder.

—Este es un pueblo muy pequeño. Todo el mundo sabe que estas bicis son nuestras. Juraría que esto es una...

—...venganza —terminé—. ¿Crees que las recuperaremos?

—Si están bajo el agua del río, tendremos que esperar hasta el verano.

Chelsea Lewis y su inseparable amiga, Allison Stone, aparecieron por la

esquina de la calle contigua luciendo una sonrisa malévola. Andaban alegres hacia donde estábamos nosotros. Y eso era muy extraño.

—Tenemos un mensaje para vosotros —dijo Allison mirando a su amiga, como si estuviera hablando con ella en vez de con nosotros.

Puse los ojos en blanco y, luego, pestañeé esperando que la otra hablara.

—Las encontraréis en la Colina de Barro —canturreó la repelente voz de Chelsea. Después, miró a su amiga altiva —Vámonos, Ally.

Se dieron la vuelta rápido y se fueron corriendo como si Tom y yo tuviéramos la peste.

—Genial... —suspiré reajustándome las gafas y pensando que era la única vez que esas dos nos habían dicho algo aunque no precisamente algo bueno —. ¿Estás preparado para un entrenamiento militar sin un mando de la Xbox, Tom? —pregunté viendo cómo esas víboras desaparecían por la esquina del edificio.

Tom me sonrió complaciente y dispuesto.

—Son tres años a tu lado, Abby. Estoy preparado.

Le devolví la sonrisa y nos pusimos en marcha.

“Colina de Barro” era el nombre que el pueblo había adjudicado a un enorme montón de tierra arisca y desértica. Se asentaba cerca de un parque del pueblo con columpios que había adquirido ese nombre por igual. En verano, era pura tierra de dunas. En otoño e invierno era tierra fría establecida. Pero en primavera, es decir, en ese momento en que las lluvias eran tan frecuentes, era puro barro resbaladizo.

Tom y yo dejamos nuestras golosinas en uno de los balancines del parque cuando llegamos y nos adentramos por esas arenas movedizas con las que tropezamos, caímos y patinamos hasta llegar en el medio del terreno donde se encontraban nuestras bicis. Estaban embarradas por completo.

Hacer la ruta de vuelta fue aún más agotador porque nuestras bicicletas pesaban el doble con todo el barro que las cubrían.

Sin embargo, lo peor fue cuando nos acercamos al columpio y descubrimos que nuestras golosinas habían desaparecido.

Cuando llegamos a casa, mamá y los Sres. Johnson nos observaron desde la punta de las zapatillas hasta la última hebra de nuestro pelo.

Estábamos cubiertos por una gruesa capa de barro, de pies a cabeza, y con buena señal de derrota.

Yo frotaba los cristales de mis gafas porque no me dejaban ver con claridad sus expresiones de estupefacción.

Sin embargo, nosotros estuvimos insistiendo hasta el infinito de que habíamos pasado una de las mejores tardes haciendo malabarismos en el barro con nuestras bicicletas.

Capítulo 10

—¿Has estado alguna vez en el *Centenary Jar*? —me preguntó Nathan cuando se incorporaba a la carretera.

Había oído hablar de ese lujoso lugar. Era un restaurante pijo que se había puesto muy de moda en aquellos tiempos, ahora que las creaciones gourmet estaban en pleno apogeo. Se encontraba en el centro de la ciudad y los ricos de nuestro pueblo presumían de haber estado allí.

Bastaba con conocerme un poco para saber la respuesta. Había estado con Tom y Derek en algún acontecimiento parecido a ese tipo de restaurantes en San Francisco. Habíamos sido invitados algunas veces pero yo solía descartar la mayoría de ellas.

Personalmente, prefería nuestra típica comida texana y las barbacoas con las que me lamía los dedos y no tenía que avergonzarme por ello.

Lo que no tenía claro era si Nathan me lo había preguntado para burlarse o porque quería impresionarme.

—Mmmm... Déjame que piense... —dije poniendo el dedo índice sobre mis labios y haciendo como si intentara recordar haber estado algún día en ese sitio—. No, creo que todavía no he pasado por ahí —dije sin dejar de sonreírle.

Nathan me devolvió la sonrisa y apretó el acelerador aumentando la velocidad.

Miré el interior del coche. Estaba equipado con todo lujo de detalles de alta gama. El confort de los asientos de piel era como el mejor butacón reclinable que hubiera en el mercado y estaba muy agradecida a Lucy por haberme dejado la fina chaqueta torera porque íbamos con el techo descubierto.

Nathan pulsó un botón y unos acordes de música clásica sonaron a través de los altavoces. La melodía se oía de fondo, sutil. Pero, en ese momento, no me sentía sintonizada con el ambiente que Nathan intentaba crear.

—Así que... me llevas a la ciudad, ¿eh? —dije para romper el desencanto

que percibía.

Nathan sonrió.

—Sí, la ciudad está llena de cosas ventajosas.

¿Estaba haciéndose el interesante? ¿Era eso una manera de seducir?

Lo miré sin perder mi falsa sonrisa.

—Sí... Sé lo que quieres decir. Crossboots comparado con San Francisco no tiene nada que ver, desde luego —resoplé.

Tampoco podía compararlo con otra ciudad. En mi adolescencia, no había ido mucho más allá de la Hamburguesería de Molly y el centro comercial que estaba a cinco minutos de allí.

Tom y yo guardábamos todo el dinero que entraba en nuestras manos. Lo ahorrábamos por si lo necesitábamos antes de instalarnos en la residencia de estudiantes de la universidad. Habíamos decidido ir a San Francisco justo cuando los dos ya habíamos cumplido los dieciocho años. Estábamos locos por largarnos de aquí.

Un brillo en los ojos de Nathan me incomodó y giré la cabeza para mirar por la ventanilla del coche.

—He estado en San Francisco un par de veces —dijo. Ya habíamos entrado por las calles urbanas de la ciudad y el centro no quedaba lejos—. Es un buen paraíso, la verdad.

—Ajá, es una ciudad maravillosa... —No quería hablar con él sobre eso, así que cambié de tema—. Oye, ¿te importa si cambio de emisora?

Nathan empezó a reír.

—Bueno, esto no es una emisora de radio. Todo funciona por *bluetooth*. ¿Qué quieres escuchar?

—¿Qué tal... un poco de *rock*?

—*Rock*... —dijo pensando—. A ver qué encuentro por ahí.

Pulsó unos botones en la pequeña pantalla digital de la guantera del coche. *Glory Days* de Bruce Springsteen sustituyó a la orquesta sinfónica cortando la melodía sin tregua. Hubiese preferido algo más *heavy* como Metallica porque no sentía que ese día fuera muy glorioso para mí. Pero..., bueno, en ese momento podía conformarme con *The Boss*. Además, Nathan era la antítesis del *heavy-metal*. Igual que yo lo era de cualquier princesa.

—¿Está bien así? —preguntó orgulloso.

—Eh... Sí... *The Boss* nunca defrauda —me reí más para mí que por la emoción.

Por fin, Nathan aparcó delante de una marquesina verde donde se leía el

nombre del restaurante con letras cursivas blancas.

La entrada del local se encontraba en la esquina de una calle que desembocaba a una gran plaza redonda de piedra. En el centro de la glorieta, una fuente de colores chorreaba agua a caudales.

Un aparcacoches me abrió la puerta del coche y me tendió la mano para ayudarme a salir. Cuando Nathan llegó a mi lado después de rodear el coche, le entregó las llaves y me ofreció el codo de su brazo. Así que puse mi mano en su antebrazo y subimos por las escaleras.

Un portero, un hombre afroamericano de puro músculo, espaldas muy anchas y que parecía un armario, abrió una gran puerta de madera y nos dio paso para que entráramos. Iba vestido con un traje negro hecho a medida. Llevaba un auricular puesto en la oreja y tenía un transmisor sujeto en la solapa de su chaqueta.

Las paredes de la recepción eran de madera y estaban iluminadas con una tenue luz. Dos jóvenes muñecas de porcelana se encontraban detrás de un atril. Nathan se les acercó y le facilitó su nombre con galantería a una de ellas. La muchacha nos hizo pasar por el vano de la puerta que conducía al interior donde estaban las mesas dispuestas. Luego, nos guió hasta una mesa que se encontraba al final de las cristaleras que enmarcaban la gran fuente de la plaza.

Las mesas estaban repletas de gente. El volumen de voz de las conversaciones parecía no existir y solo un murmullo bajo te hacía dar cuenta de que estabas en un sitio público. Las mesas tenían el suficiente espacio como para no escuchar lo que decían a tu alrededor. La intimidad del sitio era abrumadora.

—Enseguida les atenderá el camarero —nos anunció la joven dejando con delicadeza encima de cada plato dos preciosas encuadernaciones informativas sobre los menús.

Un mantel blanco impecable cubría los faldones de la mesa redonda y la cubertería y la vajilla estaban preparadas con elegancia exquisita.

Nathan apartó una silla y señaló el asiento ofreciéndomelo. Así que me senté y me ayudó a incorporarme hacia la mesa.

“Dios mío, Tom. Si pudieras ver esto por un agujero, no quiero ni pensar el hartón de reír que te pegarías”, pensé mientras sonreía a Nathan que estaba acomodándose en su asiento.

Enseguida, vino el camarero y tomó nota del vino que él mismo nos había sugerido, como si supiera de antemano que íbamos a pedir ese.

Escondí mi falsa sonrisa abriendo la carta y leí los nombres de los platos.

Bueno..., nombres, lo que se dice nombres... Eso parecía pura poesía; de aquellas que no pillas las metáforas ni su significado aunque hicieras una tesis sobre ellas.

Me quedé concentrada leyendo “*Lecho de langosta y erizos de mar con virtutas de caviar de aceite de oliva aromatizada con trufa de montaña acompañado con mejillón de roca del Mediterráneo y chips de cebollino frito*”.

¡Por el amor de Dios!

Ya empezaba a ver un plato con una tumbona de playa sacada del *kit* de una Barbie. Un bogavante acomodado sobre ella con su cuerpo partido por la mitad a lo largo de su cuerpo invertebrado y enseñando sus carnes celulíticas boca arriba. También llegué a visualizar las pinzas del animal atrapando las púas del caparazón abierto del erizo, como si fuera una copa de coctel. Solo que el contenido de la concha, en vez de tequila, era una jugosa sopa del coral del indefenso animal. Tal vez, el mejillón estaría sumergido en la succulenta crema marinera, atravesado con un exótico palillo y sustituyendo a la aceituna del “Margarita de mar”.

Ya me imaginaba a la langosta tomando el sol, untándose con el caviar de aceite de oliva y bronceada con la trufa aromatizada. Y dos trozos de cebollino rodeando los ojos de la langosta, como si fueran dos rodajas de pepino, usadas como gafas de sol para protegerse de los rayos UVA.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó Nathan mientras mi mente había viajado ya hasta el Mar Mediterráneo.

Bajé la carta que escondía mi rostro soñador.

—Eh... Sorpréndeme —dije amable y solícita.

Nathan sonrió asintiendo con soberbia. Era evidente que creía tener todo el control de la situación. Pero, en realidad, a mí me daba igual. Yo no era *Pretty Woman*.

Mis conocimientos gastronómicos eran bastante decentes. Tom y yo habíamos pasado horas viendo programas de cocina en la televisión. Habíamos prestado mucha atención sobre ingredientes, tanto exóticos como variopintos, y habíamos experimentado en la cocina un montón de recetas geniales.

Pero ese no era mi ambiente y no lo sería nunca. Sin embargo, como ya me había metido de lleno en ese lío, me dejaría llevar.

El camarero se acercó.

—Dos menús degustación, por favor —pidió Nathan.

Hice una ojeada a la plaza a través de los ventanales. La silueta en sombras de un hombre con el hombro apoyado bajo la copa de un árbol me llamó la atención.

—Bueno, Abby —dijo Nathan interrumpiendo la curiosidad de mis ojos enfocados en el árbol. No pude detenerme a fijar bien la vista en esa dirección—. Dime, ¿qué ha sido de ti desde que te fuiste a San Francisco?

Pestañeeé desconcertada pero le sonreí disimulando mi desagrado por esa pregunta.

—En resumidas cuentas: me fui y he vuelto —respondí clara y concisa.

No había hablado con nadie de mis ocho años de ausencia, excepto con Lucy. Y, desde luego, no iba a decir nada sobre el motivo de mi regreso. Incluso Lucy había sido discreta al respecto. El pasado sábado, solo comparamos anécdotas universitarias. Nada más. Seguro que ella, como todos los demás, estaba al corriente de la muerte de Derek y, después de todo este tiempo, seguía sin sentirme preparada para compartir ese dolor con nadie. Aún menos, con quien ahora tenía delante.

Nathan soltó una risotada.

—Vaya —dijo él apoyando los codos en la mesa y cruzando los dedos delante de su rostro. Bajó la cabeza asintiendo cuando su risa mermó—. Siempre tan directa, ¿eh?

El camarero apareció y nos dejó un plato a cada uno por igual. Un minúsculo montículo de alguna cosa de color verde que parecía puré se hallaba en el centro de un enorme plato. Un círculo amarillo lo rodeaba. Pequeñísimos trocitos rojos quedaban esparcidos por todo el plato, como si hubiesen caído cuatro gotas de lluvia de rosas minuciosamente troceadas y se hubiera detenido de repente.

—Dime una cosa, Nathan. ¿Cómo sabes tú que siempre he sido directa? Nunca hablaste conmigo.

Él se removió inquieto en su asiento pero sin perder la compostura.

—Sí, eso es cierto. Nunca hablé contigo —me reconoció—. Pero todo el mundo hablaba de vosotros..., de ti.

Ya estábamos otra vez. El pueblo entero cotilleaba. Menuda novedad. Y nosotros estábamos en boca de todos. Entonces, ¿por qué la gente nos ignoró por completo siendo así? ¿Por qué Nathan sacaba a relucir eso?

Respiré hondo y volví a mirar por los cristales. El árbol que habían captado mis ojos antes, sombreando la figura de alguien que me era familiar,

se hallaba plantado en solitario con sus hojas al compás de la brisa nocturna.

Tal vez, mi cerebro me había traicionado y habría sufrido un espejismo. Tal vez, veía a Ryan en todas partes. Tal vez, preferiría que Ryan estuviera frente a mí ocupando el sitio de Nathan. Tal vez, habría sido más divertido una buena pelea verbal que tanta floritura superficial. Y, tal vez, debería haberle hecho caso a Ryan y haberme alejado de quien ahora se encontraba delante de mí.

Pasé el tenedor por debajo de la ridícula protuberancia del puré, o lo que fuera eso, y me lo metí en la boca de un solo bocado. El camarero no tardó en cambiarnos el plato por otro con la misma escasez. No miré su contenido. Arrasé el manjar con el mismo cubierto que mi mano seguía agarrando crispado y lo engullí.

Nathan no me quitaba ojo.

—Está bien, Nathan —dije mosqueada—. Has conseguido mi atención. ¿Qué decían de nosotros, de mí?

—Tu nueva compañía parece que no disfruta con la comida, ¿verdad, *querido*?

Podría distinguir la voz repelente de Chelsea Lewis aunque pasaran mil años.

Abby-9 años-Junio

Joe Peterson era el dueño del único taller de coches y motos del pueblo. Mi madre siempre le llevó su viejo coche cuando tenía que arreglarlo desde que vivíamos allí.

Era un hombre algo avanzado en edad. Su pelo era canoso igual que el bigote y la barba que cubrían su boca. Su cuerpo estaba lleno de tatuajes y era fibroso debido al esfuerzo de la mano de obra de su trabajo.

Hacía una vida solitaria y se le veía poco por Crossboots.

Todos los años, cerraba su taller durante una semana entera en el mes de agosto y desaparecía por completo.

Nadie sabía a dónde se iba. Pero siempre regresaba.

Se rumoreaba que había estado en la cárcel cuando lo detuvieron por una fuerte pelea con navajas en la puerta de un bar en la ciudad.

Cuando regresó siete años después, había montado un pequeño taller para trabajar de mecánico en su pueblo natal. Nadie sabía de dónde había sacado el dinero, pero las malas lenguas decían que lo había conseguido con las drogas.

Al principio, nadie le llevaba su vehículo para que él lo arreglara. Pero, una noche, la Sra. Tyler se quedó tirada con el auto en mitad de la calle muy cerca de su taller y se presentó en la puerta de Joe para pedirle ayuda.

Joe le arregló el coche en la misma calle y no quiso cobrarle nada. El vehículo de la Sra. Tyler volvió a estropearse varias veces pero nunca fue por lo que Joe le arregló aquel día. Por eso, la Sra. Tyler se encargó de hacer correr la voz sobre su incidente y lo agradecida que le estaba por haberle dejado el coche en perfecto estado.

Así, con el tiempo, la gente que ya estaba harta de llevar sus vehículos a la ciudad empezó a llevarlos al taller de Joe.

Una mañana de verano que no habíamos planeado nada para ese día, estábamos pedaleando con nuestras bicicletas sin rumbo fijo y Tom se adelantó deprisa para ponerse a mi lado.

—¿Quieres que vayamos al arroyo? —me preguntó—. Hace mucho calor y podemos darnos un buen chapuzón.

—Vale —acepté ajustándome las gafas que se me habían desplazado un poco hacia abajo por mi nariz.

Pasamos por el cruce de una calle después de comprobar por todos los lados que ningún coche nos pudiera atropellar. En esa época del año, mucha gente estaba de vacaciones e iban a pasar esos días en sus cabañas del lago. Así que había poco tráfico y teníamos más ganas de correr que de costumbre.

Tom frenó de repente cayéndose al suelo en consecuencia.

—¡Tom! —grité—. ¿Estás bien?

Dejé mi bici en el suelo una vez llegué a su lado.

—Sí —contestó—. Ha sido solo un rasguño en la rodilla.

—¿Qué ha pasado?

—Mira —dijo señalando detrás de mí.

Un perrito cachorro estaba sentado en la acera temblando.

—No quería atropellarlo.

—Oh, es precioso —dije acercándome—, pero es muy pequeño. No debería estar solo tan lejos de su mamá.

—Tienes razón, pequeña —dijo la voz de un hombre mayor.

Cuando me di la vuelta, ese hombre se estaba rascando su larga barba blanca.

Tom se acercó a nosotros cojeando.

—*Naughty* ha vuelto a escaparse —nos contó Joe—. Por suerte, nunca

cruza la calle. Pero quizá llegue el día que lo haga y no volveremos a verle más. —Después, miró a Tom—. ¿Estás bien, muchacho?

—Sí..., pica un poco pero ya lo curaré en casa.

—Tu bici no dice lo mismo —señaló con el dedo—. La rueda delantera se ha torcido y la cadena ha salido del engranaje. Este es mi taller —señaló frente a nosotros mientras cogía al cachorro con sus grandes manos—. Tráemela. Veré qué puedo hacer para arreglarla. Mientras, podéis ver a la madre de *Naughty* y a sus hermanos. Están amamantándose y este pequeño travieso debería estar haciendo lo mismo.

—Tú eres Joe —señalé.

—Sí, pequeña, el mismo —me sonrió—. ¿Y tú eres...?

—Abby. Y él es mi amigo Tom.

—¿Abby Sheppard? ¿La hija de Bonnie Sheppard?

—Sí.

—He oído decir que eres muy valiente y guerrera.

—¿Mamá te ha dicho eso de mí?

—Bueno... —Joe acarició al pequeño cachorro y me miró unos instantes —, algo parecido. —Luego, se dio media vuelta y se dirigió hacia la entrada del taller—. Será mejor que deje a *Naughty* con su mamá.

La persiana metálica del taller estaba abierta hasta arriba y Joe avanzó delante de nosotros. Vimos como dejaba a *Naughty* dentro de una gran cesta donde la mamá del cachorro se encontraba tumbada de medio lado y había tres cachorritos más que chupaban sus tetillas bebiéndose su leche. Todos eran igual de pequeños, excepto la madre que les doblaba el peso, aunque tampoco era muy grande.

Nosotros recogimos nuestras bicis y entramos. Un coche estaba en lo alto de una especie de ascensor y dos más estaban ocupando el espacio del fondo del gran local. Aparcadas en medio de la sala, dos grandes motos estaban rodeadas de un montón de herramientas.

Joe abrió un pequeño armario botiquín y le entregó a Tom un poco de algodón y antiséptico. Este se sentó en la silla que estaba al lado de los perritos y se desinfectó la herida.

Cuando Joe cogió la bicicleta de Tom y la acercó donde se encontraban las motos, yo le seguí. Me senté en el suelo a su lado, me quedé mirando como la arreglaba y pasé el rato preguntándole para qué servía cada herramienta que usaba.

—¿Te vas a quedar con todos los perritos? —preguntó Tom embelesado

mirándolos encantado.

—No —contestó Joe—. Algunos clientes me han pedido que se los regale cuando dejen de amamantar a *Blackie*. Solo me quedaré con ella y *Naughty*.

—¿Podemos venir a verlos mientras están aquí? —preguntó Tom.

Joe dejó paró lo que estaba haciendo y se giró hacia Tom con una enorme sonrisa.

—Claro que sí, muchachos. Sentiros libres de venir cuando queráis siempre que vuestros padres os den permiso, ¿de acuerdo?

—Vale —contestamos Tom y yo a la vez muy contentos.

Al final, pasamos el resto de la mañana en el taller.

Desde entonces, Joe se convirtió en nuestro amigo a quien empezamos a hacerle visitas frecuentes en el futuro.

A mí me gustaba verle trabajar y a Tom le encantaba jugar con los perritos.

Capítulo 11

Miré hacia las mesas de la sala del restaurante que teníamos alrededor y comprobé si alguien había escuchado el desagradable comentario sobre mi falta de gusto culinario que Chelsea Lewis acabada de señalar.

Pero todo el mundo seguía murmurando como si nadie estuviera interrumpiendo en nuestra mesa.

¿En serio los ricos se comportaban así? Siempre había pensado que los cotilleos eran su principal diversión.

Nathan bajó la cabeza negando frustrado ante la presencia de Chelsea.

Yo levanté la mirada hacia ella.

Allison Stone, su inseparable amiga de toda la vida, estaba a su lado como siempre.

Nathan se puso en pie un momento después.

—No lo sé, Chelsea —dijo con aire de cansancio—. Tal vez, deberías preguntárselo a ella. Quizá, te responda —la desafió mirándola directo y enderezándose como si se preparara para una batalla campal.

La incomodidad de estar sentada intuyendo eso hizo que me levantara, brusca y torpe, poniendo los brazos en jarras. No hubo finura en mis movimientos.

—Oh, claro, *querido* —le dijo mientras lo miraba con ojos afilados. Luego, se giró hacia mí—. ¿Estás disfrutando de la velada, Abby?

—No creo que sea la comida lo que me haga vomitar en este preciso momento —le respondí.

Chelsea sonrió como si en el fondo le diera pena.

—Seguro que no —me dijo antes de volver a mirar a Nathan—. ¿Estás seguro de que Abby sabrá satisfacer tus necesidades sexuales? —le preguntó volviéndome a ignorar como si, en realidad, yo no estuviera presente.

Abrí la boca con asombro. El veneno de esa víbora era mortal. Con todo, no me dio tiempo a responder. Nathan lo hizo por mí.

—Deberías preocuparte de satisfacer las tuyas, que buena falta te hace —

atacó él.

—Creo que prefiero un telar lleno de arañas, *querido* —batalló ella.

—No me cabe duda —terció él.

Sus miradas echaban fuego.

Habían sido la pareja envidiada del instituto en el último año hasta la graduación. Yo misma lo sufrí en mis propias carnes. Sin embargo, en ese momento, no había encanto entre ellos ni con brujería de la buena.

Un pequeño alboroto que provenía de recepción llamó la atención de todos los comensales del restaurante.

—No puede entrar ahí, señor. —Se oyó advertir a una de las jóvenes muñecas de porcelana.

Desde nuestro ángulo, nosotros no podíamos ver nada.

Luego, se oyeron unos forcejeos y una puerta cerrándose. El silencio volvió a reinar y la gente volvió a murmurar en sus mesas.

—Hoy en día la gente no conserva los modales —dijo alguien cercano a nuestra mesa. Era curioso que, incluso una queja así, se oyera como si viniera de muy lejos.

—Hablando de modales... —soltó Chelsea—, deberías haberle enseñado algunos a Abby antes de traerla a este lugar, *querido*. Sus maneras la delatan —dijo señalándome pero sin mirarme.

Sabía que se refería a mi actitud corporal pero no quise darme por aludida.

—Gracias a Dios que no lo ha hecho —me defendí—. Me atragantaría con mi propio veneno si lo escupiera como tú.

Chelsea dejó de fijar la vista con la de Nathan y me miró con insignificancia. Nada nuevo para mí. Luego, devolvió los ojos hacia su objetivo otra vez.

—¿Sabe Ryan que estás con ella?

Abrí los ojos de par en par.

¿A qué venía eso?

—No lo sé, Chelsea. Yo no se lo he dicho —contestó él rápido y con fastidio—. Pero estoy seguro de que ahora no tardará en saberlo. Te concedo los honores.

—Está bien, *querido*. Puede que lo haga —dijo ella con una sonrisa malévola—. Ya nos veremos. Os deseo una feliz velada.

Chelsea se dio la vuelta y desapareció entre las mesas que había al otro lado de la sala.

Allison, que no había abierto la boca, la siguió como siempre.

“¿Qué carajo... con esas dos y su maldito *querido*?”, pensé.

Entonces, miré alrededor. Solo las mesas más cercanas habían dirigido alguna mirada en nuestra dirección pero parecían ajenas a la conversación que acabábamos de tener.

No sabía qué me asombraba más, si las propias balas que Nathan y Chelsea se habían disparado o que habían mantenido un tono tan leve que ni siquiera llamaron la atención.

Curiosamente, yo había hecho lo mismo hasta ese momento. Pero, justo cuando no ocurría nada, empecé a notar que me miraban. Todavía seguía de pie y mi postura era defensiva y descuidada.

—Abby —me llamó Nathan bajito.

—¿Qué? —pregunté yo alterada y desorientada.

Mis ojos estaban afanándose para desafiar a cualquier rico mequetrefe que me dijera alguna cosa.

—Quizá, querrías volver a sentarte.

No era una orden. La frase fue cortés y educada. Demasiado para mi gusto teniendo en cuenta mi temperamento encolerizado en ese momento.

Me giré en redondo y me di de bruces con la espalda del camarero. Este sujetó fuerte los platos vacíos que acababa de recoger de la mesa. Nathan, que se encontraba de pie esperándome, ayudó al joven con buenos reflejos.

—Lo siento.

—No se preocupe, señorita —dijo el camarero señalando mi silla.

Nathan se situó veloz detrás de mí y me ayudó a acomodarme otra vez frente al nuevo plato.

Una minúscula tajada de carne, casi cruda, se asentaba encima de una salsa viscosa y pastosa de color rojo sangre. Una rama de tomillo, con pequeñísimas flores, estaba clavada justo en el centro de la rodaja carnosa.

Nathan regresó a su sitio.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó delicado cuando todo parecía estar en su lugar.

—¿Irnos? Pero ¿qué dices? —respondí dejándome caer en el respaldo. Lo miré directo a los ojos, severa—. Antes tendremos que comernos esta deliciosa “Sopa de mermelada de frambuesa y granada con su succulento filete de lomo vacuno al punto, aromatizado con hierbas silvestres y acompañado de un precioso árbol de tomillo recién florecido”. Una exquisitez —ironicé seca.

Los dos seguíamos estudiándonos con nuestras mutuas miradas. Por unos

instantes, Nathan no reaccionaba. Parecía intentar adivinar si me estaba burlando de él.

Las cosas entre nosotros no funcionaban y él lo sabía, aunque lo había disimulado muy bien hasta el momento. Sin embargo, Chelsea había disparado en su talón de Aquiles y lo había desequilibrado. Y yo acababa de manifestarle que sus lujos no me habían impresionado en absoluto.

Cogí mi copa sin apartar la mirada de la suya y sorbí el delicioso vino que todavía no había tenido el placer de degustar. Un estupendo aroma frutal impregnó mis fosas nasales y el espeso líquido rojo bajó por mi garganta deleitándome con su sabor.

Un atisbo de sonrisa empezó a crecer de sus labios y el brillo de sus ojos azules empezó a suavizar las facciones de su cara.

Dejé la copa de regreso a la mesa y levanté uno de los cuchillos y un tenedor limpio. El camarero había aprovechado mi ausencia en la mesa para llevarse el único que había usado entre aquella colección de cubiertos bien alineados.

La sonrisa de Nathan apareció en su totalidad pero seguía siendo impostora.

—Siento todo esto, Abby. Hacía mucho tiempo que Chelsea no venía por aquí. Si hubiera sabido...

—¿Quién es Chelsea? —corté de cuajo sonriendo.

Hendí el cuchillo afilado sobre el trozo de carne separándolo en dos mitades. Después, me llevé uno de los pedazos a la boca mientras Nathan asentía divertido. Su fachada empezó a relajarse y me observó un largo rato.

—Eres increíble. Lo sabes, ¿verdad? —dijo realmente sincero.

—¿Sabes una cosa tú? —pregunté irritada de nuevo—. Si hubiera escuchado esas palabras de tu boca a los diecisiete años, habría viajado a la Luna del salto que habría pegado. Pero eso no pasó y la vida me ha mantenido en la Tierra como si el infierno me reclamara.

Nathan pareció sorprenderse por unos momentos pero, luego, se quedó quieto, pensativo y muy serio.

Yo sabía que, si no era con alguien de confianza, la gente no hablaba así. Yo siempre había hablado sin embudos. Me daba igual quien tuviera delante. Ahora, estaba con él y me estaba escuchando. Era muy probable que no volviera a repetirse otro encuentro con Nathan, por lo menos en una cita, y no pensaba callarme nada de lo que el corazón me dictara. No lo había hecho nunca. Con él no sería diferente.

El camarero volvió con otro plato vanguardista. Esta vez, se distinguía un trozo exiguo de pescado sobre una salsa anaranjada y un fino trozo de cebollino cruzado encima del manjar.

—Bueno... —dijo al fin Nathan dubitativo—, si... te soy sincero... —tragó saliva. Parecía que le costaba hablar. Era como si deseara decir algo pero sin saber cómo hacerlo—. Debo decirte que fue mejor que te quedaras en la Tierra —terminó de decir bajando la mirada muy serio. Luego, sonrió abrumado y negó con la cabeza—. Si hace unas horas me hubiesen dicho que diría esto...

—Creo que es lo más sensato que he escuchado desde que he regresado a Crossboots —dije terminando el bocado de pescado.

El servicial camarero regresó con otro plato e intercambió los vacíos por los recién servidos. Tenía que reconocer que ese camarero era todo un profesional porque parecía estar haciendo un espectáculo de malabarismos con los platos como si estuviéramos en el circo. Suponía que debía llevarse una buena tajada por esa gran habilidad.

Pero, cuando miré el plato, pensé que era por lo único que debía cobrar porque una bolita de helado de chocolate, del tamaño de un bombón y rodeada de una espuma blanca a su alrededor, lucía penosa en un plato que yo habría usado para sopa.

Miré al camarero con cara de “espero que no tardes en rellenar el patético plato con una exquisita sopa de zumo de frutas. No es necesario que esté hecha con nitrógeno líquido. Gracias”.

Pero este estaba prestando atención a los platos que tenía vacíos en su mano para llevárselos. Luego, se dio la vuelta sin prestarme atención y dejándome con el ceño fruncido.

Después, miré a Nathan que no perdía detalle.

Sin embargo, por primera vez en toda la noche, noté sinceridad en sus ojos.

—Yo nunca he sido sensato, Abby —me confesó.

—Ahora mismo, lo has sido, Nathan.

Él asintió silencioso.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —interrogó de repente.

—Adelante, dispara —lo alenté metiéndome de golpe la diminuta bolita de helado en la boca.

—¿Por qué aceptaste salir conmigo?

Me reí.

¡Esa pregunta sí que era buena!

—Porque alguien me dijo que no lo hiciera —confesé, sin más, sonriéndole.

Él se rio.

—Deberías haberle hecho caso.

—Sí... —me reí con él—. Tal vez, hubiese debido.

Nathan se levantó y me tendió la mano.

—Vamos, te llevaré a casa.

Abby-12 años-Octubre

Una pequeña mancha roja ensuciaba los bajos de mis bragas. Estaba sentada en el retrete del baño de mi casa. Acababa de llegar del instituto y le había dicho a Tom que hoy no iría con él a pasar la tarde en su habitación. Di la excusa de que tenía que terminar mi trabajo de literatura.

Pero eso era mentira, claro.

Desde que había visto la mancha en el baño del instituto hacía poco más de una hora, estaba deseando llegar a casa porque me sentía muy incómoda.

Sabía con exactitud qué significaba esa mancha. Mamá me había preparado para este día desde hacía tiempo.

Además, muchas compañeras de clases habían pasado por eso desde hacía algunos meses y lo sabía porque alguna lo había comentado en los servicios del instituto.

El período me había llegado sin previo aviso. No sentía dolor en el abdomen y todo parecía como siempre.

Pero no era como siempre.

Hacía un año, mientras mi cuerpo perdía peso, que mis pechos habían crecido paulatinos. Eran dos pequeñas protuberancias que yo cubría con sujetadores elásticos. Me parecían mucho más cómodos que los que llevaban aros.

Ahora, todo indicaba que había cruzado la línea definitiva de ser una niña a convertirme en una adolescente por completo.

Decidida, me limpié y abrí el pequeño armario que había debajo del lavamanos. Mi madre guardaba allí todo lo necesario para la higiene íntima. Cuando me sentí más segura, salí del baño.

Mamá llegaría al cabo de una hora, así que me fui a la cocina. Cogí un par de *brownies* y un vaso de leche y me encerré en mi habitación. Cuando me lo terminé todo, dejé las gafas encima de la mesita de noche junto con el plato y

el vaso y me acosté en la cama.

Sabía que podía hablar con mi madre de todo esto y más. Aun así, sentía un gran vacío. Todas las chicas del instituto se relacionaban entre ellas y tenían conversaciones íntimas con relación a ese tema.

Yo solo contaba con Tom.

¿Cómo podía una adolescente hablar sobre el período con un amigo masculino?

No lo sabía.

Su anatomía era diferente y él nunca me había contado algo tan íntimo sobre su cambio físico.

Unas lágrimas resbalaron por mis mejillas porque, hasta el momento, no me había importado nada de los demás. Todos nos habían ignorado y nosotros habíamos respondido con la misma moneda. Pero, ahora, me sentía afligida porque deseaba tener una amiga con la que poder contarnos cosas de chicas.

Cuando llegó mi madre, llamó a la puerta de mi habitación. No era habitual que estuviera cerrada cuando se suponía que yo no me encontraba en casa.

—¿Estás aquí, Abby?

—Sí, mamá —contesté secándome las lágrimas—. Entra.

—¿Qué te ha pasado, cariño? —preguntó al verme tan abatida.

—Me ha venido el período —contesté entre lágrimas.

—Oh, Dios mío —susurró acostándose a mi lado en la cama y acunándome entre sus brazos—. ¿Te duele?

No pude evitar sonreír un poco entre mi tristeza.

—No, mamá —dije—. Es solo que no sé cómo me siento. Me has hablado mucho sobre esto pero, ahora, me noto algo extraña. Ni siquiera sé cómo explicártelo.

—Sí, cariño —dijo comprensiva—. Sé lo que quieres decir, pero no te preocupes. Todas pasamos por lo mismo. Tranquila. Irás asumiéndolo en muy poco tiempo. —Me abrazó más fuerte—. Ven, acércate a mí. Yo siempre estaré a tu lado para lo que sea, ¿de acuerdo?

Asentí con un movimiento de cabeza y me dejé arrobar por los brazos de mi madre. Adoraba cuando mamá me mecía entre sus brazos porque me hacía sentir cálida y protegida. Y lo había hecho siempre que lo había necesitado.

Nunca había sentido nada igual de especial como estar entre los brazos de mi madre.

Capítulo 12

Después de pagar la cuenta de la cena, Nathan me llevó a casa. Recorrimos las millas en silencio. Bueno, *The Boss* nos acompañó todo el camino.

Él conducía atento pero absorto y yo no tenía ni idea de lo que estaría pasando por su mente.

No había obtenido ninguna de las respuestas a mis preguntas. Sin embargo, me había quitado una espinilla que llevaba clavada desde la adolescencia. Y, aunque hubiera preferido saberlo cuando suspiraba tonta por él, había sido bueno darme cuenta de que Nathan y yo no habríamos llegado a ningún lugar por mucho que lo hubiésemos intentado.

Aparcó delante de mi casa y salió antes que yo para abrirme la puerta. Me ayudó a bajar del coche y me acompañó hasta la entrada principal de mi casa.

Entonces, me giré para despedirme.

—Supongo que pedirte otra cita está fuera de lugar —dijo con lamento pero sonriendo.

Una carcajada salió de mi interior.

—Bueno..., creo que los dos sabemos que nadie ha frustrado nada prometedor. —Él aceptó ese hecho afirmando y aceptando mi ironía con una sonrisa—. Pero voy a decirte una cosa, Nathan —le palmeé el hombro con ánimo—: no ha sido tan malo.

Nathan me cogió de la mano y me besó los nudillos de los dedos con delicadeza, como si fuera una princesa.

—Gracias por esta velada —dijo—. Ahora comprendo cuando la gente decía que eres especial. Te aseguro que ha sido un verdadero placer.

Dicho esto, se giró precipitado y salió corriendo entrando en su coche de un salto. Arrancó y aceleró haciendo patinar los neumáticos de las ruedas.

En los dos minutos que duró mi sorpresa, Nathan había desaparecido sin poder devolverle el agradecimiento.

“Eres especial”.

Esas palabras resonaban en mi cabeza con la boca abierta y plantada en la entrada de mi casa.

“¿Qué... carajo?”, suspiré por dentro.

Bajé la cabeza negando y usé la punta del pie arrastrándolo en pequeños círculos.

¿Por qué todo el mundo me dejaba petrificada estos últimos días?

Abrí el bolso de Lucy y saqué el llavero. Introduje la llave en la cerradura de la puerta y entré con sigilo. No pasé ni por la habitación. Tal como estaba, me dirigí a la cocina y abrí la nevera. Estaba muerta hambre.

Me preparé uno de mis sándwich preferido. Unté de mayonesa y mostaza las rebanadas, puse tres lonchas de mortadela, tres de queso, atún en lata y huevo duro. Mamá siempre tenía huevo duro en la nevera porque sabía que me chiflaban.

El primer bocado me supo a gloria bendita.

¡Maldito menú degustación!

No me extrañaba que todas aquellas féminas estuvieran tan delgadas. Me hubiera gustado meterle una buena hamburguesa doble de tamaño XXL con queso, cebolla, bacón, huevo frito, ketchup y mostaza en la boca afilada de Chelsea. A lo mejor, se tragaba su veneno y asunto arreglado.

Cuando me terminé el emparedado, me fui a mi habitación. Encendí la luz y me desembaracé del vestido y de todo lo demás. Después, me puse el pijama y me senté en la cama.

Si Tom hubiese estado en la casa de enfrente, podría haber ido allí y hablar con él como hacía antes. Pero él estaba en San Francisco y no podía llamarle a esas horas de la noche.

Interrumpir en casa de Lucy tampoco me parecía bien. Era demasiado atrevido alterar a una joven madre compartiendo el lecho con su marido. Además, tampoco estaba muy segura de compartir aquella experiencia al detalle con ella. Había escuchado a Mike atajar las intenciones de Luke a la hora de implicarla con mi cita. Así que lo más sensato era seguir su consejo aunque me viniera de lejos.

Me tumbé en la cama y apagué la luz.

Entonces, el motor de la *Harley* de Ryan se encendió de repente; sin avisar de su llegada como ocurría siempre.

Miré el reloj. Solo eran las once y media. Me levanté en la oscuridad y elevé un poco las cortinas.

Ryan estaba saliendo por detrás de los setos de la esquina del jardín de los

padres de Tom. Por eso, no habíamos visto su moto cuando Nathan y yo llegamos.

Y, por eso, el rugido no llegó acercándose desde lejos.

Una vez en la calle, frenó y miró hacia mi ventana, como si supiera donde estaba yo escondida observando.

Pues si lo sabía, no iba a retirarme. La hipocresía no era mi estilo.

Pronto, aceleró suave y se alejó calle abajo.

¿Había estado allí toda la noche?

Entonces, seguro que no era Ryan la sombra que vi bajo el árbol.

¿O sí?

¿O no había existido sombra alguna?

Me tumbé en la cama.

Quería sentirme enojada porque Ryan aparecía sin previo aviso cuando menos me lo esperaba.

Pero no lo estaba.

Mi cerebro luchaba por mantener la firme convicción de que él era mi enemigo.

Sin embargo, Ryan se comportaba como si fuera mi protector.

Incluso se me había pasado por la cabeza preguntarme si Ryan me estaba acosando. Pero también sabía la respuesta. No.

Ryan era muchas cosas pero no un acosador.

Estaba segura de que había estado oculto, allí detrás, comprobando que yo estuviera bien. Si Nathan hubiera traspasado alguna línea sin mi consentimiento, Ryan se le habría echado encima en segundos.

Desde que le rompí la nariz, a los seis años, jamás había vuelto a meterse con nadie sin motivo alguno. Lo cierto era que, a partir de ese momento, los líos en que se metía eran defensivos o revoltosos.

Lo había visto pelearse con algunos compañeros de instituto haciendo justicia por su mano. Otras veces, lo hizo porque lo habían atacado y, otras tantas, solo por dinero.

Pero nunca había necesitado acosar a nadie y, mucho menos, a una chica.

Y, desde luego, no a mí.

Me había hecho sufrir mucho con nuestros enfrentamientos. Me uní a los planes de Tom para irnos a San Francisco como consecuencia. Pero... ¿toda la culpa era de Ryan?

—¡Joder! —me dije a mí misma—. No debería ni planteármelo.

Pero no entendía su comportamiento actual. Había cambiado su actitud

conmigo de como yo la recordaba en el pasado. Ahora, siempre estaba cerca aunque respetaba mi espacio vital, como si quisiera hacerme entender que estaba allí para mí. Sentía que no se acercaría a mí a no ser que yo se lo permitiera.

Además, tenía la sensación de que Ryan me conocía más de lo que yo habría imaginado jamás. Nuestro paseo en moto así lo indicaba. Su paso diario a la una de la madrugada, entre otras cosas, también.

Pero... ¿por qué?

Abrí mucho los ojos ante lo que mi mente reflexionó al pensar en la respuesta a esa pregunta.

Acababa de darme cuenta de que Ryan fue el único que, a lo largo de los años, me habló o se me acercó aunque solo fuera para fastidiarme.

Bueno..., Mark Tyler también se me aproximó. Pero ese cerdo huyó.

Ryan nunca hizo eso.

¿Por qué ahora recordaba a Ryan de otro modo?

Si miraba al pasado, podía recordar nuestras confrontaciones más como un juego que una verdadera guerra. Parecíamos el gato y el ratón. Algo parecido a Tom y Jerry.

A lo lejos, el rugido de su moto se oyó aproximarse. Miré el reloj. Era la hora. Su hora. La una de la madrugada.

Ryan pasó sin detenerse, igual que lo había hecho cuando yo no sabía que se trataba de él.

Mi corazón dio un vuelco y se aceleró. Pensaba demasiado en él y me estaba afectando en exceso. Las preguntas eran abundantes y mis reacciones empezaban a ser incontrolables por las confusas respuestas.

Con todo el cansancio de aquella noche, mis ojos se cerraron y me llevaron a conciliar el sueño que, por fin, duró más de las tres horas habituales sin interrupciones.

Al día siguiente volví a levantarme tarde.

Lo primero que hice fue ir a la lavandería y lavar el vestido de Lucy. Lo empaqueté bien y se lo llevé a la tienda junto con todos los complementos.

—¿Y bien? Cuenta, mujer —preguntó Lucy con una sonrisa espléndida cuando entré.

—Tenías razón. Me llevó a un restaurante lujoso —dije divertida

pensando en el menú.

—¿Solo te llevó a un restaurante? ¿No hicisteis nada más? ¿Un helado? ¿Un paseo? ¿Una copa? —preguntó extrañada.

—Bueno, teniendo en cuenta que Chelsea Lewis apareció sin previo aviso e interrumpió la velada, poco más quisimos hacer.

Usé el comodín de esa víbora para no entrar en detalles que debían quedar entre Nathan y yo.

—¿Chelsea? Oh, Dios mío —exclamó—. Lo siento. Debió ser un fastidio.

—En realidad..., fue mejor así, Lucy —confesé—. No tienes por qué sentirlo. Solo fue una cena y, tal vez, no debería haber ido.

Lucy hizo una mueca con su cara mostrándome que lo comprendía.

—De todas maneras, gracias por el vestido —le sonreí agradecida—. Te debo una.

—¡Claro que sí! El vestido te saldrá muy caro. Me debes otra noche de chicas —se rio—. ¿El sábado, tal vez? —sugirió alegre.

—El sábado será —dijeron mis labios antes de que mi cerebro se pusiera a meditar.

Lucy rodeó el mostrador aplaudiendo y abrazándome entusiasmada.

—Estupendo —dijo emocionada.

—Vas a conseguir que me acerque aquí a diario. Me encantan los abrazos —dije aferrándome a ella también feliz.

—Puedes venir aquí cuando te plazca, Abby. Esta es tu casa. Y prepárate para el sábado. Después de la barbacoa, tenemos una cita —dijo guiñándome un ojo.

Nos despedimos y salí de allí con una gran sonrisa. Lucy tenía ese efecto en mí. Siempre se mostraba efusiva y exultante. Contagiaba su felicidad sin que te dieras cuenta. Además, era discreta. Lo entendía todo como yo lo hacía. No tenía que dar más explicaciones de las necesarias y todo era fácil a su lado.

Subí a mi pick-up y conduje hasta casa. Cuando paré frente a la puerta, decidí que no iba a entrar. Me dirigí al camino de tierra junto al río y caminé dando un paseo. El constante ruido del flujo del agua me acompañaba mientras los recuerdos de ese camino empezaron a brotar por mi mente.

Unas grandes rocas en mitad del río llamaron mi atención. Me paré ante ellas y miré al frente. Un abeto que estaba junto a la orilla me hizo sonreír, después reír y terminé carcajeándome.

El recuerdo del *frisbee* y el posterior resfriado de Ryan no ayudaban a

remitir las risotadas. Me dolía incluso la barriga. De esas risas que no puedes parar, por lo que tuve que sentarme sobre el lecho de hierba. Luego, intenté calmar la risa con respiraciones profundas y constantes.

Tras calmarme, apoyé las manos por detrás y miré hacia el cielo azul. El verano estaba a la vuelta de la esquina y el calor empezaba a apretar. Pero el agua todavía estaba algo fría para bañarse aunque no tardaría en estar perfecta en unos pocos días.

Cogí una piedra redondeada que había a mi lado y la lancé para que rebotara varias veces sobre el agua.

—Oh, Tom —suspiré—. Ojalá estuvieras aquí...

Me levanté y me acerqué a la orilla del agua. Me arrodillé y sumergí una mano sacudiendo el agua cristalina. Después, me mojé la cara con la mano húmeda.

Un ruido a mis espaldas me sobresaltó y me giré.

Abby-12 años-Octubre

La semana que duró mi período, evité pasar los ratos libres con Tom. En el instituto, seguíamos yendo juntos a todas partes pero él se daba cuenta de que algo me ocurría. Estaba todo el tiempo distraída y no dejaba de observar a mi alrededor.

A veces, Tom intentaba darme conversación pero me conocía muy bien y no insistía demasiado para que le prestara atención.

El día que desaparecieron las últimas pequeñas manchas, decidí que tenía que ir a verle. Tal vez, no tenía una amiga con la que hablar pero él había estado siempre a mi lado. ¿Qué importancia tenía que fuera un chico? A lo mejor él también necesitaba hablar de lo suyo y yo me había comportado de forma muy egoísta.

Tom y yo lo habíamos hablado todo entre nosotros. ¿Por qué no podía hablar de eso también?

Crucé la calle y llamé a la puerta de su casa.

—Abby, preciosa, ¿cómo estás? —me preguntó Penny amable cuando me abrió—. Has estado días sin pasar por casa.

—Sí, lo sé, Penny. He tenido muchos deberes —mentí—. ¿Está Tom en casa?

—Claro, cielo. Está en su habitación. Seguro que se alegra de verte —dijo dejándome espacio para que yo entrara.

Llamé con los nudillos de mi mano a la puerta de la habitación de Tom.

Estaba nerviosa porque, después de mi comportamiento, lo más lógico era que estuviese enfadado y nosotros nunca nos habíamos enfadado. Por lo que eso también era una situación nueva aunque no iba a dar marcha atrás. Tenía que solucionarlo.

Tom abrió la puerta y me miró sorprendido.

—¿Va... todo bien? —preguntó indeciso.

—Sí... No... En realidad, me gustaría hablar contigo —dije—. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Tom se apartó y yo me adentré y me senté en su cama.

Él cerró la puerta y se quedó muy quieto junto a esta.

Empujé mis gafas por encima del caballete de mi nariz en un gesto nervioso y lo miré directo a los ojos.

—Lo siento, Tom —dije—. No me he portado bien contigo esta semana. Te pido perdón.

Él bajó la cabeza y usó la punta del pie para hacer movimientos irregulares en el suelo nervioso.

—Creí que estabas enfadada conmigo —dijo cabizbajo.

—¡Oh, Tom! No. No se trata de eso —tragué saliva y me levanté para acercarme a él. Puse una mano en su hombro—. Pero entiendo que ahora tú puedas estarlo conmigo. He estado ausente física y mentalmente contigo. — Tom levantó la cabeza para mirarme interrogante—. Lo que pasa es que no sé cómo explicarte lo que me ha pasado.

—¿Por el principio? —sugirió expectante.

—Ven. Sentémonos en la cama —dije cogiéndole de la mano.

Una vez acomodados en el cabecero entre los cojines, me dispuse a explicarme.

—Me vino el período —disparé sin tregua porque no veía otra manera de decírselo.

Tom me miró y se quedó en silencio.

—Bueno... —dijo momentos después pensativo—. Y... ¿por eso no podías hablar? —preguntó confuso.

Una risa salió de mi garganta.

—Sí. Sí, que podía hablar, Tom —afirmé divertida. Después, volví a ponerme algo más seria—. Es solo... que me sentía extraña. Mi madre ha estado pendiente de mí todo el tiempo. Pero hubo un momento, al principio, que eché de menos tener una amiga. Ya me entiendes..., una chica con la que

hablar sobre ello.

Tom me miró comprensivo y movió la cabeza afirmando.

—Sí..., en realidad..., te entiendo mucho más de lo que te puedas imaginar.

—A ti también te ha pasado, ¿verdad? —dije empática—. Y es evidente que yo no soy un chico.

—No, no lo eres —me sonrió—. Pero, además de un chico, también necesito que él sea igual de diferente que yo.

No lo entendí.

—¿Qué quieres decir con “diferente”?

—Abby —dijo fijando los ojos en los míos—, creo que eres la única persona que no se ha dado cuenta todavía de que soy gay.

Abrí mucho los ojos.

—¿Gay? Quieres decir que... ¿te gustan los chicos? —pregunté—. ¿Por qué nunca me lo has dicho?

—Porque, como te ha pasado a ti, no sabía cómo decírtelo —dijo—. Y también porque me inquietaba que eso no te gustara de mí como les ocurre a todos los demás. Creí... que lo habías descubierto y te daba vergüenza ser mi amiga —confesó.

—¿Vergüenza? ¿Por qué no iba a gustarme? —le repliqué enfadada—. Tú siempre me has gustado. Eres mi mejor amigo y sabes lo importante que eres para mí. Y eso no va cambiar nada. Lo sabes, ¿verdad?

—Ahora, sí —dijo bajando la cabeza.

—Oh, Tom, siento mucho no haber estado a tu lado cuando me has necesitado.

—Abby, tú siempre has estado a mi lado —dijo riéndose—. Es solo que a mí me hubiera gustado tener a alguien con quien hablar de ello de vez en cuando. Alguien como yo.

—Sí... Tienes razón... —susurré pensativa—. Pero vamos a tener que conformarnos con nosotros dos.

Tom me cogió la mano y entrelazó nuestros dedos.

—Como siempre —dijo sonriendo.

—Como siempre —corroboré yo, sonriéndole también.

Capítulo 13

El ruido que me había sobresaltado no era más que un pájaro que salió volando luchando entre las ramas de un árbol y buscando el cielo abierto de entre los abetos del campo de cultivo.

Mientras observaba el flujo de la corriente del río, lancé unas cuantas piedras haciéndolas rebotar sobre el agua. En el pasado, Tom y yo practicamos muchas horas en ese río para conseguirlo. Nunca supimos si alguien nos podría aventajar con eso porque no hubo nadie que quisiera competir con nosotros. Ni con eso ni con nada.

Los recuerdos de ese camino hasta el arroyo seguían fluyendo en mi mente.

—¡Maldita sea! —grité a todo pulmón lanzando una piedra con toda mi furia y rabia. Miré al cielo limpio y despejado—. ¿Por qué? —extendí los brazos implorantes—. Si tanto hablaban de mí, ¿por qué cojones no me lo dijeron a la cara? —aullé como si pudiese caer una respuesta desde la nada—. ¡Malditos cobardes!

Respiré profundamente y bajé la cabeza negando.

Me di la vuelta y empecé a caminar de regreso a casa. Dejé atrás las grandes rocas y el abeto que me habían hecho reír por el *frisbee* momentos antes. Otro día, conseguiría acercarme al arroyo. Ya tenía suficiente por ese día.

Llegué unos minutos antes que mi madre y entré a la cocina para preparar una ensalada de pasta.

—Hola, cielo. ¿Cómo te lo pasaste anoche con Nathan? —preguntó mamá acercándose y dándome un beso en la mejilla cariñosa.

—Bueno..., fue... —dije pensando una respuesta adecuada—, fue... interesante.

—Interesante —repitió mi madre sentándose en la mesa.

La miré y le sonreí con cariño.

—Sí, mamá —dije apoyándome en la encimera—. Te prometo que no

encuentro otra palabra.

Me reí y mi madre me acompañó divertida. Sabía que no iba a contarle nada más.

—Ya le he devuelto el vestido a Lucy. El sábado, después de la barbacoa, volveremos a salir.

—Eso es maravilloso, cariño —se alegró.

—Sí —afirmé convencida—. La verdad es que me apetece mucho. Lucy es adorable.

—Sí, lo es.

—Y me da abrazos inesperados.

Mi madre se rio por ese comentario.

—A ti te encantan los abrazos —me dijo cariñosa.

Afirmé sonriendo.

—Me chiflan los abrazos —dije levantando y bajando las cejas burlona.

Nos echamos a reír juntas y terminamos de preparar la ensalada. Cuando todo estuvo dispuesto, Mike llegó a casa.

—Ya estoy aquí —dijo entrando por la puerta y aproximándose para besar a mi madre—. Mmm... ¡qué rica está la cena!

—Pero si no la has probado todavía, tonto —protestó mi madre coqueta.

—Pues no perdamos el tiempo. Acabo de probar el postre y estoy deseando saborearlo entero —dijo Mike atrayéndola más hacia su pecho.

—¿Te has zampado las novelas rosa de mamá? —ironicé poniendo los ojos en blanco.

—Todavía no —me contestó él sonriendo y girándose hacia mí—. Por ahora, prefiero los platos exquisitos —dijo alzando el dedo índice.

—Pues te puedo recomendar un restaurante del que podrás salir extasiado —asesoré alzando mi dedo también.

Mike se volvió hacia mi madre y la miró a los ojos embobado.

—Nada puede ser mejor que mi pastel de manzana —le dijo meloso a mamá acariciando su pelo.

Me di la vuelta hacia los fogones y moví la cabeza sonriendo para mis adentros. Lo cierto era que me gustaba verlos así.

—Sin duda, te llenará más y quedarás bien saciado —reconocí sintiéndome feliz por ellos.

Ellos empezaron a reírse y yo les seguí.

Cogí el bol de la ensalada y la dispuse en la mesa.

—Vamos tortolitos, si no os coméis todo lo que os ponga en el plato, no

hay postre.

Entonces, las risas se convirtieron en carcajadas.

Estuvimos cenando muy relajados. Hacía tiempo que no disfrutábamos de una velada en familia como aquella los tres juntos; conversando de todo y de nada en concreto, como lo hicimos años atrás.

Ellos se retiraron pronto y yo recogí la cocina. Cuando lo tuve todo en orden, cogí una cerveza de la nevera y salí al jardín de atrás. Me eché en una de las tumbonas y miré el cielo estrellado.

En el prado del arroyo, Tom y yo observamos un millón de veces ese oscuro infinito lleno de luces. Las vimos sentados bajo el tronco de uno de los pinos. Nadando en el agua. Boca arriba sobre los tréboles y la hierba. Sentados en las grandes rocas cercanas a la orilla. Tumbados sobre lechos acolchados con mantas. Colgados en las grandes ramas de los árboles. Y echados en el cajón de carga de mi vieja pick-up cubriéndonos con un par de sacos de dormir.

Por fin, el universo se apiadó de él y le regaló la felicidad que se merecía. Igual que había ocurrido con mamá y Mike.

Yo había asomado un poco la cabeza hacia ese bienestar. Pero me habían devuelto a mi propio infierno, como si una cuerda anudada en mis pies, de repente, me tirase con fuerza hacia abajo... justo cuando creía estar volando como un pájaro libre por el cielo.

Di el último trago a la cerveza, me levanté y me fui a mi habitación. Me cambié, me metí en la cama y apagué la luz.

Ryan pasó con su *Harley* a la hora de siempre. Llegó el rugido de lejos avisando de su aproximación. Pasó por delante de casa sin parar ni aflojar el ruido del motor y se alejó calle abajo disminuyendo el familiar sonido hasta que desapareció.

Otra vez, mi corazón volvió a latir severo.

Cerré los ojos y respiré hondo. El hecho de que todo me pareciera distinto a como viví en este pueblo en el pasado seguía ocupando mis pensamientos.

Incluso Ryan había conseguido alterar mi interior creándome un efecto muy diferente del que jamás me habría imaginado.

—Solo tú, Ryan —suspiré por lo bajo—. Solo tú te atreviste a mirarme a los ojos. Solo tú te acercaste a mí y me enfrentaste. Solo tú me hablaste sin miedo. Solo... tú.

Abrí los ojos y me abracé a mí misma por la cintura. A pesar de la alta temperatura en esa época del año, no entré en calor y me revolví sobre el

colchón inquieta.

Cansada de dar vueltas sin poder dormir, me levanté, me puse las zapatillas de andar por casa y me fui al recibidor. Después, cogí las llaves de mi coche y salí por la puerta. Subí a mi pick-up y arranqué.

Después, simplemente, conduje.

Cuando frené, se encontraba delante de mí el Taller de Joe que ahora era de Ryan Townsend. Sin embargo, un cartel colgaba luciendo un impresionante diseño con el nombre explícito de mi viejo y difunto amigo.

A la derecha de las letras, tipografiadas con integridad, había una increíble ilustración de una *Harley*. Como dividida en dos, la parte delantera era clara y evidente. Justo en medio, superpuesto, el dibujo empezaba a brillar por furias llamas que iban descubriendo la parte trasera de la moto flameada.

A la izquierda, un *Mustang* se exhibía con el mismo proyecto.

Un diseño gráfico hecho con un excelente programa de ordenador. El mural no era grande en exceso pero llamaba muchísimo la atención por su espectacularidad.

Y yo tenía la boca abierta y seca por el impacto que me produjo.

Tragué saliva.

—Dios mío, Joe —susurré—, si pudieras ver esto...

Parpadeé como si quisiera despertar del shock.

Entonces, ladeé un poco la cabeza y fijé la vista a la que fue una vieja vivienda abandonada que hacía esquina con la otra calle.

Ahora, se acoplaba junto al taller reluciendo moderna y acondicionada. Dos plantas la dividían. La parte de abajo tenía una puerta de madera maciza. Y en la planta superior, una gran ventana cuadrada enmarcaba la parte central de la pared principal. Todas las luces estaban apagadas.

Noté el flujo de mi sangre recorriendo por mis venas, el corazón palpitando y las pulsaciones aceleradas.

¿Por qué Ryan había comprado todo eso?

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el volante. Las lágrimas luchaban por salir pero no brotaban como si intuyeran que no era un buen momento.

Volví a notar frío en el cuerpo. Un temblor me hizo enderezar y respiré hondo.

Bajé del coche y me acerqué a la puerta principal de la casa.

La puerta de madera era de calidad, lisa y sencilla. Miré alrededor de ella buscando el timbre que encontré en el lado izquierdo a la altura de mis ojos.

Un pequeño botón negro sobresalía de la pared cimentada. Lo pulsé y el sonido de una campana se escuchó por duplicado.

No tenía ni idea de la hora que era.

Bajé la cabeza y miré al suelo. Entonces, me di cuenta de que llevaba las zapatillas de andar por casa y el pijama.

Entonces, cerré los ojos.

¿Qué coño estaba haciendo?

—Mierda —dije entre dientes dándome la vuelta para regresar a mi coche.

—¿Abby? —preguntó Ryan a mis espaldas cuando abrió la puerta.

En ese momento, yo andaba a medio camino hacia mi pick-up.

Paré en seco, respiré hondo y, luego, me volví hacia él.

El quicio de la puerta enmarcaba a Ryan. Iba vestido con unos pantalones cortos de deporte y una camiseta que la llevaba del revés porque debía habérsela puesto con prisas. Además, estaba descalzo.

No dije nada porque ni yo misma podía justificar estar molestando a alguien a aquellas horas de la madrugada.

—Abby —susurró mi nombre, otra vez, mientras seguía observándome.

Miré alrededor esquivando su mirada. Sabía lo que me había impulsado a llamar a su puerta. Pero, en ese momento, me sentía insegura.

Ryan seguía en la puerta, tan quieto como yo, expectante y sin dejar de fijar la vista en mí.

—So... solo... —dije dudando nerviosa y cambiando el peso de mi cuerpo de un pie a otro—. ¿Po... po... podrías... —me humedecí los labios y salivé nerviosa—... abrazarme?

Alcé la vista hacia el cielo una vez dije eso porque mis ojos empezaban a humedecerse y mis palpitaciones se aceleraron por aquel atrevimiento.

Entonces, sentí que unos fuertes brazos me rodearon de repente. La sensación de alivio fue instantánea. Ryan me frotó el largo de mi espalda con sus grandes manos y mis lágrimas brotaron vulnerables. El calor masculino me arrobó protector y me dejé llevar por ese estado de complacencia. Me apoyé en el cuerpo fuerte y fibroso que él me ofrecía y sentí que empezaba a relajarme. La calma comenzó a invadir mi interior, como hacía tiempo que no sucedía, y mis lágrimas fueron remitiendo. No sé el tiempo que estuvimos así, pero la paz que me inundó me dejó en un estado casi inerte.

Ryan abandonó una mano de mi espalda y la usó para levantar mis piernas acunando mi cuerpo contra su pecho.

—Entremos en casa, ¿de acuerdo? —dijo como pidiéndome permiso.

No contesté. Temía que, si decía una sola palabra, ahuyentaría ese estado tan ligero en el que me encontraba, como si flotara. Como si me hubiera quitado el peso de una gran piedra pesada que llevaba demasiado tiempo cargando en una mochila a mis espaldas.

Tras pasar por la puerta, escuché el ruido cuando esta se cerró. Ryan me adentró hacia el salón y fue directo al sofá sentándose sin soltarme; meciéndome entre sus brazos sobre su regazo, como si fuera un bebé.

No tardé en quedarme dormida en un profundo sueño.

Abby-12 años-Enero

Hacía mucho frío. Me arrebujé debajo de las mantas para entrar en calor. Esa noche, debí haberme movido mucho porque, cuando abrí los ojos, mi cuerpo estaba destapado.

La puerta de la habitación de mi madre se abrió abrupta y unas fuertes pisadas recorrieron el pequeño pasillo hasta la puerta principal. Un portazo retumbó la pequeña estancia.

Sabía lo que quería decir aquello.

Mike se iba de casa.

Otra vez.

Palpé con la mano la mesita de noche. Cuando encontré mis gafas, me las puse y rebusqué en el cajón hasta encontrar una pequeña linterna que usaba en aquellas ocasiones para alumbrar debajo de la colcha. Luego, volví a dejar los lentes encima de la mesa y me tapé hasta la cabeza.

Desde que Mike empezó a rondar a mamá, pasaron tres años hasta que se instaló por primera vez en casa. No había traído demasiadas cosas.

La verdad era que, al quedarse algunas noches sorteadas, había comprado algunos enseres de primera necesidad y los había dejado en casa.

Me acostumbré a él enseguida. Jugaba con Tom y conmigo y nos enseñaba un montón de cosas para que fuéramos lo más independientes posible dentro de nuestras circunstancias.

Él era el padrino de Tom y el que yo quería como padre para mí.

El amor que le dedicaba a mi madre se parecía al que se procesaban Ben y Penny, los padres de Tom.

Pero, a lo largo de los años, a pesar de quererse con locura, Mike decidía irse a su apartamento en el centro del pueblo durante largas temporadas.

Le pregunté un montón de veces a mi madre por qué Mike se iba de casa, pero ella solo respondía vagamente.

—Tenemos algunas diferencias que no podemos solucionar —decía ella sin mirarme y con expresión ausente.

Entonces, me iba a casa de Tom.

—Mike ha vuelto a irse de casa —le explicaba—. Tengo miedo de que no vuelva nunca más. Me acostumbro a verlo todos los días y de repente, ¡zas!, se va.

Tom me daba la mano para calmarme.

—Tranquila, Abby. Volverá —me decía siempre—. Está loco por tu madre. No la va a dejar nunca para siempre. Estoy seguro.

Hasta el momento, no se había equivocado.

Pero, esa noche, bajo las mantas y mientras intentaba calentar mi cuerpo por el frío que amedrentaba, me aterraba que mis miedos se convirtiesen en realidad.

Tenía doce años y un montón de inseguridades.

Capítulo 14

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fueron las duras facciones de Ryan relajadas con una suave respiración, adormilado. Nuestras cabezas estaban recostadas en el respaldo de su sofá con su cara frente a la mía.

Recordé cómo le había pedido que me abrazara en la calle delante de la puerta de su casa y la serenidad que me había provocado su fuerte abrazo.

Me fijé en su incipiente barba oscura y sus gruesos labios. Estaban entreabiertos dejando al descubierto sus bonitos dientes blancos bien alineados. Era curioso porque no recordaba haberle visto con ningún corrector bucal.

Tampoco mi dentadura fue corregida con *brackets* o algo similar, aunque mis incisivos inferiores estaban ligeramente torcidos hacia dentro. Pero, como no era algo que se percibiese a simple vista, nunca le di importancia a esa insignificante imperfección.

Levanté mi mano con un movimiento cuidadoso para frotarme los ojos procurando no despertarle. Sin embargo, Ryan abrió sus párpados en un acto reflejo.

Sus verdes ojos recorrieron mi rostro con determinada atención y consideración. Sus pupilas se oscurecieron dilatadas y fijó la vista hacia mis labios. La intensidad de su mirada aumentaba por momentos.

Sabía lo que eso significaba porque su mirada ardiente era de deseo y mi cuerpo respondía, abierto y natural, provocándome sensaciones íntimas de agitación bajo mi vientre.

Algo que creí haber perdido para siempre.

La mano de Ryan me rodeó la nuca acercándose a mí y sus labios rozaron los míos.

Sin darme cuenta, me vi sentada a horcajadas encima de él profundizando el beso con ansia.

Ryan exploró el interior de mi boca con su lengua, palpando con suaves caricias cada rincón como si no tuviera suficiente y provocándome

sensaciones intensas que se adentraban en el interior de mi cuerpo sin control.

Me dejé llevar cuando nuestras lenguas se enredaron en un baile tierno pero desesperado y mi mente dejó de pensar.

Cuando la mano de Ryan se coló despacio por debajo de mi camiseta y recorrió mi vientre con una suave caricia, mi cuerpo se paralizó.

—Para —ordené separándome de él.

Instantáneo, Ryan sacó su mano fuera de mi jersey. La confusión se notaba en su cara y sus ojos estaban muy abiertos, asustados, como sintiéndose responsable de algo.

Pero yo no podía culparlo de nada.

—Oh, Dios —suspiró—. Lo siento, Abby. No quería...

—No —le interrumpí bajando de su regazo algo azorada. Necesitaba ampliar la distancia entre nosotros—. Yo... lo... lo siento —tartamudeé abrazándome a mí misma por la cintura—. No puedo... hacer esto, Ryan. —Noté cómo el cuerpo empezaba a sacudirme nervioso. Él me miraba alerta aunque abatido—. Sé... que es un tópico... pero... créeme, no es culpa tuya.

Rápidamente, me di la vuelta dejándolo estupefacto sentado en el sofá mientras yo corría desesperada hacia la puerta de salida.

—¡Abby!

Escuché mi nombre antes de que la puerta se cerrara tras de mí.

Llegué a mi coche con la respiración agitada. Subí, arranqué y aceleré huyendo sin mirar atrás.

Solo dos calles después, un stop me obligó parar.

Era demasiado temprano. Todavía no había amanecido y no se veía un alma por ningún lado. Mi cuerpo empezó a temblar y unas sacudidas batieron mis brazos desplazando el efecto hacia las manos que estaban agarradas muy fuertes en el volante.

—¿Qué coño he hecho? —me pregunté alzando una mano y golpeándola en el salpicadero—. ¡Es Ryan, por Dios! ¡Tú odias a Ryan! —me grité.

Un sollozo salió de mi garganta seguido de un llanto que emergió fuerte y sin control. Los sentimientos empezaban a confundirme, mi mente me traicionaba confusa y desorientada. No veía nada con claridad. Todo estaba bien y, de repente, todo estaba mal.

Los últimos meses de mi vida nublaron mi visión y mi pecho se pegó al volante derrumbándose. Mi cabeza se apoyaba por la parte superior sacudida por el llanto y la impotencia. Me sentía mareada. En aquel momento, dejé de tener capacidad de reacción porque sabía que seguía teniendo mi propia vida

sin control.

Yo era mi propio enemigo y sentía que estaba traicionando por partida doble. Primero, a Derek. Después, a mí misma.

Me abracé por debajo del espacio libre bajo mi pecho rodeándome la cintura.

No podía hacer nada más. Estaba sufriendo uno de mis ataques de ansiedad y ni siquiera tenía una bolsa de papel para calmar la hiperventilación de mi respiración.

Entonces, la puerta del conductor se abrió de repente. Los mismos brazos que me habían abrazado durante la noche me sacaron del coche y me colocaron delicados en el asiento del copiloto.

—Te llevaré a casa, Abby —dijo Ryan sentándose frente al volante—. No puedo dejarte conducir en este estado.

Me encogí rodeándome las rodillas con los brazos y deseando tener un caparazón como los caracoles.

Cuando llegamos a mi casa, Ryan bajó de la pick-up y rodeó el coche, abrió por mi lado y me volvió a levantar en sus brazos.

La puerta principal de la casa se abrió una vez estuvimos frente a ella.

—Ryan —dijo Luke—, ¿qué ha pasado? ¿Necesitas ayuda?

Ryan hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Solo quiero acostarla en su cama. Necesita descansar.

—¡Dios mío! —Escuché a Mike preocupado acercándose por el pasillo hacia nosotros—. ¿Abby está bien?

Noté cómo el cuerpo de Ryan se endurecía.

—Os voy a matar a los dos como no os apartéis de mi camino —amenazó furioso Ryan. Luego, hubo un silencio—. ¡Ahora!

Se oyeron unas pisadas apresuradas arrastrándose por el suelo del recibidor e, instantes después, mi cuerpo descansaba sobre mi cama, arropada bajo las sábanas y la fina colcha que la cubría. Me volví a encoger haciéndome una bola.

Ryan se sentó cerca de mí en el borde del lecho y me observó. Después, lo oí levantarse y acercarse a la puerta de mi habitación y la cerró. Él se quedó dentro, cogió la silla de mi escritorio y se sentó frente a mí. No hizo más movimientos.

Yo tenía los ojos abiertos pero no veía nada. Solo oía los ruidos como si vinieran de lejos porque mis pensamientos estaban saturados. Estaba allí pero sin estar.

Mi respiración se había normalizado y estaba segura de que eso era debido a que Ryan no me había dejado sola en ningún momento. Y el hecho de que estuviera allí sentado era porque había decidido quedarse a mi lado.

Lo que yo no sabía era hasta cuándo.

En algún momento, me quedé dormida.

Un río. Una bicicleta. Un *frisbee*. Un árbol. Un vestido. Una copa de vino. Zapatos. Un avión. Un camión. Sangre. Mucha sangre. Batas blancas. Batas azules.

—No... Ellos no... No, no, no... Ellos no... ¡No!

—Abby... Abby, despierta... Abby, por favor... Despierta, pequeña...

Abrí los ojos y parpadeé. Una cara conocida estaba mirándome. Una mano sacudía suave mi hombro y otra mano me acariciaba el pelo sudoroso.

Abrí los labios que tenía muy secos.

—De...

—Has tenido una pesadilla.

Fijé bien la vista.

—Ryan.

—Sí... —dijo él con expresión vigilante y preocupada—, Ryan.

Lo observé desorientada.

Mi mente me había traicionado y, por un momento, creí ver a Derek ante mis ojos.

Ryan miró hacia la mesita de noche y cogió una pequeña botella de agua que estaba encima de ella.

—Ven, incorpórate. Te ayudaré a beber agua.

Mis ojos siguieron todos sus movimientos.

Pasó un brazo por debajo de mi nuca elevándome un poco y me acercó la botella a mi boca.

Bebí y me humedecí los labios con la lengua.

Él devolvió el agua a la mesita y, luego, volvió a mirarme.

—¿Mejor? —preguntó inseguro.

Asentí con la cabeza mirándolo con los ojos muy abiertos. Mi respiración era agitada y me sentía algo inquieta.

Ryan.

Él seguía a mi lado desde que me arropó con ternura sobre mi cama de

madrugada y no se había movido de allí en ningún momento. Me di cuenta de eso porque seguía llevando los mismos pantalones cortos de deporte y la misma camiseta del revés, tal como lo vi en el vano de la puerta de su casa.

Solo las zapatillas de deporte que tenía puestas, sin calcetines, hacían la diferencia. Debió ponérselas cuando fue a buscarme mientras estaba parada con el coche en el stop de la calle oscura.

Su incipiente barba había aumentado su oscuridad porque el vello le sobresalía más y unas leves ojeras enmarcaban sus ojos por el cansancio.

Alcé una mano hacia su mejilla y pasé un dedo por la oscurecida patilla. Raspaba. Suave, pero picaba.

Reposé otra vez el brazo en el colchón, nerviosa.

—No te has ido —susurré.

—No.

Los ojos verdes cristalinos de Ryan estaban brillantes, más oscuros y humedecidos. Era un contraste llamativo que nunca había visto en él. Tragó saliva y cerró los párpados apretándolos con los dedos.

—¿Quieres... —abrió los ojos y volvió a mirarme— quieres que me marche?

Lo miré con atención.

No. No quería que se fuera.

Así que negué con la cabeza.

Él asintió con la suya pensativo.

—¿Puedo... hacer algo... por ti? —preguntó meditabundo.

Moví la cabeza asintiendo.

Ryan se levantó de un salto y se puso en pie.

—¿Qué necesitas? —preguntó predispuesto.

Parecía estar calculando cuánto tiempo le llevaría hacer un recado y volver.

Lo miré directa a los ojos.

—Solo... abrázame.

Ryan se quedó quieto. Muy quieto. Se quedó mirándome vacilante y pensativo. Durante un rato, no hizo más que pestañear. Luego, tragó saliva sin dejar de observarme. Respiró muy profundo y tensó la mandíbula apretando los dientes y sacando el aire por la nariz. Se masajeó la nuca y su expresión se volvió inescrutable. Entonces, como si estuviera obedeciendo a un ser divino pero en contra de su voluntad, se quitó los zapatos con los mismos pies, levantó las sábanas y se acostó a mi lado pasando un brazo bajo

mi espalda. Después, me volteó apretándome contra su pecho.

Cerré los ojos. Mi respiración empezó a suavizarse. Mis pulsaciones bajaron y la tensión de mi cuerpo se relajó.

Paz.

Volví a sentir paz.

No nos movimos de la cama. A veces, yo me dormía; otras veces, lo sentía dormir a él.

Unos golpecitos en la puerta me despertaron.

—Ryan, Abby, no quiero molestar —dijo mi madre—. Pero tenéis que comer algo. ¿Puedo abrir un poco la puerta? Dejaré la bandeja en el suelo.

Miré a Ryan que tenía los ojos muy abiertos. La boca se le entreabrió como para decir algo pero no dijo nada.

—Sí, mamá —contesté yo.

La puerta se abrió y se cerró en segundos sin que viéramos a mi madre.

Entonces, Ryan me miró aturdido.

—¿Tienes hambre? —preguntó todavía azorado.

Sonreí.

—Ajá, muchísima.

Sus labios también sonrieron.

—Yo también —dijo bajando de la cama de un salto y acercándose a la bandeja que había dejado mi madre—. Vaya... ¿Hay alguien debajo de la cama o escondido en el armario? —preguntó arrodillándose.

—¿Alguien? —pregunté sin entender.

Él se levantó y me mostró la comida.

—Aquí hay comida para cuatro —dijo sujetando una gran bandeja repleta de alimentos—. Tú y yo somos dos.

Miré las provisiones que mi madre había preparado. Había un bol repleto de ensalada, dos hamburguesas completas recién hechas, un cuenco lleno de fruta variada, un pastel de manzana y cuatro cervezas frías.

Sonreí. Sabía que mamá me estaba devolviendo la burla que les hice a Mike y a ella la pasada noche durante la cena. A su manera, me estaba diciendo: “Lléname y sáciate. El pastel de manzana es el postre”.

Me reí con ganas.

Ryan me miraba sin entender. Sin embargo, había dejado de sentirse

alarmado y pasó a estar más distendido.

Lo miré traviesa.

—Me encanta ese pastel de manzana —dije sonriendo.

Era verdad, pero me estaba refiriéndome a mi madre.

—A mí también —dijo Ryan devolviéndome la sonrisa—. Pero yo atacaré primero la hamburguesa.

Me incorporé para acomodarme en el cabecero sobre los almohadones.

Él dejó la gran bandeja al pie de la cama y se sentó a mi lado.

Nos miramos sonriendo y atacamos las hamburguesas para devorarlas.

Abby-17 años-Septiembre

Estábamos en el comedor del instituto. Casi todo el mundo estaba almorzando fuera porque hacía buen tiempo.

Nosotros siempre nos sentábamos dentro.

Desde que escogimos una mesa retirada pero cerca de la ventana a los catorce años, no dejábamos que nadie se sentara en ella. Salíamos de clase corriendo los primeros para reservarla. Ni siquiera pasábamos por nuestras taquillas. Luego, nos turnábamos cada día para que uno de nosotros hiciera cola para pedir nuestra comida.

—Oh, Dios míooo —suspiré.

—Oh-Dios-mío —repitió Tom burlándose.

Le di un puñetazo en el brazo y nos echamos a reír.

—Somos invisibles, Abby —advirtió—. Nadie nos presta atención. Solo recuérdalo, ¿vale?

—Valeeee... —contesté—. Pero eso no quiere decir que no pueda soñar, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Cómo puede estar tan bueno y no abrazarse a sí mismo las veinticuatro horas del día?

Tom volvió a reír.

—Bueno, míralo por el lado positivo —me animó—. Nosotros sí podemos prestar atención. Nada mejor que un tío bueno que nos haga bailar los ojos —aleteó las pestañas con muchísima gracia.

—Chelsea y Allison nunca podrán superarte con ese gesto, Tom —me reí—. Oooh, mira... —me quejé con fastidio mirando por la ventana—. Otra vez, están sobando a Nathan —dije con pesar cuando vi que las mismas que acababa de nombrar se acercaban a la mesa donde se encontraba él—.

Parecen lapas pegajosas —seguí quejándome celosa.

—Deja que esas víboras esparzan su veneno por el instituto. Tampoco podemos evitar eso.

Tom me rodeó el cuello con el brazo y me besó la frente.

Lo miré agradecida. Sabía que intentaba sacar importancia a lo que ocurría allí fuera.

—¿Quieres la mitad de mis espaguetis? —le pregunté—. Yo no voy a poder terminarlos.

—Depende.

—¿De qué?

—De si tengo que comérmelos uno a uno desde un extremo de cada espagueti hasta la mitad al mismo tiempo que tú haces lo mismo por el otro extremo.

—¿Para qué deberíamos comer los espaguetis de esa manera? —pregunté inocente.

—Porque me he fijado que muchos heteros lo hacen para besarse con los labios al final. Si buscas eso, debo recordarte que soy gay —se burló de mí.

—Aaaagh... —le empujé separándole de mí—. ¡Qué asco! No me creo una palabra de lo que dices.

Tom se rio a carcajadas.

—Mira. —Señaló sonriendo hacia un punto concreto de fuera.

Una de las mesas centrales estaba ocupada por un grupo de chicos y chicas. Entre ellos, Luke y Ryan estaban presentes.

Will Hellman y Jennifer Brighston, que coincidían en alguna de nuestras clases, estaban haciendo lo que Tom acababa de decir. La mesa parecía un festín alborotado cuando sus labios se rozaron.

No pude evitar abrir mi boca por el asombro.

—Cierra la boca, Abby. Podría entrar un bicho con un agujón erecto y penetrar tu lengua —se burló Tom riéndose otra vez.

Me giré hacia él mirándole divertida.

—Uno —dije levantando mi dedo índice—, ¿cómo consigues advertir esas cosas que hacen los demás? Y dos —enumeré alzando mi dedo corazón—, ¿cómo consigues yuxtaponer ese vocabulario en una frase con doble sentido y, además, que resulte tan afilado?

—¿Yuxtaponer? —se rio.

Le volví a dar un empujón para zarandearlo.

—Sí. Yuxtaponer —afirmé con desdén—. Juntar, adosar, unir...

—Vale, vale, vale... —cedió riéndose—. Sé lo que significa. Pero tú no te quedas corta con tu “léxico” —ironizó.

—¿Quieres hacer el favor de contestar? —le sonreí divertida.

—Uno —dijo levantando su dedo índice—, no tengo con quien hacer esas cosas que hacen los demás. Así que el tiempo en que no lo hago, lo dedico a observar. Y dos —dijo alzando su dedo pequeño enseñando el claro símbolo—, dedico un montón de horas al estudio, igual que tú, para obtener la beca completa para la Universidad Estatal de San Francisco. Entre eso y las hormonas con un elevado grado de alteración e insatisfacción, hacen que mi cerebro esté en modo cortocircuito a tiempo completo.

Lo miré con admiración.

—Eres genial, ¿lo sabías? —lo alabé dichosa.

Me sonrió.

—¿Tú crees?

Le devolví la sonrisa emocionada y lo abracé muy fuerte.

Cada vez, nos mostrábamos el cariño mutuo sin tapujos. Era una de las ventajas al sabernos ignorados porque no teníamos que fingir nada.

—Eres el mejor amigo que una chica como yo podría tener —le susurré al oído.

—Gracias —dijo él en respuesta—. Tú también lo eres. Mi vida hubiese sido un infierno sin ti. Lo sabes bien.

Nos deshicimos del abrazo y Tom me acunó las mejillas con sus finas y largas manos. Nos miramos cómplices y moví la cabeza afirmando y aceptando sus palabras.

Él me besó una mejilla con gratitud y me soltó para seguir comiendo con tranquilidad.

Con una sonrisa de satisfacción, me giré y fijé la vista hacia la mesa donde el pequeño espectáculo continuaba con otra pareja del instituto compartiendo un asqueroso espagueti.

Mi mirada se cruzó con la de Ryan. Estaba mirándome ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor y su mirada reflejaba algo que yo nunca lograba descifrar.

Entonces, mis dedos se cerraron crispados en puños y la servilleta de papel que había bajo la palma de una de mis manos se arrugó hasta convertirse en una bola.

Lo desafié con mis ojos a través de los cristales de mis nuevas gafas.

Capítulo 15

Ryan y yo nos comimos las hamburguesas que nos había preparado mi madre, un poco de la ensalada y un trozo de pastel de manzana cada uno.

—¿Quieres más? —preguntó Ryan dándole el último trago a su cerveza.

—No, gracias —contesté con una sonrisa y bufando—. Estoy hasta los topes.

Él me miró, me sonrió y se levantó de la cama. Cogió la bandeja llena de sobras y la dejó encima de la mesa de mi escritorio. Se dio la vuelta y se apoyó semisentado en ella cruzando los pies con las piernas estiradas. Después, sujetó con las manos el borde de la lisa tabla de madera y me miró.

—Estás... mejor —comentó con una leve sonrisa.

—Sí —sonreí también—. Eso parece.

El asintió moviendo la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por ti, Abby? —preguntó mirándome intensamente.

Sabía que su pregunta tenía un significado mucho más profundo de lo que parecía porque le había afectado verme tan indispuesta.

Le miré y volví a sonreír.

—Soy yo la que debe hacer algo por ti ahora —dije esquivando su pregunta porque tampoco sabía quién o qué podía hacer algo al respecto.

—¿Por mí? —preguntó confundido.

—Sí —me reí—. ¿Sabes que llevar la camiseta del revés es lo mismo que llamar a la lluvia?

Ryan bajó la mirada hacia su jersey y observó las costuras de los lados.

—Llevas todo el día con ella así —dije riendo—. Creo que estás provocando al cielo para que, en vez de lluvia, sea más bien una tormenta. —Ryan me miró y sonrió—. Te llevaré a casa. Estás hecho un andrajo y no puedo dejar que vayas por el pueblo con esas pintas. —Le guiñé un ojo—. Ya sabes, en Crossboots la gente habla demasiado.

Sin dejar de sonreír, Ryan aceptó asintiendo con la cabeza de nuevo.

Un sonido, muy conocido por mí, resonó fuerte desde mi móvil que estaba

en la mesita de noche. Era una llamada que yo tenía bien identificada.

Ryan cambió su expresión por una más seria y miró en esa dirección. Su mirada quedó algo ausente mientras sus mandíbulas se endurecían y los dedos de sus manos apretaron con fuerza la superficie de la mesa, muy crispados.

—Es Tom —le dije observándolo.

Él volvió su mirada hacia mí.

—Ah... —dijo. Después, volvió a sonreír como antes—. Sí... Claro... Tom.

—No he hablado con él desde el lunes.

—Bien —dijo dándose la vuelta para recoger la comida sobrante—. Voy a devolver la bandeja a la cocina.

—Me cambio en un momento y te llevo —dije cuando el móvil dejó de sonar.

—¿No hablarás con Tom? —preguntó extrañado.

—Sí, claro. Pero él puede esperar —dije—. Ahora, mi prioridad es que no llegue un huracán —bromeé señalando su camiseta del revés.

Dicho esto, Ryan salió de mi habitación sonriendo y negando con la cabeza.

Me cambié y le mandé un mensaje a Tom para que estuviera dispuesto unos quince minutos más tarde para la video-llamada. Luego, salí de mi habitación y me dirigí a la cocina.

La puerta estaba cerrada.

—... y casi rompo cualquier cosa que hubiese tenido a mano solo de pensar que era Nathan el que la llamaba —decía Ryan con voz abatida.

Me quedé quieta.

—Deja que el tiempo ponga las cosas en su lugar, hijo —aconsejó Mike.

—Además —intervino mamá—, también podría haber sido Lucy. Mañana por la noche vuelven a salir juntas.

Un ruido hirviente silenció la conversación.

—El café está listo. Te prepararé una buena taza —se ofreció mi madre.

Decidí que había llegado el momento de que yo irrumpiera en la cocina mientras pensaba en lo absurdo que era el que Ryan hubiera dicho que Nathan podía llamarme. A pesar de haber tenido una cita con él, en ningún momento intercambiamos nuestros números.

Tampoco quería que supieran que había estado escuchando y Tom estaba pendiente para hablar conmigo dentro de pocos minutos. Así que abrí la

puerta con toda la naturalidad de la que fui capaz.

—Ese aroma intenso que está penetrando en mis sentidos del olfato ha llegado hasta mi habitación. Muero por una taza —dije entrando directa hacia los fogones.

—Hola, cariño —saludó mi madre—. Todavía queda pastel de manzana, por si quieres acompañarlo.

Me giré y vi a los tres que no me quitaban ojo, divertidos. Mis mejillas se encendieron ruborizándome.

Luego, miré a Ryan.

Volvía a tener esa mirada intensa y profunda que tanto me costaba interpretar.

—No, gracias —dije sin apartar los ojos de él—. Estoy llena y saciada. Solo me falta digerir la cena con el café.

Mamá y Mike se echaron a reír.

Y Ryan siguió mirándome de aquella manera.

Poco después, Ryan y yo salimos de casa con el sabor de ese líquido amargo en nuestras bocas. Subimos a mi coche y emprendimos el camino hacia el Taller de Joe.

Mientras conducía, vi por el rabillo del ojo que Ryan acariciaba el asiento del copiloto que ahora ocupaba.

—¿Cómo le va a Tom? —preguntó mirando la superficie por la que recorría su mano.

Lo miré y él puso los ojos en mí. No estaba segura si de verdad eso era de su interés. Luego, volví la atención hacia la calle.

—A Tom le va muy bien —dije pensando en mi mejor amigo—. Por fin, la vida le ha dado todo lo que se merece.

Ryan dejó de mirarme fijando la vista hacia su ventana y suspiró sin decir una palabra. Solo él sabía lo que estaría pasando por su cabeza.

Un minuto después, llegamos a su casa y aparqué delante de su puerta.

—Buenas noches, Abby —dijo abriendo la puerta de su lado—. Gracias por traerme.

Puso un pie en el suelo.

—Ryan.

Él se giró hacia mí y me miró interrogativo.

—Gracias —dije sin más.

Los dos nos quedamos mirando.

Ryan se había quedado paralizado y yo no podía apartar mis ojos de los

suyos.

Alguna cosa había cambiado entre nosotros. No sabía qué, no sabía cuándo y no sabía el porqué. Pero una sensación nueva había crecido dentro de mí y me decía que había algo que nos unía desde hacía un tiempo. Aunque no sabía por dónde.

Después, Ryan asintió con la cabeza con un solo gesto y terminó de bajar del coche. Cerró la puerta con suavidad, dio dos pasos hacia atrás y se paró sin apartar la vista de mí.

Yo aceleré y giré de regreso hacia mi casa. Tom estaría impaciente.

En un acto reflejo, miré por el retrovisor de mi coche.

Ryan seguía de pie, muy quieto, mirando como mi vieja pick-up se alejaba.

Llegué a casa de mi madre y me di una ducha rápida.

Tom estaba esperándome al otro lado de la pantalla.

—Has estado muy ocupada, ¿eh? —dijo alegre—. ¿Nathan no puede vivir sin ti? —bromeó.

Me reí.

—Creo que él se vale por sí mismo, Tom —respondí preparada para contárselo todo.

Le estuve explicando lo que había hecho hasta el momento. El vestido de Lucy y los zapatos, Nathan en su coche descapotable de importación último modelo, el restaurante de lujo, el menú degustación, Chelsea y Allison interrumpiendo y la vuelta a casa.

Fue una conversación llena de risas e ironías y Tom volvió a remarcar mi recuperación anímica.

Entonces, decidí evitar explicarle mi nueva crisis de ansiedad y qué la provocó.

No quería hablarle de Ryan.

No sabía por qué le escondía algo que, en otros tiempos, habría dejado sobre la mesa sin tapujos. Tal vez, era porque no quería dar explicaciones. O... no quería darlas porque, muy en el fondo, me sentía culpable y confusa.

Cuando nos despedimos y cerré el ordenador, no tenía sueño.

Mike y mi madre estaban ya acostados.

Cogí la botella de agua de la mesita de noche y me fui a la cocina para

vaciarla y sustituir el agua por la que había fría en el refrigerador. Bebí un buen trago y volví a llenarla.

Después, me fui al salón y me senté en el sofá. Mantuve una batalla interior con los pros y los contras para decidir si encendía la televisión. Pero ganaron los contras. La lista de pros estaba vacía y la lista de contras estaba llena de “No me apetece ver...” pudiendo añadir cualquier cosa, desde una película, las noticias, entrevistas, sitcoms e incluso dibujos animados.

Entonces, fijé la vista en la estantería llena de libros de mamá. Me levanté y paseé los ojos por los lomos de todos ellos. No había un solo libro del mismo tamaño, tapa, grosor o color. Cerré los ojos y pasé la mano por los que alcanzaba mi torpe tacto. Cualquiera me serviría. Así que tumbé uno con un solo dedo. Abrí los ojos y lo cogí sin mirar ni el título ni su autor.

Después, volví a mi habitación y me tumbé en la cama.

Si un libro podía distraerme en aquellos momentos, tenía que ser uno de estos. No me sentía capacitada para una aventura demasiado compleja. Solo necesitaba algo que no me hiciera pensar demasiado.

Entonces, me fijé en la portada. *La estación del arco iris* – Lisa Gregory.

Sin leer la sinopsis, abrí la primera página y empecé a leer. Estaba decidida a dar una oportunidad a aquel libro sí o sí.

Absorta en la lectura, escuché el rugido de la *Harley* de Ryan. Miré el reloj y sonreí. La luz de mi habitación estaba apagada pero la lamparita de la mesita de noche alumbraba suave.

Ryan se detuvo delante de casa y el rugido se quedó estable unos momentos. Luego, dio un acelerón fuerte y volvió a quedarse en *stand by*.

Me reí.

Ryan repitió el acelerón.

—¿Por qué no? —me dije sonriendo como si fuera a hacer de nuevo una travesura.

El libro empezaba a ponerse meloso y empalagoso. Era un buen momento para dar un paseo en moto. Así que me levanté y corrí las cortinas. Abrí la ventana y saqué la cabeza.

Ryan miraba en mi dirección con el casco puesto y la visera lo tapaba por completo. Estaba muy quieto.

—Tengo que vestirme —dije sonriendo.

Él asintió con la cabeza.

Cuando estuve lista, salté por la ventana y me coloqué el casco que Ryan me ofrecía. Después, me subí a la moto y me abracé a él. Su olor me envolvió

de nuevo y sonreí.

Ryan emprendió la marcha.

Después de recorrer las calles de Crossboots, paramos en una gasolinera. Los dos bajamos de la moto y él repostó llenando el depósito por completo.

—Toma —me dijo entregándome sus guantes.

—No tengo frío —dije sorprendida.

Era verdad. El calor que Ryan desprendía con su cuerpo regulaba la temperatura del mío.

—Los vas a necesitar —me sonrió—. Te toca conducir a ti.

Abrí mucho los ojos y el corazón empezó a latirme fuerte, emocionado.

—¿Qué dices? No he conducido una moto desde hace años —dije acordándome de Joe con melancolía.

—Eso nunca se olvida —instó Ryan—. Me consta que estoy en buenas manos —dijo mirándome a los ojos confiado.

Lo observé todavía paralizada. El deseo de conducir su *Harley* era atrayente y un reto excitante. Luego, bajé la mirada hacia la moto y pasé mi mano acariciándola desde la cola del asiento, pasando por el depósito de gasolina y, finalmente, sujeté el manillar.

Una vez, pasé tiempo con Joe vistiendo a una dama destartada de estas en su taller. Por desgracia, nunca terminamos el trabajo.

Respiré hondo y me subí. Palpé los indicadores de velocidad y, luego, me coloqué los guantes. Entonces, me preparé y arranqué el motor.

El corazón seguía latiéndome acelerado, igual que yo iba a hacerlo montada en esa preciosa máquina en unos momentos.

Ryan se subió detrás de mí y se acomodó sin presionar demasiado su peso contra el mío. Eso me dio una sensación de seguridad que calmó mi ansia. Así que me puse en marcha y avancé lenta para que la *Harley* y yo nos conociéramos hasta que nos sintiéramos una sola alma.

Minutos después, los tres volábamos por las carreteras colindantes de Crossboots. Volvimos a pasar por los infinitos campos y granjas de cultivo de nuestros alrededores. También cruzamos por un bosque frondoso y algunos ranchos de vacuno y caballos que se quedaban atrás a nuestro paso.

Mientras, mi adrenalina aumentaba volviendo a sentir el poder de conducir aquella máquina divina.

Volví a sentir libertad.

Un gemido voraz salió de mis labios cuando aparqué delante de mi casa.

Ryan bajó casi de inmediato y yo apoyé la *Harley* en el caballete antes de

bajar por el lado contrario, dejando la moto entre los dos. Nos quitamos el casco y nos miramos a los ojos sonriendo.

—Tenías razón. Es imposible olvidar algo así —dije entregándole el casco—. Gracias, Ryan.

Ryan guardó el casco en el pequeño maletero sin que su sonrisa se le quitara de la cara.

—No tienes por qué dárme las —dijo subiendo a su moto—. A mí me ha gustado tanto como a ti. —Se volvió a cubrir la cabeza con el casco dejando al descubierto sus claros ojos verdes. Dio un pequeño acelerón mientras volvía a quitar el caballete y lo acopló en su sitio—. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme —se ofreció—. Buenas noches, Abby.

Se bajó la visera y se quedó quieto con los brazos cruzados.

—Buenas noches, Ryan —le deseé asintiendo con una sonrisa.

Entonces, me giré decidida y me dirigí hacia mi ventana por la que salté y abrí la luz de la mesita de noche. Me cambié y me acosté. Algo se me clavó en la espalda y tanteé con la mano para quitármelo de debajo. Unas páginas del libro de mamá se habían doblado en diagonal.

Me reí. Después del subidón por haber conducido la *Harley* de Ryan, era imposible retomar la lectura por donde lo había dejado. Leer instintos humanos acaramelados era lo último que me apetecía.

Arreglé las páginas dobladas, dejé el libro en la mesita de noche y apagué la luz.

Ryan hizo rugir su moto con un acelerón ininterrumpido y estridente durante unos momentos y se alejó con el mismo ruido hacia su destino.

Sonreí.

Su estado de ánimo era de emoción, como el mío.

Abby-17 años-Octubre

Empezaba a apretar el frío de otoño. El pequeño prado donde se encontraba el arroyo del río todavía abrigaba la hierba y los tréboles sobre su lecho de arena.

Era viernes por la noche. Los diferentes deportes del instituto ya habían jugado sus partidos con los contrincantes y la gente había salido a celebrar tanto sus victorias como sus derrotas. Otros tenían que jugar sus partidos durante el fin de semana.

—¿Crees que alguien notaría nuestra presencia si nos acercamos a ver la hoguera que organizan en el descampado? —pregunté a Tom.

—No lo sé —contestó indeciso—. Además, ¿cómo íbamos a llegar hasta allí? —preguntó señalando nuestras bicicletas.

Él tenía razón. Llegar, lo haríamos con nuestras bicis. Pero, seguramente, ya no quedaría ni fuego ni gente. Era tarde y el descampado estaba fuera de los límites de la periferia. Todo el mundo llegaba allí con sus coches y les daban un aventón a quienes no lo tenían.

Era demasiado camino para acercarse pedaleando.

—Tengo que hablar con Joe —dije mirando al cielo lleno de estrellas—. Tal vez, pueda conseguirme algún coche de segunda mano. Llevo trabajando con Molly y Sally desde hace dos años y he ahorrado algún dinero. Con eso y alguna cuota más, a lo mejor puede encontrarme un vehículo medio decente.

Tom me abrazó más fuerte cuando un escalofrío sacudió mi cuerpo. Estábamos tumbados encima de un jergón hecho con varias mantas y dos sacos de dormir, unidos por una cremallera, nos cubrían por completo. Pero el frío arremetía.

—Estás temblando —dijo—. Deberíamos volver. Mañana podemos pasar por el taller y se lo preguntamos. Así puedo ver a *Blackie* también. Le queda muy poco de vida y *Naughty* está muy triste.

—Lo siento, Tom —dije con lamento acariciándole la mejilla—. La echaré de menos pero sé que tú sufrirás más que yo.

Él asintió y se levantó.

—Vamos, es tarde, Abby.

Recogimos las mantas y las guardamos en las alforjas de nuestras bicicletas para regresar a nuestras casas.

Esa noche, me acosté afligida.

Todos en el instituto organizaban fiestas y las chicas compartían noches de pijama entre confidencias. Empezaban a tener citas y casi todos habían experimentado el primer beso por lo menos.

Solo había una cosa que no envidiaba. Nadie me exigía ni me aconsejaba para que me vistiera y me maquillara como todas las demás. Ni siquiera mi madre.

El maquillaje me parecía asqueroso y sucio.

El año anterior, cuando vi que algunas se maquillaban para ir al instituto, un día me encerré en el baño de mi casa. Cogí el neceser donde mamá guardaba sus pinturas y me unté una cremosa base de color tostado por toda la cara. Coloreé mis mofletes de un tono rosa claro que esparcí con una brocha gruesa. Delineé el contorno de mis ojos con un lápiz de color negro,

por abajo y por arriba. Con el rímel, repasé mis pestañas intentando que se rizaran hacia arriba. Por último, un pintalabios rojo pasión cubrió mis labios.

Cuando terminé mi obra de arte, me miré en el espejo observándome detenidamente. Podía verme bien de cerca, así que no me puse las gafas.

Mi boca se abrió con desagrado al ver el resultado final. Ese movimiento facial me hizo notar como si una mancha seca de tomate frito me cubriese toda la cara. Por otro lado, las líneas negras que perfilaban mis párpados no estaban sincronizadas y eran demasiado gruesas. El colorete de mis mejillas eran un círculo sin gracia y uno era más grande que el otro. Desde luego, la pasión del color del pintalabios dejaba mucho que desear, sobre todo, porque no supe perfilar bien las juntas de los costados de mis labios.

¿Cómo conseguían parecer muñecas de porcelana con todo ese arsenal?

Frustrada, me seguí mirando en el espejo. Con papel higiénico intenté reducir el maquillaje. A lo mejor se trataba de eso, de difuminarlo. Pero solo conseguí esparcir la línea negra de mis ojos hasta mis cejas. La pastosidad de la base cremosa se borró por pequeñas zonas desiguales. El color de mi cuello descubría la diferencia de tonos contra mi rostro y una línea irregular delimitaba mi barbilla hasta los lóbulos de mis orejas. Y mis labios se hincharon más después de frotar con el papel.

—Mierda —me dije soltando unas lágrimas por la rabia.

“Ni siquiera el maquillaje es algo que pueda tener en común con las demás chicas...”, pensé desilusionada.

Entonces, el rímel se corrió por las ojeras bajo mis ojos. Terminé pareciendo una muñeca maléfica. Y no era Halloween.

El jersey negro de Metallica que llevaba puesto aquel día con la estampa de una calavera no ayudaba a la imagen. Me lavé con agua y jabón pero había restos de pintura que seguían marcando mi cara.

Entonces, me di una buena ducha caliente que me calmó y me ayudó a quitar el resto de porquería de mi nefasto experimento.

Recordar eso en la oscuridad de mi habitación mientras intentaba conciliar el sueño, me mortificó aún más.

Tenía que asumir que, tanto Tom como yo, no seríamos unos adolescentes como cualquier otro. Siempre viviríamos entre las sombras de los demás. Éramos unos parias.

La desesperanza me inundó.

Pero no podía permitir que eso me derrumbara. Tenía que ser fuerte. Solo

quedaban unos meses para ir a San Francisco.

Allí todo cambiaría y sería feliz, por fin, con Tom a mi lado.

Capítulo 16

El sábado me desperté pasadas las doce del mediodía. Me sentía animada y salí de la cama en busca de mi imprescindible café. Después, holgazaneé por la casa hasta las seis que fue cuando llegó mi madre y nos preparamos para ir a la barbacoa. Ese día, volvería a salir con Lucy después de la cena en casa de los padres de Tom.

Mike y Luke volvían a estar de guardia.

Después de cenar con toda la nueva tropa, Lucy besó a su marido y le dio instrucciones para que no la despertaran en toda la mañana del día siguiente.

Igual que pasó el sábado pasado, el local del Bar de Bobbie se encontraba tranquilo cuando llegamos. Al rato, empezó a llegar la gente de los alrededores y nosotras nos animamos con el ambiente.

Unas cervezas más tarde, Lucy levantó la mano y saludó entre el gentío. Alguien se nos acercó.

—Hola, Peter —saludó Lucy con una sonrisa—. ¿Cómo va todo por el rancho? Hace días que no pasas por la tienda.

—¿Qué tal, Lucy? —le devolvió el saludo este—. Estoy domando una yegua recién comprada. Es muy terca y me tiene absorbido todo el tiempo.

Peter era un hombre atractivo de pelo castaño, bien proporcionado y se notaba que venía de alta cuna. Exhibía con naturalidad la buena educación que había recibido y debía tener nuestra edad. Sin embargo, no lo recordaba de por aquí.

—Peter Gallagher te presento a Abby Sheppard —dijo Lucy señalándome con la mano.

Peter se giró con una gran sonrisa en su cara.

—Vaya —dijo como fascinado—, así que tú eres la *leyenda* de la que todo el mundo habla. Es un placer conocerte, Abby.

La palabra “leyenda” me dejó con la boca abierta y no le devolví el saludo. Solo me lo quedé mirando.

—Peter ha comprado el Rancho Campbelton —explicó Lucy echándome

un cable por mi falta de educación—. Ha empezado con la cría de caballos a la par que mantiene el vacuno que tenían los Sres. Baker.

—Qué interesante —dije por fin, sonriendo educada y prestando fingido interés—. ¿De qué raza son?

—Estoy empezando con *Quarter* y dentro de poco adquiriré *Paint*.

Esbocé una sonrisa.

Aunque a mí no me interesaban mucho los caballos, a Peter le pareció que sí.

—¿Por qué no vienes un día al rancho? —me preguntó—. Así podemos dar un paseo montando a caballo.

—Abby prefiere montar en moto. —Con una voz grave y severa, Ryan acabada de decir con exactitud lo que yo estaba pensando.

Sonreí divertida mientras los tres nos giramos en su dirección.

Entonces, Lucy se acomodó atenta. Yo me apoyé de espaldas contra la barra apoyando mis codos sobre la barra. Ryan miraba a Peter atravesándolo con sus ojos como si fueran puñales. Y Peter sonreía con su porte tranquilo y buena conducta.

—Además —dijo Ryan escupiendo la palabra al ver que el otro seguía acompañándonos y con poca intención de irse—, hoy es su noche de chicas —remarcó.

—Y acaba de llegar la que faltaba —solté riéndome—. ¿Por qué no llevas vestido hoy? —pregunté a Ryan burlona.

—Porque no tenía zapatos para conjuntarlo —respondió seco él sin dejar de mirar a Peter.

—Pues podrías haberlo consultado con nosotras. El otro día, Lucy me dejó unas sandalias que combinan con todo y eran muy cómodas porque no tenían mucho tacón —dije como si fuera normal en mí ese tipo de conversación femenina.

—Prefiero los zapatos altos y con tacones de aguja —dijo con la misma mirada amenazante hacia Peter—. Me gustan muy afilados.

—Oh, *querida* —intenté imitar la voz repelente de Chelsea—, en su armario tiene unos de esos que también te pueden venir bien. Además, tienen plataforma.

—Será mejor que os deje con vuestras cosas, *chicas* —dijo Peter ante el panorama, sonriendo estoico y sin perder la educación.

—Es una pena —dijo Ryan cortante y sin lamentarlo—, te vas a perder todo lo del maquillaje.

Sin perder su buena sonrisa, Peter se giró hacia Lucy.

—Ya nos veremos, Lucy —se despidió—. Ha sido un placer conocerte, Abby —me dijo antes de darse la vuelta y perderse entre el gentío.

Ryan no le quitó ojo en ningún momento.

—¿Quieres que te preste mi pintalabios, corazón? —dijo Lucy consiguiendo atraer la atención de Ryan que seguía tenso mirando alrededor—. Es rojo pasión.

—No, gracias —dijo este cambiando su furia por una sonrisa—. Prefiero darle brillo a mis labios con una cerveza. —Entonces, se lamió la comisura de la boca—. Estoy *seca*.

Los tres nos reímos a la vez.

Una señal con la cabeza a Bobbie logró su objetivo de inmediato.

—Bueno, chicas —dijo Ryan una vez le dio el primer trago a su cerveza—, creo que ha llegado la hora de volver al lado masculino.

Nos guiñó un ojo, se dio la vuelta y también se perdió entre la multitud.

—Pobre Peter —dijo Lucy riendo—. Ryan no lo ha matado de milagro.

—¿Por qué debería matarlo? —pregunté yo ausente mirando a mi alrededor.

Ryan había desaparecido y, no sabía el porqué, yo seguía buscándolo absorta entre la multitud.

—Él mataría a cualquiera que se acercara a ti. Lo ha hecho siempre —contestó Lucy risueña.

Me di la vuelta hacia ella de inmediato.

—¿Qué? —pregunté mirándola confusa.

Lucy me miró con una sonrisa.

—Oh, Abby —suspiró—. Ese chico ha sido tu guardaespaldas en un montón de ocasiones.

La miré como si se hubiera vuelto loca.

—Lucy —sonreí—, en un montón de ocasiones, Ryan y yo no hacíamos más que pelearnos.

—Quizá tú lo veías así pero no es eso lo que dicen por ahí.

Así que Lucy también escuchaba lo que todo el mundo hablaba. No era algo que me sorprendiera porque ella formaba parte de Crossboots y la tienda era un buen sitio para los cotilleos. Pero no estaba segura todavía de si quería saber los detalles. Así que fui directa a lo que me concernía a ella.

—Lucy —dije poniéndome seria—. ¿Por qué no jugaste nunca conmigo? Si no fue por la Barbie, no puedo pensar otra razón en la que Luke y Ryan no

estén implicados.

Lucy me miró algo avergonzada.

—Al principio, fue porque todo el mundo rechazaba a Tom desde que éramos pequeños. Tú te hiciste amiga suya y el trato de la gente fue como un efecto dominó. Todo el mundo lo hacía y siento mucho tener que reconocer que yo no fui menos. —Alzó las manos en un gesto como de impotencia—. Ni siquiera me daba cuenta de lo que pasaba y, con los años, el rechazo se convirtió en costumbre. Todos buscábamos un lugar entre nosotros, ya sabes... —puso los ojos en blanco— para no sentirnos excluidos y todo eso. Y tampoco nadie hacía nada para cambiar las cosas...

—Sí —la corté resoplando—, me conozco el cuento...

—...excepto uno —terminó.

—¿Uno? —pregunté sin comprender.

—Ryan.

—¿Ryan?

—No fue hasta el último curso del instituto que la gente empezó a hablar sobre eso.

“Oh. Oh. Ahí va...”, pensé.

—Durante los primeros años, muchos comenzaron a fijarse en vosotros. Se daban cuenta de lo bien que os llevabais Tom y tú. Parecíais una sola persona y hacíais cosas diferentes que los demás no hacíamos. Se escuchaban bastantes comentarios sobre vosotros. Algunos eran de admiración pero, luego, había otros más desagradables. Y, bueno... —dijo como si no supiera explicarse—, todo eso no hacía más que confundir a la gente. Aunque, visto con el paso del tiempo, uno se termina dando cuenta de que todo era lo mismo. Os envidiaban. Y Ryan —dijo mirándome fijamente como asegurándose de que le estaba prestando atención—, a su manera, te protegía.

—¿Me protegía? —me sorprendí.

—Nadie sospechó nada hasta que algunos chicos empezaron a fijarse en ti. Y, cuando alguno hacía algún comentario a propósito, parece ser que Ryan conseguía pararles los pies. No sé cómo lo hacía porque los que quisieron acercarse a ti no abrieron nunca la boca. Y el resto no nos dimos cuenta de ello hasta que, un día, Ryan se peleó con Mark Tyler en la hoguera. Entonces, fue cuando todo eso empezó a rumorearse. Sobre todo, porque tu nombre circuló como la pólvora cuando el flamante coche de Mark Tyler sufrió... algunos desperfectos esa misma noche. Ese incidente está en boca de todos hasta el día de hoy. —Levantó las manos teatralmente como si estuviera

enmarcando algo grande—. ¡Fue... épico! —exclamó con energía.

Lucy empezó a reírse de lo lindo y no pude evitar reírme con ella a pesar de estar anonadada por todo lo que me había contado.

—En esos tiempos —dijo Lucy cuando estuvimos algo más sosegadas—, yo solo iba detrás de Jake, los ensayos con las animadoras, los partidos de básquet, los estudios, el baile de graduación, la universidad... Eso era todo lo que acaparaba mi atención. Pero, muchas veces, me hubiese gustado hacer algo tan estoico como eso. Bueno... —se rio nerviosa—, quizá no habría sido capaz de hacer algo así pero, tal vez, sí haber participado.

—No quieras saber la cantidad de cosas que dejé de hacer porque, más de una vez, Tom me paró los pies —dije riéndome.

—Habría sido divertido que no te los hubiera parado —dijo chocando su cerveza con la mía en un brindis haciendo que nos riéramos las dos.

Cuando fui a darle el trago a mi cerveza, vi a Ryan a lo lejos. Estaba de pie mirándome con sus ojos verdes brillantes y una sonrisa en su cara con esa expresión que nunca sabía definir.

Abby-17 años-Octubre

Halloween. Todo el mundo iba disfrazado con auténticas obras de arte terroríficas. Estaban confeccionadas con esmero para espantar o atraer según los intereses de cada uno. Los chiquillos querían caramelos, los padres organizaban cenas festivas y los adolescentes organizaban fiestas.

—¿Quieres hacer algo? —pregunté a Tom sentada delante de su ordenador en su habitación.

Acababa de escuchar el vídeo *Decadence Dance* de Extreme y, en ese momento, salió automático el vídeo del mismo grupo cantando *More Than Words* en la pantalla del portátil. El contraste musical era extremo, menuda ironía.

Tom apagó la televisión.

—¿Cómo qué? —dijo incorporándose contra el cabecero de su cama.

—Podemos ir a ver el pequeño concierto que dan en el centro del pueblo. Es un grupo desconocido que viene de Oklahoma. Quizá sean buenos.

Tom sonrió.

—Tú y tus experimentos musicales —se burló—. No tienes suficiente investigando música *rock* de los ochenta y noventa, ¿eh?

—No te metas con mis gustos auditivos —amenacé sonriendo—. Britney Spears solo tiene la cara bonita y tú eres el único que se sabe todas sus

coreografías. Cantas y bailas mejor que ella pero eso no quiere decir que valga la pena escucharlo. —Le guiñé un ojo—. Alguien tiene que tener un poco de cordura entre nosotros y, en eso, me cuelgo yo la medalla.

—Sí, claro. Hablemos sobre tu cordura... —contraatacó Tom sentándose en la cama y señalándome con el dedo—; como si Sinéad O'Connor no consiguiera deprimirte con solo mirarla. Todavía no entiendo cómo no te has tirado de un puente después de escuchar *Nothing Compares 2U* desde la primera vez que la oíste. Y, además, tienes una foto con su cara aterradora forrando tu carpeta entera del instituto.

Me reí.

—Por lo menos, canta muy bien —dije sonriendo.

—Sí, tanto que consigue hacerte sentir igual de infeliz como lo está ella.

—Está bieeeeeen —dije cortando el rollo allí. No quería reconocer que él llevaba algo de razón en lo que decía—. ¿Nos vamos?

—Sí —dijo Tom levantándose triunfante—. Vamos a ver con qué gran sorpresa acústica va a deleitar a nuestros oídos ese desconocido grupo de Oklahoma —ironizó poniendo los ojos en blanco.

Salimos de allí riéndonos hacia la calle. Disfraces, disfraces y más disfraces se veían por las calles. Cuando llegamos a la avenida principal, el concierto ya había comenzado. Reconocimos a algunas personas del lugar pero la mayoría era gente de los pueblos y ranchos colindantes.

Nosotros éramos los únicos que no íbamos disfrazados.

Tom vestía unos vaqueros azules y una camisa de franela de cuadros. Su gruesa chaqueta acolchada de color azul oscuro le abrigaba del frío otoñal.

Yo llevaba mis vaqueros ajustados negros, uno de mis jerséis de manga larga de AC/DC y mi chaqueta de cuero negra forrada por dentro con lana de borrego.

Los músicos dejaban un poco que desear pero Tom y yo nos quedamos un rato escuchándolos.

—Algo me dice que estos geniales artistas regresarán a Oklahoma y no volverán a salir de sus casas en mucho tiempo —comentó Tom cuando el cantante bajó la cabeza y su largo cabello cayó hacia adelante simulando tocar una guitarra inexistente, como si fuera el mejor guitarrista *heavy-metal* del mundo.

—Vamos —dije riéndome—. Vayamos a otra parte dando un paseo.

Nos alejamos de allí sin prisa. Después de esquivar a la poca multitud que disfrutaban del desastroso espectáculo, giramos por una calle más despejada.

Luego, atajamos por una callejuela donde estaban los patios traseros de las casas. Habíamos pasado por allí montones de veces, por lo que conocíamos el camino.

—Bonitos disfraces —dijo alguien detrás de nosotros.

Como no nos dimos por aludidos, Tom y yo seguimos caminando.

—¡Eh, vosotros! —dijo otra voz—. Mi amigo acaba de haceros un cumplido. Deberíais ser más agradecidos.

Tom y yo nos miramos primero y, después, nos dimos la vuelta extrañados. ¿Quién podía adular unos disfraces inexistentes?

Un *Freddy Krueger* y un *Frankenstein* se estaban riendo.

—¿Estáis hablando con nosotros? —pregunté seria porque a mí no me hacía ninguna gracia.

—Es evidente que sí, preciosa —dijo *Freddy Krueger*—. El *heavy-metal* le sienta muy bien a tu culo. Esos pantalones llevan un rato volviéndome loco y es un acierto que los hayas combinado con esas gafas de *nerd*. Te hace mucho más interesante.

Miré a Tom y él me miró a mí.

¿Ese tío intentaba ligar conmigo o me estaba insultando?

—Totalmente de acuerdo —dijo *Frankenstein*—, y tu novio ha conseguido un toque precioso con su atuendo acicalado. Parece maricón de verdad.

Tom y yo nos volvimos a mirar.

Teníamos un problema.

—Lástima que vuestros disfraces dejen mucho que desear —dije mirándolos con hastío—. Esas garras de plástico parecen cuchillos sacados de una cocina de juguete y el tornillo de tu cabeza no se ajusta bien a tu cerebro. Tal vez, deberíais hacer una reclamación en la tienda. Os han estafado.

Tom y yo nos dimos la vuelta y seguimos andando pero con paso más ligero.

—¡Eh, eh, eh! ¿A dónde vais? —dijo *Freddy Krueger* interrumpiendo nuestra huida.

Por detrás, *Frankenstein* nos escoltaba pero no para protegernos.

—¿A ti qué te importa? —contesté ya cabreada.

Frankenstein agarró a Tom de los brazos colocándoselos a la espalda mientras *Freddy Krueger* me sujetó un brazo tirándome hacia él.

—Tú, preciosa, te vienes conmigo —ordenó este.

—Ni lo sueñes —le grité dándole un puñetazo en el antebrazo con el que

su mano sujetaba mi brazo.

Su agarre era torpe por culpa de las falsas cuchillas que llevaba sujetas en la muñeca. Además, Mike me había enseñado algunas formas de autodefensa y algunos puntos del cuerpo humano con zonas débiles, así que me soltó de inmediato. Miré a Tom que estaba luchando por desembarazarse de *Frankenstein* sin éxito. Entonces, noté cómo *Freddy Krueger* me volvía a agarrar por el otro brazo.

—Te voy a dar tu merecido, puta —me amenazó.

Mi puño salió disparado contra su nariz que sangró abundante y mi pierna le dio un rodillazo en todo el centro de sus partes íntimas. Cuando vi que se doblaba hacia delante por el dolor, le di un fuerte pisotón con el talón de mi bota sobre la parte superior de su pie izquierdo. Entonces, me giré para ayudar a Tom.

Sin embargo, no hizo falta.

Jigsaw estaba golpeando a *Frankenstein*.

Y, en ese momento, acababa de darle un puñetazo en la sien que lo tumbó al suelo. Luego, se giró y vino corriendo hacia mí.

Con los nervios, pensé que iba a golpearme a mí también y me preparé para la pelea.

Pero pasó de largo.

Cuando me giré para ver a dónde iba, *Jigsaw* ya estaba encima de *Freddy Krueger* dándole puñetazos como un loco contra su cara, su pecho y su estómago.

Tom se acercó a mi lado viendo el mismo espectáculo que yo.

Poco después, *Jigsaw* se levantó, miró hacia atrás estudiando el panorama. Fijó su mirada hacia nosotros y volvió a mirar a *Freddy Krueger* desmayado en el suelo.

Tom acababa de pronunciar “Gracias” con un hilo de voz casi inaudible cuando *Jigsaw* ya estaba en la esquina de la calle desapareciendo sin más.

Tom y yo no perdimos el tiempo y nos largamos de allí. Regresamos tan deprisa como nuestras piernas nos lo permitieron. Entramos en mi casa y nos fuimos a mi habitación. Nos acostamos en mi cama y nos abrazamos.

A ninguno de los dos se nos ocurrió comentar nada de lo que había sucedido. Simplemente, nos mantuvimos callados hasta que nos quedamos dormidos.

Capítulo 17

Lucy y yo nos fuimos del Bar de Bobbie una hora después.

La acompañé a su casa. Ella no había bebido tanto como la otra vez e hicimos el camino alegres y chistosas.

Un minuto después de dejar a Lucy en su puerta, la moto de Ryan se acercó hasta llegar a mi lado.

Paré mi paso y él hizo lo mismo.

—Es mi noche de chicas —le advertí medio sonriendo—, y todavía no ha terminado la noche.

Ryan subió la visera de su casco y me miró chispeante.

—Tengo un vestido que quiero enseñarte —me dijo—. Me gustaría que lo valoraras.

—¿Estás seguro de que sea yo quien te dé opinión?

Ryan se rio por lo bajo.

—Sin duda alguna.

Me reí con él.

—Está bien —acepté. Ryan sacó el casco del pequeño maletero y me lo entregó—. Pero los zapatos los eliges tú —dije subiendo a la moto.

—Hecho —aceptó acelerando calle abajo en dirección contraria a la que llevaba a mi casa.

Ryan paró frente al Taller de Joe, pulsó un mando a distancia y la nueva y moderna persiana se abrió automática. Entramos y paró el motor dejando que yo bajara primero. La persiana volvió a bajarse sola.

El taller estaba renovado por completo. Todas las herramientas que yo recordaba seguían en su sitio pero había muchas otras más modernas. El espacio de trabajo mecánico para coches y motos se encontraba frente a la persiana. La otra mitad del local, hacia el fondo, tenía una enorme mesa y, encima de ella, cuatro piezas de moto para su ensamblaje. Eran piezas únicas.

Una moto, cubierta con una funda, se encontraba solitaria al lado de la pared como si les hiciera compañía.

—¿Preparada para ver el vestido? —preguntó Ryan detrás de mí.

Mi corazón empezó a latir fuerte y no sabía por qué.

—Creo... que sí.

Ryan empezó a descubrir la funda de la moto con cuidado. Una vez quedó la moto a la vista, mis ojos se abrieron asombrados.

Era la *Harley* destartalada que Joe y yo empezamos a arreglar y que no pudimos terminarla nunca.

Ahora, era una preciosidad de la que no le faltaba ningún detalle.

Me acerqué y miré con detenimiento el depósito de gasolina.

Lucía increíble barnizada con pulcritud de un color piedra con pequeños puntos muy brillantes. Las pequeñas rocas que descansaban junto a mis libros aparecieron en mi mente de inmediato. Reconocí el color al instante pero lo más asombroso era que todo el conjunto relucía como una gran joya. Si la hubiera visto en un expositor, habría conseguido alimentar mi deseo por ella.

Abrí la boca que se me quedó seca por la sorpresa.

—¿Y bien? —preguntó Ryan sacándome de mi estupor.

Lo miré moviendo los ojos desorbitados pero no dije nada porque no me salían las palabras.

Ryan sonrió.

—Joe dejó órdenes estrictas en su testamento. Es tuya.

—¿Qué? —pregunté casi sin aliento.

—Joe quería que tú tuvieras esta *Harley*. Yo me encargué de reconstruirla. Bajé la mirada hacia la moto.

Recordé a Joe llamándome pequeña guerrera, tallando las piedras y arreglando las averías de los vehículos que llegaban al taller. También las horas que pasamos juntos desmontando todas las piezas de esa moto, marcándolas cada una con muchísimo cuidado, limpiándolas y arreglando las impurezas y golpes.

Hasta el día de su muerte.

Mis ojos se humedecieron y las lágrimas no tardaron en aparecer.

—Oh, Joe —hipé—, maldita sea... —dije acariciando la moto con suavidad—. ¿Por qué tuviste que irte?

Ryan apoyó una mano sobre mi hombro.

—Abby —dijo levantando con su otra mano mi barbilla hacia su mirada—, él quiere estar contigo a su manera. Te ha entregado su alma con esta moto, ¿de acuerdo?

Mis lágrimas no cesaron durante un buen rato mientras Ryan me sujetaba

entre sus brazos.

Cuando me tranquilicé, Ryan dejó de abrazarme y puso sus manos sobre mis hombros.

—Necesito una cerveza. ¿Quieres tú una?

Asentí con la cabeza.

—Sí, claro —contesté todavía aturdida.

Ryan sonrió asintiendo. Me cogió de la mano y salimos al patio trasero por una puerta que yo siempre había visto cerrada. A pesar de haber estado en el Taller de Joe un montón de veces, nunca había visto más allá del local donde se arreglaban los vehículos.

El patio era bastante grande porque se juntaba con el de la vivienda de Ryan. Dos grandes cristalerías de su casa dejaban al descubierto el salón.

Todo el patio estaba rodeado por setos dejando cubierta la intimidad ya que quedaba a pie de calle. Un montón de hierba y tréboles cubrían el suelo. La imagen del arroyo donde tantas veces estuve con Tom apareció por mi mente. Esa preciosa alfombra verde era un clon del césped del prado. Pisar ese jardín me hizo sentir como en casa.

Había un mecedor, una mesa, cuatro sillas y dos tumbonas. Al fondo, había una pequeña casita de madera con una pequeña ventana y una puerta.

Ryan entró y salió de inmediato con dos botellines de cerveza. Me entregó una a mí y abrió la otra dándole un buen trago. Le imité y nos quedamos mirándonos un tiempo indefinido sin decirnos nada.

—Ryan... —empecé yo cortando el silencio—, Lucy me ha dicho...

Ryan arrugó su frente ceñudo. Su rostro había dejado de estar relajado para estar alerta.

—¿Qué te ha dicho Lucy?

Ryan se apoyó en la pared de la casita.

—Eh... Bueno... —dije dudando de si era un buen momento o no para preguntas—, me ha dicho que estuviste... —me reí nerviosa—... protegiéndome.

Ryan bajó la cerveza de golpe. No llegó a darle el trago que estaba a punto de beber.

—Protegiéndote... ¿cuándo? —preguntó muy serio.

Eso me enfureció. ¿Estaba de broma? Aquello me hizo sentir airada y a la defensiva por lo que saqué a relucir mi genio.

—¿Cuándo?! —me exalté—. Tal vez, ¡¿nunca?! —le grité—. ¿Cuándo he necesitado yo que me protejan, eh? ¡Dime!

Ryan me miró furioso. Y era la misma mirada que recordaba de antaño. La que provocaba nuestras peleas infantiles y juveniles. Solo que, en ese momento, ya no éramos niños ni adolescentes. Luego, se acercó quedándose frente a mí, como lo hacía en el pasado.

—¡Maldita sea, Abby! —dijo alzando la voz—. ¡No ha habido un solo día desde que te conocí que no te haya protegido!

Unas gotas gruesas de lluvia cayeron sin previo aviso y un rayo, que tronó después, me sacó de mi estupefacción.

Escuchar esas palabras de su boca me dejaron sin aire en los pulmones.

—¿De qué me protegías, Ryan? —pregunté todavía sorprendida.

La lluvia cada vez era más abundante. Estábamos empapándonos allí de pie, uno frente al otro, sin dejar de mirarnos a los ojos.

—De todo lo que podía —dijo él al fin, abatido y sin alzar la voz.

—¿Por qué? —pregunté todavía sin entender.

Ryan cerró los ojos y respiró hondo. Luego, se dio la vuelta dándome la espalda. Puso su mano libre en la cabeza apretando fuerte la sien y revolviéndose el pelo oscuro y mojado que le caía por la frente.

Después, volvió a mirarme decidido alzando un poco las manos como insinuando algo evidente.

—Porque me enamoré de ti en el mismo momento en que me rompiste la nariz —dijo exhalando.

—Pero... —dudé mientras la lluvia me iba calando más—, pero... si tú me odiabas —dije confusa.

—¿Odiarte? —preguntó Ryan incrédulo—. Abby, yo besaba el suelo que pisabas. Y... y cuando conseguía acercarme y alcanzarte para poder olerte, desaparecías como si un tornado se llevara tu rastro.

Ryan hizo un gesto con las manos como imitando un mago haciendo magia. Entonces, tragó saliva y lamió gotas de lluvia.

Mientras, yo lo miraba con los ojos muy abiertos, muy sorprendida.

—Y nunca..., nunca, conseguí saborearte.

—¿Y cómo iba a saberlo yo? —pregunté—. Nunca me lo demostraste.

En cuanto dije eso, Ryan me miró quedándose paralizado. Las gotas caídas del cielo seguían mojando las gruesas greñas de su pelo haciendo pequeños ríos entre sus mechones.

—Es evidente que no lo he hecho como debía, Abby —dijo con una leve y perezosa sonrisa—, porque... llevo toda mi vida siguiendo tu camino en la sombra y ni siquiera lo has notado.

Sus suaves palabras me abrumaron y me descolocaron a la vez.

Pero consiguieron desarmarme. Hicieron derribar el último muro de resistencia que mi subconsciente luchaba contra él, como si un escudo sujeto fuerte en manos de un soldado medieval cayera de repente y el guerrero se quedara sin fuerza en los brazos sin poderlo recoger.

—Nunca lo sentí así, Ryan.

—Lo sé.

Una ráfaga de viento me provocó un escalofrío y mi cuerpo empezó a sacudirse.

—Estás temblando —dijo Ryan cogiéndome de la mano.

Tiró de mí hacia las cristaleras de su casa y abrió una que tenía manija para su desplazamiento. Entramos chorreando el suelo y cruzamos el salón hasta que nos metimos en el baño.

Ryan abrió el grifo de la ducha, me sentó en el retrete y me quitó las botas vaqueras.

—Estás tiritando. Necesitas agua caliente —dijo quitándose las suyas de combate y las llevaba con los cordones medio desabrochadas.

Comprobó el agua y me levantó adentrándose en su amplia ducha. Él se metió conmigo y me abrazó mientras el agua nos caía por encima de nuestras cabezas. Primero la noté templada pero, después, Ryan empezó a graduarla más caliente mientras me frotaba la espalda por encima de mi chaqueta vaquera.

Me apoyé en su pecho y cerré los ojos. Cubierto por su cazadora de cuero abierta, Ryan desprendía un olor masculino que el agua hacía resaltar su sutil aroma de higiene y la característica impregnación del taller mecánico.

Otra vez, volví a sentir paz.

Otra vez, me dejé envolver por ese maravilloso placer.

Poco después, volví a notar como mis sentidos empezaban a revolucionarse con la cercanía de su cuerpo contra el mío y se manifestaban revoltosos e inquietos produciéndome calor bajo mis entrañas.

Ryan se movió un poco acomodándose y mis pechos se encendieron con el roce de nuestras cazadoras. Mi cuerpo volvía a reaccionar contra el suyo, igual —o incluso más— que la última vez que estuve en su casa. Las sensaciones eran tan intensas que notaba la sangre correr por mis venas y un cosquilleo de excitación avivó mis emociones.

—Voy... a salir para que puedas quitarte la ropa —dijo Ryan con voz ronca—. Parece que ya estás entrando en calor.

¿Calor? Mi cuerpo estaba en llamas y habría podido encender una chimenea si alguien me hubiera soplado.

Hacía muchísimo tiempo que no sentía tanto deseo íntimo hacia un hombre como ahora. Era un sentimiento que me hacía vulnerable en ese momento pero, con su cuerpo tan próximo al mío, también era abierto y cálido a la vez. En esos momentos, me sentía puramente conectada con sus vibraciones.

Alcé la cabeza para mirarle.

Ryan bajó la suya y me observó con sus ojos absorbiéndome por completo. Pasó una mano por mi frente apartándome unos mechones sueltos de mi pelo mojado. Después, fijó la vista en mis labios y elevó una mano para pasar su dedo pulgar acariciándomelos con suavidad.

—Si vuelvo a besar esta preciosa y tentadora boca tuya —dijo tragando saliva—, necesitaré mucho valor para detenerme.

Ryan estaba pidiendo mi consentimiento.

Respiré hondo y me humedecí los labios. No sabía si le pediría de nuevo que se detuviera pero, ahora, sí estaba segura de que quería llegar hasta el final.

—Quiero esto contigo, Ryan —tragué saliva—. Y... necesito comprobar que puedo.

Ryan cerró los ojos exhalando. Cuando los volvió a abrir, fijó la vista en mis labios de nuevo. Parecía como si estuviera resolviendo un cálculo matemático con la mente. Después, dijo:

—Joder.

Luego, me empujó contra la pared de azulejos y devoró mi boca como si nunca más pudiese volver a hacerlo. Un gemido salió de mi garganta y me aferré a sus brazos apretándome contra él.

Como si eso hubiera sido una señal, Ryan ralentizó el beso como si quisiera prolongarlo hasta la eternidad. Entonces, soltó mi maltrecho moño mojado con habilidad e intentó levantar las ropas que cubrían la parte superior de mi cuerpo.

—Mierda, Abby —dijo con impotencia—. ¿Cuántos jerséis llevas? —preguntó atacando los botones de mi chaqueta.

—Debajo de esto, dos más... —respondí con la respiración agitada.

Por fin, desabrochó el último botón de mi cazadora y me la quitó. Yo le saqué la suya y él se desprendió de su camisa junto con la camiseta que tenía debajo de ella con dificultad.

Ver su pecho desnudo y mojado me quitó la respiración. Tinta de tatuaje decoraban sus bíceps pero no pude prestar la suficiente atención porque Ryan intentó de nuevo quitar mis dos jerséis a la vez. Sin embargo, eran tan ajustados y estaban tan mojados que se quedaron a mitad de camino. Así que me dediqué a desabrochar su cinturón pero no pude. Algo se trababa en algún sitio que yo no controlaba.

—¿Dónde está el maldito cierre de esto? —pregunté ansiosa por ver más.

Ryan se rio.

—Solo hay que apretar este botón —dijo mirando hacia su hebilla—. Aquí —dijo pulsándolo y volviéndome a besar—. Quítate la ropa, Abby. Necesito tocarte —me ordenó entre besos.

—Vale —accedí—. Pero no dejes de abrazarme, por favor.

No sé cómo conseguí desprenderme de mis camisetas a la vez que Ryan no dejaba de besarme, acariciarme y envolverse entre sus brazos. Después, me desabroché los pantalones e intenté bajármelos con rapidez. Eran tan ajustados y estaban tan empapados que no resbalaban por mis piernas; así que tuve que empujarlos hacia abajo con dificultad.

—Por el amor de Dios —me quejé—. Estoy segura de que esto saldría a las mil maravillas en las novelas rosa de mamá —comenté logrando quitarme los pantalones por fin. Estos arrastraron mis calcetines a la vez.

Ryan dejó de besarme y me miró insinuador.

—¿Ah, sí? Y... ¿cómo sería en esas novelas? —preguntó sonriendo.

—Para empezar —dije riendo mientras le desabrochaba el botón de su vaquero—. Él habría quitado la ropa mojada de la mujer con absoluta destreza —dije bajando la cremallera de su pantalón.

—¿Cómo... habría hecho eso? —preguntó inspirando con un gemido cuando rocé con mi mano su abultada protuberancia.

—Esos hombres... son expertos del arte carnal —contesté bajando los vaqueros junto con sus bóxers. No dejé pasar la ocasión para acariciar su estupendo trasero—. Y el chorro del agua de la ducha lo habría hecho todo más... excitante.

—Creo... —gimió Ryan desabrochándome el sujetador—, que con eso último... podré estar a la altura —dijo sacando las piernas del pantalón que ya se encontraba en el suelo bajo sus pies.

Nos miramos a los ojos inquietos y deseosos, por lo que nuestras bocas volvieron a encontrarse. Él me levantó envolviéndose su cintura con mis piernas y me volvió a apoyar contra la pared.

—Maldita sea, Abby —dijo ahuecando mi trasero con sus manos—. Todavía llevas puestas las bragas.

Dejamos de besarnos y me devolvió al suelo. Me las bajé y mis ojos se fijaron en los pies de Ryan.

—Y tú llevas puestos los calcetines —le dije con los ojos muy abiertos.

—Olvídate de los calcetines —se mosqueó.

—No puedo olvidarlo —dije cabezona—. Son blanc...

Ryan me tapó la boca con la suya.

Entonces, me olvidé del color blanco.

Y... de todo lo demás.

Abby-17 años-Diciembre

—¿Estás preparada, pequeña guerrera? —preguntó Joe.

—Siempre estoy preparada.

Noté al pequeño *Naughty* husmeando mis pies. *Blackie* ya no podía hacerlo porque hacía dos meses que la perrita nos había dejado.

Hacía unos minutos que Tom me había quitado las gafas y se las había guardado. Me llevó desde la esquina de la calle, con sus manos tapándome los ojos, hasta el Taller de Joe.

—Tenemos una sorpresa para ti —me había dicho antes de taparme la vista—. Joe quiere que entres sin mirar.

Estaba ansiosa por la intriga.

—¿Por qué no puedo mirar y listos?

—No seas impaciente, Abby —dijo Joe—. Todo en esta vida llega.

—Sí, pero ha llegado algo que no me dejáis ver y me estáis matando de curiosidad —dije con impotencia.

—¿La hacemos sufrir un poco más, Tom? —preguntó mi viejo amigo.

—Me gustaría mantener mis partes intactas hasta los dieciocho por lo menos. Así que mejor acabemos con esto.

Joe y Tom se rieron.

Yo no.

Aparté de un plumazo las manos de Tom y abrí los ojos. Una enorme funda gris borrosa tapaba un enorme coche.

El corazón empezó a latirme fuerte.

—Tom, las gafas.

Tom me las devolvió y me las puse.

Unas llaves aparecieron frente a mi vista.

—No es un *Mustang* del 79 pero te servirá —comentó Joe haciendo tintinear el llavero.

Cogió mi mano y lo depositó allí cerrándome el puño.

Estaba paralizada.

Por fin, tenía coche.

Joe había conseguido mi coche.

Después de mi aturdimiento, quitamos la cubierta gris entre los tres. Una vieja *Ford Super Duty F-250* pick-up apareció ante nuestros ojos. Tenía una abolladura en la puerta del copiloto. La pintura estaba descascarillada y quemada por el sol. La parte trasera de carga tenía algo de arena y paja. Un cristal protector de la luz delantera estaba roto y el retrovisor exterior del conductor no tenía espejo y estaba colgado sujetado solo por un cable.

—Un vaquero la ha traído esta mañana —explicó Joe—. Le llegó la voz de que yo buscaba un coche al precio que me dijiste. Era de su mujer. Hace tiempo rozó contra una gran roca en el campo y no quiso conducir más. La tenían estacionada fuera del garaje y no sabían qué hacer con ella. No querían arreglarla. Hay que poner una batería nueva pero el motor está impecable. Solo la tenemos que vestir.

—Oh, Dios mío, Joe —dije abrazándolo—. Es fantástica. —Volví a mirar el coche—. Es genial.

—Lo es —corroboró Tom subiendo a la parte de atrás con *Naughty* en sus brazos. Se tumbó boca arriba y el perrito se acurrucó bajo su brazo—. Ahora podremos mirar las estrellas desde aquí —dijo colocando las manos bajo su cabeza y fijando la vista al techo del garaje—. Es bueno mirar las cosas desde diferentes perspectivas.

—¿A qué planeta te has ido ya? —ironicé mientras los tres nos reíamos por su comentario.

—Pues manos a la obra, muchachos —apremió Joe—. Acabo de llegar de la ciudad. He comprado una pintura protectora especial que creo que te va a gustar. Por supuesto, es negra pero tiene un toque de brillo que parecerá deslumbrar fuego.

Se quitó la chaqueta de cuero y el jersey de manga larga. Su pecho quedó al descubierto mostrando el resto de tatuajes que ni Tom ni yo habíamos visto nunca. Joe siempre estaba cubierto por una camiseta oscura o por su mono de trabajo. Era la primera vez que desnudaba la parte superior de su cuerpo frente a nosotros.

Tenía tantos tatuajes que no podías distinguir a simple vista lo que eran.

No había un hueco de piel libre. Sin embargo, había uno en su corazón que me llamó la atención en especial.

Destacaba por que se notaba un toque artístico algo más moderno que todos los demás y los colores no estaban tan desgastados como los del resto de su cuerpo.

El dibujo era un tigre y un león abrazados con sus garras, como si tuvieran un vínculo familiar. Las bocas lucían abiertas con sus colmillos afilados, como si fueran a comerse el último bocado.

—Es impresionante —dije sin darme cuenta de que había hablado en voz alta.

—Sí... —dijo Joe.

Su mirada tenía un brillo melancólico.

Le miré a los ojos y me di perfecta cuenta de que no quería hablar del tatuaje.

—Lo siento —me disculpé—. No pretendía incomodarte.

—No lo has hecho, Abby —dijo cubriéndose por fin con el mono de trabajo—. No lo habrías visto si yo no hubiese querido.

Asentí silenciosa. La vida de Joe era un misterio pero nunca me atrevería a indagar sobre ella.

—Tom, vuelve al planeta Tierra y levanta el culo del espacio de carga. Tienes que limpiarlo —dijo Joe espabilando a nuestro astronauta terrenal.

Luego, me sonrió y puso sus manos en mis hombros.

—Dios sabe que te quiero como a una hija —dijo serio—. Si fueras un soldado pondría mi vida en tus manos sin dudarlo porque siempre ganas tus batallas con astucia. La gente lo sabe y hay quien desearía tenerte a su lado, solo que no saben cómo hacerlo. Otros, para el día que se den cuenta de lo que se están perdiendo contigo, querrán volver a dar marcha atrás y no podrán. No lo olvides nunca, ¿de acuerdo?

Asentí y lo abracé con fuerza.

—No importa Joe. Tom y tú ya me hacéis feliz. No necesito más, pero gracias de todas formas. Sabes que yo también te quiero.

Joe se separó de mí y cambió la expresión de su cara por una de emoción.

—Vamos, pequeña guerrera —dijo guiñándome un ojo—. Tenemos que vestir a la novia.

Cuando un vehículo era importante para Joe, siempre lo trataba como si fuera la mujer más hermosa del mundo.

Capítulo 18

Después de nuestra unión bajo el chorro de la alcachofa de la bañera, nos duchamos y nos secamos envueltos en vapor.

Muertos de hambre, fuimos a la cocina y Ryan preparó unos sándwiches. Mientras los hacía, lo observé con atención. Su cuerpo quedaba expuesto envuelto solo con una toalla en la cintura.

Tenía tres tatuajes en todo su cuerpo.

Una preciosa cruz en la parte superior de su brazo derecho estaba delineada con diminutas redondas, enrejándose las unas con las otras, dando forma a la encrucijada. Un trabajo minucioso y muy preciso. El vacío del interior solo estaba ocupado por un pequeño símbolo; justo en medio de la intersección.

El bíceps de su brazo izquierdo tenía un precioso símbolo celta con un montón de líneas entrelazadas. No se distinguía ni el inicio ni el final de ese entretejido. Aunque, en diferentes tonos, el verde era el color predominante por una sencilla razón: era un trébol de cuatro hojas. Las hojas tenían forma de corazón y una de ellas estaba coloreada con diferentes tonos rojos. Bajo el dibujo, entre las dos hojas inferiores, un pequeño tallo bajaba curvo y dos pequeños brotes cruzaban por la mitad del eje como el símbolo infinito.

Mi corazón bombeó irregular.

Había muchísimos mitos y leyendas sobre los tréboles y con diferentes orígenes. Yo había recopilado un montón de información sobre eso. Pero el más probable significado entre una cruz y un trébol era el religioso. Aunque no tenía ni idea de que Ryan fuera un fiel devoto de la fe católica.

Lo único que se me pasaba por la cabeza era que él tuviera orígenes irlandeses y todo aquello podía deberse a su devoción por *Saint Patrick*, ya que el símbolo central de su cruz parecía una S, aunque muy alargada que apenas se reconocía, y la parte superior de la letra estaba cerrada como una P, como superpuestas.

Eso también aclaraba que el césped de su patio estuviese lleno de tréboles.

Dejé de mirar esos dos tatuajes para intentar regular mi respiración y me centré en el espectacular tigre que cubría el omoplato bajo su hombro derecho. Estaba dibujado tumbado plácidamente sobre un lecho de césped y con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo y nada pudiese despertarlo de su dulce sueño. Un gran dibujo artístico que parecía casi real.

Volví a mirar el trébol instintivamente.

Mi obsesión con los tréboles venía desde hacía tanto tiempo que no recordaba desde cuándo. Había hecho un trabajo en el instituto sobre eso cuando nos dejaron escoger un tema libre en la clase de español. Cuando expuse mi larga redacción delante de los compañeros de clase, sabía que nadie me había prestado atención, a excepción de la profesora y de Tom. Nadie dominaba esa lengua igual que yo.

Y Ryan no formaba parte de los alumnos de esa clase. De eso estaba completamente segura.

—Solo se encuentra uno entre diez mil —dije pensando en voz alta.

Ryan dejó lo que estaba haciendo y se dio la vuelta.

—¿El qué?

—El trébol de cuatro hojas.

Ryan me sonrió y se me acercó.

—Pues eres muy afortunada. —Me besó—. Acabas de encontrar el tuyo.

—No seas engreído —me reí—. Tú no eres un trébol de cuatro hojas, Ryan.

Él me abrazó y me levantó sentándome en la mesa. Luego, se colocó entre mis piernas.

—¿Quién dice que no?

—Yomdnblndmn... —dije entre sus labios.

Una suave caricia, a lo largo de mi espalda hasta mi cintura, me provocó un pequeño estremecimiento. Hacía horas que me había quedado dormida entre los brazos de Ryan en su cama y las finas sábanas solo me cubrían las piernas.

Noté cómo él estaba repasando con un dedo mi pequeño dibujo tatuado en el costado de mi cadera.

En un acto reflejo, me tapé por completo con las sábanas.

Ryan me miró sorprendido.

Luego, cambió su expresión por una más atenta, estudiándome.

Como yo seguía quieta y en silencio, Ryan se tumbó boca arriba con un suspiro. Entonces, su brazo me envolvió.

—Ven aquí —ordenó acercándose hacia él—. Necesito tenerte cerca de mí. —Me abrazó más fuerte—. Solo eso...

Estuvimos sin decir palabra durante largo tiempo. Ryan no dejó de abrazarme en ningún momento, así que mi rigidez fue disminuyendo y me fui relajando al mismo tiempo.

—¿Tienes hambre? —preguntó él de repente.

—Sí —le sonreí—, pero tengo que pasar primero por el baño.

—De acuerdo. Vamos, prepararé algo de cenar mientras.

Nos dispersamos cada uno a hacia su cometido y yo entré en el servicio cerrando la puerta con el seguro.

Después de asearme, rebusqué hasta encontrar un peine y, luego, me miré en el espejo.

A pesar del recuerdo triste que Ryan había despertado en mí un rato antes, tenía que reconocer que me sentía viva otra vez. Mi rostro resplandecía y mi cuerpo se había desentumecido después de esos largos meses de inactividad diaria.

Bajé la cabeza, miré mi tatuaje y respiré hondo.

—Lo siento —dije suspirando hacia este—. Lo siento mucho. Pero es posible que Tom tuviera razón y necesite lo que aquí me están ofreciendo... por increíble que parezca...

Una triste lágrima bajó rauda por mi mejilla. Volví la vista hacia el espejo y la retiré con la mano.

No hubo otra.

Cogí un albornoz que estaba colgado detrás de la puerta y me reuní con Ryan en la cocina americana que estaba integrada en el salón.

Una ensalada estaba dispuesta en la mesa y unos filetes se estaban asando en una sartén. El olor hizo rugir mi estómago.

—Qué bien huele —salivé hambrienta.

Ryan, que solo llevaba puestos unos bóxers, se giró y me sonrió.

—Enseguida estarán listos. Siéntate. Yo me encargo de todo.

—Vaya... —me reí—, el sueño de una mujer hecho realidad.

Ryan dejó los filetes listos en la mesa y me besó.

—Tú dime los sueños que tengas que yo haré lo que sea para concedértelos.

—Ryan, ¿desde cuándo eres así de pomposo? —me burlé.

Él me levantó y se sentó en la silla montándome a horacadas contra él.

—Tratándose de ti, siempre lo he sido, Abby —dijo apretándome hacia su pecho y devorándome con su boca—. Y puedes estar segura de que haré lo que sea por ti.

—¿Lo que sea? —pregunté traviesa tomando nota mental para cuando eso me conviniera.

—Oh, Dios mío, Abby —se rio Ryan—. ¿Qué demonios se te estará pasando por la cabeza?

—Te lo diré en su debido momento —me reí también—. Ahora voy a comer. No me gustan los filetes fríos.

Me bajé de su regazo y me senté en la otra silla.

—Necesito volver a casa —comenté mientras me servía un poco de ensalada.

—Bien, te llevaré —decidió él.

—¿No funciona mi *Harley*?

Ryan arrugó la frente. Su ceño marcaba una línea severa entre sus gruesas cejas.

—Sí, tu moto va como la seda —dijo seco—. ¿Quieres ir sola? Volverás, ¿verdad? —preguntó inseguro.

—Bueno... —dije mirándolo desconcertada—, tengo mis cosas allí y quiero ver a mi madre.

—Puedes traer tus cosas aquí.

Lo miré confusa.

—¿Me estás pidiendo que me instale aquí?

—Hay espacio de sobra, ¿por qué no?

—¿No te parece que vas muy deprisa, Ryan? —le recriminé.

—¿Deprisa? —dijo irritado—. Llevo demasiado tiempo deseando estar contigo, Abby. No quiero volver a separarme de ti.

—Ryan —bufé—, no me voy a Júpiter. Voy a casa de mi madre. Todo esto es algo inesperado para mí. Solo necesito un poco de espacio.

Ryan me observó detenidamente, como estudiándome. Pero su expresión seguía siendo furiosa y no parecía que fuera a calmarse.

No tenía ni idea de lo que él estaba pensando. A veces me resultaba difícil llegar hasta él, como en ese momento. Por un lado, era tan sencillo como cualquier hombre, pero todavía había una parte de él que me faltaba por descubrir. No sabía por qué me resultaba tan complicado eso. A lo mejor era

porque todavía me afectaba la confusión entre nuestro pasado y lo que ahora estaba viviendo con él.

—¿Es que lo que ha ocurrido entre nosotros no ha significado nada para ti? —preguntó de repente dejándome atónita.

—¡Oh, por Dios Bendito! —dije furiosa—. ¿Crees que estaría ahora mismo contigo si no hubiera significado nada para mí?

—En este momento..., no sé qué pensar, Abby —dijo frustrado apoyándose contra el respaldo de la silla.

Abrí la boca por lo que acababa de decir. Entonces, solté los cubiertos con irritación y lo señalé con el dedo índice.

—No me acuesto con el primero que pasa —dije ofendida. Luego, mi boca habló sin control lanzándose con una perorata educativa—. Y, aunque lo hiciese, no te consiento que lo sugieras como algo sucio. Soy libre de hacer lo que quiera y lo suficiente adulta como para saber lo que hago bajo mi responsabilidad. Y, desde luego, tú menos que nadie puedes juzgar a las personas como...

—¡Abby!

—¡¿Qué?!

—¡Me importan una mierda los juicios morales! —exclamó con enfado—. Me refería a que siempre ha habido malos entendidos entre nosotros. Me haces dudar porque lo quiero todo contigo y necesito saber que tú sientes lo mismo.

Me quedé quieta ante sus palabras haciéndome en silencio esa misma pregunta. Después, apoyé mi cabeza entre mis manos con los codos en la mesa.

Acababa de vivir el mejor día desde hacía meses y lo había hecho junto a él. Pero no sabía si estaba preparada para que todo fuera a tal velocidad. Quería seguir disfrutando de todo lo que él me ofrecía. De eso no tenía ninguna duda.

Sin embargo, también necesitaba estar sola en algunos momentos. Si todo esto avanzaba como él quería, tenía que replantearme algunas cosas. La duda de que Crossboots no era el lugar al que pertenecía seguía en mi cabeza. E instalarme en casa de Ryan era algo que podría presionar sobre una respuesta equivocada.

Me tapé la cara con las palmas de mis manos y negué con la cabeza. ¿Qué podía hacer?

—Ryan —dije seria mirándole a los ojos—, ahora mismo, mi vida está

descontrolada por completo. No consigo dominar mis emociones y no quiero hacerte daño. Hoy he pasado uno de los mejores días desde hace mucho tiempo y ha sido junto a ti. Y, para mí, es tan sorprendente e increíble el mismo hecho de que haya ocurrido que todavía no he tenido tiempo de procesarlo. Solo te pido que me dejes respirar de vez en cuando. Creo que eso puedes entenderlo. Lo último que necesito es pelearme contigo por eso.

Ryan bajó la mirada abatido sin decir nada.

—No fuerces las cosas, Ryan —le pedí—, porque mi mundo cuelga agarrado de una cuerda floja y, en cualquier momento, se puede romper.

Él continuó sin hablar pero vi que las facciones de su cara empezaban a relajar su malestar.

—Por favor —le supliqué.

Ryan asintió silencioso con la cabeza. Luego, se levantó de la silla y se arrodilló frente a mí girando mi asiento hacia él. Me abrió las piernas y me abrazó por la cintura recostando su cabeza bajo mi pecho.

Lo envolví con mis brazos y le acaricié los largos mechones de su pelo negro.

—No quiero volver a perderte —habló tan bajito que casi no le oí—. Esta vez, no lo podría soportar.

No supe qué decirle porque ni yo misma sabía lo que podría ocurrir entre nosotros. Todavía no me había recuperado de mi reciente pérdida. Pero sí había aprendido una cosa. Nada estaba escrito. Solo el destino sabía hacia donde me llevaría. Si el fin era caer en el fondo de un pozo, ¿debería arrastrar a Ryan conmigo? Eso no sería justo, ¿cierto?

Por otro lado, él era quien tomaba sus propias decisiones. Si quería compartir su espacio conmigo, tendría sus motivos. Y solo había una manera de saber si ese espacio era bueno para los dos. Lo que había surgido entre él y yo era increíble de esperar pero me hacía sentir feliz de nuevo. Quería descubrir mis sentimientos hacia él y estar segura de que no me estaba equivocando.

Instalarme en su casa era un paso que no me daba miedo. Ya éramos mayorcitos para intentar una convivencia junta. Claro que podía salir mal.

Pero... cualquier cosa en la vida podía salir mal.

Sin embargo, sí era necesario pensarlo a solas conmigo misma sin sentirme presionada. Tal vez, él lo veía todo con más claridad que yo. Pero yo tenía demasiados frentes que me confundían.

Mientras pensaba todo aquello, me dediqué a acariciarle con las manos inquietas.

Maldita, sea... Ryan siempre conseguía volverme loca la cabeza con sus desafíos.

Y, para colmo, estaba hambrienta y los filetes se estaban enfriando.

—Vamos, Ryan —dije poco después—. Terminemos de cenar. Es una lástima tirar la comida.

Ryan se levantó, me alzó en brazos y me sentó en su regazo.

—Pues cenemos —dijo pasando las manos alrededor de mi cintura. Cogió su plato y lo puso junto al mío—. Pero no pienso soltarte hasta que sea la hora —sentenció caprichoso.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Estás loco —me reí.

—Por ti, Abby —me susurró en el oído—. Estoy loco por ti.

No respondí.

No me sentía suficiente valiente para devolverle ese gesto en voz alta. Sabía que Ryan se había metido bajo mi piel. Pero todavía no sabía hasta dónde la había traspasado.

Terminamos de cenar y nos fuimos a su habitación para vestirnos. Nuestras ropas todavía estaban en el suelo de la ducha empapadas. Entre ellas, recuperé las llaves de casa de mi madre y el móvil que, por suerte, era sumergible al agua.

Ryan me prestó un jersey de manga larga y unos vaqueros. Todo me quedaba enorme y ningún cinturón podía sujetar los pantalones.

Entonces, me miró pensativo.

—Ven —dijo cogiéndome de la mano.

—¿A dónde vamos? —dije sujetando con mi mano libre la cintura de los pantalones para que no se me cayeran.

—Al taller.

Entramos por la puerta del patio y Ryan buscó entre las herramientas. Luego, alzó el jersey que me había dejado, desabrochó el cinturón y me lo quitó. Los pantalones cayeron al suelo sobre mis pies.

—Si querías verme con tus bóxers puestos, no tenías más que decírmelo.

Los ojos de Ryan relampaguearon.

—No me tientes, Abby —advirtió—, porque soy capaz de no dejarte marchar.

—¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Quieres probar cosas nuevas ahora que

te resulta tan fácil quitarme la ropa? ¿Es que quieres usar alguna herramienta de estas? —lo provoqué señalando la pared frente a nosotros.

—Maldita sea, Abby —exclamó entre dientes—. Como no te calles de una vez, no respondo de mis actos.

Con prisa y las manos temblorosas, Ryan me rodeó el cinturón por la cadera y lo midió. Me ordenó que me sentara en una de las sillas de la mesa de trabajo y él se sentó en la otra. Puso una madera gruesa sobre la mesa, el cinturón sobre esta y con un pico fino y un martillo hizo un pequeño agujero sobre el cuero.

Entonces, volví a ponerme los vaqueros con el cinturón arreglado a mi medida. Seguían quedándome enormes pero ya no se caían.

—Genial —le sonreí.

Abby-17 años-Enero

A través de la ventana delantera de mi pick-up, Tom y yo observábamos el paisaje que había ante nosotros. Estábamos en el prado del arroyo. Lo habíamos visto montones de veces. Sin embargo, Tom tenía razón. Las perspectivas cambiaban las dimensiones.

Era viernes, penúltimo día del mes y el frío apretaba amenazante.

I Don't Want To Miss a Thing de Aerosmith nos acompañaba en ese momento. Sonaba a través de la emisora local que yo siempre tenía puesta. No sabía quién se ocupaba de pinchar las canciones pero, quien fuera, parecía que estaba sincronizado con mis gustos musicales.

—Todavía no has abierto la boca desde que salimos de clase, Abby —dijo Tom—. ¿Te ha venido el período? —bromeó golpeando mi hombro con el suyo y recordando la vez que estuve una semana sin hablarle por consecuencias de ello.

En realidad, nuestros silencios eran cómodos. Pero cuando no lo eran, los dos lo sentíamos por igual.

Le sonreí aunque se me notaba la seriedad.

—Mark Tyler me ha pedido una cita.

—¿Mark Tyler? —preguntó sorprendido.

—El mismo.

Tom miró por la ventanilla de su puerta pensativo.

—¿Ya le has respondido?

—Le he dicho que sí.

Tom volvió a quedarse pensativo.

—¿Cuándo se va a celebrar el gran acontecimiento? —interrogó volviéndose hacia mí otra vez.

—Sin contar mañana, dos sábados después.

—¿San Valentín? —exclamó anonadado.

Tom sabía que le había intentado esconder la fecha pero se dio cuenta enseguida. Además de conocerme, tenía la mente rápida.

—Sí..., San Valentín —dije bajando la cabeza.

Tom se quedó callado un tiempo.

—Bueno —dijo después—, si Mark Tyler te ha pedido una cita para San Valentín y tú le has dicho que sí —resumió—, ¿por qué estás como si te hubieran pedido que fueras a un funeral? —quiso saber.

—Porque no dejo de darle vueltas pensando que se trata de una broma —solté por fin.

—¿Te ha parecido una broma cuando te lo pedía? —preguntó serio.

—Me ha sorprendido tanto que ni he prestado atención a eso. Me lo he cruzado en el pasillo de los vestuarios. No había nadie alrededor y estaba claro que hablaba conmigo porque estábamos frente a frente. No había nadie a los lados, nadie por delante y nadie por detrás. Estábamos solos.

—¿Qué te ha dicho? —curioseó Tom.

—Pues..., me ha parado a medio camino y me ha saludado decidido. No ha dejado de mirarme a los ojos y me ha dicho: “Oye, hace días que quería hablar contigo”. Y yo, anonadada, le he respondido: “Sí, lo he notado. ¿Cuántos días has dicho?”.

Tom empezó a reír.

—Por favor, continúa —me pidió intentando calmar su risa.

—Me ha sonreído como si le hubiera hecho una broma sin importancia. Me ha acariciado el brazo con su mano cariñoso y ha continuado hablando. Entonces, me ha dicho: “Verás, hace mucho tiempo que estoy deseando pedirte una cita y...”, ha mirado al suelo como cortado y, luego, ha seguido de un tirón, “como se acerca San Valentín, he pensado que estaría bien que empezáramos a conocernos mejor ese precioso día...”. Ha vuelto a levantar los ojos y me ha mirado esperando una respuesta, esperanzado.

—Y tú le has dicho: “Sí” —dijo Tom divertido.

—La verdad... —dije dudando de si hablar o no.

—Oh. Oh —dijo Tom alzando las manos y volviendo a reír con anticipación—. Escúpelo ya, Abby. Me muero de curiosidad.

—Pues..., le he contestado: “Verás..., tengo que consultarlo con mi

agenda. No sé si ese día ya tengo una cita prevista. Y si no la tengo, entonces, tendré que pedirle permiso primero a mamá, después a Mike, también a Joe y, para finalizar y *poor supuesto*, necesito la bendición de Tom. Entonces, si todos ellos me dan su aprobación y hace un día tan precioso que reluce el sol, cuenta con ello”.

Tom se estaba descojonando sobre el asiento de mi pick-up. Se retorció apretándose la barriga del dolor abdominal que la propia risa le producía.

—Necesito... aire... —dijo Tom abriendo la puerta y bajando del coche a trompicones.

Una vez fuera, no conseguía remitir la risa e intentó respirar. Primero, le costó aspirar aire pero, por fin, se fue apaciguando.

Bajé la ventanilla de mi lado y saqué medio cuerpo sentándome sobre el escondite del cristal de la ventana.

—Debería haber dicho solo “Sí”, ¿verdad? —dije divertida viendo como mi mejor amigo intentaba tranquilizar su risa.

Tom se giró.

—No sé si atreverme a preguntarte cuál fue su reacción —dijo entre risas más leves.

—Oh, lo cierto es que me impresionó —exclamé riéndome con él.

Tom levantó los brazos al aire.

—Adelante, sorpréndeme —instigó.

—Primero, se quedó parado. Después, me sonrió. Y, luego, dijo: “Si quieres, puedo ayudarte con los trámites”.

—Y... ¿qué... le... res...pon...diste...? —preguntó Tom volviendo a carcajear sin control.

—Pues...

—No... no... espera... no... me... lo... digas... aún... —dijo intentando respirar de nuevo.

Cuando vi que se calmaba, me expliqué.

—Ahí fue cuando no respondí.

Tom dejó de reír de golpe.

—No respondiste —dijo atónito.

—No.

Me miró interrogativo esperando a que se lo aclarara.

—No me dio tiempo porque, muy rápido, me dio un beso en la mejilla, volvió a pasar la mano por mi brazo y se fue diciendo: “Cuento con ello”.

Tom me observó muy atento.

—¿Qué te preocupa, Abby? —preguntó serio poniendo los brazos en jarras—. Si se trata de una broma, tal como has dicho, no puedo imaginar por dónde puede ir la jugada y sé que te las apañarás bien. Además, ya estando alerta. Pero sigues dándole vueltas a algo.

Hice un dibujo abstracto con el dedo sobre el hielo del techo de mi coche que empezaba a congelarse por el duro frío invernal.

—No lo sé, Tom. Es todo y nada. Nathan y Chelsea son la pareja del año y, aunque sueñe con su ruptura, ya sabemos que eso nunca ocurrirá. También se supone que debo estar feliz de tener una cita. Todo el mundo ha tenido una por lo menos, excepto nosotros. Pero... ¿de qué hablaremos? ¿Me tengo que comportar de alguna manera especial? ¿Existen reglas para una cita? ¿Qué pasará si intenta besarme? ¿O si no lo intenta? ¿Quiero que Mark Tyler me dé mi primer beso? ¿Me sentiré bien a su lado? Si no es así, ¿cómo puedo esquivarle? ¿A dónde quiere llevarme? ¿Cómo debo reaccionar ante lo que sea? ¿Y si siento rechazo? ¿Valdrá la pena esa cita? Y, después de que pase todo, ¿qué viene, entonces? ¿Cambiará algo? Si cambia, ¿será para bien o para mal?...

—Para, para, para, para —dijo Tom enseñándome la palma de su mano—. Abby, contéstame una cosa.

—¿Qué?

—¿Te gusta Mark Tyler como para salir en tu primera cita?

Lo miré a través de los cristales de mis gafas.

Él ya sabía la respuesta.

Entonces, asintió moviendo la cabeza comprendiendo.

Capítulo 19

Después de que Ryan hubiese arreglado el cinturón para que no se me cayeran los pantalones, se levantó y abrió un pequeño armario que tenía un montón de llaves colgadas. Cogió un llavero y me lo entregó.

—¿Lo tienes todo?

—Sí —contesté comprobando que las llaves de mi casa y mi móvil siguieran en los bolsillos—. Lista.

Ryan asintió y preparó mi *Harley* poniéndola frente a la persiana del taller. Abrió otro armario más grande y sacó un casco.

—Este casco también es tuyo —dijo entregándomelo.

Lo observé con la boca abierta. Era de los mejores que había en el mercado.

—Tiene un intercomunicador con *bluetooth*.

Me explicó cómo funcionaba, me lo puse tal como me lo dejó y arranqué mi preciosa moto cuando me monté. El rugido me envolvió haciéndome vibrar sintiendo toda esa potencia a través de mi cuerpo.

Una sonrisa apareció en mi rostro emocionado.

—Qué maravilla —dije con un hilo de voz.

—Gracias, ha sido un placer.

La voz de Ryan me sorprendió por el altavoz del casco.

Giré la cabeza hacia atrás.

Él estaba montado en su moto y también había arrancado. No se me pasó por alto que el pequeño maletero donde guardaba el casco del acompañante que yo había usado ya no estaba anclado detrás del asiento. Había desaparecido.

—¿Tú también te vas?

—Quiero asegurarme de que mis joyas estén a salvo —dijo pulsando el mando a distancia de la puerta—. Son piezas únicas y no pienso permitir que les ocurra nada.

Ryan no pudo ver mi amplia sonrisa.

Cuando la persiana se abrió, aceleré y él me siguió.

Noté de nuevo la adrenalina activada y decidí retrasar mi regreso a casa dando un paseo por las calles de Crossboots.

—Creí que querías ver a tu madre —dijo Ryan mientras me seguía—. No la encontrarás despierta si tardas mucho.

—Mañana es su día libre —dije parando en un stop—. Tendré todo el día para estar con ella.

—¿Y por qué tienes que ir esta noche entonces? —preguntó él cruzando la calle después de mí.

—Entre otras cosas... porque tengo mis anticonceptivos allí.

Ryan frenó en seco.

—¡Mierda! ¡Joder! —maldijo seguido.

Yo también frené.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes alguna enfermedad de transmisión sexual que yo deba saber?

—No —me aseguré—, estoy limpio.

—Gracias a Dios —suspiré acelerando la moto para seguir conduciendo—. Bien, pues tú también puedes estar tranquilo —dije girando por una calle—. Yo también estoy limpia.

—Maldita sea, Abby —dijo frustrado.

—Ryan, ¿qué coño te pasa? —pregunté mosqueada acelerando la velocidad.

—Es solo que... —Ryan aumentó su velocidad hasta que colocó su moto al lado de la mía.

—¿Qué, Ryan? Me tienes intrigada. ¿Cuál es el problema?

—En realidad, no es un problema —dijo con un suspiro—. Por lo menos, ahora.

—Entonces..., sigo sin entenderte —dije metiéndome por el carril de aceleración directa hacia la carretera federal.

—Estoy cabreado conmigo mismo —dijo desacelerando un poco para entrar detrás de mí a la carretera—. Es la primera vez que no he usado protección. Y ni siquiera he pensado en ello. Esto... no me había ocurrido nunca. ¡Jamás!

—Bueno —dije aceptando su explicación—, si te sirve de consuelo, yo nunca había mantenido una conversación como esta, conduciendo una *Harley* y por el intercomunicador de un casco. ¡Jamás!

Ryan se quedó en silencio. Poco después, empezó a reírse y yo me

contagié con su risa teniendo que frenar en el arcén.

Él se detuvo cerca y bajó de su moto todavía riéndose conmigo. Paró el motor de mi *Harley* y puso el caballete exterior.

—Baja —dijo entre risas.

Obedecí sin dejar de reír con él.

Ryan me quitó el casco y, después, se sacó el suyo poniéndolos encima del asiento. Puso sus manos en mis mejillas y me besó allí mismo.

Los coches pasaban a gran velocidad sin hacer caso de los dos locos plantados allí en medio, bajo la oscura noche y con el peligro de sufrir un atropello mortal.

—Como no te vea aparecer mañana por casa, iré a buscarte a donde sea que estés, ¿entendido? —me amenazó cuando dejó de devorar mi boca—. Y tráete lo que necesites porque no pienso dejarte marchar.

Era la una de la madrugada cuando la *Harley* de Ryan y la mía paraban delante de la casa de mi madre.

Adentré mi moto en el jardín trasero y, luego, Ryan me acompañó hasta la puerta.

—Para lo que sea, me llamas, ¿de acuerdo?

Lo miré muy seria.

—No puedo llamarte.

Ryan frunció el ceño con una mirada severa.

—Joder, Abby. ¿Por qué no puedes llamarme?

—Porque no tengo tu número —le sonreí.

Ryan seguía ceñudo y me miró como si eso no fuera posible. Luego, sonrió al darse cuenta de que yo llevaba razón y movió la cabeza asintiendo varias veces.

—Mierda, Abby. Siempre me pillas desprevenido —dijo sacando su móvil—. Dime el tuyo. Te haré una perdida.

Mi teléfono sonó un momento después de que yo le dijera los números.

—Eso no quiere decir que te llame.

—Eso quiere decir que lo haré yo antes de venir a por ti —advirtió señalándome con el dedo.

Dicho esto, me besó como si su vida dependiera de ello.

—Ya te echo de menos y todavía no has cruzado la puerta —dijo en un suspiro cuando me liberó.

Le miré a los ojos.

—Déjame que compruebe si a mí me ocurre lo mismo.

Ryan bajó la cabeza con el rostro abatido.

—Está bien, Abby —aceptó a regañadientes—. Vamos. Entra antes de que haga una locura.

Entonces, me di la vuelta, entré en la casa y me metí en la habitación. Encendí la luz para cambiarme y, después de ir al baño, me acosté en la cama.

Escuché el rugido de la moto de Ryan parada ahí fuera.

Sonreí y apagué la luz.

La *Harley* avanzó suave bajando la calle sin prisa.

Entonces, con mi mano acaricié mi pequeño tatuaje y cerré los ojos. Sentimientos encontrados se agolpaban en mi mente.

Mi vida volvía a dar un giro de ciento ochenta grados.

Y lo hacía desde la casilla del punto de partida.

Si tanto me quiso Ryan en el pasado, ¿por qué me pareció todo lo contrario en ese entonces? ¿Cómo y de qué me protegía?

¿Y por qué ahora me latía el corazón con fuerza siempre que lo tenía cerca?

Respiré hondo. Demasiadas preguntas sin respuesta.

Sin embargo, había pasado un largo día entero junto a él y me hizo sentir viva de nuevo. Podría jurar que más viva de lo que estuve en San Francisco...

Ese pensamiento me provocó un estremecimiento. La sensación de traición invadió mi conciencia y me hizo sentir culpable.

Dios sabía que yo no había elegido lo que me había sucedido en San Francisco.

Y tampoco había elegido lo que me estaba ocurriendo aquí.

No regresé para que ocurriera nada de esto. Sin embargo, la reciente y fuerte atracción que sentía ahora por Ryan era incomparable a la que sentí con nadie antes...

Oh, Dios mío.

Ese golpe de realidad acababa de sacudirme por dentro. La sangre corría palpitando mis venas y mi corazón se aceleró. Mi respiración empezó a hiperventilar.

Me senté en la cama con rapidez porque sabía que volvía a tener un ataque de ansiedad. Abrí el cajón de la mesita de noche y cogí la bolsa de papel que guardaba allí para esos momentos. Me la coloqué en la boca y dejé que la respiración se calmara con los ejercicios que el médico me indicó meses atrás.

Cuando por fin todo mi cuerpo se calmó, respiré hondo y guardé la bolsa de papel. Me tapé la cara con las manos y me quedé así hasta que el cansancio me venció. Después, me tumbé notando que el sueño no tardaría en adueñarse de mí.

La potente luz del sol del mediodía me despertó. Abrí los ojos y lo primero que vi fue la ropa que Ryan me había dejado y que yo había doblado encima de la silla del escritorio. Me levanté y cogí el jersey. Me lo puse por encima del pijama y volví a acostarme en la cama. Su olor se mezclaba con el mío y eso me hizo recordar el tiempo que pasamos juntos el día anterior. Una sonrisa risueña apareció en mi rostro.

Él quería que me instalara en su casa. Hoy. La idea me atraía cada vez más aunque todo pareciera demasiado precipitado. Tal vez, una locura. Pero, precisamente, eso lo hacía más atrayente.

Aunque Ryan no era un desconocido con el que te cruzas a la vuelta de la esquina, sí era alguien a quien no conocía en realidad. Él solo me había descubierto sus sentimientos hacia mí. Algo que nunca hubiese imaginado si no hubiera regresado a Texas. Pero, si lo pensaba bien, no sabía nada de él. Y, como siempre estuvimos enfrentados, nunca me había interesado por su vida. Ni la suya ni la de los demás.

Sin embargo, los últimos acontecimientos me estaban ofreciendo la oportunidad de volver a vivir. Aunque fuera aquí, en Crossboots, el pueblo al que un día quise dejar atrás.

Y cabía la posibilidad de que este nuevo cambio fuera bueno para mí. O eso me parecía.

Aunque yo no tuviera nada que ofrecerle a Ryan.

No tenía dinero. Había descuidado mi trabajo. Y estaba metida en un bucle emocional de grandes dimensiones. Pero él eso ya lo sabía.

Lo que más me asustaba era que algo volviera a destrozarme por dentro. Pero seguir viva sin vida era como otra manera de morir.

Además, había otra cosa que también me motivaba. Estaría cerca del Taller de Joe. Motores, coches, herramientas, motos, ruedas, frenos...

Eso me hizo sonreír y me levanté en un impulso repentino.

Quizá había llegado el momento de volver a empezar. O por lo menos, de volverlo a intentar como tantas veces me había alentado Tom y aunque fuera

de la manera menos imaginable meses atrás, o... incluso años atrás.

Era la hora del almuerzo y sabía que mamá estaba en la cocina preparando la comida. Entré y la saludé.

—Hola, cariño —dijo mamá con un abrazo—. Estoy haciendo lasaña. Espero que tengas hambre.

—Pocas veces pierdo el apetito —le sonreí.

—No volviste en todo el día —comentó ella sin más.

—No. Estuve todo el día con Ryan.

—Ryan es un buen chico —dijo usando la cuchara de madera para remover la carne de la sartén.

—Me ha pedido que me instale en su casa —disparé sin miramientos. A mi madre nunca tuve que hablarle con rodeos.

—¿Cuándo lo harás? —preguntó echando el tomate frito sobre la carne.

—¿No vas a preguntarme si quiero hacerlo o si estoy segura de ello? —pregunté con sorna.

—Sabes que nunca me he metido en tu vida, cariño —dijo sonriéndome—. Si no quisieras hacerlo o si no estuvieras segura de ello, ahora me lo estarías contando.

—Eres la mejor madre del mundo —dije devolviéndole la sonrisa—. Y te quiero con locura.

—Eso lo dices porque quieres que te ayude con la maleta.

Me señaló con la cuchara y me guiñó un ojo.

Una carcajada salió de mi boca y nos echamos a reír juntas. Ella, más que nadie, sabía cómo odiaba hacer las maletas.

—Tom se va a quedar de piedra cuando se lo cuente.

Empecé a poner la mesa.

—Tom te conoce demasiado bien. Ese muchacho ha vivido un montón de sorpresas contigo. No lo subestimes, cariño.

—Tienes razón. Tom es el mejor amigo del mundo y también lo quiero con locura. Lástima que no esté aquí para que nos ayude con la mudanza —bromeé.

Mamá me dio un falso cachete en el cogote y siguió cocinando.

—Me llevaré solo lo imprescindible —dije colocando los vasos frente a los platos—. Necesito saber que tengo otro sitio a donde ir si algo sale mal.

Mi madre se giró en cuanto dije la última palabra.

—Aquí siempre tendrás tu sitio, Abby —dijo muy seria—. Aunque nos estemos muriendo de hambre.

—Oh, mamá —me quejé. Sabía por qué me lo decía pero no iba a sacar un tema tan doloroso para las dos—. Ya lo sé. Solo se trata de mí. Creo que este paso que voy a dar con Ryan me puede beneficiar. Pero sabes cómo está mi vida ahora y quiero tener esa intimidad para sentirme más segura.

—Todo saldrá bien, Abby —me aseguró—. Solo dale tiempo. Ryan también ha sufrido mucho. Sobre todo, por ti.

—¿Por mí?

—Entre otras cosas.

—¿Qué sabes tú de Ryan, mamá?

—Yo no sé nada de nadie. Ya sabes que yo no me meto en la vida de los demás —contestó haciéndome saber que no iba a decir nada más sobre él.

—Pero has dicho...

—Solo intentaba decirte que os debéis una oportunidad juntos —me cortó—. No me corresponde a mí hablar de los asuntos privados de otra persona. Sois vosotros los que debéis descubrirlos el uno al otro. ¿Entendido?

Asentí.

Así era mi madre. Siempre me había dado libertad absoluta para hacer lo que quisiera. Pero, si tenía que darme algún consejo o su opinión, no había manera de rebatirle.

Aunque la decisión final siempre era mi responsabilidad.

Mi móvil sonó en ese momento. Era Lucy preguntándome si quería hacer un café después de comer. Le contesté que la recogería a la una.

—El café lo tomaré con Lucy, mamá.

—Estaba segura de que os llevarías bien... —murmuró mientras montaba la lasaña en una bandeja para hornear.

—Y yo siempre creyendo que tú no sabías nada de nadie.

—Tú siempre has creído lo que has querido, hija —me rebatió.

—Sí... Eso parece... —dije pensativa.

Cuando el horno avisó de que la lasaña estaba en su punto, mi madre se afanó a servir nuestras raciones.

Abby-17 años-Febrero

San Valentín. Tom me estaba mirando sentado en mi cama. Solo faltaba media hora para que Mark Tyler pasara a recogerme.

Habíamos ido al centro comercial a comprar ropa para mi cita y, ahora, Tom comprobaba que todo estuviera bien.

Había sustituido mis habituales vaqueros negros ajustados por unos

leggings. Una blusa larga y entallada de color blanco cubría la parte superior de mi cuerpo en vez de alguna de mis geniales camisetas *rockeras*.

El problema eran los zapatos. Mis botas guerreras se habían convertido en unos bonitos botines negros que me cubrían solo hasta los tobillos y tenían unos cinco centímetros de tacón alto. Sí, no era nada comparado con los tacones que llevaban las otras chicas. Sin embargo, me sentía torpe con ellos.

—Vuelve a ir hacia el armario —dijo Tom—. Todavía tienes tiempo de practicar.

—Esto es absurdo, Tom —dije nerviosa—. No debería haberte hecho caso. Mark me ha pedido una cita sabiendo cómo visto. Se supone que le gusto tal y como soy, ¿no?

—Lo que es absurdo es que salgas en una cita con Mark Tyler porque es el único que te lo ha pedido —me replicó—. ¿Dónde ha estado, todo este tiempo, esa emoción previa a tu cita? Esa en la que te sumerges ansiosa. Esperando e imaginando lo maravilloso que será ese día tan esperado... —suspiró dramático y teatral— y deseando ver a tu príncipe azul delante de la puerta de tu casa y vestido impecable para impresionar a la chica de la que está loco y completamente enamorado.

Le sonreí.

Sabía que él tenía razón. Había aceptado salir con Mark Tyler porque quería vivir esa experiencia como los demás, aunque solo tuviera esa cita en toda mi vida. Aunque no fuera con el chico por el que suspiraba y soñaba todas las noches. Nathan era quien ocupaba ese puesto.

Mark no era un chico que me llamara en especial la atención pero tampoco era feo. Tenía una presencia agradable, parecía educado y mantuvo el tipo ante mi reacción en el pasillo de los vestuarios. Además, me pareció valiente que se atreviera a pedirme esa cita.

Pero había algo que me inquietaba. Empezando por el mismo hecho de que me lo hubiese pedido. Y no dejaba de pensar en el porqué. Lo había visto tontear con otras dos chicas antes. No sabía qué había pasado entre ellos pero seguían hablándose y seguían en el mismo grupo de amigos.

Y... no.

No había pasado estos quince días emocionada. Entre otras cosas, porque Mark seguía comportándose como todos los demás, ignorándome. A excepción de cuatro ocasiones furtivas en que nos habíamos cruzado. En cada una de ellas, me había insistido sobre pasar a recogerme el sábado de San Valentín y había hecho broma sobre cómo llevaba los tramites de los

permisos paternos. Había resaltado que, sobre todo, no me olvidara del de Tom y que él se encargaría de que el sol brillara incluso de noche.

Todo eso, sin que hubiera nadie cerca de nosotros.

¿Le daba vergüenza que nos vieran? Entonces, ¿por qué quería salir conmigo? Tal vez, quería empezar conociéndome a solas y, luego, ir más allá. O quizá había algo más. Tampoco me iba a engañar a mí misma pensando en aquel día como si fuera el más deseado de mi vida. Por eso, no había esa emoción de la que Tom mencionaba. La verdad era que quería descubrir qué era lo que no me convencía.

—De acuerdo —acepté resignada—, seguiré practicando.

Empecé a dominar un poco los nuevos zapatos cuando Mark Tyler llamó a la puerta.

—Bueno —dijo Tom—, ha llegado el momento de la verdad.

Salí de mi habitación seguida de Tom. Abrí la puerta y Mark Tyler había cumplido su palabra. Había venido puntual a nuestra cita y llevaba un ramo de rosas en la mano.

—Hola, Abby —sonrió—. Estás muy guapa. Esto es para ti —dijo entregándome las flores.

Tom, que estaba detrás de la puerta, salió de su escondite.

—Bonito detalle, Mark —exclamó Tom. Entonces, me miró a mí—. Abby, tienes mi bendición. Te doy permiso para salir con él. —Me dio un beso en la frente y me abrazó—. Solo ten cuidado con las espinas —me susurró en el oído muy discreto. Luego, se separó y me quitó las rosas de las manos—. Yo me encargo de ponerlas con agua. Sé que tú no lo vas a hacer.

Entonces, se dio media vuelta y desapareció adentrándose en la cocina.

Sonreí disimulando la risa que el comentario de Tom me provocó. A Tom le encantaban las flores. A mí, no.

—Ha sido duro de roer, ¿eh? —bromeó Mark para quitar hierro a lo que acababa de suceder.

Seguí sonriendo.

—Algo así. ¿Vamos?

Mark asintió y me acompañó hacia su coche, una pick-up *Ford Ranger Limited 4x4* con todos sus lujos. Me abrió la puerta del copiloto para que subiera y, luego, se sentó frente al volante poniéndolo en marcha.

El silencio reinaba entre nosotros mientras él conducía y yo miraba por la ventana.

—¿A dónde vamos? —pregunté para romper el hielo.

—Al centro comercial. Allí hay un montón de restaurantes para cenar. También he pensado que te gustaría ir al cine. —Desvió la mirada de la carretera para mirarme—. Pero podemos hacer lo que quieras.

Mis labios se curvaron mostrando una gran sonrisa.

Mi sitio preferido del centro comercial era la sala de juegos. Me gustaba competir contra la máquina de carreras de los coches de la *Fórmula 1* y a Tom le gustaba la máquina que marcaba los pasos de baile.

Pero, en esos momentos, no estaba con Tom.

Mark era el que me llevaba y esto era una cita de las que yo no controlaba. Así que iba a dejarme llevar.

—Tu plan me parece genial —dije complaciente.

Cuando llegamos, fuimos hacia la zona donde estaban casi todos los restaurantes. Había de todo tipo, tanto de comida rápida como de los más bonitos y tranquilos.

—¿Te apetece algún sitio en especial?

—¿Me estás pidiendo que elija yo? —dije insegura.

Pensaba que en una cita era el chico quien se encargaba de tenerlo todo controlado.

Mark se rio.

—Si quieres, puedo escoger yo pero me gustaría saber tus preferencias —me dijo con una sonrisa amable.

—Tacos —dije sin pensármelo dos veces.

—Pues..., a por los tacos. —Señaló el cartel luminoso del lugar donde se comían y nos dirigimos allí.

Fue una cena divertida. La salsa nos dio mucho juego para reírnos cuando nos goteaba por las manos. Mark no profundizaba en la conversación porque solo hablaba de cosas triviales. Pero tenía su gracia bromeando.

Empecé a relajarme cuando hacíamos cola para entrar en la sala del cine donde estaba a punto de empezar la película.

—¿Quieres palomitas? —me preguntó mirando el mostrador donde las vendían.

—No, gracias. Estoy llenísima. Pero tengo sed.

—¿Quieres una Coca-Cola?

—Sí, gracias. Una Coca-Cola me vendrá genial.

—¿Te parece bien entrar tú mientras voy a comprarlas? —preguntó al ver que la cola avanzaba deprisa.

—Sí, bien —sonreí—. Te espero dentro.

Vi como Mark llegaba al mostrador y hacía su pedido.

Yo entré en la sala. Me acomodé en el asiento y coloqué mi chaqueta en la silla contigua reservándola para cuando llegara Mark con las bebidas.

Una hora y tres cuartos después, mi chaqueta seguía donde yo la había dejado. Había visto una película romántica infumable en una gran pantalla y estaba sedienta por culpa de la ingesta salada de los tacos.

Además, no llevaba un solo céntimo en el bolsillo y no sabía cómo regresaría a casa.

Me levanté y fui a hacer la cola para salir con el resto de la gente.

—Oye, Ryan, ¿no es esa Abby? —Era la voz de Luke que se oía tras pocas personas que yo tenía a mis espaldas—. Ha cambiado sus ropas pero la he reconocido por las gafas.

“Oh, mierda”, maldije para mis adentros.

Decidí hacer oídos sordos y largarme de allí lo más rápido que mis tacones me lo permitieran.

Una vez me vi al aire libre, aceleré el paso en la dirección opuesta a la de la gente. Todo el mundo había llegado en coche y yo no lo tenía. Así que era absurdo seguirles hasta el aparcamiento.

Cuando casi llegué a la esquina oscura del final del edificio, me arrepentí de mi decisión.

—Eh..., Abby.

Ryan me alcanzó y me frenó el paso.

—Oye, Ryan —dije enfrentándolo furiosa—, no estoy de humor para lo que sea que quieras en estos momentos. Así que, si no te importa y me consta que no —le señalé con el dedo acusadora—, por una vez aunque sea, solo déjame en paz. Hay algo que tengo que solucionar, ¿de acuerdo?

Como era de esperar, no me hizo caso.

—¿Has venido sola? —preguntó mirando alrededor.

Luego, desvió la mirada en un punto fijo en dirección opuesta.

Miré en la misma dirección que él lo hacía.

Will Hellman, Jennifer Brighston, Elisabeth Fowler, Lucy McFinnder y Luke Nelson quedaban iluminados por las luces brillantes del centro comercial. Estaban reunidos en círculo riendo y hablando sin moverse. Seguro que estaban esperando a Ryan.

Lo miré furiosa sin responder.

Como no le contestaba, Ryan volvió la vista hacia mí.

—Abby —él me habló tranquilo—, Mark Tyler hace unas dos horas que

ha salido por la puerta de entrada. Si no me equivoco, no tienes manera de volver a casa a no ser que lo hagas andando. Y yo puedo llevarte.

La expresión de mi cara se volvió odiosa y rabiosa, tal como me sentía. No solo Mark Tyler me había humillado dejándome plantada en medio de una cita. Sino que, además, el energúmeno que estaba frente a mí lo sabía. La voz iba a correr rápido en el instituto y yo iba a encargarme de que lo hicieran por todo lo alto.

Y, encima, Ryan se estaba ofreciendo para llevarme a casa en su coche. ¿Acaso se creía que me iría con él para vete a saber qué mala intención tenía conmigo?

No sabía quién de los dos estaba flipando más en aquel momento. Si Ryan por creer que me iría con él o yo por el hecho de que me lo hubiera sugerido.

Con el dedo índice, me ajusté bien las gafas sobre mi nariz porque se habían desplazado hacia abajo en mi intento de huir de allí.

—Escúchame bien, Ryan Townsend —advertí orgullosa—. He venido sola y voy a volver sola. Aunque eso signifique una larga caminata de una hora sobre unos malditos y asquerosos tacones, ¿entendido?

Ryan bajó la mirada hacia mis zapatos. La expresión tranquila de su rostro le cambió por una compungida. No sabía si intentaba convencerme de que estaba preocupado de verdad o estaba tramando algo. Sin embargo, mi instinto me decía que, conociéndolo, era lo segundo. Y no me fiaba.

Además, ya había tenido suficiente de chicos por esa noche.

Ryan alzó otra vez la cabeza y clavó sus profundos ojos verdes claros en los míos.

—¿Estás segura? —preguntó en un ultimátum.

—Estoy segura —sentencié desafiándolo con la mirada.

Ryan volvió a su habitual estado de provocación y burla.

—Estupendo —dijo mostrando esa sonrisa pícara suya—. No sabes el peso que me quitas de encima. Ya sabes que la gente habla mucho. Menudo marrón si me ven contigo.

Dicho esto, se dio media vuelta y se reunió con los demás.

Después, yo seguí mi camino hacia la oscuridad.

Era impensable llamar a mi madre para que me recogiera. Me sentía incapaz de contarle el vergonzoso desplante que había sufrido. Una madre no debería saber que algo así le había ocurrido a su hija.

Por consiguiente, Mike tampoco me servía. Además, hacía una semana que había vuelto a irse de casa. Y siempre estaba la duda de si regresaría o

no. ¿Qué coño les pasaba a estos dos?

Decirle a Tom que cogiera las llaves de mi coche del recibidor, sería como descubrir en casa que algo no marchaba bien. Cogí el móvil y llamé.

Solo me quedaba Joe.

Capítulo 20

Después de comer con mi madre su deliciosa lasaña, le enseñé mi nueva *Harley*.

Luego, ella se ofreció a preparar algunas cosas para que pudiera llevarme a casa de Ryan mientras yo estuviese haciendo el café con Lucy.

A la una en punto, me encontraba en su tienda.

—¡Jake! —gritó a su marido cuando me vio entrar por la puerta—, me voy con Abby a hacer el café —dijo cuando este asomó la cabeza por el pasillo central.

—Está bien —convino él acercándose—, ve tranquila. Yo me encargo de la caja. —Besó a su mujer—. Ahora está todo bastante tranquilo. —Entonces, se volvió hacia mí sonriendo—. Tengo un mensaje de Jeremy para ti —dijo poniendo los brazos en jarras y apoyando su largo cuerpo sobre el mostrador.

—¿Qué mensaje? —pregunté extrañada.

—Cito textualmente: “Dile a Abby que puedo dejarle *miz balaz* de *Zpiderman* para que *loz hombrez* no la *molezten*”.

Al principio, no entendía a lo que se refería pero Lucy empezó a reírse y, entonces, recordé lo sucedido entre Ryan y Peter Gallagher el sábado.

—¿Ha vuelto a escuchar por detrás de la puerta de la cocina? —dije a la vez que los tres nos reíamos.

—Mi preciosa mujer —dijo Jake negando con la cabeza mostrándose enfadado—, no sabe mantener una conversación en su debido momento y lugar. Cree que cerrando la puerta ya está todo arreglado.

—Tenía que contártelo —se defendió Lucy—. Era imposible esperar todo el día hasta que los niños se hubieran acostado.

Jake sonrió mirando a su mujer con los ojos iluminados.

—Algún día —le dijo con advertencia—, tu hijo sustituirá su disfraz de *Spiderman* por un uniforme militar. Y, luego, tendré que aguantar tus lágrimas —la señaló con el dedo— y, entonces, será cuando te mencionaré que “Ya te lo dije” hasta hartarte.

Lucy me miró traviesa.

—Hombres... —dijo con falso despecho mientras me sonreía—. Vámonos, Abby. Estoy deseando saber qué le puedo contar esta vez en cuanto salgamos por esa puerta. —Me guiñó un ojo—. Dos preciosas mujeres tomando café pueden convertirse en algo muy peligroso... ¡también!

Lucy dijo la última palabra alzando la voz mientras me cogía del brazo y me guiaba hacia la puerta.

—¡Por Dios, espero que no! —exclamé riendo.

La hora que duró nuestro café fue tranquila y sin incidentes. Así pues, Lucy solo podía contarle a Jake la única noticia de la que le informé sobre Ryan y mi inminente traslado. Ni siquiera se sorprendió. Se mostró entusiasmada y se ofreció, como siempre, a ayudarme si la necesitaba para cualquier cosa.

La acompañé hasta la tienda y volví a casa.

Encontré a mamá tumbada en el sofá leyendo uno de sus libros.

—Te he preparado la ropa doblada encima de la cama —dijo ella cuando me vio asomar la cabeza por la puerta del salón—. Lo que quieras dejar aquí ya lo guardaré después.

—Gracias, mamá —le sonreí—. Prepararé el neceser y lo meteré en la maleta. ¿Vendrá Mike a cenar?

—No lo sé, cariño. Lleva un tiempo que está haciendo muchas guardias y suele avisarme con el tiempo justo.

—Bueno, entonces esperaré un poco a ver si puedo verle.

—Oh, no te preocupes por él, cariño —me dijo—. Suele pasar por el Taller de Joe alguna que otra vez. Es posible que lo veas más allá que aquí.

—¿De veras? —pregunté extrañada.

Mamá alzó la mirada sobre sus lentes de vista cansada para mirarme.

—Sí —contestó—, Luke y él suelen ir a tomar alguna cerveza en casa de Ryan.

—Ah... ya... —dije desconcertada—. Luke, claro...

Me giré en dirección a mi habitación.

“¿Por qué no se me ocurrió pensar en él?”, me dije irónica.

Metí todo lo que había decidido llevarme en la gran maleta que había traído de San Francisco. Todo junto ocupaba la mitad de su espacio completo. La dejé al lado de la puerta y me tumbé en la cama. Me sentía un poco cansada y quería intentar echar una cabezadita.

No tardé en quedarme dormida en un sueño que creí ligero.

Un pitido me despertó.

Tanteé con la mano la mesita de noche hasta que di con el móvil. Era un mensaje. Abrí un ojo. La luz brillante del teléfono me lo deslumbró y mi párpado se cerró de nuevo. Entonces, dejé el teléfono sobre el colchón.

El sol ya no relucía por la ventana de mi habitación. Era de noche pero no adivinaba la hora. Parpadeé para acostumbrar mis ojos a la oscuridad, volví a coger el móvil y miré quién me había mandado el mensaje.

Era Tom preguntándome cómo me encontraba. También quería saber cuándo haríamos la siguiente video-llamada. Le respondí que me pondría en contacto con él lo antes posible y que todo estaba bien.

Estaba retrasando explicarle cómo me estaban yendo las cosas en Crossboots. Lo sabía. Y Tom era la última persona que se merecía esa evasiva de mi parte. Pero no me sentía preparada para dar más explicaciones que las justas.

Quería contarle lo de Ryan. Sin embargo, no llevaba bien nuestra relación por esa vía de las telecomunicaciones. No era como tenerlo frente a mí y sentir su apoyo o disconformidad sintiendo sus vibraciones igual que él pudiese sentir las mías mientras los dos podíamos palpar lo que ocurría viéndolo y sintiéndolo presencialmente.

Darle una noticia de aquel calibre sin que él lo hubiera vivido a mi lado era como tener que justificar mis acciones. Y lo último que yo necesitaba era justificarme ante nadie porque, entonces, estaría justificándole a mi conciencia.

Y no estaba preparada para eso.

El reloj del móvil marcaba las nueve de la noche. Encendí la luz y me levanté. Me puse las botas vaqueras y recogí todas las cosas que me iba a llevar. Abrí la puerta y lo saqué todo al recibidor.

Mamá estaba en la cocina sola.

—¿No ha venido Mike todavía? —pregunté asomando la cabeza.

—No, tiene guardia otra vez. ¿Lista?

—Sí, creo que sí.

Mamá se levantó y salió conmigo. Me ayudó con la carga y me abrazó.

—Que seas muy feliz, cariño.

—Lo intentaré, te lo prometo.

—Bien. Entonces, no hagas sufrir más al pobre chico. Debe estar subiéndose por las paredes.

—Ese poder le pertenece a Jeremy, mamá —me reí—. Ese pequeño travieso es el auténtico *Zpiderman*.

—Tienes razón —se rio ella conmigo—. Además, juraría que Ryan está subido en algún vehículo ahora mismo a punto de salir a buscarte. Así que tu héroe es *Batman*.

Las dos nos reímos como niñas.

—Bueno, mamá —dije subiendo a mi pick-up—, comprobaré si me lo cruzo por el camino.

Me despedí y arranqué mi coche. Decidí conducir por Crossboots pasando por la calle principal y, diez minutos después, cogí dirección hacia el Taller de Joe. Necesitaba dar ese pequeño rodeo antes de llegar a casa de Ryan.

Paré el motor frente a la persiana del local que estaba abierta por completo y miré a la derecha por la ventana del copiloto.

Ryan estaba arrodillado sobre una sola pierna midiendo la presión de los neumáticos a un *Chevrolet Aveo Sedan*. Ladeó la cabeza y miró en mi dirección.

Su expresión sorprendida enseguida cambió por un brillo especial en sus ojos mostrándome la mejor de sus sonrisas a la vez que se reía.

Mi corazón palpité irregular. Después, se aceleró.

Ryan soltó el aparato que tenía en sus manos y avanzó deprisa hacia mi coche. Dio un salto apoyando su mano izquierda en el capó y saltó cruzando con su cuerpo de lado hasta caer junto a mi puerta. La abrió y me sacó del asiento con un cauto pero firme estirón. Me apoyó sobre la carrocería y me encarceló entre sus brazos.

—Mierda, Abby... Estaba volviéndome loco —dijo antes de besarme con desesperación.

Me alzó las piernas rodeándose con ellas y me sujetó por el trasero. Cerró la puerta del coche con un pie y me adentró a su casa directo hacia la habitación.

Una hora y media después, tuve que recordarle que mis cosas seguían en mi pick-up.

De mala gana, se levantó de la cama y se encargó de todo.

Mientras, me metí en la ducha y Ryan entró antes de que yo saliera de ella. Así que el baño se alargó.

—Voy a preparar algo para comer —dijo Ryan cuando todavía estábamos en el baño y vio que yo sacaba el secador de pelo.

Unos minutos más tarde, me puse el albornoz y me dirigí a la cocina.

Ryan tenía la cabeza metida en la nevera con su toalla envuelta sobre su cintura.

Me acerqué muy sigilosa y me coloqué detrás de él.

—¿Qué buscas? —grité.

El golpe que se dio en la cabeza hizo tintinear las botellas de vidrio que había dentro del refrigerador.

—Maldita sea —se quejó poniendo una mano sobre su negro cabello y dándose la vuelta cerrando la puerta del electrodoméstico con el pie.

Cuando vio que me estaba riendo traviesa, me atrapó inadvertida entre sus brazos y empezó a hacerme cosquillas.

—Ahora verás cómo me voy a reír yo —me amenazó.

Como no dejé de patear y suplicar que se detuviera, Ryan me llevó al sofá y me inmovilizó con su cuerpo. Cesó en su empeño cuando su cara quedó frente a la mía.

Me acarició la cara suavemente mirándome como si tuviera un diamante brillando ante sus ojos.

—Dios, Abby... Eres... preciosa...

Tragó saliva y acercó sus labios a mi cuello. Me besó lento y dulce hasta llegar al lóbulo de mi oreja.

La reacción de mi cuerpo fue inmediata y me dejé llevar por sus caricias.

Más tarde, nos sentamos en la mesa donde estaban dispuestos nuestros emparedados. Estábamos hambrientos y cansados.

Ryan sacó un par de cervezas que estaban muy –muy– frías.

Estaba aumentando la temperatura de la nevera cuando lo sobresalté.

Era la una de la madrugada cuando nos acostamos y nos dormimos.

Aunque la temperatura era calurosa, ya que el verano estaba a punto de asomar, un ligero frío me despertó. Me giré buscando el cuerpo de Ryan pero no estaba a mi lado.

Entonces, escuché el ruido de la puerta principal cerrarse.

Me levanté de prisa, cogí el albornoz que estaba en el suelo de la habitación y me dirigí a la puerta.

Acerqué los ojos a la mirilla.

Ryan estaba subiendo por las puertas de atrás de una oscura furgoneta tintada por completo.

No pude ver quién era el conductor. Tampoco la matrícula.

—¿Qué demonios? —solté exhalando el aire retenido cuando el vehículo misterioso se alejó.

Miré la hora del reloj de pared del salón. Eran las tres de la madrugada.

¿A dónde coño se había ido Ryan? ¿Y con quién?

Mosqueada, me dirigí a la cocina y bebí un vaso de agua.

¿De qué iba todo aquello?

Solo una cosa estaba clara. Si Ryan tardaba muchos días en decírmelo, yo lo descubriría por mi cuenta.

Decidí volver a acostarme e intentar conciliar el sueño si mis cavilaciones me lo permitían. Sin embargo, no conseguí nada más que dar vueltas sobre las sábanas hasta que escuché abrirse la puerta principal de la casa.

Me quedé muy quieta y dejé que Ryan pensara que seguía durmiendo cuando entró en la habitación. Debí haberse quitado la ropa en el baño porque enseguida noté su olor y calor corporal cuando se tumbó con mucha precaución. Paulatino, fue acercándose a mí y me cubrió la cintura con su brazo.

No sabía por qué, pero tenerle de nuevo a mi lado me tranquilizó y nos quedamos dormidos poco después.

La vejiga amenazaba con reventar. Abrí los ojos, me desperecé y miré a Ryan sumido en un sueño profundo. Nuestras piernas estaban entrelazadas así que me desenredé con sigilo para no despertarle y me fui al baño.

Cuando salí, me acerqué a las cristaleras del salón. El sol resplandecía por todo el jardín. Me abroché el cinturón del albornoz y corrí la única puerta que daba juego para desplazarse.

Descalza, pisé el césped lleno de tréboles y respiré hondo. Aquella alfombra verde natural, que me recordaba el prado del arroyo donde Tom y yo pasamos tantos ratos juntos, me hizo sonreír.

Me dejé caer con suavidad hasta quedarme tumbada boca arriba y cerré los ojos. Palpé con mis manos la hierba bajo las palmas y me dejé llevar por las sensaciones y los recuerdos de su tacto.

Un rato después, una sombra oscureció la luz del sol que me había alumbrado hasta ese momento.

Debía ser una nube que estaba tapando el sol.

Abrí un ojo.

Ryan era esa nube.

Estaba de pie mirándome como si no me hubiese visto antes.

—¿Ocurre algo?

Ryan negó con la cabeza.

—Te he echado de menos cuando me he despertado —dijo—. Pero verte aquí, así, es algo que no olvidaré jamás.

—Bueno... —dije impresionada—, iba a preguntarte si querías venir a bañarte conmigo en el río pero ahora no me atrevo a moverme. Temo perder mi sex-appeal.

Ryan se arrodilló junto a mi lado y me acarició la mejilla.

—Tú nunca perderás eso ante mis ojos, Abby. —Se inclinó y me besó la comisura de los labios—. Siempre me quitas el aliento —susurró en mi oído mientras aflojaba el nudo de mi albornoz.

Siguió dándome dulces besos por todos los rincones de mi cuello y lo abracé atrayéndolo hacia mí.

Entonces, me di cuenta de que él estaba desnudo y nuestros cuerpos volvieron a unirse bajo los rayos del sol de verano.

—Podríamos preparar algo de comer y llevárnoslo al arroyo —dije mientras Ryan me cubría de tréboles alrededor del ombligo.

Hacía poco que nuestras respiraciones se habían normalizado.

—Bien —aceptó él—. Yo me encargo de eso.

—Genial —dije levantándome—. Yo prepararé la bolsa con las toallas.

Ryan me siguió y fuimos a prepararlo todo. Metimos las cosas en la pick-up y conduje hasta el prado del arroyo.

—A la vuelta, quiero pasar por casa de mi madre —dije bajando del coche mientras Ryan se encargaba de coger las bolsas.

—¿Va todo bien? —me preguntó con el ceño fruncido.

Me quité los pantalones cortos y la camiseta que cubría mi biquini y me lancé al agua.

—Ahora, sí —grité sacando la cabeza tras mi chapuzón—. El agua está fresquísima.

Él se quitó el jersey y se lanzó junto a mí.

—¿Por qué quieres ir a casa de tu madre? —me preguntó acercándose.

—Quiero pasar a recoger mi *Harley* —dije dejándome flotar boca arriba—. Me gustaría dar un paseo con ella esta noche.

Pataleé alejándome un poco de él pero Ryan me atrapó un pie y me arrastró hacia su cuerpo.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó aprisionándome.

—A la parte más profunda... —contesté apoyando mi frente contra la suya.

—El que va a ir a lo más profundo voy a ser yo —aseguró sonriendo.

—¿Del agua? —sugerí con la respiración agitada.

—Algo así —dijo antes de besarme como si me necesitara beber.

Nos unimos meciéndonos entre la corriente del río. Cuando la cúspide me llegó, me solté de sus hombros y me dejé caer hacia atrás sobre la superficie del agua.

Ryan gimió en su propio estallido un segundo después. Entonces, colocó una mano bajo mi espalda y me atrajo a su pecho otra vez.

—No te separes de mí —me susurró.

—¿Por qué no?

—Porque no lo podría resistir.

—Claro que sí —exclamé seria.

Ryan se quedó quieto, como si le hubieran clavado un puñal por la espalda, y yo aproveché su asombro para desembarazarme de él.

—Te lo voy a demostrar —dije y salí nadando a toda velocidad como un delfín.

—¡Mierda, Abby! —Escuché gritar a Ryan.

No tardó en lanzarse a nadar detrás de mí. Le costó un poco atraparme pero lo consiguió y, entonces, empezamos una lucha hundiéndonos el uno al otro.

Cansados, volvimos a la orilla del río. Ryan me sentó entre sus piernas acomodando mi espalda entre su pecho.

El arroyo estaba precioso en aquella época del año. Después de las heladas invernales, las hierbas y los árboles convertían ese lugar en un mar de color

verde. El río fluía corriente abajo por los deshielos de las montañas y los pájaros volaban libres por el cielo. El sonido de su piar era música en mis oídos que acompañaba el aislamiento de ese gran espacio abierto.

Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que había echado mucho de menos ese lugar durante todos los años que viví en San Francisco.

Abby-17 años-Marzo

Aparqué mi todo terreno entre los árboles del bosque más cercano del descampado. Allí se quemaba la gran hoguera festiva.

Cogí la mochila que sujetaba Tom en su regazo. Bajamos y nos acercamos a los límites que todavía nos cubrían en la oscuridad. La arboleda quedaba por encima del campo descubierto que había al otro lado de la carretera sin asfaltar. Lo distinguíamos todo sin problemas.

Nuestros ojos no daban crédito.

—¿Eso es una carrera de coches? —dije atónita.

—Creo que sí —dijo Tom observando sin perder detalle—. Y allí está el coche de Luke rodeado de gente. Creo que se está especializando en el oficio de corredor de apuestas ilegales.

Un montón de coches estaban aparcados como si fuera un estacionamiento de verdad y tuviera las líneas que delimitaran cada espacio.

Justo en frente, las llamas quemaban abundantes ramas y troncos. La gente tiraba los vasos rojos que habían vaciado después de tragarse la cerveza que contenían. Otros lanzaban colillas de cigarros y, de otros, ni siquiera era capaz de identificarlo. Me ajusté las gafas con el dedo subiéndolas hacia el nacimiento de mi entrecejo.

—¿Es el *Camaro* de Ryan el que está compitiendo con el de Will? —pregunté.

—Eso parece. Es el único *Camaro* de color negro que he visto circular por los alrededores. Lo que no puedo ver son las caras de los conductores.

—Tendremos que ir con cuidado. Hay parejas besándose delante de todos. Pero es muy probable que haya otras haciendo “vete a saber qué” dentro de sus coches.

En ese momento, el coche de Ryan pasó una línea marcada con una cinta de plástico atada a dos palos de lado a lado. La sencilla arquitectura se derrumbó y los que estaban alrededor de Luke vitorearon y aplaudieron. Algunos se quedaron fastidiados pero eran los que menos.

—Vamos, aprovechemos que todos están agrupados.

Nos acercamos a los coches estacionados y nos dirigimos hacia nuestro objetivo. Nos aseguramos bien de que no hubiera nadie dentro de alguno de los autos cercanos y me quité la mochila de la espalda.

Cuando terminé, Tom ya había guardado todo en la enorme mochila y nos fuimos pitando hacia nuestro campo de visión del bosque.

Luke estaba repartiendo papelitos, bueno, o eso parecía.

Ryan seguía rodeado de algunos borrachos. Algunas chicas lo manoseaban pero él solo prestaba atención a lo que Will le decía. A pesar de haberle ganado, ninguno de los dos parecía enfrentado.

—No reconozco a muchos de ellos. Deben ser de los pueblos vecinos — comenté.

Uno de los borrachos se agarró del brazo de Ryan. Este se giró para mirarle e intercambiaron unas palabras. Ryan primero se reía y le palmeaba la espalda al chico ebrio.

Pero, de repente, se separó de él y apartó a todo el que se encontraba en su camino. Salió con paso acelerado hasta que llegó a donde se encontraba Mark Tyler.

Tom y yo nos miramos sorprendidos.

—¿Nos habrán visto? —pregunté con un pie preparado para la huida.

Tom hizo lo mismo y nos dimos la vuelta con la intención de largarnos de allí lo antes posible.

Entonces, un alboroto nos paralizó y volvimos a mirar hacia la hoguera.

Luke volvía a estar rodeado de gente con papelitos en las manos. El resto de las personas rodeaba a dos chicos peleándose a puñetazo limpio. Eran Mark y Ryan.

—¿También apuestan con peleas? —pregunté asombrada.

—Y parece que Ryan está metido en todas las competiciones deportivas.

La pelea se desataba mano a mano y parecían estar igualados. Pero al final, Ryan le dio un golpe furioso en el estómago de Mark, tan fuerte, que lo dobló por la mitad. Mark Tyler se cayó redondo al suelo lamentándose por el dolor.

Muchos volvieron a vitorear mientras otros observaban y comentaban la jugada.

Ryan se quedó con las manos apoyadas en sus rodillas flexionadas y el cuerpo hacia delante. Respiraba bocanadas muy fuertes.

Cuando Mark se vio con fuerzas para levantarse, se fue arrastrando los pies hacia su *Ford Ranger*. Pero estaba tan abatido que no se dio cuenta del

ramo de rosas seco que estaba sujeto con bridas en las barras de la parte de atrás de la luna posterior de su coche. Subió arrastrándose, arrancó el motor y aceleró con furia. Luego, avanzó por el campo lleno de barro seco y socavones.

Antes de que se alejara del bullicio festivo, la rueda delantera del lado del copiloto se salió de su eje y rodó hacia la gente.

El golpe del guardabarros silenció a la multitud y todos se giraron hacia la dirección del ruido.

Un estallido de risas resonaron hacia el espacio abierto. Todos estaban leyendo las letras en brillantina, de color rosa chicle, escritas con espray en el lateral del copiloto.

Las palabras decían: “SOY UN CERDO”.

Frustrado y sin saber lo que pasaba, Mark Tyler bajó del coche y miró lo que ocurría.

Alguien le acercó la rueda e intercambiaron unas palabras. Entre los dos, la pusieron en la parte de atrás de la gran pick-up. Luego, Mark apagó el motor y cerró el coche.

Entonces, fue cuando vio las flores casi deshojadas pero con las espinas de los tallos intactas. Intentó arrancarlo. Sin embargo, desistió al notar los pinchazos en las palmas de su mano.

Después, se reunió con el chico que le había ayudado, subieron a otro coche y se fueron.

Antes de irnos, miré hacia donde estaba el resto de gente.

Unos ojos verdes claros se cruzaron con los míos. Ryan fue el único que nos había localizado. Los demás estaban distraídos comentando y riéndose por lo sucedido.

Ryan apretaba la mandíbula con fuerza y respiraba bocanadas fuertes por la nariz sin apartar la vista de mí.

Nunca supe definir la expresión de su rostro.

Capítulo 21

—¡Quieto! —grité—. ¡No te muevas!

Estaba mirando el estupendo cuerpo de Ryan desde detrás. Él se estaba dirigiendo hacia mi pick-up y se paró en seco a mitad de camino. Tenía la manta enrollada en una mano y la bolsa nevera en la otra.

Acabábamos de comer los emparedados y la ensalada que él había preparado por la mañana antes de que viniéramos al arroyo a bañarnos. Lo teníamos todo recogido y decidimos que era una buena hora para acercarnos a casa de mi madre para recoger mi *Harley*.

Estaba deseando volver a conducirla esa misma noche.

Tiré al césped la bolsa donde yo había guardado las toallas y me acerqué a Ryan por la espalda en un solo paso.

—Ni se te ocurra mover un solo músculo —susurré por detrás de su oreja.

—Maldita sea, Abby —dijo sujetando con más fuerza los objetos que colgaban de sus manos—. ¿Tiene este juego un doble sentido? Porque estoy por cogerte ahora mismo y no sé hasta cuándo seré capaz de volverte a soltar.

—Tranquilo, hombretón —le dije divertida pasando mi mano por su cuello. Luego, por su espalda. Después, por su cintura. Y, al final, le acaricié su prieto trasero—. Hoy es mi día de suerte.

Le di un sonoro cachete en el culo y me agaché rápida para mirar entre el hueco de sus pies.

—¿Se puede saber de qué demonios va todo esto? —preguntó inquieto.

—Hay algo de mucho valor entre tus piernas, *querido*.

—No te quepa la menor duda, preciosa —se jactó—. Y está a tu libre disposición.

—Primero tendré que cortarlo con cuidado y después lo pondré a secar.

—Mierda, Abby, empezaba a gustarme este juego... —dijo decepcionado.

—¡Lo tengo! —exclamé triunfante.

—¡Demonios! —dijo Ryan girándose en redondo—. ¿Qué cojones es lo que tienes?

—¡Corre, Ryan! Abre el coche. Hay un libro en la guantera. Cógelo, por favor. Los tréboles se rizan en un minuto y, luego, no hay quien los pueda poner bien —le ordené.

Al ver sorprendido el trébol de cuatro hojas entre las puntas de mis dedos, soltó la manta y la bolsa nevera y salió disparado hacia el coche.

Le seguí de cerca para no perder tiempo y puse el trébol con cuidado entre las hojas del libro que Ryan había localizado de inmediato.

—Lo has encontrado —dijo él con los ojos brillantes y una sonrisa en su rostro.

—Sí —le sonreí llena de alegría abrazando el libro sobre mi pecho—. Lo encontré. Y gracias a ti.

Ryan me abrazó y me besó la frente.

—Yo no he hecho nada. Eres tú quien lo vio.

—Porque tú ibas en su camino y mis ojos te seguían.

—Estos increíbles y maravillosos ojos tuyos quiero que me sigan siempre.

—Ryan..., estoy empezando a sospechar que le robas a mi madre sus novelas rosa.

—Abby..., no necesito robarlas —dijo con una sonrisa de suficiencia—. Yo las compro —afirmó alzando las cejas.

Abrí la boca atónita.

Ryan se carcajeó.

—Mentiroso —me reí.

—Anda, vámonos —dijo ayudándome a subir al coche—. Yo conduciré.

Ryan se encargó de recoger las cosas que habíamos dejado esparcidas por la hierba. Las cargó en la pick-up y yo guardé el libro dentro de la bolsa de las toallas.

Acababa de encontrar lo que tantas veces busqué con la esperanza de que todo cambiara.

Y todo estaba cambiando...

—*Kane y Abel* —dijo Ryan mientras conducía.

—Eh... sí.

—Jeffrey Archer.

—Eh... sí.

—¿Cuánto tiempo lleva ese libro en la guantera del coche?

—Eh... No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Eh... No. Ya estaba ahí cuando adquirí el coche. Debía ser de la antigua

propietaria.

Él asintió con la cabeza.

—¿Te lo has leído?

—Eh... sí.

Ryan se quedó en silencio. A lo lejos, veíamos el coche patrulla de Mike aparcado delante de la casa de mi madre.

—¿Mike está aquí? —dije extrañada—. Se supone que su día de descanso es mañana...

Ryan aparcó momentos después, bajó del coche sin decir nada y me abrió la puerta para que bajara.

—Entremos a saludar —dijo cruzando la entrada principal.

Encontramos a Mike y a mi madre en la cocina almorzando.

—¿No trabajáis hoy? —pregunté.

—A Mike le han dado una pequeña tregua y no había muchos clientes en la hamburguesería hoy. Así que ha pasado a recogerme —dijo mi madre alegre—. ¿Tenéis hambre?

—No, gracias, Bonnie. Acabamos de comer —contestó Ryan.

—Hemos venido porque quiero llevarme la *Harley*. Esta noche quiero conducir.

—¿Esta noche? —preguntó Mike mirando primero a Ryan y, después, a mí.

—Sí, esta noche —contesté—. Durante el día hace demasiado calor.

—¿Sobre qué hora? —interrogó Mike metiéndose una cucharada de sopa de tomate en la boca.

—Mike, ¿desde cuándo tengo que dar parte de lo que hago? —pregunté sorprendida.

Mike tosió cuando se atragantó al tragar.

—Lo... lo siento, Abby —se disculpó recuperándose—. No pretendía eso —me sonrió—. Son gajes del oficio. Esa pregunta la repito uuuna y otra vez... Ni me he dado cuenta cuando lo he dicho.

Miré a mi madre.

—Ten cuidado, mamá. Los años agravan los defectos. Avísame si la cosa se pone seria —bromeé.

—Creo que podré con él, hija —me sonrió—. Fue él mismo quien me enseñó a quitarme los muertos de encima —dijo con una mirada cómplice a Mike.

—Por cierto... —interrumpió Ryan colocando su brazo alrededor de mis

hombros—. Abby, ¿no les vas a contar lo que has encontrado hoy?

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—. ¡Se me había olvidado por completo! Mike, mamá —dije mirándoles entusiasmada—, ¡lo hemos encontrado!

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó Mike mirando primero a Ryan y, después, a mí.

—¿Qué habéis encontrado, cariño? —dijo mi madre sin comprender.

—¡Un trébol de cuatro hojas!

—¿De verdad? —preguntó Mike incrédulo—. Y... ¿dónde lo tenéis?

—Con *Kane y Abel* —contestó Ryan.

—¿Quiénes son Kane y Abel? —preguntó mi madre.

—¿Habéis puesto el trébol entre la biblia? —preguntó Mike.

—¿Tenéis una biblia? —dijo mamá con la boca abierta.

—Podría decirse que sí —contestó Ryan mirándome con una gran sonrisa.

—Sí —dije devolviéndole la sonrisa—, tenemos una increíble biblia.

—Y deberíamos irnos y poner nuestra biblia en la caja fuerte —dijo Ryan que seguía mirándome.

—¿Tienes una caja fuerte? —pregunté a la vez que me sonrojaba.

—Ten cuidado, Abby. Ryan podría meterte dentro a ti también —bromeó Mike.

—No me des ideas, Mike —se rio Ryan—. Abby, será mejor que nos marchemos antes de que sus defectos sean contagiosos.

—¿Vendréis a la barbacoa del sábado? —preguntó mi madre.

—Dalo por hecho, Bonnie —contestó Ryan cogiéndome de la mano—. ¿Dónde están las llaves de la *Harley*?

—En el recibidor —contesté besando a Mike y a mi madre para despedirme—. Nos vemos el sábado.

Cuando salimos por la puerta, Ryan se encargó de sacar la moto aparcada en la parte de atrás de la casa y la colocó delante de la pick-up.

Me subí y esperé a que él se subiera al coche mientras me colocaba el casco. Como mis piernas estaban desnudas porque llevaba los pantalones cortos, pude sentir toda la potencia de mi nueva máquina a través de mi piel. El fino vello de mi cuerpo se erizó de emoción cuando emprendí la marcha.

A los pocos minutos, mi *Harley* estaba estacionada delante del Taller de Joe que se encontraba abierto de par en par.

Ryan cogió todas las cosas y se me acercó.

—Mi socio está dentro.

—¿Tu socio? —pregunté mientras entrábamos en el local.

Una cara que me resultaba familiar lucía una barba muy espesa, un poco larga y con un bigote cuidado de forma expresa. Se adivinaba enseguida que tenía su pelo castaño largo porque lo llevaba recogido con un moño en lo alto de la cabeza.

Llevaba una camiseta negra sin mangas y recortadas que dejaban al descubierto un montón de tatuajes a lo largo de sus brazos, cuello y, lo que imaginé, por todo su cuerpo.

—¿Te acuerdas de Will Hellman? —dijo Ryan.

—Will Hellman —dije sonriendo—. Es imposible olvidar el espagueti que compartió con Jennifer Brighston en el instituto —bromeé riéndome de lo lindo.

Ryan y Will bajaron la mirada hacia el suelo sin reírse de mi broma. Por unos momentos, un incómodo silencio se estableció entre los tres.

—Bueno..., fue algo verdaderamente asqueroso —seguí bromeando para interrumpir el silencio—. Entiendo que no quieras hablar de ello. No te preocupes, acabo de olvidarlo.

Hice un aspaviento con mi mano como para no darle más importancia al asunto.

Entonces, se miraron entre ellos como si estuvieran diciéndose algo solo con los ojos. Estaba claro que había metido la pata con esa broma.

Dos veces.

Solo que no sabía el porqué.

Respiré hondo.

—Y... bien, Will, ¿cómo estás?

—Will fue quien diseñó el estampado de tu *Harley* —dijo Ryan—. Él es el que realiza todos los diseños que nos piden los clientes. También tiene un taller de tatuajes en la ciudad.

Bueno, por lo menos Ryan había dicho algo para que yo pudiera entrar mejor con la conversación...

—Oh, Dios mío. Me encanta el diseño de mi *Harley*. Has conseguido un gran efecto haciéndola lucir como la gran joya que es. —Will me miró y me sonrió—. ¿Has diseñado tú también el cartel del Taller de Joe?

Will afirmó con la cabeza pero no dijo nada. ¿Habría perdido la voz? Lo que sí era evidente era que escuchaba a la perfección.

—Pues, es impresionante —lo felicité—. Me quedé sin respiración la primera vez que lo vi.

Volvió a asentir con la cabeza con otra sonrisa.

—Will —dijo Ryan—, tengo otro encargo para ti. Nos reuniremos dentro de media hora para hablar del nuevo proyecto, ¿de acuerdo?

Will volvió a asentir con la cabeza y se desplazó hacia la mesa de trabajo sin decir una palabra.

Ryan me cogió de la mano y me llevó a la casa por la parte del jardín.

—¿Por qué Will no ha abierto la boca? —pregunté a Ryan una vez estuvimos solos.

—Tuvo... un accidente —contestó mientras se dirigía hacia la cocina.

Paré en seco.

Mis ojos, que seguían los movimientos de Ryan, parpadearon varias veces.

No estaba segura de querer seguir con esa conversación. Y no se trataba solo de que no era de mi incumbencia lo que a Will le hubiera pasado.

—¿Se... quedó mudo? —pregunté con un hilo de voz casi inaudible a pesar de todo.

Ryan se dio la vuelta y me miró con una expresión afligida. Su mandíbula estaba tensa con los dientes apretados. Luego, respiró hondo.

—Algo así —me respondió con un suspiro.

Nos miramos a los ojos el uno al otro.

La palabra “accidente” todavía retumbaba en mi cabeza.

—Abby —escuché decir a Ryan acercándose a mí. Me puso una mano en la mejilla observándome con atención—. ¿Estás bien?

Entonces, me di cuenta que estaba reteniendo el aire en mis pulmones y lo solté apoyando mi frente sobre el pecho de Ryan.

Él me abrazó y yo cerré los ojos. Un ligero mareo se apoderó de mí.

Como si Ryan supiera lo que hacer, me tumbó cuidadoso sobre el suelo y me levantó las piernas.

Entonces, abrí los ojos y Ryan me hizo un par de preguntas que respondí consciente para tranquilizarlo. Después, me levantó en brazos y me llevó a alguna parte mientras mi cara se refugiaba sobre su pecho.

Momentos después, mi cuerpo descansaba sobre el colchón de su cama, rodeada por sus fibrosos brazos y contra su cuerpo.

Recuerdo que, en aquel instante, pensé: “Tranquila, Abby. Ryan no te dejará”.

Abby-17 años-Abril

—Abigail Sheppard.

Era mi turno.

Estábamos en clase de español. Mi clase favorita. Desde que escuché hablar a una señora en el supermercado con otro lenguaje distinto al mío, decidí que yo también quería dominar otro idioma. Y el español era una lengua que escuchaba muy a menudo por mis alrededores.

Mi obsesión por aprenderlo me llevó a ver un montón de series de televisión latinas y me costó la misma vida llegar a comprender lo que decían. Usaba el diccionario, escuchaba muchos audios que repetía una y otra vez, traducía libros y los leía en voz alta. Y, al final, lo conseguí.

Sí, mi testarudez formaba parte de todo aquel sacrificio. Pero me satisfacía saber que dominaba ese idioma como nadie que se encontrara allí presente en aquel momento, a excepción de la Srta. Hernández.

Bueno, Tom me había ayudado bastante con mi obstinación y podía seguir bastante bien una conversación. Pero yo seguía despuntando con creces ese control.

Como en todas la demás clases, Tom y yo nos sentábamos en primera fila. Era el mejor lugar estratégico para que nosotros pudiéramos ignorar al resto de alumnos de cada asignatura que se sentaban en los asientos de las filas que quedaban a nuestras espaldas.

Entrábamos en el aula, nos sentábamos y, al final de clase, éramos los primeros en abandonar cada sala a la que íbamos.

Cada año, cuando preparábamos nuestras inscripciones, forzábamos al departamento de secretariado del instituto para que organizaran nuestros horarios y asignaturas con el fin de que Tom y yo estuviéramos siempre juntos.

Y siempre lo conseguíamos. La Srta. Rogers, una solterona escuálida de cara alargada y de mirada triste que escondía detrás de unas finas gafas redondas de aluminio, cambiaba sus finos labios mustios por una sincera sonrisa cada vez que nos veía entrar por la puerta para pedir que nos ayudara con nuestras matrículas.

Siempre había tenido la sensación de que, por algún motivo, aquella afligida secretaria sentía una enorme empatía hacia nosotros.

—Abigail Sheppard —repitió la Srta. Hernández.

No era la primera vez que debía salir a exponer un trabajo oral frente a los demás. Pero sí era la redacción que más me importaba por todo lo que significaba. Tanto en lo íntimo y personal como por todo el gran trabajo que había realizado para esa exposición.

También necesitaba la máxima valoración de mi trabajo para seguir cotizando buenas notas para conseguir la beca de la universidad. Además, no estaba muy segura de haber acertado con el tema que quise exponer ese día.

Y estaba muy nerviosa.

No me preocupaba en absoluto los alumnos de aquella clase porque estaba segura de que no entenderían nada de lo que iba a contar. La mayoría no habían escrito más de media página y, por eso, ni siquiera presté atención cuando había sido su turno.

Yo había escrito tres páginas.

Me levanté y me coloqué de pie al lado de la mesa de la profesora justo en frente de Tom.

Siempre lo hacíamos así en los trabajos orales. Exponíamos nuestros trabajos mirándonos el uno al otro porque era como nosotros nos hablábamos sin necesidad de sentir que había nadie a nuestro alrededor. Solo estábamos él y yo y no importaba si alguien prestaba atención o se reía, nos ignoraba o hablaban entre ellos mientras nuestros trabajos salían expuestos.

Así que, en cuanto sentí la conexión con la mirada de Tom y mis sentidos prescindieron por completo al resto del mundo, me ajusté las gafas y empecé.

—Alguien me dijo que el amuleto más popular para la buena suerte es el trébol de cuatro hojas.

“El porqué es todo un misterio y motivo de muchas especulaciones.

“Como casi todas las leyendas o supersticiones, poco se sabe de su origen. Así que he recopilado algunos mitos y leyendas sobre este talismán.

“Una de las creencias de la buena suerte de esta pequeña planta tiene su origen desde hace miles de años. De hecho, en el año 200 a.C. ya era considerado un símbolo sagrado para los filósofos y teólogos de las Islas Británicas. Pensaban que, con el trébol, se podía ver a los demonios.

“También en el pasado, los egipcios se colgaban amuletos con forma de trébol de cuatro hojas para protegerse de las adversidades.

“Y los celtas consideraron el trébol como un poderoso talismán de buena suerte. La cultura de los celtas siempre rindió homenaje a los árboles y plantas considerándolos protectores sagrados. A esta civilización no le importaba el número de hojas de los tréboles porque entendían que la planta reflejaba la manera que tiene la naturaleza de revelar su profundo simbolismo a un nivel simplificado. Para los celtas, el solo hecho de encontrar un trébol ya era un augurio de que todo iría bien a partir de ese momento.

“Si el trébol que encontraban tenía cuatro hojas, la protección de los dioses era aún mayor y profetizaban su buena suerte en todo lo relacionado con los cuatro elementos de la naturaleza, ya que los celtas consideraban que las cuatro hojas representaban la tierra, el aire, el fuego y el agua. Y todo lo que estaba relacionado con los cuatro elementos eran poderes que recibiría quien poseyera ese trébol.

“Los cristianos de la Edad Media lo veían como una representación de la cruz de Cristo y decían que un trébol de cuatro hojas fue lo único que se llevó Eva del jardín del Edén.

“Cuenta otra leyenda, que las mujeres que se quedaban solteras debían encontrar un trébol de cuatro hojas para que apareciera su príncipe azul. Bueno, quizá no el príncipe azul pero sí quien las llevase al altar. Cuando la mujer lo encontraba, esta tenía que ir a ponerlo en un florero con agua. Después, debía tener especial cuidado de que las cuatro hojas quedaran perfectamente orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. Así ella sabría desde dónde llegaría su futuro marido. Así que, si alguien veía a una mujer revolviendo los pastos, sabía que era una solterona que estaba buscando un trébol de cuatro hojas. Dicen las malas lenguas que muchas fueron las mujeres que se arrastraron en busca de esa buena suerte y que pocas fueron las afortunadas.

“También vinculado al casamiento, pero no solamente a las solteras, se cree que esta pequeñísima plantita trae buena suerte a la novia. Por eso, durante el siglo XVII, se extendió la costumbre de diseminar tréboles delante de las novias para protegerlas. Pues espantaba los malos espíritus y los hechizos malévolos permitiendo que tanto los novios como los invitados disfrutasen tranquilos de ese día tan especial.

“En Irlanda, desde hace muchos siglos, el trébol se utiliza como elemento protector principalmente. Y se le asocia a uno de los santos patronos más famosos de ese país.

“San Patricio.

“La verdad es que San Patricio no era un irlandés ni tampoco se llamaba Patrick. Nacido con el nombre de [Maewyn Succat](#), el santo patrón irlandés era, en realidad, británico.

“Según la leyenda, fue vendido como esclavo en Irlanda cuando era adolescente. Después, se escapó a Inglaterra y allí se ordenó como sacerdote con el nombre de Patrick.

“Este santo recibió de lo alto una misión. Y era la de convertir al

cristianismo a los paganos celtas que ocupaban Irlanda en esa época.

“Los celtas creían que cada hoja del trébol tenía un significado y estaban sintonizadas con la triada natural del trébol vinculando la fuerza del hombre, la naturaleza y el cielo.

“Así que, para explicar el misterio de la Santísima Trinidad, San Patricio utilizó un trébol de tres hojas y expresó en su evangelización que, de igual manera como brotaban esas tres hojas y formaban una sola, así mismo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo formaban un solo cuerpo llamado la Santísima Trinidad. Con la cuarta hoja de un trébol mencionaba a la humanidad y la designaba con la redención.

“Fue así como el trébol formó parte de la tradición Irlandesa.

“Irlanda empezó a celebrar oficialmente el día de San Patricio en 1903. La celebración conmemora su muerte pero se ha guardado como [festividad religiosa](#) durante más de 1500 años.

“Esta es la leyenda más popular del mundo entero.

“Pero hay otros mitos y supersticiones unidos al trébol de cuatro hojas.

“Hay algunos a quienes, las cuatro hojas de la planta, les representa con otros símbolos. Como son: la riqueza, la fama, la salud y el amor porque, aunque siempre se asocia el trébol a la suerte, también creen que protege el amor y atrae de forma específica a la riqueza o la prosperidad.

“También hay otros a los que cada hoja les representa uno de los cuatro componentes básicos de la felicidad. Como son: la suerte, la esperanza, la fe y el amor.

“Cualquier persona puede hallar un trébol de tres hojas. Sin embargo, encontrar uno de cuatro hojas está solo al alcance de personas con suerte.

“Si eres uno de los afortunados que, un día, encuentras un trébol de cuatro hojas, la tradición dice que deberías llevarlo en tu calzado para que te transfiera su fortuna.

“Sin embargo, algunos afirman que es mejor introducirlo entre las hojas de la Biblia o del libro de cabecera.

“Otros prefieren utilizarlo como colgante.

“No falta el naturista que cree que, para asegurar la buena suerte, la plantita debe ser devuelta a la tierra de donde salió.

“Y las teorías y creencias siguen y siguen y siguen...

“Además, hay que saber que, si tienes la suerte de encontrar un trébol de cuatro hojas en la actualidad y decides entregárselo a alguien, significa que estás expresándole tu amor. Entonces, esa persona sabrá que es alguien muy

importante para ti.

“Pero el mayor impedimento para dar con el famoso trébol de cuatro hojas es que es lo mismo que encontrar una aguja en un pajar.

“Porque solo se encuentra uno entre diez mil.

En cuanto dije las últimas palabras, le sonreí a Tom porque los dos habíamos pasado horas buscando tréboles de cuatro hojas en el arroyo.

Seguía pensando que, tal vez, no hubiese sido el mejor tema para una clase como aquella.

Y seguía estando muy nerviosa.

Por eso, actué como solía hacer cuando me sentía así.

Me giré hacia la profesora y, sin darme cuenta de que había cambiado de idioma, dije:

—También quería explicar la leyenda sobre cómo San Patricio liberó a Irlanda de las serpientes. Pero solo es una de tantas historias que se cuentan. Al final, decidí no mencionarlo porque, según los biólogos, en realidad nunca hubo serpientes en Irlanda. Pero la explicación diplomática sobre eso es que las serpientes son una metáfora del paganismo que erradicó San Patricio.

Entonces, fue cuando me di cuenta de que la Srta. Hernández me estaba mirando con la boca abierta y pestañeando sin parar.

“Mierda. Acabo de meter la pata hablando en inglés”, pensé preocupada porque eso me bajaría la nota del trabajo.

—*Lo siento, Señori...*

—*Tranquílcese, Srta. Sheppard* —me cortó la profesora antes de que yo pudiera seguir hablando más de la cuenta—. *No era necesario agregar la leyenda de las serpientes si eso es lo que le preocupa en estos momentos. Por lo demás, no puedo más que felicitarla. Ha hecho usted un excelente trabajo.*

No pude evitar sonreír y suspirar al mismo tiempo. Lo había conseguido. Tenía la nota que necesitaba y me sentía sobreexcitada en aquel momento. Así que me giré para acercarme a Tom. Quería darle un abrazo.

En ese preciso instante, los alumnos que estaban ocupando sus asientos empezaron a levantarse y desfilaban hacia la puerta de salida del aula.

Miré a Tom mientras me acercaba a él preguntándole con los ojos por qué la gente salía de la sala tan rápido.

—Hace como unos cinco minutos que ha sonado el timbre y es la hora de comer —me aclaró Tom—. Ha sido un puntazo cuando todos se han removido en sus sillas mientras tú seguías metida en tu propio papel. Me

hubiese gustado grabar la cara de la Srta. Hernández mientras te miraba boquiabierta.

—¿Hora de comer? —pregunté—. ¡Oh, Dios mío, Tom! ¡Nuestra mesa! Vamos, tenemos que comprobar que nadie nos la haya quitado.

Le cogí de la mano y salimos corriendo hacia el comedor.

Cuando llegamos, vimos que cuatro alumnos, a los que ni siquiera reconocíamos porque se notaba que eran de primer grado, se estaban levantando de nuestra mesa y la estaban limpiando dejándola impoluta.

Tom y yo nos quedamos quietos para poder decidir qué hacíamos si la estaban limpiando para volver a sentarse. El comedor estaba abarrotado y el bullicio era ensordecedor. Y todavía hacía demasiado frío para salir a comer en las mesas de fuera.

Pero, una vez que los novatos tuvieron la mesa limpia, cogieron sus cosas y se dividieron colocándose entre los asientos sueltos que quedaban libres alrededor del comedor.

Tom y yo no perdimos tiempo y fuimos a por nuestra mesa. Cuando nos sentamos, nos miramos muy serios.

Estábamos seguros de que habían limpiado la mesa por el asco que les daba pensar que nosotros éramos quienes la ocupábamos habitualmente.

Capítulo 22

Una *Harley*. Una maleta. Un río. Un picnic. Un trébol. Un avión. Un camión. Una barba. Un tatuaje. Sangre. Mucha sangre. Batas blancas. Batas azules.

—No... Ellos no... No, no, no... Ellos no... ¡No!

—Abby... Abby, cariño... Abby, despierta. Por favor... pequeña...

Un cuerpo masculino y tenso me estaba abrazando. Reconocía ese cuerpo. Su firme y familiar sujeción me envolvió y mis brazos se aferraron a él. Lloré aunque me sentía a salvo. Derek estaba en casa de nuevo.

—Has vuelto a tener una pesadilla. —Escuché.

Aflojé mis brazos de mi agarre desesperado. Levanté un poco la cabeza y fijé la vista hacia el hombre que me mantenía entre sus brazos.

—Ryan.

—Sí... —dijo mirándome con mucha atención y preocupado—, Ryan.

Miré a mi alrededor. Estaba en la habitación de Ryan y empecé a recordar. Habíamos pasado la mañana en el arroyo. Todavía tenía puesto el bikini y los pantalones cortos. Habíamos visto a mi madre y a Mike y tuvimos una extraña conversación con Will Hellman en el Taller de Joe.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—¿Qué... hora es? —pregunté alarmada.

—Has dormido unas cuatro horas. Son las once de la noche.

Me levanté a toda prisa de la cama.

—Voy a ducharme —dije con brusquedad buscando una muda entre mi ropa en el armario. Mis movimientos eran torpes e inquietos.

—Abby, ¿te encuentras bien? —preguntó Ryan levantándose y acercándose a mí.

—Sí —contesté cortante—, solo necesito una ducha —dije sin mirarle porque me sentía un poco abochornada—. Quiero dar un paseo con mi moto.

—Deberías beber un poco de agua con azúcar y comer alguna cosa. Voy a la cocina y te lo preparo. Saldremos en moto después, ¿de acuerdo?

—¡No, Ryan! —exclamé mirándole molesta—. Ya te he dicho que lo único que quiero es ducharme, ¿entendido?

Ryan se quedó quieto y apretó los labios con fuerza. Su mandíbula estaba tensa y sus ojos verdes brillaban enfadados.

Y algo más que quise ignorar.

Luego, se giró y salió de la habitación golpeando fuerte la puerta con su puño.

Cerré los ojos y expulsé el aire de mis pulmones.

Sabía que no debía haberle hablado de esa manera. No era culpa suya que me sintiera desorientada en aquellos momentos. Pero necesitaba algo de espacio y estar un rato a solas.

Cuando logré reunir todo lo que necesitaba, me encerré en el baño. No sé cuánto tiempo me quedé bajo el chorro del agua mirando fijamente uno de los azulejos. Luego, me giré para coger el jabón de la repisa. Entonces, mis ojos vieron el pequeño tatuaje en el costado de mi cintura. La mampara del baño hacía el efecto de espejo.

Acaricié el dibujo con lentitud.

—Debería hablar con Tom —me dije—. Él siempre sabe aconsejarme...

Cerré los ojos un momento.

Tom. Llevaba días sin decirle nada. Había esquivado sus mensajes de móvil. Habían pasado muchas cosas en poco tiempo y me había dejado llevar por ellas. Y no sabía cómo explicarle lo que le había escondido.

¿Qué me diría cuando supiera de mi relación con Ryan? ¿Cómo reaccionaría ante mi más reciente locura? ¿Sería suficiente decirle que estaba con Ryan sin dar más rodeos? ¿Tendría que darle explicaciones para que lo entendiera? ¿Qué explicaciones podría darle si ni yo misma las sabía?

Me había dejado llevar porque Ryan me hacía sentir viva otra vez. Y me gustaba. Mucho. Además, tenía que seguir adelante después de todo.

Tom me había dicho eso un montón de veces. Y, ahora, empezaba a entender por qué me lo decía.

Si mi cuerpo tenía vida y respondía a las estimulaciones que me rodeaban, no tenía sentido postrarlo en una cama como había hecho hasta hacía poco.

Sin embargo, había situaciones que se me escapaban de las manos. Las inseguridades volvían y mis emociones volvían a descontrolarse. Esos momentos habían disminuido desde que estaba con Ryan. Pero todavía seguían en mi interior. La prueba estaba en lo que había ocurrido en las últimas horas.

Y, tal vez, nunca desaparecerían del todo...

La piel de las yemas de mis dedos empezaba a dolerme porque se habían arrugado demasiado por el agua. Me enjaboné deprisa y me enjuagué para salir.

Una vez ya vestida, salí del baño y cogí las llaves de mi moto y el casco. Ryan lo había dejado en el recibidor, al lado de la puerta principal, junto al suyo.

Sin decir nada, salí disparada hacia la calle y me monté en mi *Harley* que estaba al lado de la suya. Debí colocarla ahí para salir conmigo. Arranqué dejando atrás ese pensamiento y aceleré calle abajo. Me fui directa hacia la carretera federal porque necesitaba sentir la velocidad.

Unos kilómetros después, mi cuerpo empezó a relajarse y me concentré más en la carretera. Estaba sobrepasando la velocidad permitida pero no me importaba. Empezaba a sentirme viva otra vez y adelantaba los coches, tanto por la derecha como por la izquierda, según veía los espacios.

Una sirena me alertó y miré por el retrovisor izquierdo.

—Mierda, Mike —exclamé—. Ahora no, joder.

—Abby —dijo Mike por el altavoz del coche patrulla—, para la moto en el arcén.

Apreté los labios cabreada. Si no paraba, otro coche patrulla me pararía más adelante. Entonces, no sería Mike quien me salvara el culo por haber perdido la cordura.

Disminuí la velocidad y obedecí parando en el arcén. Enfrentarme a Mike me resultaría más fácil que hacerlo con alguno de sus compañeros.

El coche patrulla paró detrás de mí.

Por los retrovisores, vi a Mike y a Luke bajar del coche y se acercaron hasta donde yo me encontraba.

Los coches pasaban más lentos observando lo que pasaba.

—Abby —dijo Mike muy serio—, ¿es necesario que te explique lo que te puede pasar actuando así?

—Mira, Mike —me encaré levantando la visera del casco—, acabas de fastidiar mi creciente euforia y no estoy de humor para sermones. Haz lo que tengas que hacer.

No me importaba en absoluto que me pusiera una multa por exceso de velocidad porque, como no tenía dinero, tampoco podía pagarla. No era necesario sacar a relucir que él y mi madre eran los que estaban costeándome el poco dinero que yo necesitaba. Así que poco importaba cómo iba a

castigarme Mike en ese momento.

—Ryan está muy preocupado. Nos ha llamado a gritos para que te encontráramos. ¿Qué demonios está pasando?

—Mike, las cosas entre Ryan y yo no son de tu incumbencia.

—Lo son cuando debo perseguirte a 150 km por hora entre el tráfico de la federal. Sobre todo, si es él quien me lo pide y tú eres la causa de mi trabajo.

—Solo he salido a dar un paseo a solas con mi moto. He sobrepasado la velocidad. Ya te he dicho que hagas lo que tengas que hacer.

La llamada de un móvil sonó en ese momento.

—Es Ryan —dijo Luke—. ¿Qué le digo?

Mike me miró con severidad.

—Que la hemos encontrado, que está bien y que ahora mismo la llevamos a casa.

Bajé la cabeza suspirando con fastidio.

—Ryan... —dijo Luke contestando la llamada—. Sí, todo está bien... Tranquilo... No tardaremos... Bien... Hasta ahora.

Y colgó.

—Luke, lleva tú la moto —ordenó Mike—. Abby, sube al coche.

—¿Qué? —repliqué—. Ni hablar, Mike. Luke no va a tocar mi *Harley*. Antes muerta.

—De acuerdo —dijo Mike.

Sacó las esposas con un movimiento rápido y me esposó una mano junto con la suya.

—Estás detenida.

—Oh, Mike —me quejé—. ¡Maldito seas! No puedes hacerme esto.

—Puedo y lo he hecho. Vámonos. Tenemos mucho trabajo pendiente y ya nos has hecho perder mucho tiempo.

—Oye, puedo conducir hasta casa.

—Lo sé. Pero quiero hablar contigo. Así que sube al coche.

—Pero yo no quiero hablar contigo —volví a quejarme—. Es más, no quiero hablar con nadie.

—Bien. Pues no hablaremos. Pero sigues detenida y te subes al coche. Ahora. Estoy perdiendo la paciencia, Abby.

—Joder —dije bajando de la moto y entregándole el casco a Luke.

Miré sobre mi hombro y vi cómo este se subía a mi *Harley* mientras nosotros nos alejábamos de él.

—Ahora tendrás que comprarme un casco nuevo y yo tendré que

desinfectar cada rincón de la moto que haya tocado tu delincuente compañero —dije cuando nos estábamos acercando al coche.

—Tú también lo eres. Acabas de saltarte las leyes del tráfico. Podría meterte en la celda de la comisaria solo por eso.

—Haz el favor, Mike —puse los ojos en blanco—. No me compares con él.

—Creía que no querías hablar —me cortó—. Sube.

Una vez estuve sentada en el asiento del copiloto, Mike me soltó y cerró la puerta de golpe. Se sentó en el lado del conductor con rapidez y emprendimos la marcha. Luke iba detrás de nosotros. Gracias a Dios porque no quería verlo pilotando mi moto.

—¿A qué viene todo esto, Abby? —preguntó Mike cinco minutos después.

—Mike, no he hecho nada. Solo he salido a dar un paseo. Ya te lo he dicho.

—¿Y Ryan?

—¿Qué pasa con él?

Mike me miró con suficiencia.

—Abby, Ryan estaba como loco culpándose porque te habías ido de casa sin decir nada.

Lo miré sorprendida.

—¿Culpándose? Ryan no tiene la culpa de nada. Soy yo la que no está bien. Ya lo sabes.

—Deberías hablar con él. Está muy preocupado.

—Lo sé. Es solo que...

—¿Qué?

—¡Tengo mis momentos, Mike! —le grité con desahogo—. Ryan está..., *sorprendentemente* pendiente de mí. No puedo pedir más en estos momentos. Es increíble que me sienta tan bien estando con él. Y puedo decir que me encuentro mejor por eso. Pero...

—Pero...

—Pero, a veces, las cosas se me ponen del revés y..., entonces..., necesito mi espacio.

—Entonces, solo tienes que decírselo. Seguro que lo comprenderá.

—Tú también te ibas de casa y no me decías nada. También lo hubiera podido comprender, ¿no crees? —lo atacó.

Mike respiró hondo.

—Abby, incluso estando fuera de casa, estuve pendiente de ti. Aun viviendo en mi apartamento, nunca dejé que pensaras que no te quería y que me preocupaba por ti. Sabes que siempre estuve a tu lado.

—Lo sé, Mike —suspiré arrepentida—. No debería haberte dicho eso. Lo siento.

—No te disculpes —suspiró él con calma—. Tienes tu parte de razón. Pero intenté hacerlo lo mejor que pude entonces y no dejaré de intentarlo siempre, ¿de acuerdo?

Asentí en silencio.

—Abby... —empezó Mike de nuevo—, deberías saber que Ryan también tiene sus propios demonios. Pero hay una sola cosa que tiene clara en su vida.

—¿Cuál?

—Tú.

Giré la cabeza para mirarle. La expresión de sus ojos era seria y directa. No había confusión alguna de su mensaje.

—Si alguien hubiera afirmado tal cosa ocho años atrás —dije—, seguro que habría pagado caro el comentario.

—Si Ryan hubiera hecho lo que debía en su momento, tú no te habrías ido a San Francisco.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie se va a vivir con alguien un día después de emparejarse. Vuestra historia viene de lejos. De lo contrario, lo vuestro no tendría sentido.

Me quedé en silencio.

Mike desaceleró la velocidad y yo miré a través de la luna delantera del coche. Estábamos llegando a casa de Ryan.

A lo lejos, él estaba de pie en mitad de la calle mirando hacia nosotros. La expresión de su cara era desesperada. Además, se le veía bastante pálido aun cuando su piel no era muy morena aunque estaba algo curtida por el sol.

Mike frenó el coche a pocos metros de Ryan.

Mis ojos no podían apartar la vista de él y mi corazón empezó su pulso acelerado. Respiré hondo y abrí la puerta del coche para bajar.

—Nos veremos el sábado en la barbacoa, Mike —dije cerrando la puerta sin esperar respuesta.

Ryan no se movió mientras me acercaba hacia él. Solo tragó saliva y endureció sus mejillas apretando los dientes.

Cuando estuve frente a él, me miró el rostro con atención y alzó la mano para acariciarme con suavidad la frente. Luego, pasó sus dedos por el

nacimiento de mi cabello.

—Lo siento, preciosa —dijo—. Me puse nervioso y me he comportado como un estúpido. No...

Le puse el dedo índice sobre sus labios.

—Tú no tienes la culpa de que mis emociones sean un tío-vivo, Ryan. No debí responderte de esa manera —me disculpé.

Él puso su frente contra la mía y cerró los ojos durante unos momentos. Luego, los abrió y me miró respirando hondo y exhalando después.

—Entremos en casa —dijo posando sus labios sobre los míos un instante—. Tengo algo para ti.

Me rodeó el brazo por los hombros llevándome hacia la entrada de su casa.

Si Mike y Luke seguían allí fuera, no noté su presencia.

Abby-17 años-Abril

Después de clase, fuimos al Taller de Joe y *Naughty* nos recibió dando volteretas a nuestro alrededor.

Una moto descuartizada y oxidada se hallaba en un rincón de la sala. No estaba en el local la última vez que estuvimos allí.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté a Joe sin comprender qué hacía allí ese pedazo de metal inutilizable.

—¿Esto? —señaló sonriendo. Parecía estar muy orgulloso de tener esa carcasa en su local—. Mírala bien, Abby. Es una *Harley-Davidson*. Una belleza.

—Joe, me consta que es una *Harley* —dije con suficiencia ajustándome las gafas—. Pero..., ¿belleza? ¡Si le faltan hasta los cilindros!

A Joe le brilló la mirada y la fijó en algún lugar sin ver. Parecía soñar despierto. Después, me miró con cariño.

—Voy a vestir las curvas de esta preciosidad y la voy a convertir en la maravillosa y atractiva dama que es; tanto por dentro como por fuera —dijo acariciando el metal oxidado donde debería encontrarse un asiento acolchado de piel. Luego, me ofreció su mirada de ojos verdes oscuros. Sus pupilas estaban dilatadas y eran insinuantes. Su porte era incluso seductor. Nunca lo había visto así, tan dichoso que me contagió sin darme cuenta—. ¿Querrás ayudarme con el vestido?

—¿Cuándo empezamos? —respondí automáticamente.

—Así se habla, pequeña guerrera —dijo contento y palmeándome el

hombro—. Así se habla —repitió.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —pregunté mirando la moto con otra dimensión—. Desde luego, no ha sido rugiendo. Al manillar le falta el acelerador.

—Ha venido un cliente nuevo. Acaba de llegar a Crossboots y le he tenido que cambiar los amortiguadores de su coche —me explicó—. Hemos estado hablando sobre su recién llegada. Se ha instalado en el barrio más lejano de la periferia, a la zona sur. Me comentó que se la ha encontrado en el garaje de su nueva casa y que iba a llevarla al desguace —hizo una pausa y sus ojos relampaguearon—. No me pude resistir a pedirle que me dejara verla. En cuanto le puse los ojos encima, hice un trato con él. No le cobré la reparación de su coche a cambio de la moto.

—Voy a llevarme a *Naughty* al parque —dijo Tom aburrido de escuchar nuestras conversaciones—. Está deseando roer la botella de plástico vacía.

Tom cogió la correa, se la puso al perrito y se fueron.

Joe y yo nos metimos de lleno a trabajar para la *Harley* destartada. Le ayudé a desmontar algunas piezas y las colocamos sobre un gran cartón. Después, íbamos enumerándolas y, de vez en cuando, Joe me mandaba pulir alguna pieza antes de colocarla en el lugar que se le había designado.

—Algún día —dije soñando despierta cuando estaba concentrada lijando el metal oxidado del depósito de gasolina—, conduciré una moto como esta de madrugada. La pasearé por calles silenciosas y despertaré a todo el mundo para que oigan su maravilloso rugido.

—Seguro que lo harás —dijo Joe sonriéndome, mirándome con complacencia y con los ojos brillantes.

Entonces, Tom entró como un bólido.

—Nos vamos —dijo quitándole la correa a *Naughty*.

—¿Qué ocurre? —pregunté al verlo tan alterado.

—Acabo de escuchar en el parque que Mike y tu madre están en el hospital. He oído algo sobre un tiroteo pero no estoy muy seguro.

—¿Qué? —pregunté quedándome paralizada en el acto.

—Yo os llevo —dijo Joe.

—Pasemos por casa, Joe —pidió Tom—. Comprobemos que sea verdad. Abby, sube al coche —me ordenó mientras yo seguía sin reaccionar. Por eso, luego, me gritó—. ¡Abby!

El corazón me bombeaba tan deprisa que escuché el grito de Tom como si viniera de lejos.

Después, me vi sentada entre Joe y Tom en mi pick-up mirando por la luna delantera pero sin ver nada.

No reaccioné hasta que llegamos a casa.

Dos compañeros de Mike custodiaban mi casa y Ben se encontraba con ellos. Se acercó a la puerta del conductor mientras Joe bajaba la ventanilla.

—Por favor, Joe —dijo Ben—, llévala al hospital. Los dos están bien. Pero Bonnie está deseando ver a Abby. Penny está allí. Ella se encargará de todo. Yo me quedo aquí hasta que todo se calme.

Joe asintió con la cabeza y aceleró sin perder más tiempo hasta que llegamos al centro hospitalario.

Entonces, Tom me cogió de la mano. Estábamos delante de la puerta de urgencias y Joe iba a encargarse de aparcar mientras nosotros intentábamos localizar a mi madre y a Mike.

Fue Tom quien se encargó de eso porque yo solo tenía una cosa en mi mente.

Ni en mis peores pesadillas, nunca imaginé que a mi madre pudiera ocurrirle algo tan malo como para que, algún día, pudiera estar muerta. Siempre la había visto como alguien inmortal.

Sabía que mi padre estaba muerto desde siempre. Lo tenía asumido igual que cuando haces la compra y tienes que pagar en la caja registradora.

Pero nunca pensé que mi madre pudiera estar en peligro. Jamás.

Cuando salimos del ascensor, ni siquiera sabía en qué piso nos encontrábamos. Tom tiró de mi mano y me llevó hasta una sala de espera.

Penny estaba hablando muy bajito con una señora que me era vagamente familiar, pero no recordaba dónde la había visto antes.

Enseguida, Penny se levantó y se me acercó dándome un abrazo.

—Tranquila, preciosa —dijo refregándose la espalda—. Ya ha pasado todo. Mike está en esta habitación —dijo señalándome una puerta frente a nosotros—. Y tu madre está con él. Tiene unas cuantas contusiones pero no tienes de qué preocuparte, ¿de acuerdo? Está esperándote porque ella necesita saber que tú estás bien. ¿Comprendes lo que quiero decir?

No. No lo comprendía. Pero la voz de Penny era tan suave que consiguió que mi cuerpo se tranquilizara un poco. Me acompañó hasta la puerta y picó con los nudillos de su mano.

Después, la abrió mientras yo me ajustaba bien las gafas.

Entonces, pude ver a mi madre sentada en una silla reclinada. El horror que sentí cuando vi su cara completamente magullada y amoratada me dejó

sin habla.

Además, su asiento se encontraba junto a la cama hospitalaria donde Mike se encontraba tumbado. De su cuerpo, sobresalían un montón de tubos de plástico que lo mantenían conectado a un par de aparatos y dos goteros, uno a cada lado de la cama. Una mascarilla tapaba su boca y su nariz mientras desprendía una especie de vapor y sus ojos estaban cerrados.

En cuanto mi madre me vio, no tardó ni un segundo en reaccionar y levantarse con dificultad del asiento que ocupaba. Vino a mi encuentro tan rápido como su cuerpo se lo permitió para abrazarme mientras las lágrimas ya habían conseguido brotar de mis ojos.

No supe el momento en que Penny dejó la habitación. Ni el tiempo que mi madre y yo nos quedamos así llorando hasta que nos calmamos.

Pero, cuando conseguimos tranquilizarnos un poco, la realidad de mi mundo cambió por completo.

Capítulo 23

Sobre la cama de Ryan, el viejo libro de bolsillo *Kane y Abel* de Jeffrey Archer reposaba en la fina colcha veraniega. Entre las páginas, una fina cuerda de cuero sobresalía por la parte superior. Por abajo, un fino colgante destacaba entre el grueso bloque de papel amarillento del libro cerrado.

—He barnizado el trébol potenciando su color. El doble cristal y el contrachapado de acero inoxidable lo protegerá. Lo he dejado hermético por completo —dijo Ryan.

Estaba tan sorprendida que me había quedado sin palabras. Acerqué mi mano y saqué el colgante de entre las páginas. El cristal brilló bajo la luz de la lámpara del techo. El pequeño trébol, que habíamos encontrado aquella mañana en el arroyo, se había convertido en una preciosa joya.

—¿Lo has hecho tú? —pregunté todavía atónita.

—Will lo diseñó antes de irse. Me quedé trabajando en él mientras dormías. Quería dártelo antes de que... dieras tu paseo con la *Harley*.

—Ryan..., es precioso.

—Déjame que te lo ponga —dijo él cogiéndolo de entre mis manos—. Dime cómo lo quieres de largo. Ahora te haré un nudo y mañana te lo arreglaré con un cierre.

Me puso de espaldas a él y soltó el maltrecho recogido de mi pelo que se había enredado por culpa del casco. Después, me apartó la melena hacia un lado y me besó el cuello.

Me estremecí.

—Ryan —suspiré.

—¿Sí? —susurró en mi oído.

—Mierda... —dije cerrando los ojos cuando noté las precisas caricias de Ryan sobre mi cuerpo.

Dejé de pensar en el colgante en cuanto mi cuerpo quedó entre las sábanas.

Nos levantamos de la cama por el hambre. Fuimos a la cocina y Ryan preparó un bol lleno de fruta troceada.

—Todavía no sé cómo has conseguido atarme el colgante sin que me diera cuenta —dije tocando el trébol con los dedos.

Lo había ajustado a una altura intermedia. Ni justo en el cuello ni lo suficiente largo para que me molestara.

Ryan me sonrió travieso.

—Ven aquí —dijo sentándome en su regazo—. Come más fruta. Solo has comido dos trozos y llevas muchas horas sin nada en el estómago. —Pinchó un trozo de melón con el tenedor y me lo metió en la boca.

Después de vaciar el plato entre los dos, volvimos a la habitación.

Ryan se quedó dormido enseguida.

Yo no tenía sueño.

La conversación que había mantenido con Mike me mantuvo en vela mientras toqueteaba la pequeña joya del trébol con mis dedos.

Entonces, un suave sonido me alertó. Parecía una alarma pero no sonaba en la habitación. Lo hacía fuera de ella.

Ryan se movió y yo me hice la dormida.

Con sigilo, él se levantó despacio y salió por la puerta cerrándola sin hacer ruido.

Miré el reloj de su mesita de noche. Eran las tres de la madrugada. La alarma dejó de sonar.

¿Hoy también salía a escondidas?

Cogí mi ropa que estaba en el suelo y me vestí. Puse mi oído en la puerta y escuché el suave portazo de la entrada principal cerrándose.

Salí corriendo, miré por la mirilla que daba a la calle y vi que Ryan estaba subiendo otra vez a la misma furgoneta oscura con los cristales tintados.

Me dirigí al patio trasero y entré en el Taller de Joe. No podía coger ni mi pick-up ni mi *Harley*. Los dos vehículos me delatarían, así que miré entre los coches que había en el local.

El *Chevrolet Aveo*, al que Ryan le miraba la presión de los neumáticos cuando me instalé en su casa, tenía un pequeño cartel en el limpiaparabrisas. “Arreglado”, ponía. Era de color azul oscuro y mediano. Discreto.

“Gracias a Dios”, pensé. Era perfecto y las llaves estaban puestas.

Me acerqué a la que se había convertido en una fina persiana metálica y

escuché cómo el motor de la furgoneta se alejaba. Miré alrededor. Ryan siempre abría la puerta con un mando a distancia pero debía de haber un botón en alguna parte. Sin embargo, no lo localicé.

Me acerqué al pequeño armario donde Ryan guardaba las llaves. El roce contra mi hombro de una cuerda de plástico, que colgaba desde lo alto por encima de mi cabeza, me llamó la atención.

—¿Por qué hay un tubo de plástico colgado aquí? —me pregunté mientras lo agarraba con las manos—. Piensa, Abby. Piensa cómo abrir la maldita persiana...

Volví a girarme para llegar hasta el pequeño armario de llaves y, de repente, la persiana se abrió.

Solté la cuerda de plástico y, sin perder el tiempo, subí al coche. Si la persiana se había abierto sola, seguro que también se cerraría de la misma manera como había visto en otras ocasiones.

Arranqué y puse la marcha atrás. Salí a la calle y enderecé el coche hacia la dirección que había tomado la furgoneta; aunque ya no estaba a la vista. Debía haber girado por alguna calle.

Paré en el primer cruce y miré a los lados atenta.

—Ahí está —me dije localizándola.

Habían girado hacia la derecha. Dos coches iban detrás de mi objetivo. Eso era bueno porque me ayudaría a seguirles sin llamar la atención.

—¿De qué coño va todo esto, Ryan? —me pregunté.

Estaban tomando la dirección hacia la carretera federal. Eso quería decir que iban hacia la ciudad.

Tres calles más adelante, el coche que iba justo detrás de la furgoneta giró hacia la izquierda. Ahora solo uno se interponía entre su vehículo y el mío. Mantuve la velocidad porque no quería acercarme demasiado.

Antes de llegar al carril de aceleración de la carretera, la furgoneta se desvió hacia la derecha, metiéndose por el polígono industrial.

—Entonces... la ciudad queda descartada —me dije.

La furgoneta aceleró por la calle principal del polígono. Yo seguía manteniendo mi velocidad. Estaba lejos pero con la suficiente distancia para poder seguirla. El segundo coche que la seguía tomó otro rumbo girando hacia la izquierda.

Pasé por delante de la única hamburguesería del polígono. Había unas cuantas personas en la entrada aunque esa calle solía ser bastante solitaria de peatones. Por suerte, estaba algo transitada de coches por lo que yo no

sobresalía en el escenario.

Poco después, vi que la furgoneta giraba a la derecha unas tres cuadras más adelante.

Había estado en ese polígono un montón de veces pero siempre era de día. Era conocido porque, al final de esa calle principal, había una gasolinera de bajo coste y yo siempre llenaba el depósito allí.

Sin embargo, solo conocía esa calle y nunca me había adentrado en sus cuadrantes de diferentes naves industriales. Así que no tenía ni idea de lo que podría encontrarme por esa zona.

Decidí seguir recto. Ya se me ocurriría algo si perdía de vista mi objetivo.

Cuando traspasé la calle por donde la furgoneta se había desviado, la vi estacionada entre las dos naves industriales. Estaba más cerca del edificio que era conocido por la venta de muebles a precio de fábrica.

No había nadie en esa zona y la furgoneta estaba bajo dos árboles plantados muy juntos, como si pretendiese quedar oculta y discreta. Solo vi tres coches a lo largo de la acera y estaban muy separados los unos de los otros.

Seguí hacia delante y me dirigí a la gasolinera que quedaba a mano izquierda donde estacioné. Justo al lado, había una nave industrial que estaba abandonada desde hacía muchos años.

Bajé del coche y crucé la calle principal al otro lado de la acera. El único semáforo que había más cercano estaba en la siguiente intersección pero me arriesgué a cruzar sin él. Solo quería llegar a la nave industrial de los muebles.

Después, tenía que cruzar tres cuadrantes con su edificio correspondiente.

Seguí caminando hacia adelante y no perder más tiempo.

Cuando llegué a la esquina de la calle donde estaba aparcada la furgoneta, giré rápido y me apoyé en el tronco de un árbol. Luego, miré con atención.

No se veía un alma por allí y todo estaba oscuro. Las luces de las farolas estaban apagadas como si la electricidad no llegara justo en ese trozo del cuadrante.

Respiré hondo y toqueteé el colgante del trébol en un gesto nervioso.

—Veamos lo que me escondes, Ryan —me dije caminando decidida hacia las puertas traseras de la furgoneta.

El corazón me bombeaba como un martillo automático. No sabía lo que me iba a encontrar y los nervios me hicieron acelerar el paso.

Cuando estuve tras las puertas traseras del vehículo, puse mi mano en la

manija y abrí decidida.

Cinco caras se giraron en el acto para ver quién los estaba interrumpiendo. —¿Qué demnndmmdndnd? —no pude terminar de hacer la pregunta.

Una mano tapó mi boca con fuerza. La otra, del mismo individuo, me sujetó los brazos por detrás y me adentró veloz al interior sobre el suelo del vehículo. Una pierna, doblada con precisión, me inmovilizó las pantorrillas mientras mis rodillas se golpeaban contra el frío metal.

Mike me había enseñado autodefensa. Sin embargo, el cuerpo de Luke estaba mejor entrenado que el mío y sabía lo que se hacía. No podía mover un solo músculo ni golpearle con mi cabeza porque me la tenía sujeta contra su hombro mientras me la aplastaba con la mano que tapaba mi boca. No me hacía daño pero me sentía prisionera por completo.

Escuché el ruido de la puerta cerrándose de inmediato. Ryan fue quien se encargó de eso.

Frente a mí, a la izquierda, Mike se tapaba la cara con una mano mientras negaba con la cabeza.

A la derecha, había una pequeña estantería con dos ordenadores y un equipo electrónico que yo desconocía pero me daba cuenta de su alta sofisticación y calidad. Dos personas estaban al mando de esas máquinas.

Un hombre, de mediana edad y con algo de sobrepeso, me miraba con una amble sonrisa a pesar de la sorpresa.

En cambio, a su lado, unas larguísimas piernas femeninas estaban embutidas en una falda de tubo negra. Unos zapatos – también negros y con un discreto tacón– calzaban sus pies con seguridad. Una seria blusa blanca y elegante cubría el torso de una bella pelirroja de ojos azules. Su pelo estaba recogido en un perfecto moño sobre su nuca. Y, por supuesto, su cara era de muñeca de porcelana.

Yo, a su lado, era como Miércoles Adams de la famosa serie de televisión “La Familia Monster”.

El disgusto era visible en su cara.

—¡Maldita sea, Mike! —exclamó furioso Ryan señalándolo con el dedo—. Te dije que era mejor que me quedara en casa. ¡Joder!

—Ryan, tranquilízate —le contestó Mike—. Sabes que hoy es el día clave y no podemos permitirnos el lujo de perder la conexión como la otra vez.

—¡Y una mierda! —gritó Ryan—. No debí hacerte caso. El equipo está en perfecto estado. —Ryan golpeó el techo de la furgoneta con su puño—. ¡Y Abby no debería estar aquí! —volvió a gritar poniéndose frente a él—.

Debería estar en mi casa, en mi cama, entre mis sábanas y en mis brazos. Así que no me pidas que me tranquilice porque *NO* estoy tranquilo.

Mientras Ryan lo miraba furioso, Mike mantenía la calma frente a lo que acababa de escuchar.

—Chicos —intervino Luke por encima de mi cabeza—, tengo a vuestra princesa acorralada. Y estoy completamente seguro de que lo último que ella desea es estar bajo mi cuerpo.

Era curioso que, en una situación como esa, pudiera estar de acuerdo con el nuevo compañero de Mike.

Ryan se giró de inmediato y se arrodilló frente a mí. Apartó la mano de Luke de mi boca y puso sus manos sobre mis mejillas.

—Abby —dijo mirándome preocupado—, te lo explicaré todo pero ahora tengo que sacarte de aquí, ¿de acuerdo?

Luke se relajó y me soltó aflojando su presión.

Por instinto, mi codo salió disparado contra su durísimo abdomen.

—Auuugh... Mierda, Ryan —exclamó Luke—. Haz el favor de tranquilizar a Mulan.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Luke —dije—. Lo último que deseo es estar bajo su cuerpo y te va a costar mucho tranquilizar a Mulan.

—Deberían calmarse todos —dijo *Miss Universo Pelirrojo*—. Dos agentes federales están a punto de entrar en acción y no podemos perder de vista a McKulin y a Donaldson.

—¿McKulin? —pregunté atónita—. ¿Nathan McKulin? ¿Quién es Donaldson?

—Abby, ¿cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Ryan sin responderme.

Luego, me cogió de la mano y me levantó.

—He cogido el *Chevrolet* arreglado del taller.

—¿El *Aveo*? ¡Oh, Dios mío! —exclamó soltando mi mano y tapándose la cara con las manos—. Reed —dijo girándose hacia el compañero de *Miss Universo Pelirrojo*—. Localiza el coche.

—No tiene por qué hacerlo —dije yo—. Está en la gasolinera de bajo coste.

—¡Oh, Dios mío! Mierda... —Ryan volvió a taparse la cara con las manos.

—Afirmativo —dijo Reed—. Acabo de interceptar la cámara de seguridad de la gasolinera y el localizador del coche funciona con normalidad. Si

queremos recuperar el vehículo, no podemos esquivar el almacén abandonado donde está preparada toda la operación.

—¿Localizador del coche? —Era una situación tan surrealista y estaba tan nerviosa que empecé a reírme a carcajadas—. ¿Os he estado siguiendo con un coche que tiene un localizador y nadie se ha dado cuenta?

—No había necesidad de activarlo según el protocolo establecido para el objetivo de esta noche —dijo altiva *Miss Universo Pelirrojo* defendiendo su programa.

—Pues *es evidente* que deberían haberlo previsto en su protocolo —dije yo molesta.

—Sí, Jane —dijo Reed con una gran sonrisa—. *Es evidente*.

Miss Universo Pelirrojo, es decir Jane, se dio la vuelta y lo fulminó con la mirada.

—Abby, nos vamos —dijo Ryan.

Puso la mano en la manija de la puerta dispuesto a abrir.

—No es un buen momento para irte, Ryan —volvió a hablar Jane—. Hay diez coches federales en los alrededores. El almacén está vigilado por completo. Cualquier movimiento precipitado los alertará y podéis convertirlos en sospechosos.

Ryan se dio la vuelta y la miró con severidad.

—¿Te falla el oído? —le dijo con desprecio—. He dicho que nos vamos.

—Sargento Myers —dijo Mike—, creo que debería advertir a todo el equipo sobre la nueva situación. Luke y yo estamos aquí por colaboración explícita. Ryan solo ha instalado el equipo de forma confidencial y ni él ni Abby tienen autoridad sobre este asunto. Solo son civiles y el *Chevrolet* no debería estar en esta zona. Si lo queremos recuperar, solo ellos pueden hacerlo en estos momentos.

Jane se volvió hacia Mike y lo miró.

—Pueden arruinar toda la operación, Agente Olsen. Es muy arriesgado —dijo ella.

—También es arriesgado dejar el *Chevrolet* junto a la nave que estamos vigilando. Si Robert Donaldson lo ve, puede dar marcha atrás y eso también lo arruinaría todo.

—Está bien —aceptó ella a regañadientes. Se volvió hacia el potente equipo electrónico y pulsó un botón. Se colocó un pequeño auricular en el oído con micrófono integrado y empezó a hablar—. A todas las unidades, nueva situación en la “Operación Paraíso”...

No escuchamos nada más después de que Ryan y yo saltáramos hacia el asfalto de la calle y Luke cerrara las puertas de la furgoneta.

Abby-17 años-Abril

Cuando entré en el taller de Joe, me lo encontré sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared que estaba frente a mí. Su mirada estaba como perdida en cualquier lugar lejano menos en mi presente y solo él sabía lo que estaba pasando por su cabeza en aquellos momentos.

Entre sus rodillas dobladas descansaba una botella de licor medio vacía. Con una de sus manos, agarraba con fuerza el cuello del frasco como privando a cualquiera que quisiera quitárselo. Con el dedo índice de la otra mano, no dejaba de acariciar la boca de la botella dando círculos constantes sin descanso.

De repente, alzó la botella con la vista todavía perdida en su mundo y bebió el trago más largo que yo jamás le había visto hacer a nadie.

Después y antes de que el líquido pudiera empapar la espesa barba blanca que le caracterizaba, se restregó con el brazo para secar de su boca el poco licor que había goteado por la ranura de sus labios.

No podía culparlo y no iba a hacer nada para detener su estado de embriaguez.

Yo misma le había pedido que se mantuviera a mi lado en uno de los peores momentos de mi vida.

Porque no sabía quién más podría aguantar el horror de ver a un muerto en aquella cámara frigorífica del hospital.

Me adentré en el local y me senté a su lado en silencio.

—No pienso compartir un solo trago de *Four Roses* contigo, pequeña guerrera —me dijo de repente—. Hay errores que uno no debe volver a cometer. Aunque sabe Dios que, ahora mismo, te mereces una botella entera. Pero no tienes la edad permitida para beber alcohol y, esta vez, voy a respetar la ley por tu propio bien.

No tenía ni idea de a qué error se refería Joe, pero sus últimas palabras sí que me golpearon de lleno.

Sonreí raramente igual como me sentía.

—¿Por mi propio bien? —ironicé—. ¿Crees que me hicieron ver el cadáver de un desconocido, quien resultaba ser mi padre biológico, por mi propio bien?

—No, Abby... No lo creo en absoluto... —Joe carraspeó—. ¿Cómo se

encuentran Mike y tu madre?

—Mike pasará tres días en la cama sin hacer ningún esfuerzo. Solo tiene que recuperar fuerzas y dejar que las cicatrices se cierren. Fue una suerte que la bala saliera limpiamente tras el disparo y no rozara ninguna arteria vital. Después, tendrá que hacer ejercicios para recuperar la movilidad del hombro. Pero pronto podrá reincorporarse al trabajo. Y... mi madre... —suspiré—. Ella...

Me atraganté notando cómo las lágrimas empezaban a aflorar por mis ojos. Llevaba dos días llorando sin descanso. Y, esa tarde, creía que ya no podría llorar más. Por eso había decidido ir a ver a Joe. Quería agradecerle lo que había hecho por mí.

Pero, cuando pensaba en mi madre..., todo se me venía abajo. Sin embargo, Joe me había preguntado y, él más que nadie, tenía todo el derecho de saber cómo estaban las cosas en casa. Me enjuagué las lágrimas y le expliqué.

—Los moretones estarán presentes bastantes días. Pero no tiene ningún golpe que haya malherido alguno de sus órganos... —respiré hondo—. ¡Oh, Dios mío, Joe! No puedo imaginar a mi madre siendo víctima de un maltratador. Y lo llevaba tan en secreto que jamás se me pasó por la cabeza algo así.

Volví a dejar que las lágrimas salieran porque me veía incapaz de poder detenerlas.

En aquel momento, *Naughty* apareció de la nada con su hocico husmeando en mis pantalones. Luego, puso sus dos patitas encima de mi muslo y ladró. Después, se subió entre mis piernas, se acurrucó contra mi barriga y ahogó un pequeño lamento bajando la cabecita, como si pudiera entender mi tristeza.

Acaricié su precioso pelaje con la mano y, aunque pareciera mentira, eso me tranquilizó.

—He venido a agradecerte lo que hiciste por mí en el hospital, Joe. No sé cómo podré pagarte el gran favor que me hiciste manteniéndote a mi lado en esa lúgubre sala. Si tú no hubieses estado en ese momento, tendría que haberlo afrontado yo sola. Estoy segura de que no me habría visto capaz de pedirle a Tom o a sus padres que me acompañaran con algo así.

Joe volvió a beber de la botella.

—Abby —dijo muy serio cuando terminó de beber ese trago, girándose hacia mí y señalándome con la botella de licor—, daría mi vida por ti si fuera

necesario. Y, créeme, no hay muchas más personas por las que haría eso.

Aquellas palabras llegaron a mi corazón como si me hubieran inyectado adrenalina por un shock anafiláctico.

—Nunca permitiría que hicieras eso, Joe.

—Lo sé. Pero lo haría igualmente.

Volvió a beber otro trago de la botella y cerró los ojos como si un dolor repentino le estuviera importunando.

—¿Qué estás bebiendo? —pregunté preocupada.

Joe abrió los ojos y alzó la botella para enseñarme la etiqueta. Cuatro rosas rojas estaban impresas en ella.

—Bourbon. *Four Roses*. El licor americano con el que puedo encajar mejor cualquier dolor. Mi preferido.

Ni siquiera le pregunté a qué dolor se refería. Todo lo que habíamos compartido en el hospital ya era suficiente con lo que teníamos que batallar los dos.

Aunque a mí todavía me quedaba un buen tramo que recorrer con todo aquello.

Cogí a *Naughty* con las manos y lo dejé en el suelo. Me levanté y le di un beso a Joe en la frente. Ya había cumplido con lo que había ido a hacer allí y era evidente que Joe quería estar solo en aquellos momentos.

—Ya nos veremos, Joe —me despedí sabiendo que no me devolvería el saludo.

Salí del taller y volví a casa igual que había llegado. Andando y sin quitarme de la cabeza todo lo que había vivido hacía dos días.

Cuando mi madre me confesó en la habitación del hospital que habíamos huido de Kansas City cuando yo tenía seis años y por culpa de mi padre biológico, Mike todavía seguía dormido por los calmantes.

Me contó que se había quedado sin padres cuando ella contaba con solo diecisiete años, a pocos meses de cumplir los dieciocho. Igual que tenía yo ahora.

Un cáncer de mama se llevó a su madre cuando tenía catorce. Y su padre murió en un accidente de trabajo cuando se derrumbó un andamio de siete pisos de altura mientras arreglaba la fachada de un edificio con sus compañeros.

Originaria de Nashville, Tennessee, se casó con su novio del momento para no tener que pasar por los trámites de los servicios sociales ya que le quedaba poco tiempo para cumplir los dieciocho.

Me sorprendió, especialmente, que mamá me contara que llevó una vida llena de malas compañías desde que su madre, mi abuela, murió. Se excusaba con el sentimiento de sentirse perdida mientras su padre, mi abuelo, pasaba horas trabajando para tirar adelante, como buenamente podía, tras las circunstancias en que se encontró cuando enviudó. Y mi madre se refugió con adolescentes que vivían, incluso, en peores condiciones que las suyas.

Mi padre biológico (no podía pensar en él de otra manera) era uno de ellos. Los malos hábitos que llevaban lo transformaron en un hombre violento y posesivo. Y mi madre vivió su maltrato hasta los diecinueve años tras una paliza brutal que casi la mató.

Tras ese apaleamiento, mi madre consiguió levantarse pasada una hora después de que su marido se hubiese ido de casa en busca de cualquier sustancia que pudiera colocarlo.

Entonces, mamá consiguió llegar a la puerta de urgencias del hospital.

Tras el reconocimiento médico, le informaron de que estaba embarazada pero que el bebé no corría ningún peligro. Una enfermera, que había sufrido lo mismo que mamá, la ayudó a huir a través de una comunidad secreta, organizada ilegalmente, para las víctimas que no tenían a dónde ir.

Fue, entonces, cuando llegó a Kansas City.

El contacto que había en esa ciudad, le encontró trabajo en el restaurante italiano.

Y, después, estaba Maggie.

La Sra. Ferguson era la mujer que me resultaba familiar cuando la vi en la sala de espera acompañando a Penny.

Ella era la propietaria del apartamento de Kansas City donde mamá se refugió cuando llegó. Maggie formaba parte de la organización secreta igual que su marido, el Sr. Ferguson. Y ella fue la que cuidó de mí desde el mismo día en que nací.

A mí y a Matt.

Cuando mamá me dejó caer aquello, fue cuando me di cuenta de que toda mi vida había sido una mentira. Porque, hasta ese momento, había arrinconado en mi mente a la figura de Maggie, incluso olvidándome de su cara.

Pero el cuento que me contaba mamá por las noches cuando me iba a dormir no lo había olvidado hasta el día de hoy.

El día que abandonamos Kansas City, tampoco tenía nada que ver con la historia que mamá me contó en el coche y que yo jamás llegué a entender.

Huimos de la ciudad porque un señor había preguntado por mi madre en el restaurante enseñando al dueño una foto de cuando ella tenía diecinueve años. El propietario del restaurante sabía los antecedentes de mi madre y era una de las personas que la estaba protegiendo. Así que mintió negando cualquier relación con mamá.

Aquella vez, mi madre huyó sin la ayuda de la organización.

Y mamá se vio salvada cuando encontró trabajo en la hamburguesería de Molly, porque ni Molly ni Sally sabían nada de lo que escondía mi madre.

Pero nunca perdió el contacto con Maggie.

Sin que yo supiera nada, porque querían protegerme, la Sra. Ferguson viajaba todos los años hasta Texas para visitar a mi madre. Por eso estaba en el hospital hacía dos días.

Y, por eso, mi padre biológico encontró a mamá.

De alguna manera, había logrado escharbar el camino que recorrió mi madre en su huida constante. Hasta que la sorprendió en la Hamburguesería de Molly cuando salía de trabajar para reunirse con Maggie en el centro comercial.

Mientras Maggie estuvo esperándola durante mucho rato en la cafetería donde habían quedado y al ver que no llegaba, la llamó. Pero mamá no contestó.

Hacía dos meses que Mike había vuelto a instalarse en su apartamento y, ese día, intentó localizar a mamá para arreglar las cosas entre ellos, como hacía siempre.

Pero mi madre no respondía al teléfono y Molly le informó de que no hacía mucho de que se había ido tras terminar su jornada laboral.

Al ver que no había llegado a casa, Mike empezó a inquietarse. Mamá jamás había estado ilocalizable ni había cambiado su horario rutinario sin antes avisar.

Cuando Mike se dirigió a la hamburguesería de Molly, se cruzó con el coche de mamá. Pero no conducía ella. Sin embargo, sí estaba dentro del vehículo.

Mientras dio aviso a sus compañeros, cruzó la carretera y encendió las luces del coche patrulla para detenerlos. Luego, empezó la persecución hasta que arrinconó el coche de mamá.

Ante aquella situación, mi madre no supo explicarme exactamente como se desenvolvió todo aquello. Pero el resultado final fue que Mike recibió un disparo mientras mi padre biológico agarraba a mi madre tirándole de los

pelos.

Sin embargo, tras un descuido de mi padre biológico, Mike pudo disparar acertando de lleno en el corazón del agresor de mamá. En un momento, se encontró tumbada en el pavimento de la carretera con un muerto encima de ella. Su marido.

Los compañeros de Mike llegaron poco después...

Vislumbré la puerta de mi casa mientras toda aquella historia daba vueltas en mi cabeza.

Respiré hondo y dejé salir el aire.

Mike y mi madre estaban allí dentro con algunas cosas que debían solucionar entre ellos.

Pero, ahora, el mayor problema que teníamos mamá y yo era que se nos venía encima un montón de papeleo burocrático. Mi madre tenía que tramitar muchas gestiones legales para poder cambiar su falso nombre de su ilegal documentación para conseguir registrarlo de forma oficial. Y, además, tenía que demostrar ante el juez que yo era su hija para poder mantener la patria potestad sobre mí.

El nombre de mi padre biológico era James Freeman.

El registro oficial de mi madre era el de Connie Freeman.

Y yo seguía llamándome Abigail Sheppard oficialmente.

Pero no sentía ninguna seguridad sobre quién era yo en ese momento.

Capítulo 24

—¿Por qué van los federales detrás de Nathan? —pregunté intentando seguir el paso acelerado de Ryan.

—Abby, vámonos de aquí —dijo él cogiéndome de la mano y estirándome del brazo para colocarme a su lado—. No me preguntes ahora. No hay tiempo para respuestas.

Cuando llegamos a la esquina del edificio que estaba frente a la furgoneta, Ryan frenó en seco y se apoyó contra la pared. Tiró de mí para que me colocara a su lado.

—¿Tienes la llave del coche a mano? —me preguntó mirando a derecha e izquierda por donde circulaba el tránsito de aquellas horas de la madrugada.

—Sí.

—Cuando lleguemos al coche, sube, arranca y sal pitando de aquí por la carretera que va hacia las afueras. Rodea el polígono por la que lleva a la carretera federal —me ordenó—. Ni se te ocurra cruzar por el polígono industrial, ¿entendido?

—¿Y tú qué vas a hacer? —pregunté sin comprender por qué tenía que irme yo sola.

Ryan se volvió para mirarme.

—Subiré contigo —dijo como si la respuesta fuera evidente—. Pero tengo que desactivar el localizador. La aplicación está instalada en mi móvil y necesito teclear las contraseñas. Soy bueno con las nuevas tecnologías pero no puedo hacerlo conduciendo a la misma vez. —Ryan fijó los ojos en los míos—. Es posible que tengamos que esquivar algún coche federal pero tendrás que hacerlo tú sola. ¿Estás preparada?

Es decir, que no me dejaba sola.

Pestañeé.

—Yupi —dije sin emoción—. Ocho años viviendo en San Francisco y resulta que las persecuciones policíacas estaban en este perdido pueblo del Condado de Grayson.

No iba a admitirlo delante de él pero también estaba algo acojonada.

—Solo tengo una duda.

—¿Cuál?

—¿Puedo sobrepasar el límite de velocidad?

—Abby —dijo Ryan resoplando—, estamos en guerra. Una guerra muy seria. ¿Entiendes? —Puso sus manos sobre mis hombros—. Haz lo que creas necesario. Confío en ti.

Él confiaba en mí.

Sin embargo, yo no tenía ni idea de cómo me había vuelto a meter en otro lío. Aun así, le sonreí decidida.

—¿A qué estamos esperando? —dije como si nos fuéramos a dar un paseo bajo la luz de la luna.

Ryan sonrió, me cogió de la mano y tiró de mí. Empezó a andar con paso acelerado y aprovechó para cruzar la calle por el único semáforo que regulaba el tránsito. En ese momento, estaba en verde para los peatones.

A la vista, todo parecía normal. Yo ni siquiera veía nada fuera de lugar pero Ryan no dejaba de mirar por todas partes. Fijaba los ojos en puntos directos; delante, detrás y a los lados.

Cuando nos acercamos a la nave abandonada, Ryan aumentó el ritmo de nuestros pasos.

—No te detengas ni un instante —dijo bajito casi sin mover los labios.

Una pequeña explosión resonó en ese instante. Se escuchó tan cerca que mis oídos retumbaron.

—¡Corre, Abby! —gritó Ryan.

Le obedecí de inmediato a la vez que me daba cuenta de que se trataba de un disparo. Enseguida, oímos un fuerte tiroteo.

Entonces, un coche estacionado muy cerca salió disparado.

Corrí deprisa desesperada. Ryan marcaba nuestro paso pero yo no veía el momento de llegar al coche.

Cuando por fin llegamos a la gasolinera, saqué las llaves de mi bolsillo y me metí en el *Chevrolet Aveo* cerrando la puerta de un portazo. Al mismo tiempo, una puerta trasera del coche se cerró.

Ryan estaba tumbado en la parte de atrás bajo los asientos.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó.

Arranqué y puse la marcha atrás. Pisé el acelerador y miré por el retrovisor interior.

Un coche oscuro estaba entrando a la gasolinera acercándose por detrás de

nosotros. Si dejaba que se acercara demasiado, me cerraría el paso. La sospecha de que se trataba de un coche federal era obvia y, si este estacionaba muy cerca con el freno de mano, no podría salir de allí.

—Mierda —solté.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryan removiéndose desde el suelo del coche por detrás de mi asiento.

—Eh... Nada —le contesté pisando el acelerador hasta el fondo. El coche me respondió como yo quería. Así que el maletero se empotró contra la parte delantera del vehículo federal y lo desplazé unos metros hacia atrás.

—Auuugh... —se quejó Ryan—. Mierda, Abby.

No le presté atención. Ahora tenía margen de maniobra y tenía que ser rápida, por lo que giré el volante. Entonces, me metí entre los surtidores de gasolina directa a la salida.

Por el retrovisor exterior derecho, vi que se acercaba otro coche por donde yo quería salir.

—¡Agárrate, Ryan! —grité asustada pero decidida.

Aceleré y salí de la gasolinera a toda velocidad.

El coche que se acercaba para cortarme el paso tuvo que frenar cuando lo crucé sin detenerme. Luego, enderecé el volante y me metí por la carretera dirección a las afueras del polígono.

Detrás, el coche al que acababa de cortarle el paso me seguía a varios metros de distancia.

Vi la señal de tráfico que indicaba el carril que me llevaría hasta la carretera federal y me coloqué en el otro carril hacia la izquierda.

El otro coche nos seguía cada vez más cerca.

Cuando pasé las señales viales de entrada a la carretera —indicadoras de que no se podía pisar ese trozo de asfalto— giré en trompo hacia la derecha y, después, hice la misma maniobra hacia la izquierda. Por suerte, en ese momento, ningún coche pasaba por allí.

—Joder, Abby —exclamó Ryan desde atrás.

Con las maniobras, Ryan se había desplazado detrás del asiento del copiloto.

Pero yo estaba eufórica porque acababa de perder de vista el coche que nos seguía. Había conseguido entrar en la carretera.

Triunfante, suspiré.

—Lo siento —dije sintiendo la adrenalina correr por mis venas.

Miré por el retrovisor interior para asegurarme de que no había nadie que

nos siguiera.

La cara de Ryan ocupaba todo el espejo. Estaba sentado en el asiento trasero del medio y me sonreía.

—No lo sientas, preciosa. Sabía que lo conseguirías.

Le devolví la sonrisa.

Después, saltó al asiento del copiloto, se abrochó el cinturón y abrió el cajón de la guantera. Metió las manos dentro y las removió durante unos cinco minutos. Luego, sacó las manos y cerró la pequeña puertecita.

—Una cosa menos... —dijo sacando el móvil del bolsillo.

Quitó la diminuta tarjeta de su número de teléfono y sacó su cartera del bolsillo de atrás. Cogió otra tarjeta y la colocó donde había sacado la otra. Encendió el móvil de nuevo y empezó a pulsar la pantalla con los dedos. Luego, cerró el móvil y se lo guardó después de volver a quitar la tarjetita. Entonces, alargó la mano hacia el asiento trasero y cogió un pequeño aparatito parecido a un mando a distancia. Este tenía un pequeño cable que le sobresalía. Lo abrió y sacó otra diminuta tarjeta.

En ese momento, Ryan alzó la vista.

—Sal por ahí —me ordenó señalando la siguiente salida de la carretera.

Media hora después, nos adentramos a uno de los polígonos industriales que quedaba al otro lado de la ciudad, lejos de Crossboots.

—Aquí —me dijo cuando llegamos a una nave llena de locales cerrados con persianas metálicas—. El doce.

Me encaré al local que me indicó y la persiana se abrió. Metí el coche en un enorme garaje.

—¿Es tuyo? —pregunté fijándome en los cuatro coches que estaban allí estacionados.

Había un *Mustang Eleanor*, un *Pontiac GTO*, un *Dodge Charger* y otro que lo reconocí de inmediato. Era el *Chevrolet Camaro Super Sport* con el que Ryan compitió tantas carreras en las fiestas de la hoguera del descampado cuando íbamos al instituto.

—Baja —me dijo.

Paré el motor y salí del coche a la vez que lo hizo él.

Ryan comprobó que todas las puertas estuvieran cerradas. Se me acercó y me abrazó.

—Sube al *Camaro* —me susurró en el oído. Noté como me introducía las llaves en el bolsillo de mis vaqueros—. Yo conduciré el *Aveo*. Sígueme y no dejes de mirar por el retrovisor. Cualquier sospecha, dirígete a casa de Lucy.

Invéntate cualquier excusa por tu visita. Ni se te ocurra darle explicaciones sobre esto. Pero, si todo sale bien, no será necesario. ¿Entendido?

Ryan seguía abrazándome con firmeza. Parecía que no quería soltarme hasta que yo no respondiera.

Afirmé solo con un movimiento de la cabeza.

Entonces, me soltó y subió al *Chevrolet Aveo*.

Respiré hondo y desentumecí mis brazos agitándolos.

Joder.

Creía que ya estábamos a salvo y que ese garaje era seguro. Pero aún debíamos volver a la calle para huir. Otra vez.

Me dirigí al *Camaro* de Ryan y subí. Entonces, acaricié el volante y me tranquilicé.

—Está bien, Abby —me dije—. Esta preciosa máquina será tu tranquilizante. Vas a conducir un coche con seis marchas. ¿Qué más se puede pedir en una situación así?

Metí las llaves en la cerradura y arranqué. No tenía que dar marcha atrás porque el coche ya estaba encarado para salir. Puse la mano en la palanca de marchas y metí la primera. Luego, vi como Ryan maniobraba el *Chevrolet Aveo* y la persiana se abrió.

Salió del garaje y le seguí.

Ryan condujo dirección norte, a través de los infinitos campos, hacia el estado de Oklahoma. Una hora después, se metió por un camino de tierra hasta llegar a un descampado. Paró el coche, se bajó y corrió hacia el *Camaro*.

—Sube al otro lado —dijo abriendo la puerta del conductor—. Yo conduciré ahora. Dame tu móvil.

—¿Mi móvil?

—Sí. Dámelo.

Obedecí.

Él se sentó tras el volante mientras sus dedos se desplazaban por la pantalla de mi teléfono. Después, sacó la tarjeta del número y se lo guardó todo en otro bolsillo de su pantalón.

Cuando hubo terminado, salimos de allí.

Al incorporarnos a la carretera de nuevo, Ryan condujo rumbo al oeste.

—Está bien, Ryan —dije mirando los infinitos campos de nuestro alrededor sin dejar de manosear el colgante del trébol nerviosa—. ¿Se puede saber de qué va todo esto?

Solo llevábamos diez minutos por esa carretera y habíamos mantenido el silencio en todo ese tiempo.

Por mi parte, todavía estaba en estado de estupefacción. La tensión en mi cuerpo era extrema por todo lo que había ocurrido y necesitaba volver a respirar con normalidad. Suponía que a él le ocurría lo mismo.

Pero yo ya estaba harta. Y cansada.

La luz del sol empezaba a iluminar el cielo matutino y el nuevo día prometía ser muy caluroso.

Ryan suspiró.

—Nathan está metido con la trata de blancas —me respondió.

—¿Trata de blancas? —pregunté como si no lo hubiera entendido bien.

—O mejor dicho, la trata de personas. Concretamente, mujeres y adolescentes de cualquier raza y nacionalidad.

—Pero... ¿qué necesidad tiene Nathan McKulin para meterse en eso siendo el heredero de la compañía petrolífera de su familia?

—Tiene un gran motivo. Usa a esas chicas para sus propios deseos.

Miré por la ventanilla con un suspiro.

“Entonces, Chelsea se refería a eso cuando nos interrumpió en la cena”, pensé empezando a comprender un poco más.

—Y nosotros, ¿por qué estamos huyendo?

—Porque yo he tenido acceso a toda la información confidencial. Después de que tú aparecieras sin previo aviso, quieren asegurarse de que no les estropeemos toda la operación —me explicó sin dejar de mirar a la carretera—. Pero no pienso permitir que nos encuentren hasta que ellos no hayan terminado con todo este asunto y las cosas estén en su debido lugar. Solo espero que esto sea lo último que me implique sobre toda esta mierda.

—Y... ¿a dónde vamos?

—A una cabaña.

—¿Tienes una cabaña?

—Es de un amigo de la universidad.

—¿El garaje del polígono también es de tu amigo?

—No. Es... de otra persona.

—Así que... lo tenías todo planeado.

—No... exactamente —dijo mirándome de reojo—. Tenía un plan

previsto para hoy y otro por si el de hoy no era necesario. Pero, en cualquier caso, solo yo debía llevarlos a cabo. Ryan desvió la mirada hacia mí—. Ahora, tú estás conmigo en un solo plan.

“Genial”, pensé mientras mi cerebro no dejaba de preguntarse un montón de cosas.

—¿Cómo llegaron los federales hasta Crossboots?

—El FBI estaba investigando al nuevo proveedor de Nathan. Robert Donaldson. Un agente se infiltró en su nuevo proyecto y mandaron un comunicado a la comisaría de Mike. Pedían colaboración porque sabían que todo el mundo se conoce en un pueblo tan pequeño. Mike y Luke estaban vigilando a Nathan desde hacía años y protegían a nuestra comunidad por si este se volvía loco con sus caprichos.

—Dios mío...

—No podían hacer nada contra él. Es decir, no tenían los medios. Pero tampoco hubiesen permitido que llegara tan lejos en Crossboots. El comunicado de los federales les abrió una puerta y no la desaprovecharon. Solo serían colaboradores y Luke sabía algunas cosas sobre lo que ellos necesitaban saber sobre Nathan. Cuando los agentes tuvieron suficiente información sobre la población, activaron la operación.

—¿Cuál es el problema del Aveo?

—Aprovecharon mi amistad con Luke como gancho para uno de sus asuntos. Robert utilizaba el *Chevrolet Aveo* para no llamar la atención cuando se desplazaba a las poblaciones pequeñas. Así que, cuando llegó a Crossboots, los federales estropearon el coche a propósito. —Ryan negó con la cabeza—. El agente infiltrado me recomendó como mecánico y Robert se presentó en el taller con una grúa. Me dejó el coche y me dijo que se quedaría en casa de un amigo varios días. Me comentó que no tenía demasiada prisa. Por supuesto, Luke me había puesto sobre aviso y me explicó lo que tenía que arreglar así que no me preocupé demasiado... hasta que cerré el taller.

Ryan se quedó en silencio pensativo. Miraba atento a la carretera y por los retrovisores. Parecía tranquilo pero sus facciones endurecidas decían todo lo contrario.

—Sigue Ryan —lo alenté.

Él respiró hondo.

—Entonces, llamaron a la puerta cinco minutos después. Cuatro agentes federales entraron y me ordenaron que volviera a cerrar la puerta. Me pidieron que les hiciera un trabajo muy preciso porque estaban enterados de

todos mis conocimientos mecánicos y tecnológicos. Me ofrecían mucho dinero a cambio de confidencialidad pero sabían que, igualmente, lo haría por mi amistad con Mike y Luke. Querían un equipo completo instalado en la furgoneta y un localizador conectado a un micrófono y una mini cámara en el *Aveo*. Todo conectado entre los dos vehículos.

—¿Han visto y escuchado nuestra huida?

—Si lo han hecho, solo ha sido hasta que has entrado en la carretera haciendo esos espectaculares trompos —suspiró—. O eso espero porque ha sido el momento en que he desconectado el localizador. Lo instalé bajo los asientos traseros detrás de una trampilla que hice. Por eso entré por detrás. Después, he desconectado el micrófono y la pequeña cámara que deberían haber estado inutilizados desde que quité el localizador bajo los asientos. Y, por último, anulé con el móvil todas las conexiones entre todos los artilugios y el equipo de la furgoneta.

—Si estaba todo desconectado, ¿por qué hemos huido otra vez con el *Camaro*?

—Porque yo controlo todo lo que instalé. Pero no sé si ellos también han manipulado el coche antes de que yo hiciera nada. O incluso después. Por supuesto, he revisado el coche varias veces pero no detecté nada.

—Si lo han manipulado, habrán seguido todos nuestros pasos. ¿Qué sentido tiene que lo hayas llevado tan lejos si lo pueden tener controlado igualmente? ¿Y por qué no nos han seguido hasta ahora?

—Después del tiroteo, estoy seguro de que tienen suficiente trabajo como para perder el tiempo con nosotros. Así que, cuando más tarde lleguen al coche, más tiempo tendremos para alejarnos de todo ese embrollo. Cuando lleguen hasta el *Aveo*, nosotros estaremos incomunicados por completo. Además, sigue existiendo la posibilidad de que no esté manipulado.

—Genial... —dije con un suspiro—, mamá se volverá loca.

—Mike la tranquilizará.

—¿Conoce tu plan?

—Mike y Luke me conocen lo suficiente como para saber que no me quedaría con los brazos cruzados.

Cogí aire y suspiré apoyando la cabeza en el reposacabezas. Estaba cansada y los ojos empezaban a pesarme. Todo eso era demasiado en tan poco tiempo.

Ryan puso una mano sobre mi rodilla.

—Duerme. El viaje es largo y tienes que descansar.

Toqueteé con mis dedos el colgante del trébol para tranquilizarme.
No tardé mucho rato en cerrar los ojos y quedarme dormida.

Abby-17 años-Mayo

Mike y mamá pasaron dos semanas cuidándose el uno al otro.

Yo seguía yendo al instituto con Tom porque no podía arriesgar mis calificaciones. Además, eran las horas en que desconectaba de todo lo que me envolvía en aquellos momentos.

Haber conocido a mi padre biológico muerto era algo que quería olvidar cuanto antes.

Cuando llegaba a casa, Mike y mi madre solían estar en el salón acurrucados en el sofá y en completo silencio. Ni siquiera el televisor estaba encendido.

Había llegado a la conclusión de que aprovechaban mi ausencia para hablar de sus asuntos y cerraban la boca en cuanto me oían entrar por la puerta.

Lo único que compartieron conmigo fue que me mantuvieron al corriente de los trámites legales sobre la nueva documentación de mamá.

Ella quería olvidar su verdadero nombre y continuar su vida como Bonnie Sheppard y Mike usó sus contactos para que se cumpliera tal y como mi madre quería.

Ese problema se iba solucionando por sí solo igual que la legalidad sobre la maternidad que ella tenía sobre mí. No había nada que indicara que yo no fuera su hija, así como todas las pruebas lo indicaban.

Sobre sus asuntos, se mantenían discretos. Así que la duda de que Mike volviera a irse de casa en cualquier momento seguía estando ahí.

Pero eso, cada vez, adquiría menos importancia para mí porque solo faltaba poco más de un mes para que Tom y yo nos fuéramos a San Francisco.

Ya habíamos recibido la aceptación de la universidad y estábamos locos por largarnos de allí. La necesidad de empezar una nueva vida lejos de Crossboots y descubrir nuestro camino empezaba a estar mucho más al alcance de nuestras manos. Deseábamos olvidar y que nos olvidaran.

Quería que mi madre estuviera con Mike para siempre. Pero, después de la muerte de mi padre biológico, empezaba a comprender cuál era el mayor problema entre ellos dos.

Mi madre le había ocultado a Mike su pasado y ahora no les quedaba otra

que resolver ese maldito inconveniente. Y solo ellos podían solucionarlo.

Aquellas dos últimas semanas de abril, me quedaba dormida mirando en un punto fijo. Fijaba la vista en el libro de Sandra Brown que estaba en la estantería de mi habitación y que le había cogido a mi madre dos años atrás.

Por fin, entendía por qué le afectó tanto a mamá aquella historia. La protagonista huía con su hijo de su propio horror. Aunque el motivo no tenía nada que ver con el de mamá.

Esas dos semanas, también ocupaba mi tiempo libre de las tardes con Joe. La *Harley* destartada nos estaba dando más trabajo del que nos pensábamos y a Joe le costaba encontrar según que piezas. Alguna de ellas no encajaban bien con el modelo de la moto y tenía que seguir buscando o amoldando la que tenía como podía.

La conducta de Joe también había cambiado desde el día que le vi bebiendo aquella botella de licor.

Siempre se había comportado de forma tranquila y apacible. Y aunque era un hombre serio, no había día que no luciese una sonrisa en su cara mientras trabajaba.

Sin embargo, aquellos días y durante las horas que pasábamos juntos, estaba más callado de lo habitual. Y, cuando algo le salía mal o no podía arreglarlo, gruñía maldiciendo una y otra vez.

Yo me sentía culpable porque estaba segura de que el motivo de su actitud era por el momento que pasamos juntos en aquella cámara frigorífica llena de muertos en el hospital. Aunque solo vimos a uno.

Así que me mantenía igual de callada y trabajaba con él acompañándolo con el mismo silencio.

Solo hablábamos cuando Joe necesitaba explicarme cualquier cosa que hiciese referencia a las reparaciones mecánicas.

Tom y yo salimos de clase el primer día de mayo y subimos a mi pick-up para ir hacia el taller. Él quería ver a *Naughty* para llevárselo al parque y yo quería seguir con la reparación de la *Harley* destartada.

Acabábamos de hacer un examen en clase de Geología y necesitábamos ocupar nuestras cabezas en algo que desbloqueara nuestros cerebros.

Pero lo que descubrimos cuando llegamos, nos dejó congelados ante lo que estábamos viendo.

Una ambulancia estaba aparcada frente al local y Mike estaba hablando con la Sra. Tyler que lloraba desconsoladamente.

Su compañero de turno estaba vigilando el cordón policial acordonado alrededor de la entrada del taller.

Tom y yo nos quedamos muy quietos, sentados dentro de mi vieja pick-up y sin mover un solo músculo. Hasta que Mike empezó a acercarse cuando se dio cuenta de nuestra presencia.

Su compañero se hizo cargo de la Sra. Tyler acompañándola hacia el coche patrulla mientras Mike cruzaba la calle en nuestra dirección con la cara muy seria.

Demasiado seria.

Entonces, escuchamos unos ladridos aullantes y giramos nuestras cabezas en esa dirección.

Dos paramédicos arrastraban las pequeñas ruedas de una camilla hacia la ambulancia y, encima de ella, un cuerpo estaba cubierto por completo con una manta térmica.

No nos hizo falta preguntarle a Mike de quién se trataba cuando llegó hasta nosotros.

Naughty, que se encontraba en brazos de un tercer hombre que seguía a los paramédicos, se removía inquieto aullando sin parar y esos aullidos desesperados indicaban con claridad que ese cuerpo era el de Joe.

Entonces, Tom abrió la puerta del coche y *Naughty* paró de aullar unos segundos quedándose quieto y mirando en nuestra dirección.

Tras ese momento de silencio, el perrito se removió con más ímpetu consiguiendo desembarazarse de los brazos de aquel hombre y aterrizando en el suelo con torpeza. Luego, empezó a ladrar muy fuerte y se acercó corriendo hasta llegar a los pies de Tom que acababan de pisar el asfalto.

Tom cogió a *Naughty* entre sus brazos y subió de nuevo al coche cerrando la puerta con decisión. Los ojos llorosos de mi mejor amigo y los lamentos del perrito lamiéndole las manos no hicieron más que dejarme todavía más paralizada.

No me podía creer que eso estuviera pasando. No me podía creer que yo estuviera presenciando aquella situación.

De repente, la puerta de mi lado se abrió.

—Abby —dijo Mike.

Giré mi cabeza en su dirección con los ojos abiertos y el corazón casi paralizado.

—Abby —repitió Mike mirándome muy serio—, será mejor que os vayáis a casa. Vendré tan pronto como termine de arreglar todo esto.

Seguí mirándolo fijamente.

—Tom —dijo Mike después—, no dejes sola a Abby un solo momento, ¿de acuerdo?

No sé si Tom asintió con la cabeza porque lo único que escuché decirle en respuesta mientras sollozaba fue:

—*Naughty*... Me quedo... con él...

—Está bien, Tom —dijo Mike. Luego, volvió a mirarme con determinación—. Abby, largaos de aquí ahora mismo.

Entonces, cerró la puerta con más fuerza de lo habitual.

Eso me quitó de mi estupor haciendo salir todo el aire que había retenido en mis pulmones al mismo tiempo que las lágrimas salían de mis ojos sin control.

Mike tenía razón.

Tenía que largarme de allí cuanto antes porque, si no lo hacía en ese momento, no conseguiría levantar cabeza hasta que alguien lo hiciera por mí.

Y no podía dejar a Tom y a *Naughty* en esa situación.

Ellos también estaban tan afectados como yo.

Intenté limpiarme las lágrimas bajo los cristales de mis gafas cubiertos de vaho porque mis ojos no podían enfocar bien la visión.

Como pude, emprendí el camino hacia casa.

Capítulo 25

Una brisa fría me caló el cuerpo. Sentí el suave olor de flores silvestres tan cerca de mi nariz que inhalé con profundidad. El peso de una manta me cubría hasta la cintura y abrí los ojos pestañeando. Estaba tumbada sobre una cama con sábanas suaves de algodón. A mi lado, las sábanas quedaban enredadas junto con la manta. Estaban revueltas como si alguien hubiese estado tumbado allí y se hubiera levantado sigilosamente.

No reconocía aquella habitación. Una tenue luz iluminaba aquella estancia a través de la rendija de la puerta ajustada.

Miré hacia la ventana. Era de noche y no recordaba cómo había llegado hasta allí. Pero estaba segura de que se trataba de la cabaña del amigo de Ryan.

Miré hacia el techo. Era de madera. Las paredes y el suelo también. Entonces, me incorporé y me senté pasándome los dedos por los ojos. Luego, pasé los dedos por mi colgante.

Tenía que ir al baño.

Me levanté y fui hasta la puerta. La abrí y me encontré un pequeño distribuidor que tenía dos puertas. Una a mi izquierda y la otra frente a mí. A la derecha, la luz tenue que iluminaba el pequeño espacio provenía de un quicio que debía conducir a la sala principal.

Salí y abrí la puerta que estaba justo en frente de mí. Un pequeño lavabo, un retrete y una pequeña ducha aparecieron ante mi vista. Perfecto, había dado con lo que buscaba. Entré y me aseo.

Si estábamos en la cabaña, debía ser que todo iba según los planes de Ryan.

Salí del servicio y me asomé por el quicio sin puerta por la que provenía la luz.

Ryan estaba sentado en el suelo frente a una chimenea encendida. Estaba apoyado contra el sofá con una botella de bourbon en la mano y le estaba dando un buen trago.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

Era la tercera vez en mi vida que me encontraba la misma escena: Un hombre, la misma marca de bourbon *Four Roses*, con la misma mirada perdida hacia el infinito y el pensamiento en cualquier parte de su universo menos en el presente.

En la universidad dediqué un trabajo entero de marketing sobre la marca de ese bourbon. Estaba motivada, precisamente, por la coincidencia de encontrarme a dos hombres, muy importantes en mi vida, de igual manera en la que estaba observando a Ryan en ese momento.

Salivé humedeciéndome los labios. Igual que él, yo también sentía la necesidad de perderme bajo los efectos del alcohol. Y ese bourbon no era cualquier cosa. Lo había saboreado en San Francisco en varias ocasiones y me encantaba el sabor de ese licor.

Mi boca habló antes de que fuera capaz de detenerla.

—*Four Roses*, una historia de amor que ahora se exporta alrededor del mundo.

Ryan alzó la mirada todavía ausente.

—¿Qué? —preguntó fijando la vista hacia mí.

—Esa botella... —señalé apoyándome en el quicio— nació de una historia de amor. A finales del siglo XIX. Paul Jones Jr. era un joven soldado de la confederación, en Virginia, cuando conoció a una joven sureña. Hipnotizado por su extraordinaria belleza decidió, en ese mismo momento, que aquella chica debía convertirse en la mujer de su vida. Y así, el mismo día que fue llamado a filas, se declaró y le dijo que regresaría a buscarla cuando terminara la guerra. Si su respuesta era que sí, le pidió que se lo hiciera saber vistiendo un corpiño adornado con cuatro rosas rojas...

Ryan se colocó la botella ante sus ojos y la observó con detenimiento.

—Hipnotizado por su extraordinaria belleza...

—Ajá —gesticulé a la vez que afirmaba con la cabeza—. Y eso fue lo que pasó. Cuando él regresó, ella le recibió con un vestido cuyo corpiño estaba bordado con cuatro rosas rojas. Las cuatro rosas simbolizaron así el amor verdadero que les uniría para el resto de sus vidas. La búsqueda de una personalidad propia, la de no ser igual a todo lo demás, lo acompañaron el resto de su vida en todas sus decisiones. Y, con la demostración de este espíritu valiente y decidido, se trasladó a Louisville, Kentucky, en 1881 cuando se proclamó la ley seca en algunos condados.

Dejé de apoyarme sobre el quicio y avancé hacia Ryan a paso lento.

—En 1.888 el sueño de Paul Jones Jr. (ser dueño de su propia destilería) se hizo realidad. Así, dio lugar a uno de los bourbon más conocidos y apreciados del mundo, cuyo nombre no podía ser otro que el de su propia leyenda, *FOUR ROSES* —levanté la mano enseñando mis cuatro dedos—. En ese afán de superación constante, *Four Roses* se convirtió en un referente de calidad dentro de los Estados Unidos en 1.943. Fue, entonces, cuando comenzó su exportación al resto del mundo.

Ryan me miraba con la boca abierta. Sus ojos brillaban con mucha intensidad. No podía distinguir si eso era por la cantidad de alcohol que debía haber ingerido o, tal vez, era por las llamas de la chimenea que aumentaban el profundo color verdoso de sus impactantes iris.

—¿Cómo lo haces? —me preguntó.

—¿El qué?

—Decir cosas inesperadas en momentos como este.

—Lo siento —dije bajando la mirada y alzando una mano para tocar mi colgante—. Suelo soltar lo primero que me viene a la cabeza en momentos como este... precisamente.

—No tienes que disculparte. No me estaba quejando. Sé lo habitual que es en ti pillarme desprevenido pero... —señaló con su mano libre el brebaje que estaba sujetando y sonrió— es la primera vez que una mujer me habla en vez de quitarme la botella de las manos para impedir que siga bebiendo.

Ryan levantó el licor hacia arriba simulando un brindis.

Entonces, terminé de acercarme hasta donde se encontraba él.

—Bueno... estoy segura de que eres consciente de que yo también te quitaré la botella de las manos.

—¿Pretendes impedir que siga bebiendo? —preguntó con una sonrisa inquisidora.

Entonces, me reí con ganas.

—¿Impedírtelo? —dije divertida—. No seas ridículo, Ryan. Hace mucho tiempo que no pruebo una gota de *Four Roses*. Es muy egoísta de tu parte no invitar a una distinguida dama para que pueda probar un poco de este delicioso jarabe de maíz.

Asimismo, le arrebaté la botella de las manos.

Me senté sobre el suelo, a su lado, con brusquedad y me bebí un buen trago sin saborearlo. Primero necesitaba ahogarme en ese líquido. Después, dejaría que los siguientes sorbos me atraparan con su sabor.

—Agggh... ¡Demonios! —dije notando la quemazón bajando por mi

garganta—. Ahora sí que hablamos el mismo idioma, ¿no te parece?

Y le sonreí.

Ryan me devolvió la sonrisa y me acarició la mejilla con suavidad.

—Cuando cumplí doce años —dijo—, mi madre me preparó una gran fiesta en casa. Invitó a casi todos los niños y niñas de nuestro entorno y le pedí que también os mandara una invitación a ti y a Tom. Al día siguiente, se lo comenté a mis amigos en el instituto. Todos me dijeron que me había vuelto loco porque estaban seguros de que me estropearíais la fiesta de algún modo.

Miré a Ryan. Sabía que ese no era el final de la historia.

Entonces, él suspiró y bajó la mirada.

—Les dije que no comprendía por qué nadie se daba cuenta de lo especial que eras.

Después de decir eso, Ryan me miró directo a los ojos.

La palabra “especial” no se me pasó por alto y eso me hizo retener el aire en mis pulmones, sintiendo la dificultad de poder expulsarlo.

—Primero se quedaron callados —continuó él—. Pero, después, Luke bromeó diciendo que ese era el motivo por el que mi fiesta se iría al traste. Y de allí, salieron un montón de bromas más. Tantas que... —tragó saliva con dificultad y se mordió el labio inferior nervioso—, cuando llegué a casa, busqué vuestras invitaciones entre todas las cartas y las rompí en mil pedazos.

Ryan desvió la vista hacia las llamas.

—En realidad, no me importaba que me estropearais la fiesta. Quizá, incluso eso, habría sido divertido. Pero... —chasqueó los labios y negó varias veces con la cabeza— no quería presenciar ni escuchar nada que pudiera hacerte daño.

Solté el aire de mis pulmones en un fuerte suspiro y le di otro trago al bourbon. Después, le pasé la botella a él.

—¿Y querías que te impidiera una buena borrachera? —dije—. Adelante. Bebe cuanto quieras, Ryan. Estoy deseando saber qué más vomitarás por esa boca.

Ryan me sonrió y le dio un buen trago antes de dejar la botella en el suelo pegada a mí. Entonces, se levantó del suelo y se arrodilló frente a la chimenea de la cabaña. Después, puso varios troncos para avivar el fuego que se había quedado solo en brasas.

Las flamas volvieron a relucir y la luz cálida de las llamas iluminó el

contorno de Ryan que se encontraba de espaldas a mí. El brillo de su pelo negro se realzó con intensidad. Siempre se lo había visto con el mismo corte de pelo deshilachado y con mechones bastante largos.

—Tu cabello —dije sin poder apartar la vista de él.

Sobre sus rodillas, apoyadas en el suelo, Ryan se dio media vuelta para mirarme. Sus ojos verdes claros brillaron acentuando los rasgos duros de su rostro.

—¿Mi cabello? —preguntó extrañado.

Le di un largo trago al delicioso licor de maíz.

—Nunca había ido al colegio hasta que llegué aquí.

Ryan se acomodó y se sentó apoyándose contra la pared, quedándose frente a mí, y esperó a que yo continuara.

—Los niños tenían el pelo de todos los colores. Rubios, castaños, morenos, pelirrojos... Los tonos de cada uno de ellos eran infinitos. Más claros, más oscuros, intermedios... Y todos los llevaban muy bien cortados y peinados.

Desvié la vista hacia la chimenea y lo volví a mirar.

—Tu pelo es de color negro como el azabache. Siempre desaliñado y revuelto. Según le da la luz, se refleja como un color azul brillante. Nunca he visto este color de pelo a nadie que fuera de raza blanca. Además, ese contraste le provoca a tus ojos verdes un color más claro y brillante, como aguas cristalinas de un mar paradisíaco. Y...

Tragué saliva porque noté que la mirada de Ryan empezaba a manifestar un cambio.

Pero él no decía nada. Así que volví a salivar y continué:

—En un montón de ocasiones, no consigo descifrar tu mirada porque se vuelve indefinida y misteriosa. Siempre me he preguntado por qué no la consigo interpretar en esos momentos —volví a beber otro trago de la botella—, justo... como ahora mismo.

Cuando escuchó mis últimas palabras, Ryan hizo un movimiento de cabeza como si se hubiese despertado de golpe.

—Bueno... —carraspeó algo azorado—, entonces..., han sido las veces que no he podido apartar la vista de ti. Porque eres tan diferente a las demás... Eres... eres tan sorprendente e increíble. Y hay tantas cosas de ti que no puedo dejar de observar...

Ryan sonrió y bajó un momento la vista como avergonzado.

Yo lo miraba escuchándolo incrédula y deseando saber a qué se refería.

Entonces, continuó:

—Como... el hecho de que te comportas como si no fueras guapa. Y, sin duda alguna, lo eres. Pero... eso hace que te vea todavía más hermosa.

Ryan llenó los pulmones de aire y vi como lo expulsaba con los labios temblorosos, como si esa confesión le hubiese costado la misma vida decirla, probablemente, por temor a como yo me la tomaría o respondería.

Sin embargo, me vi atrapada entre aquellas palabras.

—Por favor —susurré con un hilo de voz—, sigue hablando.

Él bajó los párpados y tomó aire.

—Pues..., si hablamos de tus ojos..., los tuyos son del color del chocolate, pero tu mirada es transparente y clara. No hay lugar a dudas de que dices lo mismo que ellos. Una combinación que me tiene fascinado desde el primer momento en que te vi. Y... eh...

Ryan calló de repente, como si hubiese decidido que ya había hablado suficiente. Me miraba con la boca entreabierta y los ojos fijos en mi rostro.

Yo lo miraba con auténtica súplica para que continuase hablando al sentir como estaban afectándome sus palabras.

Volvió a aspirar el aire por la nariz y lo expulsó.

—Ahora... —carraspeó—, ya no llevas lentes. Pero has adquirido un tic nervioso involuntario. Sigues llevando el dedo índice hacia tu nariz para recolocarte las gafas —imitó el gesto con su dedo—. Cuando era pequeño, dejaba de prestar atención a muchas cosas de mi alrededor y contaba las veces que lo hacías. Un día, llegué a contar hasta 57. Pero..., cuando más me gusta verte hacer eso, es cuando estás a punto de sacar tu atractivo genio por esa adorable boquita tuya.

Me la señaló con el dedo índice y no pude evitar una sonrisa.

—Esa... rebelde boquita tuya, con forma de cereza, que me hace crecer el deseo de querer besarla hasta quedarme sin respiración.

Ryan se levantó y se me acercó. Me quitó la botella de las manos y bebió. Luego, se sentó en el sofá.

—Ven aquí —dijo haciéndome levantar del suelo.

Me sentó de lado sobre su regazo, pasó un brazo sobre mis hombros y me acurrucó contra su cuerpo.

—Ni hace falta decir que eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida.

Apoyé mi cabeza sobre su pecho pensando que hacía meses que no me sentía valiente en absoluto y se lo dije.

—Precisamente, regresar a casa de mi madre ha sido un acto cobarde de mi parte —confesé.

Ryan dejó la botella en el suelo.

—Abby, precisamente, esa es una de las cosas más valientes que has hecho.

—No veo la valentía en eso, Ryan.

—No todo el mundo es capaz de volver a un pueblo como el nuestro exponiéndose a su gente cuando no sabes lo que serán capaces de decir...

Levanté la vista hacia él. Nunca me lo había planteado de esa manera.

—Además —añadió entonces—, yo te estaba esperando.

—Ryan... —resoplé riendo por lo absurdo que me parecía eso y pensando que ya estaba borracho. Si mi vida no se hubiera derrumbado, nunca hubiera regresado—, no tenía intención de volver jamás. ¿Cómo ibas a esperar a que yo volviera?

—Si no hubieses venido tú, yo habría ido a por ti y te hubiese devuelto al sitio al que perteneces.

—Tenía una vida en San Francisco, Ryan. No podrías haberla interrumpido sin más.

Ryan me miró con determinación.

—Y yo no podía imaginar mi vida sin ti, Abby. Y sigo sin poder imaginármela.

—Eso habría sido una locura —dije riéndome nerviosa e incrédula.

—Una locura fue dejarte marchar —me rebatió muy serio sin un ápice de sonrisa en su boca.

Ryan volvió a coger el bourbon del suelo y se lo llevó de nuevo a su boca. Fue un trago largo que no le dio tiempo a saborear. Se mantuvo callado pero me acomodó más contra su pecho.

Cuando tenía dieciocho años, ¿cuántas veces imaginé a Nathan suplicándome que no me marchara a San Francisco?

Y, ahora, me encontraba allí con Ryan escuchándole decir justo esas mismas palabras. Unas palabras que no me dijo entonces y que me parecían incoherentes ahora.

Sin embargo, en ese momento, necesitaba creer en ellas.

Más que nunca.

Porque, entre otras cosas, estábamos huyendo de la justicia. Y, hacía unas horas, jamás hubiera imaginado que Nathan fuera la causa de esa situación en aquel momento.

Cerré los ojos.

Me sentía vulnerable por haber incumplido la ley aunque hubiera sido para salvar nuestros propios traseros. Pero, al mismo tiempo, me sentía segura acunada entre los brazos de Ryan.

Quizá empezaba a sentir la misma locura por él.

O, tal vez, ya lo estaba.

Porque Ryan estaba consiguiendo adueñarse de mí. Me estaba conquistando y a mí me resultaba muy fácil dejarme llevar por él.

Demasiado fácil.

—¿Qué le has puesto a la bebida, Ryan? —pregunté al darme cuenta de mis pensamientos—. Tú ya no sabes ni lo que dices y, además, estás logrando adueñarte de mi juicio.

Ryan bajó la cabeza y me miró a los ojos. Me acarició la mejilla y me apartó un mechón de pelo que había caído sobre mi frente. Me mostró una escasa sonrisa y dijo:

—No hay nada en la botella excepto el licor. Y lo único que quiero es compensarte por cada error que cometí en el pasado, Abby.

El pasado.

Maldito fuera el pasado.

Ahora no me estaría haciendo tantas preguntas si hubiese tenido un sencillo y normal pasado.

Y tampoco estaríamos en esta situación si Nathan...

Abby-17 años-Mayo

Joe había muerto de un ataque al corazón.

La Sra. Tyler se encontró a *Naughty* ladrando sin parar en plena calle y se acercó para ver lo que ocurría. Cuando entró en el taller, se encontró a Joe tumbado en el suelo sin poder hacer nada.

El día de su entierro fue tan sorprendente como desolador. La iglesia estuvo llena a reventar y toda esa gente acudió al cementerio para su despedida final.

Pero yo ni me fijé en quienes habían acudido allí porque, además de que ese día no me puse las gafas, las lágrimas me lo impedían.

Sabía que la mayoría eran clientes habituales y daba por supuesto que muchos también se encontraban allí para poder hablar de Joe después de que todo hubiera pasado.

Ese día, Tom y yo lo pasamos cogidos de la mano o abrazados.

Mike y mi madre, junto con Ben y Penny, ayudaron con la atención de la gente que no sabían muy bien a quién dar el pésame.

Al final del día, me encerré en mi habitación y lloré hasta que todo el cansancio me dejó dormir.

Tom tenía que cuidar de *Naughty* que había pasado el día solo en casa de los Sres. Johnson.

Ben y Penny aceptaron cuidar del perro en el mismo momento que Tom se lo llevó con él. Y lo harían ellos porque ni Tom ni yo podíamos llevarnos a *Naughty* a San Francisco.

A la mañana siguiente, Tom entró en mi habitación después llamar a la puerta con suavidad. En su mano, llevaba la roca con minerales brillantes que ponía Abby y Tom y el nombre de Joe impreso debajo.

Entonces, se sentó a los pies de mi cama donde yo lo miraba con los ojos irritados y enrojecidos por todo lo que había llorado el día anterior. Luego, miró la piedra con atención y chasqueó los labios.

—He venido a darte mi piedra —me dijo. Después, se levantó y la puso en la estantería donde descansaban mis novelas, al otro lado de mi roca, y se giró para mirarme—. No voy a llevarme nada a San Francisco que tenga que ver con Crossboots y sé que esta piedra significa mucho más para ti.

Tras decir eso, vi cómo sus ojos se aguaban y salió tan deprisa de mi habitación que no me dio tiempo de agradecerle el gesto que acababa de tener conmigo.

Porque Tom tenía razón.

Esas dos piedras significaban muchísimo más para mí que para él.

Las habíamos encontrado juntos en el arroyo y habíamos hecho muchos esfuerzos para conseguir sacarlas de lo más profundo.

Pero, que Joe hubiese impreso nuestros nombres en ellas junto con el suyo, les dio un valor especial en mi corazón.

Me marchaba a San Francisco con Tom e, igual que él, no iba a llevarme nada de Crossboots. Quería borrar lo que había sido y sentido aquí tanto como me fuera posible.

Pero era incapaz de desprenderme de nada que hubiese llenado mi vida de un modo tan significativo e importante como el recuerdo de ver a Joe cincelandos esas pequeñas rocas en su taller.

El taller de Joe que aguardaba cerrado desde el mismo día que nos dejó.

Y nunca le dijimos a Joe que nos iríamos a San Francisco.

Estábamos esperando a darle la noticia después de nuestra graduación.

Capítulo 26

—Oye, Ryan... ¿qué pasó entre Luke y Nathan? ¿Tiene algo que ver con este asunto de los federales?

No pude evitar preguntarle eso mientras él seguía acunándome entre sus brazos en aquel sofá muñado de la cabaña de su amigo.

Ryan inspiró profundo por la nariz y se quedó callado otro rato antes de hablar.

—No... Luke y Nathan dejaron de hablarse después de terminar el instituto. A finales de las vacaciones.

—¿Por qué?

—Abby..., no estoy seguro de si debería explicártelo en estos momentos. No es un asunto agradable en absoluto. —Ryan me miró con determinación—. Podría afectarte demasiado y ya tenemos suficiente por ahora.

Esa afirmación ya me afectó. Manoseé el trébol y, luego, me quedé paralizada entre sus brazos sin saber qué decir. Ahora mi estado de ánimo era bueno, estable. Incluso alegre por el alcohol que había bebido. Había dormido bastantes horas a lo largo del día y me encontraba descansada.

Haber pasado todo ese rato entre confidencias ante la luz de las llamas de la chimenea me habían relajado.

Pero había sufrido trastornos en los últimos días que podían volver a remitir. Escuchar algo que me afectara de forma emocional podía llevarme a caer de nuevo en estado de ansiedad. ¿Debería exponerme a eso?

Cogí aire y exhalé.

Si quería respuestas, no tenía otra alternativa más que arriesgarme.

Y... qué demonios.

Quería respuestas.

—Adelante, Ryan. Dispara.

Ryan me abrazó más fuerte y cogió la botella de bourbon del suelo.

—Toma —dijo ofreciéndomela—. Cuando lo necesites, échale un trago.

Era una estupidez pero ese gesto me tranquilizó y me acurruqué más

contra su cuerpo.

—Luke y Jennifer Brighston estaban enamorados —empezó Ryan.

—¿Luke enamorado? —me sorprendí—. ¿De Jennifer Brighston? ¿La Jennifer de Will Hellman?

—Oye... ¿quieres que te lo cuente? Porque todavía hay muchísimo más para quedarse de piedra. Te lo aseguro.

—Pues tendrás que sacar otra botella de estas, *querido* —dije dándole un trago al bourbon—. Es imposible imaginarme a Luke enamorado sin estar borracha.

—Oh, vamos, Abby —dijo Ryan con fastidio—. Deberías darle una oportunidad a Luke. Ni siquiera has intentado conocerle.

Eso era una pura y auténtica verdad. Jamás quise conocerle.

—Sí —dije aceptando ese hecho—, tienes razón. Sigue contando. Tal vez después, vaya a buscarle y nos tomemos una de estas, juntos —señalé la botella.

Ryan se rio y me la quitó. Le dio un trago y me la devolvió.

—Luke no bebe alcohol, preciosa —dijo dándome un beso en la cabeza—. Nunca lo ha hecho. Lo más fuerte que toma es cerveza sin alcohol.

Me quedé mirándolo sorprendida.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, Abby. En absoluto —respondió muy serio.

Ryan me dejó descolocada. Otra vez.

Siempre había catalogado a Luke como un delincuente. Por supuesto, le había incluido características como: bebedor, drogadicto, mujeriego, y estafador.

Y, ahora, debía tachar de mi lista la palabra *bebedor*.

Así que mi interés por saber lo que había ocurrido se avivó.

—Por favor, continua —le alenté.

—Jennifer estaba sobreprotegida y muy controlada por sus padres. Ellos querían que su hija siguiera el camino estricto que le habían trazado para que se hiciera abogada y trabajara en el bufete que ellos habían levantado de la nada. Pero... —Ryan suspiró— Jennifer no quería seguir ese camino. Ella quería ser actriz, irse a vivir a California y vivir lejos de sus padres. Claro que

ellos no habrían aceptado jamás que su hija saliera con el hijo de un viudo alcohólico y arruinado como Luke.

—Yo, simplemente, no hubiese querido que estuviera con Luke. Punto.

—Abby...

—¿Qué?

Ryan me miró con cara de súplica para que rectificara mis palabras. Me estaba regañando y yo sabía que no debía haber dicho eso.

—Está bien... Lo siseento... —me disculpé—. Por favor, sigue.

Ryan cogió aire como si con eso pudiera cargarse de un poco de paciencia también.

—Los padres de Jennifer querían que su hija saliera con Will quien, ya sabes, es el hijo de uno de sus socios más importantes del bufete. Jennifer había crecido con él desde que eran pequeños y la verdad era que eran grandes amigos. Pero ninguno de los dos quería tener una relación y sabían que no llegarían a ninguna parte juntos. Así que... Jennifer le pidió a Will que fingiera ser su novio mientras se veía con Luke a escondidas. Eso fue la parte fácil.

—¿Fácil? ¿Fingir algo que no sientes?

—Lo fue porque, en realidad, todos íbamos juntos a todas partes. De todas formas, Will hacía lo que quería sin tener que dar explicaciones a nadie porque, entre nosotros, sabíamos la verdad. Así que los cubrimos en todo momento. —Ryan respiró profundo—. El problema... fue cuando las drogas empezaron a circular por las fiestas y Nathan fue quien empezó a ofrecerlas. Entonces, Luke vio otra oportunidad de hacer dinero.

—Por qué será que eso no me sorprende...

—Abby, Luke solo quería reunir lo suficiente para planear una huida a California con Jennifer. Todos sus amigos estaban a punto de graduarse e irse a la universidad y él no tenía ningún futuro aquí. Ni trabajo, ni dinero, ni nada. —Levantó las cejas y me miró como preguntándome si lo entendía—. Solo le quedaba el sueño de irse con Jennifer lejos de aquí y empezar de cero donde nadie los conociera. Además, él nunca probó nada de lo que vendía. Lo que quería era el dinero y él sabía que no importaba quien vendiera las drogas. La gente las pedía y Luke las suministraba. Si no hubiese sido él, lo habría hecho otro. Y mucho de ese dinero le sirvió para tener un plato caliente en la mesa mientras su padre se gastaba en alcohol la ridícula pensión que recibía del estado.

—¿Jennifer sabía todo eso?

Ryan respiró hondo mientras yo tachaba de mi lista negra la palabra *drogadicto*.

—Sí, por supuesto —contestó—, pero lo que Luke descubrió demasiado tarde fue lo que le ocultó Jennifer durante algún tiempo.

—¿Lo engañaba con otro? —aventuré.

—No —dijo—, bueno... no exactamente. Luke le advirtió a Jennifer que se mantuviera lejos de lo que hacía Nathan, quien también escondía sus trapicheos. Salía con Chelsea por conveniencia. Solo la atendía cuando la necesitaba de cara a los demás. Pero, cuando ella se despistaba, Nathan aprovechaba para vivir la vida a sus espaldas.

—Siempre pensé... —dije tragando saliva— que ellos eran... perfectos...

—No, Abby. —Ryan me acarició el pelo y medio sonrió—. No lo eran. Nadie lo fue...

Asentí con la cabeza.

—Sigue, por favor —le pedí.

—Jennifer se sentía muy presionada. Sus padres... La relación escondida con Luke... Así que... Nathan empezó a ofrecerle drogas. La convenció diciéndole que eso la ayudaría a olvidar todos sus problemas. —Ryan negó con la cabeza—. Al principio, nadie nos dimos cuenta de lo que pasaba pero, pronto, Luke y Jennifer empezaron a tener discusiones frecuentes y fue cuando Luke comenzó a sospechar que pasaba algo.

Ryan cogió la botella de bourbon y bebió otro largo trago.

Yo me quedé en silencio procesando toda aquella información. Nunca imaginé a Nathan y a Luke como Ryan los estaba exponiendo.

—Tres meses después de la graduación, Nathan organizó una fiesta en su casa aprovechando que Chelsea y Allison se fueron a Dallas. Ellas habían conseguido un piso de estudiantes cerca del campus de la universidad y fueron a instalarse allí... —Ryan hizo un pausa y miró hacia la chimenea—. Ese mismo día, Luke fue a la ciudad para buscar un hotel y mirar qué transporte podría usar para largarse de Crossboots con Jennifer. No tenía claro si alquilar un coche, coger el tren o el autobús. Solo quería planificarlo todo. —Entonces, Ryan me miró—. Regresó de madrugada y, cuando llamó a Jennifer para contarle cómo había ido todo, ella no le cogió el teléfono. Se acercó a su casa pero el coche de Jennifer no estaba donde siempre lo aparcaba.

Inspiré hondo como intentando prepararme para lo que venía porque la cara de Ryan se había endurecido y parecía ausente.

—Cuéntame más.

Ryan me observó unos momentos. Luego, me devolvió la botella.

—Bebe —me ordenó.

Bebí un trago más corto que el suyo porque ya estaba algo agitada.

—Luke llamó a Will —continuó—. Estaba en la fiesta de Nathan y Jennifer también. Ella le había pedido que condujera su coche porque quería beber. Así que Luke fue para allá. Pero..., cuando llegó, Will estaba hablando con Elisabeth Fowler y nadie sabía dónde se encontraba Jennifer. Entonces, Will y Luke empezaron a buscarla por toda la casa hasta que...

Ryan aspiró fuerte y expulsó el aire muy despacio.

—¿Qué?

—Hasta que abrieron la puerta de la habitación de Nathan. Lo primero que vieron fue un montón de gente ligera de ropa. Pero lo peor fue que Luke vio a Jennifer allí y estaba con Nathan. Él tenía el torso con líneas de cocaína y ella se las estaba esnifando.

—Dios Santo... —susurré dándome un cachete mental para tachar la palabra *mujeriego* de mi estúpida lista.

—Luke... se volvió loco y saltó contra Nathan para darle una paliza que este todavía recuerda. Todo el mundo paró lo que estaba haciendo y tuvieron que agarrar a Luke entre cuatro. Will se apresuró para llevarse a Jennifer y a Luke de aquella habitación. Se los llevó al coche de Jennifer y condujo sin saber a dónde ir. Luke iba en el asiento del copiloto en estado de shock y Jennifer estaba tumbada en los asientos de atrás sin dejar de llorar y pedir perdón. Entonces...

Ryan volvió a callar y me volvió a mirar atento.

—¿Qué, Ryan? ¿Qué pasó?

—Un ciervo se cruzó en su camino. Will dio un volantazo que no pudo dominar y el coche dio dos vueltas de campana. Aterrizó contra un árbol boca abajo y... —tragó saliva— Jennifer murió en el acto porque no llevaba puesto el cinturón.

Mi corazón se paralizó y sentía que no podía respirar. Empecé a notar cómo se me nublaba la visión.

—¿Estás bien? —Escuché como en la lejanía—. ¿Abby?... Abby... ¡Abby!...

Rápido, Ryan me tumbó sobre el suelo y me levantó las piernas.

Tras una oscuridad, mis ojos se abrieron.

—¿Abby? —dijo alguien.

—¿Sí? —susurré.

—Dios mío, Abby. Me has dado un susto de muerte. Ven, vamos, levántate. Yo te ayudo. —Unos brazos me rodearon por debajo de las axilas y me levitaron sin esfuerzo. Luego, vi un vaso ante mis ojos—. Bébetelo.

Fijé más la vista porque estaba desorientada. El rostro que tenía delante estaba pálido y abatido.

—Ryan.

—Sí... Ryan —dijo en un suspiro—. Te has desmayado unos segundos y estaba a punto de llevarte a un hospital.

—No... Ningún hospital... —musité antes de beber del vaso que me había ofrecido Ryan. Era agua con azúcar.

—Vale —lo dijo como si, en realidad, le diera igual si era o no una buena respuesta mientras me abrazaba fuerte contra su cuerpo.

Yo me dejé arropar al notar que no podía sostenerme por mí misma, ya que me sentía débil y floja para mantenerme en pie.

Entonces, reconocí que seguíamos en la cabaña.

—¿Abby?

—¿Sí?

—Voy a llevarte a la ducha. Creo que eso te ayudará a despejarte. Necesito que estés despierta un rato, ¿de acuerdo?

No sabía si eso era necesario para lo que acababa de ocurrir. Pero los dos olíamos a sudor y llevábamos muchas horas sin aseo higiénico.

—Bien —acepté—. Lavemos la ropa también.

Sin pensárselo dos veces, Ryan me cogió en brazos y se dirigió al baño. Quitó nuestras ropas y, sin soltarme, se giró un momento y abrió el agua caliente.

Nos duchamos y lavamos la ropa. Nos secamos y nos envolvimos cada uno con una toalla.

Después, me levantó en brazos y me llevó a la habitación.

Fue, entonces, cuando los recuerdos volvieron a mi mente.

Jennifer Brighston estaba muerta.

Ryan se tumbó a mi lado, acercó su pecho contra mi espalda y me abrazó.

—Lo siento —dije todavía afligida por la historia que Ryan me había contado y las consecuencias de mi testarudez por querer saberla.

—Ya pasó, preciosa —dijo Ryan acariciándome la mejilla—. Ya pasó. No me moveré de tu lado.

Pero no conseguía relajarme. Estaba muy inquieta y todo volvía a mi mente una y otra vez.

Un rato después, giré mi cuerpo hacia él y lo miré.

—¿Will quedó herido de la garganta?

Ryan negó con la cabeza.

—En realidad, a Will no le ocurrió nada. Tampoco se quedó sin voz. Solo, dejó de hablar. Se siente culpable por todo lo que pasó y todavía no lo ha superado.

—Oh, Dios mío. Siento haberle mencionado a Jennifer el otro día —dije tan arrepentida como me sentía.

—No te preocupes por eso. Él lo entendió perfectamente, ¿de acuerdo? No pienses más en ello.

Pero yo seguía dándole vueltas al asunto.

—¿Tú estabas en esa fiesta? —le pregunté.

Ryan me miró y, luego, cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, su expresión era de dolor.

—No, Abby. Ni siquiera estaba en el pueblo ese día y no pude hacer nada por ellos.

—¿Por qué Luke no se fue de Crossboots?

—Por Mike. Fue él quien se encontró el coche y se encargó de todo. Después de contactar con todos los familiares afectados, el único que no fue al hospital fue el padre de Luke. —Ryan carraspeó—. Así que se presentó al parque de caravanas y se lo encontró borracho en el suelo de la entrada de su vivienda. Lo levantó del suelo y le explicó lo que había ocurrido. Pero... —negó con la cabeza— no encontró la respuesta que esperaba. El padre de Luke le dijo que era una pena que no fuera su hijo el que hubiese muerto porque era un inútil y un hijo de puta y que no pensaba pagar una sola factura del centro hospitalario.

—Dios... —susurré.

Ryan me acarició la espalda en un gesto tranquilizador.

Lo miré pidiéndole más. Así que continuó:

—Mike regresó al hospital. Luke se había dislocado el hombro y se había roto el brazo izquierdo. Así que tuvieron que operarlo. Mike le dijo que él le ayudaría con todo lo que pudiera. Pero, a cambio, quería que se entrenara para entrar a formar parte de su equipo como ayudante del sheriff del

condado.

Asentí con la cabeza. Así era Mike.

—Por supuesto, Luke aceptó. Nadie había hecho nada parecido por él y no desaprovechó la oportunidad. Pagó parte de las facturas con el dinero que había conseguido para el viaje a California y el resto se lo prestó Mike. Ahora se lo está devolviendo y le está pagando también por el alquiler de su pequeño apartamento que tiene en el centro del pueblo. Y puede hacerlo gracias al trabajo que le ofreció.

Mientras asimilaba todo aquello, me acurruqué más contra el cuerpo de Ryan.

—Tenías razón... —me lamenté toqueteando mi colgante.

—¿Sobre qué?

—Siempre he estado al margen ignorando un montón de cosas.

Ryan me abrazó más fuerte y me besó en la frente.

—Ojalá que eso hubiese continuado siendo así —me dijo—. Ojalá no hubiese tenido que explicártelo cuando todo está tan patas arriba...

Taché *estafador* de mi lista negra automáticamente.

Abby-17 años-Mayo

—Deberíamos ir.

—¿Deberíamos ir?

—Tenemos que ir.

—¿Por qué?

—Porque no volveremos a tener diecisiete años otra vez. Si no vamos al baile de graduación, nunca sabremos lo que nos habremos perdido.

—Tom, nunca nos hemos presentado a ningún baile organizado en el instituto. ¿A quién le importa lo que nos hemos perdido?

Tom me miró categórico.

—A mí.

Respiré hondo.

Tom quería ir al baile de graduación y yo no veía la manera de quitárselo de la cabeza.

Entendía que él quisiera ir a pesar de todo lo que yo veía en contra. A él le llamaba la atención ese tipo de fiestas. Gente vestida de gala, luces brillantes, música, bailes...

Tom me lo había pedido un par de veces antes. Pero yo siempre me había negado a ir a cualquiera de ellas.

Pero esta era la última oportunidad que tenía él para vivirlo. Y a mí, cada vez, me costaba más negárselo.

Tom me había acompañado a lo largo de estos años con la mayoría de mis ocurrencias y había llegado el momento de devolverle el gesto.

—Está bien, Tom. Iremos.

Tom me sonrió complacido.

—Gracias, Abby.

—Te das cuenta de que vamos a ser el chismorreo de toda la fiesta, ¿verdad? —le reproché.

—Te equivocas. Siempre nos han ignorado. Y lo seguirán haciendo —dijo con una amplia sonrisa aleteando las pestañas con esa gracia que tenía.

Le sonreí por su valentía en aquel momento y me ajusté las gafas con el dedo índice.

—Sí. ¿A quién coño le importan los chismorreos?

—Arranca —dijo Tom sonriendo—. Nos vamos al centro comercial.

—¿Ahora?

—Solo quedan dos días. Tienes que comprarte un vestido.

—¿Vestido?

—Y zapatos.

—¿Zapatos?

—Con tacones.

—¿Con tacones?

—Altos.

Miré el arroyo a través de la luna delantera de mi pick-up.

Volvía a estar metida en un buen lío.

Pero, esta vez, era Tom quien me había embaucado.

Capítulo 27

Llevábamos abrazados en la cama un par de horas.

Ryan había procurado convencerme para que me durmiera, pero no lo consiguió. Era imposible conciliar el sueño porque lo que yo quería era saber más.

Así que Ryan terminó contándome que Nathan quedó en segundo plano tras todo lo ocurrido con Jennifer.

En el funeral, Nathan parecía estar destrozado. Sabía que nunca más podría acercarse a Luke porque este jamás lo perdonaría. Así que prefirió aproximarse a Ryan cuando se lo encontró solo e intentó explicar porqué Jennifer había llegado a su habitación.

Según le contó, le aseguró que Jennifer nunca le había sido infiel a Luke. Le contó que Jennifer fue a la fiesta a buscar su dosis de cocaína pero Nathan le ofreció más que eso. Compartieron MDMA y los efectos la desinhibieron poco rato después. Entonces, Nathan creyó conveniente mantenerla cerca de él. Pero todo se descontroló cuando algunos subieron a la habitación. Según Nathan, una cosa llevó a la otra hasta que Will y Luke los encontraron.

Ryan no sabía hasta dónde podía creer a Nathan pero eso fue lo único que se pudo saber de todo aquello.

Y, a partir de entonces, Nathan entró en un círculo vicioso de drogas y sexo. Sobre todo, en la universidad donde comenzó a relacionarse con la prostitución hasta convertirlo en su propio negocio. Y, después, llegó a servirle de tapadera para el comercio ilegal de mujeres.

Todo estaba en los archivos confidenciales de los federales. Pero Mike y Luke hacía tiempo que lo tenían en el punto de mira porque, en la comisaría principal de la ciudad, una chica puso una denuncia contra el local de Nathan. El comunicado llegó a la oficina de Mike al instante. Pero al día siguiente, esa chica retiró la acusación. Sin embargo, Luke le insistió a Mike para seguirle la pista a Nathan porque no se fiaba de él.

Por si fuera poco, Nathan blanqueó dinero cuando ayudó a montar el

negocio de diseño y moda de Chelsea y Allison.

Cuando Chelsea se dio cuenta de todo lo que pasaba, ya fue demasiado tarde para deshacer cualquier trato comercial con Nathan. Chelsea solo pudo romper su relación con él y llegaron a un acuerdo de silencio a cambio de una vida discreta alrededor de los contactos y clientes potenciales de la tienda.

Con el colgante entre mis dedos, recordé mi cita con Nathan.

—Solo hace unos días que estaba cenando con Nathan —comenté— y nada me hacía pensar algo así. Y eso que Chelsea lo ridiculizó delante de mí.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Ryan suspiró por encima de mi cabeza.

—Casi los mato a los dos solo por eso... Pero Luke y el portero me sacaron a la fuerza por la puerta cuando estaba a punto de entrar en el restaurante.

Alcé la mirada.

—Entonces, ¿estabas allí?

Ryan suspiró.

—Estaba allí, Abby. Tenía que estar allí —dijo categórico—. Mike y Luke consiguieron un favor del propietario del restaurante. El dueño es el maestro de artes marciales de Luke en el gimnasio y excompañero de Mike de las fuerzas armadas del ejército. Nos dio permiso para poner un micrófono en la mesa que Nathan había reservado. Reed aparcó la furgoneta muy cerca de allí y los cuatro estuvimos escuchando toda la conversación.

Bajé la mirada y apoyé la cabeza bajo su barbilla.

—Entonces, eras tú la silueta que había bajo el árbol... Fuiste tú quien interrumpió la conversación aquel día...

Noté cómo Ryan tragaba saliva.

—Sí..., fui yo.

—Y todos esos días inexplicables que Mike y Luke tenían guardia estaban relacionados con Nathan y... conmigo.

—Sí. Todos.

—Y mamá estaba al corriente de todo.

—Todos estábamos muy preocupados, Abby. No sabíamos las intenciones que él tenía contigo. Y la operación federal de anoche contra Nathan y Donaldson lo complicaban todo.

Noté cómo mi cuerpo se alteraba un poco causándome algo de ansiedad. Toda aquella información empezaba a golpear en mi interior aunque le estaba

muy agradecida a Ryan porque no me hubiese escondido ningún detalle.

—Tengo hambre —dije desembarazándome de sus brazos y levantándome de la cama. Luego, me reajusté la toalla que me envolvía.

Él se quedó algo desconcertado pero se levantó, después de que lo hiciera yo, recolocándose su propia toalla.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Oh, sí —dije para tranquilizarlo—. Pero llevo un montón de horas sin comer. ¿Crees que encontraremos algo en la despensa?

—Seguro.

—Bien, pues yo me encargo de preparar algo —dije saliendo de la habitación. Necesitaba mantener las manos ocupadas haciendo cualquier cosa, aunque solo fuera para preparar un sándwich.

Me dirigí a la cocina y abrí la nevera.

Solo había agua.

Abrí el congelador.

Solo había hielo.

—Perfecto —musité frustrada.

Escuché la puerta del baño cerrarse. Ryan se había metido allí. Entonces, miré el reloj que había colgado en la pared del salón abierto. Eran las cinco de la tarde.

Abrí la puerta de un armario de la cocina.

Platos y vasos.

Me volví para abrir otro armario cerca de los fogones.

Ollas y sartenes.

Me mordí los labios y miré alrededor mientras mi mano tocaba el trébol inconscientemente.

Una puerta que me había pasado desapercibida y que estaba cercana a la nevera me llamó la atención. Me acerqué y la abrí.

—Genial.

Esa despensa estaba llena de conservas y víveres. Cogí un paquete de espaguetis y una lata de tomate frito. Puse a hervir agua en una olla y preparé una sartén para calentar la salsa.

Entonces, Ryan salió del baño.

—Tenemos que irnos —lo dijo tan serio que me asusté.

—¿Qué ocurre? —pregunté girándome de inmediato.

Ryan estaba de pie junto a la nevera con una expresión muy sombría. Con su mano derecha, sujetaba con fuerza un móvil. En la otra, asía la ropa

mojada que había recuperado del baño.

En ese momento, la olla donde iba a cocer los espaguetis me avisó de que el agua empezaba a hervir.

—Creía que estábamos completamente incomunicados —le recriminé señalando el móvil que su mano sujetaba cada vez con más crispación.

—No pueden localizarnos ni relacionarnos con este teléfono.

Ryan se me acercó, dejó el móvil encima de la encimera y dejó caer la ropa mojada al suelo. Luego, me puso una mano en la mejilla y con la otra me sujetó fuerte por la cintura, como si tuviera miedo de que yo pudiera escurrirme de entre sus brazos.

Su mirada era descorazonadora.

—Nathan ha muerto en el tiroteo —dijo sin tregua dejándome sin aliento.

Noté un cosquilleo de aprensión subiéndome por el pecho y tragué saliva con dificultad. Paré atención a la reacción de mi cuerpo pero sabía que no iba a desmayarme de nuevo. Tal vez, porque esa posibilidad ya la había previsto de forma inconsciente tras todo lo ocurrido hasta aquel momento. Solo notaba la misma necesidad de hiperactividad a la que llevada un rato dándole cuerda en la cocina.

Ryan continuó hablando mientras prestaba atención a mi reacción.

—La noticia ya ha salido en los periódicos locales. Es hora de que regresemos. Tenemos que dar algunas explicaciones y cuanto antes terminemos con esto, antes nos libraremos de toda esta mierda.

Entonces, noté cómo mi cuerpo se aceleraba. Lo último que necesitaba en ese momento era más presión sobre mi vida. La necesidad de hacer alguna cosa con mis manos aumentó aún más.

—Bien —dije mirándolo a los ojos—, pero antes tengo que poner los espaguetis en la olla. El agua ya está hirviendo. Y también tengo que calentar el tomate frito. Después, prepararé café. Y, tal vez, también pueda hacer unos *brownies* con el preparado que hay en la despensa. Espero que el horno funcione.

Me di la vuelta y me solté de Ryan para coger los espaguetis y ponerlos en la olla.

Sabía que había enumerado demasiadas cosas para hacer cuando acababa de aceptar que teníamos que irnos sin demasiada demora.

—¿Estás bien? —preguntó Ryan.

Desde luego, no me sorprendía esa pregunta. Me hubiera reído por lo absurdo de mi reacción. Pero era evidente que mi cordura no estaba bien

sintonizada.

Ryan quería volver cuanto antes y a mí aquella situación me estaba empezando a asustar. Seguía atenta a cualquier síntoma de ansiedad grave pero no estaba hiperventilando, no tenía mareos y no me sentía débil como hacía unas horas. Solo notaba que mi estómago crujía y que necesitaba comer.

—Sí, estoy bien —respondí suspirando—. Solo estoy famélica y necesito tener las manos ocupadas. Todo esto me está sobrepasando un poco.

Luego, encendí el fuego donde se encontraba la sartén y volqué el bote de tomate frito para calentarlo.

—Entonces, nos quedaremos aquí —dijo él irrevocable—. No voy a dejar que te enfrentes a esto si no estás preparada.

¿Preparada?

Paré en seco todo lo que estaba haciendo y me quedé quieta pensando en su breve prédica.

Entonces, respiré hondo.

“¡Maldita sea! ¡Yo no estaba metida en asuntos turbios como lo era la trata de personas!”, pensé crispada.

Un sentimiento de rebeldía se apoderó de mí.

Ni siquiera sabía por qué tenía que estar huyendo.

Bueno... me había empotrado contra un coche federal. Había huido de otro sobrepasando el límite de velocidad. Había maniobrado bruscamente saltándome las señales viales para meterme en la carretera cruzando una vía lateral en sentido contrario. Toda una huida con persecución incluida. Y, todo eso, conduciendo un coche intervenido por los federales y que lo había utilizado sin el consentimiento de nadie.

Sí... estaba metida en un buen lío y tenía que afrontar las consecuencias.

Una cosa era el sufrido esfuerzo que tenía que hacer para recuperar mi propia vida.

Y otra, muy distinta, era no saber afrontar mis acciones. No importaba si lo hacía más pronto o más tarde. Cuanto antes nos descubriéramos, antes saldríamos de ese embrollo.

“Si es que salíamos”, pensé.

Además, estaba harta de todo aquello. Y era absurdo retrasarlo por culpa de la leve ansiedad que me provocaba todo eso.

Si volvíamos a casa, antes podríamos volver a la normalidad y disfrutar de mi nueva relación con Ryan. Porque eso era lo que hacían las parejas que se

descubrían en sus inicios. Disfrutar el uno del otro. Conocerse.

Vivir.

Y yo necesitaba justamente eso: vivir de nuevo, donde fuera, con quien quisiera y, a ser posible, sin meterme en más follones.

Joder.

Ryan había vuelto a conseguir que todo me provocara el efecto contrario.

—Ni hablar —dije levantando la cuchara de madera que estaba agarrando con demasiada fuerza—. Saldremos de aquí después de comer y nos turnaremos para dormir durante el viaje. Tú también tienes que descansar. No creo que hayas dormido más de cuatro horas en todo el día.

—Abby... —dijo él dudando—, ¿estás segura?

—Sí, Ryan. Estoy segura.

—Bien —aceptó suspirando y girándose en redondo.

Luego, le dio un trago a la botella de bourbon que había rescatado del suelo frente al sofá del salón. Se sentó y dejó caer todo su cuerpo contra el respaldo del muñado asiento. Se tapó la cara con una mano y resopló apartándose el flequillo ladeado de su frente.

—Tendremos que preparar algunas respuestas para que todo quede aclarado ante los federales. Los dos debemos ir en una sola dirección.

—De acuerdo.

Ryan se levantó del sofá, avivó el fuego de la chimenea y recogió la ropa mojada. Entonces, la colocó apoyada sobre dos sillas muy cerca de las llamas.

—Abby...

—¿Sí? —dije removiendo el tomate frito.

—Eh... Yo...

Entonces, se calló.

—¿Qué, Ryan? Cada vez que empiezas a hablar sin decir nada me enerva la sangre —le recriminé.

Ryan cerró los ojos con expresión abatida y suspiró.

—Ojalá hubiese podido evitarte todo esto —dijo al fin—. Ahora mismo, no estoy seguro del efecto que nos va a ocasionar esta huida.

Me giré y lo observé sentado con el rostro lleno de culpabilidad. Los dos sentíamos la misma inseguridad sobre eso. Pero no todo era culpa suya. Yo solita me había implicado en todo aquello.

—Es demasiado tarde para pensar en las consecuencias, Ryan —dije con pesar—. Pero estamos metidos en esto juntos, ¿de acuerdo?

Me di la vuelta y colé los espaguetis para servirlos en dos platos. Eché el tomate frito por encima y lo revolví. Entonces, noté cómo una mano de Ryan empezó a acariciarme el pelo con ternura y sin previo aviso. Sentía el calor de su cuerpo por detrás de mí y me abrazó rodeándome la cintura apoyando la barbilla sobre mi cabeza.

—Juntos —dijo en un susurro—. Y no dejaré que nada nos separe.

Era una promesa.

Cerré los ojos y respiré hondo.

Esa promesa ya me la habían hecho antes.

Pero no se cumplió.

Cogí los platos de espaguetis y los levanté.

—Vamos, Ryan, la comida está lista —dije azorada al pensar aquello—. Y tenemos que irnos.

Ryan me besó la coronilla antes de soltarme y sentarse en la mesa. Serví los platos y dimos cuenta de los espaguetis. Los dos estábamos hambrientos.

Abby-17 años-Mayo

Hacía media hora que habíamos entrado en la cancha del gimnasio del instituto. Tom y yo estábamos plantados cerca de las parejas que bailaban en el centro de la pista del baile de graduación.

La fiesta había empezado un par de horas antes pero conseguí convencer a Tom de que era mejor que llegáramos tarde. Cuanto más ocupada estuviera la gente a la hora de entrar en aquella sala, más desapercibidos estaríamos nosotros.

Y así fue.

Tom llevaba puesto uno de los trajes que le había dejado su padre porque su peso y estatura habían alcanzado la misma que Ben. En el ojal de su solapa llevaba un pequeño ramillete que mamá había cogido de nuestro jardín y lo había ligado igual de bonito que si lo hubieran hecho en la floristería.

Por suerte, pude convencer a Tom de que se ahorrara de comprar el ramillete para mi muñeca. No veía la gracia de llevar una inútil flor que, estaba segura, no haría más que molestarme.

Me aparté unos mechones de mi pelo largo. Habían caído hacia delante de mi hombro y me molestaban. Siempre lo llevaba recogido en un moño o una coleta. Pero, esa noche, decidí que sería mejor llevarlo suelto. Sin embargo, era un poco agobiante porque el cabello me daba mucho calor.

En el centro comercial, Tom me ayudó a escoger el vestido para esa fiesta.

Los dos estuvimos de acuerdo con el elegido.

Era de color azul muy oscuro y de tirantes gruesos. Quedaba entallado y amoldado a la parte superior de mi cuerpo hasta el nacimiento de mis caderas. La parte delantera estaba estampada con finas líneas falsas, plateadas en brillantina, simulando un cosido de pedrería reluciente.

De caderas hacia abajo, varios telares finos superpuestos ocultaban mis piernas por completo. No era el mejor vestido de la ceremonia pero me daba igual.

Sin embargo, volvía a tener un gran problema con los dichosos zapatos.

Tom había escogido un par de sandalias de tacón alto y suela fina. Eran de color plateado y también lucían brillantes quedando el conjunto a la perfección con el vestido.

Pero no conmigo.

No había soltado el brazo de Tom desde que aparqué el coche en el estacionamiento del instituto. Había andado a su lado intentando disimular la torpeza absurda a la que él me había sometido pero que yo había consentido porque se lo debía.

En esos momentos, mis ojos miraban maravillados a través de mis gafas todo aquel trabajo de decoración que había a nuestro alrededor.

Realmente, sentí envidia de todos aquellos adolescentes que habían disfrutado de todas esas fiestas que nosotros nos habíamos perdido.

Muy en el fondo, me hubiese gustado ser como ellos en aquellos momentos. Pero mis zapatos me lo impedían.

—Voy a buscar un poco de ponche —dijo Tom—. Después, tú y yo bailaremos —decidió guiñándome un ojo—. No te muevas de aquí. Vuelvo enseguida.

Me dejó ahí plantada mientras mis ojos lo veían alejarse. Deseaba que llegara lo antes posible porque lo cierto era que tenía sed.

Luego, decidí volver a mirar a los bailarines.

Un sentimiento muy profundo se apoderó de mí deseando que algún chico que no fuera Tom me pidiera bailar con él pero agradeciendo, a la vez, que nadie lo hiciera porque no sería capaz de dar un paso con seguridad con aquellas sandalias que me estaban destrozando los pies.

En ese momento, Nathan y Chelsea pasaron ante mi vista bailando muy acaramelados.

Respiré hondo intentando ocultar los celos que sentía viéndolos tan felices. En breve, serían coronados ante todo el mundo.

Maldita sea...

Odiaba sentir que no pertenecía a ese lugar.

Odiaba ver que todo el mundo era feliz aunque solo fuera por unas malditas horas que duraba esa fiesta.

Y odiaba ver a todas aquellas chicas bailando con seguridad mientras sus tacones realzaban sus anoréxicos cuerpos.

Entonces, escuché a alguien detrás de mí.

—¿Me concedes este baile?

Alguien cercano le estaba pidiendo un baile a una chica y era evidente que no se trataba de mí.

Bajé la cabeza molesta porque los deseos y los hechos mantenían viva toda mi frustración.

Luego, levanté la cabeza y mis pies avanzaron corriendo hacia el otro lado de la sala sin tener en cuenta la torpeza con la que lo hacían.

La rabia había dado prioridad a mis modales poco refinados. De esa manera y sin saber cómo, el tacón de una de mis sandalias se enredó entre los telares de la falda de mi vestido. Y, con el mal tropezón que di, pisé fuerte el suelo con el otro zapato sintiendo cómo el tacón se desprendía de la suela.

Cuando mi culo aterrizó en el suelo, solo vi cómo la pieza de aguja de mi zapato se deslizaba parándose frente a los pies de Ryan Townsend, como un bolo hacia los palitroques.

—Mierda... Joder...

“Qué pena que no sea un bolo de verdad para poder darle en las pelotas y derribarlo de un solo tiro”, pensé.

Bastante lejos de allí, Tom se acercaba con dos vasos llenos de ponche y los ojos tan abiertos y sorprendidos como si no dieran crédito por lo que acababan de ver.

Entonces, vi a Ryan agacharse despacio y recogió el largo tacón de aguja de mi sandalia. Luego, se me acercó mirando atento hacia la pista de baile en vez de a mí.

¿Estaba tramando algo?

—¿Necesitas ayuda? —preguntó entonces, dejando de mirar a su alrededor y tendiéndome una mano.

Sus ojos brillaban de un modo que no había visto nunca en él. No sabía si intentaba ocultar su diversión por lo que me había ocurrido o si su mente estaba maquinando levantarme de allí y empujarme para volver a ver cómo caía de culo otra vez.

Con el dedo índice, me ajusté bien las gafas y miré hacia su mano furiosa. Después, dejé de prestarle atención porque prefería ignorarlo antes de que mi cabreo fuera a más.

Luego, me dediqué a desenredar el zapato de la falda de mi vestido rasgando la tela con toda la ira que sentía. No sé los minutos que perdí haciendo eso pero, cuando conseguí quitarme la sandalia y me levanté, Ryan seguía allí y la música había cambiado.

A través de los altavoces, se escuchaba una canción mucho más lenta a la que no presté atención y la iluminación parecía haberse oscurecido un poco más.

—Si quieres, puedo prestarte mis botas.

Cuando Ryan dijo esas palabras, fijé la vista hacia sus pies. Bajo las perneras de sus elegantes pantalones, Ryan llevaba puestas las botas de combate gastadas con las que solía ir a diario.

Si no fuera por Tom, yo también estaría llevando las mías como él.

Así que comprendí que Ryan se estaba riendo de mí porque había vuelto a hacer caso a mi mejor amigo comprándome unos zapatos de tacón igual que había hecho en mi cita con Mark Tyler.

Y Ryan recordaba ese día tan bien como yo.

Por lo que di un paso y me enfrenté a él igual que aquella vez.

—Antes prefiero ir descalza que cubrir mis pies con tus malditas botas — dije ajustándome las gafas de nuevo—. Aunque, viendo cómo te gusta el intercambio de zapatos, puedes quedarte con los míos.

Así, le metí el tacón de mi reciente rescatada sandalia dentro del ojal de la solapa de su elegante chaqueta. No tenía ni idea de por qué no llevaba un pequeño juego floral en ese agujero. Sin embargo, ahora lucía un brillante zapato en su hombro izquierdo que hacía conjunto con el tacón que sujetaba en su mano, como si de un pequeño ramo se tratara.

El resto del zapato roto seguía cubriendo mi pie izquierdo.

Después, me giré acercándome hacia Tom que seguía sujetando los dos vasos de ponche y me bebí uno.

—Me voy, Tom —decidí.

—Voy contigo —dijo él incondicional.

Tom me rodeó los hombros y nos dirigimos hacia el aparcamiento.

El poco aire fresco que recibí en mi cara cuando salimos de la cancha suavizó el malestar que sentía tras mi enfrentamiento con Ryan.

—Lo siento, Abby —se disculpó Tom mientras caminábamos hacia mi

coche. Se sentía culpable por todo lo ocurrido.

Paré en seco obligándolo a hacer lo mismo. Le miré directa a los ojos y le sonreí.

—No es culpa tuya, Tom. No debí haberme movido del sitio de donde me habías dejado. Soy yo la que siente que no hayas pasado más de una hora en ese maldito baile.

Tom me puso las manos en las mejillas.

—Abby, habría bailado contigo aunque me hubieses pisado cincuenta veces en una sola canción. Pero era ingenuo pensar que esta fiesta nos saliera bien poco rato más.

Le sonreí dándome cuenta de cómo había terminado nuestra fiesta.

—Voy a salir en el anuario con mi culo aterrizando en el suelo.

Entonces, Tom quitó las manos de mis mejillas y empezó a reírse sin control. Yo me contagié riéndome con él.

—Será divertido ver ese momento inmortalizado en el anuario —dijo dándome a entender que, a pesar de mi mal trago, ese momento había sido divertido para él.

—Eres el peor amigo del mundo. Lo sabes, ¿verdad? —dije zarandeándole los hombros mientras seguíamos riéndonos de todo aquello.

Capítulo 28

La carretera estaba despejada.

Habíamos salido de la cabaña, –que estaba situada al noreste del condado de Hall, muy cerca de Newlin– después de recogerlo todo. Ryan había activado el GPS del móvil porque yo nunca había estado en ese lugar y estaba siguiendo cada una de las rutas que este me indicaba.

En el asiento del copiloto, Ryan había caído en un profundo sueño y no quise encender la radio para no despertarle. La única compañía que tenía era la voz insensible de esa máquina.

Ese estaba siendo el viaje más largo que hacía en coche desde los seis años cuando mi madre huyó de mi padre desde Kansas City. Pero, esta vez, conducía yo y ahora hacía el camino de vuelta regresando de mi propia huida.

Mi vida daba tantas vueltas que hasta podía sentir el mareo por el vértigo que eso me provocaba.

No sabía lo que nos encontraríamos allí. Ryan me había enseñado la noticia que había encontrado con el móvil. “Un muerto, un herido y seis adolescentes mexicanas rescatadas”. Ese era el titular. El periodista explicaba cómo una de las chicas chilló al sentirse sujeta por un hombre, forzándola hacia el interior de una furgoneta, desencadenando un tiroteo masivo entre dos federales y los cuatro implicados en el intercambio de un asunto de trata de personas con fines sexuales ilegales.

Nada decía sobre dos individuos huidos. Es decir, sobre nosotros. Así que Ryan quiso tranquilizarme diciéndome que eso podía ser bueno ya que, a pesar de todo, no habíamos estropeado la operación de los federales; nombrada “Paraíso” porque el local de alterne, propiedad de Nathan, se llamaba así.

Según el GPS, el tiempo que marcaba el recorrido era de unas cuatro horas. Yo llevaba conduciendo una y Ryan continuaría el viaje las dos últimas.

En aquellos momentos, estaba sedienta. Con los nervios, ni siquiera

habíamos pensado en coger una botella de agua. Así que, en cuanto vi un área de descanso, no me lo pensé dos veces. Entré en el carril de desaceleración y aparqué delante del bar. Ryan seguía durmiendo así que pensé que lo mejor sería dejarlo tranquilo y cerrar las puertas.

Me adentré en el local donde había todo tipo de suvenires de la zona, víveres y unas mesas donde poder sentarse para comer o beber. Fui directa a la nevera que estaba llena de bebidas y cogí una botella de agua de dos litros pensando que nos iría bien para el resto del camino. Luego, me dirigí a la caja para pagar al joven que estaba detrás del mostrador.

—Un dólar con ochenta centavos —dijo el joven con una sonrisa juvenil en su cara llena de granos.

Le devolví la sonrisa mientras me puse las manos en los bolsillos. Pero no había caído en que no llevaba dinero encima. Solo llevaba la diminuta cartera con mi documentación, un par de pastillas anticonceptivas y ninguna tarjeta de crédito. Aunque tampoco habría servido de nada porque no había dinero en mi cuenta bancaria.

—Vaya... —dije incómoda y tocando mi colgante en un gesto nervioso —, pues creo que no podré llevármela. Lo siento. No puedo pagarte.

El joven dejó de sonreír y titubeó.

—Si fuera por mí, se la pagaría yo pero la empresa no me lo permite. Lo siento, tendré que devolverla a su sitio.

—Eh... Sí, claro. No te preocupes. ¿Dónde está el servicio, por favor? —le pregunté.

—Al fondo a la derecha.

—Gracias. Lo siento —volví a disculparme.

Me dirigí al servicio con las mejillas encendidas por la vergüenza. Si no podía comprar agua, tendría que beber del grifo del lavamanos. Era una asquerosidad, lo sabía. Pero este momento incómodo había aumentado mi sed.

Entré en el servicio de señoras y bebí del chorro de agua de un lavamanos bastante deplorable. Pero no escatimé ni una gota.

En el momento en que me incorporé, un hombre rudo, con toda la pinta de ser camionero y con los ojos negros brillantes, se encontraba detrás de mí. Su mirada era perturbadora y no prometía nada bueno.

Lo primero que pensé fue:

“Mierda. Otra vez, vuelvo a ver a un hombre a través de un espejo sucio de un servicio asqueroso”.

Pero claro, ese tipo no era Ryan y sus intenciones para conmigo tampoco.

—Bonito culo, nena —dijo con una mirada lasciva.

—Qué pena que no opine lo mismo de tu cara.

Mis palabras salieron como siempre, disparadas y sin pensármelo dos veces acordándome, de repente, de *Freddy Krueger* y *Frankenstein* un día de Halloween.

—Eso no tiene importancia, guapa —dijo aplastándome en dos segundos contra el lavamanos y apretando su asqueroso bulto contra mi culo mientras mi cabeza se golpeaba contra el sucio espejo.

“Maldita sea. Joder”, pensé exhalando un gruñido por mi garganta.

Sin más, levanté la cabeza con toda la fuerza que pude reunir golpeándole la cara justo contra su nariz y mi codo salió disparado contra su vientre. Mientras un grito ronco salió de su boca, intenté separarme de él.

Pero no fue necesario.

En ese pequeño cubículo se originó una pelea en la que Ryan dejó a ese hombre noqueado y con la cabeza metida en el agujero del sucio retrete.

Un temblor me sacudió el cuerpo.

—¿Estás bien? —me preguntó Ryan acercándose y palpándome con suavidad la frente de mi cara.

—No... lo sé... —balbuceé.

Ryan abrió el grifo del agua y me empapó el chichón que empezaba a hincharse y que me dolía bastante.

—Abby, larguémonos de aquí antes de que mate a este hijo de puta.

Me cogió de la mano y salimos disparados hacia el coche.

—Dame las llaves. Yo conduciré. Sube al coche.

Obedecí porque mi cuerpo todavía estaba en estado de shock. Solo una vez, alguien intentó hacerme algo parecido pero jamás llegó tan lejos. *Jigsaw*... también lo había noqueado.

Me senté y me abroché el cinturón. Las piernas me temblaban así que levanté las rodillas y las rodeé con mis brazos. Notaba que todo empezaba a sobrepasarme y las lágrimas empezaron a brotar solas.

Un golpe en la guantera me sobresaltó y miré a Ryan porque fue él quien la había golpeado.

Después, emprendió la marcha en silencio con la mandíbula tensa y una expresión furiosa. Sus puños y su ropa estaban llenos de sangre pero no me atreví a decir una sola palabra.

Me sentía culpable porque, si le hubiera despertado, habríamos entrado

juntos y seguro que no habría ocurrido nada.

Diez minutos más tarde, Ryan se metió por un camino de tierra desobedeciendo al GPS. Aparcó el coche bajo un frondoso árbol y paró el motor. Reposó los brazos sobre el volante y apoyó la cabeza respirando hondo.

—Lo... siento —me disculpé todavía sollozando—. Solo quería... beber agua y no tenía dinero... Debería haberte despertado y...

Ryan levantó la cabeza y me miró abrumado.

—Abby, no ha sido culpa tuya. Tú no has hecho nada mal, ¿de acuerdo?

Cogí aire y lo solté asintiendo con la cabeza en un gesto nervioso.

—No puedo más, Ryan —dije desesperada y sollozando—. No puedo más... Estaba segura de que en Crossboots todo estaría en su sitio. Que todo sería tranquilo... —sorbí por la nariz— y, en cambio..., todo es diferente...

Mi cuerpo empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás sin que yo pudiera controlarlo.

—Siento cómo me revoluciono con todo. Y, por un lado, creo que es bueno. Pero, luego, no dejo de meterme en líos y...

—Ven aquí, preciosa —dijo Ryan moviendo las manos indicándose hacia él.

Me desabrochó el cinturón y, con su ayuda, me senté sobre su regazo poniendo las piernas en el asiento del copiloto.

—Estoy aquí, ¿vale? —Ryan me abrazó acunándome contra su pecho—. No importa lo que pase. Voy a estar contigo siempre. Te lo prometo.

Esas palabras provocaron que un mar de las lágrimas más brotara mojando mi rostro sin descanso porque no dejaba de preguntarme qué rompería esa promesa.

Ryan emprendió la marcha media hora después de que hubiera derramado todas las lágrimas, calmándome por fin.

Hicimos una parada en un pequeño pueblo para comprar agua y chocolatinas.

El resto del viaje pasó sin incidentes aunque yo dormí con el sueño inquieto.

Varias sirenas que sonaban al unísono me despertaron.

En cuestión de segundos, Ryan y yo nos vimos rodeados de coches de policía.

Estaba tan desorientada que no vi venir lo que ocurrió después.

Las sirenas dejaron de sonar y un altavoz repetía una y otra vez:

—Le habla la policía. Bajen del coche con las manos en alto. No hagan movimientos bruscos y todo saldrá bien.

Algunos policías nos apuntaban con sus pistolas.

Era aterrador.

—Obedece —dijo Ryan sin mover los labios y con las manos en alto.

Hice exactamente lo que pedían y bajé del coche.

Momentos después, alguien me esposó empujándome contra la carrocería del *Camaro* y vi que Ryan tenía la misma suerte que yo.

Entonces, mis oídos dejaron de escuchar todo aquel revuelo, como si hubieran desconectado unos altavoces en mis tímpanos.

Sin que pudiera reaccionar a todo lo que estaba pasando, nos metieron en coches diferentes.

Cuando estuve sentada, miré por la ventanilla. Ryan, que estaba dentro del coche patrulla que se encontraba al lado del mío, no dejaba de gritar mi nombre con desesperación. Su rostro expresaba terror y angustia frustrada. Después, sopló su aliento contra el cristal y dibujó un imperfecto corazón trazándolo con la punta de su nariz.

Un mareo me advirtió de lo que estaba a punto de pasar.

Enseguida, perdí la consciencia perdiendo de vista a Ryan y cayéndome sobre el cuerpo del policía que estaba sentado a mi lado.

Un pitido constante retumbaba en mi cabeza. Mi cuerpo pesaba como el plomo y todo era oscuridad.

—...porque solo fue un desmayo causado por la tensión baja. Recuperé la consciencia enseguida pero después sufrió un ataque de ansiedad. Solo la vamos a mantener en observación unas horas más. Los tranquilizantes ya han hecho su efecto y pronto despertará. —La voz masculina era tranquila y hablaba con mucha seguridad.

—¿Cuándo cree que podremos empezar el interrogatorio, Dr. Ward? — Era una voz femenina pero más autoritaria. Me resultaba familiar pero no podía recordar de quién era.

—Sargento Myers, creo que debería respetar el bienestar de mi paciente —le advirtió la voz masculina con clara advertencia—. La avisaré en cuanto vea que todo está bajo control.

Dicho esto, se oyeron cuatro suaves pasos y el ruido de una puerta

cerrarse.

—Smith —dijo la mujer autoritaria—, avíseme de inmediato cuando la paciente esté disponible.

Cuatro pasos taconeados más y, otra vez, la puerta se cerró.

Abby-18 años-Junio

El fuego de la barbacoa llameaba con intensidad con cada hoja de nuestros anuarios que íbamos echando.

Habíamos terminado de cenar y tanto los padres de Tom como Mike y mi madre seguían sentados en la mesa mientras nosotros íbamos quemando el libro.

Mi culo aterrizando en el suelo de la cancha del gimnasio no salió immortalizado en el anuario. Pero a Ryan lo habían fotografiado con la sandalia de tacón en la solapa izquierda de su chaqueta y el tacón roto en su mano derecha mirando a la cámara.

Pero eso ya no tenía más importancia. Al día siguiente, estaríamos volando hacia San Francisco.

Tom acababa de cumplir los dieciocho años mientras que yo los había cumplido días atrás.

Mamá y Tom se encargaron de hacer mi maleta entre los dos. Si no hubiese sido así, me habría ido con lo puesto y un neceser. A pesar de que aquella maleta iba a cambiar mi vida deseando que para bien, yo seguía odiando hacer el equipaje.

—Por fin —dijo Tom con un suspiro cuando tiró la última página de su anuario al fuego—. Nos vamos, Abby.

—Sí —dije sonriéndole cuando tiré mi última hoja—. Adiós Crossboots... Por fin...

Al día siguiente, llegamos a San Francisco a las doce del mediodía.

Había sido una mañana dura de pasar hasta que nos vimos sentados en el avión. Tanto los Sres. Johnson como Mike y mi madre sabían que nuestro viaje no tenía retorno. Así que nos despedimos todos demasiado emotivos.

Teníamos reservada una habitación de hotel para una semana en el centro del barrio latino Mission District. En ese espacio de tiempo, Tom y yo debíamos encontrar trabajo y buscar un apartamento de alquiler tan rápido como nos fuera posible.

El cambio que nos supuso adaptarnos de un pueblo como Crossboots a

una ciudad como San Francisco fue algo que no olvidaría jamás.

Todo era grande pero muy junto a la vez, excepto los espacios abiertos destinados al recreo.

Edificios grandes con otros más pequeños quedaban integrados y el barrio donde nos alojamos estaba lleno de murales artísticos. Las calles estaban llenas de gente a cualquier hora del día y la mayoría eran cuestas hacia arriba o hacia abajo según la dirección que tomaras.

Podías desplazarte por la ciudad con cualquier servicio de transporte público sin necesidad de coger el coche y todos llegaban a cualquier parte.

La libertad y el orgullo de los homosexuales, paseando por las calles cogidos de la mano, era algo que Tom no dejaba de admirar después de todos los años de restricción personal que había sufrido en Crossboots.

No se veían campos llanos de cultivo ni las carreteras de largas rectas a las que estábamos acostumbrados.

Todo era diferente pero nos aclimatamos muy rápido.

Los trabajos fueron lo que más rápido pudimos solucionar. Tom y yo nos movíamos por separado buscando nuestra oportunidad.

Mi dominio del español y mi experiencia como camarera en la hamburguesería de Molly me ayudó a encontrar un trabajo en un restaurante latino cercano a nuestro hotel.

Y Tom consiguió un trabajo en una de las cafeterías del centro comercial Westfield.

Pero la vivienda era carísima. Así que empezamos a buscar pisos que alquilaran habitaciones. Más concretamente, buscábamos una habitación donde pudiéramos dormir los dos.

No lo conseguimos hasta dos semanas después de nuestra llegada. Dos estudiantes universitarios tenían un apartamento de tres habitaciones en el barrio Castro. Tenían una habitación libre con una cama doble porque uno de sus compañeros había tenido que regresar a su pueblo natal por un asunto familiar y, a su vuelta, iría directo a la residencia de estudiantes.

Nuestros compañeros de piso se llamaban Joss y Liam y eran adictos a los video-juegos. Cualquier video-juego.

Mi turno en el restaurante era de noche. Pero, dos semanas después de empezar a trabajar allí, uno de los camareros de la mañana abandonó su puesto y mi encargado me pidió que ocupara ese vacío porque era cuando más trabajo había.

Y fue, entonces, cuando le conocí.

Llegué a las siete en punto de la mañana con la hora muy justa. Me había quedado dormida y el despertador del móvil no funcionó porque se había quedado sin batería. Me había olvidado de ponerlo a cargar como hacía todos los días a la hora irme dormir.

Abrí la puerta vaivén de la cocina con la misión de coger un bloque de pedidos lo antes posible. El ruido de una vajilla rompiéndose a pedazos me sobresaltó sin previo aviso. Pero la sonrisa del chico que me sujetó los brazos antes de que me cayera al suelo me deslumbró.

—¿Estás bien? —me preguntó al ver que yo no reaccionaba.

Todo él era moreno. Pelo moreno. Ojos morenos. Piel morena...

Y una sonrisa como no la había visto nunca. Unos hoyuelos decoraban aquella boca de labios gruesos y sonrosados.

Era el hombre latino más atractivo que había visto en mi vida.

—¿Estás bien? —repitió.

Parpadeé todavía sin moverme y sonreí abiertamente como una boba.

—Eh... Sí... Sí...

Entonces, él me soltó los brazos sin dejar de sonreír.

—¿Abby? —me preguntó.

—Eh... Sí... Abby... —Seguí sonriéndole embobada.

—Entonces... —dijo alzando una mano hacia mi cara y recolocándome él mismo con cuidado una patilla de mis gafas que se me había soltado de la oreja—, ¿te parece bien que continuemos trabajando? Tengo que recoger el desastre y repetir de nuevo el pedido.

Mis mejillas empezaron a enrojecerse, mucho más avergonzada de lo que me había sentido nunca.

—Claro... —dije nerviosa e intentando dar órdenes a mi cerebro para ponerme en marcha de nuevo—, te ayudo... a recoger.

Sin dejar de sonreír, él se dio la vuelta y cogió una escoba.

—No es necesario, *linda* —dijo señalando hacia el comedor—. Tú cubre tu parte de mesas. Yo me encargo de esto.

Miré hacia fuera por la ventanilla de la puerta y reaccioné en el acto para cubrir todos aquellos pedidos.

Cada vez que nos cruzábamos, él no dejaba de sonreírme y yo no dejaba de sonreírle.

Cuando terminamos nuestro jornal, me despedí de todos y me dirigí hacia la parada del autobús.

—Me llamo Alex, *linda*. —Escuché a mi izquierda cuando ya estaba

sentada en la banqueta de la parada.

Sentí cómo mis mejillas volvían a enrojecerse pero giré la cabeza en su dirección.

Alex estaba apoyado contra una barra metálica de la parada y fumando un cigarrillo con parsimonia.

“Oh-Dios-mío...”, pensé.

Había escuchado su nombre cuando lo habían llamado los cocineros y el encargado. Pero no se me había ocurrido preguntarle.

—Encantada de conocerte, Alex —dije todavía colorada y sin saber qué más decir.

Entonces, llegó el autobús y me levanté.

—Nos vemos mañana, *linda*.

—Hasta mañana, Alex —dije sonriendo mientras subía al autobús.

Encontré un sitio en la ventana y me senté. Cuando miré por el cristal, Alex no dejaba de mirar en mi dirección, sonriéndome y dándole una última calada a su cigarrillo. Después, me guiño un ojo y tiró la colilla al suelo.

Entonces, el autobús arrancó y apoyé mi frente sobre el cristal sin poder dejar de sonreír. El traqueteo del motor hizo chocar la montura de mis gafas contra el ventanal haciéndolo vibrar hasta que llegué a mi destino.

Capítulo 29

“Sargento Myers...”, repetía mi mente una y otra vez.

Intenté abrir los ojos pero mis párpados no me obedecían. El pitido seguía retumbando en mi cabeza y un artefacto me molestaba alrededor de mi nariz y de mi boca.

De repente, unas náuseas me atragantaron desde la boca de mi estómago. El olor que sentía por mi olfato me mareó haciéndome sentir un *déjà vu* no muy lejano.

Entonces, mis párpados reaccionaron y se abrieron con un perezoso pestañeo. La luz blanca y brillante de la habitación me deslumbró pero mis reacciones luchaban contra el abatimiento que sentía.

Mis ojos miraron alrededor y fijé la vista hacia la silueta de una mujer afroamericana vestida de policía. Su pelo negro y rizado estaba recogido en una apretada trenza africana bajo su sombrero. Sus enormes ojos negros me observaban con interés y se levantó cuando vio que yo fijaba la vista directa hacia ella.

—Llamaré al médico —dijo apretando un botón de la pared detrás de la cama donde yo estaba tumbada—. Se pondrá bien. No ha sido nada grave.

Las imágenes del arresto ocurrido antes de mi desmayo aparecieron de inmediato. Conocía mi propio cuerpo y mis reacciones incontroladas que tenía desde hacía meses. Sabía que mis desmayos no eran graves, sino ocasionados por situaciones que me afectaban cuando mi mente las consideraba agravantes.

La miré mientras pensaba en eso pero no sabía si la mujer podía leer mi mente.

En ese momento, se abrió la puerta y un hombre joven con unas lentes discretas, cubierto con una bata blanca y una sonrisa tranquilizadora, entró y me tomó el pulso mirando la pantalla donde el pitido no dejaba de rezumar. Después, desconectó ese cansino aparato.

—Por favor, Agente —le dijo a la policía con una autoridad abrumadora

—, debe salir de la habitación para que pueda reconocer a la paciente sin que nada pueda alterarla.

—Por supuesto, Dr. Ward. Esperaré en la puerta junto a mi compañero —dijo saliendo sin ninguna objeción.

Una vez solos, el médico se dirigió a mí.

—Abby —dijo mirándome como si me conociera de toda la vida—, voy a chequearte pero primero dime cómo te encuentras. ¿Sientes mareo, náuseas...?

Abrí mucho los ojos cuando escuché la palabra *náuseas* y asentí con la cabeza porque tenía la boca seca y tapada por el oxígeno de la mascarilla que cubría mi cara.

El Dr. Ward me miró entre sorprendido y preocupado y me quitó la mascarilla que me proporcionaba el oxígeno.

—¿Necesitas ir al servicio?

Volví a asentir.

Entonces, el joven doctor me levantó en brazos y atrapó el transportador que sujetaba el gotero. Abrió la puerta del baño y me depositó en el suelo con suavidad dejándome con el lavamanos como punto de apoyo.

Justo a tiempo para que mi estómago se vaciara de una sola arcada.

Cuando mi cuerpo sufrió unos pequeños temblores, el doctor me sujetó por la cintura y me incorporó hacia el lavabo abriendo el grifo con agua fría. Me empapó la cara y me tendió una toalla de manos.

—Avisaré a la enfermera —dijo levantando el brazo para apretar el botón de emergencia que había en el baño.

Negué con la cabeza.

—No... —balbuceé reincorporándome—, estoy bien. Solo necesito dos minutos.

—Está bien —dijo saliendo del baño—. Esperaré fuera. Grita si me necesitas, ¿de acuerdo?

Asentí y el doctor cerró la puerta. Respiré hondo y me asee mirándome en el espejo. Mi pelo estaba enmarañado y mi frente amoratada. Me sentía sucia y cansada pero mi cuerpo empezaba a tomar su propio control, estabilizándose.

Así que agarré el transportador del gotero y salí.

El joven doctor se encontraba sentado en la repisa de la ventana mirando al exterior y sujetando una carpeta metálica. Se giró y me sonrió.

—Parece que tienes mejor aspecto —dijo acercándose—. ¿Sientes algún

dolor? —me preguntó mientras me ayudaba a sentarme en la cama.

Negué con la cabeza.

Él acercó un taburete sentándose frente a mí. Luego, cogió una botella de agua que había en la mesa auxiliar y me la ofreció.

—¿Quieres un poco de agua?

No comprendía por qué me tuteaba pero cogí la botella y bebí.

—Bien, ¿te parece que empecemos?

Asentí sin decir palabra. Conocía la rutina. Ojos, rodillas, oídos, abdomen, brazos...

—Siento tener que ir directo al grano pero... —ese joven doctor interrumpió mis pensamientos mirando el expediente— según el informe..., presuntamente has sufrido un intento de violación.

Abrí los ojos aterrorizada. No esperaba tener que hablar sobre eso.

—Tienes un golpe en la cabeza pero la sangre que cubre tu cabello no es tuya. Tienes una contusión inflamada y amoratada en tu frente y tu abdomen tiene un fuerte hematoma. ¿Puedes explicarme lo que ocurrió?

Instintivamente, levanté las rodillas y las abracé. Mi cuerpo se balanceó por el terror que volvió a apoderarse de mí.

—Abby... —dijo el doctor con su voz tranquilizadora—, quiero ayudarte. Y, cuanto antes acabemos con este tema, antes podremos olvidarnos de esto. Pero necesito que me cuentes lo que pasó. Ahí fuera hay unos cuantos policías esperando respuestas que podrían complicarte la vida y yo puedo tenderte una mano para que todo te sea más fácil. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

“Sí y no”, pensé.

Solo Ryan sabía lo que había ocurrido, por lo que fue él quien debió informar sobre eso. Cabía la posibilidad de que hubieran encontrado al hombre con la cara metida en el retrete y, por consiguiente, una denuncia contra nosotros. Ryan debió de explicar lo ocurrido para defenderse.

Lo que no tenía claro era si yo tendría que poner una denuncia después del interrogatorio con el médico. Mi vida ya estaba suficiente complicada como para que algo así la dificultara más.

Pero..., si no me enfrentaba a aquello en ese momento, seguiría arrastrándolo hasta Dios sabía cuándo.

—Tenía... sed... —empecé—. Volvíamos a casa para resolver nuestra huida y conducía yo. Ryan dormía en el asiento del copiloto y... no quise despertarle...

Como una bala disparada, le conté al doctor todo lo que pasó.

Él me escuchó sin ninguna interrupción pero, de vez en cuando, hacía muecas repulsivas en respuesta a mis palabras.

Cuando terminé, sentí algo de alivio pero un resquemor me atormentaba. Seguía sintiéndome sucia, tanto por dentro como por fuera, y no dejaba de frotarme la piel porque no conseguía remitir esa sensación.

Además, volvía a estar en un maldito hospital y la bata blanca del doctor me estaba poniendo nerviosa.

El Dr. Ward hizo una mueca de comprensión y se levantó.

—Ahora, voy a hacerte un chequeo rutinario para complementarlo con las analíticas de sangre. Todo parece estar bien. Solo tienes la tensión un poco baja pero está dentro de los límites. Pero prefiero tenerte un poco más en observación, ¿de acuerdo? —dijo levantándose los párpados con sus dedos.

Entonces sí, empezó con los ojos, oídos, rodillas, brazos, abdomen...

—Bien —dijo cuando terminó—, tómate el tiempo que necesites para descansar. Te vendrá bien para enfrentarte a lo que te espera fuera.

Luego, amplió su sonrisa.

—Has vuelto a poner patas arriba este lugar, ¿eh?

Ese comentario hizo que mis ojos se abrieran por la sorpresa.

—¿Nos conocemos? —pregunté.

El doctor se rio asintiendo con la cabeza.

—Connor Ward —se presentó—, me sentaba delante de vosotros en el autobús escolar de primaria y me rechazaste un baile en la Fiesta de Graduación del instituto.

Intenté recordar a los niños que se sentaban delante de nosotros en aquel autobús pero no conseguía acordarme. Siempre hacía el viaje mirando desafiante a Ryan y nunca prestaba atención a nada más. Tampoco recordaba que nadie me hubiese pedido un baile en la Fiesta de Graduación.

—¿Eso hice? —pregunté desconcertada.

—Bueno... —se rio—. Me acerqué a ti por detrás y te lo pregunté. Ni siquiera te giraste para ver quién te lo pedía. Saliste corriendo hacia el otro lado de la pista.

Entonces, empecé a recordar algo parecido. Sin embargo, no lo viví de aquella manera.

—Creo... —dije intentando explicarme—, creo que no lo interpretamos por igual. Esa noche estaba harta de ver cómo todo el mundo bailaba y yo me sentía fuera de lugar. Escuché a alguien pedir un baile detrás de mí pero...

creí que se lo pedían a otra persona —carraspeé y, después, le sonreí—. Recuerdo que eso me molestó. Por eso me fui al otro lado.

Connor se rio.

—Bueno, Abby, nadie tiene la culpa sobre un mal entendido. Tal vez, debería haberte hablado de frente.

—¿Por qué no lo hiciste? —le pregunté incrédula tuteándolo sin darme cuenta. Ese hombre conseguía esa cercanía sin que uno se lo cuestionara.

—Eh... —Connor bajó la cabeza como avergonzado—. Supongo que era un adolescente retraído y cobarde. —Luego, volvió a mirarme a los ojos sonriéndome—. Y debo decirte que estaba algo atemorizado para acercarme a la chica más valiente del instituto.

Aquel doctor acababa de ultrajarse a sí mismo mientras a mí me había halagado por algo que yo hubiera interpretado del revés. Consideraba más valiente haberse atrevido a pedir un baile que huir en dirección contraria por miedo a no ser la elegida.

Sentí cómo se me ruborizaban las mejillas y puse las manos en mi cara para que no se me notara.

—Lo siento —dije riéndome nerviosa—. Esa fiesta fue un desastre para mí. Ni siquiera quería ir.

—No te preocupes —dijo riéndose conmigo—. Ahora, tumbate y descansa. Si me necesitas, pulsa el botón rojo.

Entonces, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Avisaré a la enfermera. Ella te ayudará a ducharte. Yo iré a preparar el informe para tu defensa antes de que la policía pueda interrogarte.

Cuando puso la mano en el pomo para abrir, lo llamé.

—Connor...

Él se giró de inmediato.

—No quiero a una enfermera. Puedo hacerlo sola. No quiero ver a nadie. ¿Es eso posible?

Él me sonrió.

—Por supuesto. Me encargaré de eso. Pero la enfermera tiene que entrar un momento para quitarte la vía intravenosa. Ya no la necesitas.

—Bien... eh... —titubeé mientras Connor seguía mirándome—, muchas gracias..., doctor.

Volvió a sonreír y abrió la puerta.

—El acceso a esta habitación está completamente restringido hasta nueva orden. Solo podrá entrar el personal autorizado —le ordenó implacable a

alguien que yo no podía ver.

Entonces, cerró la puerta y la habitación se quedó en completo silencio. Maldita sea... ¿Por qué no recordaba nada sobre el Dr. Connor Ward?

Abby-18 años-Agosto

Era finales de agosto. En una semana, Tom y yo estaríamos instalados en la residencia de estudiantes de la universidad.

Era el día libre de Tom y esperaba que estuviera en casa para poder explicarle todo lo que me había ocurrido porque no sabía cómo manejarlo.

Pero él no estaba en casa cuando llegué al apartamento aquella mañana. Solo estaban Joss y Liam compitiendo con un juego de la *PlayStation* que los tenía viciados desde mucho antes de que Tom y yo nos instaláramos en su piso.

Pero a mí me daba igual sus vidas. Ellos no se metían en las nuestras y nosotros no nos metíamos en las suyas. Era un pacto que ni se había mencionado. Pero lo cumplíamos.

Me dirigí a la habitación sin saludar y me tumbé en la cama mirando hacia el techo, quedándome muy quieta y sin dejar de pestañear.

Muy pocos minutos después, Tom apareció por la puerta de nuestra habitación y se acercó a mirarme desde lo alto.

—¿Abby?

Pero, en ese momento, no pude contestarle porque mi mente se había metido de lleno a revivir los últimos acontecimientos que había sufrido en las últimas veinticuatro horas.

Acababa de vivir el momento más bochornoso y degradante que una chica podía experimentar.

Alex había cegado mi dignidad durante esos dos meses y medio que llevaba viviendo en San Francisco.

Y yo me había dejado engañar.

Todo había empezado como un sueño.

Alex empezó a cautivar me con su increíble y embaucadora sonrisa.

Luego, fueron sus palabras bonitas latinas. Sus *linda, mi niña bonita* y *mi amorcito* me sedujeron.

Después, logró persuadirme evolucionando con sus caricias y atenciones hasta la pasada noche.

Pero todo había explotado aquella mañana.

El día anterior salimos juntos del trabajo y me llevó a una de las colinas de

Twin Peaks con su coche. Cuando llegamos, la niebla cubría el cielo que poco tiempo antes los rayos del sol iluminaban todo San Francisco.

Con el cambio de temperatura, decidimos quedarnos dentro del coche que Alex había aparcado en una zona apartada de los turistas.

Como otras tantas veces, Alex empezó a acariciarme y a besarme entre palabras bonitas y manos expertas hasta que mi cuerpo llegó al límite y deseé llegar más allá de lo que hasta entonces le había permitido.

Alex se las apañó para que los dos termináramos en los asientos traseros del coche completamente desnudos. Incluso mis ojos se vieron desprovistos de mis gafas y ni siquiera vi de dónde sacó un preservativo cuando ya se lo había puesto.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, me vi sentada encima de él a horcajadas y sentí un dolor muy fuerte en mis entrañas.

Grité.

Alex se quedó paralizado y yo me alcé como pude de su regazo sentándome a su lado respirando profundamente.

—¿Eres virgen? —me preguntó sorprendido.

Lo miré avergonzada.

Se lo había ocultado al considerar que eso delataría mi nefasta experiencia adolescente, anhelando ocultar aquella etapa de mi vida.

—Lo siento.

Fueron las únicas palabras que pude decir.

Entonces, empecé a percatarme de que el dolor empezaba a remitir deseando desaparecer bajo la tierra en ese preciso momento.

Alex alzó mis piernas con ternura y las colocó encima de sus muslos. Luego, me acarició la mejilla y me sonrió.

—*Mi niña bonita* —dijo con calma—, no lo sientas. Me siento orgulloso de ser el primero.

Lo miré sorprendida por sus palabras.

—Pero, si me lo hubieras dicho, no te hubiese traído aquí.

Seguí mirándolo con los ojos abiertos.

—Cuando estés preparada, te llevaré a un sitio mucho más bonito y verás que ya no te dolerá.

Mis ojos parpadearon.

Entonces, Alex alcanzó su jersey y me lo puso con delicadeza, como si fuera una niña pequeña.

Después, él se puso los pantalones y salió por la puerta trasera dejándola

abierta. Anduvo unos cuantos pasos y alzó sus manos apretándose las sienes. Luego, pateó una piedra que salió disparada hacia adelante y se giró para volver hacia el coche.

—Te llevaré a casa, *linda* —decidió subiendo en el sitio del conductor.

Cerré la puerta trasera que se había quedado abierta y cogí mi ropa para vestirme allí mismo donde me encontraba. Rescaté mis gafas del posavasos donde Alex las había puesto y, después, salté al asiento del copiloto.

Hicimos el camino hasta mi apartamento en completo silencio.

Cuando llegamos, Alex me besó y me acarició la mejilla con su encantadora sonrisa.

—Nos vemos mañana, *mi amorcito*.

Le sonreí con tristeza porque toda aquella situación me parecía muy incómoda.

Bajé del coche y subí las escaleras hasta mi apartamento con una sola cosa en mi mente.

No sabía por qué Alex había dejado de deslumbrarme.

Tom estaba dormido cuando entré en la habitación. Cogí una muda limpia y me fui a la ducha. Cuando me quité mis braguitas, una pequeña mancha roja ensuciaba la protección de las costuras bajas.

Sentí cómo me ruborizaba. Pero no era vergüenza lo que sentía, si no lo que podía significar aquella pequeña mancha.

Me duché con parsimonia y me sequé el cuerpo con delicadeza porque mis manos actuaban como si mi cerebro no supiera dar las mismas órdenes diarias habituales.

Después, me tumbé en la cama al lado de Tom y este me abrazó, como hacía siempre a pesar de estar dormido. Ese gesto era el que me ayudaba a dormir todas las noches como si de un somnífero se tratara.

Me desperté temprano a la mañana siguiente y me fui a trabajar más pronto de lo habitual. Quería hablar con Alex.

Sin embargo, cuando llegué, me quedé paralizada ante la puerta vaivén de la cocina.

—...*por eso notaba algo raro las primeras veces que la besé, bro* —dijo Alex en español—. *Debí suponer que era inexperta.*

—*Un día de estos te va a pillar tu mujer y verás la gorda que te va a montar, bro* —le advirtió el cocinero que también era latino.

Pero yo no iba a esperar a que su mujer montara la gorda.

Entré en la barra y cogí la jarra de café recién hecho y volví a acercarme a

la puerta.

En cuanto vi a Alex por la mirilla de cristal, pateé con toda la fuerza que pude reunir y la puerta golpeó con potencia en toda su cara bonita. El ruido de la bandeja cayendo al suelo llena de vasos de zumo de naranja se oyó por todo el comedor y la sangre de su nariz chorreó a borbotones provocándole un sonoro quejido que salió ronco por su boca.

Aproveché ese momento para sujetar la puerta que, con el impulso, se había abierto hacia el otro lado y estaba a punto de volverle a golpear.

Cuando bajó la cabeza para taparse la nariz, vacié todo el contenido de la jarra de café hirviente sobre su espalda.

El grito de Alex se oyó hasta las mesas de la terraza del bar.

Miré al cocinero furiosa con la jarra vacía y con toda la intención de lanzársela con toda la rabia que sentía por si decidía actuar en favor de su amigo. Pero levantó las manos sonriendo nervioso como queriéndome decir que estaba de mi lado.

Entonces, me reajusté las gafas y tiré la jarra al suelo. Después, me di la vuelta y me largué a mi apartamento de nuevo.

—¿Abby?

Tom seguía de pie mirándome desde lo alto.

Tras un profundo suspiro, le devolví la mirada y levanté mi mano para coger la suya.

—Abby, ¿qué ocurre? —preguntó Tom preocupado—. Llevas un cuarto de hora mirando al techo sin dejar de pestañear.

Las lágrimas empezaron a salir descontroladas y Tom decidió tumbarse en la cama. Luego, me abrazó y esperó todo el tiempo que necesité para poder explicarle todo aquello cuando dejé de llorar.

Capítulo 30

Después de que la enfermera me quitara la vía intravenosa, me duché. Me restregué tan fuerte que me hice algunas rascadas con la esponja de jabón, sintiendo un poco de alivio a pesar de la quemazón. Me coloqué otra de esas batas cortas para los enfermos que la enfermera me había proporcionado limpia junto con unas bragas desechables.

Luego, me acerqué a la ventana.

Por instinto, alcé la mano hacia mi colgante.

Pero no estaba en mi cuello.

Cerré los ojos deseando que eso fuera debido a que estaban prohibidas las joyas en los hospitales cuando eras uno de los enfermos. Esperaba que alguien lo tuviera bajo resguardo con todas mis pertenencias.

No podía perder ese colgante.

Por Dios, que no lo podía perder...

Abrí los ojos de nuevo y respiré hondo.

Las vistas daban a un campo llano de cultivo pero no lo podía ver. La noche estaba muy avanzada y solo se percibía la oscuridad del espacio sin luna.

Recordé la vez que Joe nos trajo a Tom y a mí cuando mi madre fue apalizada brutalmente por mi padre biológico.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

El duro hecho de tener que ver a ese hombre muerto en la morgue del hospital fue algo por lo que una adolescente de diecisiete años jamás debería pasar.

Y ahora estaba aquí, retenida bajo vigilancia policial como presunta delincuente y no veía la hora de enfrentarme al siguiente paso. Debía pasar por un largo interrogatorio del que no estaba segura de poder salvar el culo tal y como estaban las cosas.

¿Y Ryan? ¿Dónde estaría él en esos momentos? ¿Encarcelado? ¿Libre con cargos? ¿Habría podido ver a alguien de su familia?

Una cosa estaba clara. Él no se encontraba junto a mí tal como me había prometido.

Ese pensamiento me provocó una furiosa rabia que emergió inquietándome y haciéndome acelerar el riego sanguíneo de mis venas. El rebote que sentía en esos momentos empezaba a cobrar grandes dimensiones.

Odiaba los hospitales.

Y, otra vez, volvía a sentirme abandonada por completo en un hospital donde las circunstancias que me rodeaban volvían a ser difíciles de afrontar.

Podía garantizar incluso que casi eran peores porque Tom no podía hacerme compañía. Ni siquiera mi madre que ahora era mi más cercano allegado en ese lugar.

Respiré hondo y me volví hacia la cama motorizada para tumbarme. Ojalá volvieran a inyectarme otro tranquilizante para hacer desaparecer esa sensación de impotencia que tantos meses llevaba arrastrando. Quería olvidar y quería desaparecer bajo la tierra.

Cogí el mando que tenía los botones automáticos de la cama para estirar o incorporar el colchón plastificado sobre el que me encontraba completamente tumbada.

No tenía sueño y el aburrimiento se apoderaba de mí.

Por el momento, Connor había conseguido retrasar mi inminente interrogatorio.

Pulsé un botón con una flecha que indicaba hacia arriba. Quería quedarme sentada e incorporada sobre la cama. Pero, enseguida, me di cuenta que lo que se alzaban eran mis piernas en vez de mi espalda. Dejé de pulsar el botón pero esa cama seguía subiendo bajo mis pies.

“Mierda”, pensé pulsando otro botón para ver si eso paraba.

Entonces, las piernas dejaron de subir pero no se bajaron. En cambio, sí conseguí subir la parte de mi espalda quedándome atrapada entre el colchón con la cabeza casi tocando mis rodillas.

—Joder —musité con intención de bajar de allí.

La puerta se abrió antes de que yo consiguiera desembarazarme de esa incómoda postura.

El Dr. Ward entró por la puerta y se quedó quieto mirando mi ridícula pose. Cerró la puerta de golpe y se acercó a mi lado izquierdo.

—¿Necesitas ayuda? —dijo intentando disimular una risa.

—Eh... No —contesté desplazando los pies hacia la derecha para bajar hacia el otro lado lo antes posible.

Mi culo, escasamente cubierto con la braga desechable, quedó visible ante él mientras yo hacía el esfuerzo para reincorporarme con mis manos.

Cuando conseguí ponerme de pie con la cama entre los dos, me giré con las mejillas ruborizadas y mis palabras salieron azoradas por la estúpida situación en la que me encontraba.

—Tenía la intención de comprarme una cama de esas articuladas pero... —alcé la mano e hice un aspaviento como un gesto de que eso ya no me convencía mientras negaba con la cabeza— creo que paso...

—Tal vez, si practicas un poco, terminarás convenciéndote de que puede ser una buena idea. Yo tengo una —dijo sonriendo y mirándome como si fuera posible que yo cambiara de idea.

Bajé la mirada pensando, si algún día, podría disfrutar de algo como eso.

—Bueno —dije con pesar—, creo que estando presa en la cárcel no será posible disfrutar de un lujo como ese, ¿no te parece?

La sonrisa de Connor desapareció y su cara se tornó seria y profesional.

—Espero que ese cabrón que te puso la mano encima sea el que quede preso una buena temporada. Todos los hechos están corroborados y mi informe es determinante para tu defensa. No tienes de qué preocuparte.

Lo miré durante un buen rato.

Ese hombre estaba defendiéndome aunque yo no tenía ni la más mínima idea de porqué. Él parecía conocerme pero yo seguía sin recordarle.

Sus rasgos eran agradables y expresaban una ternura impropia de un hombre con una carrera profesional ajetreada como la de un hospital.

También estaba claro que me defendía sobre un hecho fortuito ocasionado entre otras circunstancias más graves. Se notaba que no sabía en qué lío me había metido.

—Dr. Ward... —dije sintiendo que debía empezar a mantener una pequeña distancia entre nosotros.

—Connor —me rectificó.

—Dr. Ward —repetí dejando clara mi intención—, de verdad que le estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por mí pero... hay hechos de los que no puedo escapar ante la justicia. —Lo miré seriamente esperando que entendiera lo que le estaba diciendo—. No sé si me está comprendiendo...

El Dr. Ward dejó la carpeta que sujetaba con la mano en el hueco del colchón que continuaba doblado por la mitad. Rodeó la cama y se puso frente a mí respetando mi espacio vital pero con mucha determinación.

—Abby —dijo alzando las cejas como advertencia de que no iba a

cambiar el trato de tutearme—, sea lo que sea, todo saldrá bien. Tu coraje innato sigue luchando dentro de ti —alzó el dedo índice— y, para cualquier cosa que necesites, no dudes en contactar conmigo, ¿de acuerdo? Haré cuanto esté en mi mano para ayudarte.

Arrugué la frente frunciendo el ceño.

—No te conozco. No te recuerdo. Ni siquiera recuerdo tu nombre. ¿Por qué deberías ayudarme?

Él suavizó la expresión de su cara y me sonrió.

—Tómalo como una bendición.

Se giró hacia el mando de los botones de la cama y reguló el colchón como yo tenía intención de posicionarlo para que el cuerpo quedara semisentado. Como si supiera que yo lo quería así.

—Por favor, siéntate —dijo con esa amabilidad tranquilizadora que le caracterizaba desde el momento que lo escuché hablar.

Obedecí y él volvió a sentarse en el taburete como antes y me miró.

—¿Cómo te encuentras?

—Recuperada. Pero cansada y aburrida de no poder olvidar. Y... deseando largarme de aquí.

—Bien, veamos... eh... —titubeó—, fuera de esta puerta —dijo señalándola—, están presionando para conseguir hablar contigo. ¿Te ves preparada para eso?

—¿Puedo pedir un abogado, guardar silencio y atenerme a no declarar nada en absoluto?

Connor sonrió.

—Estás en tu derecho, sí.

Entonces, se quedó callado y pensativo.

—¿Quieres... que me quede contigo? Han dado orden de no permitir la presencia de nadie —me sonrió—. Pero... un médico puede alegar por la delicada salud del paciente.

Aunque no estaba acostumbrada a que un médico me tuteara, ese tipo me caía bien. No se andaba con rodeos y, además, me lo ponía todo más fácil.

Un suspiro de alivio salió sin reparo. Realmente, Connor estaba siendo una bendición en aquellos momentos.

—Por favor —supliqué.

—Bien. —Se levantó y fue hacia la puerta—. Voy a dar la orden. Cámbiate. Eso te hará sentir más segura. En diez minutos, vuelvo. En el armario tienes ropa que ha traído tu madre.

—¿Mi madre está aquí?

Él asintió.

—El Agente Olsen y tu madre llevan horas esperando.

—Dios mío, deben estar desesperados... —musité.

Connor asintió comprensivo y, luego, salió de la habitación.

Me levanté y me vestí. Mi madre había traído unos vaqueros y un jersey de manga corta.

El Dr. Ward sabía lo que decía porque vestida me sentía más preparada. La corta bata que te ofrecían en el hospital me hacía sentir desnuda y vulnerable.

Diez minutos más tarde, puntual, Connor y *Miss Universo Pelirrojo* entraron por la puerta.

“Sargento Myers...”, repitió mi cerebro despertando de golpe.

Él se situó delante de la cama frente a mí observándome en todo momento.

Ella, con actitud arrogante y altiva, se colocó a la izquierda de mi cama. Bajo el brazo, llevaba un sobre de una gordura considerable.

Miró a Connor y esperó.

—Adelante, Sargento Myers —dijo él tranquilo.

Ella se volvió hacia mí con suficiencia y puso el sobre delante de mí.

—Estos son los hechos, Srta. Sheppard —dijo directa haciendo que, de repente, recordara la voz femenina que había hablado mientras intentaba despertarme contra los tranquilizantes—. Se la acusa de obstrucción a la justicia, huida premeditada con un coche intervenido por el FBI y no autorizado, daños ocasionados con premeditación contra un coche federal y el incumplimiento de varias leyes de tráfico poniendo en peligro a inocentes civiles que también circulaban por la zona.

El bochorno que sentía me obligó a girar la cabeza encontrándome de frente con la mirada inmune del Dr. Ward. La sangre corría por mis venas subiendo hacia mi cara poniéndome roja por la vergüenza.

—Abigail Sheppard —volvió a hablar a quién yo había conocido accidentalmente como Jane—, ¿tiene alguna cosa que decir en su defensa?

Me removí inquieta y respiré hondo.

Connor seguía quieto al pie de mi cama sin mostrar signos de repulsa o decepción hacia mí. Me había dicho que podía mantenerme en silencio si ese era mi deseo y que podía contar con él para lo que fuera.

Abrí la boca para decir que guardaría silencio.

Pero, como siempre, mi cerebro obedeció mis ya habituales salidas de tono. Tenía a esa mujer atravesada desde el primer momento y no iba a permitir que me rebajara ante nadie.

Me dirigí a ella sin más.

—Con el debido respeto, Sargento Myers, ustedes presionaron a Ryan, en contra de su voluntad, para que ese día estuviera presente en una operación de alto riesgo cuando, en realidad, no era necesaria su presencia allí.

Jane se removió sobre el suelo.

No me había pasado por alto la reacción de su cara cuando había nombrado a Ryan. Ese nombre la inquietaba aunque intentaba ocultarlo adoptando una falsa postura inescrutable. Y mucho me temía que era algo que no me iba a gustar cuando descubriera el porqué.

Así que continué:

—Por otro lado, salimos de aquella furgoneta y rescatamos el coche con su permiso. Esas fueron las palabras exactas del Agente Reed, ¿recuerda?

Levanté las cejas encarándome a ella que se mantenía callada. Yo empezaba a crecerme con mi alegato.

—Según pidió Mike, aceptaron el hecho de que nosotros no teníamos autoridad sobre ese asunto y escuchamos como informaba al equipo para que nos dejaran marchar.

Ese detalle lo desconocía pero no me iba a retractar. Según los hechos, eso era lo que debería haber sucedido y yo continué porque ya no podía parar.

—Si en vez de eso, los federales quisieron impedirnos que saliéramos de allí, entonces, fue cuando interpreté que sus mismos subordinados la desobedecieron. ¿Me equivoco? —dije volviéndola a dejar en evidencia por su poca efectividad en su trabajo.

Había vomitado todas aquellas palabras enfrentándome a su mirada en todo momento. Esa mirada suya que dejó de ser altiva y se transformó con el mismo disgusto fulminante que recordaba cuando sorprendí a los cinco dentro de la furgoneta.

Ella desvió su mirada hacia el suelo. Estaba segura de que quería rebatir toda mi perorata. Pero algo la mantuvo en silencio.

Yo miré a Connor que sonreía por lo bajo.

—Sargento Myers —dijo el Dr. Ward cuando el silencio se volvió incómodo—, como bien sabe, mi paciente acaba de sufrir un trastorno bochornoso y lo último que necesita en estos momentos es más presión innecesaria. ¿Puede usted continuar con su trabajo fuera del hospital? Creo

que no es necesaria la presencia de la policía rondando por aquí. —Señaló hacia la puerta de entrada de la habitación—. Puede terminar los trámites burocráticos sobre este asunto en la oficina. Estoy seguro de que la Srta. Sheppard colaborará en todo lo que sea necesario y estoy convencido de que usted también lo sabe.

Miss Universo Pelirrojo alzó la cabeza y expulsó aire, furiosa.

—Está bien —dijo a regañadientes—. De todas formas, Srta. Sheppard, manténgase localizable. El protocolo por el riesgo de fuga se activará si el FBI lo cree necesario, ¿comprendido?

—Sí... ya estoy familiarizada con sus protocolos —le recriminé.

Acto seguido, se dio la vuelta y se largó.

Yo me quedé mirando la puerta ausente.

—Demasiado fácil... —musité para mí misma.

—Creo... que tienes razón. —Escuché decir a Connor.

Entonces, lo miré y le sonreí.

—No sé si es que se trata de una novata. O el hecho de que la operación a su cargo haya salido como se esperaba. O si hay alguna cosa más que se me escapa de las manos pero...

Negué con la cabeza pensativa.

—¿Pero?

Miré al Dr. Ward con franqueza.

—Pero creo que esconde algo y tiene miedo. No es normal mantener a una presunta culpable bajo tutela policial en un hospital. Luego, entra en esta habitación sin compañeros de trabajo. Me acusa y me interroga escasamente. Y..., después de que yo le suelte cuatro palabras, se larga con el rabo entre las piernas. Los cargos que se me imputan son ciertos. He actuado peligrosamente y me he saltado la ley. Es cierto que huíamos para protegernos pero..., si ella quisiera, podría meterme en la cárcel en un abrir y cerrar de ojos. La cuestión es... ¿por qué no lo hace?

Connor sonrió.

—Estoy seguro de que tu cerebro ya sospecha algo —dijo ampliando su sonrisa—. ¿Me lo vas a decir?

Le devolví la sonrisa.

—Será mejor que primero compruebe si estoy en lo cierto.

Connor asintió con la cabeza.

—Será mejor que te relajes —dijo—. Cuando todo esté despejado, daré orden para que suba tu madre.

“¿Relajarme? ¿En un hospital?”, pensé viendo al Dr. Ward dirigiéndose hacia la puerta.

Connor no sabía la aprensión que ya estaba sufriendo solo por ver su bata blanca...

Antes de salir, titubeó y se giró.

—Ten cuidado con los botones de la cama —dijo guiñándome un ojo y saliendo un momento después.

Abby-18 años-Octubre

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—¿De qué te vas a disfrazar?

—No me voy a disfrazar.

—Entonces, ¿por qué quieres ir?

Miré a Tom en silencio.

—Porque quiero saber lo que me estoy perdiendo.

A Tom le habían invitado a una fiesta de Halloween y yo me había empeñado en ir a esa fiesta. Así que le había pedido que me llevara con él.

Tom se había integrado a San Francisco como si nunca hubiese pertenecido a otro lugar. Desde que llegamos aquí, su vida estaba llena de actividad y muy pocas veces lo había visto disgustado.

Se llevaba bien con su compañero de cuarto, Kenneth, y lo veía, la mayoría de veces, rodeado de gente con una sonrisa en su preciosa cara pecosa y los ojos brillantes llenos de felicidad.

Nos veíamos media hora al día y nos encontrábamos en el salón de juegos de la residencia porque los dos íbamos muy ajetreados. Entre las clases, los estudios, el trabajo y el voluntariado, ocupaban muchas horas de nuestro tiempo. Cuando nos dimos cuenta de que estuvimos una semana sin vernos, decidimos que teníamos que marcar un tiempo para estar juntos. Ese era el trato.

Tom sonrió.

—No sé si podré estar pendiente de ti en todo momento, Abby.

Le sonreí.

—Oh... —Hice un aspaviento con la mano como quitándole importancia a eso—. No te preocupes. Me las apañaré muy bien.

—¿Por qué tengo la sensación de que me voy a arrepentir de esto?

Me levanté del butacón y le sonreí.

—Voy a ducharme. A las nueve estaré aquí. Esperándote, ¿de acuerdo?

Tom también se levantó.

—Está bien —dijo levantando las manos con un suspiro—. Kenneth nos llevará.

Me dio un beso en la frente y cada uno nos fuimos a nuestras habitaciones para prepararnos.

No quería decirle a Tom el motivo exacto de por qué quería ir a esa fiesta.

En realidad, estaba un poco asustada porque no sabía si me saldría bien la jugada.

Sabía que Tom ya había traspasado la puerta de la sexualidad.

En cambio, yo seguía viendo aquella pequeña mancha roja en los bajos de mis braguitas desde mi desastroso final con Alex. Y no me la quitaba de la cabeza deseando saber si mis sospechas eran ciertas. Tenía dieciocho años y mi vida sexual era nula.

Mi vida en la universidad era tan simple como monótona. Nunca ocurría nada fuera de lo normal.

Por las mañanas, iba a clase.

Luego, hacía mi turno de trabajo que había conseguido en una cafetería cercana a la universidad.

Entonces, aplicaba mis estudios en las pocas horas libres que me quedaban, sobre todo, los fines de semana.

Después, pasaba dos horas en la biblioteca del campus entrando datos en el ordenador. La asociación de Banco de Alimentos en la que trabajaba como voluntaria me había encomendado para que llevase el control de las entradas y salidas de los productos para las donaciones y querían un informe detallado a diario.

Incluso mi entrada en la biblioteca se había convertido en un hecho habitual. Cada vez que mi mano se alzaba hacia la puerta para abrirla, un chico la abría antes de que yo pudiera alcanzarla. La sujetaba dejándome pasar a mí primero, me ofrecía una perezosa sonrisa y bajaba la mirada hacia el suelo mientras yo cruzaba por el vano dándole las gracias con una distraída mirada.

Y esa era mi vida en San Francisco.

Sin embargo, aunque me sentía a gusto con esa situación, deseaba que algo cambiara. No sabía muy bien qué. Pero tenía que hacer algo porque si no reventaría y quería empezar por lo que no podía quitarme de la cabeza.

Cuando llegamos a la fiesta, todo estaba en plena actividad. El disfraz de

Michael Jackson que llevaba Tom era tan auténtico como todos los que se veían allí.

Lo único que destacaba en mi ropa que pudiera decirse que se integraba con la de los demás era el dibujo de una calavera de mi camiseta negra de manga larga. Por lo demás, seguía llevando mis vaqueros negros y mis botas de combate habituales.

Cuando divisé la zona de las bebidas, apreté la mano de Tom y acerqué mi cara a su oído.

—Ya nos veremos, Tom —dije tan alto como pude para que me escuchara por encima de la música que sonaba tan fuerte que parecía que mis tímpanos iban a reventar.

—¿A dónde vas? —me preguntó sin entender por qué lo dejaba en ese momento.

—A divertirme.

Tom sonrió.

—Está bien. Mantén tu móvil abierto para que nos podamos localizar, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—Hasta luego, Tom.

Entonces, me dirigí a la barra perdiendo de vista a mi mejor amigo enseguida.

Alguien me ofreció un vaso lleno de bebida. Me lo bebí de un trago y le pedí otro porque me gustó el sabor dulce de ese licor y no quemaba la garganta como había oído decir a veces.

Después, me giré y miré a mi alrededor. Tenía que encontrar a alguien en esa fiesta que estuviera lo suficiente borracho como para querer liarse conmigo.

Me dirigí a la baranda de una escalera cercana y me apoyé en ella. Empezaba a sentir un poco de subidón porque mis labios no dejaban de sonreír a pesar de que todo el mundo me ignoraba. Muy probablemente, porque era la chica menos femenina, sexy y peor vestida de la fiesta.

Tenía que cambiar eso.

Así que estiré los bajos de mi jersey ancho y anudé las costuras por delante haciendo un simulado lazo que quedó justo debajo de mi pecho. De esa manera, mi vientre quedaba al descubierto.

Luego, me propuse corregir la postura de mi cuerpo. Apoyé una mano en la baranda y coloqué la otra en mi cintura intentando potenciar los cachetes

de mi culo.

Lo sonrisa de mi cara cada vez era más abierta.

Entonces, empecé a pestañear, a través de los cristales de mis gafas, a cada chico que pasaba por delante de mí, intentando igualar a Tom como tantas veces se lo había visto hacer.

Luego, me lamí los labios por dos razones.

Una, porque se lo había visto hacer a mi compañera de habitación cuando estaba delante de su novio y parecía que este se volvía loco cuando se lo veía hacer.

Y dos, porque me estaba muriendo de sed a pesar de haber bebido dos vasos de no sé qué, no hacía tanto.

—Parece que está haciendo un casting cinematográfico para que le den el papel ridículo de la comedia. —Escuché a mi derecha a una chica que empezó a reírse a carcajadas junto con otra.

Ni qué decir tiene que se trataban de dos muñecas de porcelana que me estaban mirando como si yo fuera un auténtico espectáculo.

Aun sintiéndome el hazme reír de aquellas chicas, acicaladas cada una con vestidos negros brillantes de color negro, perfectamente ajustados a sus cuerpos y conjuntados con dos diademas de conejitas en sus cabezas, me dejé llevar por mi estado de embriaguez y me puse a reír a carcajadas dejándome caer al suelo a pesar de que, en el fondo, odiaba toda aquella situación.

No entendía por qué mi cerebro decía una cosa y mi cuerpo actuaba de forma contraria.

De repente, alguien tiró de mí para que me levantara. Pero mi cuerpo no me dejaba. Entonces, unos brazos me levantaron y, por segundo año consecutivo en Halloween, la máscara de *Jigsaw* apareció de súbito ante mis ojos.

Era terrorífica pero, en ese momento, me pareció lo más tranquilizador del mundo.

Jigsaw me sacó de la casa y me llevó al aparcamiento hasta que paró frente a un coche de color negro. Era un *Buick Enclave*.

Escuché abrirse los cierres centralizados y el monstruo que me llevaba en brazos abrió la puerta del copiloto y me sentó. Luego, abrió el maletero y, después, se sentó frente al volante.

—Bebe —me ordenó entregándome una botella de agua grande.

No me lo pensé dos veces. Estaba muerta de sed y me tragué casi medio litro de sopetón. Luego, cerré los ojos recolocándome las gafas y suspirando

fuerte mientras el corazón me palpitaba a todo gas.

No sabía si era por la vergüenza, por el alcohol o porque *Jigsaw* estaba mirándome muy atento bajo su máscara.

—Te han puesto droga en la bebida —me dijo entonces.

Respiré hondo.

O sea, que eso era lo que hacía que mi corazón estuviera a punto de salirse de mi pecho.

Asentí con la cabeza varias veces sin mirarle y sintiendo que aquella noche volvía a ser un completo desastre para mí.

Las fiestas no eran lo mío.

Abrí la puerta porque notaba que mis ojos empezaban a humedecerse y necesitaba largarme de allí lo antes posible. Cuando puse un pie en el suelo, *Jigsaw* me atrapó el antebrazo izquierdo haciendo que volviera a mirarle.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—¿Quién lo pregunta? —dije reteniendo la salida de mis lágrimas y mirándole con desafío porque, hasta ese momento, él todavía no había descubierto su cara.

Jigsaw se quedó quieto un momento como si le hubiese sorprendido mi pregunta. Después, se quitó la máscara.

Mis ojos humedecidos se abrieron ante la sorpresa que me llevé.

Capítulo 31

Mamá entró en mi habitación del hospital media hora después. Su cara tenía la expresión de todo el cansancio y angustia por todas las horas que no supo de mí y toda la espera en la sala de urgencias.

Me encontró de pie mirando por la ventana hacia la oscuridad infinita de la madrugada. No tenía ni idea de qué hora era.

Desde que me quedé a solas en la habitación, no dejé de pensar en Ryan. Pasé de estar enfadada con él por no encontrarse a mi lado a preocuparme por si seguía en manos de los federales sin tener ni idea de en qué condiciones. La idea de ir a verle tras salir del hospital, aunque fuera entre rejas, no se me quitaba de la cabeza.

Sabía que no había cumplido su palabra de estar junto a mí porque era imposible en aquellas circunstancias. Si estuviera libre, seguro que Ryan hubiese esperado en la sala de urgencias junto a mi madre y Mike.

Pero el Dr. Ward no le había nombrado.

El cabreo que había despertado dentro de mí, poco tiempo antes, por el incumplimiento de su promesa se convirtió en una fuerte preocupación. Y no veía la hora de saber lo que le había ocurrido y si se encontraba bien.

Pero el deseo que tenía de preguntar por Ryan se disipó en cuanto vi a mi madre.

Tenía un aspecto lamentable y las horas de espera la habían dejado agotada.

Mamá no dijo una sola palabra. En cuanto me vio, solo se acercó y me abrazó. Luego, puso atención al chichón amoratado en mi frente y se puso a llorar.

—Mamá, estoy bien —dije para tranquilizarla.

No era verdad. Pero no iba a decirle que el mismo hospital era lo que más me alteraba.

Ella asintió con la cabeza pero sus lágrimas no remitían.

La vi tan afligida que decidí no mencionarle a Ryan.

—¿Dónde está Mike? —pregunté para ver si así dejaba de sollozar.

—Está fuera, en la puerta —contestó apaciguándose un poco—. El Dr. Ward está preparando tu alta médica.

Alguien golpeó suave en la puerta y abrió despacio. Connor y Mike entraron con sigilo y el último cerró con precaución.

—Siento interrumpir —dijo Connor—, pero traigo el alta para que podáis iros más pronto. Seguro que estaréis más tranquilos en vuestra casa. De todas formas, he dado orden en recepción para que te den hora de visita la semana que viene. Solo será un reconocimiento rutinario y rápido. Así nos aseguraremos de que todo está en orden.

—Gracias, doctor —dijo mi madre con alivio—. ¿Podemos irnos ya?

—Sí, todo está arreglado —contestó él.

—Gracias, Dr. Ward —dijo Mike entonces—. Le estamos muy agradecidos por el trato y toda la información que nos ha dado. Ha sido un alivio contar con usted.

Como estaba deseando irme de allí, no alargué más el momento.

—Creo que ya hemos entretenido demasiado al Dr. Ward —dije ansiosa—. Seguro que tiene mucho trabajo que hacer y será mejor que no abusemos de su amabilidad.

Este puso los dedos de su mano dentro del bolsillo superior de su bata blanca y sacó una tarjeta.

—Si notas algún síntoma fuera de lo normal —dijo acercándose a mí y entregándome su tarjeta—, no dudes en llamarme. Este es mi teléfono de emergencias, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije cogiéndole la tarjeta y guardándomela en el bolsillo sin mirarla—. Estoy segura que no será necesario pero le estoy muy agradecida por toda su atención. No olvidaré la ayuda que he recibido de usted.

Le sonreí y, luego, miré a mamá y a Mike suplicando con mis ojos para que nos largáramos.

Entendiendo mi señal, Mike abrió la puerta y la señaló para que fuéramos pasando.

No dudé en cruzar la primera por el quicio con paso acelerado.

Mamá no se despistó un segundo y me siguió.

Por encima de mi hombro, vi a Mike estrechándole la mano a Connor e intercambiar una bolsa pequeña de viaje. Debían ser mis pocas pertenencias. Y solo deseaba que el trébol estuviera en esa bolsa.

Alcé mi mano instintiva hacia mi cuello aun sabiendo que no lo llevaba puesto.

Me planté ante el ascensor y pulsé el botón de llamada. Estuve de suerte porque las puertas se abrieron de forma inmediata. Así que subimos los tres dejando al Dr. Ward frente a la puerta de la habitación, mirando en nuestra dirección y viendo cómo desaparecíamos de su vista.

Un fuerte suspiro salió de mi boca. No sabía qué podía esperar fuera de aquel edificio. Todavía no sabía dónde se encontraba Ryan y el silencio entre nosotros era patente.

Normalmente, yo era la que iba al grano. Pero todo me parecía tan desbordante y desolador que prefería estar callada.

Y parecía que ellos también.

Eso debía significar que no eran buenas noticias y no estaba muy segura de si quería saberlas hasta que no saliéramos de allí. Además, existía un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que Mike y mi madre no quisieran alterarme tras todo lo ocurrido.

Cuando salimos a la calle, la luz del sol empezaba a asomar por el horizonte. Un atisbo de esperanza de encontrarme a Ryan allí fuera se fue cuando me di cuenta de que no era así.

Tomé una larga bocanada de aire. Los hospitales me daban aprensión y nunca había tenido buenos recuerdos en ellos.

Mike condujo hasta casa de mi madre sin preguntarme a dónde quería ir. Habían tomado la decisión de antemano por alguna razón.

Eso aumentó mi preocupación pero no sabía cómo afrontarlo. Entonces, decidí seguir callada esperando a ver como se desarrollaban los acontecimientos. Tal vez, su silencio era una manera de querer protegerme y, ahora mismo, me encontraba bajo su cuidado. No tenía a nadie más y, quizá, era lo mejor.

Tras pasar la puerta de la entrada principal, miré el reloj colgado de la pared. Eran las siete de la mañana y ya estábamos a jueves. Habían ocurrido demasiadas cosas en tan solo seis días y estaba agotada.

Sin decir nada, me dirigí a mi habitación y cerré de golpe sin encender la luz. Me quité la ropa y me metí en la cama.

Escuché algunos pasos apresurados en el pasillo. Unos iban a la habitación de mamá y otros a la cocina. Después, ocurrió a la inversa. Por último, unos pasos se desplazaron de vuelta a esa habitación y, tras cerrarse la puerta, todo quedó en completo silencio.

Mi cuerpo se movió instintivo colocándose en posición fetal haciéndose una bola.

No tenía móvil y mi ordenador estaba guardado en el armario de casa de Ryan. Estaba incomunicada y era chocante que ahora quisiera estar localizable cuando llevaba meses apenas utilizando las nuevas tecnologías.

Noté cómo los párpados se me cerraban. Finalmente, me quedé dormida con la última imagen que tenía de Ryan.

Justo cuando trazó el imperfecto corazón con su nariz a través del cristal de la ventanilla del coche patrulla donde se encontraba detenido.

Olía a pollo frito. Salivé con la imagen en mi cerebro de un plato lleno de alitas de pollo. Me lamí los labios y abrí los ojos con pereza.

Reconocí mi habitación enseguida. La luz del exterior era tenue por lo que empezaba a oscurecer.

Pensé en Ryan y me levanté. Tenía que saber lo que le había ocurrido.

Después de pasar por el baño y de vestirme, entré en la cocina.

Mike estaba removiendo una cazuela con la cuchara de madera y mamá estaba sentada en la mesa con las manos cruzadas frente a su cara, como si estuviera rezando. Los dos se giraron hacia mí en cuanto oyeron abrirse la puerta.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —preguntó mi madre observándome con detenimiento.

—Bien —contesté—, pero tengo hambre. ¿Son alitas de pollo? —pregunté a Mike.

—Sí —dijo con una vaga sonrisa—, ya están a punto para la cena. Te has despertado justo a tiempo.

A pesar de su sonrisa, su expresión era de preocupación. No conseguía adivinar si era por Ryan o por mí.

Me senté frente a mi madre y Mike sirvió la cena.

Nadie abrió la boca cuando empezamos a comer. El silencio entre los tres seguía siendo incómodo y yo ya no aguantaba más aquella situación.

—¿Dónde está Ryan? —pregunté sin más.

Ellos se miraron entre sí unos momentos los cuales me parecieron muy largos.

Por fin, Mike habló.

—Ryan está en su casa.

Dejé en el plato la alita de pollo que estaba a punto de devorar.

Esa respuesta no me gustó.

Nada.

—¿Ryan está en su casa? —pregunté incrédula.

Había estado preocupándome por él todo este tiempo y... ¿Ryan estaba en su casa? ¡¿Qué demonios?!

La sangre de mis venas volvió a latir con fuerza. El cabreo que empezaba a sentir era demasiado fuerte como para que algo pudiera impedir un combate de boxeo.

—Tu madre y yo le pedimos que se mantuviera allí hasta que te recuperaras —dijo Mike.

Esa respuesta no consiguió tranquilizarme.

En absoluto.

¿Ryan había obedecido ese estúpido consejo? ¿Desde cuándo Ryan obedecía a alguien?

¡Me prometió que estaría siempre a mi lado!

Y en cambio... ¿estaba en su casa tan tranquilo mientras yo creía que estaba en la peor de las situaciones?

Me levanté de un salto y salí disparada hacia la puerta. Cuando llegué al recibidor, Mike me interceptó.

—Abby, tranquilízate —dijo intentando mantener la calma—. Ryan está bien.

Lo miré directa a los ojos con toda la rabia que sentía.

—Ese es, *exactamente*, el problema, Mike —dije abriendo la puerta de la entrada principal y saliendo como un bólido hacia la calle—. ¡Pero vosotros quedaros tranquilos! —grité—. Enseguida, estaré de vuelta.

Anduve con paso firme. Los puños de mis manos se apretaban cada vez más crispados. Los quince minutos de trayecto hicieron crecer mi estado de frustración y cabreo.

¿Por qué no estuvo en el hospital? ¿Por qué dejó que creyera que estaba metido en un buen lío? ¿Por qué no estaba esperando delante de casa de mi madre cuando llegué?

Él siempre había estado a mi alrededor desde que llegué aquí, apareciendo de la nada cuando menos me lo esperaba.

Y ahora... cuando más lo necesitaba a mi lado, cuando más necesitaba estar rodeada del consuelo de sus brazos y más preocupada había estado por

él como por nadie... AHORA, él no estaba junto a mí.

Me sentía tan traicionada que casi tropecé contra una farola que se interpuso en mi camino. O yo en el suyo. Daba igual porque tenía la vista nublada por la furia.

Habíamos vivido situaciones extremas con las que solo nosotros dos podíamos apoyarnos. Y yo necesitaba ese apoyo como el aire que respiraba. Me había hecho creer que todo lo que quería era estar junto a mí por muy difíciles que se pusieran las cosas.

Y el muy cabrón estaba en su casa, TAN tranquilo, sin mover un solo dedo para averiguar cómo me encontraba yo.

Cuando tuve su casa frente a mi vista, cogí una gruesa piedra. La casa estaba completamente a oscuras.

Lancé el pedrusco con toda mi fuerza contra la ventana del piso superior. Como el cristal no se rompió, todavía me cabreé más.

—¡Maldito cabrón! —grité cogiendo otra piedra del suelo—. ¡Me lo prometiste!

Lancé la otra piedra contra la moderna persiana del taller. Una estruendosa alarma sonó en el acto.

Algunos vecinos empezaron a sacar la cabeza por las ventanas de sus casas o salían por sus portales.

Cogí otra piedra para volver a lanzarla contra lo que fuera.

Entonces, Ryan salió por la puerta de su casa con una expresión entre desconcertada y listo para enfrentarse a lo que fuese.

Cuando vio que era yo la culpable de todo ese jaleo, avanzó con intención de acercarse apresurado hacia mí.

—¡Ni se te ocurra acercarte más! —grité sujetando la piedra que estaba a punto de lanzar apuntando contra él—. ¡Ni se te ocurra!

—¡Abby! —gritó frenando en seco—. ¡Por favor, suelta la piedra! ¡La policía viene de camino! —gritó poniendo las manos sobre su cabeza como decidiendo si debía actuar o quedarse quieto.

—¿La policía? —le grité furiosa viendo cómo sacaba su móvil del bolsillo e intercambiaba algunas palabras con Dios sabía quién—. ¿Como la Sargento Myers? —pregunté con desdén cuando, en ese momento, dejó de sonar la estruendosa alarma del taller y yo seguía con la piedra en mi mano con demasiadas ganas de lanzarla—. ¡GENIAL! ¡Que venga, entonces! Así podremos aclarar unas cuantas cosas, ¿no te parece?

Ryan colgó y me miró tensando la mandíbula. Cambió su peso de un pie a

otro y miró hacia la oscura noche, como si estuviera suplicando al universo. Luego, volvió a mirarme apretando los labios muy fuerte y dio otro paso hacia delante acercándose un poco más a mí.

—¡Te he dicho que ni se te ocurra acercarte a mí! —volví a gritar mirándole desafiante—. Me has traicionado y eso no te lo perdonaré. —Las lágrimas aparecieron, de repente, derramándose sobre mis mejillas—. Me lo prometiste —dije sollozando viendo cómo él se tapaba la cara con las manos y negaba con la cabeza con frustración e impotencia—. Me lo prometiste y no cumpliste tu palabra —le acusé notando cómo mi cuerpo empezaba a debilitarse.

Abatida y con la respiración acelerada, bajé el brazo y dejé caer la piedra bajo mis pies.

Después, me giré en dirección contraria y emprendí el camino de regreso a casa de mi madre.

La gente seguía estando atenta a lo que ocurría pero a mí me importaba una mierda quién estuviera cotilleando.

Pocos pasos más adelante, el coche patrulla de Mike hacía parada junto a mí.

Miré ladeando la cabeza hacia la ventanilla abierta del lado del conductor y resoplé secándome las lágrimas de mi cara.

—No pienso subir a otro coche patrulla, Mike —le advertí furiosa—. Conozco el camino y lo haré con mis propios pies, digas lo que digas.

Mike asintió con la cabeza y dejó que yo pasara por su lado para que pudiera seguir con mi camino. Como era de esperar, él se mantuvo pocos metros detrás, escoltándome, mientras dejaba atrás a Ryan y a todo su vecindario.

Mientras caminaba, oí el sonido de unas sirenas que se acercaban desde la lejanía. Pero yo no miré hacia atrás en ningún momento.

Abby-18 años-Noviembre

Mis ojos humedecidos no podían dejar de mirar sorprendidos al chico que acababa de descubrir su cara tras quitarse la máscara de *Jigsaw*.

Era el mismo chico que siempre me abría la puerta de entrada en la biblioteca del campus.

Joder. Y era atractivo. Muy atractivo.

Y había hecho el ridículo delante de él dentro de la casa donde se celebraba la fiesta de Halloween.

En ese momento, no pude retener más mis lágrimas y salí del coche corriendo.

Empecé a correr sorteando a derecha e izquierda los coches que se encontraban estacionados en el aparcamiento.

Se suponía que esa fiesta de Halloween sería clave para mis futuras relaciones sexuales. Pero, en aquel instante, se había convertido en una maratón de atletismo con coches como obstáculos a los que tenía que sortear.

Hubo un momento en que me pareció que todos los coches eran iguales. La misma marca, el mismo modelo, el mismo color...

Pero yo seguía corriendo.

Ni siquiera me di cuenta de que había dejado de llorar.

—¡Eh! —gritó alguien detrás de mí—. Detente. Estás dando vueltas alrededor del mismo coche.

Entonces, me di de bruces con *Jigsaw* que ya no llevaba puesta la máscara y me sujetó, envolviéndome entre sus brazos, antes de que me cayera al suelo.

Un alivio repentino me invadió. Aquellos brazos me sujetaban con tanta seguridad y con la presión justa que dejé que mi cuerpo se apoyara en su pecho deseando que no me soltaran jamás.

Pero mi anhelo se frustró cuando *Jigsaw* me apartó.

Me lo quedé mirando con los ojos abiertos y un poco paralizada por el repentino cambio.

Era de estatura media alta. Su pelo castaño estaba bien recortado. La parte superior de sus pequeños mechones estaban peinados hacia un lado. Sus ojos no eran muy claros pero tampoco eran negros. Sin embargo, no podía definir la exactitud de su color por la oscuridad. Y los rasgos masculinos de su cara eran fuertes pero con un toque de refinamiento.

Entonces, volvió a ofrecerme la misma botella de agua de la que ya había vaciado medio litro poco antes.

Mi respiración era dificultosa pero no me sentía cansada. Solo desorientada.

Bebí otro medio litro de agua y se la devolví a *Jigsaw* que la sujetó mientras la cerraba observándome con mucha atención.

—¿Has venido sola? —me preguntó.

Un flash recordando que hacía nueve meses alguien me hizo esa misma pregunta apareció en mi mente con una claridad demasiado nítida. Mark Tyler me había dejado plantada en una sala de cine del centro comercial y

Ryan Townsend apareció preguntándome exactamente eso.

“¡Maldita sea! ¿Por qué tiene que aparecer Ryan en mi cabeza en este preciso momento?”, pensé.

Ya no estaba en Crossboots.

Estaba en San Francisco.

Y se suponía que estaba en una fiesta universitaria muy divertida. Aunque me encontrara en el aparcamiento, delante de ese chico tan atractivo y haciendo el mayor ridículo de mi vida cuando mi objetivo, aquella noche, era traspasar la línea de mi inexistente actividad sexual.

Sentí que los nervios se apoderaban de mí por la frustración.

Miré a *Jigsaw* directa a sus ojos y me reajusté las gafas porque, con la carrera y todo lo demás, las tenía casi en la punta de mi nariz.

—Oye... —empecé a hablar entonces—, no importa si he venido sola o acompañada. Solo importa lo que he venido a hacer aquí. Llevo tres meses con una mancha roja en mi cabeza y son los mismos meses que no ocurre nada nuevo en mi monótona y simple vida. No es que me importe demasiado que mi vida sea así. Pero tengo dieciocho años y mi vida adolescente no ha sido muy experimental... sexualmente hablando. Estoy en la universidad y se supone que debería vivir las mismas diversiones que los demás. Pero lo único que quiero hoy es un chico que me lleve a la cama. Sé que no soy la chica más atractiva del mundo pero, no hace mucho, alguien se interesó en mi físico. Aunque, claro, solo quería eso. Así que la pregunta es: ¿Quieres ser tú quien me lleve a la cama esta noche?

Jigsaw me miraba con la boca y los ojos muy abiertos. Parecía tan sorprendido que ni siquiera se movía.

Y yo no sabía si podría jurar si aquella había sido la perorata más larga que había soltado delante de nadie antes. Pero, si no lo era, sí podía jurar que fue una de las que más ganas tuve de escupir por mi boca antes de pensármelo dos veces.

Y no hubiese podido frenarla aunque lo deseara.

No tenía ni idea de la droga que llevaba en mi cuerpo. Pero sí notaba que mis impulsos eran tan lúcidos como todo lo contrario.

Además, mi cerebro había tomado el modo automático para que me diera igual lo que *Jigsaw* estuviera pensando de mí en aquel momento; porque ya me había visto hacer suficiente el ridículo en la casa y delante de ese mismo coche donde nos encontrábamos entonces.

—¿Y bien? —dije poniendo una mano en mi cintura con la postura de mi

cuerpo un tanto impaciente porque necesitaba una respuesta.

Pero no hacía falta ser adivino para saber lo que me iba a contestar.

Entonces, *Jigsaw* se removió sobre el suelo cambiando la postura de su cuerpo.

—Eehh...

—Sí, ya lo sé —lo corté—. Soy una chica muy agradable pero no soy tu tipo —ironicé—. Tranquilo. Ya me voy a otra parte. Pero, de todas formas, te agradezco lo que has hecho por mí.

Me giré y empecé a caminar hacia la casa de nuevo.

—¡Eh! Oye..., espera un momento —dijo *Jigsaw* entorpeciendo mi paso al pararse delante de mí.

Entonces, alzó sus manos hacia la parte superior de mi cuerpo y sus ojos miraron hacia mis pechos. Luego, desabrochó con mucha suavidad el simulado lazo que tenía anudado. El suave roce de sus dedos sobre mi vientre descubierto mientras tiraba de mi jersey me erizó la piel y retuve el aliento en un acto reflejo.

Me lo quedé mirando con el estómago encogido.

Luego, *Jigsaw* pasó un dedo rozando ligero por mi mejilla.

—Eres mucho más que una chica agradable —dijo con una media sonrisa—. Pero... yo no soy tu chico.

—¿Derek? ¿Abby?

Era la voz de Tom.

—Creo que acabamos de interrumpir algo muy serio, mi amor —dijo alguien que yo no conocía.

Entonces, mis labios empezaron a sonreír. Y era la misma sonrisa abierta y estúpida que no hacía mucho había experimentado dentro de la casa cuando había terminado de beber los dos vasos de no sabía qué.

Ahora, lo comprendía todo.

Miré a *Jigsaw* con la sonrisa cada vez más abierta.

—Eres gay —dije empezando a reír y sabiendo que mi risa iba a explotar en unas grandes carcajadas.

Luego, me giré hacia donde se encontraban Tom y un chico pelirrojo que le igualaba en altura pero que era un poco más corpulento que mi mejor amigo. Mi risa era cada vez más estruendosa y señalé a *Jigsaw* mirando hacia Tom con los ojos abiertos.

—Él es gay —repetí sin parar de reír.

Después, seguí riendo sin parar hasta que terminé en el suelo

carcajeándome sola mientras los tres chicos que tenía a mi alrededor observaban el espectáculo que yo les estaba ofreciendo.

Capítulo 32

Llegué a casa arrastrando los pies.

Mi madre estaba en la entrada abrazándose su cintura con sus propios brazos. Su aspecto era triste y se notaba que algo le dolía en el alma.

Mike bajó del coche y se acercó.

Pero no permití que ninguno de los dos intentara consolarme. Entré directa hacia mi habitación y me derrumbé en la cama.

Pasé la noche llorando y maldiciendo.

Ryan había logrado meterse bajo mi piel y, ahora, me daba cuenta de que también estaba echándolo de menos como a nadie. Me había acostumbrado a estar entre sus brazos, a estar a su lado cada minuto del día y había vuelto a sentirme viva después de...

En un gesto nervioso, tracé con un dedo el tatuaje que tenía en el costado de mi cintura. Algo en mi consciencia me hacía sentir que yo también estaba traicionando a alguien. Pero mi mente gritaba más fuerte diciéndome que el asunto no tenía nada que ver. Las circunstancias y los hechos eran completamente diferentes.

Y, ahora, tenía que volver a luchar para recuperar de nuevo el control de mi vida sin siquiera haber recuperado las reacciones de mi cuerpo cuando me sentía bajo presión.

Ryan se había convertido en mi bote salvavidas en pocos días. Alguien con quien estaba dispuesta a darlo todo para sacar la cabeza de debajo del agua y tomar aire para volver a la vida.

Pero volvía a sentirme abandonada y derrumbada. El dolor que sentía en mi pecho me había dejado sin fuerzas.

Pasé los siguientes tres días metida en la cama. Me levantaba justo lo necesario y no salía de aquellas cuatro paredes.

Igual que cuando regresé a casa de mi madre, ella entraba todas las tardes y se tumbaba en la cama junto a mí. Me acunaba sin decir nada, tanto si lloraba como si no, y luego volvía a sus quehaceres rutinarios.

Mike cumplía sus turnos y seguía con su prudente comportamiento de convivencia.

No escuché el rugido de la *Harley* de Ryan a la una de la madrugada ningún día. Por lo que no importaba si la luz de mi habitación estaba encendida o apagada. No hubo un diálogo visual-ruidoso entre nosotros.

Y el sábado, no fui a la barbacoa en casa de los padres de Tom.

Pasé esos días sintiéndome extraña, como si me faltara algo o no estuviera en el lugar al que debía pertenecer. Otra vez.

El domingo, mi madre entró en mi habitación y se sentó en mi cama. Me acarició el cabello y suspiró.

—Abby, cariño —dijo—, mañana tienes visita con el Dr. Ward. El viernes llamaron del hospital para confirmar la hora. Te esperan a las doce del mediodía.

Un gemido salió de mi garganta.

—No quiero ir, mamá —me quejé—. Estoy bien. No he notado nada fuera de lo normal y no soporto los hospitales.

—Pues irás —dijo decidida—. Llevas demasiado tiempo encerrada en esta habitación. Aunque solo sea para esta visita, tienes que salir de aquí. Le debemos mucho al Dr. Ward y no podemos evadir un chequeo rutinario que él mismo ha solicitado cuando debe tener la agenda hasta los topes.

—Te recuerdo que no tengo coche, ni moto —chasqué los labios pensando en mi móvil, mi ordenador y... en Ryan—. Ni nada —terminé notando cómo se me humedecían los ojos.

—Hija —dijo mamá volviéndome a acariciar el pelo—, mañana es mi día libre. No creerás que iba a dejar que fueras sola, ¿verdad? Yo te llevaré. Tengo que agradecerle como es debido al Dr. Ward la atención que nos dio mientras te esperábamos. Además... —añadió levantándose y dirigiéndose hacia la puerta—, tarde o temprano tendrás que recuperar lo que es tuyo, ¿no crees?

Tal como dijo eso, salió y me dejó a solas con su último comentario repitiéndose en mi cerebro, una y otra vez.

¿Por qué no había caído en eso? ¡Eran mis cosas, joder!

Me levanté y me fui al baño a asearme. Llevaba días durmiendo con una camiseta en vez de mi pijama de Mulan. Ese pijama era mío y también iba a traérmelo aunque tuviera que lanzar una granada activada para entrar en casa de Ryan.

Cuando estuve vestida, volví a mi habitación y me puse las zapatillas de deporte porque mis botas vaqueras también tenía que recuperarlas.

Al levantarme, una pequeña bolsa de viaje encima de mi escritorio me llamó la atención. Era la bolsa que había traído Mike del hospital. Estaba abierta y me di cuenta de que la ropa sucia que había llevado en el viaje a la cabaña había desaparecido. Cogí la bolsa y la vacié encima de la mesa.

La mini cartera donde guardaba mi documentación salió disparada junto con el collar del trébol de cuatro hojas. Instintivamente, me llevé la mano al cuello. Luego, alargué la misma mano y lo cogí acariciándolo entre mis dedos.

Volví a dejar el trébol sobre la mesa. Salí de mi habitación y pasé por delante de la cocina sin entrar a saludar a mamá ni a Mike. Abrí la puerta principal y la atravesé decidida a recuperar mis cosas de casa de Ryan.

Cuando llegué, la casa estaba cerrada y las luces apagadas. Pero, tras la persiana metálica del taller, una luz salía por debajo de una corta apertura.

Decidida, golpeé con el puño de mi mano contra el metal. Pero no era tan duro como su aspecto prometía. Parecía material de plástico, aunque el color y su tacto eran tan gris y frío como el aluminio.

Miré hacia el cielo suplicando que todo me resultara más sencillo de lo que esperaba. Empezaba a oscurecer dejando los últimos rayos de sol en el horizonte.

La persiana no tardó en levantarse y me preparé para una batalla campal contra Ryan por si pretendía detenerme.

Pero no era Ryan el que estaba al otro lado del local.

Will me miraba con curiosidad.

La expresión de sorpresa en mi cara debía ser patente porque, entonces, Will sonrió.

Estaba tan desconcertada que me quedé allí plantada sin saber qué decir. Will no tenía la culpa de mi cabreo y suficiente tenía él con su vida como para que yo descargara mi rabia que nada tenía que ver con él.

—Eh... —titubeé—, no pretendo molestarte pero...

Will seguía mirándome con su apacible sonrisa.

—Vengo a buscar mis cosas —dije más decidida—. Espero que no te importe.

Will miró a su alrededor y, luego, volvió la vista hacia mí. En un gesto como quitándole importancia, levantó y bajó los hombros. Se giró y se dirigió a la gran mesa de trabajo donde había un depósito de gasolina de una moto de gran cilindrada. Unas líneas curvas marcaban un dibujo que yo no podía distinguir. Will se sentó dándome la espalda y continuó con su trabajo.

Miré el gran espacio de la sala y vi mi pick-up junto a mi moto aparcadas cerca de la mesa junto a la pared donde estaban las viejas herramientas de Joe.

Sin pensármelo más, entré y abrí la puerta del patio trasero que comunicaba con la casa. Ryan podía estar en cualquier parte pero me daba igual. Había venido con un propósito y lo iba a cumplir.

Atravesé el patio y corrí la puerta cristalera que daba al salón sin que nada me lo impidiera. Todo estaba cerrado, a oscuras y en silencio. Encendí la luz. Parecía que no había nadie.

Seguí mi camino y me metí en la habitación. Abrí la luz y comprobé que tampoco había nadie allí. Sin perder tiempo, fui hacia el armario y cogí mi maleta poniendo todas las cosas que me pertenecían.

“Maldita sea... Estoy haciéndome la maleta...”, pensé con fastidio.

Tras cerrarla, salí por el patio volviendo a dejarlo todo bien cerrado.

Cuando entré al taller, Will continuaba sentado pero dejó lo que estaba haciendo para mirar en mi dirección.

Como no sabía qué decirle, seguí con mi cometido y metí la maleta dentro del cajón de carga de la pick-up. Abrí la puerta del conductor y me senté frente al volante.

—Mierda... —maldije—, las llaves.

Volví a bajar y me acerqué al armario donde Ryan guardaba todos los llaveros. Sentía la atenta mirada de Will observando mis movimientos.

Localicé las llaves junto a las de mi *Harley* y cogí las dos. Regresé a mi pick-up y encendí el motor. Luego, maniobré y encaré mi coche frente a la persiana metálica.

—Mierda... —repetí mordiéndome los labios—. Maldita persiana.

Entonces, esta se abrió.

Ryan estaba al otro lado montado en su *Harley* a punto de entrar.

—Genial —resoplé.

Ryan me miraba a través de la visera de su oscuro casco y no se apartó

para que yo pudiera salir del taller con mi coche. Así que bajé la ventanilla de mi lado y saqué la cabeza.

—¡Sal de mi camino! —grité furiosa volviendo a meter la cabeza y cerrando la ventana otra vez.

Ryan, por el contrario, paró el motor de su moto. Puso el caballete y bajó quitándose el casco a la vez que se acercaba a mi coche. La expresión de su cara era tensa y decidida. Avanzó hasta la puerta del conductor y la abrió.

—Sal del coche o te sacaré yo —dijo sin gritar aunque desafiante.

Su mirada era una que yo ya conocía de antaño.

—¡Y una mierda! —exclamé yo mirándolo por igual—. Me esperan para cenar y voy tarde —dije con sorna, como si esa estúpida excusa fuera verdad. Luego, endurecí mi mirada—. Sal de mi camino o aplastaré la moto. Bien sabes que soy muy capaz.

Puse la mano en la manija y volví a cerrar la puerta del coche activando los seguros del cierre centralizado y abrochándome el cinturón. Aceleré el motor en punto muerto como un primer aviso.

—Will. —Escuché decir a Ryan como de lejos por la insonorización del coche. Miré en su dirección y vi que le lanzaba unas llaves—. Aparta la moto, por favor.

Este alcanzó las llaves al vuelo y se apresuró a obedecerlo. Cuando lo vi subir a la *Harley* de Ryan, yo ya había metido la marcha y estaba acelerando.

Pero un golpe en la parte de atrás de mi coche me alertó y miré por el retrovisor. Ryan había subido en el cajón de carga y estaba dejando caer la maleta al suelo del taller.

La maleta que yo misma había preparado.

—Joder —musité todavía más cabreada.

Aceleré el coche y pasé casi rozando a Will, que ya había dejado algo de espacio, y giré bruscamente hacia la calle aprovechando que Ryan estaba de pie.

Esa maniobra lo hizo tropezar con el duro metal de la carrocería trasera. Pero se sujetó, hábil y a tiempo, agarrándose con fuerza.

—Quieres dar otro paseo, ¿eh? —murmuré cada vez más cabreada—. Pero ahora te apetece ir en coche, ¿verdad?

Seguí hablando sola mientras conducía.

Mierda.

Había ido a casa de Ryan para recuperar mis cosas.

Pero solo había recuperado una. Mi vieja camioneta.

—¡Pues demos un paseo! —exclamé con fastidio.

Vi como Ryan se sentaba en el cajón de carga agarrándose con los brazos extendidos y con la mirada fija en mí a través de la luna trasera del coche. Parecía tranquilo pero no perdía detalle de mis movimientos.

Como había enderezado por el camino hacia la casa de mi madre, di la vuelta en dirección contraria justo en mitad de un cruce porque vi que no pasaba nadie.

Sonreí.

Eso era lo mejor de conducir por un pueblo donde apenas nadie transitaba. Vi cómo Ryan se desplazaba de un lado a otro por el efecto centrífugo del giro de ciento ochenta grados que había dado.

La adrenalina empezaba a aumentar mi excitación.

Enderecé el volante y aceleré camino hacia la carretera federal. Me metí a toda velocidad y sobrepasé el límite porque no tenía a nadie por delante. Cuando llevaba unas cuantas millas, vi que Ryan había dejado de sujetarse y estaba sentado mirando hacia atrás.

Justo entonces, decidí salir de la carretera federal y me metí por una carretera secundaria que pasaba por un bosque cercano. La carretera estaba llena de baches y socavones y eso era lo que yo quería. Ryan iba a rebotar hasta que yo me cansara de ese camino.

Pero mi plan falló estrepitosamente cuando el motor desaceleró solo después de una de las curvas y, en momentos, se paró.

Miré el salpicadero para ver si indicaba algún fallo grave. Pero la decepción fue mucho más grande cuando me di cuenta de que solo me había quedado sin gasolina. Había estado tan metida en mi juego que no había prestado atención a ese detalle.

Le di un golpe al salpicadero. Y, después, otro y otro y otro...

Abby-18 años-Noviembre

Abrí los ojos.

Todo estaba oscuro y la cama en la que me encontraba tumbada era mucho más grande que la de mi habitación de la residencia de estudiantes.

Me sentía cansada y tenía un poco de malestar en el cuerpo. Me removí inquieta sobre las sábanas.

Entonces, deseé que los recuerdos que aparecieron en mi mente fueran solo un mal sueño.

Me reincorporé para descubrir dónde me encontraba.

Pero no veía nada.

Bajé los pies y los apoyé en el suelo para levantarme. El suelo era blando. Cuando levanté mi culo de la cama, un grito me sobresaltó dejándome caer de nuevo sobre el colchón.

Una silueta se levantó del suelo plantándose delante de mí.

—¿Quién eres? —pregunté alerta activando mi cuerpo en posición de defensa por si ese tipo me atacaba.

No me respondió.

Entonces, noté cómo se movía y levanté la pierna para intentar patearle en su estómago.

—Aaagh... Joder... —se quejó la silueta.

De repente, se abrió la luz.

Mientras mis ojos se habituaban a la repentina claridad, reconocí, de forma borrosa porque no llevaba puestas las gafas, al chico que me había salvado la noche anterior.

Genial.

Lo que había ocurrido en la fiesta de Halloween no había sido un mal sueño. Había pasado de verdad.

Por suerte, mi puntería había fallado porque ese chico se apretaba el muslo con la mano, por encima de unos pantalones cortos de deporte, para calmar el dolor.

—Lo siento —me disculpé—. No sabía quién eras.

—Está bien... No te preocupes...

—¿Dónde están mis gafas?

Sin decir nada, él se dio la vuelta y cogió algo de la mesita de noche. Luego, se giró para entregarme los lentes y me los puse sin dejar de pensar en todas las estúpidas torpezas que ese chico me llevaba aguantando en las últimas horas.

Sin embargo, a él no parecía importarle.

Tenía claro que ese chico no se había sobrepasado conmigo por dos motivos.

El primero era que, con pantalones cortos y un jersey, ese chico había dormido en el suelo y yo estaba completamente vestida en la cama con la misma ropa que me había puesto para la fiesta de Halloween.

Y el segundo motivo era que Tom conocía a ese chico y, además, era gay.

Lo que no tenía tan claro era si yo había intentado hacer algo, todavía más patético, durante ese período de tiempo que ahora no recordaba.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunté mirando alrededor. Aquella habitación era agradable y estaba perfectamente ordenada.

Él se sentó a mi lado y me miró.

Entonces, pude ver con claridad el color de sus ojos. Eran de un tono ámbar oscuro con motas de color verde y su mirada era mesurada y respetuosa a la vez. Pero un asomo de brillo hacía que la expresión de su cara intentara ocultar cierta diversión.

—Anoche disfrutaste de un buen viaje —dijo sonriéndome—. ¿No recuerdas nada?

Suspirando, tapé mi cara con las manos volviendo a recordar el bochornoso ridículo que ofrecí en la fiesta de Halloween.

Y todavía me sentía más incómoda por el hecho de no acordarme de cómo había llegado hasta esa habitación.

—Ojalá pudiera olvidarlo —le respondí—. Pero no recuerdo haber venido aquí.

Él me ofreció una sonrisa burlona y era seguro de que estaba intentando aguantarse la risa delante de mí.

—Tuvimos que levantarte del suelo y decidimos que era mejor traerte aquí en vez de dejarte sola en la residencia. Hiciste todo el camino riéndote a carcajadas. Cuando te metimos en la cama, todavía seguías riéndote.

Asentí con la cabeza varias veces. La última imagen que tenía de la pasada noche era que me encontraba en el suelo del aparcamiento riéndome como una loca.

Me levanté de golpe sintiendo mucha vergüenza.

—Será mejor que me vaya —dije acercándome a la puerta. Entonces, me giré antes de poner la mano en el pomo—. Gracias de nuevo por salvarme el culo. De verdad que siento todo lo ocurrido.

Me volví a girar y abrí la puerta.

Tom estaba en el otro lado con el puño en alto. Estaba a punto de picar en la puerta con los nudillos, como tantas veces hacía, para poder entrar con sigilo a cualquier sitio privado en el que yo me encontrara. Luego, suspiró.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Entonces, las lágrimas empezaron a salir y me arrojé a sus brazos buscando el consuelo que él siempre me ofrecía.

Cuando dejé de llorar, Tom puso sus manos en mis mejillas y me miró directo a los ojos con mucha seriedad.

—Abby, esto es San Francisco. Tienes que tener los ojos muy abiertos y

no dar un paso sin haberlo pensado antes. Has tenido suerte de que Derek te encontrara —dijo señalándolo detrás de mí—. No quiero ni pensar lo que habría ocurrido si no hubiese sido así. ¿Comprendes lo que te digo?

Los ojos de Tom me miraban con mucha advertencia. Estaba muy preocupado y me sermoneaba como hacía siempre para que dejara de actuar de forma compulsiva.

Respiré hondo.

—Lo intentaré, Tom —dije—. Pero siento que me estoy perdiendo algo y no consigo saber lo que es. Creía que en la fiesta lo descubriría. Lo siento.

—Bueno, mi amor —dijo sonriendo divertido el chico pelirrojo que vi con Tom en el aparcamiento y que acababa de acercarse a nosotros en el distribuidor de aquel apartamento—. Todavía te queda mucho por descubrir. Pero ahora ya sabes lo que es pegarse un buen viaje.

—Creo que será mejor que no le des ideas, Carl —dijo Derek por detrás de mí.

Carl hizo un gesto muy gracioso con su brazo hasta colocar su mano en la cintura.

—Bueno, Derek —dijo Carl sin perder la sonrisa—. Para nosotros sería estupendo descubrir más cosas de ti, mi amor. Fue un puntazo cuando supimos que eras gay.

Los tres chicos que me rodeaban empezaron a reírse mientras yo los miraba sin terminar de comprender por qué.

Además me sentía muy incómoda en aquel momento por una razón que no quería desvelar delante de ellos.

Ni yo misma sabía qué pensar de mí. Todavía sentía el suave roce de los dedos de Derek sobre mi barriga cuando me desató el estúpido nudo que me hice en la camiseta en la fiesta de Halloween.

Y no sabía si eso podía significar algo importante que yo tuviese que descubrir en realidad.

Mi cara debía expresar el malestar que estaba sintiendo porque, de repente, Tom dejó de reír y me miró a los ojos.

Cuando yo me fijé en los suyos, supe que él también me estaba hablando.

—Abby y yo nos vamos —dijo Tom con una sonrisa hacia los otros dos.

—Os llevo —dijo Derek también sonriendo.

—Os acompaño —dijo Carl predispuesto.

Tom me miró entonces. Los dos deseábamos regresar a la residencia de estudiantes solos. Necesitábamos estar juntos durante ese trayecto sin que

nadie nos rodeara.

—Os lo agradecemos, chicos —dijo Tom girándose hacia ellos—. Pero iremos solos.

Carl y Derek dejaron de sonreír cambiando su expresión por una más seria.

Entonces, Tom se acercó a Carl y le besó en la boca.

—Después, te llamo. ¿De acuerdo?

Carl se quedó un poco paralizado pero, luego, asintió con la cabeza aceptando la decisión de Tom.

Yo miré a Derek e intenté sonreírle para agradecerle la ayuda que recibí por su parte.

Pero mis labios no me obedecieron. Solo mis ojos se lo quedaron mirando mientras mi mente seguía batallando en mi nuevo dilema.

¿Tenía que replantearme mi sexualidad?

Capítulo 33

Después de descargar la rabia y la decepción a golpes en el salpicadero de mi vieja pick-up por haberme quedado sin gasolina, respiré hondo y fijé la vista a través de la luna delantera.

A la izquierda, se encontraba el descampado donde los estudiantes del instituto hacían las hogueras. Un mar de carbón y maderas quemadas seguían en el mismo sitio que antaño. Ese lugar proseguía con su cometido aunque, en ese momento, no había nadie.

A la derecha, estaba el bosque donde Tom y yo nos escondimos para destrozar el coche de Mark Tyler. Lucy me había contado que por eso se me conocía como “Leyenda”.

Ese recuerdo me hizo sonreír y, después, reírme a carcajadas. Apoyé los brazos sobre el volante y seguí riéndome por lo absurdo de toda esa situación.

Un rato después, escuché unos golpes en la luna trasera que se repetían suaves pero contundentes.

Eso frenó mi momento de diversión y me apoyé contra el respaldo del asiento suspirando.

Luego, ladeé la cabeza y vi a Ryan mirándome con esos verdes ojos brillantes, con la boca entreabierta pero respirando solo por la nariz.

Intenté devolverle la mirada con desafío y enfado, como solía hacer en tiempo pasado.

Pero no lo conseguí.

Ahora sabía lo que significaba aquella mirada y eso me desarmó.

Entonces, Ryan acercó su cara hacia el cristal y exhaló haciendo vaho sobre él. Con el dedo índice de su mano derecha, dibujó un perfecto corazón. Su cara quedó borrosa tras el dibujo mientras yo me quedaba paralizada.

Con un movimiento rápido, Ryan se levantó y escuché cómo saltaba sobre el techo de mi pick-up cruzándolo y aterrizando en el capó sobre el motor. Se arrodilló frente al cristal y trazó unas letras en sentido contrario para que yo las pudiera leer del derecho.

“Eres impresionante”, escribió sobre el polvo que cubría la luna delantera. Cuando fijé la mirada hacia él tras leer el mensaje, sus labios se movieron en silencio.

“Te quiero”, leí en su boca.

Mis ojos no podían apartarse de él.

Jamás nadie había alentado mis locuras y, todavía menos, me habían alagado por ellas. Tampoco nadie había seguido el ritmo de mis imprudentes actos impulsivos. Ni siquiera Tom, quien siempre andaba frenándome cuando creía que tenía ideas excesivamente desmesuradas.

En cambio, Ryan estaba frente a mí. Después de que lo hubiera torturado sobre el cajón de carga de mi pick-up. Exponiéndonos, otra vez, a llamar la atención de la policía por sobrepasar el límite de velocidad.

Estábamos en mitad de la nada, lejos de Crossboots y sin gasolina para regresar.

Nos había metido en otro lío.

Y, en vez de cabrearse o hacerme entrar en razón, sus labios estaban diciéndome que me quería.

Ryan estaba tan loco como yo.

El corazón me palpitaba con fuerza y me había quedado sin aliento. Sentí cómo un cosquilleo de excitación recorría mi cuerpo de la cabeza a los pies y me estaba dando cuenta de lo que eso significaba aunque no me atrevía a decirlo en voz alta.

Estaba enamorada de él, como nunca antes lo había sentido y ni siquiera lo había visto venir. Tan de repente..., tan sorprendente...

Una sonrisa tonta y nerviosa empezó a florecer en mi rostro.

Entonces, Ryan posó una mano abierta sobre el sucio cristal bajo las letras de la luna delantera frente a mí, como si quisiera alcanzarme pero intuyendo que algo se lo impedía.

Con mi boca entreabierta, emocionada y asustada a la vez, acerqué mi mano temblorosa contra el cristal y la encajé bajo la suya.

Luego, lo miré y vi cómo él ahogaba un suspiro reteniendo el aire. Cerró los ojos y exhaló con alivio bajando la cabeza hacia su pecho que ahora se hinchaba y se contraía por su fuerte respiración.

En segundos, Ryan saltó y se puso frente a mi puerta. Desconecté el cierre centralizado y abrió de inmediato. Me desabrochó el cinturón y me giró frente a él abriéndome las piernas y observándome encajando las suyas entre ellas.

Aproximándose hacia mi cuerpo, levantó una mano y acarició el chichón amoratado con muchísima suavidad e hizo un gesto de dolor y enfado con su boca.

—Te he echado muchísimo de menos, preciosa —me dijo—. No soporto estar lejos de ti.

—Entonces, ¿por qué me dejaste sola en el hospital? —le recliné—. Creí que te había ocurrido lo peor.

Ryan acunó mi cara entre sus manos.

—Por favor, Abby, tienes que entenderlo —me suplicó—. Tu madre estaba desolada, desesperada y muy nerviosa. Mike no conseguía tranquilizarla y me suplicó que me mantuviera lejos hasta que todo se calmara. No podía sentirme más culpable por todo lo ocurrido y no me vi capaz de provocar más tensión a una mujer que estaba sufriendo tanto por su hija. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

Cerré los ojos pensando en mi madre. Sabía que estaba pasándolo mal por mi culpa. Me había criado ella sola contra el mundo entero y, ahora, veía cómo toda mi vida se derrumbaba. Estaba viendo a su hija al borde de un precipicio, con un pie en el aire y otro aferrándose al suelo, esperando que algo fuerte me sujetara y así no caer al vacío.

Ryan apoyó su frente contra la mía. El olor y calor de su cuerpo volvió a envolverme dándome aquella sensación de bienestar que sentía cuando estaba tan cerca de él.

—Abby —me susurró—, quiero hacer las cosas bien contigo ahora. Cometí muchísimos errores en el pasado y me consta que sufriste por mi culpa. Aunque, de verdad, que esa no era mi intención.

Un profundo suspiro salió de su boca. Luego, tragó saliva y continuó:

—Sé que eso ha levantado un duro cristal que te aleja de mí. He conseguido golpearlo pero solo se ha agrietado y sigue interponiéndose entre nosotros. Solo dame tiempo para que pueda poner cada cosa en su lugar. No puedo arreglarlo todo de un solo golpe.

Puse mis manos sobre las suyas que seguían en mis mejillas y moví mi cara acariciándome con el roce de la dureza de sus dedos.

—De acuerdo —musité absorbiendo las sensaciones que su cercanía me provocaban.

—Bien... —dijo con un suspiro de alivio—. Ahora, volvamos a casa.

Abrí los ojos mirándole con culpabilidad.

—No podemos volver a casa —dije mordiéndome los labios nerviosa.

—Maldita sea, Abby —exclamó Ryan separándose un poco de mí sorprendido—. ¿Por qué no?

—*Ne tenemes geselene* —dije sin dejar de morder los labios porque me daba vergüenza reconocer un error tan impropio de mí.

—¿Qué has dicho? —preguntó Ryan. Estaba claro que no había entendido lo que le acababa de decir.

Cerré los ojos, arrugando toda la cara, como si fuera a recibir una bofetada.

—No tenemos gasolina —dije de un tirón.

Mis ojos todavía estaban cerrados y mi cara seguía arrugada, cada vez más colorada, por la rabia de haberme quedado sin combustible. Estaba esperando la reacción de Ryan, que todavía no había abierto la boca, pero sus manos se mantenían firmes en mis mejillas bajo las mías.

Abrí un ojo, como si quisiera espiar por un agujero.

Ryan me estaba mirando divertido mostrándome una extraordinaria sonrisa juguetona. Sus ojos verdes brillaban intensos y atrevidos.

—Eres increíble —me dijo como si eso fuera una gran virtud—. Dios sabe que me he perdido un montón de cosas contigo. Pero voy a hacer lo que sea para vivir a tu lado cada una de tus locuras.

Abrí el otro ojo y le sujeté las manos apartándoselas de mi cara y posándolas sobre mis muslos.

—Ryan... —dije entre risas—, estoy empezando a creer que de verdad compras y lees novelas rosa. Mi madre y tú podríais organizar un club de lectura. ¿Has escuchado lo que te he dicho? NO-TE-NE-MOS-GA-SO-LI-NA —dije hablando alto y pausado como si estuviera sordo— y tengo que regresar a casa de mi madre.

Cogí las llaves del coche y aparté a Ryan para bajar al suelo arenoso.

—¿A casa de tu madre? —preguntó él mientras yo cerraba la puerta del coche y los seguros del cierre centralizado—. ¿Por qué?

Empecé a caminar en dirección a la carretera federal. Estaba decidida a hacer autoestop para volver.

—Porque mañana tengo una cita —dije con paso apresurado y sin pensar porque, en aquel momento, mi cerebro solo maquinaba la manera de regresar.

Cuando me di cuenta de lo que había dicho, ya era demasiado tarde.

Ryan corrió detrás de mí.

—¿Cómo que tienes una cita? —preguntó cabreado adelantándose—. ¡Espera! —exclamó parándose frente a mí y cortándome el paso—. ¿Con

quién tienes una cita?

—Con Connor —respondí a propósito volviéndole a adelantar.

Ahora, lo estaba provocando con toda la intención. Pero no podía evitarlo. Con Ryan me resultaba fácil ese tipo de juegos y me estaba divirtiendo.

—¿Quién cojones es Connor? —exclamó cogiendo el ritmo de mi paso y caminando a mi lado.

—Es mi médico.

—¿Tu médico? ¿Desde cuando un paciente se tutea con su médico? ¡Demonios! —exclamó poniéndose las manos sobre la cabeza—. ¿Desde cuándo *tú* te tuteas con tu médico?

—Desde que puse mi culo al aire delante de su cara —seguí provocándolo al ver que se ponía cada vez más histérico. Luego, continué mi provocación porque Ryan se había quedado con la boca abierta y sin habla mientras continuábamos andando—. Después de tener esa increíble intimidad, entenderás que me resulta más cómodo tutearlo.

Ryan paró en seco y yo seguí caminando.

—Dime que estamos hablando de tu ginecólogo —lo dijo tan serio que casi me atraganté con una ahogada risa que estaba intentando disimular—. ¿Pero qué cojones estoy diciendo? —continuó histérico—. ¡Nadie se tutea con su ginecólogo!

Entonces, avanzó deprisa para alcanzarme.

Ese espacio de tiempo, me ayudó a lograr mantener el tipo.

—No, Ryan —dije seria—. El Dr. Ward no es mi ginecólogo.

Ryan volvió a frenar su paso mientras yo seguía con el mío.

—Connor Ward... —dijo como para sí mismo y sin gritar.

Eso activó una alerta en mi cerebro. Paré de caminar para darme la vuelta y mirar a Ryan.

Sus ojos me miraban a mí pero parecía lejos de observarme, como si estuviera a millas de distancia.

Me acerqué a él retrocediendo sobre mis pasos.

—¿Conoces al Dr. Connor Ward?

Abby-18 años-Noviembre

Después de la fiesta de Halloween, mi monótona y simple vida empezó a sufrir pequeños cambios.

El primero fue que, durante los cinco días siguientes de la semana, Derek dejó de abrirme la puerta de la biblioteca del campus cuando hacía mi entrada

a la hora habitual.

No es que él se esperara al otro lado de la puerta para que la abriera yo.

No. El motivo era que Derek no se encontraba allí. Ni siquiera lo vi por los alrededores.

Pero no podía culparlo y, muy en el fondo, entendía que debía resultarle bochornoso encontrarse conmigo después de todo lo que había ocurrido entre nosotros.

Yo misma me replanteé cómo actuar ante él en cuanto lo viera por la puerta.

¿Debía darle las gracias como siempre? ¿Debía saludarle? ¿O, tal vez, era mejor hacer como que no nos conocíamos?

Pero él ya había decidido por los dos y había desaparecido.

Y me sentía bien con eso. Era un alivio no tener que mostrar mis mejillas enrojecidas por la vergüenza.

Cuando Tom y yo regresamos en autobús a la residencia de estudiantes después de dejar el apartamento de Carl y Derek, me contó cómo los había conocido.

Carl y Derek habían compartido un apartamento con un amigo que tenían en común el año anterior. Así se conocieron ellos.

Pero su amigo había decidido abandonar los estudios y ellos decidieron continuar su convivencia al año siguiente porque se dieron cuenta de que se llevaban bien.

Tom conocía a Derek porque se sentaban juntos en el aula de Biología. Llevaban medio semestre superando esa clase juntos y hacía dos semanas que Tom había tenido que ir a su apartamento porque necesitaba unos apuntes para completar el proyecto de su trabajo para esa asignatura.

Allí conoció a Carl.

Y, en la fiesta de Halloween, sellaron su relación.

Eso quería decir que, mientras Tom avanzaba con su vida, yo todavía continuaba buscando la mía.

El sábado siguiente, Tom se reunió conmigo como todos los días en el salón de juegos de la residencia.

Dos chicos y dos chicas estaban compitiendo en una partida de billar.

No podía evitar mirarles con desagrado porque me parecía vergonzoso que los contrincantes se midieran por sexos en vez de por una balanza equitativa para que el juego se pusiera más difícil.

Pero ellos parecían felices con eso y yo no era nadie para meterme donde

no me llamaban.

—Quiero que le conozcas, Abby —dijo Tom.

—Claro, Tom —dije distraída viendo cómo una de esas chicas golpeaba una bola que no hizo más que dar vueltas por la mesa sin entrar en ningún agujero.

—Hoy.

Me giré para mirarle sorprendida.

—¿Hoy?

—Sí. He quedado con él para cenar y quiero que vengas con nosotros.

—Tom, hoy no es un buen día para que yo me meta en vuestra reciente relación. Seguro que Carl te deja de inmediato si me presento allí estropeándoos una cena romántica entre vosotros.

—Carl quiere conocerte.

—Creo que no lo quiere en realidad. No soy buena compañía y no me perdonaría en la vida que fuera la culpable de que vuestra relación no funcionara, Tom. Ve tú y disfruta de tu cena con él. Te lo mereces.

Tom me cogió de la mano y entrelazó nuestros dedos.

—¿Qué te ocurre, Abby? —me preguntó directo—. Esta semana estás rara..., ausente.

Suspiré profundamente con fastidio.

—No lo sé. Tom —contesté—. Creo que la droga que tomé todavía me está afectando.

Pero, en realidad, sí sabía lo que me pasaba y era que no dejaba de pensar en que mi vida era un auténtico caos.

Tom empezó a reírse y me soltó la mano descruzando los dedos. Luego, me besó en la frente y me miró con determinación sin perder la sonrisa.

—Tienes dos horas para prepararte. Te vendrá bien salir y hacer algo diferente. Si no te veo aquí a las seis, vendré a tu habitación y te sacaré en pijama si es necesario.

Tal como dijo eso, se levantó y se fue.

En ese momento, lo que veían mis ojos era que uno de los chicos del billar estaba intentando enseñar a la chica —que no daba bola— colocando su abultada entrepierna apoyada sobre el culo, casi descubierto por un pantalón muy corto, de esa muñeca de porcelana.

Entonces, me reajusté las gafas en un gesto nervioso.

Mi cabeza iba a explotar y Tom quería presentarme a Carl aquella misma noche. Oficialmente.

Por suerte, la habitación estaba vacía cuando entré. Me fui directa al armario y me quedé mirando el interior con desgana. No había nada nuevo en él y todo eran los mismos pantalones y camisetas roqueras que me había traído de Crossboots.

Y mis zapatos eran más de lo mismo. Botas de combate, botas vaqueras y unas zapatillas de deporte.

Eso era todo.

Mis ojos se desviaron hacia el armario de mi compañera de habitación.

Con un suspiro frustrante, me acerqué hasta mi cama y me senté en ella sin dejar de mirar aquel armario.

Quinn.

La chica que ocupaba la otra cama de esa habitación se llamaba Quinn. Y, como su mismo nombre indicaba, era la antítesis de mí.

Quinn era una muñeca de porcelana de pelo rubio platino largo. Su cuerpo era esbelto y era una de las animadoras del equipo de fútbol de los Gators. Un bombón que tenía el armario lleno de prendas de todos los colores y de todas las formas femeninas que existían en el mercado.

No era necesario preguntarse por qué no nos llevábamos bien. O, mejor dicho, por qué actuaba como si yo no existiera en su alrededor.

La mirada que recibí cuando entró en la habitación el primer día habló tan claro como si lo hubiera gritado. Yo era su único grano en el culo con gafas del que no podía desprenderse hasta que alguien pudiera arreglar un cambio de habitación.

El problema era que todo estaba al completo y cualquier vacío se ocupaba de forma inmediata.

Para completar el bonito cuadro de aquella belleza, solo faltaba decir que su novio estaba buenísimo y era una de las estrellas del equipo de fútbol.

Mi frustración aumentó al pensar en eso.

De mala gana, cogí una muda de mi armario sin prestar atención y me fui al baño para ducharme y cambiarme.

A las seis en punto, me encontraba en el salón de juegos de la residencia vestida con mis vaqueros negros, una camiseta con una estampa que ponía “Si no te gusta, no mires” y mis botas de combate que armonizaban el conjunto con el que Carl, el novio de Tom, vería en el restaurante.

Solo me faltaba coger mi cazadora verde militar.

Y no tenía ni idea de qué tipo de restaurante sería.

Capítulo 34

Ryan y yo seguíamos parados, uno frente al otro en mitad de la carretera de arena, camino de la carretera federal en donde yo estaba decidida a hacer autoestop tras el bochorno de haberme quedado sin gasolina.

Después de preguntarle si conocía al Dr. Ward, Ryan volvió a mirarme. Esta vez, prestándome atención.

—Eh... Sí... Bueno... No —balbuceó—. No lo conozco como Doctor. En realidad, no lo he vuelto a ver desde el instituto. Eso, si es que estamos hablando de la misma persona.

—Pues sí —le confirmé rotunda—. Estamos hablando de la misma persona porque él sí que me reconoció y me consta que iba a nuestro instituto.

—¿Y por eso os tuteáis? —preguntó dando un paso al frente, acercándose ante mí y volviendo a demostrar su enfado.

—¡Oh, no! ¡Claro que no! —respondí con sorna porque yo también empezaba a cabrearme—. Ya te he contado que tuvimos nuestro momento de intimidad. ¿Es que no me escuchas? —exclamé levantando los brazos.

—¡No hago otra cosa que escuchar cada una de tus palabras! —respondió furioso—. Solo vivo para estar pendiente de cada una de ellas y no puedo decir que me haya gustado escuchar las últimas que han salido de tu tan tentadora boca. Tan sencillo como: ¡Porque un paciente no se tutea con su médico a no ser que haya algo más!

El mero hecho de insinuar lo que estaba diciendo me sacó de mis casillas.

—¿Algo más?! —grité—. ¿Quieres que hablemos de “algo más”? Pues, ya que lo dices, ¡cuéntame tú lo que hay de “algo más” con *Miss Universo Pelirrojo*! —insinué también.

Ryan me miró como si no me estuviera entendiendo.

—¿*Miss Universo Pelirrojo*? —preguntó como si no supiera de quién estábamos hablando.

—Sí, Ryan —dije levantando las manos con frustración—. *Miss Universo*

Pelirrojo, Sargento Myers, Jane o como demonios quieras llamarla. ¡Porque resulta que tú también te tuteas con ella! ¡Con un Sargento del FBI!

Tras decir todo aquello, Ryan se quedó blanco y pálido. La culpabilidad se palpaba en su rostro y se quedó muy quieto apretando los dientes y respirando con agitación.

La decepción volvió a golpear mi corazón porque, aunque ya me lo imaginaba, muy en el fondo deseaba que no fuera cierto y tampoco quería saber los detalles. Ya era suficiente doloroso tener la certeza sobre eso aunque Ryan no hubiera abierto la boca.

—Así que es cierto que hay... “algo más” —dije abatida.

Ryan seguía paralizado y eso hizo que me cabreara más.

—¿Y me acusas a mí de tener “algo más” con mi médico?! —grité entonces.

Giré mi cuerpo dándole la espalda y seguí mi camino hacia la carretera.

“¡Maldito seas, Ryan!”, pensé mientras mi paso se aceleraba dejándolo plantado allí detrás.

—¡Abby! —gritó entonces Ryan como despertando de su estupor y corriendo tras de mí—. Abby, espera. Detente.

Otra vez, volvió a cortarme el paso.

—¿Te lo contó ella? —me preguntó como si no pudiera creérselo.

—¿Contármelo? —exclamé airada—. Ryan, esa mujer lo tenía todo preparado para meterme entre rejas. Pero entró en mi habitación sola. Sin compañero de trabajo. Me expuso todas las acusaciones de las que, en realidad, no podía defenderme. Por lo menos, no de todas. Y, como yo no tenía abogado aun estando en mi derecho, pensé que sería mejor guardar silencio para no empeorar las cosas. Pero...

—¿Pero? —me alentó. Lo miré todavía con la decepción que sentía—. ¿Qué pasó, Abby? —insistió.

—Ya sabes, Ryan. Esto y esto —dije señalando mi sien y, después, mi boca—, suelta lo primero que me viene a la cabeza sin que pueda frenarlo. Y, en cuanto saqué a relucir tu nombre, ella se puso nerviosa. Sus ojos le delataron el miedo que sentía y, luego, se fue sin hacerme pasar por lo que, durante horas, creí que sería un duro y largo interrogatorio. Así que... o esa chica es lo más inepto para su trabajo o metió la pata hasta el fondo liándose con uno de los implicados de su caso; poniendo en peligro su credibilidad y su placa, que tan duro se trabaja para conseguirlo. Como la operación le salió bien, le era más fácil no complicarme la vida porque yo ya estaba

complicándosela demasiado a ella.

Cogí aire y le señalé con mi dedo índice golpeándole sobre el pecho para continuar.

—Por el simple hecho de que no me tiene bajo su control, prefirió evitar provocarme ya que, cualquier escándalo, la dejaría fuera de combate. Y eso fue lo que pasó —concluí—. ¿Pensabas que habíamos ido las dos juntas a tomar una copa para divertirnos entre confidencias femeninas? —ironicé molesta—. No, gracias.

Lo aparté de mi camino y seguí mi paso con mi objetivo claro: llegar a casa de mi madre como fuese.

—Abby —dijo Ryan pisándome los talones—, escúchame. Solo ocurrió una vez y fue muchísimo antes de que tú volvieras a casa. Ni ella ni yo sabíamos que volveríamos a encontrarnos y, mucho menos, implicados por lo de Nathan. Ni cabe decir que no significó nada para mí. Solo quiero que toda esta mierda termine de una vez.

—Y yo quiero irme a casa de mi madre —dije harta de aquella conversación.

—Ni hablar, Abby —dijo Ryan contundente—. Volvemos a nuestra casa juntos. Yo mismo te llevaré al médico.

Me giré enfrentándolo para que viera la determinación de mi mirada.

—De eso nada, Ryan —le advertí—. Mamá fue la que sufrió días y horas sin saber nada de mí. Ella fue la que estuvo informada por el doctor en la sala de urgencias cuando no tenía nada a lo que aferrarse. Y ella es la que quiere llevarme al hospital porque quiere agradecérselo como es debido. El jueves estaba tan fuera de sí que no supo comportarse adecuadamente. Así que ya puedes quitarte de la cabeza tus planes para esta noche porque no se van a cumplir, ¿entendido?

Ryan apretó los dientes y tensó la mandíbula con impotencia.

—¡Maldita sea, Abby! —gritó—. ¡Quiero estar presente!

—¡Basta! —le advertí furiosa—. No quiero hablar más sobre este tema. ¡Punto y se acabó! Tenemos que buscar la manera de volver.

—¡Mierda! ¡Joder! —exclamó Ryan disparando sus puños descontrolados contra el aire porque no tenía otra cosa que golpear.

Entonces, seguimos el camino en silencio. Ryan bajó su ritmo siguiéndome por detrás. Debían faltar unos quince minutos de camino al ritmo que yo marcaba para llegar a la entrada de la carretera. Poco después, Ryan volvió a acelerar el paso y seguimos nuestros pasos juntos. Cada uno

seguía en sus propias cavilaciones.

Cuando empecé a atisbar la carretera a lo lejos, unas luces azules no dejaban de girar silenciosas. Un coche patrulla que ya conocía estaba parado frente a nosotros. Apoyados sobre él, Mike estaba cruzado de brazos e intercambiaba unas palabras con Luke quien no dejaba de meter y sacar en su boca un cigarro sujeto entre sus dedos y exhalaba humo incluso por la nariz.

Giré la cabeza para mirar a Ryan.

—¿Saben que estamos aquí? —pregunté sorprendida.

—Le he mandado un mensaje a Luke —dijo seco y rotundo porque se notaba que todavía estaba cabreado conmigo—. Estaban patrullando cerca de aquí.

Un suspiro de alivio salió de mi boca agradecida. Aceleré el paso para llegar lo más rápido posible.

Mike y Luke nos miraban con mucha atención.

Ryan y yo seguíamos en tensión y era evidente que nos lo notaron.

Cuando estuvimos frente a ellos, Ryan y Luke se saludaron con un gesto de hermandad, dándose la mano y palmeándose la espalda después.

—Creo que pediré que me trasladen a la ciudad —comentó Mike mirándome con recriminación—. Seguro que allí mis turnos serán más tranquilos.

—Lo siento —dije sintiéndome culpable. La verdad que no tenía nada más que decir.

Mike y Luke subieron en la parte delantera para ponerse en marcha.

Ryan y yo nos sentamos en los asientos traseros, cada uno mirando el paisaje de su propia ventana. Yo tenía una mano crispada apoyada casi en el asiento central deseando llegar a mi habitación.

Ryan y yo habíamos pasado del enfado al consuelo.

Y, de repente, habíamos vuelto a hacer estallar nuestros genios. Todo era una completa locura.

Sentí una suave caricia sobre mi mano crispada. Después, un dedo recorrió lento subiendo por mi antebrazo. Cerré los ojos y cogí aire sintiendo cómo se me erizaba la piel. Ryan sabía que sus caricias me desarmaban y, cada vez, le notaba más cerca de mí.

Cuando volví mi cara hacia él, Ryan ya estaba alzándose para sentarme sobre su regazo. Mis piernas quedaron sobre el asiento que acababa de abandonar y él apoyó mi cabeza sobre su brazo, doblado sobre el cristal de la ventana, y me sujetó por la cintura aferrándose contra su cuerpo.

Nuestras miradas empezaban a suavizarse. Nos observamos minuciosamente nuestras caras –cada rasgo, cada gesto de nuestros rostros– hasta que intercambiamos unas suaves sonrisas.

Entonces, Ryan dejó mi cintura y levantó su mano para acariciarme los labios con sus dedos. Sus ojos estaban dilatados y brillantes y un cosquilleo de emoción crecía dentro de mí bajando hacia mis entrañas ya agitadas.

Ryan me besó bajando su mano para acariciar mi cuello.

—Chicos... —exclamó Mike con fastidio en ese momento—, no podéis sentaros así en un coche y, mucho menos, dentro de un coche como este estando en pleno servicio. ¿Queréis hacer el favor de comportaros? ¿Es que no habéis tenido suficiente?

Ryan dejó de besarme pero sin prisa.

—Hace demasiados días que no beso estos labios, Mike —dijo sin dejar de mirármelos—. Y solo dispongo de este corto trayecto para hacerlo. Así que no pienso soltarla hasta que no me quede más remedio.

—Maldita sea con vosotros dos... —dijo Mike negando con la cabeza pero riéndose con su nuevo compañero—. Estáis volviendo locos a todo el mundo.

Ryan sonrió olvidándose de ese comentario para volver a besarme.

Cuando llegamos a casa de mi madre, bajé del coche con los labios hinchados y el cuerpo tan blando que anduve hacia la puerta principal como si caminara sobre una nube.

Dejé a los tres dentro del coche patrulla sabiendo que me estaban observando. Pero mi estado de éxtasis era demasiado grande para que eso me importara.

Tras pasar la puerta y cerrar, me fui directa a mi habitación. Me acerqué a la mesa de mi escritorio y cogí el colgante del trébol que Ryan había hecho con sus propias manos. Me lo volví a colocar alrededor de mi cuello y lo acaricié con mis dedos.

Quienes me conocían bien, sabían que un trébol de cuatro hojas era muy importante para mí. Pero ese trébol empezaba a significar mucho más de lo que jamás habría imaginado.

Cada vez que lo tocaba, sentía una energía nueva en mi interior. Y Ryan era el culpable de eso. Ahora, mi cerebro no podía separar el significado de los tréboles si no aparecía esa mirada especial de ojos verdes cristalinos con la que Ryan me había conseguido embaucar.

Me preparé para irme a dormir aunque seguía con mis horas de sueño cambiadas. Tendría que intentar descansar aunque fuera intervalos cortos

porque mamá me despertaría pronto.

Entonces, noté un ligero bajón de inquietud.

Al día siguiente, volvería a poner los pies en un hospital.

Abby-18 años-Noviembre

El restaurante escogido fue el *Tommy's Joynt*.

Y me enamoré de aquel sitio desde el mismo momento en que vi su variopinto exterior aunque su interior era todavía más sorprendente. La decoración era tan extraña y variada como acogedora. Lo antiguo se mezclaba con lo actual igual que lo artístico con los detalles más extraños.

Eso hizo cambiar el humor de perros, que había llevado conmigo desde la residencia hasta ese lugar, por una nueva alegría al ver todo ese colorido a mi alrededor.

Carl se encontraba solo sentado en una de las mesas del fondo y se levantó en cuanto nos vio. Su mirada tierna y su sonrisa abierta hicieron que mi estado de defensa se calmara de inmediato.

Cuando llegamos a su lado, no pude evitar sonreírle de forma sincera y abierta.

—Siento el espectáculo que di el otro día —me disculpé.

—Oh... mi amor, no tienes porqué sentirlo. —Entonces, me dio un abrazo tan cariñoso y acogedor que me llevaron al recuerdo de los abrazos que me hacía mi madre—. Fue muy divertido y nos hiciste reír de lo lindo a los tres. Eso es algo bueno, ¿sabes?

Dios... sentir ese agradable trato fue algo que me complació y me relajó por completo.

Mientras Tom se sentaba en la mesa, yo aproveché para ir al baño y Carl decidió encargarse de la comida. Llenó la mesa de grandes platos y sándwiches y, después, se sentó delante de Tom indicándome que me sentara su lado.

Y así lo hice después de colgar mi cazadora sobre el respaldo de la silla. Ese chico me gustaba. Hacía que me sintiera bien a su lado y tenía un innato sentido con el que te dejabas cuidar bajo su protección.

Entonces, cogí mi vaso de Coca-Cola para darle un sorbo antes de atacar un trozo de carne que tenía una pinta de muerte.

—Creo que necesitáis ayuda para ingerir toda esa comida. —Escuchamos.

Tom y Carl sonrieron al instante pero yo me levanté bruscamente soltando mi vaso de Coca-Cola que se derramó entero sobre el asiento vacío que tenía

delante.

Derek estaba de pie a mi lado mirándome divertido con una sonrisa.

—Vaya... —dijo Carl sonriendo abiertamente—, menuda sorpresa. No esperábamos verte aquí.

—Pasaba por aquí y he pensado que estaría bien cenar con vosotros.

Carl miró a Tom y los dos se sonrieron mientras yo veía cómo chorreaba la Coca-Cola en el asiento que iba cayendo al suelo gota a gota.

—Así que... pasabas por aquí, ¿eh? —dijo Carl mirándolo divertido.

—Sí. Estaba muy cerca —dijo Derek con determinación.

Luego, se dirigió a la barra y pidió un trapo al camarero. Entonces, se acercó a la silla llena de Coca-Cola y la limpió con esmero. En un momento, el camarero apareció con una fregona y todo aquel incidente quedó borrado en cuestión de pocos minutos.

Después, Derek se sentó delante de mí y cogió una patata frita.

—Y estoy muerto de hambre —dijo con una sonrisa y mirándome con la cabeza hacia arriba porque yo todavía seguía de pie paralizada.

Derek había desaparecido durante cinco días de donde más probabilidades tenía yo de encontrármelo. Y había aparecido al día siguiente en el sitio donde menos esperaba tropezarme con él.

—¿Abby? —me llamó Tom.

—Siéntate, mi amor —dijo Carl con voz cariñosa.

Luego, me cogió de la mano haciendo que le mirara y me di cuenta de que yo era la única que se sentía incómoda con aquella situación. Entonces, Carl miró a Derek y se puso muy serio en el momento. Después, volvió a mirarme y se levantó. Me acarició la espalda y me sonrió.

—Mi amor —habló de nuevo Carl—, Derek está muerto de hambre y eso sí puede convertirse en un problema muy gordo. Créeme. Tu Coca-Cola derramada no es nada comparado con su voraz estómago.

Carl señaló mi asiento e hice lo que me pedía con el cuerpo tan rígido que parecía un palo casi imposible de doblegar. Después, Carl me siguió y me ofreció su vaso de Coca-Cola que él todavía no había probado.

—Entonces... —dijo Carl sonriendo como si no hubiera ocurrido nada—, ¿dónde dices que estabas, Derek?

Derek miró a Carl con cara de pocos amigos.

—En casa de un amigo —contestó seco.

—Oh —dijo Carl algo sorprendido pero sin dejar de sonreír—. Y ese amigo tuyo... ¿también es gay?

Me removí en el asiento porque me daba cuenta de que ellos dos estaban intercambiándose pullas con una ironía que yo no terminaba de comprender.

Además, el mal rollo que yo llevaba durante toda la semana había surgido desde que tomé contacto con Derek en la fiesta de Halloween y sentía envidia de que los tres hombres, que ahora se sentaban a mi lado, tuvieran clara su orientación sexual mientras que yo todavía no sabía cuál era la mía.

Sentir atracción por un hombre homosexual no era algo fácil de tragar. Y, en ese momento que tenía a Derek delante de mí, seguía sintiendo que ese chico me agradaba.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó Derek interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Quieres que te lo presente? ¿Tú qué opinas Tom?

Tom era el que más a gusto parecía encontrarse en aquella mesa. No dejaba de sonreír y mirarnos a los tres observando lo que ocurría ahí.

—No lo sé, Derek —respondió—. ¿Ese chico te ha enseñado algo nuevo que nosotros debamos aprender?

La risa de Carl explotó y Tom le siguió riéndose a carcajadas.

Observar a Tom compartiendo esa complicidad divertida con Carl me hizo sonreír y, luego, me contagié con sus risas aunque no tenía ni idea de qué se estaban riendo.

Al momento, Derek se unió riéndose con nosotros y la incomodidad que había surgido poco antes se esfumó al instante a partir de entonces.

El camarero se acercó con otros dos vasos de Coca-Cola, uno para Carl y otro para Derek.

Cuando las risas menguaron, los cuatro atacamos todo aquel manjar que Carl había escogido para la cena.

Los cuatro estuvimos opinando sobre el sabor de cada plato como si fuéramos expertos culinarios intentando adivinar con qué ingredientes se había cocinado cada plato.

Y los cuatro teníamos los estómagos voraces porque no dejamos ni una sobra.

—¿Qué os parece si nos vamos a casa y os preparo una copa a cada uno? —dijo Carl acariciándose la barriga señalando que estaba tan lleno como todos los demás—. Estoy harto de los refrescos y...

—...estaría bien que nos dejaran beber cerveza en los restaurantes —le cortó Derek imitándole la voz.

Carl lo señaló con el dedo índice.

—Exacto —le dijo Carl sonriendo—. Demasiado tiempo juntos, mi amor.

Ya hablas como yo.

Entonces, pensé que había llegado la hora de irme.

Era evidente que ellos debían seguir con su fiesta. Tom y Carl seguro que querrían estar solos y Derek querría ir a pasar el rato con otro.

Carl se había hecho cargo de la cuenta y no quiso que nadie le diéramos su parte y no me parecía bien abusar de su generosidad.

Además, no creía que beber alcohol fuera una buena idea para mí.

Así que me reajusté las gafas y me levanté dispuesta para irme hacia la parada de autobús.

—Creo... que será mejor que yo me vaya a la residencia —dije cogiendo mi cazadora—. Pero vosotros seguid con lo vuestro y disfrutad. Gracias por la cena Carl. Ha sido un placer conocerte.

Carl se levantó mirándome con sus tiernos ojos marrones.

—Mi amor —me dijo—, estoy deseando que descubras mis artes con la coctelera. Te prometo que no hay drogas en mis bebidas.

No pude evitar ofrecerle una gran sonrisa.

—Eres un encanto, Carl. Pero llevo mucho retraso con los estudios y mañana tengo que aprovechar todas las horas del...

—Yo te llevo —dijo Derek levantándose de su silla.

Tom, Carl y yo nos giramos para mirarle.

—No es necesario, Derek —me negué—. El autobús me deja delante de la puerta.

—Abby —intervino Tom—, si quieres ir a la residencia, Carl y yo nos quedaremos más tranquilos si Derek te lleva.

Miré a Tom y me reajusté las gafas porque mi amigo estaba poniéndome en un aprieto.

No estaba muy segura de si iba a sentirme cómoda a solas con Derek. Una cosa había sido la cena compartida entre los cuatro y había sido divertido.

Pero no creía que fuera una buena idea compartir un espacio, tan reducido como era el de un coche, durante unos veinte minutos, con un chico gay que había desaparecido los últimos cinco días y por el que sentía una cierta atracción.

—Puedo cuidarme sola, Tom —dije mirándolo con determinación y enfado.

Entonces, Tom también se levantó con decisión porque era el único que todavía estaba sentado.

—El sábado pasado no fue así —me reprochó—. Y llevas toda la semana

con un comportamiento extraño. No puedo imaginar por dónde me vas a salir si a estas horas te vas sola por San Francisco. Sabes que no discutiré contigo sobre las decisiones que tomas aunque prefiero que te vengas con nosotros. Pero, si no quieres, deja que Derek te lleve. —Después de que soltara todo aquello, los ojos de Tom me miraron con súplica—. Por favor, Abby.

Respiré hondo.

Tom siempre era el que tenía la cabeza más centrada de los dos y, no en vano, me había tenido que aguantar unas cuantas locuras por mis impulsos.

Y tenía razón. Llevaba una semana que no daba pie con bola.

Entonces, miré a Derek.

Dios sabía qué elección era mejor. Si coger el autobús o que él me llevara en coche.

—Está bien —suspiré—. Iré contigo.

Derek me ofreció una sonrisa que me pareció de lo más atractiva.

“Mierda... Que Dios me ayude”, supliqué en silencio.

Capítulo 35

Mi madre y yo estábamos sentadas en la sala de espera de la sección de consultas del hospital. Habíamos llegado cinco minutos antes de las doce, nuestra hora acordada. La actividad era frenética y la sala de urgencias estaba justo al otro lado de la sala en la que nos encontrábamos.

Un montón de pacientes con familiares nos rodeaban. Unos, daban vueltas sobre sí mismos dando tres pasos hacia delante y hacia atrás. Otros, hacían cola en el mostrador donde las enfermeras tecleaban sus ordenadores a todo ritmo. Otros pasaban de una sala a otra como si no supieran a donde tenían que ir y, otros tantos, se encontraban sentados a nuestro alrededor.

Notaba que empezaba a agitarme, sobre todo, cuando veía pasar a alguien con sus batas. Blancas y azules.

Mi mente no dejaba de dar vueltas y cerré los ojos en un intento por borrar aquellas imágenes que me rodeaban. Me sentía insegura y solo deseaba que no nos hicieran esperar mucho.

Empecé a manosear mi colgante del trébol.

—Abigail Sheppard —llamó alguien.

Abrí los ojos y mamá se levantó de inmediato alentándome para que yo hiciera lo mismo. Me levanté aferrándome a su brazo sintiéndome débil. Nos acercamos a una señora de aspecto amable y sonriente.

—El Dr. Ward la está esperando —dijo señalando la puerta con un gesto que indicaba el camino.

Pasamos por delante de una puerta que indicaba que era el servicio y, más adelante, se abrió un espacio más amplio donde una mesa quedaba cruzada en mitad de la habitación.

El Dr. Ward estaba sentado frente al ordenador, concentrado, y quedaba enmarcado frente a un gran ventanal. Tras el cristal, el infinito campo segado —que no pude ver el pasado jueves por la oscuridad de la noche— ahora resplandecía con todo su brillo dorado por la luz de los rayos del sol.

Connor enseguida nos miró y nos sonrió levantándose de la silla.

—Adelante —dijo sin dejar de sonreír—. Por favor, sentaros.

—Gracias —dijo mi madre dando un paso hacia las dos sillas que había al otro lado de la mesa frente a él.

Pero yo me sentía paralizada y la frené sin darme cuenta de que todavía la estaba sujetando por el brazo. No moví un solo pie. Mamá se giró preocupada y me miró interrogante.

—¿Abby? —me preguntó acercándose a mí retrocediendo su paso.

Pero yo solo veía un cuerpo entero vestido con un uniforme médico completo de color azul y un mal regusto en mi garganta regurgitaba desde la boca de mi estómago.

—Abby, ¿te encuentras bien? —preguntó el cuerpo azul acercándose hacia mí.

Ni siquiera me moví cuando el único café que llenaba mi estómago esa mañana salió disparado apuntando directo hacia aquel color que me había dejado paralizada.

—Katie —llamó el cuerpo azul con voz templada—, por favor, lleva a Abby al servicio y ayúdala con todo lo que te pida. —Luego, se giró hacia mi madre—. ¿Usted se encuentra bien? —le preguntó como si nadie le hubiera vomitado encima.

—Sí, Dr. Ward —dijo mamá algo nerviosa—. No se preocupe por mí.

—¿Sería posible que usted espere afuera para que yo pueda atender a Abby? —le preguntó con una amabilidad que no dejaba de sorprenderme después de todo lo ocurrido.

Mientras, Katie me acompañaba hacia el servicio y, con manos expertas, me atendió limpiándome y tranquilizándome con pocas palabras y con una ternura asombrosa.

Escuché el ruido de la puerta exterior de la consulta al cerrarse. Después, Katie me acompañó de nuevo al interior de la sala y me tumbó en la camilla. Esta se encontraba detrás de las sillas donde mi madre y yo íbamos a sentarnos.

Katie incorporó el respaldo dejándome semisentada y, luego, se dirigió hacia un pequeño armario colgado encima del lavamanos metálico que estaba junto a la ventana.

Miré mi ropa pero solo tenía pequeñas salpicaduras marrones en mis pantalones y alguna en mi jersey. Como ya eran oscuros, casi no se notaban las manchas.

Cerré los ojos.

Connor se había llevado el premio gordo.

“Bingo”, pensé acariciando el trébol con mis dedos.

La enfermera se me acercó y me puso el tensiómetro en el brazo, el saturador de oxígeno en el dedo y el termómetro después.

La puerta se abrió y se cerró con rapidez. El Dr. Ward apareció delante de la camilla y me miró con preocupación. Iba vestido de calle pero cubierto con una bata blanca como la del pasado jueves.

Mis mejillas se ruborizaron por la vergüenza de recordar lo que acababa de pasar.

—Todo está dentro de la normalidad, Doctor —interrumpió Katie mis pensamientos quitándome el tensiómetro y el oxímetro a la vez—. El termómetro avisará de un momento a otro.

En cuanto dijo eso, la fina alarma del aparato sonó. Katie me lo quitó y confirmó que todo estaba bien.

—Gracias, Katie —dijo él que, realmente, parecía agradecido—. El Dr. Brooks me ha pedido que le pases el expediente de la Sra. García. Te avisaré si necesito algo.

—Ahora mismo lo hago, Doctor —dijo Katie saliendo tan deprisa como antes había aparecido.

Mientras, mi incomodidad aumentaba y empecé a removerme inquieta deseando esconderme bajo la camilla.

Levanté mi mano hacia mi cuello para toquetear mi colgante del trébol.

Entonces, el Dr. Ward se me acercó.

—Dios mío, lo siento —dije volviendo a sentir como se me encendían las mejillas.

Él me sonrió y me miró a través de sus discretos lentes.

—Por favor, Abby —dijo con aquel aire de ternura que no había visto nunca en un doctor—. No tienes que disculparte. No es la primera vez que ocurre y te aseguro que tampoco será la última.

Cogió un taburete que estaba al lado de la cabecera de la camilla y se sentó.

—Solo me gustaría saber desde cuando sentías ganas de vomitar y si ha sido ahora, puntual, o te ocurre a menudo.

Me lo quedé mirando. Según la respuesta que le diera, podía desembocar a un tema del que no me apetecía hablar en absoluto. En realidad, eran un par de preguntas con un poco de trampa y, respondiera lo que respondiese, habría una tercera.

—Ha sido ahora, puntual, Dr. Ward —me decidí.

Él sonrió, bajó la cabeza quitándose los lentes y apretó sus párpados con los dedos como dándose un pequeño masaje. Luego, levantó la vista mirándome directa a los ojos.

—Por favor, Abby —dijo amablemente con esa tranquilidad abrumadora que me tenía tan sorprendida—. Llámame por mi nombre.

—¿Por qué? —pregunté sin poder evitar sonreír.

Connor se rio sin perder la calma.

—Porque estoy convencido de que es mejor así, ¿de acuerdo? —dijo levantando las cejas sugiriendo que dejáramos el tema—. Y, ahora, dime: ¿tienes náuseas o vómitos frecuentes?

Se giró y cogió una carpeta metálica llena de papeles de encima de la mesa.

—Eh...

Volvió su cuerpo hacia mí y se puso los lentes otra vez.

—¿No lo sabes? —dijo como si no tuviera importancia.

—Solo ha sido ahora, nada frecuente —mentí—. El café no me habrá sentado bien.

—Los análisis salen bien, el chequeo y los controles automatizados también. Todo parece correcto. Pero, cada vez que te visito y estás consciente, devuelves. Solo nos hemos visto un par de veces en pocos días y en circunstancias diferentes. Pero el tranquilizante que te administré el pasado jueves no tiene ese efecto secundario y me has dicho que hoy ha sido algo puntual. Después del chequeo de hoy, creo que debería verte el viernes. Pero si vuelve a ocurrir antes de ese día, quiero que vengas o me llames para que te visite cuanto antes.

Connor dijo todo eso sin dejar de mirar los papeles de esa carpeta metálica.

Me lo quedé mirando porque sabía que él no veía la relación de aquellos síntomas con lo que en realidad me había pasado. Y lo cierto era que no tenía ganas de explicárselo.

Había venido para complacer a mi madre pero, si podía evitarlo, no volvería a pisar ese hospital —o cualquier otro— por muchas vomiteras que tuviera y aunque el doctor fuera tan guapo, amable, tierno, seguro y convincente como él.

Cuando vi que levantaba la vista de los papeles para mirarme, le sonreí porque, sinceramente, le estaba muy agradecida por todo. Me incorporé

sentándome frente a él y me mordí el labio inferior.

—Oye... Connor —dije mirándolo con franqueza—, mira... se nota que eres un gran médico y te agradezco todo lo que has hecho por mí pero...

Él volvió a levantar las cejas esperando que terminara de hablar.

—Verás, mi vida está un poco complicada en estos momentos y he venido porque mi madre me lo ha pedido. Ella también quería agradecerte el trato que le tuviste porque el jueves no lo hizo como ella cree que debería haberlo hecho. Bueno... —di un largo suspiro—, tú ya me entiendes lo que quiero decir. A parte de eso, quiero que te tranquilices por mis vómitos puntuales. Sé que no es nada de lo que podamos alarmarnos ya que todas las pruebas están geniales. Así que puedes aprovechar la visita de este viernes para otro paciente que realmente lo necesite. Él te lo agradecerá, yo te lo agradeceré y tú me lo agradecerás cuando te des cuenta de que yo no estaré aquí.

En ese momento, sonó el teléfono. Connor se levantó y se acercó para coger el auricular.

—Dr. Ward —contestó—. Sí, Katie... Por supuesto... Hazle pasar inmediatamente... Sí, ningún problema... Sí, gracias.

Y colgó.

Entonces, la puerta se abrió y se cerró abruptamente.

Después de cuatro pasos, Ryan apareció en la habitación dejándome sin habla.

Abby-18 años-Noviembre

Cuando salimos del *Tommy's Joynt*, Carl y Tom decidieron ir a pasear por las calles de aquella zona de San Francisco antes de irse hacia el apartamento porque había dejado de llover.

Derek y yo nos subimos en su coche.

Cuando arrancó, la música de los altavoces se escuchó muy débil pero, como nuestro silencio era patente, identifiqué la canción enseguida.

—*Wasting Love...*—dije en un hilo de voz mirando a Derek sorprendida—. Iron Maiden.

Derek apretó la mandíbula y movió la cabeza como negando en un gesto muy sutil. Después, me miró de reojo con rapidez para prestar atención al tráfico en pocos segundos. Luego, suspiró.

—Sí —dijo cambiando su expresión por una más apacible—. Son buenos. Pero si prefieres otra cosa...

—No —dije rápidamente—, está genial así. Gracias.

Derek me sonrió y, de nuevo, nos envolvió el silencio entre nosotros.

Entonces, noté que los nervios empezaban a apoderarse de mí. Durante cinco minutos de trayecto, mi cabeza no dejó de pensar en la última semana y sentía que debía disculparme con Derek igual que lo había hecho con Carl en el restaurante.

—Siento haberte puesto en un aprieto en la fiesta de Halloween —dije empujando mis gafas hacia arriba de mi nariz sabiendo que mis palabras saldrían sin que yo pudiera frenarlas—. No debería haberte dicho todo lo que dije y, desde luego, no debería haber hecho todo lo que hice. No solo me ridiculicé yo misma y entiendo que puedas sentir rechazo hacia mi persona si nos cruzamos en la biblioteca. Pero puedes estar tranquilo porque, si eso ocurre de nuevo, haré como que no te conozco y así nadie se dará cuenta de que me conoces para evitarte...

—Abby, para —me cortó Derek—. No tengo ningún problema con que la gente me vea contigo. ¿De dónde has sacado eso?

Cerré los ojos y respiré profundamente.

—No has ido a la biblioteca en toda la semana.

—No... —dijo Derek con un suspiro pesaroso.

—Creí que era porque no querías cruzarte conmigo. Pensé que intentabas evitar que te saludara o que hiciera alguna estupidez como el sábado pasado.

Derek volvió a apretar la mandíbula y negó con la cabeza con vehemencia.

—No deberías culparte tanto a ti misma, Abby. No has hecho el ridículo más que cualquier otro que estuviera en esa fiesta, igual o más drogado que tú. Y te repito que no me importa, en absoluto, que alguien me vea contigo.

—Mientras yo lo miraba con la boca abierta, Derek miró la estampa de mi camiseta con rapidez y volvió a prestar atención al tráfico—. A mí me gusta lo que veo.

Si en la fiesta de Halloween flipé con la droga que corría por mis venas, ahora estaba flipando el doble sin ningún estupefaciente en el cuerpo.

¿Un atractivo chico gay estaba diciendo que le gustaba ver a una chica con gafas, nada sexy y que había hecho el ridículo más veces y en tan poco tiempo delante de él?

¿Estaba diciéndome Derek que yo le gustaba? ¿O solo intentaba que olvidara todo lo que había ocurrido entre nosotros?

Y, si estaba diciéndome que yo le gustaba, ¿quién de los dos tenía que plantearse su orientación sexual?

Suspiré.

A lo mejor deberíamos planteárnoslo los dos...

Oh, Dios mío. Mi cabeza iba a explotar de un momento a otro y todavía quedaban unos cinco minutos para llegar a la residencia. Solo esperaba que pasaran deprisa antes de que mis impulsos reaccionaran incontrolados.

Pero mi cabeza no dejaba de dar vueltas a mis pensamientos.

Con toda la calma que pude reunir, miré a Derek porque había algo que necesitaba preguntarle. E intenté hacerlo lo más amable posible dentro de mis posibilidades.

—¿Puedo saber entonces por qué no has ido a la biblioteca estos últimos días?

Derek apretó la mandíbula y giró el volante hacia la derecha frenando en seco. Después, paró el motor.

Miré alrededor sin entender por qué había aparcado y mi respuesta se aclaró al instante cuando vi el edificio de la residencia.

Habíamos llegado. Antes de lo que yo me pensaba.

Entonces, le miré preguntándome si Derek me respondería. Pero lo vi con los antebrazos sobre el volante y la cabeza apoyada sobre los mismos.

No parecía que estuviera dispuesto a mantener una conversación. Así que abrí la puerta con la intención de bajarme y sin despedirme de él.

—No ha sido culpa tuya —dijo antes de que yo pudiera abrir la puerta del todo.

Cerré de nuevo dando un portazo.

Algo me decía que no iba a gustarme lo que Derek iba a decirme. Aun así, me quedé en el asiento mirando por la luna delantera.

—No podía... No era... No... —Derek tragó saliva y miró hacia arriba como buscando una respuesta—. No es por ti. Es por mí.

Suspiré.

Seguía sin entender nada...

—¿De qué... demonios estás hablando? —pregunté reajustándome las gafas nerviosa.

Derek también suspiró pero se mantuvo en silencio como si estuviera ausente. Luego, bajó la cabeza como si se sintiera derrotado.

—Yo... Yo no...

Oh, Dios mío. ¿Derek tenía problemas con el habla? ¿Era eso? Entonces, ¿por qué no lo había notado en toda la noche? ¿Le ocurría cuando se ponía nervioso?

¡Dios! Y pensar que a mí me ocurría todo lo contrario...

Me armé de paciencia aunque no sabía si largarme de allí o esperar a que él consiguiera decir algo razonable. Apoyé la cabeza en el asiento y cerré los ojos.

—No soy gay —dijo entonces de sopetón.

Abrí los ojos de golpe.

—No eres gay —repetí yo intentando relacionar aquella noticia con su ausencia en la biblioteca.

Derek se apoyó en su asiento.

—No, Abby —suspiró—. No soy gay.

Ladeé la cabeza hacia la izquierda para mirarle.

—¿Te daba vergüenza que corriera la voz sobre un falso rumor en la biblioteca por mi culpa?

Derek ladeó su cabeza hacia la derecha para mirarme y me ofreció una media sonrisa.

—No. Ese tampoco es el problema.

—¿Y cuál es el problema?

Derek se mantuvo en silencio unos segundos.

—Salía... con una chica.

Le miré asimilando esa noticia.

—¿Salías?

—Terminamos.

—¿Cuándo?

—El domingo.

Cerré los ojos porque notaba que empezaba a ruborizarme. El sábado le había pedido a Derek que me llevara a la cama sin tener en cuenta la posibilidad de que tuviera novia.

La necesidad de salir de ese coche se incrementó por momentos.

No quería saber qué más podía abochornarme ante él.

Derek no era gay.

Derek tenía una ex novia.

Y Derek podría estar culpándome de su ruptura.

No importaba cuál fuera el motivo. Pero ya me imaginaba que lo más probable era que alguien le hubiera visto conmigo mientras yo hacía el esperpento junto a él en la fiesta de Halloween.

Abrí la puerta decidida para salir.

—Espera, por favor.

Derek se abalanzó sobre mis muslos y alcanzó con la mano el tirador de la puerta cerrándola con suavidad.

Mi olfato se impregnó de un sutil aroma de colonia masculina.

“Joder. Y huele sensacional”, pensé.

En los pasillos y las clases de la universidad, había llegado a oler perfumes potentes y apestosos que venían de lejos. Eso, por no mencionar la mezcla de perfumes que impregnaban la atmósfera de los baños.

La colonia de Derek tenía que ser fresca y volátil porque era la primera vez que la notaba en toda la noche.

¿Olía igual de bien el sábado pasado?

¿Por qué coño estaba pensando en su perfume?

Hacía rato que había dejado de notar el peso de Derek sobre mis muslos.

Lo que tenía que hacer era largarme de allí.

Si había pasado una semana de perros sin saber lo que sabía ahora, no podía imaginar cómo serían los próximos días con mis nuevos conocimientos.

—¿Abby?

Entonces, me di cuenta de que mi cuerpo estaba muy tieso en el asiento. Mi mandíbula y mis labios estaban muy apretados y tenía los ojos tan cerrados que los cristales de mis gafas se habían colocado sobre mis cejas.

—Oye... Abby... No voy a hacerte daño.

Y eso fue la gota que colmó el vaso.

Sabía que se refería a que no me levantaría la mano para pegarme.

Pero el daño ya estaba hecho.

Aunque la culpa de todo solo era mía.

Abrí los ojos y le miré con deliberación.

—Escúchame bien, Derek —exploté furiosa porque ya no aguantaba más tener que retener mi frustración—. Sé muy bien que el sábado hice el ridículo. Es posible que la droga potenciara mi patético comportamiento. Además de poco sociable, también sé que no soy una chica atractiva. Pero llevo toda la semana creyendo que me había sentido atraída por un chico gay. ¿Te puedes imaginar lo que eso ha significado para mí todos estos días?

—No... —Derek se tapó la cara con una mano—. No puedo imaginármelo, Abby.

Entonces, abrí la puerta del coche y puse mi pie derecho como freno por si Derek decidía volver a cerrarla.

—Pues te lo voy a decir —dije alcanzando mi cazadora que estaba en el

asiento de atrás—. Llegué a verme como un transexual que tenía que cambiar el cuerpo de mujer a hombre. Y, además, pensé que tendría que aceptar que era gay después. Pero no te preocupes, Derek. Sé muy bien que la culpa es solo mía.

Salí del coche y cerré la puerta de un portazo. Me daba igual que fuera el precioso *Buick Enclave* de un amigo de Tom.

Después, me ajusté las gafas con el dedo y aceleré el paso hacia la entrada de la residencia. Estaba deseando llegar a mi habitación porque mis ojos estaban empezando a humedecerse por las lágrimas.

—¡Abby, espera!

Derek me cortó el paso poco antes de que llegara a la puerta.

—¿Qué quieres, Derek? —pregunté sollozando mientras sujetaba con fuerza mi chaqueta con una mano y poniendo la otra en mi cintura sin comprender por qué me detenía.

Pero no me contestó.

Solo se me quedó mirando unos momentos.

Luego, levantó las manos y las acercó hacia mi cara. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, ya no tenía las gafas en mis ojos y lo veía todo borroso. Noté cómo Derek las colgaba con cuidado en la costura del cuello de mi jersey y, después, pasó sus pulgares por mis ojeras mojadas para borrar las lágrimas que salían de mis ojos.

Y las borró.

Entonces, volvió a colocarme los lentes en mi cara con delicadeza.

Luego, pasó un dedo rozando ligero por mi mejilla.

—Eres mucho más que una chica atractiva —dijo con una media sonrisa—. Pero... yo no soy tu chico.

Retuve el aliento de forma involuntaria y me lo quedé mirando con un nudo en el estómago.

Era la segunda vez que Derek me decía que él no era mi chico. Pero, en aquel momento, yo sentía que Derek era mucho más que eso.

Cuando conseguí salir de mi estupor, asentí con la cabeza varias veces para darle a entender que aceptaba su mensaje y lo dejé atrás para entrar en la residencia.

Cuando entré en mi habitación y encendí la luz, me encontré a Quinn con su novio en plena faena de fusión.

—¡Lárgate! —dijo Quinn cerrando la luz desde su cama.

Cuando estaba cerrando la puerta, también pude escuchar la déspota risa

de su novio.

“Genial. La guinda del pastel”, pensé.

Me senté en el suelo esperando que ese par terminaran su ejercicio vincular y que no fuera una de esas noches en que tuviera que dormir en el suelo del pasillo. Estaba prohibido, pero la encargada de la planta era amiga de Quinn y hacía la vista gorda conmigo.

Capítulo 36

Mi boca estaba abierta por la sorpresa de encontrarme a Ryan dentro de la consulta del Dr. Ward.

—¡Maldito cabrón! —exclamó Ryan en un tono seco y arisco—. ¿Cuándo has vuelto?

Para mi sorpresa, Connor, que seguía de pie tras la mesa, sonrió ampliamente y rodeó el escritorio acercándose a Ryan con decisión.

—Ryan —dijo tendiéndole la mano para saludarle.

Ryan seguía impasible ante él con cara de pocos amigos. Así que empecé a temer que Ryan fuera a lanzarle un puñetazo.

Por el contrario, le devolvió la sonrisa estrechándole la mano y terminaron palmeándose la espalda. El mismo gesto que hizo con Luke anoche.

—Llevo solo una semana aquí —explicó Connor—. Me enteré de que había una plaza en este hospital y pedí el traslado. Nueva York era demasiado para mí.

—Maldita sea —dijo Ryan golpeándole con el puño contra su abdomen—. Mírate, estás irreconocible. Luke se va a quedar de piedra cuando te vea.

Connor se rio asintiendo con la cabeza.

Yo estaba tan anonadada que empecé a carraspear.

Entonces, los dos se giraron hacia mí.

—Hola, preciosa —dijo Ryan sonriendo.

Se acercó y se sentó a mi lado en la camilla. Me dio un beso en la mejilla y puso su brazo sobre mis hombros.

—¿Hola, preciosa? —pregunté quitándome de encima su brazo—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Ya te dije que quería estar presente. —Luego, fulminó con la mirada al Dr. Ward—. No confío en un Doctor que tutea a un paciente. Sobre todo, cuando *tú* eres la paciente —dijo sin mirarme y sin dejar de recriminar a Connor con la mirada—. Y, sobre todo, cuando *él* es el Doctor y ha tenido tu culo delante de su cara.

Connor no perdía su amable sonrisa. De hecho, estaba casi riéndose. Después, Ryan cambió su expresión dura por una más ligera, aunque seguía siendo seria.

—¿Cómo está Abby, Dr. Ward? —preguntó entonces cogiéndome desprevenida.

—Las pruebas están todas dentro de la normalidad. Todo par...

—Exacto —dije levantándome de la camilla de un salto y cogiendo mi pequeño bolso—. Precisamente, Connor y yo habíamos terminado con todo este asunto. Todo está genial y yo me largo a mi casa.

—A nuestra casa —dijo Ryan rotundo.

Lo miré con cara de advertencia y levanté el dedo índice.

—Escúchame bien, Ryan —le dije furiosa—. Tú ni siquiera deberías estar aquí. He venido con mi madre y regresaré con ella. Lo que haga después, seguirá siendo asunto mío, ¿entendido?

Ryan apretó la mandíbula y sus labios se convirtieron en una fina línea sin color. Su enfado por mi respuesta era evidente. Pero lo ignoré enseguida girándome hacia el Dr. Ward sin prestarle más atención.

—Connor, solo voy a pedirte un pequeño favor. Necesito que salgas afuera para que tranquilices a mi madre y le des la oportunidad de agradecerte todo lo que has hecho por nosotros.

—Por supuesto, Abby —dijo él de aquella manera tan tranquilizadora. Luego, se giró hacia Ryan—. Ryan, hablo con su madre y vamos a hacer un café, ¿te parece bien?

—Claro —dijo Ryan que no dejaba de observarme fulminándome con la mirada—, yo también estoy deseando enseñarte mi culo.

—Dios mío —se rio Connor—. Creo que volveré a plantearme volver a Nueva York...

Tras decir eso, Connor salió de la consulta dejándonos solos, a Ryan y a mí, dentro de esa sala.

—¿Por qué has venido, Ryan? —pregunté viendo cómo se incorporaba para apoyarse sobre la camilla, cruzando los pies y agarrando fuerte con sus manos el fino colchón negro plastificado.

—Ya te lo he dicho un montón de veces —contestó—. Quiero estar presente. Todo esto ha sido por mi culpa y no volveré a dejarte sola.

—No estoy sola, estoy con mi madre —le repliqué.

—Lo sé —dijo cruzando los brazos sobre su pecho—. Katie estaba acompañándola cuando he llegado y me he parado a hablar con ellas. —Ryan

me miró preocupado—. Me han contado lo que ha ocurrido. ¿Estás bien?

Cerré los ojos resoplando. No quería hablar más de aquel asunto.

—Sí, Ryan —dije exasperada paseándome por el reducido espacio de la consulta mientras toqueteaba el colgante del trébol—. Estoy perfectamente. Solo quiero largarme de aquí pero todo el mundo insiste en que siga viniendo. No quiero volver a pisar un hospital. No quiero dar más explicaciones a nadie. Y eso es lo que me pone enferma. ¡No soporto los hospitales!

Paré mis pasos y lo miré para ver si Ryan me estaba comprendiendo ya que no pensaba decir nada más.

—Ven aquí, preciosa —dijo haciendo indicación con su mano hacia él.

Me acerqué y Ryan me acunó las mejillas con sus manos.

—Si es porque no puedo evitarlo, me encargaré, personalmente, de que no vuelvas a pisar un hospital, ¿de acuerdo? —me aseguró muy serio mirándome a los ojos.

Entonces, me abrazó y me acarició la espalda con la presión justa con sus manos, transmitiéndome seguridad y logrando así que mi cuerpo empezara a relajarse.

La puerta se abrió e intenté separarme de él a pesar de que no lo deseaba. Pero Ryan me mantuvo bien aferrada contra su pecho.

Mi madre y el Dr. Ward entraron encontrándonos así.

—Eh... ¿Podemos interrumpir? —preguntó Connor con su maravillosa amabilidad.

—Ya lo has hecho —contestó Ryan con fastidio dejándome libre de entre sus brazos pero sin dejar de mirarme—. Volved a casa vosotras. Después, vendré a buscarte, ¿de acuerdo?

—Quiero ir a ver a Lucy.

Ryan arrugó la frente frunciendo el ceño.

—Mierda, Abby —dijo frustrado—. ¿A qué hora terminarás la visita?

—No lo sé —dudé—. Supongo que pronto. Pero necesito hablar con ella.

Ryan suspiró.

—Está bien. Pero avísame para que pueda recogerte.

—No puedo avisarte.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no? —dijo Ryan perdiendo la paciencia.

—No tengo móvil. Me lo quitaste, lo desconectaste y no me lo devolviste.

—Joder —dijo tapándose la cara y mirando después a mi madre que no dejaba de sonreír—. Bonnie, la localizaré a través de ti, ¿de acuerdo?

—Claro —contestó mamá—. Estaré pendiente.

Entonces, Ryan me besó la frente y se giró hacia Connor.

—El café lo pagas tú, Dr. Ward —dijo Ryan con dureza.

—Entonces, tú pagas el almuerzo —dijo Connor riéndose—. Es hora de comer.

—Estupendo —dijo Ryan riéndose también y palmeándole la espalda—, estoy hambriento.

Mi madre y yo nos los quedamos mirando. Solo ellos entendían su manera de tratarse.

—Mamá, nos vamos —dije yo notando también que me rugía el estómago.

Sujeté a mi madre del brazo y la hice atravesar la sala de espera del hospital como un cohete dejando a esos dos dentro de la consulta.

Paramos a comer en una hamburguesería a mitad de camino. Luego, mamá me dejó frente a la tienda de comestibles donde Lucy estaba sentada con el codo sobre el mostrador y la cabeza apoyada sobre su mano. Se notaba que estaba bastante aburrida.

Eso me tranquilizó.

Cuando traspasé la puerta, Lucy ya se había levantado y se me acercó para darme uno de aquellos geniales abrazos espontáneos.

—¡Abby! —dijo con su dulce sonrisa—. ¿Estás bien?

—Sí —le devolví la sonrisa—, estoy bien. ¿Tienes mucho trabajo?

—Ya lo ves —dijo señalando el interior de la tienda—. Hoy está la cosa muy tranquila. Hace unos días que la gente no viene mucho. Supongo que lo de Nathan ha asustado a la población. Los pocos que salen no hacen otra cosa que hablar de ese tema.

Asentí con la cabeza comprensiva.

—Lucy... ¿crees que podrías escaparte de la tienda el resto de la tarde?

Lucy me sonrió emocionada.

—¿Quieres que vayamos de fiesta un lunes por la tarde?

Su pregunta me hizo reír de lo lindo.

—Bueno, no exactamente. Sería algo más parecido a una fiesta de pijamas. ¿Podemos ir a tu casa?

—¡Jake! —gritó ella con una sonrisa pícara hacia las estanterías.

Cuando este asomó la cabeza, Lucy dijo:

—Cojo las llaves del coche. Me voy a casa con Abby. Tendrás que decirles a tus padres que os lleven cuando cierres. —Se acercó a él corriendo

y le dio un beso en la boca—. Te quiero. Adiós.

Después, salió disparada hacia mí.

—¿Qué haces ahí plantada? —preguntó—. ¡Vámonos!

Miré a Jake que había apoyado todo su largo cuerpo sobre el mostrador y le ofrecí una sonrisa de culpabilidad y disculpa.

—¡Yo también te quiero! —gritó él hacia la puerta de salida por la que Lucy ya estaba cruzando. Luego, me devolvió la sonrisa sacudiendo la cabeza—. Y esto, las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año... —dijo levantando las manos dándome a entender la paciencia que tenía.

Me reí por el comentario y me despedí de él con la mano.

Después, salí detrás de Lucy y nos montamos en su coche.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó arrancando el motor.

—¿Tienes el anuario del instituto?

—¡Desde luego! —exclamó—. Lo guardo como un tesoro. ¿Tú no lo tienes?

Negué con la cabeza.

—Tom y yo quemamos los nuestros antes de irnos a San Francisco.

Lucy me miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

—Ajá —confirme asintiendo con la cabeza.

—Bueno... eh... —balbuceó redireccionando el coche hacia su casa—.

Sí, creo que puedo entenderlo...

Cuando llegamos, Lucy me ofreció una cerveza y fue en busca del anuario en el salón. Lo guardaba en el mueble bajo del televisor y estaba resguardado dentro de una caja a medida con la tapa de terciopelo de color naranja.

—¿A quién quieres buscar? —preguntó entregándomelo.

—Connor Ward.

—¿Connor Ward? —preguntó sorprendida—. ¿Por qué?

—Ha sido mi médico estos días.

—Sí, eso no me sorprende en absoluto —dijo—. Pero no sabía que estaba aquí. No lo he vuelto a ver desde la Fiesta de Graduación.

—¿Lo viste en la Fiesta de Graduación?

—Sí, coincidimos con él un momento cuando Jake y yo fuimos a por ponche. Pero no lo volví a ver más el resto de la noche. De hecho, fue la última vez que le vi.

—¿Qué sabes de él?

—En realidad, no mucho. Solo que era el alumno más brillante de la escuela. Sobre todo, las asignaturas relacionadas con las ciencias. Pero era un muchacho que pasaba muy desapercibido. De cuerpo escuálido y altura media. Era muy retraído y tímido y siempre escondía su cara detrás de los libros. Se pasaba horas en la biblioteca.

Busqué su nombre en el índice y, después, fui a la página indicada. La verdad era que había bastantes de los que estaban allí impresos que no me resultaban nada familiares. Busqué la foto de Connor y me quedé mirándola un buen rato. Jamás habría reconocido a ese chico aunque no hubiese cambiado en absoluto.

—Pues... —dije alzando la vista hacia Lucy—, yo sigo sin recordarle. — Señalé la foto de Connor para que Lucy la viera bien—. Pero tengo que decirte que este se ha convertido en un hombre guapísimo y de compleción fuerte. Es abierto y sociable con una amabilidad extrema. Sabe poner a la gente en su sitio sin perder la compostura y es muy, muy, convincente.

—Woow... —suspiró Lucy—. Y... ¿dices que ha sido tu médico? ¿Me lo prestas?

Eso hizo que nos riéramos a carcajadas.

—Es una buena manera de poner celoso a Jake, te lo aseguro —le dije—. Conseguí alterar a Ryan en cinco segundos y eso que, al principio, no sabía que se trataba de él. Esta mañana, Ryan ha interrumpido mi visita con el Dr. Ward y estoy segura de que era porque quería marcar el terreno. Pero...

—¿Pero? —preguntó Lucy impaciente por la curiosidad.

—Bueno, ya te he comentado que no lo recuerdo del instituto, ni él ni su nombre. Aunque, viendo muchas de estas fotos, ahora eso tampoco me parece tan extraño. Me estoy dando cuenta de que la gente que más recuerdo es la que más rodeaba a Ryan. Bueno... y los típicos que destacaban, claro...

Suspiré.

—¿A dónde quieres llegar, Abby?

—Bueno... has dicho que Connor era el alumno más brillante del instituto y sería lógico que debería recordarle solo por eso. Pero, cuando miraba las listas en los tablones, iba directa a ver mi nombre porque todos los demás me daban igual.

—Te sigo pero no entiendo por qué estás analizando todo esto —dijo Lucy expectante.

—Verás... —dije tocando mi colgante del trébol—, si recuerdo a los más

cercanos de Ryan, ¿por qué no recuerdo a Connor Ward? He visto como se hablan. Y, a pesar de que Ryan a veces es rudo con él, los dos se tratan con una familiaridad tan amigable que casi me recuerda a la misma que Ryan tiene con Luke. Y eso que llevan ocho años sin verse. ¿No te parece todo muy extraño, Lucy?

La miré directamente a los ojos como si ella pudiera darme una explicación.

Abby-18 años-Noviembre

Seguía sentada en el pasillo de la residencia de estudiantes junto a la puerta de mi habitación. Quinn y su novio llevaban más de una hora allí dentro y el sueño empezaba a apoderarse de mí.

Me quité las gafas y las escondí bajo mi jersey colgándolas en el centro de mi sujetador.

Luego, me tumbé en el suelo y acomodé mi cazadora para apoyar la cabeza. Después, cerré los ojos dando por hecho de que volvería a dormir allí como ya me había ocurrido en otras tres ocasiones anteriores.

—¿Abby?

Abrí los ojos y vi de forma borrosa a Tom allí de pie. Me reincorporé sentándome de nuevo y, después, volví a recuperar mis gafas y me las puse de mala gana.

No tenía ganas de hablar con Tom en aquel momento.

¿Por qué no me dijo antes que Derek no era gay?

Ahora comprendía las bromas con las que se habían reído ellos tres. Pero Tom hubiese podido sacarme de mi error antes de que mi cabeza hubiese dado tantas vueltas con ese asunto.

Sin embargo, y en el fondo, sabía que no todo era culpa suya. Debí haberle contado lo que me ocurría antes. Entonces, seguro que me lo hubiera dicho.

Tampoco esperaba verle a esas horas de la noche. Se suponía que Carl y él iban a prepararse unas copas en el apartamento.

¿Qué coño estaba haciendo aquí?

Tom se apoyó en la pared y se dejó caer hacia el suelo hasta que quedó sentado a mi lado.

—Siento que hayas sufrido toda esa confusión durante estos últimos días.

—Hubiese jurado que Derek era un chico discreto —solté con fastidio por la rabia que llevaba acumulada durante la semana—. ¿Ya lo sabe todo el

mundo?

Tom suspiró.

—Créeme, Abby. Derek es un chico más que discreto. Pero ha llegado al apartamento escupiendo maldiciones y eso no es nada habitual en él. Carl consigue saber lo que le pasa muy pocas veces. Y, por suerte, ha logrado averiguar lo que ha ocurrido esta vez.

—Bueno... —suspiré—, quizá debería habértelo contando antes. Pero te veía tan feliz que no quería importunarte con mis cosas.

Entonces, Tom me rodeó los hombros y apoyé la cabeza sobre su cuello.

—Sabes que no me gusta que me ocultes lo que sientes, Abby. Y sabes lo importante que es para mí saber que tú estás bien. Eres lo más cercano a la familia que tengo aquí.

La familia.

Esa era otra cosa que echaba mucho de menos. Tanto Tom como yo hablábamos a menudo con los nuestros. Pero no conseguía evitar desear estar cerca de mi madre.

Cuando veía a mamá por la pantalla del móvil, solo deseaba sentir aquellos abrazos que tanto me arropaban. Y la veía tan feliz que no me atrevía a decirle lo mucho que anhelaba tenerla cerca.

Mike no había vuelto a dejar a mi madre desde que Tom y yo nos fuimos y me decía que ahora todo estaba solucionado entre ellos.

Así que yo la tranquilizaba diciéndole que todo estaba bien en San Francisco y que Tom y yo vivíamos más felices que en Crossboots.

—¿Qué estás haciendo en el pasillo, Abby? —preguntó Tom interrumpiendo mis pensamientos.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—La *Reina Platino* está en plena yuxtaposición.

Tom empezó a reírse a carcajadas y yo no pude evitar reírme con él. Entonces, él se levantó y me cogió de la mano sin dejar de reír.

—Vamos —dijo intentando calmarse mientras yo me levantaba agarrando mi cazadora—. Nos están esperando.

—¿Nos están esperando? —pregunté dejando de reír por la sorpresa—. ¿Quiénes?

—Carl y Derek —contestó con una sonrisa porque él también había dejado de reír—. Están en el aparcamiento. Ellos también quieren pedirte perdón.

Miré a Tom con los ojos muy abiertos.

Volver a ver a Derek era lo mismo que sentir de nuevo una inquietud de ansia y deseo al mismo tiempo.

El corazón empezó a latirme con fuerza.

Pero Tom me rodeó los hombros con su brazo y me guió con decisión hasta el *Buick Enclave* que Derek tenía aparcado frente a la residencia.

Tom abrió la puerta del copiloto y señaló el asiento para que yo entrara. Carl estaba detrás y me miraba con esos ojos llenos de ternura.

—Vamos, mi amor —dijo impaciente para que yo me sentara—. Tenemos que arreglar nuestra falta de respeto y qué mejor que con una copa en la mano.

Dios, adoraba a aquel chico y me sentía feliz de que Tom estuviera con él. Le sonreí abiertamente.

Luego, miré a Derek que volvía a lucir aquella sonrisa que tan atractiva me parecía.

—Vamos, sube —me dijo—. A Carl ya le tiemblan las manos por el síndrome de abstinencia.

—No me hagas decir lo que te tiembla a ti, mi querido Derek —dijo Carl mientras yo me acomodaba en el asiento y me abrochaba el cinturón de seguridad haciéndome sonreír.

Tom subió en el asiento trasero junto a Carl y Derek emprendió la marcha.

—¿Siempre estáis así? —pregunté pensando que Carl y Derek siempre se mofaban el uno del otro.

—Bueno, mi amor —dijo Carl—, Derek me lo ha puesto fácil estos últimos días, ¿sabes? Es un rol que ya no puedo evitar. Pero tú tranquila porque, en el fondo, él es muy buen tío.

—¿Y tú no lo eres? —pregunté mirando a Derek que seguía sonriendo atento al tráfico pero sin decir palabra.

—Claro, mi amor. Yo soy mucho mejor.

—Claro..., desde luego... —dije riéndome.

Lady Gaga sonaba en la radio del coche con la canción *Bad Romance*. Era una de las canciones favoritas de Tom pero la frase *You and me could write a bad romance* resonaba en mi cabeza recordándome el mal comienzo que había protagonizado con Derek.

Sentí que mis mejillas se enrojecían. No debería estar pensando en él de esa manera. Derek me había dejado muy claro que no habría nada entre nosotros...

—No estoy muy segura de que deba beber alcohol —comenté porque necesitaba desviar mis pensamientos hacia otra cosa y empezaba a sentirme nerviosa.

—Oh, mi amor —dijo Carl riéndose—. No te preocupes. Solo serán un par de copas. Nada que tu cuerpo no pueda tolerar. Además, Derek no dejará que te pase nada.

Me reajusté las gafas y me giré hacia él.

—¿Estás diciéndome que tú sí dejarías que me pasara algo? —dije un poco a la defensiva. Pero cambié la expresión de mi cara cuando vi que Carl se estaba aguantando la risa. Entonces, me guiñó un ojo.

—No, mi amor —dijo sonriendo—. Yo cuido de los míos como si fueran flores. Pero Derek es mucho más...

—Como vuelvas a mencionarlo... —le cortó Derek.

Miré a Tom que también estaba aguantándose las ganas de reírse.

—Gay —mencionó Carl.

Tom fue el que empezó a reírse a carcajadas y todos le seguimos. Incluso Derek se unió a las risas a pesar de que se notaba que estaba harto de todo aquello.

Cuando llegamos al apartamento, Carl se puso manos a la obra y nos preparó unos gin-tonics a cada uno.

Cuando lo probé, pensé que tendría el mismo sabor dulce que el vaso con droga que me tomé en la fiesta de Halloween. Pero me sorprendió la mezcla del toque amargo de la soda con el cítrico de la lima. Además, el licor no me quemó la garganta y me entró refrescándome la boca.

Esa copa me sentó de maravilla. Me sentía alegre y cómoda con los tres. La conversación se mantuvo en nuestras carreras universitarias.

Carl estudiaba en la facultad de Bellas Artes. Su madre se dedicaba a caracterizar personajes en el mundo del cine y Carl le seguía en su camino. Pero a él le gustaba más el mundo de la moda y no sabía si al final intentaría decantarse por esa variante. Sabía cortar el pelo, peinar y maquillar tanto como su madre porque ella le había enseñado entre bastidores donde prácticamente se había criado. Solo faltaba terminar sus estudios para ver lo que decidiría luego.

Derek quería ser oftalmólogo. Su padrastro, además de ejercer como tal, era uno de los profesores en ese campo que daba clases en la facultad de Medicina.

Como todos sabíamos allí, Tom quería ser veterinario y yo expliqué que

quería licenciarme en Tecnologías de la Información.

Cuando nos dimos cuenta, ya había pasado más de una hora de nuestra llegada, mis ojos empezaban a cerrarse por el sueño y no veía necesario beber más.

—Creo que será mejor que me marche —dije con pesar sabiendo que me esperaba el suelo más desagradable del mundo para conciliar el sueño.

—Quédate a dormir aquí, mi amor —dijo Carl.

—Puedes dormir en mi cama —me ofreció Derek.

Tom no dijo nada pero me miraba esperanzado.

—¿Dónde dormirás tú? —pregunté a Derek.

—Oh, mi amor —dijo Carl entonces—, no te preocupes por él. Podemos mandarle con su amigo...

Antes de que Carl terminara la frase, Derek se levantó tan rápido que no le vimos venir.

Empezó a hacerle cosquillas bajo los brazos por detrás y Carl estalló en graciosas carcajadas suplicando que lo dejara en paz sin tener los suficientes reflejos para poder detenerle.

Quedaba claro que Derek sabía cuál era el punto débil de su amigo. Y aquella era una batalla justa que me encantó presenciar mientras todos nos reíamos por las divertidas carcajadas que Carl no conseguía dominar.

Entonces, Carl intentó alzar los brazos intentando rendirse pero no lo conseguía. Estaba cansado. Pero Derek aprovechaba cada descanso que le daba para volverle hacer reír.

—No... lo... diré... más... —dijo Carl como pudo entre risas—. Te... lo... prometo...

Derek le soltó en el acto y sonrió.

—Trato hecho —dijo dándole la mano para sellar la promesa.

Carl alzó la mano con dificultad para estrechársela pero le costaba mucho regular la respiración y estaba sudando. Derek se la cogió y le dio un pequeño tirón para firmar la paz.

Cuando Carl se tranquilizó, miró a Derek y, después, a mí negando con la cabeza abatido. Se notaba que lo había pasado realmente mal.

—No le cuentes nunca un secreto, Abby.

Derek me miró y me sonrió. Luego, me cogió de la mano y tiró de mí hacia su habitación. Me empujó suave hacia dentro y se quedó apoyado en el quicio de la puerta.

—Acomódate como quieras —dijo—. Si necesitas algo, estaré en el sofá,

¿de acuerdo?

Sin más, se giró cerrando la puerta y yo me senté en la cama.
El sueño me había desaparecido.

Capítulo 37

Lucy y yo llevábamos tres horas hablando en el salón de su casa. Ella se había tumbado en el sofá lleno de cojines y yo estaba estirada en el suelo sobre su alfombra y un cojín en la cabeza mientras no dejaba de manosear mi colgante del trébol.

Habíamos bebido dos cervezas cada una y Lucy había preparado dos grandes boles de palomitas.

Después de comentar unas cuantas especulaciones cada una sobre Connor Ward, le conté casi todo lo que me había ocurrido desde la última vez que la vi.

Como ella sabía bastantes cosas de las que le comenté, me resultaba más fácil mantener la conversación con ella. Me sorprendió que Lucy no supiera mucho sobre todo lo relacionado con Nathan. Pero ponía suma atención a todos los detalles sin interrumpirme y no juzgaba de antemano ningún hecho.

Hablar con ella me sentaba bien. Sabía escucharme, era divertida y sentía que podía confiar en ella.

A la vez, no podía evitar que me doliera no haberla podido tener a mi lado cuando era pequeña.

De forma inconsciente, volví a acariciar mi trébol con los dedos.

—¿Sabes? —dije mirando la preciosa lámpara de su techo—. He vivido casi toda mi vida en Crossboots y he tenido que regresar para darme cuenta de que muchas cosas de lo que creí en el pasado eran muy diferentes a lo que estoy descubriendo ahora. Ryan, Will, Nathan, Luke...

—Hoy ha venido Luke a la tienda —me interrumpió Lucy—. Ha comprado una lasaña congelada. Me ha comentado que se ha pedido el día libre porque hoy no le apetecía hacer nada, solo quedarse tirado en el sofá. — Lucy dio un suspiro profundo—. Ese chico no sale de su casa o del gimnasio a no ser que esté trabajando. Siempre está solo y parece que no tiene más vida que esa.

Mi cerebro se activó sobre algo que había olvidado.

—Lucy —dije—, ¿tienes cerveza sin alcohol fría?

—Claro, ¿quieres una? —dijo levantándose del sofá.

—¿Pueden ser cuatro y un favor?

En ese momento, sonó el móvil de Lucy.

—Es tu madre —dijo leyendo el mensaje—. Ryan pregunta si ya estás lista.

—Lucy —dije levantándome yo del suelo—, ¿pueden ser cuatro cervezas sin alcohol y dos favores?

—Claro —dijo entusiasmada—, ¿qué quieres que haga?

—Déjame llamar a mi madre y te lo cuento.

Lucy me tendió su teléfono y llamé a mi madre para que le dijera a Ryan que necesitaba un par de horas más con Lucy.

—Bien —dije devolviéndole el móvil tras colgar—. Ahora, necesito que me lleves a casa de Luke —le pedí—. Tengo un asunto pendiente con él. Si mi madre te llama o te manda algún mensaje, dale largas. Dile que estoy en el baño, que todavía estamos liadas... lo que quieras. Cuando no puedas esquivarla más, ya me las arreglaré.

—De acuerdo, vamos. Yo te cubro —dijo dirigiéndose al recibidor y cogiendo las llaves del coche.

Pasó por la cocina a recoger las cervezas sin alcohol y salimos en dirección al apartamento de Mike.

—Gracias, Lucy —dije cuando llegamos frente al portal donde vivía Luke. Antes de bajar del coche, le sonreí con sinceridad—. No sé cuántas te debo ya.

—¡Sal de aquí, boba! —se rio—. No me debes nada. Además, yo también me siento en deuda contigo por muchos motivos. Empezando por el simple hecho de que no queda nadie aquí con la que compartir nada. Es egoísta, lo sé —me guiñó un ojo—. Pero acepta por lo menos que también me encanta ser tu amiga.

La abracé feliz y, luego, cogí la bolsa con las cervezas sin alcohol. Bajé y me fui directa hacia los intercomunicadores escuchando a Lucy dar la vuelta con su coche para regresar a su casa.

Iba a pulsar el botón del intercomunicador cuando un señor mayor abrió la puerta. Agarraba fuerte la correa del arnés de un perro mediano que estaba

ansioso por salir a la calle. Le sonreí, le di las buenas noches y entré.

Subí las escaleras hasta el tercer piso y me planté frente a la puerta del apartamento. El corazón se me estaba acelerando pero era algo a lo que tenía que enfrentarme. Sentía que debía hacerlo.

Pulsé el timbre con mano temblorosa y esperé.

Percibí cómo Luke observaba por la mirilla y, acto seguido, abrió la puerta con los ojos muy abiertos.

Iba vestido con un pantalón negro de chándal fino y una camiseta de tirantes blanca. Su torso y sus brazos eran el doble de grandes que los de Ryan y estaban muy bien amortizados en el gimnasio. Pero las feas cicatrices de su accidente quedaban al descubierto tanto en su hombro como en su brazo izquierdo.

Lo miré con una sonrisa sincera y saqué de la bolsa dos cervezas sin alcohol enseñándoselas.

—Si le dices a alguien que he bebido esto, te mato —bromeé.

Luke bajó la cabeza sacudiéndola y riéndose a la vez. Luego, se apartó para dejarme pasar.

Entré y miré alrededor. El mini apartamento estaba bastante ordenado. Solo un plato sucio se encontraba en la pila de la cocina junto con un vaso. Unas viejas botas vaqueras se encontraban encima de la mesa comedor, como si estuvieran allí para su cuidado o arreglarlas o algo parecido. Y una chaqueta de mezclilla estaba colgada sobre el respaldo de una silla.

Luke cerró la puerta mientras yo me dirigía decidida al balcón donde todavía se encontraban la mesa y las dos sillas que Mike utilizaba a menudo en tiempos pasados.

Las vistas al pueblo eran encantadoras. Las luces de los pisos de alrededor se encontraban encendidas y en alguna de ellas se percibía movimientos de convivencia y televisores iluminándose intermitentes.

Dejé las cuatro botellas encima de la mesa y me senté en una silla apoyando los pies en la barandilla.

Luke dejó un paquete de tabaco junto con un cenicero y un mechero al lado de las cervezas. Abrió dos de ellas y me ofreció una. Se sentó y me imitó poniendo él también los pies en la barandilla.

Estuvimos en silencio varios minutos mirando las lucecitas que teníamos al frente.

Luke encendió un cigarrillo y exhaló el humo.

—¿Sabe Ryan que estás aquí?

Negué con la cabeza.

—Cree que estoy en casa de Lucy.

Luke asintió con un movimiento rápido.

—Sabes que debería estar avisándole en estos precisos momentos, ¿verdad?

Giré mi cabeza sonriéndole.

—Sé que no lo vas a hacer —le dije bien confiada—. Estás demasiado sorprendido de que yo esté aquí. Y no dejas de pensar qué demonios quiere Abby, un día como este, a una hora como esta y en un momento como este.

Luke levantó las manos riéndose.

—Culpable.

Volví a sonreírle con sinceridad agradeciéndole en silencio que me estuviera poniendo aquello fácil. Nunca nos habíamos dado la oportunidad de conocernos y yo no estaba allí para hablar del tiempo precisamente.

Su soledad era aún mayor que la mía y había tenido que enfrentarse al mundo como un huérfano luchando por su supervivencia. Sabía cómo dar con la puerta en las narices a quien quisiera y yo hubiese podido recibir un buen portazo si él hubiera querido.

Como era habitual en mí, no le di más vueltas al asunto y fui directa al grano.

—¿Sabes? —dije volviendo a mirar al frente y dándole un trago a la cerveza sin alcohol—. Antes creía saberlo todo. Creía que lo que pensaba era lo correcto y que todo lo que percibía con mis sentidos era la verdad. He tenido que regresar para darme cuenta de que tenía un montón de cosas malentendidas. Además, la vida me ha pateado demasiadas veces... —chasquéé los labios y me volví para mirarle de frente— y... hay golpes que son duros de curar.

Luke me había entendido perfectamente.

Me di cuenta porque cerró los ojos y respiró hondo apretando los dientes. Vi cómo se le agitaba la respiración y se revolvía sobre su asiento.

—Pero siempre hay alguien, Luke —dije viendo cómo las lágrimas empezaban a brotar por sus mejillas—. Siempre hay alguien que te coge de la mano y te saca del agua cuando estás a punto de ahogarte. A mi madre la salvaron Molly y Sally. Sé que a Tom lo salvé yo. Y Ryan está tirando fuerte para intentar salvarme a mí. Aunque... sé que no se lo estoy poniendo nada fácil —le confesé—. Pero, sobre todo, no debemos olvidar que Mike nos está salvando a todos, Luke.

Luke abrió los ojos y sollozó mirando al cielo oscuro.

—Mírame, Luke.

Él respiró hondo y, momentos después, me obedeció.

Yo sabía que estaba urdiendo en su herida pero mi instinto me decía que tenía que hacerlo.

Aun así, sus ojos marrones humedecidos me miraban con aprecio, como nunca antes lo habían hecho.

—Lo superaremos, ¿de acuerdo? —le dije decidida—. Tenemos que superarlo aunque solo sea por ellos.

Nuestras miradas eran directas el uno al otro y estuvimos un buen tiempo así, sin movernos. Nuestros ojos hablaban comprendiéndose mutuamente sin la menor duda.

Al fin, Luke secó sus mejillas húmedas con la mano que sujetaba su cigarro. Se había consumido solo tras la única calada que le había dado al encenderlo. Echó la colilla en el cenicero y, luego, me miró durante unos instantes.

Un suspiro salió de su boca.

—Sabes disparar a la gente, Abby —dijo ofreciéndome una leve sonrisa—. Y nos atrapas cuando menos nos lo esperamos. Ryan lo supo desde el primer momento pero no le hacíamos caso.

Inspiré aire y, luego, lo exhalé lentamente.

—Dios sabe que..., a pesar de eso, yo no consigo atraparme a mí misma —le dije con una mueca de disgusto en la boca.

Luke me miró como si lo que acababa de decir no fuera cierto.

—Abby —dijo muy serio—, tienes una fortaleza envidiable. Mucha gente se vendería a sí misma solo por tener un cachito de ella. No necesitas atraparte. Tú ya te tienes.

Me quedé mirándolo con la boca abierta tras escuchar esas palabras que me habían dejado muda. No era fácil que alguien consiguiera eso.

Luke cogió la cajetilla de tabaco, sacó otro cigarrillo y lo encendió. Se acomodó otra vez mirando hacia el frente, cogió su botellín de cerveza y le dio un buen trago.

Yo tragué saliva y llevé mis dedos hacia el trébol de mi collar en un gesto nervioso y volviendo a mirar hacia las ventanas de alrededor.

—Siento no haberte apreciado en nuestra infancia —dijo Luke después de nuestro largo silencio.

Suspiré.

—Y yo siento haberte acusado solo por lo que veían mis ojos.

Luke se giró para mirarme con una sonrisa y acercó su cerveza hacia la mía en un gesto de brindis.

Lo miré sonriéndole y choqué mi botellín contra el suyo.

—Menudo par de delincuentes brindando con cerveza sin alcohol — bromeé.

Luke se rio llevándose la cerveza hacia su boca y yo hice lo mismo.

Entonces, un móvil empezó a sonar. Luke dejó su cigarrillo en el cenicero y se levantó. Entró al interior de su apartamento y cogió su teléfono de entre los cojines del sofá comprobando de quién se trataba.

Entonces, me miró. Sus ojos hablaban claro.

Era Ryan.

Abby-18 años-Noviembre

Estaba tumbada en la cama de Derek. Me había quitado las botas y los pantalones y mis gafas descansaban en la mesita de noche.

Llevaba dando vueltas sin conseguir dormir y hacía rato que había escuchado cerrarse la puerta de la otra habitación.

Esa noche iba a dormir en el suelo por culpa de Quinn y no me parecía bien estar ocupando aquella gran cama cuando su dueño estaba mal durmiendo en el sofá.

Además, me sentía sola.

Quinn no era la mejor compañía del mundo pero saber que había alguien en la misma habitación me tranquilizaba. Había pasado de dormir junto a Tom a tener que adaptarme a no sentir ningún calor humano que me ayudara a conciliar el sueño.

Encendí la luz de la habitación y busqué mis gafas con la mano. Cuando me las puse, tiré de la sábana y la arrugué hasta que se hizo una bola. Después, cogí un cojín de la cama y salí hacia el salón.

Derek estaba tumbado boca arriba y tenía los ojos cerrados. Seguía vestido con sus tejanos y su jersey de marca pero se había quitado las zapatillas de deporte.

Bordeé el sofá y coloqué la almohada en el suelo. Luego, me tumbé apoyando la cabeza sobre el cojín y me tapé con la sábana.

—¿Qué estás haciendo en el suelo? —preguntó Derek cuando estaba a punto de quitarme las gafas.

—Creía que estabas dormido —dije mirando hacia el sofá mientras Derek

se removía colocándose de lado.

—¿Qué estás haciendo en el suelo? —repitió muy serio.

Me lo quedé mirando y dudando de si debía o no ser sincera con él.

—Creía que estabas dormido —repetí yo intentando evitar mi respuesta.

—Respóndeme, Abby. Tienes una cama muy grande donde dormir y el suelo no es donde deberías estar.

Respiré hondo.

—No consigo dormir cuando no tengo a alguien cerca. Creía que estabas dormido y que no te enterarías.

Derek suspiró y volvió a removerse en el sofá colocándose boca arriba de nuevo colocando una mano sobre su frente.

Luego, se reincorporó para sentarse y se levantó.

—Vamos —dijo tendiéndome una mano para ayudarme a levantar.

Entonces, los dos nos dimos cuenta de que mis piernas estaban desnudas y poco faltaba para que Derek pudiera ver mis braguitas bajo el jersey que solo me cubría la parte superior del cuerpo.

Mis mejillas se enrojecieron por no haber pensado antes que debería haberme puesto los pantalones.

Entonces, Derek carraspeó y desvió la mirada hacia el suelo.

—Ve a la habitación —me ordenó—. Yo recogeré esto y enseguida voy.

Me giré tan rápido como mis piernas me lo permitieron y corrí hacia la habitación directa a ponerme los pantalones antes de que Derek entrara.

Oh, Dios mío. No hacía más que meter la pata con él.

Decidí sentarme en el suelo porque la cama me parecía demasiado íntima en aquellos momentos.

No sé cuánto tiempo tardó Derek en venir a la habitación pero llegué a pensar que había cambiado de idea.

Mi cuerpo me pedía horas de sueño pero mi cabeza no me dejaba descansar.

De repente, Derek entró con sigilo. Primero miró hacia la cama. Como no me vio, sus ojos recorrieron la habitación hasta que me localizó en la esquina de la pared donde se encontraba la puerta.

Se acercó y me tendió la mano de nuevo para ayudarme a levantar.

—Por favor, échate en la cama —dijo en voz baja—. Yo dormiré en el suelo, ¿de acuerdo?

—Yo puedo dormir en el suelo.

Entonces, Derek me miró con advertencia en sus ojos.

—Por favor, Abby —suplicó—. No quiero discutir contigo, ¿de acuerdo?
Obedecí y me tumbé en la cama dejando mis gafas de nuevo en la mesita de noche.

Derek echó la almohada en el suelo y también se tumbó.

Cuando noté que su respiración era regular, empecé a relajarme y no tardé en conciliar el sueño.

Un delicioso aroma me despertó. Lo que mi olfato identificaba solo era una cosa. Un guiso.

Un guiso de verdad.

Nada de comida rápida. Nada de comida industrial para calentar en el microondas. Nada de comida extranjera. Y nada de comida fría.

Era un guiso casero.

Pero no tenía ni idea de qué guiso era.

Abrí los ojos.

Una tenue luz alumbraba la habitación por la rendija de la cortina de la ventana.

Me reincorporé para buscar mis gafas y me las puse. Luego, miré a mi alrededor y me di cuenta de que no estaba sola.

Derek estaba sentado en la misma esquina donde me encontré sentada cuando entró en la habitación. Me miraba con una sonrisa y ¡Ay, Dios mío! qué atractiva me parecía su sonrisa.

—Buenas tardes.

—¿Buenas tardes?

—Sí —contestó levantándose—, ya son las dos. Carl está preparando la comida. Te estábamos esperando. Parece que al final has dormido bien.

Mierda. Mis mejillas empezaban a ruborizarse.

—Eh... Sí, gracias —confirmé enseguida porque era evidente que hacía tiempo que no dormía tan bien.

—Está bien. Cuando estés lista, la mesa está servida.

Le sonreí y me di cuenta de que era una sonrisa boba cuando vi a Derek abandonar la habitación y cerrar la puerta.

Me di un cachete mental y me levanté para ir al baño. Después de asearme, me peiné con la mano reajustándome el moño que se había soltado y volví a sonrojarme al pensar que Derek me había visto con los pelos alborotados y sueltos.

Volví a darme un cachete mental para convencerme de que eso no debía

tener la más mínima importancia para mí.

Pero la tenía.

Derek me gustaba. Pero sabía que nada podía hacer para que el sentimiento fuera correspondido. Era absurdo.

Sacudí la cabeza para intentar quitarme esos pensamientos de la cabeza y salí del baño para comer ese guiso que me había despertado.

Tom estaba sentado en la mesa mirando divertido cómo Carl apartaba constantemente las manos de Derek que intentaba pinchar con el tenedor algo dentro de la olla y no dejaba de repetir, una y otra vez, “¡Quita las manos!”.

Los tres me miraron cuando se dieron cuenta de que me acercaba a la mesa.

—Siéntate, mi amor —dijo Carl con una sonrisa—. Casi tengo que atarle las manos a Derek para que no nos dejara sin comida.

—¿Qué es lo que huele tan bien? —pregunté sentándome en la única silla desocupada.

—Albóndigas —dijo Tom.

—¿Albóndigas? —pregunté relamiéndome los labios—. ¿Sabes guisar albóndigas, Carl?

—Mi amor —imitó Derek a Carl—, las bolitas de carne son su especialidad.

No era la primera vez que escuchaba a Derek imitar a Carl. Pero sí era la primera vez que Derek miró a Carl con las cejas levantadas como advirtiéndole de que tuviera cuidado con lo que decía si no quería recibir más cosquillas.

—Mi amor —dijo Carl mirando a Derek primero y, después, a mí ofreciéndome una gran sonrisa—, cuando quieras, te enseño para que aprendas a amasarlas. Seguro que alguien te lo agradecerá.

Derek relajó sus cejas y sonrió divertido.

También me di cuenta de que Tom estaba aguantándose la risa. Y siempre que Tom se aguantaba la risa era porque sabía que Carl se saldría con una de las suyas tarde o temprano.

—¿Solo tengo que aprender a amasar las bolitas? —pregunté divertida también—. ¿Qué hay de los demás ingredientes?

Carl empezó a servir el guiso a los cuatro platos.

—Oh, mi amor —dijo Carl—, solo tienes que yuxtaponer los condimentos y menear el palo con mucho cariño. Está chupado.

Entonces, los cuatro explotamos en nuestras propias risas.

Capítulo 38

Quitó los pies de la barandilla del balcón del apartamento de Luke. Los bajó al suelo y me levanté de la silla.

Entonces, mi mano toqueteó el colgante del trébol.

Luego, apoyé los codos sobre el duro barrote superior de la baranda mirando hacia el interior de su piso.

Luke había respondido a la llamada de Ryan sin decir palabra, mirándome y suspirando como para prepararse para lo peor.

Un momento después, apartó un poco el teléfono de su oído porque Ryan le estaba gritando y, luego, se lo volvió a acercar.

—Bueno... —carraspeó—, está claro que Abby se ha dado cuenta de que yo soy más guapo, más fuerte y más delincuente que tú —dijo guiñándome un ojo—. Ahora, es mi princesa.

Volvió a apartar el móvil de su oído y yo me tapé la boca porque su comentario me hizo reír. Aunque más maduro, Luke seguía luciendo la misma cara de travieso que cuando era pequeño. Pero, además, se comportaba como tal.

—No puedo dejarte subir, Ryan —dijo con tranquilidad y sonriéndome mientras seguía a la escucha—... Porque no creo que te guste lo que estamos haciendo y tengo que protegerla de tu...

—¡Abre la maldita puerta, Luke! —gritó Ryan golpeándola desde el otro lado.

Luke y yo nos miramos a la vez. Cualquiera sabía cómo había logrado traspasar el portal y había subido por las escaleras tan rápido.

Le di un trago despacio a mi cerveza sin alcohol y, sin dejar de mirar a Luke, le dije con mis ojos que no tuviera prisa.

Él me entendió a la perfección dejando caer el móvil sobre el sofá con cuidado.

Después, se acercó a la puerta de su apartamento con tranquilidad y parsimonia. Alzó la mano para coger la cadena del cierre de seguridad y la

encajó en su sitio, como si fuera necesaria esa medida de precaución. Luego, abrió la puerta que se quedó bloqueada al paso y se puso frente a Ryan por el poco espacio que había.

Yo no podía verle desde el ángulo en el que me encontraba.

—Estoy a punto de llamar a la policía —dijo Luke indolente.

—¡Maldita sea, Luke! —gritó Ryan furioso—. ¡Tú eres la policía! ¡Abre la puerta!

Luke se apoyó de lado en la pared cruzando los brazos y mirando imperturbable al otro lado donde se encontraba Ryan.

—Ryan..., la puerta ya está abierta —siguió provocándolo tranquilo y haciéndome reír de nuevo.

—¡Joder! —exclamó Ryan.

Luego, hubo una pausa y vi que Luke inclinaba un poco la cabeza hacia adelante y levantaba las cejas como haciéndole una advertencia silenciosa.

—¿Quieres hacer el favor de quitar la maldita cadena? —preguntó Ryan bastante más sosegado.

—Verás... —dijo Luke suspirando y endureciendo su mirada—, tengo a una preciosa princesa en mi casa y tiene que ser tratada con reverencia... No sé si me estás entendiendo...

—Mierda, Luke —dijo Ryan frustrado y sin gritar—. ¿Por quién me tomas? —preguntó suspirando profundamente—. Solo quiero verla. Llevo todo el día esperándola y no puedo más.

Luke miró hacia el balcón y le sonreí. Asentí con un movimiento leve de cabeza, casi imperceptible, pero él lo advirtió al instante. Era como si siempre nos hubiésemos entendido.

Sin mirar a Ryan, Luke cerró de golpe la puerta con la mano, como dándole en las narices, y se movió para quitar la cadena del cerrojo de seguridad. Entonces, abrió la puerta dejándole espacio para que entrara.

Ryan tenía su pelo negro más revuelto que de costumbre. Sus verdes ojos miraron buscando por el interior del apartamento hasta que, por fin, me localizó apoyada en la barandilla, con mi cerveza sin alcohol en la mano y sonriendo porque Luke me había hecho pasar un buen rato con todo ese espectáculo.

Ryan se acercó al balcón mirándome con reprobación.

—He ido a casa de Lucy a llevarte el móvil para que estuvieras localizable —dijo con toda la decepción que sentía—. Si querías venir a casa de Luke, yo mismo podía haberte traído.

La sola predisposición de Ryan para complacerme en todo lo que yo quisiera era un verdadero punto a su favor que, por el contrario, yo no solía corresponder. Había crecido con demasiada libertad de movimientos y me había acostumbrado a hacer lo que siempre me había apetecido. Sobre todo, en Crossboots.

Y estaba segura de que Ryan lo sabía pero hacía dos días que su actitud era algo irritante. Llevábamos cuatro días separados y yo también deseaba que todo volviera a su sitio. Sin embargo, seguía necesitando mi espacio de vez en cuando.

Así que me enderecé mirándolo con advertencia.

—En primer lugar —dije alzando el dedo índice—, tú no eres mi chófer. En segundo lugar, no tenía planeado venir aquí. Simplemente, surgió desde casa de Lucy. Y, en tercer lugar —terminé de indicarle—, yo hago lo que quiero, cuando quiero y con quien quiero. Lo he hecho siempre y no lo pienso cambiar. ¿Comprendido?

Ryan me miraba tensando la mandíbula pero como queriendo decir algo. Sin embargo, terminó levantando sus manos frustrado para tirarse de los pelos con los dedos. Luego, miró hacia el techo del apartamento y respiró hondo intentando tranquilizarse. Sabía que no podía rebatir lo que acababa de decirle.

Entonces, bajó la cabeza negando y riéndose a la vez.

Momentos después, se giró dándome la espalda y miró directo a Luke quien estaba apoyado sobre la puerta observándonos sin perder detalle.

—Cuando te tienen bien cogido por los huevos —le dijo—, solo te quedan dos opciones. —Luke lo miró interrogativo esperando saber cuáles eran—. O ves cómo te los cortan o aguantas el dolor con placer.

Luke se rió acercándose a él.

—No es necesario que me cuentes cuál prefieres tú —dijo palmeándole la espalda y saliendo al balcón para coger otro cigarrillo. El que había dejado encendido en el cenicero también se había consumido solo—. ¿Una cerveza? —preguntó abriendo otra y ofreciéndosela.

—Tú te matas con el tabaco —le dijo agarrando el botellín—. Y a mí me matas con una cerveza sin alcohol cuando lo que necesito ahora es un buen trago —suspiró Ryan negando con la cabeza.

—Podemos rematarlo añadiendo colesterol —dijo Luke con una sonrisa—. ¿Pizza pepperoni con doble de queso? —sugirió.

—Esa es una idea genial, Luke —intervine yo saboreándola de antemano

—. Estoy muerta de hambre.

Ryan me miró con la boca torcida. Luego, volvió a dirigirse a Luke.

—Sí, Luke —dijo frustrado poniendo los ojos en blanco—. Lo has rematado por completo.

Luke se encargó de todo, incluso pidió varias cervezas con alcohol para nosotros. Ryan y yo organizamos el pequeño balcón añadiendo una silla y haciendo espacio en la mesa.

Era la primera vez que los tres cenábamos juntos y era como si lo hubiéramos hecho desde siempre. Comimos hablando relajados y, de vez en cuando, el motor de algún coche resonaba pasando por la calle.

La conversación giraba alrededor de Nathan y todo lo que había ocurrido desde entonces. El penoso entierro, el escándalo que todo eso suponía para la familia McKulin, cómo habían sucedido las cosas a partir de que nosotros huyéramos...

Cuando terminamos la pizza, nos quedamos en silencio cada uno con nuestros propios pensamientos.

—¿Trabajas mañana? —le preguntó Ryan a Luke bebiéndose la cerveza que le quedaba en la lata.

—Sí —contestó él suspirando—, hoy me he pedido el día libre porque necesitaba un respiro. Demasiadas cosas desde hace demasiado tiempo...

Ryan asintió comprensivo.

—¿Sabes que Connor Ward es el nuevo médico de Abby? —dijo Ryan cambiando de tema y haciendo que yo prestara más atención a lo que decían.

Luke me miró con una sonrisa traviesa.

—¿Le has concedido un baile en la consulta? —dijo riéndose.

—Peor que eso, Luke —dijo Ryan mirándome con recriminación—. Se tutean y Abby le ha enseñado el culo.

Dejé caer mi cuerpo sobre el respaldo de mi silla y los miré a los dos.

—¿Puede alguno de los dos explicarme qué pasa con el Dr. Ward?

Luke y Ryan se miraron con complicidad.

—Cuando lo veas, no te vas a creer el cambio que ha hecho ese pequeño cerebritito —dijo Ryan a Luke sin contestarme—. Parece que te hizo caso y ha seguido tus instrucciones al pie de la letra.

—Sí, puedo creerlo —dijo Luke con un brillo especial en sus ojos—. El tío tenía potencial. ¿Cuándo ha vuelto? No lo he visto desde que se fue a Nueva York.

—Hace una semana. Hoy hemos comido juntos. Si no tiene guardia,

vendrá a las barbacoas de los sábados.

Cabreada, di un golpe con mi puño sobre la mesa porque me estaban ignorando.

Los dos se volvieron hacia mí para mirarme sorprendidos.

—Os he hecho una pregunta, chicos —dije con la mirada severa.

Ellos me miraban como si no recordaran lo que les había preguntado.

—Nunca os vi con Connor Ward pero habláis de él como si siempre hubieseis estado juntos. ¿Me lo podéis explicar?

—Eh... —Ryan titubeó—, me senté con él en la clase de biología e hicimos juntos el trabajo en pareja. Entre tantas horas, bueno... ya sabes..., cogimos buena sintonía.

—Ya —dije mirándolo con desconfianza.

Eso no explicaba por qué Ryan tenía un comportamiento celoso con él. Luego, miré a Luke.

—¿Y tú? —le señalé—. ¿Qué pintas en todo esto?

Luke me miró con esos ojos marrones traviosos y me sonrió.

—Bueno... —dijo haciendo un gesto de manos como si la respuesta fuera evidente—, cuando Ryan congenia con alguien..., a mí me pilla de rebote.

—¿Y a qué ha venido ese comentario sobre el baile? —le pregunté.

Luke siguió mirándome sin perder su traviesa sonrisa.

—Ward necesitaba mi ayuda y yo se la ofrecí —dijo escueto.

Miré a Luke con más severidad. Él sabía que yo quería más.

—Abby —dijo suspirando—, Connor era un chico muy tímido y nadie se daba cuenta de su presencia. —Entonces, Luke me miró dándome a entender que debía leer entre líneas—. Pero tenía una actitud muy predispuesta. Le di unas cuantas instrucciones de comportamiento y le puse a prueba el día de la Fiesta de Graduación.

Luke dejó caer todo su enorme cuerpo contra el respaldo de su silla sin decir nada más, como si yo ya hubiese tenido que entenderlo todo.

—Termina —le ordené—. ¿Qué prueba?

Luke miró a Ryan que estaba sonriendo sabiendo que yo lo estaba poniendo en un aprieto. Estaba segura de que no me iba a gustar su respuesta. Después, suspiró mirando al techo con culpabilidad pero no dejaba de tener aquella mirada traviesa.

—Le dije que, si conseguía bailar contigo, el mundo sería tuyo.

—Pero no bailó conmigo —dije con fastidio sintiéndolo en esos momentos. Si yo hubiese bailado con Connor, ahora hubiese podido

restregárselo a Luke por la cara.

—No, preciosa —intervino Ryan sonriendo y con una mirada de orgullo—. No bailó contigo. Y, cuando vio que salías corriendo, lo primero que hizo fue quedarse allí plantado mirando a su alrededor. Pero no parecía decepcionado. Solo se le veía pensativo, como si su cerebro estuviera maquinando alguna cosa o sumando dos más dos. No sabría decirte, la verdad. Intenté estar lo más atento posible. Pero había otro asunto que me mantuvo ocupado parte de ese momento.

Ryan me miró a los ojos levantando las cejas y yo entendí perfectamente a qué se refería con eso.

Entonces, le devolví la mirada con advertencia para que obviara nuestra batalla en el baile e hiciera el favor de continuar contándome lo que ocurrió.

Ryan carraspeó.

—El caso es que, justo en ese momento, Will y Elisabeth Fowler pasaron por delante de él bailando. Entonces, Will guió un giro con delicadeza a Elisabeth separándola por un momento de entre sus brazos. Sin esperárnoslo, Connor la atrapó y se la llevó bailando entre la gente por toda la pista, con pasos firmes y sin soltarla. Cuando terminó la canción, le dio un beso en la boca dejándola paralizada. Después, Connor se largó de la fiesta sin despedirse de nadie. Fue el último día que le vimos.

—Woow... —silbó Luke mirando orgulloso a Ryan y sonriendo con esa picardía que solo los rasgos de su cara conseguían—. Estoy seguro de que ahora se ha vuelto un tipo peligroso. —Se enderezó y cruzó los brazos sobre la mesa sin dejar de mirar a Ryan—. Y... ¿dices que ahora es el médico de Abby, se tutean y ha visto su estupendo culo? —lo provocó.

Una carcajada salió disparada de mi boca. Esos dos eran la noche y el día. Mientras uno era delicado explicando historias, el otro las utilizaba disparando a matar.

—Abby —dijo Ryan fulminando a Luke con la mirada—, nos vamos.

Ryan se levantó y me tendió la mano decidido a tirar de mí para ayudarme a levantar. En realidad, era un buen momento para irnos.

Luke volvió a recostarse sobre el respaldo de su silla y se encendió un cigarrillo sin dejar de sonreírnos a los dos divertido.

—Es mi día libre —dijo con advertencia—. Por favor, no os metáis en más líos. Mike no puede estar en todas partes.

—Buenas noches, Luke —dije dándole un beso en la mejilla—. Me lo he pasado genial contigo.

Él me cogió la mano que tenía libre y me besó el dorso.

—Si este capullo —dijo mirando de reojo a Ryan— no aguanta el dolor con placer, ven a cortarme los huevos a mí. —Me guiñó un ojo—. Ya sabes dónde encontrarme.

—Buenas noches, Luke —dijo Ryan estrechándole la mano con la expresión más relajada al ver que yo aceptaba irme con él sin poner objeciones—. Cuídate.

—¡Lárgate ya! — Luke sonrió acomodando los pies en la barandilla y fijando la vista hacia las ventanas colindantes.

Cuando cerramos la puerta detrás de nosotros con cuidado, Ryan pasó un brazo sobre mis hombros y me acercó a su cuerpo dándome un beso sobre la coronilla.

Bajamos las escaleras sin hablar y sin prisa y salimos a la calle. Mi vieja pick-up estaba aparcada allí delante.

—Me había olvidado de ella por completo —murmuré.

—No podíamos dejar la camioneta allí en medio —dijo Ryan—. La recogimos en cuanto te dejamos anoche en casa de tu madre.

Ryan me hizo subir en el lado del copiloto y él se puso frente al volante. Emprendimos el camino hacia su casa en silencio.

Las letras que Ryan había escrito a la inversa con el polvo de la luna delantera y la marca de su mano en el cristal estaban borrosas. La camioneta había absorbido más cúmulo de polvo tras la vuelta hacia Crossboots pero todavía se leían las palabras.

Toqueteé mi colgante del trébol.

La música de la radio local acompañaba nuestros pensamientos. Era la emisora que siempre tenía puesta en el coche. Nunca la había cambiado. Ahora, algunas canciones me parecían horribles. O habían cambiado el DJ o este se había vuelto algo raro. Pero la mayoría eran de las que te hacían vibrar, sobre todo, el programa que había a aquellas horas de la noche porque sintonizaba buenas y suaves baladas de todos los tiempos.

Ryan tuvo que frenar en un semáforo en rojo cuando la voz de Keith Urban invadió nuestro pequeño espacio en el interior del coche con la canción *Parallel Line*.

De repente, Ryan aceleró el coche saltándose el semáforo y aparcó encima

de la acera que hacía esquina. Bajó y cerró su puerta rodeando el coche a toda prisa por delante del motor.

“Mierda, ¿qué coño ocurre ahora?”, pensé.

Abby-18 años-Noviembre

Después de comer las riquísimas albóndigas que Carl había preparado el domingo por la tarde, Derek nos llevó a Tom y a mí a la residencia acompañados de nuestro cocinero favorito.

Tenía que afanarme con los estudios porque había dejado apartados los deberes a lo largo de la semana y no podía atrasarlo más. Mis becas dependían, entre otras cosas, de mis calificaciones.

El lunes por la tarde, de nuevo hubo un cambio en mi vida.

Iba justa de tiempo para coger el autobús que me llevaba a la biblioteca y, tras cruzar la puerta principal de la residencia, lo primero que vieron mis ojos a través de mis gafas fue a Derek apoyado sobre su coche. Parecía estar esperando a alguien.

El pulso de mi corazón se disparó.

Mientras avanzaba bajando por la rampa para dirigirme a la parada del autobús, no dejé de mirar por todo mi alrededor para descubrir a quién estaba esperando Derek.

—¿Qué estás buscando? —me preguntó cuando casi tropecé con él de frente.

—Eh... nada —dije nerviosa—. ¿Qué... estás haciendo aquí? —pregunté pensando que era mejor no saber la respuesta.

—Voy a la biblioteca. Y he pensado que podríamos ir juntos. Te habría llamado pero no tengo tu número.

—¿Quieres que vayamos juntos a la biblioteca? —pregunté tan sorprendida y agitada como el bombeo de mi corazón.

Derek me sonrió.

—Sí. Quiero —dijo expulsando una suave risa por su boca—. ¿Quieres tú?

—Eh... Sí... —dije titubeando con los ojos abiertos—. Claro... Quiero...

Derek me cogió de la mano.

—Vamos, pues —me ordenó tirando de mí hasta su coche.

De camino a la biblioteca, Derek me pidió que le mandara un mensaje para grabar mi número. Así que memoricé el suyo y se lo mandé.

Cuando entramos en la biblioteca, Derek abrió la puerta y me cedió el

paso como había hecho siempre, pero desde el lado opuesto al que yo me había acostumbrado.

Sin preguntarle lo que iba a hacer él después, me dirigí a mi mesa habitual en la zona donde estaban los ordenadores y me senté en la misma esquina de siempre.

Derek se sentó en el lateral de mi lado izquierdo.

Lo miré sonriendo y él me devolvió la sonrisa.

Entonces, decidí seguir con lo mío porque, como no consiguiera concentrarme teniéndole tan cerca, aquellas dos horas se convertirían en un infierno para mí.

Lo coloqué todo encima de la mesa. Saqué los papeles que había pasado a recoger en la asociación del Banco de Alimentos. Después, me dispuse a ordenar todos los albaranes, facturas y tickets por número o por fechas según el documento.

Mientras me encontraba en plena faena, miré de reojo a Derek.

Un montón de apuntes se encontraban esparcidos por la mesa y un libro se encontraba delante de él.

En su mano izquierda, un bolígrafo no paraba de ser agitado con rapidez con los dedos, aunque era de agradecer que nunca llegara a golpear la mesa.

De repente, ese bolígrafo dejó su actividad ajetreada para quedarse aposentado entre sus dedos y Derek tecleó algo en el ordenador con esa mano sin soltar el bolígrafo.

Cuando salió toda una larga información en la pantalla, Derek buscó entre los apuntes con los ojos y seleccionó una hoja. Después, escribió algo marcándolo con un recuadro y afirmó en silencio con la cabeza.

Desvié la mirada hacia la pantalla de mi ordenador sintiendo algo de vergüenza por haber estado observándolo.

Pero había descubierto algo de lo que no me había dado cuenta hasta ese momento.

Derek era zurdo.

Intenté concentrarme en mi trabajo porque, si no lo hacía, me pasaría más de dos horas allí dentro y, aun así, no terminaría.

Cinco minutos después, conseguí centrarme en mis papeles y me dediqué de lleno al informe que la asociación estaba esperando.

Hasta que sentí la mirada de Derek sobre mí.

No sabía cuánto tiempo llevaba observándome pero alcé la cabeza y le devolví la mirada.

Él me sonrió y yo le devolví el gesto.

Oh, Dios mío. Cómo latía mi corazón. Solo esperaba que él no tuviera el suficiente oído como para escucharlo.

Me reajusté las gafas y desvié mi mirada otra vez hacia mi trabajo porque necesitaba centrar mi mente en algo que no fuera Derek.

Tras un gran esfuerzo por mi parte, conseguí terminar mi informe y lo mandé por email a la asociación.

Cuando Derek vio que empezaba a recoger mis cosas, él hizo lo mismo sin decir nada y, después, me sonrió.

—¿Lista?

—Sí —sonreí también—. Lista.

—Pues, vámonos —dijo señalando la salida.

Derek me llevó de nuevo a la residencia e hicimos el camino en silencio, cada uno en nuestros propios pensamientos.

—¿Mañana a la misma hora? —me preguntó cuando llegamos.

—Eh... Sí, claro —dije deseando que ya fuera ese momento—. Mañana. La misma hora. Gracias, Derek.

—No hay de qué. Voy al mismo sitio que tú.

Asentí con la cabeza y bajé del coche sin darme cuenta de que pisaba el suelo porque me sentía como si anduviese sobre una nube.

Derek y yo fuimos juntos a la biblioteca toda la semana. Nos sentamos en el mismo sitio, nos acomodamos cada uno con nuestro trabajo y no tardamos en habituarnos con nuestra nueva rutina.

El viernes, todo parecía como una tarde cualquiera en la biblioteca. Sin embargo, media hora antes de que llegara la hora de irnos, alguien se nos acercó.

—Te pedí mil veces que cambiaras tu horario de estudio en la biblioteca para estar juntos. Y ahora te veo con esta ridícula chica que...

Derek y yo nos levantamos a la vez.

Pero yo abrí la boca antes que él.

—Sé muy bien lo ridícula que soy —dije colocando una mano crispada en mi cintura—. Pero es evidente que tú no tienes ni idea de lo que es la educación. ¿Conoces la expresión *por favor*? Se utiliza para pedir algo de manera educada o cortés. Así se consiguen muchas cosas, ¿sabes?

La chica a quien le había soltado todo aquello era la misma que me hizo sentir tan mal dentro de la casa en la fiesta de Halloween. Y me miraba con la boca abierta sin que le salieran las palabras.

Después, se giró hacia Derek.

—¿Vas a permitir que esta me hable así? —dijo poniendo una mano en su pecho indicando lo ofendida que se sentía.

—No puedo estar más de acuerdo con ella, Cindy —dijo Derek mirándola con mucha seriedad—. Mi vida solo es asunto mío y yo decido con quién quiero estar. Tú ya estás fuera, ¿entiendes? Y creo que será mejor que te marches.

Los labios de Cindy ahora estaban muy apretados por la rabia. Entonces, pasó la mano por encima de la mesa tirando al suelo los tickets que yo tenía bien ordenados y se largó hacia la salida.

Cerré los ojos sintiendo de nuevo aquel bochorno que había sufrido en mi primer día de clase cuando solo tenía seis años.

Decidí no acercarme a la salida por la que estaba cruzando aquella malcriada.

Tampoco le di a tiempo una patada en la puerta para que empujara hacia afuera a esa tal Cindy deseando que tropezara con sus bonitos taconcitos.

Y solo hubo un motivo que controló el freno de mi impulso furioso.

Derek se había puesto de mi parte.

Por una vez en mi vida, alguien se había puesto de mi parte y había dado la cara por mí.

—Abby, ¿estás bien?

Abrí los ojos.

Derek me miraba con atención.

Él estaba preocupado.

Por mí.

Respiré hondo y cambié mi expresión furiosa por una más relajada. Entonces, le sonreí agradecida.

—Sí. Gracias, Derek.

Pero no quería perder más tiempo con ese incidente y me agaché para recoger los papelitos que estaban esparcidos por el suelo.

Derek me ayudó.

Cuando logramos juntar todos los tickets, me apresuré para terminar mi trabajo.

Estaba deseando encerrarme en mi habitación.

No podía quitarme de la cabeza lo que había ocurrido y un sentimiento de baja autoestima asomó alterando mis emociones.

A Derek le gustaban las muñecas de porcelana.

De camino a la residencia, Derek y yo nos mantuvimos callados hasta que llegamos al aparcamiento. Antes de que él parara el motor, escuché un sonoro suspiro que Derek exhaló con abatimiento.

—Siento lo que ha ocurrido —dijo.

Dejé que mi espalda volviera a reposar sobre el respaldo del asiento porque ya había cogido la postura para bajar del coche.

—No te preocupes, Derek —suspiré yo—. Ya lo he olvidado.

Derek también se dejó caer sobre su asiento.

—No. Sé que no lo has olvidado.

Ladeé mi cabeza hacia la izquierda para mirarle.

—¿Por qué no estás con ella, Derek?

Él ladeó la cabeza hacia su derecha y me sonrió.

—Cindy fue una más que me lo puso fácil —me confesó—. Demasiado fácil.

—Comprendo —dije sintiendo algo de decepción hacia él.

—Pero hacía tiempo que lo nuestro no funcionaba.

—Y yo te lo puse fácil para terminar algo difícil —le reproché adivinando que mi ridículo comportamiento en la fiesta de Halloween fue el detonante de la ruptura.

Derek me sonrió.

—Iba a terminar con ella antes de la fiesta. No pensaba ir allí. Pero no quiso verme. Supongo que se lo esperaba porque lo arregló todo para que nos encontráramos en la casa. Imagino que creyó que no sería capaz de terminar con ella en un momento así. Pero, cuando llegué a su lado, apareciste delante de nosotros sin que me diera tiempo a saludarla. Y escuché a mis espaldas que alguien había puesto droga en las bebidas. —Derek tragó saliva—. No me lo pusiste fácil, Abby. Solo lo retrasaste.

Cerré los ojos un momento y asentí con la cabeza.

—Lo siento.

—Yo no.

Abrí los ojos.

La mirada de Derek era profunda y tenía los labios entreabiertos.

Retuve la respiración porque no estaba segura de qué significaba su expresión y me quedé quieta porque no sabía si había llegado la hora de despedirme o faltaba algo por decir.

—Creo... —dije bajando la mirada porque empezaba a notarme inquieta al sentir que Derek seguía mirándome de aquella manera cada vez más

intensa—, creo que fuiste muy valiente en la fiesta y también lo has sido esta tarde en la biblioteca. No debe resultar sencillo posicionarse a favor de cualquier chica como yo.

Entonces, sentí la caricia de un dedo rozando ligero por mi mejilla y alcé la mirada de nuevo.

—Eres mucho más que cualquier chica —dijo manteniendo aquella mirada profunda.

Por un momento, pensé que Derek iba a besarme y exhalé el aire que llevaba rato reteniendo.

El corazón se me disparó.

Entonces, Derek giró su cabeza y miró por la luna delantera del coche.

—Pero... yo no soy tu chico.

El mundo se me vino encima.

Era la tercera vez que Derek decía que él no era mi chico.

Y, después de haber estado a su lado esos últimos días, solo conseguía una explicación para eso.

Yo no era una muñeca de porcelana.

Me reajusté las gafas y me enderecé.

—No, Derek —dije abriendo la puerta del coche—. Tú no eres mi chico.

Cerré de un portazo y salí disparada hacia la residencia con las lágrimas brotando libres por mis mejillas.

Aquella vez, Derek no me detuvo el paso.

Capítulo 39

Ryan abrió la puerta de mi pick-up donde yo me encontraba sentada con los ojos muy abiertos e intentando adivinar qué demonios estaba ocurriendo.

No entendía por qué había aparcado en mitad de la acera después de saltarse el semáforo en rojo y sin ningún motivo aparente.

Solo quedaban dos calles para llegar a su casa y sabía que él estaba deseando entrar por la puerta y cerrarla de golpe para que pudiéramos estar juntos sin que nada pudiera interrumpirnos. Quería que estuviéramos solos. Él y yo.

Y no iba a negar que yo estuviese deseando lo mismo.

Entonces, me tendió la mano y sujetó la mía ayudándome a bajar de mi coche, como si en verdad fuera una princesa. Sus ojos brillaban con expectación mientras que los míos no dejaban de mirarle intentando adivinar a qué venía todo eso.

Cuando puse los pies en el suelo, Ryan me acercó a su cuerpo con suavidad haciendo que el mío sintiera aquel calor que tanto placer y calma me transmitía.

Por instinto, me agarré a sus bíceps y, luego, subí mis manos por sus firmes brazos hasta que toqué su cuello. Sin dejar de mirarle a los ojos, mis dedos se enredaron en su negro pelo revuelto de imperfectos y largos mechones.

Ryan, me tenía rodeada bajo la suave presión de sus manos en mi cintura y me miraba con resolución.

No sabía qué estábamos haciendo allí y de aquella manera pero Keith Urban estaba integrado en ese momento a través de la puerta abierta del coche.

Entonces, Ryan acercó su cara inclinándola hacia mi cuello y suspiró.

—Me debes este baile —me susurró en el oído mientras su cuerpo daba orden al mío para seguir el suave ritmo de la canción—. Y no pienso esperar a que ocurra algo para perdermelo.

Si le debía ese baile, no lo recordaba. Pero no pensé, ni por un momento, en preguntárselo. Me acoplé a él dejándome llevar por su espontánea decisión. Solo por estar envuelta entre sus brazos, valía la pena dejar de pensar en el dónde y en el porqué de todo aquello.

La canción nos envolvió durante lo que me pareció un suspiro. Ryan debió sentir lo mismo porque su cuerpo siguió marcando al mío varias canciones más después de que la voz de Keith Urban se evaporara dando lugar a las siguientes.

Ryan había juntado su mejilla con la mía. Como era más alto que yo, tenía que forzar el cuello hacia abajo. Mi otra mejilla estaba apoyada sobre su pecho y un poco inclinada hacia arriba. Sentía la necesidad de oler el sutil aroma masculino de su cuerpo. De esa manera, sentía sus vibraciones con los ojos cerrados y notando cómo él estaba tan sumido al encanto de ese momento que conseguía transportar mis propias sensaciones a un estado de relajación y felicidad.

Nuestros cuerpos estaban tan pegados que parecían imposibles de separar.

Ni siquiera noté las luces azules intermitentes que giraban silenciosas sobre el coche patrulla de Mike.

—Ryan —dijo Mike con un suspiro de cansancio a través de la ventanilla abierta del conductor—, estáis a dos calles de casa. ¿Harás el favor de llevar a Abby allí? ¿O me vas a obligar a poner una multa a la camioneta?

Ryan levantó la cabeza y miró en dirección a Mike sonriendo. Separó nuestros cuerpos después de cogerme de las manos y me hizo dar un giro del que mi espalda terminó sobre uno de sus brazos y mi cabeza colgada con mis ojos mirando a Mike del revés.

—Ahora mismo me la llevo, Mike —dijo sin perder la sonrisa y alzándome con el otro brazo por las piernas.

Perdí de vista a Mike en un momento cuando me agarré al cuello de Ryan.

Este cerró la puerta del copiloto y bordeó el coche hacia el asiento del conductor llevándome con él.

—Buenas noches, Mike —dije cuando vi que pasaba por delante de nosotros despacio. Él me devolvió el saludo con una sonrisa y levantando la mano.

Entonces, Ryan abrió la puerta y se sentó frente al volante sin soltarme. Me reincorporó sentándome sobre su regazo con mi cara frente al cristal de la luna delantera.

—Ahora, conduces tú —me ordenó encendiendo el motor.

—¿Qué dices? —pregunté riéndome intentando ir al asiento del copiloto.

Pero Ryan no me dejó. Empujó mi cuerpo hacia el suyo con mi espalda apoyada contra su pecho. Enseguida, sujetó el cinturón de seguridad y lo abrochó quedándonos los dos bien atrapados.

—Solo son dos calles —dijo Ryan en mi oído—. Y no tengo intención de separar mi cuerpo del tuyo en mucho tiempo.

Mis labios esbozaron una sonrisa traviesa.

—Está bien —me reí—. No tiene que ser complicado —dije poniendo la marcha y alargando el pie para llegar al pedal de freno y del acelerador al estar sentada encima de él.

Cuando emprendí la marcha, Ryan levantó mi jersey por la espalda y empezó a hacerme caricias sobre las terminaciones nerviosas de mi columna vertebral. Cuando añadió pequeños besos sobre mi piel, tuve que dar un pequeño volantazo, aunque lo enderecé enseguida.

—Ryan... —gemí.

—¿Mmm?

—Hemos... llegado...

Entonces, la persiana se levantó.

—Entra —ordenó.

Enderecé el volante con las sensaciones a flor de piel y aparqué dentro del local sin maniobrar. La persiana se bajó inmediatamente.

Entonces, Ryan desabrochó el cinturón de seguridad y me quitó el jersey de un solo tirón.

Los cristales del coche se emborronaron con el vaho de nuestras respiraciones.

El timbre de la puerta principal nos despertó. Ryan se dio la vuelta sobre la cama y se levantó algo aturdido. Se puso unos pantalones cortos de deporte y salió por la puerta de la habitación.

Cogí su camisa del suelo y me la puse para salir detrás de él.

Ryan sujetaba el pomo de la puerta principal que acababa de abrir y, tras el quicio, Mike y Luke se encontraban de pie con sus propios uniformes de ayudante del sheriff. Un sobre de los grandes se encontraba entre las manos de Mike.

—Siento interrumpiros, chicos —dijo Mike que se le notaba que lo sentía

de verdad—. Pero tenemos orden de llevar a Abby a la oficina principal de la ciudad.

Me acerqué a Ryan porque me sentía insegura y necesitaba que sus brazos me rodearan.

Mi mano subió instintiva hacia mi colgante del trébol.

—¿Va a ser un interrogatorio? —pregunté nerviosa mientras Ryan me envolvía.

—No, Abby —contestó Mike—. Solo tienes que firmar unos documentos y tu declaración. Tranquila, ¿de acuerdo? Luke y yo no nos iremos de allí sin ti.

—Ni yo tampoco —dijo Ryan dejando claro que no iba a dejarme sola—. Yo también voy.

—Claro —dijo Mike sonriendo—, eso también lo teníamos previsto.

—¿Cuánto tiempo tenemos para vestirnos? —preguntó Ryan.

—Cuanto antes —contestó Mike—. La petición lleva una hora en mi mesa. No puedo retrasarlo más.

Ryan asintió y con un gesto les indicó que pasaran.

—Esperaremos fuera, Ryan —dijo Mike—. Estamos de servicio pero no necesitamos invadir vuestro espacio.

Ryan aceptó en silencio y cerró la puerta cuando Mike y Luke ya se habían dado la vuelta dirigiéndose hacia el coche patrulla.

—¿Quieres que llame a mi abogado? —me dijo al ver que yo seguía paralizada.

—¿Crees que lo necesito?

Ryan ya me había explicado cómo había pasado él su interrogatorio. Su abogado estuvo a su lado y solo tuvo que confesar dónde había dejado abandonado el *Chevrolet Aveo*. Su colaboración con los federales y el hecho de que no fue él quien conducía mientras huíamos, todo se le resolvió sin problemas. Así que lo mandaron a casa en pocas horas sin cargos.

—Ya has oído a Mike. Solo es para firmar las declaraciones. Si lo necesitaras, él mismo habría venido con el suyo. Solo te lo he preguntado por si eso te podía tranquilizar.

Recordaba al Dr. Ward pidiendo a la Sargento Myers que terminara su trabajo burocrático en las oficinas y que estaba seguro de que yo colaboraría sin objeciones.

—Voy a confiar con que Mike no haya avisado al suyo. Él jamás me dejaría desprotegida. Además, siempre puedo coger uno de oficio allí mismo,

¿no es cierto?

Ryan asintió y nos volvimos a la habitación. Él empezó a vestirse muy deprisa mientras que yo iba más lenta que nunca. Después, se quedó mirándome sentado en la cama siguiendo todos mis movimientos con cara de preocupación.

—No sé si me dejarán entrar contigo —dijo.

Lo miré.

—Pues quédate lo más cerca que puedas de donde yo me encuentre. Necesito saber que te tengo cerca, Ryan.

Ryan se levantó.

—Puedes estar segura de eso —dijo abrazándome.

Me separé de él nerviosa.

—Vámonos —le ordené—. Terminemos con esto de una vez.

Llegamos a la oficina central de la ciudad media hora después. Ryan me había sentado sobre su regazo abrazándome contra su pecho durante todo el camino. Pero tuvimos que sentarnos adecuadamente diez minutos antes de nuestra llegada.

Cuando Mike entregó la carta de petición en recepción, me acordé de que mi documentación estaba sobre la mesa del escritorio de mi habitación en casa de mi madre.

Los nervios empezaron a adueñarse de mí. No sabía si eso podría perjudicarme de alguna manera. Toqueteé mi colgante del trébol nerviosa.

La recepcionista selló el papeleo que Mike le había entregado y le sonrió.

—Ya está todo, Agente Olsen. Ya pueden subir.

Suspiré y apreté nerviosa la mano de Ryan que me miraba muy atento. Seguramente, estaría preocupado por mi salud, así que decidí no comentar nada sobre mi documentación. Siempre podía decir que la había perdido y que no me había dado cuenta.

Mike se ocupó de guiarnos hasta el primer piso. Tuvimos que atravesar la gran sala donde había un montón de mesas y policías que seguían trabajando. Un par de ellos se levantaron para saludar a Mike y a Luke aunque fueron saludos muy breves. Pero eso me tranquilizó. Les conocían.

Al final, llegamos ante una puerta y nos acomodaron dentro porque era una sala de espera.

Un minuto después, la agente de policía afroamericana que había estado conmigo dentro de la habitación del hospital entró.

—Abigail Sheppard —llamó.

Noté la mano de Ryan apretando fuerte la mía y sentí como acercaba su boca a mi oído.

—Estaré muy cerca de ti —susurró.

Cerré los ojos suspirando. Después, inhalé su sutil olor para tranquilizarme y me levanté para salir.

—Soy la Agente Smith —se presentó estrechándome la mano—. Por favor, acompáñeme.

Acariciando nerviosa mi colgante del trébol de cuatro hojas, la seguí hasta el otro extremo de donde se encontraba la sala de espera. Unas cortinas metálicas tapaban el interior de un espacio que prometía ser muy grande y la puerta estaba a un lado más alejado. ¿Cuánta gente habría allí dentro?

La Agente Smith picó con el puño la puerta y yo respiré hondo cuando la abrió.

En el interior, la Sargento Myers estaba sentada en la esquina más cercana de la entrada ante una larguísima mesa de roble rodeada de otras muchas sillas vacías. Parecían ser muy cómodas. Era una gran sala de reuniones pero solo estaba ella.

Se levantó altiva y colocó unos papeles en la silla vacía que estaba en la punta de la mesa al lado de la que había ocupado ella.

La Agente Smith me indicó que entrara y cerró la puerta dejándome a solas con *Miss Universo Pelirrojo*.

Todo quedó en completo silencio. No se escuchaba un solo ruido del exterior. Ni llamadas, ni conversaciones, ni sillas, ni pisadas... nada. Esa habitación estaba completamente insonorizada.

No dejaba de preguntarme por qué me había citado en una sala de ese tamaño y de aquellas características. ¿Acaso quería intimidarme?

En el lado izquierdo, un gran ventanal daba a la calle dando a aquel espacio más luz de la que una lámpara daría en plena noche.

—Buenos días, Srta. Sheppard —dijo la Sargento Myers con sequedad—. Por favor, siéntese.

Me indicó la silla donde estaban los papeles pero yo me quedé donde estaba.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando las hojas llenas de letras impresas. La Sargento Myres cruzó los brazos mirándome con reprobación.

—Le hemos ahorrado un montón de tiempo y dolores de cabeza. Estas son todas las declaraciones de la operación que se ha llevado a cabo bajo mi supervisión y sobre el incidente que sufrió en el área de descanso. Solo tiene que firmar los papeles.

Una vez dijo eso, se giró y anduvo con rigidez hasta el final de la sala quedándose frente al cristal y mirando hacia la calle. Su perfecto, apretado y tirante moño no soltó un solo mechón de su sitio.

Dejé de tocar mi colgante del trebol y respiré hondo.

Esa mujer me ponía de los nervios.

¿O era yo quien la ponía nerviosa a ella?

En todo caso, dejé de mirarla y fijé la vista hacia la mesa.

Ella había dicho que solo tenía que firmarlos.

¿Acaso se creía que no iba a leérmelos?

Se notaba que tenía ganas de perderme de vista.

Las mismas que tenía yo, desde luego.

Pero no pensaba saltarme una sola palabra de lo que ponía allí.

Me acerqué y me senté frente a los papeles. Un simple bolígrafo se encontraba encima de ellos. Era como si yo no fuera suficiente buena como para que me dejaran un buen bolígrafo de alta caligrafía. Lo quité de allí con el dorso de la mano como si quisiera quitar los restos de una goma de borrar, como si me molestara esa suciedad.

Luego, me apoyé sobre el cómodo respaldo de la silla y cogí el primer folio. Era la declaración del Dr. Ward. Cuando terminé de leerla, dejé la hoja del revés junto a las que todavía me faltaban por leer y cogí la siguiente.

Era la declaración del chico del supermercado a quien no había podido pagarle el agua.

Fui leyéndome cada una de las declaraciones con atención y tomándome mi tiempo.

La del camionero en el retrete. La de Ryan que lo había metido de cabeza allí. Y la de mi supuesta declaración.

Después, continué leyendo el resto de las declaraciones de la “Operación Paraíso”. Si la hubieran llamado “Operación Bikini” me hubiese resultado igual de absurdo.

El Agente Reed, Mike, Luke, Ryan e incluso *Miss Universo Pelirrojo* habían hecho las declaraciones como si fueran una. Incluso mi supuesta declaración sobre ese asunto, que no tenía nada que ver con lo que le había soltado a la Sargento Myers –siendo testigo el Dr. Ward en el hospital–, decía

lo mismo que las otras. Después, había cuatro nombres que no reconocí pero intuí que se trataban de los agentes que iban en los dos coches federales que esquivé peligrosamente.

La influencia de Mike en esos papeles también quedaba clara. Él, más que nadie, deseaba librarme de todo aquel asunto. Me había protegido siempre y, en este caso, no iba ser menos. Por eso no había contado con un abogado. Mike sabía que esos informes me libraban de todo y estaba segura de que él los había leído e incluso había ayudado en la redacción.

Entre copia y copia se habían redactado sutiles diferencias expresivas, ocultando así, lo que se podría haber hecho con unas simples fotocopias. Porque, en realidad, todas esas hojas decían lo mismo pero de diferente manera. Al final, terminé leyéndome un informe muy resumido sobre el caso.

En definitiva, había sido la lectura más repetitiva y menos emocionante que había leído nunca. Incluso los aburridos libros de historia europea llenas de datos sobre guerras, fechas y nombres de reyes, princesas, condes y todo el catálogo clerical parecían novelas dignas de un premio *Nobel*.

Cuando terminé, todavía no había firmado una sola hoja.

Levanté la vista hacia *Miss Universo Pelirrojo*. Me parecía increíble que no hubiera movido un solo músculo de su cuerpo. Seguía plantada allí, tal y como la había dejado de mirar dos horas antes, y no había percibido un solo movimiento en ese rato.

La actitud de esa mujer parecía como el acero. Pero yo no me creía que eso fuera cierto. Lo vi en el hospital aunque, ahora, intentara ocultarlo estando detrás de lo que ella consideraba su terreno.

Estaba segura de que Jane estaba enamorada y despechada a la vez. Además, se notaba que trabajaba forzada. No sabría decir si era porque no le gustaba su trabajo o era porque no conseguía los casos que ella quería. De todas maneras, cualquiera podía ver que ella no se sentía bien con eso.

—Se puede tener el privilegio de un buen lugar para ocultarse —dije pensando en voz alta y sin poder controlar mi boca como ya era habitual—. Pero la verdad seguirá siendo la verdad.

Miss Universo Pelirrojo pestañeó y carraspeó.

—No sé de qué me estás hablando —dijo sin mirarme.

Yo sonreí. Acababa de tutearme.

Abby-18 años-Noviembre

Tras la decepción que sufrí con Derek, me pasé llorando toda la tarde del

viernes en la habitación.

Quinn no estaba y agradecí aquel momento de intimidad porque lo necesitaba.

Le mandé un mensaje a Tom para que no me esperara en el salón de juegos aquella tarde y le prometí que lo vería al día siguiente.

El sábado no pude concentrarme en los estudios.

Derek no era mi chico pero había sido el único que me había tratado con respeto y había estado a mi lado cuando más perdida me había sentido.

No entendía por qué me hacía sentir bajo su protección a la vez que me adulaba con sus palabras para, después, rechazar la conexión que, por lo menos yo, sentía que había entre nosotros.

Cuando vi a Tom en el salón de juegos, se lo expliqué todo.

Tom estaba esperando a Carl porque se iban a cenar con unos amigos y me miraba muy serio sin saber muy bien qué decir.

—Solo puedo decirte que Carl y yo hemos notado un cambio en Derek desde la fiesta de Halloween —dijo al final—. Al principio, pensábamos que se trataba por su ruptura con Cindy. Pero hace días que sospechamos que tú eres la causa.

Entonces, vimos a Carl acercándose a nosotros. Su expresión era seria y preocupada y nos miraba a uno y a otro como si no supiera a quién saludar primero.

Tom y yo nos levantamos para ir a su encuentro.

—¿Qué ocurre, Carl? —preguntó Tom.

Carl me miró y, después, se giró hacia Tom.

—No lo sé, Tom. Pero Derek no está bien.

—¿Está enfermo? —pregunté preocupada.

Carl volvió a mirarme y suspiró.

—No habla desde ayer por la tarde. Se encerró en su habitación y no salió para cenar. Tampoco ha salido para desayunar ni a comer hoy. Cuando he salido de casa, me he dado cuenta de que me había dejado la cartera justo cuando pisaba la calle. Así que he vuelto a subir a buscarla. Pero, cuando he abierto la puerta, el móvil de Derek estaba volando por los aires hasta golpear la pared.

—¿Derek ha roto el móvil? —preguntó Tom sorprendido.

Carl asintió con la cabeza.

—Cuando me ha visto, ha dicho: “Mierda, Carl. Lárgate ya. Quiero estar solo”. —Carl suspiró airoso—. Llevo un año y medio conviviendo con Derek

y jamás me había hablado así.

Tom me miró.

—Creo que tú eres la única que puede solucionar esto, Abby —dijo muy serio.

—¿Yo? —pregunté nerviosa—. ¿Y qué quieres que haga?

Entonces, Tom y Carl me miraron como si la respuesta fuera evidente.

Me reajusté las gafas y bajé la mirada.

No podía imaginar cómo reaccionaría Derek si yo me presentaba en su casa.

Respiré hondo.

—Está bien. Iré —dije empezando a andar hacia la salida.

Ni siquiera me despedí.

Estaba tan nerviosa que anduve mirando al suelo hasta que tropecé con alguien en la puerta principal.

—¡Ten cuidado! —Escuché.

Pero ni me giré. Solo me reajusté las gafas y crucé la puerta.

Cuando salí a la calle, ni me planteé coger el transporte público. Me puse a andar con pasos apresurados agradeciendo que ese día me hubiera puesto las zapatillas de deporte. Necesitaba que me tocara el aire.

Veinte minutos después, mi mano golpeaba la puerta del apartamento de Derek.

Nadie contestó.

—¿Derek? —pregunté con un hilo de voz.

Mi corazón latía con fuerza y no sabía si era por lo que había andado, por miedo o porque no sabía lo que Derek podría estar haciendo.

Entonces, escuché un ruido y me quedé paralizada.

Al momento, empecé a golpear la puerta con más fuerza.

—¡Derek! —grité—. Abre la puerta, por favor. Sé que estás ahí.

Dejé de golpear la puerta y escuché.

Pero no oí nada.

Empecé a debatir si tenía que irme o seguir intentando que Derek me abriera.

Pero la puerta se abrió de repente.

Derek me miraba con los ojos abiertos y su boca estaba entreabierta. La expresión de su cuerpo era de abatimiento y sujetaba el pomo con fuerza como si no tuviera intención de soltarlo.

—Derek... ¿qué ocurre? —pregunté realmente preocupada.

Entonces, Derek me cogió de la mano y tiró de mí hacia su cuerpo.

No pude más que respirar profundo al sentir el olor de su sutil colonia.

Luego, cerró la puerta y me apoyó sobre ella con cuidado. Después, asentó sus manos cada una a un lado de mi cabeza y me observó con detenimiento.

—Ocurre... —dijo muy serio— que tú eres mi fruto prohibido, Abby. — Entonces, me rozó la mejilla con un dedo en una caricia ligera—. Eres... mucho más que mi fruto prohibido.

Cerré los ojos.

—Por favor, Derek —supliqué volviéndolos a abrir—. No vuelvas a decir que tú no eres mi chico.

La mirada de Derek se profundizó y sus labios volvieron a quedarse entreabiertos.

—Quiero ser tu chico —dijo entonces—. Y quiero que seas mi chica.

Lo miré pensando que no había escuchado bien.

Pero sí que lo había escuchado bien.

—Bésame, Derek —dije en uno de mis impulsos.

El cerró los ojos exhalando fuerte.

—No debería besarte, Abby.

—Yo creo que sí.

—No debería besarte. Pero...—abrió de nuevo los ojos— ¿me estás dando permiso, Abby?

Derek acercó su cara hacia la mía pero como si algo le frenara.

—No entiendo por qué no deberías besarme —susurré.

—Y yo... no sé... —musitó él ahuecándose las mejillas con sus manos— ...por qué no lo estoy haciendo ya.

—Hazlo —ordené en un suspiro.

Y lo hizo.

Derek me besó rozando primero nuestros labios y profundizando el beso después.

Sentí mi cuerpo agitado y ansioso mientras disfrutaba de la ternura por las caricias que su lengua le provocaban a la mía.

Pero Derek dejó de besarme tras un gemido que emitió.

Entonces, apoyó su frente contra la mía.

—Quiero llevarte a mi habitación —dijo mirándome a los ojos y acariciándome el cuello con sus dedos—. Crees que estás preparada.

Sentí el cosquilleo con que mi cuerpo reaccionó ante aquellas palabras.

—Estoy preparada.

Derek cerró los ojos y bajó una mano por mi brazo para coger la mía. Luego, tiró de mí hasta su habitación y cerró la puerta con suavidad sin soltarme. Después, se situó delante de mí y me miró.

—Dime que pare cuando quieras.

—De acuerdo —susurré.

Mientras los dos nos mirábamos a los ojos, Derek me soltó la mano y alzó mi jersey con delicadeza sin quitarme el sujetador.

Yo le quité el suyo nerviosa.

Él me desabrochó el botón de la cintura de mi pantalón y se agachó para quitarme las zapatillas. Me bajó los pantalones dejándome las braguitas puestas y sentí las caricias de sus dedos en mis piernas.

Mi piel se erizó en el momento.

Entonces, se levantó y se quitó sus zapatillas de deporte con los pies y, luego, continuó con los pantalones dejándose puestos los bóxers.

Volvimos a mirarnos a los ojos y alzó los brazos hacia mi pelo. Sus manos desataron el imperfecto moño que me había recogido con una goma y mis cabellos se soltaron cayendo tanto por delante como por detrás de mis hombros.

Derek dio un paso hacia atrás.

—Sé que voy a ir al infierno por esto —susurró con los ojos brillantes y muy abiertos—. Pero eso será después de rozar el cielo aunque muera en el intento.

No entendía por qué decía aquellas palabras. Pero tampoco tuve un momento para pensarlo porque Derek ya me estaba besando y me levantó en brazos para acomodarme en la cama.

Cogió un preservativo del cajón de la mesita de noche y volvió a besarme aprisionándome bajo su cuerpo.

No me quitó las gafas en ningún momento.

Derek fue tierno.

Derek me descubrió el cuerpo hasta que sentí que podía volar.

Y Derek me cubrió con su cuerpo como si tuviera miedo de que, algún día, el mío pudiera escapar.

Mientras descansábamos cansados entre las sábanas, no pude evitar pensar que mis sospechas eran acertadas y sonreí.

Aquella manchita roja de mis braguitas había dejado de ser un quebradero de cabeza para convertirse en un lejano recuerdo más, como el día de mi primera menstruación.

Alex se había llevado mi virginidad.

Pero Derek había conquistado mi cuerpo.

Y me quedé dormida rodeada entre sus brazos que me aprisionaban, como si no quisiera que me despegara de él jamás.

Cuando abrí los ojos, mi cuerpo estaba expandido a pierna suelta en la cama. Estaba todo oscuro porque todavía era de noche y me di cuenta de que no tenía puestas las gafas.

Noté el roce de la pierna de Derek con mi pie.

Tanteé en la mesita de noche y di con un interruptor y lo pulsé. Mis gafas estaban allí y las cogí para ponérmelas. Luego, me giré hacia Derek.

Él estaba tumbado boca arriba con los ojos abiertos y una mano en su frente. Sus cejas estaban arrugadas y parecía preocupado.

—¿Estás bien? —pregunté.

Un sentimiento de inseguridad me inundó.

Tal vez, Derek no había quedado igual de satisfecho que yo. Tal vez, mi inexperiencia le había decepcionado. O, tal vez, no había hecho algo bien.

Entonces, Derek me miró y cambió su expresión para sonreírme de aquella manera que tanto atractivo le daba. Me rozó la mejilla con una suave caricia y, luego, ahuecó mis mejillas con las manos.

—Estoy más que bien, Abby —dijo observándome franco y con los ojos brillantes.

Entonces, me besó como si de un sello de cera de la realeza se tratara.

—Tengo hambre —dijo cuando dejó de besarme.

—Yo también —sonreí.

—Vamos —dijo levantándose—. Carl ha dejado comida en la nevera.

Me levanté de la cama y me dirigí a la puerta.

—¡Espera! —exclamó Derek cuando estaba a punto de abrirla.

Me giré sorprendida preguntándome qué ocurría.

—Ponte esto —dijo Derek tendiéndome su jersey. Él ya se había puesto unos pantalones cortos de deporte.

Me puse colorada en el instante.

No me había sentido desnuda hasta ese momento.

—Lo siento —dije.

Derek me acarició la mejilla.

—Yo no.

Dios..., adoraba esa caricia cada vez que la sentía.

Salimos los dos de la habitación y Derek me rodeó los hombros y me besó la coronilla.

Luego, seguimos andando mirándonos a los ojos y sonriéndonos.

—Mira, mi amor. —Escuchamos mientras nos acercábamos al salón—.

Abby ya sabe guisar albóndigas.

La sonrisa de Derek se transformó en una risa ahogada.

Entonces, dirigí mi mirada hacia el sofá donde Tom y Carl estaban sentados con una copa en la mano y sonriendo divertidos.

—Tenías razón, Carl —dije—. Está chupado.

Esta vez, fue Derek el primero que empezó a reírse y los demás le seguimos.

Capítulo 40

Mirando hacia la calle, a través del cristal de aquella sala de reuniones en la que me encontraba, la Sargento Myers, Jane o *Miss Universo Pelirrojo* no se había dado cuenta de que me había tuteado.

Toda aquella fachada con la que intentaba ocultarse había caído al suelo con solo uno de mis comentarios que había salido de mi boca sin que pudiera controlarlo. Y mis impulsos no tenían intención de quedarse quietos.

—¿Te gustan las historias? —pregunté viendo que seguía intentando mantener esa altivez pero mirando el reloj como si quisiera terminar de una vez—. A mí me encantan. Y ¿sabes lo que he descubierto estos últimos días? —dije sin esperar respuesta ya que ella seguía sin mirarme—. Que Ryan es un increíble contador de historias. Además, su voz tiene un tono digno de locutor de radio. Te mantiene expectante pero a la vez es relajante.

Miss Universo Pelirrojo se removió ligeramente incómoda y volvió a carraspear. Entonces, me miró con cara de pocos amigos.

—Pero vas a tener que conformarte con una que te voy a contar yo —dije al ver que, por fin, había acaparado toda su atención—. No soy tan delicada y detallista como él pero... “Había una vez —empecé toqueteando mi colgante del trébol—, una ignorada chica adolescente que se había enamorado de un chico popular con el que nunca había cruzado una sola palabra.

”Sabido que el cuento no terminaría con final feliz, huyó del pueblo perdido de la mano de Dios donde vivía buscando la felicidad en una gran ciudad. Le costó, pero casi la encontró. Cuando creyó que la tenía al alcance de su mano, alguien se la arrebató dejándola más hundida y desorientada de lo que jamás se había sentido.

“Incapaz de levantar cabeza, esa chica regresó al pueblo. Un día, se encontró a ese chico con el que tanto soñó. Seguía siendo tan guapo y tan perfecto como ella lo recordaba. Y entonces, ocurrió lo que ella siempre había deseado en el pasado. Intercambiaron cuatro palabras. Con esas mismas, forzaron un encuentro. Y con solo eso, ella se dio cuenta de que, en

el pasado, había estado enamorada de un cuento. Aunque... esa no es la moraleja de esta historia porque todavía no se ha terminado.

Hice una pausa para asegurarme de que me estaba siguiendo.

—A partir de aquel momento, ella empezó a vivir una serie de aventuras metiéndose en varios líos sin querer. Tras desagradables situaciones, ella descubrió una verdad que había estado oculta desde el mismo día en que se fijó en ese chico. —Hice una pausa y tragué saliva dejando de manosear el trébol—. Él no era lo que aparentaba. Tenía un buen escondite, sí. Pero no podía engañarse a sí mismo. Tal vez, hubiese podido seguir oculto manteniendo su doble vida. Pero, al final, lo atraparon mientras vivía bajo su propia presión.

Señalé los papeles que tenía delante de mí porque esa era la historia que le acababa de contar. Nathan.

Entonces, me incorporé hacia la mesa.

Alcancé el sencillo bolígrafo que había despreciado antes y volví las hojas impresas que hacía poco que acababa de leer. Empecé a firmar cada una de ellas y me levanté cuando terminé. La volví a mirar de frente porque ella seguía sin abrir la boca.

—Sé el dolor que se siente cuando no eres correspondido —dije sincera—. Pero no podría vivir actuando como una persona que no soy.

Ella bajó la mirada hacia el suelo y se mordió los labios en un gesto nervioso.

—Le estoy muy agradecida de que me haya facilitado tanto las cosas, Sargento Myers. Ha hecho usted un buen trabajo.

Entonces, me giré y me acerqué a la puerta. Necesitaba salir de allí.

Cuando abrí, Ryan estaba a unos cinco metros de distancia con una barrera humana policial cortándole el paso. Mike se encontraba a su derecha y Luke a su izquierda.

Sonreí volviendo a tocar mi colgante del trébol con los dedos.

Ryan había cumplido su palabra a pesar del evidente impedimento.

Entonces, levantó sus brazos devolviéndome la sonrisa. El brazo izquierdo de Mike y el derecho de Luke se levantaron con los de él. Tenían las muñecas esposadas.

Después de salir de la comisaría sin mi documentación, Mike y Luke nos llevaron de vuelta a casa de Ryan.

El resto de la semana transcurrió sin incidentes.

Mis ataques de ansiedad cesaron y mi ánimo volvía a tener su estado natural. Si me encontraba en la cama, no era por desgana o porque quisiera llorar. Era porque Ryan estaba allí conmigo.

Salíamos por las noches a dar un paseo con nuestras *Harley* y también pasábamos horas en el Taller de Joe. A veces, le ayudaba con las reparaciones pero Ryan necesitaba a alguien que le quitara trabajo con las peticiones que recibía en su página web. Su página era muy buena pero le acoplé unos *plugins* que la hacían todavía más efectiva.

El jueves almorzamos con los padres de Ryan. Su madre había insistido en que fuéramos a visitarles.

—Iba a preparar la mesa comedor del salón —dijo la Sra. Townsend rodeándome los hombros con el brazo, en el recibidor de su casa, después de los cordiales saludos—. Pero Ryan me dijo que no era necesario. Espero que eso sea cierto. —Miró con reprobación a Ryan y, luego, volvió a dirigirse a mí—. Porque me cuesta mucho llevarle la contraria. No debería decirlo pero lo tengo muy consentido.

Sabía que los padres de Ryan tenían una buena posición económica. Pero no me hicieron sentir fuera de lugar.

La madre de Ryan era una mujer de ojos azules como el océano embravecido. Era muy bella y Ryan había heredado sus rasgos. También se hizo sentir muy cercana. Enseguida, me pidió que la llamara por su nombre, Michelle. Y, sin darme cuenta, la estuve ayudando a preparar la mesa de su enorme cocina.

El comportamiento del Sr. Townsend, Steve, era más prudente pero igual de cercano. Trataba a su hijo con respeto y se notaba que Ryan tenía un buen apoyo paterno.

Durante la comida, me fijé cómo Michelle verdaderamente consentía a Ryan. Pero también vi cómo el Sr. Townsend consentía con adoración a su mujer.

Se hicieron algunos reproches entre ellos sin importancia que nos hicieron reír y se notaba que se trataba de una familia cálida, tierna y acogedora, por lo que me pregunté de dónde salía el temperamento de Ryan. Siempre pensé que el origen de su rebeldía provenía de su casa. Pero él respondía con el mismo cariño hacia sus padres.

—Tus padres son encantadores —dije en el coche cuando regresábamos a casa de Ryan—. Nunca me los hubiera imaginado así de cercanos.

Ryan me sonrió.

—Me alegro de que por fin te hayan conocido. Les has gustado mucho.

—Bueno... —dije suspirando—, eso es un alivio porque ellos también me han gustado.

Ryan volvió a sonreírme y no dijimos nada más porque llegamos a casa y nos preparamos para salir a pasear con las *Harley*.

El sábado fuimos a la barbacoa que organizaban Ben y Penny y el grupo cada vez era más grande. El Dr. Ward también se encontraba allí entre nosotros.

Esa noche, Lucy y yo fuimos al Bar de Bobbie acompañadas de los cuatro hombres que se habían confabulado para no dejarnos solas en ningún momento. Pero también fue divertido.

Parecía que todo empezaba a encauzarse para bien en mi vida.

Hasta que llegó el lunes.

Abrí los ojos. La temprana luz del sol iluminaba la habitación. Ryan me cubría la cintura con su brazo y estaba dormido con un sueño muy profundo.

Miré el reloj de la mesita de noche. Solo llevábamos dormidos dos horas. Habíamos pasado la mayor parte del domingo holgazaneando en la cama así que nos costó coger el sueño por la noche.

Cerré los ojos e intenté volver a dormir. Pero no podía.

Mi mano se desplazó para toquetear el colgante del trébol.

Luego, quité el brazo de Ryan con cuidado y me levanté. Cogí unas braguitas de la cómoda y me las puse. En el suelo, había una de las finas camisetas de verano de Ryan y me cubrí con ella. Me encantaba sentir su olor en sus prendas de vestir y solía ponérmelas después de que él las hubiera usado.

Salí de la habitación y me preparé un café. Luego, me dirigí al Taller de Joe con la taza en mi mano. Quería contestar a un cliente que se puso en contacto con el taller vía email.

Cuando entré en el local desde el patio interior de la casa, vi a Will sentado en la mesa de trabajo de espaldas a mí. Se giró y me miró algo

sorprendido. Pero me sonrió y volvió a lo que estaba haciendo antes de que yo le interrumpiera.

Sin decir ni buenos días, bebí un sorbo de mi café y me acerqué a la mesa para sentarme a su lado en la silla que había a su derecha. Will estaba haciendo un esbozo sobre una cartulina de gran tamaño. Reconocí el dibujo enseguida. Yo misma le había mandado a Will ese encargo el viernes.

Seguí con la vista las firmes líneas que su mano derecha iba trazando hasta que algo me llamó la atención. Mis ojos se desviaron hacia la parte interior de su antebrazo izquierdo apoyado sobre la mesa.

En horizontal, el dibujo de unos ojos casi reales me dejó con la boca abierta. Esos ojos tenían una mirada entre la inocencia y la decisión. Pero estaban humedecidos por las lágrimas que brotaban de ellos mientras esas gotas bajaban por el poco espacio que quedaba del antebrazo de Will, como si tuvieran que caer sobre la mesa.

En ese momento, Will me miró y yo tardé unos segundos en devolverle la mirada.

Entendí su mensaje en el momento.

Esos ojos tatuados eran de Jennifer Brighston.

Tragué saliva y asentí en silencio.

Entonces, me levanté sin dejar de mirarle a los ojos y sujeté el bajo de la camiseta de Ryan por mi lado izquierdo. Lo alcé sin prisa hasta la cintura dejando al descubierto el pequeño tatuaje que quedaba sobre la fina tira de mi braguita.

El bajó la mirada por mi cuerpo en busca de lo que yo le ofrecía y posó los ojos ante mi piel descubierta.

Tragó saliva y asintió.

Si alguien hubiese presenciado ese momento podría haber interpretado cualquier cosa menos lo que Will y yo nos estábamos diciendo.

Mi dibujo era más un símbolo que una obra de arte. Pero el significado era claro. Eran tres lágrimas formando un triángulo dentro de una circunferencia.

Dejé de sujetar la camiseta que volvió a cubrirme de inmediato hasta las rodillas y volví a sentarme a su lado alcanzando mi taza de café.

Will se reincorporó para volver a dibujar.

—La primera vez que le escuché decir a Ryan que eras especial —dijo con voz clara y suave—, pensé que era algo malo. —Entonces, me miró con culpabilidad—. Lo siento.

Bebí un sorbo de café.

—Te prometo que no le diré a nadie que has hablado —dije sonriéndole.
Él me devolvió la sonrisa agradecido.

Dejé que Will siguiera con lo suyo y encendí el ordenador que estaba al otro lado de la mesa. Terminé de revisar los correos y me volví a la casa.

Volví a llenar la taza de café y me apoyé sobre la encimera pensando en Will y la tristeza que nos unía.

Entonces, un pequeño hueco en una esquina de la pared, al otro lado del salón, apartó mis pensamientos al momento.

Me acerqué a esa esquina y vi unas escaleras que quedaban ocultas por la pared. En todo el tiempo que llevaba en esa casa, todavía no había estado en el piso superior. Subí y llegué a una estancia abierta que tenía la única ventana que se veía desde la calle.

Había un sofá en la pared contraria de la ventana junto a una lámpara de pie. Justo en frente de mí, había una enorme estantería llena de libros. A mi lado derecho, una pequeña mesa con un ordenador y una silla completaban aquella habitación.

—Vaya... —musité.

Era cierto que Ryan compraba libros.

Me acerqué a la estantería y observé que estaba organizada en tres divisiones. Una parte estaba llena de libros de ingeniería electrónica y mecánica automovilística. También había revistas de motor. En la parte del medio, estaba todo lo relacionado con las nuevas tecnologías y equipos de alta sofisticación. Y, cerca de la ventana, había un montón de novelas, tanto en ediciones de bolsillo como de tapa dura. Y Ryan no me había mentado. Allí había alguna novela rosa.

Sonreí.

Ryan no dejaba de sorprenderme. Su clara personalidad estaba dotada de toques inesperados.

Pasé la mano sobre los lomos de tapa dura de una de las estanterías. Uno de los lomos era más gordo que los demás. Abrí los ojos cuando vi el título. Era *Kane y Abel* de Jeffrey Archer.

Sin pensarlo, lo cogí y me senté en el cómodo sofá. Me quité las zapatillas y puse el libro sobre mis muslos. Luego, lo abrí sorbiendo un poco de café. Con el gesto, la punta de un grueso papel sobresalió de entre las páginas. Debía ser un marcador.

Con los dedos tiré de esa punta y comprobé que se trataba de una foto en color.

Un hombre rodeaba a dos adolescentes con sus brazos, uno a cada lado de él, y no había duda de quién era quién. Joe..., Ryan y... Derek.

Con el shock, mi mano aflojó el agarre de la taza de café que cayó al suelo y se rompió. Mis piernas y mis pies se embadurnaron de color marrón pero ni me molesté.

Estaba paralizada.

En algún momento, vi a Ryan ante mí pero no me fijé en su expresión. Su aparición solo consiguió que me levantara de ese sofá y saliera corriendo hasta la calle. Mi cerebro me ordenaba que me fuera de allí pitando.

Entonces, corrí como si alguien estuviera persiguiéndome. Y, tal vez, alguien lo estaba haciendo. Pero no miré atrás para comprobarlo. Ni siquiera sabía qué rumbo habían tomado mis piernas. Tampoco notaba el dolor de mis pies descalzos cuando pisaba alguna piedra.

Solo corrí deprisa.

Abby-18 años-Noviembre

El lunes, seguimos con la nueva rutina que habíamos adquirido la semana anterior y Derek pasó a recogerme para ir a la biblioteca juntos.

Cuando llevábamos media hora cada uno con lo suyo, no pude evitar desviar mi mirada del ordenador sin mover la cabeza para observarle detenidamente. Me gustaba verle concentrado mientras tomaba notas con su mano izquierda.

La segunda vez que desvié la mirada hacia él, Derek levantó la vista y me miró muy serio.

—No me mires así —dijo con los ojos brillantes y dejando su boca entreabierta.

—¿Cómo te miro? —pregunté sin entender a qué se refería.

Mi cara seguía delante de la pantalla de mi ordenador pero mis ojos seguían mirándole desviados hacia la izquierda. No estaba segura de que fuera una buena idea enderezarme para verle de frente en aquel momento.

—De reojo... —susurró mirándome cada vez con más intensidad.

—Creo... que no puedo evitarlo —dije sonriendo y sin dejar de hacerlo.

Derek dejó el bolígrafo encima de la mesa.

—Geología —dijo entonces.

—¿Geología? —pregunté creyendo que no lo había escuchado bien.

Derek señaló un cartel de ubicación.

—Trescientos sesenta. Tercera planta. —Derek puso la mano en un

bolsillo de su mochila—. Ahora.

Luego, se fue hacia el ascensor después de meterse algo en el bolsillo de su pantalón sin decir nada más.

Yo me enderecé sorprendida.

“¿Qué coño le pasaba a Derek?”, me pregunté mirando alrededor.

Después, me levanté y me dirigí al ascensor.

Pero él ya no estaba.

Cuando conseguí subir al tercer piso, me dirigí a las estanterías que me había indicado pero no me dio tiempo a llegar.

Derek tiró de mí cogiéndome por sorpresa y me llevó hasta los servicios. Nos encerró en un cubículo, me levantó las piernas apoyándome contra la pared y me besó colocándose entre mis muslos.

Entonces, sacó un preservativo del bolsillo.

—¿Has traído un preservativo a la biblioteca? —pregunté sorprendida.

—¡Dios, Abby! —exhaló quitándose el jersey—. Voy a traer un camión entero de preservativos si sigues mirándome de reojo con las gafas enmarcando tu asombrosa mirada.

Y, con aquellas palabras, me olvidé de dónde estaba, de qué estaba haciendo y de cuál era mi moralidad ética dejándome llevar por ese momento.

El martes conseguí retener mi mirada frente al ordenador y mis papeles.

Pero, el miércoles, me di cuenta demasiado tarde de que había vuelto a mirarle de reojo cuando Derek dijo:

—Historia Europea.

El jueves, volví a concentrarme con lo mío porque sentía vergüenza de que alguien pudiera darse cuenta de lo que estábamos haciendo.

Y, el viernes, también lo conseguí.

Pero, antes de que me diera tiempo de recoger las cosas, me di cuenta de que Derek me estaba mirando.

Entonces, sonreí divertida dándole órdenes a mi cerebro para que mis ojos siguieran mirando mis papeles.

—Astrología —dijo Derek entonces.

—¡Pero si no te he mirado! —exclamé riéndome mientras mantenía la vista apartada de él.

Entonces, sentí la caricia suave de su dedo sobre mi mejilla.

—Haces mucho más que mirarme, Abby —dijo él buscando en su mochila. Luego, acercó su boca a mi oído y me susurró—. Ahora.

“Mierda”, me dije cerrando los ojos sabiendo que iba a seguirle de inmediato.

Tras salir de la biblioteca, Derek me llevó a la residencia para que pudiera coger algunas de mis cosas porque quería que pasara el fin de semana en su apartamento.

Cuando llegamos, Tom y Carl no estaban. No sabíamos si cenarían en casa, así que me puse a preparar unos sándwiches porque estábamos muertos de hambre.

Encontré la mayonesa, la mostaza, el queso, la mortadela y el atún.

Cuando cogí el pan y empecé a untarlo con la mayonesa y la mostaza, Tom y Carl entraron por la puerta en ese momento y nos saludaron.

—Lástima que no me dé tiempo de preparar huevos duros —dije pensando que mi estómago no me perdonaría el vacío un cuarto de hora más.

Carl se acercó y se dirigió al frigorífico.

—Arrrrgggh... —exclamó viendo cómo preparaba los emparedados—. Aquí tienes dos huevos duros, mi amor —dijo entregándome un recipiente transparente—. ¿Vas a ponerlos ahí también?

—¡Dios, Carl! ¿Tienes huevos duros? —exclamé sorprendida y agradecida también—. Me encantan los huevos duros.

—También los tengo tiernos, mi amor. Pero no pienso dejar que los metas en ese mejunje.

Me reí terminando de preparar los sándwiches y le ofrecí uno.

—¿Quieres probar?

—Creo que será mejor que le des este veneno a Derek, mi amor. Los ojos le hacen chiribitas.

Derek no perdió tiempo y alcanzó el otro sándwich. Se relamió los labios y lo mordió voraz.

—Dios, Abby —dijo cuando terminó de tragar ese bocado—. Está buenísimo.

Sonreí.

—Lo sé —dije mordiendo el mío.

Derek me sonrió también.

—Bueno, mientras os coméis esa porquería y ya que estamos los cuatro —dijo Carl muy serio—, me gustaría saber qué vais a hacer para las vacaciones de Acción de Gracias. ¿Van a venir vuestras familias?

Tom y yo nos miramos al momento. Ni siquiera habíamos pensado en eso y las vacaciones eran la próxima semana.

Pero sí era seguro que ni nosotros íbamos a ir a Crossboots ni nuestras familias vendrían a vernos tan pronto.

—No —dijimos Tom y yo a la vez.

—¿Y tú, Derek? ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué ha pasado, Carl? —preguntó Derek, obviamente, viendo más allá que nosotros.

—Bueno... —contestó Carl en un suspiro cansino—. Mis padres se van a las Islas Caimán. Si os quedáis, prefiero pasar estos días con vosotros. No quiero ver la cara de mi padre mientras nos mira a mi madre y a mí preguntándose qué ha hecho mal con nosotros.

Me reajusté las gafas.

—Nos quedamos contigo —dijimos Tom y yo de nuevo a la vez.

—Por supuesto, Carl. Cuenta conmigo también —dijo Derek sonriendo.

—Oh, mi amor —dijo Carl poniendo los ojos en blanco—. Creo que por fin he hecho algo bien. Gracias, Dios mío. —Cruzó los dedos de sus manos y los acercó a su pecho a modo de rezo—. Este año sí que me siento agradecido.

Después, se acercó a Derek y le dio un gran abrazo.

—Te prometo que te vas a chupar los dedos con el pavo que voy a guisar, mi amor.

Luego, se acercó a mí y me abrazó con aquel cariño que tanto me recordaba a mi madre.

—Voy a enseñarte a cocinar el pavo de Acción de Gracias, mi amor. Así Derek podrá chuparse los dedos y Dios sabe qué más hará con ellos después.

Entonces, se acercó a Tom y le besó.

—Voy a cuidarte tan bien que no me dejarás escapar, mi amor.

Y se abrazaron.

Capítulo 41

Llevaba sentada horas en lo alto de la gruesa rama de aquel árbol. A pesar del calor, mi cuerpo empezaba a sentir frío.

No recordaba el camino que hice corriendo hasta llegar allí.

Solo recordaba el alivio que sentí una vez que me acurruqué con las piernas encogidas y vi la corriente del río a lo lejos haciendo su trayectoria hacia el lago.

El recuerdo del sexto cumpleaños de Tom era tan claro como el agua de ese río. Yo quería alcanzar un búho y el pobre pajarito salió volando asustado.

Ahora, yo me había convertido en ese búho y estaba en ese mismo árbol, muy cerca de la casa de los Sres. Johnson, los padres de Tom, y deseando poder volar como años atrás hizo aquel pájaro.

Había presenciado todo el dispositivo que Mike había activado tras mi desaparición después de que Ryan hubiese llegado desesperado a casa de mi madre.

Coches patrulla seguían conduciendo por todas las calles del pueblo hasta ese momento.

Nadie me había visto.

Pero empezaba a oscurecer y no iba a tardar en activar mi plan. Solo esperaba que funcionase porque sentía que tenía que largarme de allí. Pero solo iba cubierta con la camiseta de Ryan que, ahora, me molestaba en vez de tranquilizarme.

Bajé del árbol cuando vi pasar a uno de los coches patrulla por delante de casa de mi madre. Lo hacían a intervalos de diez minutos, por lo que me daba tiempo de sobras para llegar a casa de Lucy.

Atravesé los patios traseros de las casas. Algunos tuve saltar las vallas protectoras pero, en esa zona de viviendas, solo estaban bordeados por simples setos que amortiguaban el ruido.

Cuando llegué a casa de Lucy, me acerqué al árbol del que esperaba que

diera a la habitación de la pequeña Lisa. Si había calculado bien el tiempo, ahora estaría acunándola en esos momentos.

Cogí un puñado de piedras y las sujeté entre la nalga derecha de mi culo con la cobertura de mis pequeñas bragas. Luego, trepé hasta que di con la ventana. La tenue luz me confirmó que no me había equivocado. El canto de Lucy se oía débil pero su dulce voz sonaba tranquilizadora.

Saqué las piedras y lancé una con suavidad. Al minuto siguiente, volví a lanzar otra.

A la tercera piedra que lancé, Lucy levantó la cortina y abrió los ojos con asombro. Puse mi dedo índice sobre mi boca para indicarle que no me delatara. Ella asintió y abrió la ventana.

Odiándome a mí misma por invadir esa intimidad entre madre e hija pero infundiéndome de toda la valentía que me motivaba en aquel momento, me colé dentro de la habitación de un salto.

—Sigue cantando, Lucy —le pedí bajito.

Lucy volvió a cantar como si allí no hubiese pasado nada.

—Solo necesito ropa y zapatillas —le susurré al oído—. Puedes tirármelo por la ventana. Solo te pido que no le digas a nadie que he estado aquí.

La pequeña Lisa estaba completamente dormida. Lucy me miró siguiendo con su sintonía y afirmó con la cabeza.

Entonces, volví a la ventana.

—Gracias, Lucy —dije antes de volver a saltar a las ramas del árbol.

Lucy cerró la ventana mientras cantaba y puso la cortina de nuevo en su lugar.

En ese momento, un coche patrulla pasaba por delante de su casa.

Respiré hondo y, luego, bajé para esconderme dentro de la casita de juegos de los niños que estaba en el patio.

Cinco minutos después, unos tejanos, un jersey y unas zapatillas de deporte volaban por la ventana del distribuidor del segundo piso de la casa de Lucy.

Salí para recogerlo todo.

Entonces, me cayó una gorra de beisbol de los *Texas Rangers* a los pies.

Sonreí muy agradecida.

Lucy y sus geniales detalles.

Volví a la casita para cambiarme. Después, escondí la fina camiseta de Ryan bajo la gorra y me la puse sobre la cabeza.

Cuando pasó el siguiente coche patrulla, salí y seguí atravesando los

patios de las casas hasta que llegué al centro de Crossboots. Entonces, me escondí en una callejuela entre dos contenedores para la basura donde tiré la camiseta de Ryan.

Ahora, me tocaba esperar a Luke.

Tres horas después, Luke bajaba del coche patrulla de Mike. Tras cerrar la puerta del copiloto, se quedó parado viendo a Mike alejarse de allí. El cansancio se notaba en su cara. Después, se giró hacia el portal y yo salí de mi escondite.

Antes de que la puerta se cerrara, entré.

Luke se quedó paralizado antes de poner un pie en el primer escalón. Me había notado en el momento.

—Lo malo de esta situación —dijo frustrado sin darse la vuelta para mirarme—, es que no vas a ser tú quien me corte los huevos.

—Pero me vas a ayudar, ¿verdad?

Luke se dio la vuelta.

—Si no te ayudo yo, sé que lo conseguirás de todas formas. Llevas todo el día desaparecida y no has dejado ni rastro. Mike es mi compañero a quien le debo mucho y Ryan mi mejor amigo desde siempre.

Entonces, exhaló profundamente mientras asentía con la cabeza.

—Sí, Abby... Me tienes bien cogido por los huevos.

Eran las seis de la mañana. Estaba sentada en el confortable asiento de primera clase del avión que había despegado a la hora prevista.

Y había cruzado los controles del aeropuerto de Dallas sin problemas.

Tres horas después, aterrizaría en San Francisco y Tom estaría esperándome a la salida.

Luke había intentado hacerme cambiar de opinión. Me dijo que tenía que hablar con Ryan. Que era con él con quien debía arreglar las cosas.

Pero yo no me sentía preparada para arreglar nada. Estaba demasiado impresionada como para instigar sobre la fotografía que no podía quitarme de la cabeza.

Como un milagro, había conseguido pasar veinticuatro horas sin un ataque de ansiedad. Mi improvisado plan para escapar de Crossboots me había mantenido alerta todo ese tiempo.

Necesitaba un refugio y no tenía otro que Tom.

En el apartamento de Luke, me duché. Solo tenía jabones con olores masculinos pero no estaba en condiciones de exigir más. También me curé los rasguños que tenía por todo el cuerpo después de haber ido descalza y haber trepado por todas partes casi desnuda.

Después, me comí el sándwich que él me había preparado mientras se ponía en contacto con Mike y el Dr. Ward.

La única manera de no levantar sospechas era que mamá siguiera en casa esperando noticias. Así que no pude despedirme de ella.

Como Mike todavía seguía rondando por las calles buscándome, nadie le dio importancia a la parada que hizo en casa de mi madre. Después de tranquilizarla, cogió mi cartera con la documentación que seguía encima de la mesa escritorio de mi habitación y salió camino del hospital.

El Dr. Ward salió de su domicilio a la misma hora. Connor fue quien sacó el billete de avión con los puntos que había acumulado después de tantos viajes que había hecho para asistir a un montón de conferencias. Él mismo me ofreció el billete y no quiso recibir el pago que Mike quiso reembolsarle.

Y Luke me llevó hasta el aparcamiento del hospital donde aparcó junto al coche del Dr. Ward.

Hacía cinco minutos que Mike le había entregado mi cartera y ya estaba de camino hacia el pueblo para seguir haciendo sus rondas como si no supiera todo lo que se había organizado. Una hora después, desactivaría la orden de búsqueda.

Antes de bajar del coche de Luke, me quité el collar del trébol y se lo entregué.

—No puedo llevarlo encima.

Luke lo cogió y asintió sin decir palabra.

Bajé del coche y subí al del Dr. Ward.

Connor me miró y me entregó la documentación y el billete de avión.

—Ryan nos va a matar a todos —dijo mirándome con reprobación.

—Ryan no es un asesino, Connor —dije—. Si lo fuera, ahora habría un camionero menos y estaría enterrado bajo tierra.

Connor arrancó mientras asentía y emprendió la marcha hacia el aeropuerto de Dallas.

—¿Sabes una cosa? Que te metan la cabeza dentro de un sucio retrete, también duele —bromeó.

Le sonreí pero con tristeza.

—Los engaños también son dolorosos, Connor —dije mirando hacia la

ventana viendo el paisaje oscuro correr ante mis ojos—. Y duelen mucho más cuando no sabes quién te los ha ocultado.

—Bueno... —dijo él—, en realidad, no sé de qué va todo esto y no estoy seguro de querer saberlo pero... —suspiró—, prometí que te ayudaría en lo que fuera y estoy cumpliendo con mi palabra. Y ahora, como médico —enfaticó—, deberías dormir un poco. Queda más de una hora de viaje.

Respiré hondo y me recosté en el asiento. Aunque cerré los ojos, no pude dormir.

Un rato después, miré a Connor. Conducía tranquilo y no parecía que tuviera intención de mantener una conversación.

—¿Por qué tuteas a los pacientes?

Él sonrió.

—No tuteo a *todos* los pacientes —dijo riendo.

Me incorporé en el asiento y sonreí.

—De acuerdo, Dr. Ward —dije—. Vayamos al grano entonces. ¿Por qué me tutea a mí?

Connor volvió a reír.

—Vaya... —silbó—, es cierto que sabes apretar el botón correcto cuando estamos con la guardia baja.

—Y estoy esperando que se abra la puerta —metaforicé.

—De acuerdo. Tú ganas —dijo sonriendo—. Verás, puedo certificar que fui el único del instituto que supo lo que significabas para Ryan antes de que todo el mundo se diera cuenta. Fueron muchas horas las que tuve que escuchar todo lo que Ryan decía de ti. Abby esto. Abby lo otro... Ryan llevaba mucho tiempo guardándose sus sentimientos y conmigo vio la oportunidad de soltarlo todo de una vez. Llegó un momento que te veía como si te conociese desde siempre aunque nunca hubiésemos hablado.

Connor desvió un momento la vista de la carretera y me miró.

—Además, voy a confesarte una cosa. Nunca olvidaré el primer día de colegio en el autobús cuando teníamos seis años. Defendiste a Tom cuando nunca nadie lo había hecho. Luego, os sentasteis detrás de mí y, entonces, pensé: “Gracias a Dios, si Ryan se mete conmigo, esta niña me defenderá.”

Connor consiguió que me riera.

—Lo sé. Lo sé —dijo él riéndose conmigo—. Entonces, era muy cobarde.

Volvimos a estar unos minutos en silencio cada uno con sus pensamientos.

—¿Por qué no me pediste el baile de frente?

Era posible que Connor fuera cobarde de pequeño pero su comportamiento con Elisabeth Fowler en el baile de graduación no decía lo mismo.

—Dios... —Connor resopló—. Eres realmente buena...

—Adelante, Dr. Ward —le sonreí mirando alrededor—. Nadie nos está escuchando. Prometo guardar silencio.

Connor suspiró.

—Luke quiso utilizarme para provocar a Ryan. Cuando me acerqué a ti, sabía que los dos me estaban observando. Así que me decanté por intentar pedirte un baile desde atrás e incluso miré a otro lado para que todo fuera más confuso.

Asentí.

—Y funcionó —dije sonriendo.

Él me miró con un brillo especial en sus ojos.

—Sí. Funcionó.

No volvimos a abrir la boca hasta que llegamos al aeropuerto.

—Gracias, Connor —dije antes de bajar del coche—. Te debo una muy grande.

—Solo quiero que me llames si hay algo que afecte a tu salud —dijo volviéndome a entregar su tarjeta de visita—. Puedo venir a visitarte a San Francisco, ¿de acuerdo?

Esta vez, miré la tarjeta que me había vuelto a ofrecer y le sonreí.

—Si veo que lo necesito, te prometo que te llamaré.

—Lo has prometido —me señaló con el dedo—. Solo cumple con tu palabra.

—Entendido, Dr. Ward. Muchas gracias —dije bajando del coche.

Entré sola y directa hacia las azafatas del mostrador mientras Connor emprendió el camino de vuelta al hospital. Cuando llegase, solo debía cumplir con su jornal habitual.

Abby-18 años-Noviembre

—He dejado lo que más amo en Crossboots. Pero también he dejado lo que más odio de ese lugar.

Derek y yo estábamos tumbados en la cama, mirándonos el uno al otro, iluminados por una de las lamparitas de noche.

Hacía dos horas que habíamos terminado de comer el pavo que Carl había cocinado y que yo le había ayudado a preparar.

Tom y yo no volvimos a pisar la residencia de estudiantes desde el mismo viernes que Carl nos pidió su compañía para las vacaciones de Acción de Gracias. Y los cuatro nos habíamos adaptado enseguida.

Ninguno nos sentíamos incómodos y tanto Derek como Carl hicieron que nos sintiéramos como si fuera nuestra casa.

Derek pasó un dedo por mi mejilla con aquella suave caricia a la que ya me había vuelto adicta.

—¿Qué es lo que más amas de allí?

—A mi madre y a su novio, Mike. Los padres de Tom. Molly y Sally. Y...

Me reajusté las gafas y me callé. Algo se removió en mi interior y noté que mis ojos se humedecían.

Derek quitó la primera lágrima que cayó rauda por mi mejilla bajo mis gafas.

—Cuéntamelo, Abby. Quiero saberlo.

—Echo de menos a Joe y su taller. Pero ya no están. Joe falleció de repente y el taller está cerrado.

Derek me quitó las gafas con la expresión de su cara muy seria y las dejó en la mesita de noche con cuidado. Luego, me acercó contra su pecho y me abrazó dejando que mis lágrimas corrieran libres durante un rato.

El domingo, Tom y yo regresamos a la residencia.

Mientras Derek conducía, los cuatro nos mantuvimos callados. Nuestras expresiones eran tristes y nuestros pensamientos volaban lejanos en nuestras mentes.

Nadie de nosotros deseaba que aquella semana terminara.

Cuando Derek aparcó delante de la residencia, Carl hizo resonar una ruidosa palmada de manos y nos giramos hacia él para saber lo que había ocurrido.

Carl miró a Derek muy serio.

—¿Es que no piensas decir nada? —le reprochó Carl.

—¿Crees que estoy callado porque tengo muchas ganas de hablar? —le rebatió Derek.

—¿No se te ha ocurrido que las cosas pueden cambiar si hablas?

—¿Crees que las cosas son tan fáciles de cambiar?

—¿Has pensado que se puede intentar?

—¿Crees que no quiero intentarlo?

—¿Quieres intentarlo, mi amor?

—¡¿Acaso lo estás dudando?! —exclamó Derek con una mirada desafiante.

—¿Se puede saber qué os pasa? —pregunté reajustándome las gafas porque no dejaba de mirarlos igual que si se tratara de un partido de tenis.

Carl miró a Derek y vi cómo este exhalaba un suspiro afirmando con la cabeza.

Después, Carl me miró directo a los ojos.

—Derek y yo hemos estado hablando.

—¿Hablando o haciendo preguntas? —apunté yo porque seguía sin entender.

—Hemos estado hablando en casa —aclaró Derek entonces—. Nos gustaría que os instalarais en nuestro apartamento.

Tom y yo nos miramos en el acto.

—No podemos asumir el gasto —dijo Tom de inmediato negando con la cabeza—. Pero os lo agradecemos de todas maneras.

Asentí con la cabeza apoyando la postura de Tom de forma inmediata.

Además del gasto que eso suponía, dar un paso así era arriesgado. Nos habíamos esforzado mucho para conseguir ayudas para los costes de la residencia de estudiantes y, si abandonábamos las habitaciones, nos costaría mucho volver a recuperarlas. Eso, si es que las recuperábamos.

Las relaciones podían cambiar de un momento a otro y, aunque nadie lo deseaba, era algo que podía ocurrir.

—Los gastos ya los tenemos asumidos nosotros, mi amor —dijo Carl mirando a Tom.

—No podemos vivir a vuestra costa —se negó Tom.

—Sí podéis —intervino Derek—. Os lo estamos pidiendo.

—¿Os habéis vuelto locos? —pregunté volviéndome a reajustar las gafas incrédula—. ¿Sabéis el riesgo que puede ocasionarnos dar un paso así? Eso, además de que no podemos vivir por la cara sin dar nada a cambio.

Derek cerró los ojos y se tapó la cara.

—Dios, Carl. Te lo dije... —le reprochó Derek negando con la cabeza.

Carl me miró con esos ojos llenos de ternura y una sonrisa.

—Abby, mi amor, sé que los cuatro estamos de acuerdo en que hemos vivido la mejor semana de este semestre. Y lo hemos hecho juntos —me dijo—. A Derek y a mí nos han pedido compartir apartamentos varias veces y nos hemos negado porque sabíamos que tendríamos problemas de convivencia.

Entonces, Carl se me aproximó ampliando su sonrisa.

—Quiero pasar el mayor tiempo posible con Tom, mi amor, de la misma manera que Derek quiere hacerlo contigo. —Luego, su mirada tierna se transformó brillando triunfadora—. ¿Quieres seguir compartiendo habitación con la *Reina Platino* y dormir en el suelo del pasillo? ¿O prefieres arriesgar *lo-que-sea* para poder sentir calor en la cama todas las noches?

Carl se recostó de nuevo en su asiento sabiendo cuál era mi respuesta. Aunque también sabía que Tom era quien debía tomar la decisión.

Y a Tom no le gustaban los riesgos.

Volví a reajustarme las gafas y miré a mi mejor amigo que me devolvió la mirada mientras nos hablábamos en silencio.

Los pros ganaban a los contras porque el deseo era indiscutible.

—Tom también quiere sentir calor en la cama todas las noches —dije sin dejar de mirarle.

—Abby quiere saber si hay algo con lo que podamos colaborar a cambio del alojamiento —dijo Tom sin dejar de mirarme.

—¡Dios Santo, mi amor! —exclamó Carl—. Si Abby se va a sentir mejor, por supuesto que sí.

Tom y yo nos sonreímos.

Nuestras vidas volvían a dar un giro. Uno muy importante. Y lo hacían más pronto de lo que nos lo habíamos esperado.

—Nos trasladaremos en las vacaciones de invierno —dijo Tom.

—De acuerdo —convino Derek con una sonrisa y cogiéndome de la mano.

Me reajusté las gafas.

—¿Qué tenemos que hacer? —pregunté mirando a Carl.

Carl me miró satisfecho y amplió su sonrisa.

Había conseguido lo que quería.

Lo que queríamos.

Capítulo 42

Vi a Tom a lo lejos y salí corriendo esquivando a la gente que salía a paso lento y cargados con maletas. Que yo no llevara ninguna me facilitó el camino. Cuando estuve frente a él, me derrumbé entre sus brazos.

Como si hubiesen esperado aquel momento, mis lágrimas salieron sin control.

La última vez que había hablado con él, ni siquiera le había nombrado a Ryan. Habían pasado dos semanas de nuestra última video-llamada y no había vuelto a contactar con él por ningún medio.

Tom había dejado de mandarme mensajes al ver que yo no le respondía. Pero estaba segura de que sus padres le habían puesto más o menos al corriente de todo (o de casi todo) porque si no Tom hubiese cumplido con su promesa y habría venido Crossboots sin pensárselo.

Solo un amigo como Tom podía perdonarme que no le hubiese informado de primera mano sobre lo que me había ocurrido durante esas dos semanas que estuvimos incomunicados.

Ahora, volvía a estar entre sus brazos llorando de nuevo. Igual que los últimos meses que pasé con él antes de volver a Texas.

Tom dejó que me desahogara sin decir palabra a pesar del montón de preguntas que estaría deseando hacerme.

Después de media hora, sentados y abrazados en aquellos incómodos asientos del aeropuerto, nos fuimos a su casa.

Yo seguí sollozando todo el camino.

Lo primero que hizo Carl al verme, fue abrazarme con ese cariño de siempre, como si fuera mi madre. Después, me llevó directa al baño.

—Te he preparado un templo de relajación, mi amor —dijo abriendo la puerta.

Sobre los bordes de la bañera, algunas velas aromáticas llameaban iluminando esa moderna estancia. Habían arreglado el viejo servicio por uno más bonito y funcional cuando se instalaron en ese apartamento. Una música

suave que recordaba los templos budistas sonaba por los altavoces del hilo musical que también tenían instalados por todas las habitaciones.

Encima de un taburete de madera, dos toallas se encontraban bien dobladas. Debajo, unas zapatillas de conjunto descansaban entre las cuatro patas. La bañera burbujeaba llena de sales minerales con jabón y el olor a especias era muy sutil y agradable.

Como un excelente experto en belleza que era, dedicándose al mundo de las pasarelas y la moda, solo Carl lograba esos ambientes que yo nunca habría utilizado pero que eran geniales cuando una podía disfrutarlos.

—Y espera a ver tu habitación —dijo riéndose al ver mi cara de sorpresa.

Lo abracé agradecida y, luego, Carl me dejó a solas cerrando la puerta detrás de mí. Me quité las ropas de Lucy y me metí en la bañera. Enseguida noté que mi cuerpo empezaba a relajarse y cerré los ojos.

Pero no me relajé del todo porque la foto que había visto en casa de Ryan seguía apareciendo ante mis ojos haciéndome mil preguntas que, en algún momento, deberían tener sus respuestas.

Media hora después, envuelta en las suaves toallas, me dirigí a mi habitación. Tom y Carl estaban cocinando y no les interrumpí.

Cuando abrí la puerta de mi habitación, sentí el agradable clima que Carl me había preparado. Una cama de madera lisa y oscura estaba hecha a la perfección con sábanas blancas. El cabecero estaba hecho con palos de madera del mismo color que el somier de la cama. Hacían una cenefa sencilla, equilibrada y perfecta.

Las dos mesitas de noche seguían la misma sencillez y estilo que el cabecero y dos lámparas hechas con sal del Himalaya brillaban con una suave luz cálida.

Sobre los cojines de dormir, había otros dos de color negro con una cenefa plateada. Eran cuadrados y pequeños y estaban colocados en forma de rombo.

Al pie de la cama, una banda de tela con la misma cenefa que los cojines cruzaba todo el horizontal.

Las paredes eran blancas y las cortinas eran lisas. Estaban hechas con la misma tela que los cojines y la banda pero solo eran negras. No había cenefas.

Frente a la cama, una banqueta de madera de color más claro contrastaba con el resto de los muebles. La figura de bronce de un Buda meditando se hallaba sentada sobre la lisa madera del pequeño banco.

En la pared de enfrente, había una cómoda con cuatro cajones.

Todo era muy zen.

—Carl cree que necesitas meditar —dijo la voz de Tom detrás de mí.

—*Meditar...* —dije apoyando la cabeza sobre su pecho—. Una palabra que está muy de moda pero que es lo mismo que “consultarlo con la almohada”.

Tom me besó en la coronilla.

—Será mejor que duermas primero. ¿Quieres comer algo antes? —me ofreció.

Negué con la cabeza y entré en la habitación.

—No, gracias, Tom. Esta cama es todo lo que necesito de momento.

Tom asintió viendo cómo me metía en la cama. Entonces, cerró la puerta dejándome a solas con el gran Buda como compañía. Mientras lo miraba, me preguntaba si meditar con él me daría las respuestas por las que había huido veinticuatro horas antes.

Pero todavía no me sentía segura de querer saberlas porque no sabía el dolor que me causarían.

Enseguida, cerré los ojos y me dormí.

Carl había hecho un buen trabajo.

Cuando abrí los ojos, la calma reinaba en la habitación que Carl había dispuesto para mí con tanto esmero. Mi cuerpo estaba relajado y no notaba ningún síntoma de ansiedad ni desgana.

Me levanté y fui hacia la cómoda. Encontré todo lo que necesitaba para vestirme. Eran prendas que dejé en mi apartamento antes de irme dos meses atrás y que Tom había guardado bien dobladas en esos cajones exóticos.

Corrí las cortinas y miré por la ventana. Era de noche y la calle estaba tranquila. Solo algunos coches pasaban por delante desapareciendo sin más.

Dos portales más abajo, se encontraba mi *no-apartamento*.

Salí de la habitación y me encontré a Carl y a Tom sentados en el sofá bebiendo una copa de vino.

—Siéntate, mi amor —dijo Carl señalando el butacón individual—. Te prepararé algo de comer.

Se levantó y se fue hacia la cocina.

Tom me miró sorbiendo un poco de vino.

—¿Estás bien?

—Sí... —contesté—. Esa cama me ha dejado como nueva.

Carl se acercó y me dio un enorme sándwich.

—No voy a poder con todo esto.

—Come —me ordenó—. Te he puesto un huevo duro entero.

Lo cogí y levanté una de las rebanadas. Además del huevo, había atún, mortadela y queso. Todo untado con mayonesa y mostaza.

—Gracias —le sonreí.

—Solo tú te comes estos mejunjes —me reprochó poniendo los ojos en blanco a la vez que volvía a sentarse junto a Tom.

Le di un bocado y lo saboreé.

—Encontré una foto —solté sin más después de haber tragado mi primer mordisco.

Los dos me miraron buscando respuestas.

Mientras me comía el sándwich, que devoré entero, les conté todo lo que había sucedido desde mi regreso a Crossboots hasta mi huida a San Francisco.

—¿Por qué no te has quedado allí para averiguar de qué va todo esto? —me preguntó Tom mirándome sin comprender.

Le devolví la mirada dándole mi respuesta con los ojos. Él, mejor que nadie, sabía interpretarme aunque no le hablara.

Tom asintió comprensivo y se levantó del sofá para acercarse a mí.

—Sabes que puedes quedarte aquí hasta que decidas descubrirlo —dijo arrodillándose para quedarse a mi altura.

—Gracias, Tom —dije abrazándolo—. Siento no haber contactado contigo todos estos días.

—No te preocupes por eso, Abby. —Tom se deshizo de nuestro abrazo—. Mis padres me mantenían al corriente. —Me sonrió y me besó en la mejilla. Luego, volvió a sentarse en el sofá junto a Carl—. Bueno..., quiero decir, más o menos —continuó algo más serio—. No me dijeron lo que ocurrió con Nathan hasta que no saliste del hospital. Me decían que estabas mejor gracias a Ryan. Supongo que con eso pretendían tranquilizarme. —Entonces, me sonrió—. Aunque había veces que eso me hacía creer que te habías vuelto loca por completo.

—Pues..., verás, Tom... —le devolví la sonrisa—, he pensado bastante en eso, ¿sabes? —Miré hacia el suelo—. Y la verdad es que..., de momento, solo he llegado a una conclusión —chasqueé los labios y lo solté—: Quise a Joe como a un padre, me enamoré de Derek porque llenó mi vida de cordura

y...

Me callé insegura de continuar con mis palabras al darme cuenta de que no lograría decir en voz alta lo que sentía por Ryan.

—¿Yyy? —dijo Carl impaciente.

—Y... Ryan... —carraspeé— me ha conquistado devolviéndome la locura.

Carl se rio y dio una sonora palmada con las manos.

—Deberías escribir poesía, mi amor —dijo—. Esa frase ha sido tremendísima.

Los tres nos reímos a carcajadas.

Me levanté a buscar un vaso de agua y, después, volví al butacón.

—No sé lo que voy a hacer ahora —suspiré.

—¿Tiene Ryan alguna idea de que has vuelto a San Francisco? —preguntó Tom.

—Luke debería habérselo dicho cuando yo ya estaba subida en el avión.

—Si está tan loco como nos has contado —dijo Carl—, ese chico no tardará ni veinticuatro horas en presentarse en nuestra casa, mi amor.

—Si cumple su palabra, no lo hará —dije yo—. Un día prometió que haría cualquier cosa por mí y le di órdenes explícitas a Luke para que me hiciera el favor de recordárselo. Solo necesito tiempo. Necesito mentalizarme bien para recibir respuestas. He sufrido mucho por Derek y estamos hablando de un engaño entre tres hombres —respiré hondo, nerviosa—. Por Dios que no sé si podré perdonar a alguno de ellos.

—Pues aquí, en San Francisco, también hay alguien que puede darte respuestas, mi amor —intervino Carl.

Tom y yo nos giramos hacia él.

—Sea lo que sea, Susan tiene que saberlo —continuó Carl—. Derek era su hijo, ¿no?

Me lo quedé mirando.

Llevaba más de un día haciéndome esa misma pregunta y muchas otras también. Las palabras: hijo, tío, primo, hermano, conocido... todas ellas me estaban volviendo loca.

—Carl tiene razón, Abby —dijo Tom asintiendo con la cabeza—. Deberías pensar en ir a verla.

—Susan... —musité pensativa—. No la he visto desde el funeral. Y... por cierto que nunca me trató mal. Pero... siempre se ponía nerviosa cuando me veía. Ni siquiera hemos estado en contacto porque no hay nada que nos una

ahora.

—Bueno, mi amor —dijo Carl—, no os une nada ahora. Pero ella forma parte de todo esto. Deberías pensar en hacerle una visita.

—Ha perdido a su único hijo —dije aún sin estar muy segura de eso—. No sé hasta qué punto la alterará verme.

Entonces, vi la reacción de Tom fijando la vista hacia mí hablándome sin palabras.

—Está bien. Lo pensaré, ¿de acuerdo? —exclamé notando que empezaba a alterarme.

—Te prepararé una copa de vino, mi amor —dijo Carl levantándose—. Está claro que la necesitas.

El silencio nos envolvió mientras Carl me trajo una copa. Después de llenármela, dejó la botella de vino negro en la mesita de centro frente a nosotros y volvió a sentarse junto a Tom.

—¿Hay alguna manera de localizar a *Miss Universo Pelirrojo*? —preguntó Carl pensativo tras ese silencio.

Mis ojos furiosos hablaron solos.

—Solo era una pregunta —dijo Carl moviendo su mano derecha y colocándosela con gracia en su cintura como queriendo decir que no había para tanto.

Abby-18 años-Diciembre

—¿*Tortilla de patatas*?

—Tom, abre tu mente. Ese invitado es un respetadísimo cocinero español. España. Europa. ¿Sabes dónde está Europa?

—Abby, sé muy bien donde está España. ¿Sabes tú dónde están las Islas Baleares?

Me reajusté las gafas y miré a Tom.

—¿Por qué estamos hablando de geografía? Tenemos que cocinar antes de que Derek y Carl lleguen —señalé el televisor—, y esa receta parece muy fácil.

—Abby, ese cocinero está mezclando una bolsa envasada de patatas fritas *Lays* con los huevos.

—Lo sé, Tom. Lo estoy viendo igual que tú. ¿Crees que eso también funcionaría con una bolsa de *Cheetos*?

Tom dejó de tomar notas sobre la receta y se dejó caer sobre el respaldo del sofá.

—Estoy deseando ver la cara de Carl cuando vea esa *Tortilla de Cheetos* en la mesa.

Dejé de mirar la pantalla de la televisión y fijé la vista hacia mi mejor amigo.

Estaba aguantándose la risa y yo le sonreí divertida.

—Seguro que Carl prefiere la *Tortilla de albóndigas* —dije haciendo que nos riéramos los dos.

Derek y Carl solo nos pidieron una tarea a cambio del alojamiento.

Todos los días teníamos que preparar la comida. Desayuno, almuerzo y cena.

Solo eso. Pero con una condición. Carl no comería ninguno de mis sándwiches.

Derek y Carl se ausentaron tres días porque habían ido a pasar la Navidad en casa de sus padres respectivamente y Tom y yo nos encontrábamos solos en casa.

Tom y yo decidimos pasar esos días los dos juntos.

Hicimos una video-llamada conjunta con nuestros padres que se juntaron con Molly y Sally en casa de los padres de Tom para celebrar el día de Navidad. El mismo que Tom y yo nos entregamos nuestros sencillos regalos. Él me regaló una bandolera de Guns N'Roses y yo le regalé una funda para el móvil de Miley Cyrus.

Esos días, empezamos a pasar los ratos libres que no trabajábamos viendo programas de cocina y practicando recetas que no habíamos cocinado nunca.

Las pocas veces que habíamos cocinado con anterioridad, lo habíamos hecho con cosas rápidas o precocinadas. Pero ahora estábamos aprendiendo un montón de recetas originales que no sabíamos que existían y nos estábamos divirtiendo con cada descubrimiento.

Derek me había mandado un mensaje al móvil diciéndome que pasaría a recoger a Carl sobre las seis y media. Así que llegarían justo a la hora de cenar.

—Voy a preparar esa *Tortilla de patatas*. Está chupada —dije levantándome mientras Tom seguía riéndose.

Luego, él se levantó, puso a Lady Gaga en el móvil haciéndola sonar con el altavoz y vino a ayudarme.

Un cuarto de hora antes de las siete, ya lo teníamos todo preparado.

Tom había preparado una ensalada de col y a mí me había salido una *Tortilla de patatas* redonda.

Aprovechamos para cambiarnos de ropa porque Derek solía ser puntual. Sobre todo, cuando era la hora de cenar. Y Derek siempre cenaba a las siete.

La puerta se abrió a la hora en punto.

Carl y Derek entraron muy serios y nos encontramos sentados en la mesa.

—¡Oh, mi amor! —exclamó Carl cambiando su seria expresión por una más alegre—. ¡Por fin, es Navidad!

Derek me miró serio mientras dejaba la bolsa de viaje al suelo.

Me reajusté las gafas.

—¿Va todo bien? —preguntamos Tom y yo a la vez.

La posibilidad de que sus familiares estuvieran en contra de nuestra ocupación en su apartamento era algo que habíamos discutido mucho Tom y yo en la residencia antes de dar el gran paso.

Derek dirigió la mirada hacia Carl y este bajó la cabeza dejando su maleta junto a la de Derek.

—Los padres de Carl se van a separar —nos aclaró Derek acercándose a mí para besarme.

Tom se levantó de la mesa y besó a Carl que lo abrazó buscando el consuelo que necesitaba en aquel momento.

Derek se sentó junto a mí y me rodeó los hombros con el brazo.

—¿Habéis estado bien? —me preguntó.

Le sonreí.

—Hemos estado genial —señalé la mesa— y tenemos receta nueva.

Carl y Tom se sentaron en la mesa con la expresión un poco más seria pero Carl sonrió al ver el nuevo plato.

—¿*Tortilla de patatas española*?

Tom y yo nos sonreímos.

—Especial de *Tortilla de patatas española* —aclaré.

Derek cogió el tenedor y arrancó un trozo sin prestar atención con el corte.

—Te voy a arrancar el brazo de cuajo, Derek —amenazó Carl negando con la cabeza—. ¿Es que no puedes utilizar el cuchillo para cortar un trozo y servírtelo en el plato, mi amor?

Derek sonrió y se metió todo el trozo de tortilla en la boca.

—*Tinhs qhi probegg etxo, muu amsdg.*

Carl suspiró poniéndose una mano en el corazón.

—¡No hables con la boca llena! —le regañó de nuevo.

Derek terminó de tragar y le sonrió.

—Deja de quejarte tanto y prueba esto, mi amor. Está buenísimo —dijo

Derek.

Carl volvió a suspirar y negó con la cabeza.

—Podrías tener cualquier defecto. Un tic en el ojo, la boca torcida, ser unicejo, una verruga en la punta de la nariz... ¡Mira que hay defectos en el ser humano! Pero ese estómago tuyo es peor que todos ellos juntos, mi amor —se quejó Carl haciéndonos reír a los demás.

Carl cortó la *Tortilla de patatas* en trozos y nos la sirvió con un poco de ensalada.

Todos le miramos mientras se comía un trocito de tortilla.

—¿La has hecho tú, mi amor? —le preguntó a Tom.

—No —respondió Tom alzando las manos como queriendo decir que se libraba de cualquier crítica—. Yo he hecho la ensalada.

Carl me miró sonriendo.

—Es la segunda vez que como *Tortilla de patatas*. Te ha salido muy buena.

—Gracias, Carl —le sonreí probando yo un trozo. Entonces, me reajusté las gafas—. Creo que las patatas fritas *Lays* le dan ese toque especial.

Carl bajó el tenedor donde había el segundo trozo de tortilla que se iba a comer.

—¿Patatas fritas *Lays*? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Sí —dijo Tom riéndose—. Abby lo ha visto en la televisión y ya no se lo he podido quitar de la cabeza.

Carl dejó de mirarme y fijó la vista en Derek que estaba riéndose por lo bajo.

—No la dejes escapar, Derek —dijo Carl—. No vas a encontrar una alma gemela igual.

Derek dejó de reír y me miró con aquellos ojos claro-oscuros tan especiales que tenía junto con una gran sonrisa.

—No la dejaré escapar, Carl —dijo con la mirada cada vez más profunda. Luego, me acarició la mejilla con el dedo—. Abby es mucho más que una alma gemela.

—¡Dios Santo! Solo os queda ir a correr juntos por las mañanas, mi amor —comentó Carl entonces.

—Abby es muy buena corriendo —comentó Tom sonriendo—. Siempre y cuando no lleve tacones, claro.

—¿De veras? —preguntó Derek sin dejar de mirarme—. ¿Vendrás a correr mañana conmigo?

Hice una bola con la servilleta de papel y se la lancé a Tom para molestarlo.

—Tom exagera —dije notando que me sonrojaba por el comentario que había hecho sobre los tacones.

—¿Pero vendrás a correr conmigo? —volvió a preguntar Derek.

Lo miré preguntándome si debía salir a correr con él. Se notaba que su cuerpo estaba muy bien entrenado y era muy probable que me dejara atrás. Sin embargo, cabía la posibilidad de que fuera divertido salir a correr con Derek.

—De acuerdo —dije sonriéndole—. Iré.

—Prepárate para saltar como las cabras, mi amor —intervino Carl.

—¿Por qué? —pregunté sin entender.

Carl me sonrió.

—Derek practica *Parkour* mientras corre.

Me reajusté las gafas.

—¿*Parkour*? —pregunté abriendo mucho los ojos.

Salir a correr con Derek a la mañana siguiente fue más divertido de lo que me imaginé en un principio.

Tras los estiramientos iniciales, empezamos a andar deprisa hasta que Derek marcó el paso a la carrera. De repente, dio un salto y, cuando me di cuenta, Derek se encontraba al otro lado de un banco que volvió a saltar colocándose junto a mí de nuevo.

A partir de entonces, Derek sorteó obstáculos como vallas, jardineras, esculturas, fuentes y escalones entre otros. También lo vi hacer volteretas mortales apoyando una pierna en las paredes o incluso en los árboles.

Me contó que había empezado a practicar este deporte con unos amigos. Pero llegó un momento que empezaron a arriesgar más de lo necesario, llegando a saltar entre balcones y terrazas, hasta que uno de ellos tuvo un accidente mortal. Entonces, el grupo se disolvió y él decidió seguir practicando lo más básico en solitario mientras corría.

A mí, ni se me ocurrió dar una voltereta de esas, pero sí salté con Derek obstáculos básicos, me colgué de algunas ramas de los árboles y trepé por varias farolas.

Parkour era un deporte urbano que me recordó las veces en que Tom y yo corríamos por el camino de tierra que llegaba al arroyo, cuando saltábamos troncos caídos que entorpecían nuestra carrera o trepábamos en los árboles o

brincábamos por las piedras del río que fluía hacia el lago cuando vivíamos en Crossboots.

Un atisbo de añoranza azotó en mi interior. Sin embargo, quedó apartada pronto mientras veía a Derek hacer todas aquellas proezas con el mobiliario urbano por el que íbamos recorriendo.

Capítulo 43

Pasé los siguientes días decidiendo si debía ir a ver a Susan o no.

No sabía lo que podía pasar una vez estuviera frente a ella. No la había visto desde el entierro de Derek. Y nunca más mantuvimos el contacto después porque yo me sumí en mi propia depresión y suponía que ella debía estar igual o peor que yo.

Verla podía alterar mis emociones de nuevo aunque, ahora, todo había cambiado para mí.

Ryan me había sacado del penoso estado en el que me había sumido. Él había logrado lo que un día creí que no volvería a ocurrir. Había vuelto a ser yo misma y había vuelto a sentir la vida como siempre la había vivido antes de conocer a Derek.

No me podía creer que ellos dos estuvieran relacionados con Joe.

Sin embargo, a pesar del dolor que alteraba mi corazón por ese descubrimiento, lo que sentía en ese momento no tenía nada que ver ni con la tristeza ni con la ansiedad que había vivido durante casi ocho meses.

El sentimiento había cambiado por otro totalmente diferente.

Cuando Tom me preguntó por qué no me había quedado a descubrir todo eso, con mis ojos le respondí que había dejado a Ryan, a miles de millas de distancia, porque tenía miedo.

Miedo a descubrir lo que Derek me había ocultado todos estos años. Miedo de que Derek hubiese sido una mentira. Miedo de que Ryan fuera otra. Y miedo de cambiar mis sentimientos hacia Joe.

La vida de Joe había sido un misterio y yo respeté su intimidad porque él siempre respetó la mía y la de Tom. Nos acogió en su taller como un verdadero amigo al que llegamos a querer sin condiciones. Igual que Tom y yo nos queríamos entre nosotros.

Ahora, no dejaba de preguntarme quién era Joe.

Solo tenía una cosa clara. Esos tres hombres habían conseguido conquistarme sin que yo me diera cuenta de lo que me escondían.

Recordé aquella noche que llevé a Ryan a su casa porque él llevaba puesto el jersey del revés. Estaba hecho un andrajo porque se había quedado a mi lado largas horas después de que yo le hubiera rechazado en el sofá de su casa y me había rescatado, dentro de mi coche, en mitad de una de mis crisis de ansiedad tras huir por eso.

Cuando lo dejé frente a su puerta, sentí una fuerte conexión con Ryan. No conseguía adivinar cuál era. Pero, mientras nos mirábamos fijamente a los ojos, sabía que había algo que nos unía.

Nunca pensé que Joe y Derek formaran parte de esa unión.

Y Ryan se había colado tan dentro de mí que sentía vértigo. Porque, en algún momento, tendría que saber la relación entre ellos tres.

Y entonces, mi peor herida volvería a abrirse antes de que ni siquiera hubiese cicatrizado.

Carl y Tom habían salido a cenar con unos amigos. Habían cuidado de mí durante esos días como si yo fuera una hija pequeña a la que mimar.

Pero no iba a engañarme.

Me encantaba que hicieran eso pero empezaba a sentir que no podía hacer nada por mi propia cuenta. Así que les animé para que se fueran y me dejaran sola en el apartamento.

Sin embargo, una hora después, no me pareció tan buena idea. Ya no me apetecía quedarme tumbada en el sofá o en la cama sin hacer nada.

Desde mi regreso a Texas, me había acostumbrado a tener compañía y empezaba a afectarme la sensación de soledad.

Después de saltar los miles de canales del televisor con el mando a distancia, decidí que no había nada que pudiera distraerme y apagué la pantalla.

Entonces, me vestí. Necesitaba tomar el aire. No había salido a la calle desde que había llegado allí.

Bajé por la tranquila calle en la que vivían Tom y Carl y pasé por delante de mi *no-apartamento* sin mirar.

Después, anduve hasta el centro del barrio Castro.

A pesar de que San Francisco era una ciudad abierta, yo había seguido siendo muy poco sociable y no había creado ningún círculo de amistades propio. Mi vínculo con los demás era a través de Derek, Tom y Carl. Pero

solo Tom tenía la exclusividad sobre mi vida. Después, Derek también formó parte de ella. Pero él ya no estaba.

Era como si nunca hubiese pertenecido a esa ciudad y ahora me estuviera dando cuenta de ello.

Había vivido en San Francisco a la sombra de Tom y de Derek. Desde luego, nunca había hecho nada que no hubiese querido pero sí me había dejado llevar por ellos.

Seguí paseando y pensando en todo lo que eso significaba.

Las palabras que me dijo Mike cuando me esposó sentada en mi *Harley* retumbaban en mi cabeza.

“Si Ryan hubiera hecho lo que debía en su momento, tú no te habrías ido a San Francisco”.

Entonces, me acordé de lo que Ryan me dijo en la cabaña cuando compartimos largos tragos de bourbon *Four Roses*.

“Si no hubieses venido tú, yo habría ido a por ti y te hubiese devuelto al sitio al que perteneces”.

Aquel día, me reí pensando que Ryan había bebido más de la cuenta. Ahora, estaba segura de que él hablaba muy en serio.

A pesar de los difíciles inconvenientes que solo veía yo, Ryan lo hubiese intentado. No podía imaginar cómo, pero lo habría hecho.

Porque Ryan sabía mirar dentro de mí.

Y por eso había conseguido adueñarse de mi corazón en tan poco tiempo.

Todavía no entendía por qué había esperado tanto para conseguirlo. O por qué no lo había logrado antes. Me había asegurado de que lo había intentado pero que siempre ocurría algo que lo alejaba de mí.

Incluso me había confesado que por eso me había hecho daño sin que él lo quisiera y que, por eso también, todavía había ese muro de cristal agrietado que no conseguía romper de un solo golpe.

Sus labios diciendo “Te quiero” tras la luna delantera de mi pick-up me nublaron la vista y empecé a notar mis ojos vidriosos.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Le echaba mucho de menos.

Echaba de menos Texas. Echaba de menos a mi madre, a Mike, a Lucy y también a Luke. Quería bañarme en el arroyo, quería pasear con mi *Harley* y conducir mi vieja pick-up. Quería conocer más a Will y a Connor. Y quería cenar en las barbacoas de los sábados con los padres de Tom y todos los demás.

Entonces, cuando mis ojos se fijaron en una ventana que tenía la luz encendida, me di cuenta de donde me encontraba. Me limpié las lágrimas que habían aparecido mientras andaba sin rumbo fijo.

Ese apartamento era donde vivía Susan, la madre de Derek.

Me quedé paralizada unos cinco minutos preguntándome si algún día me decidiría a llamar a su puerta.

Negando con la cabeza, me di la vuelta para regresar a casa de Tom y de Carl porque seguía sin sentirme preparada.

Pero, tras dar cuatro pasos, mi cuerpo volvió a girarse sin el permiso de mi cerebro obedeciendo otra vez a mis impulsos naturales.

Subí las escaleras que llevaban a su puerta y llamé.

Respiré hondo.

¿Y si ya no vivía allí?

Entonces, la puerta se abrió.

Jonathan, el padrastro de Derek y quien me había operado de mi miopía, estaba frente a mí mirándome sorprendido.

—Abby —dijo en un suspiro.

—Hola, Jonathan —saludé yo nerviosa—. Siento molestar a estas horas de la noche pero... ¿está Susan en casa?

Jonathan miró hacia el interior del apartamento como si dudara. Luego, volvió a mirarme.

—Sí, claro —respondió abriendo la puerta para dejarme pasar—. Por favor, espera un momento aquí. Iré a avisarla de tu visita.

—Bien —le sonreí entrando al recibidor—. Gracias.

Mientras esperaba, pensé en las pocas veces que había estado allí. Derek y yo la visitábamos muy poco. Y siempre que lo hacíamos, íbamos directamente a la cocina al final del pasillo.

Solo recordaba haber estado en el salón una vez y fue la primera visita que hice a Susan cuando Derek decidió presentarme a su madre y a Jonathan.

Solíamos ir a comer y, después, nos íbamos. Susan era la que, por norma general, nos visitaba a nosotros. Decía que era más fácil para ella encontrarnos a los dos juntos en nuestra casa a la hora de cenar.

Jonathan regresó y me sonrió.

—Por favor, pasa —me dijo—. Susan está en el salón.

—De acuerdo —dije siguiendo a Jonathan.

Tras cruzar la puerta, vi a Susan sentada en un butacón individual. Se levantó nada más verme y se me acercó.

—Abby —dijo mostrándome una sonrisa a pesar de la tristeza que su rostro no podía disimular—, me alegro de volver a verte.

Aunque era una situación extraña, noté que de verdad se alegraba de verme y no percibí aquella sensación de incomodidad que siempre me transmitió desde que la conocí. Era como si antes sufriera un tic nervioso y ahora ya no lo estuviese sufriendo.

—Eh... Sí... Yo también, Susan —dijo con una media sonrisa—. Siento molestarte a estas horas de la noche pero pasaba por aquí y vi la luz encendida...

—Por favor, no te disculpes —dijo como si lo comprendiera—. En realidad, me hubiera gustado que nos hubiéramos reunido antes. —Susan suspiró y miró al suelo un instante para volver a mirarme—. Pero los días iban pasando y...

—Sí —la interrumpí—, sé lo que quieres decir....

No era necesario explicarnos cómo habíamos estado pasando cada una nuestro luto. Ese dolor era algo que cada una llevábamos por dentro.

—Os dejaré a solas —dijo Jonathan desde la puerta del salón donde se había quedado cuando yo entré—. Estaré en la cocina.

Se acercó a Susan, le dio un beso en la coronilla y salió sin cerrar la puerta.

Entonces, miré a Susan y le sonreí.

—Por favor —dijo ella señalando uno de los butacones—, siéntate, Abby.

Me senté y ella ocupó el butacón que se encontraba delante del mío.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un té, un refresco...?

—Oh, no, Susan. Pero gracias de todas formas.

Ahora que ella parecía estar cómoda con mi presencia, a mí me resultaba difícil explicar por qué estaba yo allí. No se trataba de una simple visita de cortesía y además me había presentado sin avisar.

Tampoco se me daba bien ser ambigua ni sabía cómo tratar los asuntos con delicadeza. Siempre había sido muy directa a la hora de encarar cualquier asunto y siempre pensé que eso era lo que le ponía nerviosa a Susan de mí.

Era absurdo hacer preguntas del tipo “¿Cómo estás?”. O decirle que había llamado a su puerta para saber cómo le iba la vida. Además, era mentira.

Estaba segura de que si no me hubiese encontrado en estas circunstancias, lo más probable fuese que no hubiese vuelto a verla, a no ser que nos hubiésemos encontrado por casualidad. Si hubiese seguido viviendo en San Francisco, habría habido más probabilidades de que eso ocurriera.

Pero había regresado a Texas con mi madre. Y, aunque eso lo había cambiado todo para mí sin esperármelo, tampoco habría regresado a San Francisco si no hubiese encontrado aquella foto.

Una foto que, Dios sabía cómo, había querido que me encontrara con Susan de nuevo en aquel momento.

Ahora, me estaba mirando como si comprendiera el porqué estaba frente a ella, en su casa, a esas horas y sin previo aviso.

Y su cuerpo había cogido una postura de predisposición y abierta a cualquier conversación que tomáramos en aquel momento.

Abby-18 años-Enero

Hacía tres días que habíamos ido al embarcadero para ver los fuegos artificiales de año nuevo que los hacían explotar sobre la bahía con el puente Golden Gate de fondo.

Era la primera vez que Tom y yo los veíamos y nos quedamos con la boca abierta viendo aquel precioso espectáculo.

Derek y Carl ya habían presenciado ese día muchas veces. Así que nos llevaron directos al mejor sitio para que pudiéramos verlo mejor.

Fue una noche increíble pero ya había pasado y habíamos vuelto a la rutina.

Faltaban pocos días para comenzar el segundo semestre en la universidad y estábamos preparándonos para empezarlo la semana siguiente. Las vacaciones de invierno se terminaban.

Aquella mañana, Derek había salido a correr por las calles de San Francisco como todos los días y yo decidí salir a comprar porque los víveres de la despensa se habían reducido en esos tres días.

Tom estaba trabajando porque había duplicado su turno y Carl había ido a ver a su madre.

Llegué a la puerta del apartamento dos horas después e iba cargada con dos bolsas llenas con la compra entre mis brazos. Dejé una en el suelo para buscar las llaves en el bolso y abrí. Cogí la bolsa del suelo y entré decidida para dirigirme hacia la cocina.

Pero me quedé paralizada a un paso de la puerta porque mi cerebro me traicionó unos instantes.

Lo primero que mi mente visualizó fue a Joe sentado en el suelo de su taller con la espalda apoyada contra la pared, la mirada de sus ojos perdida en su mundo y una botella de licor medio vacía descansando entre sus rodillas

dobladas.

El recuerdo de mi padre biológico muerto en la morgue me removió el interior y un sabor amargo subió por mi garganta haciéndome toser.

Entonces, me di cuenta de que quien estaba bebiendo un largo trago de aquella botella en aquel momento era Derek.

Su cara tenía alguna magulladura y sus ojos miraban un punto fijo del suelo mientras su espalda se apoyaba en la pared del salón con el cuerpo mal sentado sobre el parqué.

Tragué saliva.

—¿Derek? —dije con un hilo de voz y sujetando fuerte las dos bolsas de la compra.

Derek levantó la vista y vi cómo sus ojos me miraban humedecidos aunque no había lágrimas en sus mejillas.

La tristeza de su mirada me descolocó y aflojé la sujeción de las bolsas porque me di cuenta de que mis brazos empezaban a agarrotarse.

Con toda la calma que pude reunir, me acerqué a la cocina y deposité la compra sobre la encimera.

Me reajusté las gafas en un gesto nervioso.

La confusión que acababa de tener entre Joe y Derek me había alterado lo suficiente como para querer saber si un trago del licor americano preferido de Joe me ayudaría a encajar la situación en la que me encontraba en aquel momento.

Porque el envase que sujetaba Derek en sus manos era exactamente igual al que Joe se negó a dejarme probar, unos meses atrás, poco antes de su muerte.

Bourbon *Four Roses*.

Entonces, cogí un vaso y me acerqué a Derek sentándome en el suelo a su lado. Le cogí la botella de las manos y me serví un buen chorro de ese licor.

Luego, se lo devolví.

Bebí un trago de mi vaso que me quemó la garganta haciéndome toser de nuevo. Entonces, entendí por qué se decía tantas veces eso sobre los licores.

Luego, respiré hondo intentando imaginar qué le habría podido ocurrir a Derek para llegar a encontrármelo de aquella manera.

—He visto lo suficiente antes como para saber que esto se trata de una pelea —dije bebiendo un segundo trago. Ese sorbo ya no quemó tanto. Así que di otro, esta vez, saboreando bien el licor—. Pero nunca hubiera dicho que a ti te vería metido en algo así. ¿Un asunto pendiente?

Derek dejó la botella en el suelo y cogió mi vaso para dejarlo junto al envase.

En un momento, me vi sentada a horcajadas sobre él. Sus ojos me miraban brillantes y sus rodillas respaldaban mi cintura trasera mientras su boca hacía una pequeña mueca de dolor.

Después, se mordió el labio inferior y alzó una mano hacia mi moño que me lo deshizo en un segundo. Luego, bajó la mano recorriendo suave por mi cara y mi cuello.

Sin dejar de observar sus propios movimientos, Derek siguió bajando esa mano hacia mi hombro y me frotó con suaves caricias a lo largo del brazo como si quisiera que yo entrara en calor.

Apoyé mis manos sobre sus hombros y lo miré con atención porque no entendía su silencio.

Entonces, noté su mano recorrer mi vientre con una suave caricia por debajo de mi jersey.

—Ni siquiera te das cuenta de lo increíble que eres, Abby —dijo con la voz ronca.

—Derek... —murmuré sintiendo las caricias de sus manos sobre mi piel mientras él me quitaba el jersey con lentitud.

—Solo... dime... una... cosa... —susurró entre besos suaves sobre la parte superior de mis pechos todavía cubiertos por el sujetador.

—¿Qué? —suspiré.

Derek dejó de besarme y levantó la cabeza con una mirada implorante. Sus ojos seguían brillando intensos además de determinantes.

—¿Existe algún motivo que te haga regresar a Crossboots para siempre?

—¿Qué? —pregunté abriendo los ojos sorprendida por la pregunta.

—Ya me has oído, Abby. ¿Dejarías San Francisco?

—¿A qué viene esa pregunta, Derek? ¿Con quién te has peleado?

—Por favor... —susurró él cerrando los ojos—, contéstame. Necesito saberlo.

Tragué saliva nerviosa.

Después, cogí la botella de *Four Roses* y le di un trago porque todo aquello no tenía ningún sentido. No podía imaginar con quién se había peleado Derek pero era posible que los golpes y la bebida le hubieran afectado el sentido común.

Me levanté de su regazo, algo molesta, llevándome el licor y haciendo que Derek abriera los ojos desconcertado.

Entonces, me apoyé sobre la parte trasera del sofá y volví a beber.

—¿Quieres saber por qué dejé Crossboots?

Derek cogió el vaso con el que yo me había servido antes y se bebió todo el contenido de un solo trago.

—Sí, Abby. Quiero saberlo. —Con la mano izquierda, Derek apretó los párpados de sus ojos con sus dedos índice y pulgar. Su aspecto era cada vez más abatido a la vez que impaciente—. Me hablaste de lo que amas allí. Pero no me contaste lo que odias de ese lugar.

No entendía por qué una pelea con Derek en San Francisco le había hecho pensar que yo volvería a Crossboots.

A no ser que ese alguien se lo hubiera insinuado para hacerle daño.

¿Pero quién? ¿Y por qué?

Yo apenas hablaba con mis compañeros de clases y hacía poco más de una semana que había dejado la residencia de estudiantes y me había instalado en su apartamento.

“Abby, esto es San Francisco”, recordé las palabras de Tom advirtiéndome de la vileza con la que podía encontrarme en esta ciudad el día después de que me hubiera bebido dos vasos con droga en la fiesta de Halloween.

Dios mío... ¿Quién podría haberle hablado mal de mí aquí?

Respiré hondo y me reajusté las gafas.

No era plato de buen gusto tener que hablar de mi pasado.

Pero, si Derek iba a quedarse más tranquilo sabiendo los motivos por los que me fui, tenía que contárselo.

Y se lo conté.

Desde mi llegada a Crossboots con seis años hasta el día que Tom y yo nos despedimos de los nuestros en el aeropuerto de Dallas.

Cuando terminé de contar mi historia, me encontraba en mitad del salón porque no había dejado de dar pasos cortos mientras hablaba en ese reducido espacio. La botella de *Four Roses* se había vaciado varios centímetros.

Y todos me los había bebido yo.

Le había ido dando un trago al licor cada vez que sentía el sufrimiento de los sucesos que me hirieron en el pasado y Derek escuchó con mucha atención todas las palabras que salieron de mi boca.

Empecé a sentir un ligero mareo.

Entonces, Derek se levantó del suelo con una mirada muy seria y se me acercó. Alzó una mano y la colocó con suavidad por detrás de mi nuca

apartando mi cabello hacia atrás.

—Voy a estar a tu lado siempre. Y haré lo que sea para que nadie rompa esta promesa, ¿de acuerdo?

Lo miré a los ojos con sinceridad.

—He apostado por ti, Derek. Si hubiese tenido alguna duda, hubiese elegido a Quinn. Así que solo te pido que iguales la apuesta depositando tu confianza en mí.

Entonces, las manos de Derek me acunaron las mejillas y sus ojos me miraron con decisión.

—Ni te das cuenta de lo loco que me tienes, Abby —dijo tan serio que no supe qué decir en aquel momento—. Y puedes estar segura de que yo también he apostado por ti.

—¿Con quién te has peleado? —pregunté desorientada viendo cómo mi alrededor se movía como si se tratara de un terremoto.

—Solo... me he cruzado con alguien inesperado y no merece la pena darle más vueltas a eso, ¿de acuerdo?

Pero por vueltas, las que daba mi cabeza mientras notaba cómo mi estómago se revolvía.

—Creo... creo... que... voy a...

No me dio tiempo a terminar la frase. Derek me recogió el pelo con rapidez y me dio media vuelta para que pudiera vomitar hacia el otro lado.

Después, todo se volvió negro.

Capítulo 44

—Mi amor, creo que deberíamos llamar a ese Dr. Ward.

—Carl..., ese doctor está en Crossboots. No podemos pedirle que venga sin más.

—Pero, mi amor, Abby nos contó que vendría si lo llamaba. Si le contamos todo lo que sabemos, a lo mejor puede ayudarla.

—Abby nos hizo prometer que no le contaríamos a nadie lo que sabemos. Y nadie es nadie, Carl. Ni siquiera se lo pude decir a Bonnie.

—Pero... ¿es que no la ves? Lleva mucho rato con los ojos mirando un punto fijo en el techo. No ha hecho más que parpadear sin decir nada desde que llegó a casa como una zombi y se tendió en la cama. Solo sabemos que está viva porque respira. ¡Pero su cuerpo no reacciona, mi amor!

—No tardará en reaccionar. La otra vez solo estuvo un cuarto de hora. Ya han pasado diez minutos. Solo faltan cinco.

—Pues, si no reacciona dentro de cinco minutos, tendremos que llevarla al hospital.

—No. Ella no quiere volver a ese hospital.

Mientras Tom y Carl seguían discutiendo sobre qué hacer conmigo, yo seguía pensando en la conversación que acababa de tener con Susan. De hecho, no había dejado de darle vueltas al asunto desde que había salido de su casa y había cogido el camino de vuelta hasta llegar al apartamento de Tom.

Entonces, escuché el timbre de la puerta y moví la cabeza para mirarles.

—¿Lo ves? Ha reaccionado incluso antes —dijo Tom.

—¿Por qué no me has dicho que un timbre lo arreglaría todo? —se quejó Carl poniendo su mano derecha en la cadera con esa gracia tan característica suya.

Luego, se giró y salió de la habitación cerrando la puerta con delicadeza.

Tom se sentó en la cama y me acarició la mejilla.

—¿De dónde demonios vienes, Abby? ¿Qué te ha ocurrido?

Mis ojos se dirigieron hacia él y tragué saliva.

Tom lo sabía todo.
Menos lo que Susan me acababa de confesar.
Entonces, las lágrimas aparecieron y dejé que brotaran sin descanso.
Tom decidió tumbarse a mi lado y me abrazó.
Cuando el cuerpo me dijo basta, nos mantuvimos un tiempo en silencio.
Luego, se lo desembuché todo.

Abrí los ojos.
La habitación estaba completamente oscura y en silencio.
Y estaba sola en la cama.
Tom debió de irse cuando me quedé dormida entre sus brazos.
Mi estómago rugía por el hambre, así que me levanté.
Primero pasé por el baño y me asecé. Cuando me miré en el espejo, mi cara estaba hinchada y las ojeras muy coloradas por todo lo que había llorado.
Me mojé la cara con agua fría pero eso no hizo borrar el mal aspecto que tenía.
Entonces, respiré hondo y suspiré abatida.
Como fuera, tenía que afrontar todo aquello. Mi felicidad dependía de mis próximas reacciones. Y no tenía ni idea de cuáles serían.
Estaba nerviosa pero no me sentía descontrolada. Solo ignoraba la manera en que debía proceder.
Mi estómago volvió a rugir.
Salí del baño y me dirigí a la cocina.
El apartamento estaba a oscuras. Eran las dos de la madrugada y Tom y Carl debían de estar durmiendo en su habitación porque la puerta estaba cerrada.
Abrí la luz de debajo de los pequeños armarios situados encima de la encimera de la cocina americana. Con esa luz me bastaba y así evitaría sobresaltarles.
Después, me acerqué a la nevera. Cuando la abrí, vi que había un recipiente con albóndigas caseras. Lo cogí salivando y lo calenté en el microondas.
Las albóndigas eran la especialidad de Carl y recordé eso con una triste sonrisa.
Luego, alcancé un tenedor y me dirigí hacia el sofá para engullir aquel

manjar. Rodeé el tresillo y puse el recipiente en la mesita de centro.

El salto que di cuando me senté en el sofá y mi culo notó un enorme bulto a la vez que un gruñido masculino se quejó, solo lo vio la persona que estaba frente a mí en aquellos momentos. Lo pude reconocer en cuanto me di la vuelta.

—Maldita sea —exclamé bajito con los ojos abiertos por la incredulidad—. ¿Qué coño estás haciendo aquí?

Él suspiró con cansancio.

—Mil setecientas millas de viaje y solo me preguntas: ¿qué coño hago aquí?

También habló en voz baja reincorporándose para sentarse. Era evidente que lo había sobresaltado mientras dormía. Luego, se restregó los ojos antes de apoyar los brazos sobre sus rodillas y mirarme con curiosidad.

—¿Acaso creías que me lanzaría sobre tus brazos? —pregunté irónica poniendo mi mano izquierda en la cintura por lo absurdo de su respuesta.

—Bueno... —dijo sonriendo travieso y con los ojos brillantes—, nunca he tenido en mis brazos a una princesa. ¿Por qué no?

—¿Es que te has vuelto loco, Luke?

De repente, se puso serio.

—¿Loco yo? —me preguntó levantándose con lentitud y absorbiendo, con todo el volumen de su cuerpo, el poco espacio que había entre nosotros. Luego, negó con la cabeza—. No, Abby. No soy yo el que se ha vuelto loco. ¿Quieres saber quién sí lo está?

Fijó la vista en mis ojos con toda la recriminación que pretendía y yo me quedé paralizada.

—Abby —dijo muy serio—, mañana regreso a Crossboots. Y tú te vienes conmigo. Así que me da igual si piensas dormir más o te vas a quedar despierta. Pero, a las cinco en punto de la madrugada, tú y yo nos vamos de aquí.

Dicho esto, se volvió a sentar en el sofá y se volvió a tumbar. Se ajustó el pequeño cojín decorativo bajo su cabeza y cerró los ojos.

Entonces, me llegó el olor de las albóndigas y mi estómago rugió de nuevo. Desvié mi mirada de Luke y la dirigí hacia mi mano derecha. Mis dedos agarraban crispados el tenedor como si quisieran apuñalar a alguien en ese momento.

Cerré los ojos y respiré hondo.

Luego, cogí el recipiente de las albóndigas y me senté en el butacón

individual. Pinché una bola de carne y la mordisqueé con aire ausente.

No sabía qué me daba más coraje. Si la determinación de Luke o que ni siquiera fuera capaz de perder el hambre en momentos como ese.

Mientras comía, lo que más me preguntaba era si estaba preparada para regresar a Crossboots.

Durante mi paseo por San Francisco hasta que llegué a casa de Susan, lo había deseado. Y, muy en el fondo, sabía que seguía deseándolo.

Pero... ¿cómo podía afrontar lo que sabía frente a Ryan?

No tenía ni idea.

Todo estaba demasiado cruzado y no veía la manera de destrenzarlo.

Y, pensándolo bien, eso era imposible.

Cuando me terminé la última albóndiga, volví a dejar el recipiente sobre la mesa de centro con el tenedor dentro.

Después, recliné el butacón hacia atrás.

Desde donde me encontraba sentada, veía toda la distribución del apartamento.

Miré a la derecha y fijé la vista en la puerta cerrada de la habitación de Carl y Tom.

Momentos después, suspiré.

Luego, mis ojos se fijaron en la puerta abierta de mi habitación.

Momentos después, suspiré.

Entonces, miré a mi izquierda donde se encontraba la puerta principal.

Era la única vía de salida.

No sé cuánto tiempo permanecí con los ojos fijos en ella pensando en lo que debería hacer.

Respiré hondo y fijé la vista hacia el claro azul del cielo. Debajo del avión, las nubes creaban infinitas formas.

Pero yo seguía viendo muchas montañas de falso algodón.

El vuelo de San Francisco a Dallas había despegado puntual y yo volvía a estar sentada en el asiento que estaba junto a la ventana.

Déjà vu. Otra vez.

Pero, en esa ocasión, todo era diferente.

Volvía a casa.

Pero no lo hacía sola.

Luke se encontraba a mi lado. Jamás habría imaginado que, algún día, agradecería sentir aquel apoyo incondicional de él hacia mí. Tanto Luke como yo formábamos parte de una catástrofe similar aunque las circunstancias eran diferentes. Y ese punto que teníamos en común nos había unido más.

Se había convertido en un auténtico amigo.

Por eso había decidido hacerle caso.

Por eso y porque no había otra manera de que yo consiguiera seguir adelante con mi vida si no era enfrentándome a la realidad.

Necesitaba encajar hasta la última pieza de aquel puzle.

Tom, Carl y Luke me despertaron justo a las cinco de la mañana.

Tom fue delicado al zarandearme para que abriera los ojos.

Y, en cuanto lo hice, vi sus tres caras juntas mirándome desde lo alto mientras yo seguía reclinada en el butacón.

Si un vidente me hubiese dicho en el pasado que viviría ese preciso momento en el futuro, le hubiese pedido que me devolviera el dinero por estafador.

En cambio, allí estaban. Los tres sonriéndome y esperando a que me levantara.

—Tienes que hacerlo, Abby —me dijo Tom con su habitual cordura—. Ryan también necesita saber.

—Y yo necesito que su princesa me ayude a controlar su maldito genio —dijo Luke guiñándome un ojo con picardía.

—¡Ay, mi amor! No sabes la envidia que me da que tengas el privilegio de ver a este cachitas vestido de policía —dijo Carl con un gran suspiro de deseo. Luego, le dio un repaso con la mirada por todo su cuerpo mordiéndose el labio, como si fuera a comérselo de un solo bocado—. Aunque el uniforme de vaquero no le queda nada mal.

Luke dejó de sonreír y le miró.

—Un solo movimiento sospechoso, Carl, y eres hombre muerto.

Carl puso las manos en alto.

—Un solo movimiento sospechoso por mi parte y el castigo que voy a recibir de Tom será peor que mi propia muerte, mi amor —dijo Carl sonriendo y asintiendo con la cabeza asegurando lo que acababa de decir—. Puedes creerme, Luke.

—Puedes estar seguro —intervino Tom divertido.

—¿Queréis hacer el favor de quitaros de mi vista? —solté yo— ¡Os tengo

a los tres encima y no puedo levantarme!

Tom y Carl nos llevaron al aeropuerto y, esta vez, el recuerdo de nuestra despedida me hizo sonreír.

Mientras yo abrazaba a mi mejor amigo Tom, Luke le tendió la mano a Carl agradeciéndole sinceramente que le hubieran dejado dormir en el sofá de su apartamento. Pero Carl abrió los brazos y lo achuchó dándole un atrevido y breve abrazo dejando a Luke paralizado delante de la gente que nos rodeaba.

Y, cuando hicimos la cola para embarcar, la preciosa cara pecosa de Tom no había dejado de sonreír hasta que le perdí de vista.

Ahora, el avión estaba aterrizando en suelo Texano y Luke y yo nos encaminamos directos a la salida. Ninguno de los dos llevábamos maleta, así que salimos en un periquete hacia la recepción de los familiares.

Will Hellman se encontraba entre ellos. Nos acercamos y Luke le tendió la mano palmeándole la espalda después.

Yo le sonreí y lo abracé.

Después, Luke y Will intercambiaron unas miradas serias y sus rostros evidenciaron mucha preocupación.

Respiré hondo.

Dios sabía lo que me iba a encontrar en Crossboots.

Abby-18 años-Marzo

—Buen trabajo, Srta. Sheppard —dijo el profesor Hollis dejando sobre la mesa la sencilla carpeta transparente portafolios donde se encontraba mi trabajo de Marketing.

Suspiré con alivio y miré la nota que él había anotado en la parte superior de la primera página. Había obtenido la nota máxima y sonreí.

—Gracias, Sr. Hollis.

El profesor Hollis me había citado en su despacho y no tenía ni idea de por qué quería verme a solas. Cuando entré, el profesor tenía puestos sus lentes de vista cansada sobre su calva y me miraba con cautela. Después, cogió mi portafolio y lo miró antes de dejarlo en la mesa, felicitándome, mientras yo me sentaba frente a él al otro lado del escritorio reajustándome las gafas.

—Estoy deseando ver su trabajo de Publicidad en mayo —dijo muy serio. Luego, sonrió—. Si es tan bueno como espero que sea, me gustaría obtener su colaboración para que impartiera clases grupales suplementarias de mi

asignatura para el curso que viene. Sus exámenes son excelentes y usted es la alumna con la mejor nota.

El profesor Hollis me estaba ofreciendo un trabajo. Un trabajo que podía compaginar con mi vida sin ningún problema.

Me levanté de la silla y le ofrecí mi mano.

—Espero no defraudarle, Sr. Hollis —dije mientras él me estrechaba la mano—. Gracias, por todo.

—Nos vemos en mayo, Srta. Sheppard —dijo él colocándose de nuevo los lentes de vista cansada sobre su nariz y cogiendo una pila de papeles que se encontraba al lado derecho de su mesa.

Entonces, cogí mi trabajo y salí de su despacho. Tras cerrar la puerta a mis espaldas, una gran sonrisa apareció en mi cara llena de emoción y volví a reajustarme las gafas.

Cuando empecé esta clase el segundo semestre, el Sr. Hollis nos exigió dos trabajos justo después de la presentación de su asignatura.

Primero debíamos presentar un proyecto de marketing antes de las vacaciones de primavera. El producto lo dejaba a nuestra libre elección. Después, debíamos presentar la publicidad del mismo producto como proyecto final al terminar el semestre.

Y yo supe el producto que utilizaría para mi trabajo en el mismo instante en que nos lo dejó escoger.

Bourbon *Four Roses*.

Sabía que no iba a olvidar aquel licor en mi vida.

Era la bebida alcohólica preferida de Joe.

Me encontré a Derek tirado en el suelo con la misma botella después de que sufriera una estúpida pelea.

Y yo misma sufrí los efectos negativos por un exceso de embriaguez.

Después de que Derek consiguiera hacerme recuperar la consciencia, me ayudó para que pudiera presentarme en mi turno de trabajo lo más presentable posible.

Pero nada consiguió quitarme la resaca y el dolor de cabeza hasta el día siguiente.

Antes de empezar las clases del segundo semestre en la universidad, intenté hablar de nuevo sobre ese día con Derek.

La primera vez, no conseguí terminar una frase porque estábamos en la habitación y me tapó la boca con un beso después de decirme que olvidara aquel tema porque ya estaba todo solucionado. Después, sus manos

consiguieron desencaminar mis pensamientos hacia el hechizo de sus caricias.

En mi segundo intento, fui interrumpida por Carl.

Derek y yo estábamos solos y sentados en la mesa a punto de cenar. Cuando empecé a hablar, Carl entró en el apartamento y se dirigió a la cocina para beber agua. Entonces, vio a Derek zamparse en dos cucharazos la salsa casera entera que Tom y yo habíamos preparado para los nachos.

El grito horrorizado de Carl y la regañina que le soltó después desvió toda la atención del asunto que yo quería abordar con Derek.

Después, empezaron las clases y todo se convirtió en un ajetreo constante para los cuatro habitantes del apartamento.

Habían pasado más de dos meses de todo aquello y el tema había quedado completamente apartado en nuestro día a día.

Pero yo dediqué muchas horas de investigación sobre mi producto estrella. Además de buscar el origen del bourbon, investigué todos los tipos de botellas que existían en el mercado, sus precios, las opiniones y los sabores.

Después, busqué la información sobre la mezcla de maíz, cebada y centeno con la que se elaboraba.

Y no me olvidé de estudiar a la competencia.

El fin de semana que Carl decidía preparar alguna de sus copas mezcladas con cualquier licor, yo me tomaba un dedo de bourbon *Four Roses* como si fuera una auténtica sumiller.

Lo probé solo, con hielo, con café, con Coca-Cola, con Sprite y con Ginger Ale.

La cantidad que bebía era de tres sorbos y siempre tenía una pequeña libreta donde apuntaba todas las sensaciones gustativas que experimentaba. Valoraba las combinaciones y las anotaba para poder compararlas con las opiniones que encontraba en internet.

Definitivamente, decidí que la mejor manera de degustar el bourbon *Four Roses* era sin combinaciones. Solo el licor.

Al principio, pensé que no podría beber una sola gota de bourbon porque no podía olvidar la resaca que padecí durante un día entero. Sin embargo, terminé el trabajo descubriendo su aroma afrutado y floral que me encantaba.

Tenía dieciocho años y todavía me faltaban tres más para tener la edad permitida para beber alcohol.

Pero había sacado la mejor nota de la clase y estaba a punto de conseguir un nuevo trabajo para el curso siguiente.

Me lancé a los brazos de Derek en cuanto llegué a casa después del trabajo y se lo conté.

Era viernes y solo faltaba una semana para las vacaciones de primavera.

—Seguro que lo consigues —me dijo después de besarme—. Esta noche iremos a una fiesta. Nos han invitado.

—¿Una fiesta? —pregunté con los ojos abiertos por la sorpresa.

No había vuelto a ir a una fiesta desde Halloween.

Tom y Carl eran los que iban a esos acontecimientos y Derek nunca me había pedido que fuéramos juntos a una.

Pasábamos todo el tiempo libre que teníamos juntos y hacíamos un montón de cosas.

Habíamos cruzado el puente Golden Gate en bicicleta. Fuimos a la isla de La Roca para visitar la Prisión Federal de Alcatraz. Cogimos un autobús turístico para visitar San Francisco en un solo día. Visitamos la Academia de las Ciencias de California. Nos montamos en un segway para recorrer el Golden Gate Park. Y allí le conté a Derek todo lo que sabía sobre los tréboles después de la decepción que tuve al no encontrar ninguno en todo el jardín.

Todavía nos quedaban muchas cosas por hacer.

Pero no se me había pasado por la cabeza volver a presentarme a una fiesta.

—Sí, Abby. Una fiesta. Quiero que vengas conmigo a una fiesta que un amigo mío ha organizado para esta noche.

Me lo quedé mirando como si se hubiera vuelto loco reajustándome las gafas.

—No tengo ningún vestido para presentarme a una fiesta de esas y puedo jurar que, todavía menos, tengo los zapatos adecuados para combinarlos con una prenda inexistente en mi armario.

Derek me acunó las mejillas con las manos y me miró muy detenidamente con una sonrisa.

—No necesitas nada de eso para ir a una fiesta, Abby —levantó las cejas como preguntándome si le había entendido lo suficientemente bien—. ¿De acuerdo?

—No lo necesito —dije para convencerme a mí misma y afirmándole con la cabeza.

—Hoy, tú y yo, nos vamos a una fiesta.

Lo miré a los ojos.

—Nos vamos a una fiesta —repetí un poco asustada.

Derek asintió con la cabeza varias veces. Luego, dejó de sonreír.

—Exacto —dijo más serio de lo que era habitual en él—. Tengo que ir y no pienso presentarme allí sin ti. Ahora, nos vamos a la biblioteca.

Cuando Derek me soltó de sus brazos, me lo quedé mirando siguiéndole con la vista mientras se adentraba a su habitación para coger su mochila.

Respiré hondo.

“¿Tienes que divertirme, no? Tom lo hace. ¿Por qué tú no?”, me pregunté.

Cuando Derek salió de la habitación con su mochila, intenté tranquilizarme. Él estaría conmigo. Él no dejaría que me ocurriera nada malo de nuevo.

Entonces, vi cómo había vuelto a cambiar la expresión de su cara seria por la que era más habitual en él. Ahora, me sonreía con aquella seguridad que solía transmitir, aquella que me parecía tan atractiva, y cogió mis cosas antes de darme la mano para irnos hacia la biblioteca.

A las siete en punto estábamos cenando con Tom y con Carl en el apartamento.

—¿Queréis venir? —preguntó Derek invitándolos para que se vinieran con nosotros.

Tom y Carl se miraron con una sonrisa cómplice.

—Gracias pero no, mi amor. Esta noche, Tom y yo no vamos a salir.

Sonreí divertida.

Tom y Carl aprovechaban cualquier noche que nosotros salíamos para estar solos en el apartamento.

Y, muy probablemente, fuera la noche que más tiempo tendrían para estar juntos sin nuestra compañía.

Después de cenar, Derek y yo nos fuimos a cambiar.

Él se vistió con uno de sus pantalones de chándal de color gris, una camiseta ajustada de tirantes blanca y una sudadera de color granate.

Estaba muy callado y parecía que no prestaba atención a lo que se ponía.

Me reajusté las gafas.

—¿Vas a ir a la fiesta vestido así? —pregunté sorprendida.

Derek se giró como si le sorprendiera la pregunta.

—¿No te gusta?

Abrí los ojos todavía más descolocada.

¿Gustarme?

Joder.

Él sabía que ese tipo de prendas suyas eran mis preferidas. Cada mañana,

Derek salía a correr con ellas y yo me quedaba en la cama sin poder apartar la vista de él mientras se vestía.

Después, decidía si le acompañaba o me quedaba holgazaneando en el apartamento.

Me lo quedé mirando con cara de evidente respuesta.

Derek se me acercó despacio. Entonces, levantó una mano y me soltó el moño dándome un beso después.

—Tú también estás preciosa —dijo luego dando un paso hacia atrás y observándome con la intensidad de sus ojos.

Yo había decidido ponerme los únicos tejanos azules que tenía. Estaban muy desgastados pero me sentía cómoda con ellos. Mi camiseta era blanca y ajustada con la estampa del nombre del grupo musical Skid Row con letras pequeñas y rojas. Era la ropa más discreta que tenía y me calcé con mis zapatillas de deporte.

Viendo a Derek cómo iba vestido, me sentí mucho más aliviada.

—Esos tejanos le sientan muy bien a tu culo. Va a ser difícil quitarte los ojos de encima.

—Será mejor que no lo hagas —le advertí levantando las cejas y reajustándome las gafas.

Derek volvió a ponerse serio y me cogió de la mano.

—Vamos, nos están esperando.

Oh, Dios mío.

Nos íbamos a una fiesta.

Capítulo 45

El coche de Will acababa de aparcar frente a la casa de Ryan.

Sin más, Will sacó unas llaves que estaban en un cajetín del coche y me las ofreció.

Las cogí y le miré.

Will bajó los parpados y los volvió a abrir como animándome hacia mi misión.

Después, miré a Luke que estaba sentado detrás.

El apretó la mandíbula pero, luego, sonrió con travesura.

—Te acompañaría, princesa... —Entonces, hizo un gesto con las manos como diciendo que lo sentía—. Pero ya me he metido suficiente en este asunto.

Bajé la mirada y abrí la puerta. Luego, bajé despacio y apreté las llaves con la palma de mi mano.

Entonces, Will salió disparado hacia Dios sabía dónde dejándome allí plantada frente al Taller de Joe.

Cogí aire llenando los pulmones al máximo.

—Vamos allá, Abby —susurré.

Puse la llave en la puerta principal de la casa y la giré para que se abriera. Mi corazón bombeaba a toda velocidad porque no sabía lo que me iba a encontrar.

Entonces, mis ojos se abrieron como platos cuando lo descubrí.

La casa de Ryan estaba hecha un completo desastre. Parecía como si hubiera pasado un huracán.

Lo primero que vi fue el sofá volcado del revés y atravesado en mitad de la sala.

Por todo el suelo, había botellines de cerveza vacías, caídas de cualquier manera. Había trozos de vajilla rota en la cocina y la lámpara de pie del salón descansaba sobre la mesa de centro que también estaba del revés.

Una de las cristaleras que daban al patio estaba agrietada en mil pedazos y

era justo la única que daba el juego de abertura hacia el jardín.

Realmente..., Ryan se había vuelto loco.

Respiré hondo para intentar serenarme.

Uno de los dos debía mantener el control ante lo que nos venía encima. Y maldita la gracia que me hacía tener que ser yo la que tendría que manejarlo.

Me adentré pisando con cuidado para no cortarme y miré por el cristal que todavía seguía entero.

En mitad del patio, el cuerpo de Ryan estaba tumbado boca abajo. Su cara quedaba oculta bajo su pelo negro deshilachado y su mano derecha sostenía una botella completamente vacía a la altura de su cadera.

No movía un solo músculo pero sabía que no era nada grave porque, si no, Luke y Will lo habrían llevado hasta el Dr. Ward.

Así que lo único que le ocurría a Ryan era que estaba totalmente borracho durmiendo la mona.

Respiré profundo.

Necesitaría algo más que una jarra de agua fría para despertarlo.

Con cuidado, abrí un poco la puerta de cristal agrietada y salí al patio. Me acerqué a él y lo zarandé.

Solo obtuve un ligero ronquido y una apnea como respuesta.

Entonces, me dirigí al taller.

Allí todo estaba en su lugar. No había ni un solo estropicio. Mi pick-up y mi *Harley* estaban ahí dentro bien resguardadas haciendo compañía a un par de coches más.

Cogí y preparé lo que había ido a buscar y volví a salir al patio.

Cuando tuve a Ryan bajo mis pies, dejé lo que llevaba en mis manos sobre la hierba de tréboles.

Ryan siempre había sido delicado conmigo. Sobre todo, a la hora de llevarme a ducha.

Pero yo no era delicada.

Y él lo sabía.

Así que cogí uno de los enormes cubos que había preparado con agua fría y lo rocié encima de él sin más.

Ryan se movió un poco pero no despertó por completo de su letargo. Solo gruñó:

—Maldito... cabrón... —Casi no se le entendió porque sus labios rozaban el césped impidiéndole vocalizar—. Cuando... me levante..., te voy a matar..., Luke...

Luego, volvió a cerrar los ojos como si no hubiera dicho ni ocurrido nada. Cogí el segundo cubo y volví a echarle de golpe el resto de agua por encima.

—Aaargh... —gruñó otra vez, girando la cabeza hacia el otro lado.

Pero no se levantó.

—Levántate, estúpido —dije—. Tenemos muchas cosas de qué hablar. Pero no lo haremos hasta que te encuentres en condiciones.

—Joder... Luke... —dijo todavía arrastrando las palabras—. Tienes... la misma... voz... que Abby...

Puse los brazos en jarras y apreté los labios con rabia.

—Tengo la misma voz de Abby..., ¡porque soy Abby! —le grité.

Ryan intentó levantarse de golpe pero solo consiguió darse la vuelta con torpeza y quedarse sentado apoyándose con los brazos. Su boca estaba abierta por la sorpresa y los ojos casi se le salían de las órbitas, como si estuviera viendo a un fantasma.

—Me voy a casa de mi madre —dije señalándolo con el dedo índice—. Cuando vuelva, te quiero sobrio. —Me di la vuelta y di un paso hacia las cristaleras. Entonces, me giré para advertirle otra vez—. Y también limpio.

Ryan seguía en la misma posición y con la misma expresión de sorpresa. Parecía como si, realmente, estuviera flipando.

Volví a girarme y me fui directa al interior de la casa. Sorteé como pude todo aquel desmadre y salí por la puerta.

Necesitaba calmar los nervios de alguna manera, así que me dirigí a casa de mi madre andando.

Cuando llegué, sentí el olor de la lasaña que desprendía por la ventana abierta de la cocina.

Dios, estaba hambrienta.

Entré directa a la cocina y encontré a mi madre justo en el momento en que sacaba la gran bandeja del horno. La depositó en la encimera y se giró encontrándose con mi mirada.

Nuestros ojos lo dijeron todo.

Pero yo no iba hablar con el mismo dialecto que Will.

—Tú lo sabías —le reproché.

Ella no desvió la mirada en ningún momento pero se dirigió hacia la mesa y se sentó. Luego, me ofreció con la mano que me sentara frente a ella.

—Por favor, Abby —me pidió—. Siéntate. Te estaba esperando.

—Lo sé, mamá. Hoy es lunes, tu día de descanso. Era demasiada

casualidad que Luke pretendiera hacerme regresar precisamente este día de la semana.

Me acerqué a la mesa sin dejar de mirarla y me senté frente a ella.

—Dime una cosa, mamá. ¿Querías que volviera a casa para cuidarme? ¿O solo querías ayudar a Ryan?

Tras disparar aquellas preguntas, los ojos de mamá pasaron de la calma a la decepción. Después, se volvieron tristes. Y, finalmente, levantó la mirada con determinación.

—Es doloroso que la única persona que me mantiene viva en este mundo esté dudando de mis prioridades como madre en estos momentos —dijo con toda la pena que sentía.

Sabía que había sido muy directa. Sabía que acababa de hacerle daño. Pero no sabía cómo canalizar mi frustración si no lo hacía hablando claro.

—Entonces, ¿por qué no me lo contaste?

—Porque lo prometí y porque no era mi deber contártelo, Abby. Soy tu madre pero nunca me he metido en tu vida. Y, muchísimo menos, en la de los demás —dijo tajante—. Luke y Ryan aparecieron en nuestra casa en días y momentos completamente diferentes. Les acogimos como si fueran nuestros hijos y cada uno tenía su propia historia. Solo que Ryan te tenía a ti en la suya. Cuando Mike y yo supimos todo lo que ocurría, tú ya habías emprendido un camino que a todos se nos escapaba de las manos. Solo pudimos seguir con nuestras vidas y esperar acontecimientos. Derek llevaba mucha presión y no podíamos hacer nada más que estar pendientes de tu reacción... Aunque... jamás imaginamos que Derek...

—Sufriera un accidente mortal —terminé yo.

Decirlo en voz alta me afectó. Habría mentido si dijera lo contrario. Pero, esta vez, no me sobrevino como si una gran piedra cayera desde lo alto golpeando mi cabeza.

Había tenido tiempo de asumir aquel hecho.

Pero todavía quedaba una gran herida.

Una que tenía que volver a abrir más pronto que tarde.

Miré a mi madre directa a los ojos.

—Tenía que ayudarte, Abby. A ti, antes que a nadie. Que Ryan formara parte de todo, no fue una decisión. Era vuestro destino.

—Está bien, mamá —acepté entendiendo su postura.

Si yo hubiera estado en su lugar, no podía imaginar lo que habría hecho como madre. Además, había algo que ella desconocía. Y yo era quien se lo

escondía.

Ella me sonrió.

—De acuerdo, cariño —dijo poniendo su mano encima de la mía—. Lo siento mucho.

Miré su mano y giré la mía para entrelazar sus dedos con los míos.

—Solo... —carraspeé—, solo necesito saber una cosa más.

—Dime, hija.

—¿Viste... a Derek? —pregunté mirándola de nuevo.

Ella me sonrió con pesar.

—Sí, Abby. Le vi. —Mamá tragó saliva—. Me dijo que estaba... deseando volverte a ver.

Asentí con la cabeza varias veces.

Luego, le sonreí.

—No dejo de oler esa lasaña. Tengo hambre.

Mamá llenó su cara con una gran sonrisa.

—No pienso permitir que mi hija pase ni un poquito de hambre —dijo levantándose y acercándose a la encimera—. Es hora de comer.

Me levanté y me acerqué al cajón de los cubiertos. Nuestras caderas se rozaron y me giré.

—Te quiero, mamá.

Ella se giró hacia mí y vi que un par de lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Ven aquí, hija —dijo abrazándome con aquella dulzura que tanto me amparaba—. Eres lo mejor de mi vida.

—Lo sé.

—Vamos, cariño —dijo separándose de mí—. Tienes que comer. Vas a necesitar mucha energía.

—Ni te lo imaginas —le sonreí—. Ya he tenido que cargar con dos enormes cubos de agua fría.

—¿Dos cubos de agua fría? —preguntó mamá llevando la lasaña hacia la mesa—. ¿Para qué?

—Solo para despertar a Ryan de la borrachera. Ni te imaginas cómo está la casa —contesté llevando la vajilla y los cubiertos a la mesa.

Las dos nos sentamos y mamá repartió la comida.

—Si necesitas ayuda, no tienes más que pedírmelo.

—No, mamá. Ahora mismo, prefiero dejarlo todo como está. Así, yo también podré romper algo si Ryan me saca de mis casillas. No me siento en

condiciones para sentir remordimientos por eso.

—¡Dios! —exclamó mamá abriendo los ojos y sonriendo a la vez—. ¡He creado un monstruo!

Así, nos echamos a reír las dos juntas.

Después de comer, me duché y fui a mi habitación a cambiarme.

Había venido de San Francisco con la ropa de Lucy puesta y la puse para lavar. Quería devolvérsela limpia.

Después, me calcé con mis botas de combate y pasé por el salón. Mi madre estaba tumbada en el sofá mirando una película.

—Me voy mamá —dije besándole la coronilla.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó preocupada.

—Sinceramente...—respiré hondo—, no lo sé. Pero tengo que ir al campo de batalla. Los frentes solo se combaten luchando. Y creo... que ha llegado la hora.

—Buena suerte, cariño.

—Hasta luego, mamá.

En cuanto me despedí, salí a la calle y cogí el camino hacia la casa de Ryan.

Entonces, noté cómo un gran nudo se me formaba en el estómago.

Toda la seguridad con la que me había sentido al regresar de San Francisco con Luke empezaba a desmoronarse como un efecto dominó.

Abby-18 años-Marzo

La fiesta del amigo de Derek se celebraba en Sausalito en una preciosa casa flotante amarrada a un estrecho embarcadero. La casa era de una sencilla estructura rectangular y el tejado estaba rodeado de una baranda de madera creando una terraza al aire libre, como si estuvieras en la cubierta de un barco.

Precisamente, la casa se llamaba así. “La Cubierta”.

Apoyados en una de las barandas del embarcadero, varios jóvenes estaban observando a tres chicos que daban volteretas y saltaban de un pasamanos a otro desafiando la distancia y afinando el equilibrio para no caerse al agua de la bahía. La música era electrónica pero no sonaba estruendosa.

—¿Son tus amigos de *Parkour*? —pregunté confundida creyendo que íbamos a una fiesta universitaria.

Derek me sonrió, me soltó la mano y me puso el brazo sobre los hombros.

—Sí. Hace mucho tiempo que no les veo —Derek suspiró y miró hacia el cielo cambiando su expresión por una más triste—. No podía eludir la invitación... Se la debía a...

—Has venido —interrumpió alguien con voz serena.

Un chico de rasgos orientales miraba fijamente a Derek muy serio.

—Yuu —nombró Derek estrechándole la mano. Luego, los dos chocaron sus hombros derechos y se separaron de inmediato manteniendo sus miradas fijas—. ¿Qué hay?

Yuu bajó la mirada y me sentí un poco incómoda porque noté algo de tensión entre ellos.

—Están deseando verte. —Entonces, Yuu levantó la mirada pero la fijó en mí—. ¿Quién es esta preciosidad?

Abrí mucho los ojos al escuchar eso.

—Abby —dijo Derek mirándome también—. Este es Yuu. El que ha organizado todo esto.

Yuu inclinó su cabeza por lo que interpreté que me estaba saludando de alguna manera oriental. Luego, me cogió de la mano con suavidad.

—Espero que te sientas como en casa.

—Eh... Gracias..., Yuu —titubeé.

Una chica de pelo corto con un mechón de color rosa en el lado derecho de su flequillo se acercó corriendo.

—¡Derek! —exclamó dándole un corto abrazo—. Me alegro de que hayas venido.

—Hola, Macy —saludó Derek—. ¿Cómo estás?

—Aguantándole como puedo —dijo ella con una dulce sonrisa mientras sujetaba a Yuu por la cintura y mirándome con curiosidad.

—Macy, ella es Abby —nos presentó Derek.

Macy soltó a Yuu y me dio un abrazo igual de corto que el que le había ofrecido a Derek.

—Vamos —me dijo cogiéndome de la mano—. No puedes perderte el espectáculo.

Así, me vi rodeada de aquellos jóvenes que se admiraban y se aplaudían las peripecias que iban haciendo uno detrás de otro.

Pronto, Derek y Yuu no tardaron en unirse a los saltos que hacían los demás y se chocaban las manos felicitándose los desafíos que iban superándose cada uno.

Algunos saltaban desde la baranda de la terraza de la casa hasta el

embarcadero. Otros escalaban por la ventana hasta llegar al tejado y se dejaban caer amortiguando las caídas con volteretas. Cada cual con su estilo. Incluso había uno de ellos que nos ofrecía espectáculos de *Breakdance*.

Estaba tan absorta viendo todo eso que no me di cuenta de que Macy había desaparecido de mi lado durante un rato hasta que me ofreció un vaso con bebida.

—Espero que te guste el zumo de piña —dijo sonriéndome.

Cogí el vaso de sus manos asintiendo con la cabeza pero no bebí ningún sorbo porque una alerta se activó en mi cerebro de inmediato.

—No llevas maquillaje —comentó ella entonces.

En ese momento, dejé de sonreír en un impulso de autodefensa.

Me había relajado tanto viendo a aquellos chicos haciendo sus piruetas que hasta empecé a sentirme cómoda en esa fiesta.

Me reajusté las gafas y fijé la vista hacia Macy preparada para soltarle un par de comentarios que me vinieron a la cabeza.

Pero ella me estaba mirando con esa sonrisa dulce y no vi ni un atisbo de maldad en la expresión de su cara.

—Me gusta —dijo sorbiendo su bebida con una pajita—. No lo necesitas.

Entonces, solo le sonreí porque no sabía qué decirle a una chica que sí iba maquillada y, a la vez, ensalzaba a otra que no llevaba ni una pizca de pintalabios.

—Eres alguien importante —aseguró bajando su bebida hacia la altura de su pecho sin dejar de sonreírme.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desconcertada.

—Derek nunca trajo a una chica estando con nosotros. — Macy me miraba con mucha atención—. Tú eres la única.

Me quedé sin habla y miré a Derek quien me estaba mirando en ese mismo momento. Sus ojos brillaban y sus labios estaban sonrientes. Entonces, alguien le llamó para darle su turno para entrar en los saltos.

—¿Te ha hablado Derek de Kashim? —me preguntó Macy.

Giré la cabeza para mirarla.

—¿Kashim?

Macy asintió con la cabeza observándome con atención. Luego, me cogió de la mano y tiró de mí hacia la casa.

Atravesamos un pequeño salón con dos sofás, uno a cada lado de la pared, donde se encontraban dos chicas y un chico sentados y riéndose a carcajadas.

Macy me llevó hasta la pequeña cocina donde un pisolabis se encontraba

encima de la isleta junto con unos cuantos bricks de zumos de diferentes sabores.

—Kashim era el hermano de Yuu —dijo señalando el pisco labis—. ¿Tienes hambre?

—Eh... No, gracias.

—No has bebido ni un sorbo de zumo.

Miré a Macy con sinceridad reajustándome las gafas.

—Me pusieron droga en una bebida.

—¿Droga? —exclamó Macy con la boca abierta. Luego, miró alrededor y me sonrió—. Te puedo jurar que aquí no hay droga. Son deportistas de riesgo y podrían matarse.

Macy bajó la mirada y tragó saliva. Luego, suspiró y me miró con tristeza.

—Kashim —nombré mirándola a los ojos—. Derek me habló de una muerte en el grupo pero no me dijo el nombre.

Los ojos de Macy se volvieron más tristes.

—Derek y Kashim eran inseparables. No sabría decirte quién de los dos arriesgaba más con sus saltos y siempre, siempre, saltaban juntos —remarcó—. Pero, un día, Derek no se presentó a uno de los encuentros y tampoco pudieron comunicarse con él. Kashim decidió que no había motivo para dejar de practicar. Así que todos le siguieron hasta que llegaron a la Plaza Unión. Kashim se subió al pie del monumento de Dewey. Pero quiso desafiar más sus habilidades y empezó a trepar hacia la estatua.

Macy dio un sonoro suspiro mientras mis ojos se abrían por la sorpresa.

—Sí. Era estúpido hacer eso —dijo viendo la cara que puse al escucharla—. Pero así era Kashim. El caso es que alguien llamó a la policía y el ruido de las sirenas desconcentraron a Kashim que aflojó su amarre. No había subido más que un par de metros pero la caída fue mortal con un solo golpe en la cabeza contra el pie del monumento. La plaza estaba llena de gente y todo fue... un caos.

—Joder... —musité.

—Sí. Joder. Menuda mierda —exhaló Lisa—. Yuu vio morir a su hermano y Derek no se presentó al funeral aunque lo llamó varias veces al día siguiente. Pero Yuu no le cogió el teléfono. Más tarde, supimos que su ausencia tenía que ver con otro funeral. El de su padre.

Como no sabía qué decir, bebí el zumo de piña que tenía en mi mano. De repente, me daba igual si había droga en la bebida o no.

—Yuu estuvo meses sin querer saber nada de él. Todos intentamos

hacerle entrar en razón. Pero, cada vez que le nombrábamos a Derek, Yuu se cerraba en su propio caparazón. Hasta las pasadas Navidades.

Cogí otro brick y me serví más zumo cada vez más nerviosa.

Navidades. Pelea. La duda de Derek por si lo abandonaba. Bourbon *Four Roses*...

Todo empezaba a encajar.

Me bebí el zumo de un trago. Empezaba a notar una nueva ansia por beber. Y, maldita sea, no había ni una gota de alcohol. Ni droga.

—Se encontraron en el cementerio por casualidad. Derek estaba frente a la tumba de Kashim y Yuu llegó después. Por lo visto, llegaron a entenderse por fin y hoy Yuu ha querido reunirnos a todos aquí en memoria de Kashim.

De repente, un montón de voces resonaron en la casa y la cocina se llenó de gente.

El piscolabis desapareció en cuestión de minutos.

Entonces, unos brazos me rodearon desde atrás por la cintura.

—No estabas en el embarcadero —me dijo Derek en el oído después de besarme el cuello—. ¿Estás bien?

Yo seguía mirando a Macy algo azorada pero sonreí. No iba a reprobar a Derek delante de nadie por no haberme contado toda la historia antes.

—Sí. Todo está perfecto —respondí volviendo a llenar mi vaso de zumo—. Gracias, Macy. Estaba todo muy bueno.

Bebí un buen trago después de simular un brindis hacia ella.

—No la sueltes, Derek —dijo Macy guiñándome un ojo—. Esta chica me cae bien y esos tejanos le quedan estupendos.

—Lo sé —dijo Derek poniéndome la mano en el culo—. Debería ponérselos más a menudo.

Le di un pequeño codazo en el estómago y Derek soltó un falso quejido porque yo sabía que no le había hecho daño.

—Buena chica —dijo Macy riéndose.

En aquel momento, la música cambió dando paso a un ambiente más relajado. Jack Johnson abrió la calma con *Only The Ocean*.

La gente empezó a dispersarse por la casa. Unos se reunieron alrededor de los sofás y otros subían y bajaban hacia la cubierta.

—Voy a ver cómo está Yuu —dijo Macy dejándonos solos a Derek y a mí.

Él me dio la vuelta y me acorraló con su cuerpo contra la isleta pegándose bien a mí y sujetándome con las manos las nalgas de mi culo.

—¿Te han gustado los saltos? —me preguntó besándome el cuello con un movimiento de fricción contra mi pelvis.

—Sí... —suspiré al sentir el cosquilleo de sus labios y su entrepierna endurecida.

—No has terminado de verlos...

—No... Tenía... sed...

—Dios, Abby... Voy a quitarte estos tejanos... Ahora.

Entonces, Derek me alzó las piernas rodeándose la cintura con ellas y dio giro muy rápido. En un momento, me vi encerrada con él en una pequeña habitación individual. Derek aseguró el cierre de la puerta y, sin soltarme, se acomodó encima de mí después de tenderme en la cama con más precipitación de lo habitual.

Era como si, de repente, no me quisiera soltar asegurándose de cumplir la advertencia de Macy. Sin embargo, me abordó con la misma delicadeza con la que lo hacía siempre. Por eso, mi mente dejó de pensar en la conversación que yo había mantenido con ella y tampoco me preocupé por si alguien nos había visto entrar en aquella habitación.

Solo me dejé llevar por Derek.

Cuando salimos de la habitación, nadie parecía haberse dado cuenta de lo que acabábamos de hacer. O, simplemente, no les importaba. Todos seguían con sus conversaciones o riéndose. Dos parejas estaban bailando acaramelados entre los espacios huecos que había entre los pequeños grupos esparcidos por el reducido interior de la casa.

Había más gente de la que nos encontramos al llegar. Algunos subían o bajaban las escaleras que daban a la cubierta y Derek tiró de mí haciéndome subir hacia ese tejado.

El ambiente era el mismo que el de abajo. Tres parejas bailaban y otras tantas mantenían conversaciones apoyados en la baranda o sentados en el suelo.

—Ha venido más gente —comenté apoyándome en la baranda mirando hacia el agua.

—Sí. Algunos del grupo han hecho nuevas amistades.

Respiré hondo y miré las preciosas casas iluminadas que nos rodeaban.

Con Derek todo era fácil.

Todo, excepto sus tormentos. La cautela con la que los ocultaba era tan hermética como una caja fuerte.

Sin embargo, debía respetárselo.

Yo empecé mi vida en San Francisco como si no tuviera un pasado y se lo descubrí a Derek con la ayuda de una botella de licor.

Pero podría haberme mencionado el motivo de esta fiesta por lo menos y me sentía un poco dolida por eso.

—Tú te apartaste por completo —dije alzando la vista para mirarle. Sabía que, con esas palabras, se daría cuenta enseguida de que estaba enterada de todo.

Derek bajó la mirada hacia el agua con la expresión de su cara llena de culpabilidad.

—No... No puedo...

Dios... Otra vez, Derek se encallaba a la hora de hablar.

Entonces, se enderezó y apretó las manos crispadas en la baranda balanceando su cuerpo.

—No lo soporto —dijo al fin.

—Tú no tienes la culpa de lo que pasó —dije reajustándome las gafas y respetando lo que él sentía—. Y todos lo saben.

Derek me miró con lágrimas en los ojos.

—Sí... Carl se encargó de repetírmelo durante mucho tiempo. Pero... le echo de menos, Abby. Todos los días.

Alcé una mano e intenté borrar sus lágrimas.

—Supongo que también echarás de menos a tu padre. Debió ser igual de importante para ti si no pudiste acompañar a Yuu en su dolor.

Derek tragó saliva y respiró fuerte por la nariz. Se enjuagó las lágrimas con la manga de la sudadera y me acercó hacia su cuerpo rodeándome con los brazos por la cintura.

Yo le rodeé con los míos el cuello y él apoyo su barbilla sobre mi hombro.

Entonces, me vi bailando con él la balada que sonaba en ese momento. La voz de Snow Patrol cantaba *Chasing Cars*. Las sensaciones que mi cuerpo recibía a cada balanceo con los que Derek me guiaba hacían palpar mi corazón a la vez que mi cuerpo se acoplaba más al suyo.

Cerré los ojos y descansé mi cabeza apoyando mi mejilla sobre su hombro. Me dejé llevar por la canción que iba calándome hondo y haciéndome vibrar.

—Te quiero, Abby —me susurró.

Paz.

En aquel momento, sentí paz bajo la magia que me rodeaba entre los brazos de Derek.

Capítulo 46

Cuando llegué a casa de Ryan y abrí la puerta, la casa seguía igual de destrozada. Pero la puerta cristalera agrietada ahora estaba completamente abierta.

Eso hizo que mi gran nudo en el estómago se aflojara.

Yo tenía que afrontar algo importante con Ryan.

Pero él también tenía que hacer frente lo suyo conmigo.

Como llevaba las botas de combate, ya no tenía que sortear con tanto cuidado todo aquel estropicio. Así que me adentré y crucé el salón para comprobar si Ryan seguía allí fuera tal cual lo había dejado.

Pero no.

En cuanto asomé la cabeza por el patio, lo primero que escuché fue un golpe. El ruido provenía de la pequeña casita de madera en donde Ryan guardaba algunas herramientas para el jardín además de una nevera-congelador que usaba para algunas provisiones extras.

Al dirigir la mirada hacia allí, vi que Ryan estaba tirando fuerte del pomo de la puerta como si le costara la misma vida abrir.

Llevaba ropa limpia y su aspecto era aseado. Nada que ver con lo que me había encontrado, aunque todavía no le había visto la cara porque solo lo veía de espaldas a mí.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté alzando la voz y dirigiéndome hacia él.

Ryan dejó de forcejear quedándose paralizado.

Después, fue girando su cuerpo gradualmente como si temiera algo. Lo que yo no lograba imaginar si era por mí o había algo más.

Mientras me acercaba, sus ojos no perdían detalle de cada paso que yo daba.

Cuando estuve frente a él, pude comprobar el cansancio que ofrecían sus ojeras. Se le veía muy decaído.

—¿Se ha atascado la puerta? —pregunté levantando las cejas porque todavía no había abierto la boca.

Ryan respiró hondo y exhaló antes de cerrar los ojos para volverlos a abrir. Me miraba como si todavía no pudiera creerse que yo estuviera allí.

En un acto reflejo, mis ojos bajaron la vista y me di cuenta de que Ryan estaba sujetando un botellín de cerveza en su mano.

—¿Has vuelto a beber? —pregunté incrédula.

Ryan bajó la vista hacia su mano y apretó la mandíbula con fastidio. Luego, alzó la mirada y, sin dejar de observarme, picó varias veces en la puerta de madera con el puño que tenía libre.

Desvié la mirada hacia allí y volví a mirar a Ryan con los ojos abiertos preguntándome qué coño estaba pasando.

Entonces, Ryan volvió a golpear la puerta y yo notaba que empezaba a perder los nervios. Con todo lo que teníamos, solo me faltaba jugar a las adivinanzas con la maldita puerta.

—Ryan —le advertí señalándolo con el dedo índice—, no estoy de humor para juegucitos. O me explicas lo que está pasando aquí o yo misma me cargo la puerta a golpes de martillo. ¡Y créeme que ganas no me faltan!

En cuanto dije aquellas palabras, escuché girar el pomo. Acto seguido, la puerta se abrió.

Abrí la boca por la sorpresa que me llevé cuando vi a Luke cruzando el quicio, sonriéndome travieso y desviando la mirada hacia Ryan como pidiéndole perdón por algo. Luego, se volvió hacia mí.

—Solo estábamos ayudando —dijo como si antes no me hubieran dejado sola frente a la casa de Ryan.

—¿Estábamos? —pregunté poniendo las manos en mis caderas.

En ese momento, Will también salió por la puerta. Pero cabía reconocer que este parecía algo más avergonzado.

—Bueno... —dijo Luke palmeando un par de veces las manos y refregándoselas después—, creo que ya hemos hecho suficiente, ¿no crees, Will?

Will asintió medio sonriendo como si no se atreviera a reírse a carcajadas.

—Pues... vámonos.

Luke no se lo pensó dos veces y echó a andar hacia el Taller de Joe.

En cambio, Will miró a Ryan y le sonrió más abiertamente. Cambió el peso de su cuerpo un par de veces como indeciso. Y, de repente, levantó el brazo y le quitó el botellín de cerveza a Ryan. Después, corrió como una bala detrás de Luke.

En un santiamén, Ryan y yo nos encontramos uno frente al otro,

mirándonos a los ojos y con un montón de cosas por decir.

Muchas veces, había sentido que había algo inalcanzable en Ryan. Y ahora sabía el porqué. Así que no iba a andarme con rodeos.

Ryan puso las manos en los bolsillos de sus vaqueros en un gesto nervioso.

Yo crucé los brazos sobre mi pecho dispuesta a hablar.

—Yo...

—Vi a Susan.

Los dos hablamos a la vez.

Ryan abrió mucho los ojos y, después, bajó la cabeza mirando al suelo tapándose la cara con una mano.

—Lamento no haber sentido tus pérdidas en su debido momento —dije. Porque era verdad que lo sentía muchísimo por él, muy a pesar de mi propio dolor.

Ryan alzó la cabeza de nuevo para mirarme.

El impacto que recibí al ver sus preciosos ojos verdes claros humedecidos por las lágrimas que brotaban de ellos me golpeó el corazón. Sus labios temblaban y ¡Ay, Dios mío! si casi no me desmoroné en aquel momento quedándome sin habla.

Ryan sorbió por la nariz y se enjuagó una mejilla con la mano.

—Ojalá... hubiese podido estar a tu lado para sentir las tuyas también —dijo él, recobrándose un poco de su agonía y enjuagándose la otra mejilla.

Asentí con la cabeza porque nada podía contradecir que el sentimiento era mutuo.

—Debió ser muy duro para ti llevar este secreto aquí —dije levantando los brazos y señalando alrededor con las manos—. En Crossboots.

Tras decir aquellas palabras, a Ryan volvieron a saltársele las lágrimas sin dejar de mirarme y haciéndome entender con sus ojos cuán difícil le había resultado eso.

Entonces, me di cuenta de que sería incapaz de decirle lo que yo llevaba tanto tiempo ocultando.

Simplemente, no podía hacerlo.

No... en aquellos momentos.

Porque, de nuevo, se me hizo un gran nudo en el estómago haciéndome sentir de nuevo miedo.

Respiré hondo, nerviosa, y exhalé.

—No sé... —carraspeé— cómo afrontar esto, Ryan —confesé negando

con la cabeza y desviando la mirada hacia el cielo—. Ni siquiera sé cómo me siento al respecto. Todo esto es tan... tan...

Apreté la boca porque no encontraba la palabra exacta. Luego, cerré los ojos y me tapé la cara con las manos.

—Dios mío —suspiré—, solo se me ocurre decir *inimaginable* porque *increíble* es evidente que no lo es. Yo misma lo estoy sufriendo y... —tragué saliva y levanté las manos— y no tengo ni la más mínima idea de cómo proceder.

Ryan cambió su peso y alzó una mano en un intento de acercarla hacia mí. Pero, enseguida, volvió a ponerla dentro del bolsillo de sus pantalones. Sus lágrimas empezaban a menguar y parecía que volvía a tomar el control de sus emociones.

—Por favor, Abby —suplicó—, deja que yo me encargue de eso. Era mi deber explicártelo. Estaba preparado para contártelo cuando llegaste. Pero los contratiempos lo complicaron todo y, después..., no encontraba el momento para hacerlo.

Me lo quedé mirando agradecida.

Maldita sea, si no le quería. Maldita sea, si no le amaba.

No tenía ninguna duda sobre eso aunque no me sentía preparada para decírselo en voz alta.

Solo deseaba que lo nuestro funcionara.

Y casi lo habíamos logrado.

Sin embargo, en esos momentos, todo aquello se interponía entre nosotros y Ryan se estaba ofreciendo, otra vez, a ayudarme a canalizar mis emociones.

Yo se lo había pedido.

Y él me estaba arrimando el hombro.

Respiré hondo.

—Está bien, Ryan —acepté—. Esto vuelve a estar en tus manos. Entonces, dime: ¿Y ahora qué?

Él cerró los ojos y exhaló todo el aire retenido en los pulmones. Luego, me miró y me tendió la mano.

—Ven —ordenó mientras esperaba a que yo le ofreciera la mía—. Hay algo que intenté entregarte hace muchos años. Empecemos por ahí.

—¿Intentaste? —pregunté acercando mi mano hacia la suya.

Ryan fue rápido para cogérmela.

—Sí —respondió serio—, pero desapareciste.

—¿Desapareciste?

—Sí —respondió echando a andar hacia el Taller de Joe y haciendo que yo le siguiera de inmediato—. Hasta que descubrí que estabas en San Francisco.

Cuando entramos en el local, Ryan se dirigió hacia la pared donde estaban todas las viejas herramientas que yo había usado con Joe. Tras tirar con los dedos un gancho en el que colgaba una antigua llave inglesa, un gran trozo de panel se abrió haciendo tintinear al resto de llaves.

Una caja fuerte de tamaño mediano apareció ante nuestros ojos.

—Era verdad —dije sorprendida—. Tienes una caja fuerte...

—Sí —dijo él tecleando la combinación para poder abrirla—, la tengo.

Cuando la abrió, todavía me sorprendí más. Solo había dos sobres del tamaño de un folio de color marrón.

Ryan cogió el que estaba por encima del otro y volvió a cerrar la caja fuerte y el panel. Luego, se giró.

—Esto —dijo entregándome el sobre—, es tuyo.

—Esto... es... mío... —repetí mirando a Ryan fijamente esperando que me contara lo que era.

—Ahí están los papeles de la *Harley* —dijo con un movimiento ligero de cabeza. Luego, apretó la mandíbula—. Y... una carta.

—¿Una carta? —pregunté abriendo nerviosa el sobre marrón para encontrarla.

En cuanto di con ella, la saqué y la miré.

El sobre estaba completamente sellado y envejecido y mi nombre venía escrito con letra ruda pero firme.

Le entregué el sobre marrón a Ryan sin mirarle para que lo sostuviera y me di la vuelta para salir al jardín.

Mientras me dirigía hacia el balancín para sentarme en él, fui abriendo el sobre con la mayor delicadeza que pude. Pero los nervios me traicionaron y terminé rasgando de cuajo la solapa que tan bien sellada estaba.

Respiré hondo cuando aplané bien las hojas escritas tanto por delante como por detrás.

Joe había atendido unas horas de su vida dedicando ese tiempo para escribirme.

Jamás lo habría imaginado de él.

Me senté en el balancín y me acomodé estirando una pierna sobre el asiento. Con el otro pie, me columpié.

Entonces, me olvidé del mundo entero y empecé a leer.

Ni siquiera sabía dónde se encontraba Ryan en aquellos momentos.

Abby-18 años-Marzo

Tom y Carl estaban en Los Angeles. Se fueron al día siguiente de que comenzaran las vacaciones de primavera. La madre de Carl tenía que supervisar el maquillaje de los actores de una nueva *sitcom* y se fueron con ella.

Ese mismo día, mamá me llamó.

—El lunes aterrizamos en San Francisco.

—¿El lunes? ¿A qué hora? ¿Por qué me avisas con tan poco tiempo? ¿Ocurre algo? ¿Dónde dormiréis? ¿Vendréis a nuestro apartamento? ¡Oh, Dios mío, mamá! ¡Por fin conocerás a Derek! ¡Oh, no! Pero no veréis a Tom. Está en *Los Angeles*. ¡Mierda! Él tampoco os verá y tampoco conoceréis a Carl...

—¡Para, Abby! —me cortó mamá—. Tranquilízate, ¿de acuerdo? —La cara de mi madre me miraba a través de la pantalla del móvil con advertencia.

Respiré hondo e intenté calmarme reajustándome las gafas.

Hacía nueve meses que no veía a mamá en persona y acababa de sorprenderme con su visita.

—Está bien, mamá. Pero cuéntame. ¿Cómo es que venís tan de repente?

—Hace tiempo que lo teníamos planeado. Pero Mike tenía que terminar de arreglar unos asuntos y no sabíamos si los tendría solventados a tiempo. Tenemos reservada una habitación de hotel hasta el viernes por la mañana que será el día que volveremos a casa. Ya sabemos que no veremos a Tom. Penny ya nos lo había dicho. Y no tienes que preocuparte por nosotros. Solo necesitamos saber qué horas libres tienes para poder ir a verte. Queremos aprovechar tus turnos de trabajo para visitar la ciudad también.

—Oh, Dios mío, mamá —suspiré colocando la mano sobre mi corazón—. Por fin, podré volver a abrazarte.

Al finalizar aquella llamada, empecé a notar que mi cuerpo se alteraba ansiando que llegara ese día.

Y ese día había llegado.

Derek llevaba encerrado un montón de rato en el cuarto de baño y Mike y mi madre no iban a tardar mucho en llegar.

Me acerqué a la puerta y piqué con los nudillos de mi mano con golpes cortos pero seguidos.

—¿Derek? ¿Te encuentras bien? —pregunté reajustándome las gafas.

Derek no me contestó pero abrió la puerta de repente. Su aspecto era pálido y unas gotas de sudor bajaban por su frente.

—Estoy bien —dijo intentando mantener una seguridad que yo no terminaba de ver con claridad.

—Estás pálido y estás sudando —dije poniendo la mano en su frente—. Pero no parece que tengas fiebre.

Derek me cogió la mano y me besó la palma.

—Me encuentro bien —dijo mirándome a los ojos—. Solo estoy un poco nervioso.

—¿Nervioso? —pregunté sorprendida—. ¿Por qué?

Derek exhaló fuerte y levantó las manos en un gesto como diciéndome que la respuesta era evidente.

—Nunca he tenido que conocer a los padres de nadie.

—¿Estás nervioso porque vas a conocer a mi madre?

Derek sonrió.

—Y a Mike —dijo levantando las cejas como si eso fuera un problema.

—No deberías estar nervioso por eso. Adorarás a mi madre en cuanto la veas y estoy segura de que te llevarás estupendamente con Mike. Solo es su novio.

—Y también es policía —dijo Derek cogiendo una pequeña toalla y secándose el sudor.

Entonces, sonreí.

Era gracioso ver a Derek tan angustiado por eso cuando yo sabía que no tenía nada de lo que preocuparse.

Simulé una pistola con mi mano derecha y apunté hacia su corazón.

—También ha sido militar de las Fuerzas Armadas del Ejercito —lo provoqué más.

Derek aspiró fuerte por la nariz como si le faltara el aire.

—Estupendo —dijo exhalando de golpe el aire que había inspirado hacía un momento—. Es lo mismo que una batalla entre la acrobacia y el *Jiu-jitsu* —volvió a levantar las manos y apretó los labios negando con la cabeza—. Estoy perdido.

—Oh, vamos, Derek. Te van a encantar. Ya lo verás.

Le di un beso y me acerqué a la cocina para supervisar la cena. Había preparado una ensalada de pasta y un estofado de carne de ternera que todavía hervía en el fuego a baja cocción para que estuviera en su punto a la hora de cenar.

El timbre sonó en ese momento y me giré corriendo hacia la puerta sonriendo.

Mamá había llegado.

Cuando abrí, salí al rellano y me lancé a los brazos de mi madre que me abrazó con aquella ternura que tanto había extrañado.

—Mamá, te he echado mucho de menos —dije llorando emocionada.

—Yo también a ti, cariño. —Me separó de sus brazos y me supervisó entera—. Mírate. Cómo has cambiado en estos meses.

Entonces, divisé a Mike que nos miraba con una gran sonrisa.

—Hola, Mike —saludé abrazándolo también.

—¿Qué hay, pequeña?

—A ti también te he echado de menos —dije separándome de él y golpeándole con mi puño contra su hombro.

—Pues yo a ti no —bromeó devolviéndome el golpe con su puño—. No te imaginas la tranquilidad que reina en Crossboots sin ti.

—Por eso me fui —bromeé sonriéndole también—. Para que reinara la paz. —Entonces, me di cuenta de que Derek seguía dentro del apartamento—. Oh, Dios mío —exclamé—. Vamos, pasad.

Cuando abrí más la puerta para dejarlos entrar, vimos a Derek paralizado junto a la mesa. Su cuerpo parecía tan petrificado como una estatua de piedra y sus ojos miraban fijos a mi madre sin dejar de pestañear. Su boca estaba entreabierta como si esa fuera la única vía por la que podía respirar.

Entonces, mi madre se le acercó despacio sin dejar de observarle y alzó una mano hacia su mejilla mientras Derek no dejaba de mirarla con los ojos muy inquietos.

—Así que tú eres el culpable de que mi hija no deje de sonreír cada vez que me habla de ti.

Derek tragó saliva como si tuviera la boca llena de arena y no pudiera ni escupirla ni tragarla.

—Eh... Sí..., Sra... Sheppard... —Derek volvió a tragar—. Cul... Culpable...

Mamá le ofreció su sonrisa más tierna y colocó su otra mano acunando la otra mejilla de Derek.

—Entonces, déjame que te abrace para agradecértelo.

Derek abrió los ojos sorprendido. Luego, levantó las manos para rodear la cintura de mi madre como si fuera un robot y mi madre le colocó las manos por detrás de sus hombros y lo acercó a su cuerpo abrazándolo como si fuera

un niño pequeño que acababa de caerse y estuviera a punto de llorar.

—Dios te bendiga, hijo.

Entonces, Derek relajó su cuerpo como si un hechizo le hubiera devuelto a la vida y abrazó a mamá como si fuera su propia madre.

—Gracias —susurró exhalando todo el aire que había retenido hasta ese momento.

Mamá se separó de él y le volvió a poner la mano en la mejilla.

—A ti.

—Hijo... —interrumpió Mike entonces—, creí que no ibas a soltarla. — Se acercó a ellos y rodeó a mamá por los hombros con un brazo—. Una cosa es que hagas sonreír a Abby pero Bonnie es mía —bromeó estrechándole la mano a Derek sonriendo—. Soy Mike.

—Agente Olsen —dijo Derek—. Me alegro de conocerle.

—Creo que será mejor que nos tuteemos, ¿no te parece?

—Claro... Lo que usted diga.

Mike giró la cabeza para mirarme con una gran sonrisa.

—Creo que tu chico no es muy obediente.

—Dale tiempo, Mike —dije devolviéndole la sonrisa y cerrando la puerta—. Derek cree que lo vas a subir al ring y que lo vas a destrozar con llaves de *Jiu-jitsu*.

Mike soltó a mi madre y giró todo su cuerpo hacia mí.

—¿Dónde está el ring? —preguntó guiñándome un ojo y haciéndome reír.

—No les hagas caso, Derek —interrumpió mi madre frotándole el brazo para tranquilizarlo.

Derek le sonrió.

A partir de ese momento, todos empezamos a relajarnos.

Cuando Mike y mamá salieron por la puerta para irse a su hotel, sentí un gran vacío y la añoranza me volvió a desolar. Sabía que los vería los siguientes tres días. Pero un nudo en el estómago me indicaba que me quedaría con ganas de más.

Mike se encontró indispuerto el jueves y Derek aprovechó para ir a su casa a visitar a los suyos.

Esa noche, iba a cenar a solas con mi madre y fue algo que mi fuero interno agradeció a pesar de que no podría despedirme de Mike al día siguiente.

Sin embargo, no esperaba la conversación que tuve con mamá cuando terminamos de cenar.

—Hija, tenemos que hablar —dijo dejando el trapo que había usado para secar la vajilla que acabábamos de limpiar.

Me reajusté las gafas.

—¿Qué ocurre, mamá?

—No ocurre nada, Abby. Solo necesito explicarte algo que no te he contado nunca. Por favor, sentémonos —me pidió indicándome el sofá—. Se trata de Mike.

—¿Va a dejarte de nuevo?

Mamá me sonrió negando con la cabeza.

—No, cariño. No se trata de eso.

—Dispara, mamá. Sabes que no aguanto darle vueltas a las cosas.

Mamá volvió a sonreírme y me acarició la mejilla.

—Nunca has sabido por qué Mike se iba de casa y sabía que eso te inquietaba mucho cuando eras pequeña. Siento mucho haberte hecho sufrir por eso.

—¿Y por qué lo hacía? —dije ansiosa por saber la respuesta.

—Porque quería casarse conmigo.

—Y tú no podías. Ya estabas casada.

Mamá asintió con la cabeza.

—Además, enamorarme de un ayudante del Sheriff fue un riesgo que intenté evitar a toda costa. Pero ya ves que no lo conseguí tampoco. Y casarme con él habría sido una falta de respeto hacia ti, hacia él y hacia su trabajo. Ya había cometido suficiente delito esquivando la ley con mi documentación.

—Y Mike se iba de casa cada vez que te negabas.

Mi madre volvió a asentir.

—Pero, hay más.

—¿Qué más?

—Mike también quería adoptarte.

—¿Adoptarme? —pregunté emocionada y decepcionada a la vez. Siempre había deseado que Mike fuera mi padre y, en ese momento, estaba descubriendo que él había intentado serlo. Pero, ahora, ya no tenía la misma importancia que antes porque sentía que mi vida estaba empezando a arrancar de nuevo junto a Derek. Y era una vida muy lejos de Crossboots.

—Sí, Abby. Mike quería ser tu papá. Pero yo no podía permitirlo de ninguna manera. Era una temeridad arrastraros a los dos hacia ese pozo sin salida.

Miré a mi madre con tristeza.

—Gracias por contármelo, mamá —dije notando las lágrimas corriendo por mis mejillas—. Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes.

Mi madre me acarició de nuevo la mejilla.

—Si las cosas hubieran sido diferentes, lo más seguro es que tú no hubieras nacido y yo no hubiese llegado hasta Crossboots. Por lo que es seguro que Mike tampoco habría aparecido en nuestras vidas. —Mamá abrió los brazos invitándome hacia el último de sus abrazos—. Así que dejemos las cosas como están.

Entonces, dejé caer mi cuerpo hacia el suyo y dejé que las lágrimas mojaran el precioso vestido que mi madre llevaba puesto, aunque sabía que a ella eso no le importaba.

—Eso no quiere decir que la vida no pueda cambiarnos de un momento a otro. Nunca lo olvides, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza y me abracé más fuerte contra ella.

—Te quiero, mamá.

—Eres lo mejor de mi vida. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

Aquella noche, tras ver salir a mi madre por la puerta, me tumbé en la cama en la oscuridad de la habitación y dejé que mis ojos lloraran como hacía tiempo que no lo hacían.

Cuando Derek entró en la habitación, se acercó sigiloso y se tumbó en la cama boca arriba cuidadoso y puso una mano sobre su frente. Con el otro brazo, me rodeó los hombros y me acercó contra su cuerpo.

Mis ojos estaban secos e irritados. Los cerré y escuché los latidos de su corazón que bombeaba tan rápido como el mío. Pero ninguno de los dos movió un solo músculo y, cuando el flujo sanguíneo se nos estabilizó, conseguimos quedarnos dormidos en aquella postura hasta el día siguiente.

Capítulo 47

Querida Abby, mi pequeña guerrera;

Cuando leas esta carta, será porque Dios habrá querido que me reúna con Él.

O eso espero, porque trabajo me costará suplicarle que me perdone por todos mis pecados.

No puedo imaginar en qué situación te encontrarás mientras lees estas palabras.

Pero la muerte de tu padre ha golpeado mi conciencia.

Tu madre escondía un gran secreto y, con diecisiete años, has tenido que afrontar un duro golpe que te marcará de por vida.

Lo sé porque yo también estoy marcado por mi propio secreto.

Juré que nunca lo contaría con el fin de proteger a quienes más quiero en esta vida.

No es lo que yo hubiera querido, pero era eso o me vería privado de algo que no podría perdonarme en la vida.

Sin embargo, a ti te debo mi secreto. Sé que no lo usarás para hacer daño a mis seres queridos.

Lo sé porque eres la hija que hubiera deseado tener si alguna vez hubiese tenido una.

Para mí eres, exactamente, como tu vieja pick-up.

Ese todoterreno que cuidas cada día de tu vida, y arreglas con mimo cada rasguño, porque sabes que lo tendrás el resto de tu vida. Pase lo que pase.

Has sido como ese coche que sabes que, por muchos otros que tengas, siempre estará ahí para echarte un cable cuando lo necesites.

Jamás olvidaré aquel día que aparecisteis delante del taller cuando el pequeño Naughty se escapó.

Los niños de Crossboots nunca se atrevían a entrar si no era acompañados de sus padres.

Tú y Tom fuisteis los únicos valientes que se aventuraron a hacerlo. Y lo

más sorprendente fue que ni os lo pensasteis dos veces.

Para alguien como yo, no pude más que sentirme agradecido por ello.

Mi querida Abby, sabes que en Crossboots corren las voces como la pólvora. Y solo hay dos términos para esas habladurías. O hablan bien. O hablan mal. No importa si son verdad o no. Pero hablan.

Y vosotros habíais escuchado de mí. Aunque fuerais tan pequeños.

Hubieseis podido huir. Pero no lo hicisteis.

Solo por eso, ya os quise de inmediato.

Así que quiero que sepas mi historia. La que me habré llevado conmigo cuando la estés leyendo en cualquier momento de tu vida.

Solo espero que me perdones por no habértelo contado en persona. Pero te darás cuenta, más tarde, de que no podía.

Nací aquí, en Crossboots. Mis padres eran los dueños del bar que ahora todo el mundo conoce como el Bar de Bobbie.

Por aquel entonces, era de aquellos bares deplorables y de dudosa fama.

Mis progenitores no consiguieron cambiar aquel lugar, aunque me consta que lo intentaron. Pero fue en vano.

Me crié entre maleantes y borrachos hasta que me convertí en uno de ellos.

Allí conocí a quien se convertiría en mi esposa durante seis años.

Susan.

Ella era como un Ford Mustang Cobra.

Explosivo, tanto por dentro como por fuera, y del que no te desprendes ni siquiera para cruzar la calle. Allí donde vas, te lo llevas y sientes que no te va a fallar por muy mal que se pongan las cosas.

Con Susan, viví exactamente eso. Y todo lo hacíamos con demasiada intensidad llegando a límites excesivos.

No voy a entrar en detalles sobre eso. Hay cosas que nunca se podrán borrar de la memoria de la gente. Y ahí están.

Pero, cinco años después, nuestra vida en común empezó a calmarse.

¿Qué puedo decir de aquello?

Supongo que la edad te lleva a apaciguar las locuras y empieza esa época de la que todas las parejas hablan. La monotonía.

Creo que fue eso lo que le llevó a Susan a decidir que quería ser madre.

No sabría decirte si yo me encontraba preparado para eso pero te juro, mi querida Abby, que lo intenté.

Procuré complacerla cada vez que me lo pedía.

Sin embargo, el bebé no llegaba.

Fue, entonces, cuando llegaron las peleas.

Y, cada vez que teníamos una, me largaba de casa con un par de cervezas en la mano. Las metía dentro de mi furgoneta de carga y conducía hasta el parque Colina de Barro.

Allí encontraba algo de la paz que buscaba porque, de noche, era el mejor lugar para estar a solas con uno mismo. Allí podía ahogar mi frustración echando un buen trago.

Pero, un día, todo cambió.

Fue una noche de verano y acababa de tener una de las peleas más fuertes que Susan y yo sufríamos desde hacía más de un año.

E hice, tal cual, lo mismo de siempre.

Con mis latas de cerveza en la mano, me subí a la furgoneta y conduje hasta el parque.

Lo último que me esperaba cuando llegué, fue ver a una preciosa adolescente sentada sola en uno de los columpios. Y estaba llorando.

Iba vestida con un precioso vestido de color azul y sus elegantes pies calzaban unas finas sandalias que ella enterraba entre la arena.

Esa preciosidad era como un Lincoln Town Car. Un coche de aquellos que luces todos los domingos, tan orgulloso, porque te sientes importante cuando lo conduces.

Un coche de aquellos a los que yo no estaba acostumbrado en absoluto.

Una exquisita belleza.

Me quedé paralizado mirándola.

No sabía qué demonios podía estar haciendo una chiquilla como ella en un lugar tan oscuro como aquel sin que nadie la protegiera.

Cuando se dio cuenta de mi presencia, hipó intentando calmarse y se levantó del columpio como si estuviera avergonzada. Luego, se disculpó diciéndome que creyó haber encontrado ese lugar para poder estar sola. Pero que ya se iba.

Su voz era dulce como un melocotón y no parecía estar asustada. Solo se la veía triste.

Aquello me descolocó por completo.

Si yo hubiera estado en su lugar, habría salido pitando, acelerando con las máximas revoluciones y derrapando hasta conseguir meter la sexta marcha a mi cuerpo lo antes posible.

Por lo menos, eso le habría aconsejado a cualquier chica de esa edad a la

que apreciara.

Pero ella se lo tomó con calma y pasó por mi lado arrastrando los pies.

Entonces, escuché de nuevo su dulce voz decir un “Hasta luego” con un poco de fastidio, como sintiendo que yo la hubiese interrumpido en su propia intimidad.

En ese momento, ni siquiera pensé en lo que hice a continuación.

Me giré viendo cómo se alejaba y le pregunté si le apetecía contarme lo que le ocurría.

Ella paró su paso y se dio la vuelta. Luego, me miró con curiosidad, aún con los ojos humedecidos por las lágrimas, y ladeó la cabeza. Después, alzó los hombros y dijo:

“¿Por qué no?”.

Y regresó sobre sus pasos hasta que su precioso y respingón trasero volvió a sentarse en el mismo columpio al que, poco antes, había dejado balanceándose solo.

Recuerdo que, en ese momento, apreté los dientes y pensé:

“¡Mira que puedes llegar a ser imbécil, Joe! Como si no tuvieras suficiente con tus propios problemas”.

Aun así, mis pies se pusieron en marcha y me acerqué para sentarme en el columpio que estaba a su lado.

No tenía ni idea de cuantos años tenía ella, pero sí sabía que no tenía la suficiente edad para beber.

Sin embargo, tenía dos latas de cerveza en la mano y me pareció una buena idea romper el hielo ofreciéndole una.

Entonces, se volvió hacia mí y repitió:

“¿Por qué no?”.

Luego, me la quitó de las manos, la abrió y bebió un largo trago dejándome descolocado por segunda vez.

Después, me miró ofreciéndome una tímida sonrisa como disculpándose por haber hecho una grosería delante de un desconocido.

Mi querida Abby, no sé si podrás llegarte a imaginar la cara que debía estar poniendo yo en aquellos momentos.

Creo que, si piensas en un completo gilipollas, te darás cuenta de lo chocante que fue para mí ese instante.

Tenía treinta y dos años y había vivido un montón de situaciones límites.

Pero nunca nadie me había sorprendido tanto como lo hizo aquella preciosa flor que se encontraba ante mí.

Y ella estaba junto a un tosco camarero tatuado. Un don nadie perdido en aquel parque intentando huir, por unas horas, de su propia realidad.

Sin saber qué decir.

Sin saber qué hacer mientras la observaba deslumbrado por su belleza.

Entonces, empezó a balancearse con suavidad y me preguntó:

“¿De verdad quieres saber lo que me pasa?”.

Abrí mi lata de cerveza y le di un buen trago. Después, asentí con la cabeza muerto de curiosidad.

Y ella entendió que estaba dispuesto a prestarle toda mi atención.

Acababa de escabullirse de una fiesta.

Había ido allí con una supuesta amiga porque sabía que el chico que le gustaba iba a ir. Pero, poco después de llegar, su amiga desapareció entre la gente dejándola plantada. Al rato, un chico se le acercó al verla sola. Este se ofreció a ayudarla a encontrar a su amiga por toda la casa. Pero, cuando la encontraron, la vieron besándose con el chico que a ella le gustaba. El muchacho que la ayudó intentó consolarla. Sin embargo, ella decidió largarse de allí.

Pero se sentía demasiado abochornada para regresar a su casa. Sus padres creían que iba a quedarse a dormir en casa de su amiga y no se atrevía a contarles lo que le había ocurrido.

Por eso estaba en el parque, intentando decidir lo que haría a continuación. Entonces, aparecí yo y decidió que era una buena idea quedarse conmigo un rato más.

Después, me vi a mí mismo explicándole mis contratiempos con Susan, la costumbre que había adquirido de llegarme a Colina de Barro y lo decepcionante que era no poder complacer a tu propia mujer.

Las horas pasaron deprisa. Cuando nos dimos cuenta de que amanecía, me ofrecí para acompañarla a donde ella quisiera.

Y aceptó.

Cuando estuvimos sentados en mi furgoneta, ocurrió algo que no había sentido hasta ese momento.

Me invadió la incomodidad.

Lo sentí de golpe porque, en ese reducido espacio, una dama estaba ocupando el mullido y andrajoso asiento del copiloto de mi camioneta de carga.

Que Susan y yo estuviéramos acostumbrados a él, no quería decir que aquella fuera la clase de automóvil a la que esa preciosa adolescente

estuviera habituada.

El silencio nos envolvió durante el trayecto después de que me pidiera que la llevara a casa.

Dios mío, mi querida Abby, ni siquiera me salieron las palabras por la boca para despedirme de ella cuando llegamos.

Después de agradecerme que la hubiera acercado hasta allí, la dejé frente a la puerta de verja que unía un gran muro de ladrillos y que custodiaba una enorme mansión.

Esperé a que cruzara la muralla.

Se llamaba Michelle. Tenía diecisiete años y los ojos azules más bonitos que había visto nunca.

Y jamás volvería a verla.

Tras exhalar todo el aire que tenía retenido en mis pulmones, emprendí el camino hacia la ratonera que era mi casa.

Cuando llegué, eran las ocho de la mañana y, al cruzar la puerta, me encontré a Susan sentada en la mesa. Una maleta descansaba en el suelo junto a ella y unos papeles mecanografiados estaban dispuestos frente a la silla que estaba desocupada en esos momentos.

Eran los documentos para el divorcio.

Susan se iba de Crossboots y quería hacerlo sin nada que la atara para empezar una nueva vida.

¿Quién podía culparla?

Días después de que Susan me hubiera abandonado, la ratonera donde vivía adquirió otra dimensión.

La soledad y los recuerdos me invadieron. Los malos recuerdos.

Así que decidí poner la casa en venta y alquilar un pequeño apartamento en el centro.

El día que entré en la inmobiliaria para concretar los trámites, el corazón me dio un vuelco cuando me encontré a Michelle tras el mostrador. Le estaba dando un beso en la mejilla a la señora que estaba frente al ordenador.

Supe enseguida que se trataba de su madre porque Michelle rodeó la gran mesa, sin dejar de mirarme con una gran sonrisa, y dijo:

“Hasta luego, mamá. Y, por favor, concédele un buen trato a este señor. Estoy segura de que te lo agradecerá”.

Sin que su madre la viera, me guiñó un ojo y salió grácilmente por la puerta.

Dios, ni siquiera sé cómo conseguí mantener el control en aquel momento y proceder con lo que me había llevado hasta allí.

Cuando salí de la inmobiliaria, subí a mi vieja furgoneta y, cuando arranqué, vi a Michelle en la esquina haciéndome señales con las manos.

Me estaba indicando que me adentrara hacia la siguiente calle y que la esperara.

Recuerdo que miré tras los cristales de la inmobiliaria para asegurarme de que su madre seguía con la vista frente a la pantalla de su ordenador.

Aquello empezaba a acojonarme de verdad.

Pero, en vez de obedecer a mi conciencia, seguí mi instinto suicida y obedecí a Michelle.

Paré la furgoneta tras unos contenedores de basura mientras me maldecía por lo que estaba haciendo y decidiendo que tenía que alejarme de allí de inmediato.

Sin embargo, cuando volví a arrancar el motor, Michelle ya estaba abriendo la puerta y se subía acomodándose en el asiento. Me miró con una gran sonrisa traviesa y dijo:

“Larguémonos de aquí”.

Entonces, me di cuenta de que estaba perdido.

Porque, si Michelle me hubiese pedido la Luna, juro por Dios que habría hecho cualquier cosa para conseguírsela.

La llevé al lago. No se me ocurrió otro sitio a donde poder llevarla. Era impensable que alguien pudiera vernos juntos en Crossboots.

De camino, Michelle me contó que su padre era el dueño de la inmobiliaria con la sede central en Dallas. Habían abierto la pequeña sucursal en el pueblo para que su madre pudiera mantenerse ocupada ahora que su hija había adquirido su propia independencia.

Desde aquel día, Michelle y yo empezamos a vernos a escondidas de todo el mundo.

Te juro, mi querida Abby, que respeté a esa muchacha como nunca antes lo había hecho. Y lo hice durante unos largos meses.

Pero los sentimientos empezaron a aumentar descontrolados y la energía que empleamos para contenernos, un día, se transformó en una bomba de relojería.

Y la hicimos explotar.

Porque ya no pensábamos en las consecuencias y habíamos perdido toda racionalidad ya que, el día que nos tomamos el uno al otro, lo hicimos sin

protegernos. Solo hicimos caso de lo que nuestros cuerpos nos iban exigiendo y nos dejamos llevar por ellos.

Cuando nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho, ya fue demasiado tarde para lamentarse.

Y, dos semanas después, la cosa todavía empeoró.

Llegué a mi apartamento de madrugada después de mi habitual jornada de trabajo en el bar de mis padres.

Susan me había dejado un mensaje en el contestador pidiéndome que la llamara de inmediato.

Y así lo hice.

Habían transcurrido ocho meses desde que me abandonó y no había sabido de ella desde entonces.

Pensé que aquellas no eran horas para devolver una llamada pero, si ella había dicho “de inmediato”, yo obedecí sin más.

Y me contestó al primer tono.

Cuando colgué el teléfono, lo primero que hice fue coger la botella de bourbon Four Roses que descansaba sobre el estante del salón frente a mi vista. Parecía que estaba llamándome a gritos. Y yo no veía otra manera de digerir aquella conversación si no era haciéndomela tragar con una buena dosis de aquel preciado licor.

A Susan le quedaban pocas semanas para dar a luz a un bebé.

Ese bebé era mío.

Y era un niño.

No me pedía ninguna responsabilidad sobre él pero, después de pensárselo mucho, creyó que lo correcto era decírmelo porque tenía derecho a saberlo. Y que, por supuesto, me daba vía libre para conocerle y verle cuando yo quisiera.

Pero que estaba viviendo en San Francisco y que, cada vez que quisiera tomar el contacto con él, debería ser yo quien debería trasladarme hasta allí porque ella no volvería a pisar el suelo de Crossboots nunca más.

Así que, en cuatro semanas, iba a convertirme en padre y Michelle descubriría si venía otro bebé en camino.

Aquella noche bebí hasta perder el conocimiento.

Cuando volví a la realidad, me encontraba tumbado en el suelo del salón, entre el sofá y la pequeña mesa de centro, y el peor dolor de cabeza que jamás hubiera imaginado. Porque, además de la resaca, mi cabeza funcionaba a mil por hora.

Tenía que contárselo a Michelle.

Quedé con ella por la tarde y la llevé a la ciudad. Conocía un bar al que había estado tiempo atrás y pensé que sería un buen lugar para tomar algo y, a la vez, sabía que allí no aparecería nadie que nos pudiera delatar si nos veían juntos.

Me acerqué a la barra para pedir nuestras bebidas y, cuando las tuve en mi mano, me giré para llevarlas a nuestra mesa.

Entonces, lo vi.

Era un tipo tan tosco como yo.

Y estaba manoseando a Michelle.

En aquel momento, me di cuenta de que ya me daba suficiente asco a mí mismo saber que mis manos acariciaban aquella delicada chica sabiendo que no tenía ningún derecho sobre ella.

Pero ver a otro tipo como yo molestándola me nubló la visión.

Dejé caer las bebidas al suelo y me lancé contra él para golpearlo tan fuerte como mis puños y ese tipo me lo permitieron.

Cuando todo terminó, Michelle había desaparecido y yo me encontré pasando la noche en el calabozo.

A la mañana siguiente, mis padres se ocuparon de sacarme de allí.

Regresé a Crossboots con la esperanza de volver a ver a Michelle. Necesitaba saber que se encontraba bien. Pero no respondió a ninguna de mis llamadas.

Al día siguiente, me acerqué a la inmobiliaria. El local estaba completamente cerrado y había un gran cartel colgado en el ventanal que decía:

“Se vende o se alquila”.

Michelle había desaparecido por completo.

Una semana después, la noticia de mi encarcelamiento estaba en boca de todos y mis padres decidieron vender el bar.

Los tres nos fuimos a vivir a Forth Worth.

Allí encontré trabajo en un taller de mecánica de coches y motos. Hundí mis manos entre motores grasientos y llenos de polvo hasta que aprendí todos los secretos de aquel oficio.

También conseguí ponerme en contacto con Susan tras el nacimiento de mi hijo.

Derek.

Le juré que, en cuanto pudiera, iría a ver al pequeño.

Un año después, conseguí reunir el suficiente dinero y el permiso de mi jefe para viajar a San Francisco.

Estaba muy nervioso.

Me había perdido un año entero de su vida y no lograba imaginar lo que sentiría cuando le viera.

Pero Susan me lo puso muy fácil.

Cuando llegué a su casa, lo primero que recibí de ella fue un sincero abrazo.

Tras separarnos, vi a un precioso bebé que gateaba hacia nosotros. Se desplazaba levantando sus pequeños bracitos como la elegancia que tienen los tigres cuando caminan sigilosos sobre un gran tronco caído en suelo africano.

El corazón se me paralizó y, después, me golpeó con fuerza martilleándome sin control.

Las primeras palabras que le dije a mi pequeño fueron:

“Aquí está mi tigre campeón”.

No sé si fueron las mejores palabras que un padre podía decirle a su hijo. Pero fueron las que me salieron al sentirme muy orgulloso por haber colaborado a hacer realidad aquel milagro con la ayuda de Dios.

Entonces, Derek alzó las manos hacia mí y me permití el lujo de cogerle en brazos sin antes pedir permiso. Quería sentirle contra mi corazón y para eso había hecho aquel fugaz viaje.

En pocas horas, debía regresar a Forth Worth porque el dinero no me llegaba para alojarme ni siquiera una sola noche.

Cuando me despedí de ellos, le juré a Susan que regresaría cada año para verle.

Y Susan me prometió que jamás le escondería a Derek cuales eran sus raíces.

No sé si te puedes imaginar, mi querida Abby, la tristeza que sentí cuando me encontré en el asiento del avión.

Mi corazón no dejaba de repetirme, una y otra vez, que me bajara de aquel aparato antes de que nos encontráramos en pleno vuelo. Deseaba quedarme allí y ver crecer a mi hijo día tras día.

Pero mi cerebro se negaba en rotundidad.

Michelle ocupaba gran parte de mis pensamientos.

Susan estaba allí y Derek también. Vivían a miles de millas de distancia pero la promesa de mantenernos en contacto estaba sellada.

En cambio, Dios sabía si algún día llegaría a encontrar a Michelle.

Pero me sentía con el deber de intentarlo.

No pretendía interponerme en su vida. Pero había algo que tenía que descubrir. Necesitaba una respuesta y tenía que trabajar para conseguirla. Aunque mis intentos fueran en vano.

Un año después, regresé a San Francisco.

Mi pequeño Derek hacía pocos meses que había dejado de gatear. Pero yo seguía viéndolo andar con la misma actitud de un tigre cauteloso.

Adoraba a aquel chiquillo.

Susan se había casado hacía poco con otro hombre. Y este le dio su apellido. Mi hijo se apellidaba Bramson.

Derek Bramson.

Pero seguía siendo mi hijo.

Y siempre lo sería.

Un mes después de mi regreso a Forth Worth, mi jefe me sorprendió con una oferta de trabajo que me venía como anillo al dedo.

Un cliente del taller, propietario de un rancho en el Condado de Grayson, quería invertir en un taller en pleno centro de la ciudad, tan cerca de Crossboots. Ellos ponían el dinero y la maquinaria y yo solo tenía que hacerlo funcionar.

Acepté de inmediato.

Y la esperanza de encontrar la respuesta que buscaba aumentó.

Los siguientes tres años trabajé dieciocho horas diarias. Mi despacho se llenaba de albaranes y facturas además del trabajo de mano de obra que debía realizar.

Pero, gracias a eso, conseguí sobreponerme económicamente. Ahorré hasta el último céntimo para lo que pudiera pasar en el futuro.

Pero estaba agotado.

Así que pedí a un aprendiz para que me ayudara.

El siguiente año, mi vida laboral transcurrió con más calma para mí.

Además, conocí a un cliente que era inversor de bolsa y, con su ayuda, conseguí la libertad financiera que más tarde pude aprovechar.

Pero, aquel mismo año, ocurrió lo que tanto tiempo llevaba esperando.

Un día, entró en el taller un lujoso Chrysler Grand Voyager.

Y Michelle fue quien bajó de él.

Aquella preciosa adolescente, de quien me enamoré sin remedio, se había convertido en una increíble y espectacular mujer que ya prometía ser cuando

nuestros caminos se cruzaron seis años atrás.

Mi querida Abby, no puedo describirte lo que sentí en aquel momento. Solo puedo decirte que el mundo a mi alrededor se paralizó y no podía más que mirar fijamente sus preciosos ojos azules que me observaban entre la sorpresa, la curiosidad y el interés.

Había soñado mil veces con un encuentro como ese.

Pero puedo jurarte que, cuando ocurrió, no supe reaccionar como lo había planeado.

Aquella mujer siempre me dejaba fuera de combate.

Por eso fue ella quien dio el primer paso y se me acercó.

“No sé lo que le ocurre a mi coche”, dijo.

“Estoy completamente seguro de que lo podemos arreglar”, contesté sin pensármelo dos veces.

Porque, en ese preciso momento, yo no sabía si estábamos hablando de coches o se trataba de una metáfora.

Pero lo que sí tenía claro era que, si Michelle me hubiese pedido la Luna, habría hecho cualquier cosa para conseguírsela.

Entonces, me sonrió.

Y... ¡Maldita sea! ¡Cómo había echado de menos aquella adorable sonrisa suya!

“Entonces..., iré a tomar un café en ese bar”, dijo señalándolo con el dedo. “No me importa el tiempo que deba esperar”.

Un momento después, la vi salir y cruzar la calle, al otro lado, hasta que entró en el bar que estaba frente al taller. Se sentó en una mesa quedando expuesta frente al ventanal y giró la cabeza para mirar en mi dirección pudiendo comprobar que yo seguía tan quieto y paralizado como me sentía.

Pero, aquella vez, volví a convencer antes a mi cerebro que a mi corazón.

Ya había entendido con claridad la metáfora, pero mi deber era comprobar que al coche no le ocurría nada. Así que me senté frente al volante y arranqué. Puse mucha atención para captar cualquier ruido que pudiera alertarme sobre algún fallo. Pero el coche sonaba tan suave como todos los lujosos detalles que ofrecía su interior.

Entonces, respiré hondo porque presentía que iba a necesitar un buen par de cojones para controlar mis emociones a continuación.

Después, me dispuse a enfrentarme a lo que tanto tiempo llevaba esperando.

Una respuesta.

Cuando por fin me encontré sentado frente a ella, mi mente regresó al pasado transportándome a aquella fatídica tarde que me llevó a pasar la noche en el calabozo.

Cuando los dos salimos de la cafetería, un sabor amargo me caló. Y no era por el café.

Cruzamos la calle en completo silencio hasta que entramos en el taller y nos encontramos junto a su coche.

Le abrí la puerta del conductor y, cuando la miré de nuevo a los ojos, asentí en silencio.

Le había hecho un juramento y se lo estaba reiterando.

Ella bajó la mirada dándome a entender que me lo agradecía. Luego, subió a su coche y se marchó.

Abandoné el taller poco después dejando a mi aprendiz a cargo de todo.

Ese día, no iba a dar pie con bola y necesitaba un buen trago.

Tras comprar mi bourbon preferido, me dirigí a mi apartamento y me tiré en el sofá sin dejar de pensar en todo lo que me había contado Michelle.

Seis años atrás, se asustó.

Cuando me vio golpear a aquel tipo en el bar, se escaqueó antes de que viniera lo peor. Cruzó la calle y esperó allí pensando que yo podría salir en cualquier momento.

Y me vio salir.

Pero también vio cómo lo hacía esposado y me metían forcejeando dentro de uno de los coches de la policía que habían llegado para poner orden dentro del bar.

Se quedó sola en la ciudad sin saber cómo regresar a Crossboots. Entonces, se le ocurrió llamar a sus padres y contarles lo que había ocurrido. Les pidió ayuda para que me sacaran de la comisaría y creyó que ellos lo harían por ella.

Pero, cuando pasaron a recogerla, nada fue lo se pensó. Sus padres la llevaron directamente a casa. Estaban muy escandalizados porque su hija les había engañado para salir a escondidas conmigo. Y no iban a permitir que algo así manchara la reputación de su familia.

Aquella misma noche, empaquetaron sus cosas y se fueron a vivir a Dallas donde su padre tenía un gran apartamento que usaba para trasnochar cuando el trabajo lo requería. Instalarse allí no les supuso ningún problema y querían resguardar a su hija de cualquier escándalo que pudiera relacionarla conmigo.

Michelle terminó sus estudios en un colegio de pago.

Cuando se enteró de que estaba embarazada, sus padres intentaron convencerla de que debía deshacerse del bebé.

Pero no pudo hacerlo.

No solo no soportaba pensar en perder aquella vida inocente que crecía en sus entrañas. Si no que, aunque los dos sabíamos que lo nuestro era un imposible, ella quería preservar nuestra locura viendo crecer a nuestro hijo.

Ryan.

Al final, sus padres cedieron y su madre se encargó de ayudar a cuidar al pequeño mientras ella se licenciaba en la Universidad.

Allí se encontró con Steve Townsend, de Crossboots.

Steve le confesó que estaba loco por ella desde siempre.

¡Ay...! mi querida Abby, ¿cómo no iba estar Steve loco por ella cuando yo mismo sentía lo mismo?

A Steve no le importaba lo que había ocurrido tiempo atrás, ni la carga que Michelle llevaba a sus espaldas. Él la deseaba y la quería a su lado con todo lo que tenía.

Así que se casaron. Y ese muchacho le dio su apellido. Mi segundo hijo se apellidaba Townsend.

Ryan Townsend.

Pero era mi hijo.

Aunque, esta vez, todo se mantuvo en secreto.

Steve y Michelle regresaron a Crossboots porque él iba a ponerse a cargo de la empresa de su padre.

Y no querían que Ryan fuera víctima de los cotilleos.

Querían protegerlo.

Todo iba bien hasta que uno de mis clientes de Crossboots comentó en la ferretería del pueblo donde me encontraba yo.

Steve lo escuchó y se lo dijo a Michelle.

Los dos se asustaron porque su secreto podía salir a luz y, tanto ellos como Ryan, sufrirían las consecuencias.

Por eso, Michelle vino a verme al taller. Para suplicarme que guardara el secreto.

Y eso fue lo que juré.

Y cumpliría mi juramento hasta el fin de mis días.

Lo que no sabía era hasta cuando sería capaz de aguantar sin ver a mi hijo aunque fuera de lejos.

Susan me había permitido visitar a Derek desde el primer momento. Había tenido vía libre para conocerle año tras año. Y ella nunca le había escondido al pequeño tigre quien era su padre.

Con Michelle, todo era diferente.

La barrera que me había suplicado golpeó mi corazón hasta hacerme sentir un dolor insoportable.

Pero, dos días después, algo cambió.

Michelle volvió a entrar en el taller. Bajó del coche y, sin decir nada, salió decidida hacia la calle. Sorteó el tráfico y volvió a sentarse en la misma mesa del bar tras el ventanal.

Ni siquiera me subí a su coche para comprobar que todo funcionara bien. Estaba completamente seguro de que todo iba mal.

Pero no era su coche.

Crucé la calle con el corazón bombeándome con fuerza. Cuando me senté frente a ella, sus preciosos ojos azules estaban llenos de lágrimas.

Con cinco años, Ryan había descubierto el secreto por un descuido de sus padres.

Y quería conocerme.

Lo había exigido.

Mi querida Abby, ¿te lo puedes imaginar?

Mi hijo Ryan de cinco años había comprendido su situación antes de que yo fuera capaz de digerir lo que eso significaba.

Y el muy león había sabido presionar a dos adultos para que mi mayor deseo se hiciera realidad aunque él no pudiera hacerse una idea.

Cuando salimos de la cafetería, el sabor que me caló fue el dulce de la miel, como el color ámbar del bourbon Four Roses cuando tus ojos lo miran y sabes que, cuando lo vas a beber, aún será más dulce.

Michelle entró directa al taller y se subió al coche saliendo de allí tan deprisa como el tráfico se lo permitió.

Yo sonreí.

Tres días después, volvería a verla.

Y mi hijo estaría con ella.

Por fin, le conocería.

Otra cosa que me hacía sentir feliz era que Michelle me había dado carta blanca para contarle a Ryan que también tenía un hermano. Quizá esconderíamos un secreto todos juntos, pero no iba a permitir tener que esconderle a Ryan otro. Él decidiría cómo quería llevarlo consigo.

Ni siquiera puse atención a mi ropa. No quería impresionar a Ryan y tampoco iba a esconderme detrás de un traje. Sabía que el pobre ya tenía suficiente con lo que tragar, pero ya se habían escondido demasiadas cosas en su vida. Cuanto antes se diera cuenta de que su padre era un hombre tosco tatuado, antes podría digerirlo.

La cita se programó en la Hamburguesería de Molly.

Allí conocí a mi segundo hijo.

Cuando llegué a la hora acordada, Michelle y Ryan estaban sentados en una mesa de la esquina opuesta a la entrada. Quedaban bastante resguardados de la gente que entraba y salía. Me acerqué nervioso sin dejar de mirar a aquel niño de cinco años que no dejaba de observar con tranquilidad a todo su alrededor. Parecía que tenía cualquier cosa bajo control.

Sonreí porque ya me había imaginado a Ryan actuando como un león.

Mi león.

Cuando llegué a la mesa, Michelle se levantó para saludarme. Pero Ryan se quedó sentado observándome con mucha atención. Sus claros ojos verdes no delataban ni un ápice de lo que pensaba y su pelo negro, como el de Michelle, estaba alborotado cayéndole algunos mechones sobre su frente.

Por el contrario, Michelle continuaba de pie apretándose los dedos de sus manos, nerviosa.

Le indiqué con mi mano que se sentara para poder hacerlo yo después. Me senté frente a mi hijo en silencio y dejé que me estudiara todo el tiempo que quisiera. No veía otra manera de actuar frente a aquel extraño encuentro.

Un buen rato después, Ryan habló.

“Tú no eres mi padre”, dijo.

Luego, se giró hacia Michelle.

“¿Dónde está mi padre?”, le preguntó.

Entonces, Michelle se puso a llorar.

Pero, ¿quién podía culpar a ese pequeño por lo que acaba de decir?

Y, como ese pequeño león hablaba con un buen par de pelotas, decidí hacerlo yo también.

“Entiendo que creas eso, Ryan”.

Lo dije con toda la tranquilidad que pude reunir en aquel momento consiguiendo de nuevo su atención.

“Pero yo sí estoy seguro de que tú eres mi hijo. He venido porque querías conocerme y te juro que yo estaba deseando presentarme. Me llamo Joe

Petersen y creo que debes saber que tienes un hermano que vive en San Francisco. Todos los años voy a visitarle en verano y, si tus padres..., quiero decir, si tu mamá y Steve algún día me lo permiten, me gustaría llevarte para que le conozcas. Creo que tienes pleno derecho a eso. Por supuesto, cuando te decidas, yo estaré ahí para ti y para lo que necesites. Solo tienes que decírmelo. Le juré a tu madre que guardaría nuestro secreto hasta el día de mi muerte. Así que ya sabes que todo esto se va a quedar entre nosotros. ¿Entiendes la importancia que tiene todo este asunto para ti?”.

Ryan no dejaba de mirarme y Michelle seguía apretándose los dedos de sus manos, cada vez, más alterada.

Entonces, Ryan volvió a decir:

“Tú no eres mi padre”.

Le sonreí. Mi pequeño león estaba defendiendo su propia guarida. Y yo seguía sin poder culparlo por ello.

Pero, ahora, todo estaba al descubierto entre nosotros.

Poco me importaba a mí que solo lo supiéramos a quienes nos afectaba de lleno.

Lo que realmente me preocupaba era que Ryan, algún día, tuviera la oportunidad de conocer a su hermano. Aunque tuviera que hacerlo como si de un juego de espías se tratara.

Y eso solo podía solucionarlo el tiempo...

O alguien...

Después de aquel encuentro, tomé una decisión.

Había llegado el momento de regresar a Crossboots.

Hablé con Michelle sobre ello. Juré no interponerme en su vida. Solamente, quería estar cerca de mi hijo aunque solo fuera viéndolo de lejos, o cruzándonos por alguna calle, y aunque no nos saludáramos.

Con eso me conformaba.

Y Michelle estuvo de acuerdo porque sabía que no iba a hacer nada que pudiera perjudicar a Ryan.

Dejé mi puesto de encargado en el taller y abrí el mío propio dispuesto a enfrentarme a las habladurías de Crossboots. Sabía que no sería bienvenido pero eso incluso me beneficiaba. Nadie sospecharía el motivo de mi vuelta. Además, era plenamente consciente de que era muy probable de que el taller no recibiría ningún cliente.

Pero no me importaba porque lo tenía todo cubierto. Así que no los necesitaba. Sabía cómo aumentar mi cuenta bancaria sin necesidad de

trabajar.

Sin embargo, necesitaba un domicilio y una actividad que pudiera entretenerme si se presentaba la ocasión. Y ser mecánico se había convertido en mi modo de vida.

Pasé varios meses sin hacer nada. Los clientes no llegaban y Ryan seguía evitando otro encuentro cercano conmigo.

A veces, lo veía al otro lado de la calle frente a mi local. Lo veía llegar pedaleando con su bicicleta y se paraba allí mirándome con cautela. Pero no tardaba en darse la vuelta e irse por donde había llegado.

Si mi pequeño león pedaleaba con tanta seguridad una bicicleta con cinco años, no habría un solo vehículo que se le resistiera en el futuro. Estaba seguro de ello.

Cuando cumplió los seis años, le compré una caja de herramientas de juguete. Pero no se la pude regalar porque todo continuaba igual.

Cuando llegó el verano, cerré el taller una semana y volé a San Francisco para ver de nuevo a mi hijo Derek que ya estaba volviéndose travieso. Este ya tenía siete años y pude hablarle un poco de Ryan.

Mi querida Abby, no puedes imaginarte lo feliz que me hacía llegar allí y sentir que formaba parte de la vida de Derek sin condiciones. Susan hizo un buen trabajo para conseguirlo. Y le estaba inmensamente agradecido por eso.

En cambio, tras mi regreso a Crossboots, todo seguía igual.

Bueno, había conseguido algunos clientes gracias a la Sra. Tyler. Pero eso era todo.

Sin embargo, yo no perdía la esperanza de que, algún día, algo cambiara con Ryan.

Y un día, cambió.

Tres semanas después de que Ryan hubiera empezado en la escuela, lo vi al otro lado de la calle mirándome de forma diferente.

Había llegado andando y, después de pararse al otro lado de la acera de enfrente, sus piernas cambiaban el peso de su cuerpo constantemente.

Estaba nervioso.

De repente, miró a un lado y al otro asegurándose de que nadie lo veía y cruzó la calle cuando no pasaba ningún coche.

Entró en el taller y se escondió debajo de la mesa de trabajo.

“¿Quieres que te enseñe un lugar mejor para esconderte?”, le pregunté arrodillándome para poder verle.

Abrió los ojos sorprendido y asintió con la cabeza con rapidez.

Me levanté y me dirigí a la pared contigua a la casa de al lado con aspecto ruinoso. Abrí un panel metálico de rejilla que me quedaba a la altura de mi cintura y esperé.

Si Ryan quería esconderse, podía hacerlo en la casa contigua. También era mía y, aunque por fuera parecía que estaba a punto de caer, por dentro estaba bien acondicionada. Me encargué de ello yo mismo porque, durante todo aquel tiempo de espera, no tenía nada más que hacer. No era lujoso pero había lo suficiente para que yo pudiera vivir allí.

Ryan sacó la cabeza con la boca abierta. Luego, me miró como preguntándome si de verdad podía pasar al otro lado.

Le sonreí asintiendo con la cabeza.

Entonces, Ryan salió corriendo y traspasó ese agujero como si fuera Indiana Jones. La curiosidad avivó su atrevimiento.

Ajusté el panel dejando una pequeña rendija por si decidía volver a salir. Luego, cogí una silla y me senté cerca de esa pequeña trampilla. Como el panel estaba enrejado, Ryan podía espiar por los agujeros el taller o a mí tanto como quisiera.

Después de un rato, vi la sombra de Ryan entre los agujeros del panel. Se había sentado y se había quedado muy quieto.

Estuvimos así muuucho rato.

Después, Ryan dijo:

“Abby”.

“¿Abby?”, pregunté yo para asegurarme de que lo había entendido bien.

“Abby”, repitió él.

Después, abrió el panel y salió corriendo del taller sin que me diera tiempo a preguntarle nada más.

El tiempo que tuve que esperar para tener un primer contacto de padre a hijo fue de seis largos años.

Y quien había conseguido que ocurriera eso se llamaba Abby.

A partir de entonces, poco a poco, Ryan y yo empezamos a crear nuestro propio vínculo.

Y, a partir de entonces, todos los veranos pude reunir a los dos hermanos durante una semana entera en San Francisco, todos los años del resto de mi vida.

Mi querida Abby, mi pequeña guerrera, ahora ya sabes mi secreto.

Con todo el amor que sabes que siento por ti,

Joe Petersen

Capítulo 48

Las letras de la carta de Joe estaban llenas de gotas de lágrimas que me habían caído mientras las leía. Casi todas las páginas tenían tinta mojada que emborronaban las palabras.

Su secreto estaba escrito en esa carta y, si de verdad su alma había seguido mis pasos, seguro que sabría que yo también guardaba el mío.

Abracé aquellas páginas sobre mi pecho arrugándolas inconscientemente.

Joe había escrito aquella carta entre las dos semanas antes de su fallecimiento. Justo después de la muerte de mi padre biológico cuando me desconcertó con su comportamiento.

No le debió resultar fácil descubrirse entre aquellas letras.

A mí me estaba costando mucho encontrar la manera de destapar lo que ocultaba. Sobre todo, teniendo aquella historia arrugada contra mi pecho y sabiendo lo que Ryan había sufrido hasta el momento. Había vuelto a Crossboots con la intención de contárselo. Pensé que estaba preparada para hacerlo. Pero el nudo que sentía en el estómago no me dejaba.

Mientras lloraba, el balancín me columpiaba con suavidad impulsado por los movimientos de mi cuerpo inquieto. Hacía rato que había juntado los pies cruzándolos uno encima del otro.

No sabía el rato que llevaba allí con mis propios pensamientos cuando noté que Ryan me levantaba un poco las piernas y se sentaba a mi lado colocando con delicadeza mis bastas botas de combate encima de sus muslos.

Entonces, se encargó él de impulsar el columpio apaciblemente con la mirada hacia el suelo y la expresión de su cara apesadumbrada.

No sabía si es que no se atrevía a mirarme o tenía miedo de que yo saliera por esa puerta para no volver a cruzarla nunca más.

Me lo quedé mirando fijamente mientras mi cabeza no paraba de pensar como un torbellino.

Entonces, me enjuagué las mejillas e intenté serenarme un poco.

Cada vez, iba descubriendo más detalles. Pero había algo que todavía no

entendía. Así que respiré hondo y se lo pregunté.

—¿Por qué Tom? ¿Qué te hizo él? Le hiciste pagar tu frustración a un humilde e inocente niño que suficiente tenía ya con lo suyo y ni él ni sus padres sabían cómo sobrellevarlo.

Ryan empezó a negar con la cabeza.

—Tenía cinco años y mi vida era de ensueño —dijo suspirando—. Tenía mamá... Tenía papá... Vivía en una casa muy grande y... mis amigos eran igual que yo. Cuando... cuando descubrí que mi papá... —carraspeó—, Steve, no era mi padre, quise saber la verdad. —Ryan se cubrió la frente con una mano—. No entendía por qué me habían ocultado algo así. Y..., cuando conocí a mi padre... —carraspeó—, a Joe, quise creer que mi madre se había equivocado de señor. Su aspecto no era como todo lo que yo conocía y no sabía cómo relacionar mi entorno con... —volvió a carraspear— con aquel hombre. Me sentí desorientado. No sé como explicarlo... Era... como estar fuera de lugar o... como si no perteneciera a ninguna parte. Y, entonces, nació la necesidad de encontrar un sitio real al que pertenecer.

Noté cómo se humedecían mis ojos de nuevo. Eso lo entendía perfectamente. ¿Cuántas veces sentí yo que no pertenecía a ningún lugar?

Ryan apartó la mano de su frente y la bajó hasta mis botas. Respiró hondo y apretó los dientes mientras se enrollaba uno de los cordones en el dedo índice.

—Empecé a evitar a mis amigos —continuó—. Andaba solo por los alrededores de Crossboots observando a la gente que siempre me habían dicho que debía evitar. ¿Por qué debería hacerlo si mi madre no lo hizo? —Ryan aspiró por la nariz profundamente y negó con la cabeza—. Uno de esos días, vi a Luke cogiendo una barra de pan de un carrito de la compra que alguien había dejado en la acera, delante de la puerta de la tienda de los Sres. Watson. Salió corriendo con el pan bajo el brazo y yo le seguí dispuesto a quitárselo. Quería devolvérselo a quien lo hubiese comprado. Pero, cuando le alcancé y le acusé por lo que acababa de hacer, media barra de pan había desaparecido. Me di cuenta de que se la había comido mientras corría porque sus dientes lo estaban masticando. Entonces..., recibí mi primer puñetazo después de que Luke me llamara estúpido.

Ryan tiró fuerte del cordón de mi bota hasta que su dedo quedó blanco. Luego, lo aflojó.

—Llevaba tanta rabia dentro de mí que me abalancé sobre él y le pegué tantos puñetazos como los que recibí. Esa... fue mi primera pelea y los dos

terminamos exhaustos tirados en el suelo. Entonces, Luke se arrastró como pudo hasta el trozo de pan y le dio un mordisco a pesar de que estaba lleno de tierra. Abrí tanto los ojos al verle hacer eso que Luke se echó a reír. “Eres bueno peleando”, me dijo, “pero sigues siendo un estúpido”. Luego, se levantó quejumbroso y se fue.

Ryan chasqueó los labios.

—Al día siguiente, escondí comestibles de la despensa de la cocina y preparé un sándwich a escondidas de mi madre. Cuando entré en clase, me dirigí al final de la sala, hacia la única mesa que había al lado de la de Luke porque él siempre se sentaba en la esquina más lejana. Tom era quien ocupaba la mesa que yo quería. Le di un empujón y le obligué a cambiarme de sitio.

Ryan tiró del cordón de mi bota y el lazo se deshizo.

—Luego, metí todo lo que había cogido en casa dentro de la mochila de Luke sin que nadie se diera cuenta. A la hora del almuerzo, lo vi comiéndose el sándwich apoyado en la cerca del patio. Entonces, me miró. Y, desde ese momento, supe que había conseguido un nuevo amigo. Uno que yo había escogido porque tenía una vida de mierda igual que yo, aunque él no lo supiera.

Ryan volvió a atarme la bota. Luego, suspiró.

—Y Tom no me hizo nada. Meterme con él me resultó tan fácil que, simplemente, seguí haciéndolo. Era como otra manera de advertir a los demás de que no debían meterse conmigo. Pensaba que, si yo lo hacía antes, nadie podría pisarme después.

Ryan torció los labios en una media sonrisa.

—Hasta... que una valiente niña me llamó estúpido otra vez. Y lo hizo mirándome directamente a los ojos sin ningún temor. Fue, entonces, cuando me di cuenta de que aquello se me estaba escapando de las manos y sabía que Tom no tenía la culpa de que yo no supiera encajar mi propia vida. Mi madre ya no sabía cómo frenar mis malos modos y papá... —carraspeó—, Steve, había perdido su autoridad. En cambio..., los ojos marrones de esa niña me miraban acusadores mientras el autobús escolar avanzaba como si no hubiera ocurrido nada. Y, aunque no quise admitirlo en ese momento, sí que había ocurrido algo. —Ryan me miró—. Esa valiente niña lo había cambiado todo.

Apoyé el codo sobre el respaldo del asiento del balancín y dejé caer mi frente sobre la mano negando con la cabeza. Luego, quité mis pies de encima de los muslos de Ryan y me levanté dando tres pasos nerviosos hacia delante.

Puse mis brazos en jarras y me giré para mirarle a los ojos.

—¿Por qué nunca me dijiste nada, Ryan? —pregunté sin terminar de entender qué fue lo que hizo que yo interpretara sus sentimientos completamente al revés—. Pasé once años de infierno creyendo que el mundo entero me rechazaba.

Ryan apretó la mandíbula y se levantó. Avanzó dos pasos sin dejar de mirarme a los ojos y entreabrió la boca como si le hubieran sorprendido mis palabras.

—¿Infierno? —dijo en un susurro como si yo no supiera lo que eso significaba—. Yo ni siquiera he salido de él, Abby. Pasé año tras año intentando acercarme a ti. No sabía cómo hacerlo pero lo intenté. Aunque lo único que conseguía era que te alejaras cada vez más. Y, cada año, el muro que nos separaba se hacía más alto y las llamas cada vez quemaban más.

Ryan ladeó un poco la cabeza y me miró como intentando adivinar si estaba comprendiendo lo que me acababa de decir.

—¿Infierno? —repitió en otro suspiro—. Infierno fue cuando me di cuenta de que todo ese tiempo había sido un cobarde hasta que fue demasiado tarde para decirte lo que sentía por ti. Infierno fue cuando me enteré de que te habías ido a San Francisco y le pedí a mi hermano que estuviera pendiente de ti para que averiguara si te encontrabas bien. Infierno fue cuando tuve que aceptar que te había perdido por completo cuando mi hermano se quedó con la única chica que yo quería para mí.

Ryan cambió el peso de su cuerpo.

—Infierno... fue cuando me quedé aquí, quieto, porque Derek me pidió que no te entregara la carta de Joe hasta que él encontrara la manera de decirte la verdad. Porque él tenía tanto miedo de perderte que se volvió tan cobarde como yo. Pero... tú eras feliz. —Ryan tragó saliva—. Con mi hermano, pero eras feliz. Y, aunque quería a Derek a pesar de todo, al final, eso era lo único que me importaba. Porque nada me importa más en esta vida que tú.

Ryan bajó la mirada hacia el suelo y clavó la punta de su bota contra el césped.

—Y, cuando Derek estaba a punto de decírtelo todo, también fue demasiado tarde hacer las cosas bien. —Ryan volvió a fijar la vista en mí—. Porque me dejó con todo este lío mientras tú sufrías por él y Nathan nos estaba metiendo a todos en otro follón a la vez.

Ryan dio otro paso hacia delante sin dejar de mirarme haciendo que las

puntas de nuestras botas se tocaran.

—Infierno es cuando tienes a la mujer de tus sueños entre tus brazos, viviendo el mejor momento de tu vida y no encontrar el momento de contárselo todo, pero ella lo descubre de la peor manera. Infierno es cuando vuelves a verla feliz porque ha superado la muerte de tu hermano y, aun así, él es el motivo de que ella vuelva a alejarse de ti... Dejándote con la incertidumbre de no saber si volverás a verla de nuevo cuando lo único que quieres es estar con ella. E infierno es cuando la vuelves a ver y no sabes qué más puede ocurrir para seguir sintiendo esa impotencia de no poder evitar que se vuelva a alejar de ti.

Aquellas palabras fueron un golpe que hizo que me diera un vuelco el corazón mientras nuestros ojos se miraban fijamente.

En aquel momento, mi cerebro me decía: “Díselo, Abby. Díselo, ahora”. Pero el nudo que seguía en mi estómago me dejó paralizada.

Y supe por su mirada que Ryan había comprendido, a través de mis ojos llorosos, que había algo más.

Entonces, di un paso atrás asustada. Sentía que mi cuerpo empezaba a estremecerse y el miedo se apoderó de mí.

—Tengo... que irme —dije sollozando—. No puedo...

Y, sin terminar la frase, salí corriendo atravesando el taller porque allí no había ningún destrozo que se interpusiera en mi camino.

Cuando salí a la calle, el aire caliente me golpeó como si me estuviera advirtiendo de que, aquella vez, no estaba siendo justa dejando a Ryan plantado allí.

Él había aceptado mi súplica para que me ayudara a afrontar todo aquello y lo había hecho. Me había abierto su corazón y me lo había contado todo tal como lo sentía.

En cambio, yo no había sido capaz de devolvérselo.

Pero..., tampoco sabía cómo podía contárselo después de todo lo que me acababa de decir.

Y, ahora, debía ser yo quien tenía que dar el paso para terminar de aclararlo todo.

Pero estaba asustada.

Cuando llegué a casa de mi madre, entré como un bólido y me encerré en mi habitación sin saludarla. Me tiré en la cama y dejé que las lágrimas se apoderaran de mí.

Poco rato después, mamá entró en la habitación y se tumbó abrazándome

hasta que dejé de llorar.

—Si quieres seguir adelante con tu vida —me dijo acariciándome el pelo como había hecho siempre—, haz lo que sabes que debes hacer.

Después, la vi cruzar por la puerta de mi habitación mientras me sentía culpable. Porque sabía lo que debía hacer con ella también. Sin embargo, no lograba reunir el suficiente valor para hacerlo.

Porque me dolía. Me dolía solo de pensarlo.

Y por eso no conseguía decirlo.

Abby-21 años-Mayo

Faltaba menos de un mes para graduarme y hacía dos días que Ben y Penny nos habían comunicado el fallecimiento de *Naughty*.

Ellos, mamá y Mike hacía tiempo que lo tenían todo preparado para asistir a nuestra Graduación.

Tras la primera visita que recibimos Derek y yo de mi madre y Mike, solo los volvimos a ver dos veces más. Y, cada vez que se iban, sentía la necesidad de seguirles para no estar tan lejos de ellos.

Pero, después, Derek lograba que ese sentimiento fuera pasajero. Me rodeaba con los brazos y, entonces, me alegraba de cómo era mi vida estando a su lado.

Nuestro día a día era rutinario excepto cuando Carl y Tom nos insistían para que fuéramos a alguna fiesta. A veces íbamos y a veces no.

La única fiesta que no nos perdíamos era la que organizaba Yuu en recuerdo de Kashim una vez al año.

Al lado de Derek, mi vida se había vuelto estable. Había conseguido equilibrar mis emociones. Menos cuando él y yo teníamos alguna discrepancia. Entonces, mi genio salía a flote y Derek dejaba pasar dos días manteniéndose callado mientras yo intentaba encontrar el sentido de la discusión. Al final, terminaba buscando el refugio de sus brazos porque no soportaba sentir aquel estúpido distanciamiento.

Conocí a Susan y a Jonathan en las vacaciones de verano después de completar mi primer curso universitario. Fue una visita fugaz que nos reunió en el salón de su casa. Fueron amables conmigo. Mentiría si dijera lo contrario. Pero Susan parecía nerviosa y Jonathan no dejó de cogerla de la mano en ningún momento.

Después, íbamos a comer de vez en cuando a su casa pero, por lo general, Susan nos visitaba a nuestro apartamento muchas más veces de las que

nosotros lo hacíamos en el suyo.

Derek hacía dos años que trabajaba en el Zuckerberg San Francisco General Hospital mientras seguía estudiando en su especialización.

Carl había decidido seguir su camino en el mundo de las pasarelas de moda y Tom iba a graduarse para continuar con sus estudios veterinarios dirigiéndolos hacia la cirugía.

Esa era mi vida.

Y era feliz.

Ahora, me encontraba en la habitación de Carl y Tom. Estaba sentada delante del tocador que Carl utilizaba para experimentar con diferentes maquillajes a cuatro cabezas de maniquís que tenía encima de esa mesa.

—No me lo cortes mucho, Carl. Me gusta llevarlo recogido.

—Mi amor, tienes un pelo precioso pero es demasiado largo. Cuando veas lo cómodo que es llevarlo más corto y el volumen que te va a dar, siempre lo llevarás suelto.

—Creo que no estamos hablando el mismo idioma, Carl. No lo quiero corto.

—Mi amor, yo no he dicho que iba a dejártelo corto, sino *más* corto. Podrás recogerlo siempre que quieras pero también te dará libertad para que lo lleves suelto.

Suspiré profundamente.

—Terminemos con esto, Carl —dije impaciente.

—Claro, mi amor, terminemos con el pelo porque después empezaremos con el maquillaje.

Miré a Carl a través del espejo con cara de pocos amigos.

—¿Maquillaje?

Carl se echó a reír.

—Eres la única mujer que conozco que no se maquilla, mi amor. Eso te hace más auténtica. Pero necesitas saber cómo potenciar esos preciosos ojos marrones y esos labios tan exóticos. Confía en mí. Te lo enseñaré de forma sencilla, ¿de acuerdo?

—¿Para qué narices necesito aprender eso?

—Porque nunca se sabe cuándo lo vas a necesitar. Si alguna vez tienes que ir a algún sitio que lo exija, deberás tener una pequeña guía. Hazme caso por una vez, mi amor. Solo quiero ayudar.

—Está bien. Está bien. Está bien —dije sabiendo que no me dejaría en paz hasta que no se saliera con la suya.

Carl me cortó el pelo dejándomelo hasta la altura de mis omoplatos. La forma del pelo adquirió más volumen en la parte superior de mi cabeza y, aunque era la misma, la imagen que veía en el espejo tenía un toque diferente. Más moderno. Y el peso del cabello era muchísimo más ligero.

Sonreí.

—Tenías razón, Carl. Así también me gusta.

Carl bajó su cara sonriendo y la colocó sobre mi hombro mirándome por el espejo.

—Espera a ver a que el maquillaje haga su trabajo, mi amor.

Mis labios dejaron de sonreír.

—Me lo quitaré en cuanto termines.

—Te lo quitarás en cuanto tú termines, mi amor. Yo me iré maquillando y tú me irás copiando. Debes aprender a hacerlo sola.

Carl sonrió divertido y se sentó a mi lado.

—Está bien, mi amor —dijo cogiendo una caja que parecía más de herramientas que de maquillaje—, la primera lección es que toda mujer solo necesita cuatro cosas básicas para sacarse el mejor partido a su rostro.

—Cuatro cosas —apunté mentalmente.

—Un lápiz de labios —dijo sacando uno de la caja—, rímel —mencionó sacándolo y enseñándomelo—, polvos de colorete y una brocha.

Carl dejó esas cuatro cosas encima de la mesa y me las pasó dejándolas delante de mí.

—Segunda lección —dijo sacando un duplicado de cada cosa y dejándolo delante de él—. Toda mujer debe saber qué colores le favorecen. Pero tú no debes preocuparte por eso porque ya te lo he seleccionado yo. A ti te favorecen los colores tostados y claros.

—Colores tostados y claros.

—Tercera lección —dijo Carl girando la cabeza hacia mí y sonriendo como si todo estuviera solucionado—. Practicar.

Puse lo ojos en blanco y miré mis cuatro productos de maquillaje.

—Esto va a ser una tortura —suspiré quitándome las gafas.

Carl empezó a esparcirse los polvos y yo empecé a imitar cada cosa que hacía.

Pero fue un desastre.

Pasé dos largas horas maquillándome y desmaquillándome hasta que, después de mucho esfuerzo, vi mi rostro maquillado con el toque justo para que se viera natural y sencillo. El cambio se palpaba pero seguía siendo yo.

Volví a ponerme las gafas y me miré sin tener que pegar la cara al espejo. Entonces, Carl se levantó y se colocó detrás de mí mirándome a través del espejo.

—Vas a estar preciosa el día de tu Graduación, mi amor.

Me reí.

—No pienso maquillarme el día de mi Graduación, Carl.

—Sí lo harás. Y te pondrás un vestido, mi amor.

—No pienso ponerme un vestido, Carl.

—Ya lo creo que sí, mi amor —dijo acercándose a su armario y sacando un vestido largo de color verde muy claro—. Este.

Abrí la boca por la sorpresa y me levanté para acercarme a Carl.

—¿De dónde lo has sacado?

—De un estudiante que crea vestidos preciosos y con el que llevo varios meses intercambiando trabajos. En cuanto lo vi, supe que estaba hecho para ti —sonrió—. Vamos, pruébalo, mi amor.

Tragué saliva.

—Solo he llevado un vestido en mi vida, Carl. Y fue un completo desastre. Lo rompí con los tacones. Bueno... —sonreí recordando aquel momento—, también lo desgarré con las manos furiosa para sacar el maldito zapato que se había enredado con la tela.

—Ay, mi amor —suspiró Carl girándose otra vez hacia el armario y sacando una caja—. No es necesario llevar tacones con un vestido.

Alzó la tapa de la caja y sacó un par de bailarinas de charol del mismo color que el del vestido.

—Lo dicho. Vas a estar preciosa el día de tu Graduación, mi amor.

Me mordí el labio inferior mirando a Carl sin terminar de estar convencida. Pero él había conseguido aquello para mí y no sabía cómo negárselo.

—De acuerdo, Carl —dije al fin reajustándome las gafas.

Capítulo 49

Pasé el resto de la tarde dando vueltas en la cama.

Había dejado a Ryan solo en su casa mientras que yo no hacía más que llorar.

Había regresado a Crossbots decidida a aclarar todo cuanto se interponía entre nosotros. Pero, al final, fui yo la que había dado marcha atrás.

Las horas fueron pasando hasta que la luz del sol desapareció dando paso a la oscuridad en mi habitación.

Oí a Mike entrar por la puerta principal y pensé en las veces que él había sufrido a causa de lo que mamá le ocultó. Me levanté de la cama y salí de mi habitación. Todavía no había podido agradecerle lo que hizo por mí cuando huí a San Francisco días atrás.

La puerta de la cocina estaba cerrada y escuché murmurar sin llegar a entender lo que mamá y Mike estaban diciendo.

Abrí la puerta porque el olor de la cocina abrió mi apetito de forma instantánea.

Los dos se giraron hacia mí cuando me oyeron entrar.

—Hola, Mike.

Mike se me acercó y me miró atentamente estudiándome el rostro entristecido y con los ojos enrojecidos por haber llorado tanto.

—Si vuelves a dejarte la documentación, no voy a ser yo quien te la vuelva a conseguir.

Le sonreí.

—No estoy pensando en irme, Mike. Pero gracias de todas formas.

Mike asintió con la cabeza y, luego, me abrazó.

—¿Hambrienta? —me preguntó al escuchar rugir mi estómago.

Y, así, consiguió hacerme sonreír.

—Desde luego.

—Marchando las hamburguesas —dijo mi madre sirviéndonos un plato para cada uno sobre la mesa.

Después de cenar, me levanté de la mesa y abrí el frigorífico para coger un botellín de cerveza. Salí por la puerta trasera de la cocina que daba al patio y me eché en una de las tumbonas para mirar hacia el cielo estrellado.

Había conseguido vivir de nuevo desde que regresé a Crossboots dos meses atrás. Casi había olvidado el dolor que me llevó de vuelta y creí que nunca necesitaría abrir de nuevo mi herida.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas a las últimas palabras que me dijo el psicólogo en mi última visita.

—Solo hay una cura para tu dolor —me aseguró—. Cuéntamelo. La primera vez, dolerá. La segunda, el dolor será menor. Y, las próximas veces, se irá convirtiendo en un recuerdo lejano.

Aquel fue el día que decidí no volver a pisar más un hospital. Porque no quería contárselo. A nadie. Porque no soportaba aquel olor a desinfectante. Porque no soportaba ver a los enfermos. Porque las batas y los uniformes de los trabajadores me ponían enferma. Y porque había pasado veinticuatro horas ingresada después de saber que Derek había muerto.

La puerta trasera de la cocina se abrió.

Mamá se acercó a la otra tumbona y se echó sujetando un botellín de cerveza con la mano, como si quisiera acompañarme en aquel momento pero con sus propios pensamientos. Dio un sorbo a su bebida y, después, apoyó la cabeza mirando hacia el mismo infinito lleno de estrellas que observaba yo.

No dijimos nada durante un largo rato. Cada una nos habíamos sumergido en nuestros propios asuntos.

—El primer contacto que tuve con Derek —dijo de repente— fue en la lectura del testamento de Joe. Le había visto en el entierro pero no tenía ni idea de quién era en aquel momento.

Dejé de mirar al cielo y fijé mis ojos en mamá.

—No sabía por qué me habían citado a mí en aquella sala. Ryan y Derek estaban sentados uno en frente del otro y sus mamás estaban cada una al lado de su propio hijo. Ellas no dejaban de mirarse tristes y los chicos no dejaban de mirarse asustados. Me senté en la silla que estaba al final de la mesa pensando que había tenido que haber algún error. Mis documentos seguían estando bajo el estudio del juez y, tal vez, existía una auténtica Bonnie Sheppard cerca de allí.

Mamá respiró hondo.

—Cuando el abogado leyó el testamento, no pude más que agachar la cabeza. Ryan y Derek necesitaban estar presentes pero tenían que hacerlo con

un tutor adulto porque eran menores de edad. Y tú no necesitabas estar presente porque Joe quería que supieras su verdad con sus propias palabras que dejó escritas en una carta.

Mamá bebió otro sorbo de su cerveza.

—En aquella sala, descubrí que la casa donde vivíamos era de Joe. Pero estaba a nombre de una de sus empresas que había creado para ganar dinero invirtiendo en propiedades. La casa era tuya pero no antes de que yo dejara de vivir en ella y prometiera guardar el secreto hasta que tuvieras su carta en las manos. Nadie de los presentes rechistó cuando el abogado leyó eso. Entonces, pregunté qué ocurría si prometía guardar el secreto pero renunciaba en tu nombre esa parte de la herencia.

Mamá negó con la cabeza y sonrió.

—“No puede hacerle eso a Abby”, dijeron los dos hermanos a la vez — chasqueó los labios—. Entonces, comprendí que no solo eras lo mejor de mi vida sino que también lo fuiste para Joe. Entendí que él se lo había transmitido a sus hijos tratándote por igual. Lo que no imaginaba era lo que iba a pasar después.

Mamá miró hacia el cielo de nuevo.

—Ryan tenía que entregarte la carta y yo esperaba ansiosa cada día observando tus reacciones para adivinar si ya la habías leído. Pero nunca llegaba ese día —suspiró y volvió a mirarme—. Y, el día menos pensado, Ryan apareció frente a la puerta de casa con la carta en las manos y su cuerpo moviéndose nervioso mientras preguntaba por ti tartamudeando.

Mamá cerró los ojos y negó con la cabeza. Después, los volvió a abrir para mirarme.

—Cuando le dije que tendría que llevártela a San Francisco porque no pensabas volver, se me cayó el alma a los pies. Vi a ese muchacho quedándose paralizado de golpe. Palideció como si alguien acabara de pegarle un susto de muerte y me miraba incrédulo con los ojos desorbitados. Así me di cuenta de que Ryan estaba perdidamente enamorado de ti. Pero tú habías tomado tu propio camino y habías luchado mucho para conseguirlo.

Mamá volvió a sorber de su cerveza.

—El segundo contacto que tuve con Derek —dijo mirándome directa a los ojos—, fue por teléfono. Recibí su llamada el mismo día que Ryan vino a casa llorando porque su hermano le confesó, dos días atrás, que te quería y que no podía soportar más mantenerse apartado de ti cuando te tenía tan cerca. Derek me rogó que no te dijera nada hasta que él consiguiera la manera

de contártelo. Su intención era que no recibieras la sorpresa de golpe porque lo último que él quería era hacerte daño.

Mamá abrió las piernas y colocó los pies en el suelo, uno a cada lado de la tumbona, y adelantó su cuerpo estirando la espalda.

—El tercer contacto que tuve con Derek, fue en nuestra primera visita a San Francisco. Cuando me vio atravesar la puerta de vuestro apartamento, se quedó tan paralizado y asustado que pensé que te darías cuenta de que ya lo conocía. No me quedé tranquila hasta que noté cómo se relajaba su cuerpo al abrazarme. Derek creía que habíamos ido a verte para contártelo todo. Pero solo hicimos aquel viaje porque necesitaba verte y comprobar que realmente eras feliz.

Mamá bebió otro sorbo de cerveza.

—Y lo eras. Eras muy feliz y así tuve que decírselo a Ryan cuando volvimos. Y, mientras tú seguías con tu vida, aquí pasábamos noches sin dormir esperando el día en que Derek se decidiera a confesar. Nadie sabía cómo te lo ibas a tomar porque siempre has sido tan imprevisible que nunca sabíamos por dónde nos ibas a salir. Pero la sorpresa no nos la diste tú. Sino Derek.

Mamá se levantó y se acercó hacia mí.

—Ryan y él dejaron de hablarse las primeras navidades que pasaste lejos de casa. Acababas de instalarte en el apartamento de Derek y Carl —dijo acariciándome el pelo—. Ryan viajó a San Francisco porque necesitaba ver con sus propios ojos lo que no quería creer. Cuando tuvo que aceptar la realidad, le advirtió a su hermano de que no iba a quedarse de brazos cruzados si tú sufrías un solo rasguño. Y Derek se defendió diciéndole que Tom le había contado que él era el culpable de que tú estuvieras tan lejos de Crossboots. Entonces, se pelearon. Y lo hicieron con los puños.

Abrí los ojos sorprendida.

Derek solo se había peleado una vez estando conmigo y fue en aquellas navidades. Di por supuesto que Yuu era la persona con la que se enfrentó cuando Macy me contó que habían coincidido los dos visitando la tumba de Kashim.

Mamá me acarició la mejilla al ver la sorpresa en mi cara.

—Con el tiempo, Ryan y Derek consiguieron hacer las paces a su manera. También habías heredado una *Harley* de Joe y Ryan quiso encargarse de ella por completo. Derek no tuvo más remedio que arreglar las cosas con su hermano porque, algún día, tenías que saber la verdad. Pero, cuando Derek se

decidió, no pudo contártelo porque, ese día, no llegó a casa.

Mamá me besó la frente. Luego, apartó un poco mis piernas haciendo hueco en la tumbona y se sentó.

—No deberías desperdiciar más tiempo lejos de Ryan, Abby. Nunca se sabe lo que va a ocurrir mañana.

Miré a mi madre con los ojos humedecidos porque las lágrimas habían vuelto.

—Tengo que contarte una cosa, mamá.

Abby-23 años-Agosto

Desde que Derek me llevó a visitar Silicon Valley después de mi graduación, tuve claro que quería utilizar un ordenador para trabajar de forma independiente. Así empecé a investigar qué podía hacer para conseguirlo descubriendo una infinidad de aplicaciones que existían en el mercado para hacerlo.

Alternaba mi trabajo de camarera con el que el Sr. Hollis me ofreció después de tres años dando clases grupales suplementarias de su asignatura en la universidad y me apunté a un curso para reforzar mis conocimientos de Diseño Gráfico.

Tom y Carl se habían casado hacía dos meses. La boda se celebró el mismo día que Tom cumplió los veintitrés años, en junio, y pudieron celebrarlo con Ben y Penny igual que con mamá y Mike que nos hicieron la quinta visita en todos esos años.

El padre de Carl no aceptó la invitación pero su madre resplandeció entre los invitados demostrando lo muy orgullosa que se sentía de su hijo.

Cuando Tom y yo nos graduamos, nuestras vidas volvieron a cambiar. Los cuatro estuvimos de acuerdo en que cada pareja debía empezar a tener su propia privacidad.

Así que buscamos dos nuevos apartamentos que no estuvieran muy lejos el uno del otro. Al final, los encontramos en dos edificios diferentes pero en un mismo cuadrante.

Estábamos encantados y ya llevábamos dos años viviendo de forma independiente.

Y, ahora, yo había tomado una decisión.

Me quité las gafas y las puse en la mesa de centro del salón.

—¿Por qué no me operas tú? —pregunté viendo a Derek borroso.

Él se giró hacia mí y se apoyó en la encimera de la cocina cruzando los

brazos.

—Jonathan ha operado a más pacientes de los que solo se pueden contabilizar con una computadora. A mí todavía me falta rodaje y, aunque la operación es sencilla, no voy a arriesgarme contigo.

—Pero vas a estar ahí, ¿verdad?

Derek suspiró.

—Todavía no lo he decidido, Abby.

Volví a coger las gafas y me las puse. Después, suspiré.

—Espero que valga la pena gastarme todo ese dinero.

Derek descruzó los brazos y se me acercó. Se agachó delante de mí, que estaba sentada en el sofá, y me cogió de las manos.

—Ya te he dicho que no necesitas gastarte el dinero. Y tampoco necesitas operarte si no estás segura. Sabes que a mí me encanta verte con las gafas puestas.

Me lo quedé mirando detenidamente.

—Nunca entenderé porqué te dedicas a esto y, luego, no quieres que me opere.

Derek sonrió y negó con la cabeza.

—Me gusta mi trabajo, Abby. Pero no se trata de lo que yo quiero. Sino de lo que quieres tú. ¿Estás segura de que te quieres operar?

—No arriesgaría todos mis ahorros si no lo estuviera.

—No tienes que arriesgar nada, Abby. Puedo pagártelo yo.

—Puedes. Pero no quiero que lo hagas.

—Entonces, no se hable más. Mañana llamaré a Jonathan para concertarte una cita con él.

Sonreí muy abiertamente.

—Por fin podré verte bien sin gafas —dije emocionada haciendo pequeñas palmadas con las manos.

Derek se soltó de una de mis manos y se tocó la frente.

—Y yo dejaré de ver tu increíble mirada enmarcada con ellas.

—¿No es genial? —exclame jubilosa a pesar de su comentario.

Derek dejó de tocarse la frente y me ofreció esa gran sonrisa tan atractiva. Después, pasó un dedo rozando ligero por mi mejilla.

—Verte así de contenta es... mucho más que genial, Abby.

Entonces, pegué un gritito riéndome y me tiré encima de él hasta que nuestros cuerpos quedaron enredados en el suelo.

Capítulo 50

Cuando atravesé la puerta principal de casa de mi madre, ya era medianoche. El cielo seguía despejado y las estrellas brillaban acompañando la tenue luz de la calle.

Se lo había contado a mi madre.

Me costó decir la primera palabra. Pero, cuando la dije, todo salió como las balas de una metralleta.

Cuando mamá consiguió serenarme, rodeada de sus brazos, asimilé que era el momento de que Ryan también lo supiera.

Anduve con paso tranquilo hasta el Taller de Joe. La moderna persiana estaba abierta y la luz encendida. Cuando entré, encontré a Will a punto de cerrar la puerta que daba al patio.

Nuestras miradas se cruzaron y fijamos los ojos manteniendo nuestro propio diálogo.

Sus ojos me dieron a entender que Ryan estaba agotado. Y yo asentí para que entendiera que había venido a buscar la paz que los dos necesitábamos.

Tras afirmar con la cabeza, Will cruzó el local y se fue.

Miré a mi alrededor. Aquel taller me había acogido desde el primer momento en que entré y sentía que siempre sería así mientras se mantuviera abierto.

Y Ryan se había encargado de conseguirlo.

Fijé la vista en el panel donde se encontraba la caja fuerte y me acerqué. Había retenido la combinación cuando Ryan la abrió para entregarme la carta de Joe.

Primero, dudé.

Pero, luego, me decidí a abrirla porque, al fin y al cabo, Ryan me lo mostró como si no le importara que yo supiera lo que había allí dentro.

Y, también, porque la curiosidad se imponía a mi ética mientras me daba un poco más de tiempo a mí misma.

Metí la mano y cogí el sobre sin identificar con mucha intriga. Lo abrí y

saqué su contenido. Era una subcarpeta y las letras decían “Testamento”.

El de Joe.

Empecé a leerlo y me quedé muy sorprendida cuando terminé.

Joe había construido un imperio inmobiliario. Todo estaba repartido entre Ryan y Derek y quedaba muy explícito qué le correspondía a cada uno.

Excepto la casa donde vivía mi madre.

Me llamó la atención la mención de tres coches y dos *Harley*. Los coches eran los mismos que vi en la nave llena de locales cerrados con persianas metálicas. Me acordé de que Ryan me hizo entrar en el doce cuando huimos hacia la cabaña al noreste del condado de Hall.

Dos coches eran para Derek y Ryan heredó *su Harley* con el otro coche.

La *Harley* reconstruida quedaba muy claro que era para mí.

Pero lo que más me sorprendió fue descubrir que Joe había adquirido varias millas a la redonda donde se encontraba el prado del arroyo y el campo de abetos estaba arrendado a un granjero al que le sacaba un pequeño rendimiento.

Aquella zona era una propiedad privada de la que Tom y yo disfrutamos sin saberlo porque no había ni una sola cerca que lo indicara.

Metí el testamento de Joe dentro del sobre y lo volví a colocar en su sitio. Cerré la caja fuerte con el panel y respiré hondo.

Desde que regresé a Crossboots, no eché de menos la ciudad de San Francisco. En cambio, allí sentí añoranza de todo lo que me rodeaba ahora.

Miré hacia la puerta metálica que daba al patio.

No sabía cómo se tomaría Ryan lo que le tenía que decir. Pero tenía que hacerlo.

Me acerqué al cordón de plástico que colgaba del techo y que ahora ya sabía que servía para abrir y cerrar aquella persiana tirando de él. Después, apagué la luz del local antes de salir al patio.

Cuando abrí con cuidado la cristalera resquebrajada que daba al salón, vi que todo había vuelto a su sitio. Los muebles estaban recogidos aunque había alguna cosa rota que dejaba huella del estropicio que me encontré cuando llegué de San Francisco.

Me dirigí a la puerta de la habitación y la abrí con cuidado. Ryan estaba tumbado en el lado de la cama en el que solía dormir yo. Su cara estaba orientada hacia la mesita de noche y no podía adivinar si estaba durmiendo porque no le veía.

Me apoyé contra la pared que estaba al lado de la puerta y me dejé caer al

suelo quedándome sentada. Entonces, me quedé mirando su espalda desnuda y sus brazos colocados hacia arriba con las manos metidas bajo la almohada.

Ahora, sabía lo que significaban sus tatuajes.

La cruz era Joe y el pequeño símbolo de letras que confundí con San Patricio no eran una S unida a una P. La S era en realidad una J.

Joe Petersen.

El tigre que dormía apaciblemente sobre un lecho de hierba dibujado en su omoplato era Derek.

Y el precioso trébol celta con el símbolo del infinito en el tallo era yo.

No quise preguntar qué significaban esos tatuajes para él porque yo también llevaba uno del que no quise hablar nunca. Y ahora no tardaría en hacerlo. Pero iba a esperar a que Ryan se despertara.

Entonces, él se movió y giró la cabeza hacia donde yo me encontraba sentada, como si hubiera sabido lo que yo acababa de pensar en aquel momento. Se levantó deprisa quedándose de pie con la cama interponiéndose entre nosotros mientras me miraba sorprendido.

Tragué saliva e intenté tranquilizarme. Entonces, hablé.

—Aquella tarde..., lo había planificado todo. Derek siempre cenaba a las siete y me prometió que a esa hora estaría cruzando la puerta de nuestro apartamento. Calculé todos los tiempos para prepararlo todo. La hora de empezar a cocinar, el tiempo que necesitaba para arreglarme, el ambiente que quería instaurar, la comida y... el vino.

Respiré hondo y seguí.

—Todo estaba saliendo bien hasta que llegó la hora. Las siete en punto. Llamaron a la puerta y sonreí pensando que Derek se había vuelto a dejar las llaves igual que le ocurrió en su viaje anterior. Pero, cuando abrí la puerta, me encontré de frente con dos policías. Hacía dos meses que habíamos cambiado la cuenta bancaria para los gastos del apartamento y habíamos tenido algún problema con el pago del alquiler. Estaba segura de que lo había arreglado pero pensé que, tal vez, estuviera equivocada.

Junté las manos sobre mis rodillas y las apreté con fuerza nerviosa.

—Cuando los agentes me dijeron que Derek había muerto, tuve una bajada de presión instantánea y me desmayé cayendo al suelo de golpe. Cuando... cuando abrí los ojos, me encontraba en el quirófano y solo veía uniformes azules a mi alrededor. Mis brazos estaban en cruz con sus correspondientes catéteres y una tela azul alzada sobre mis hombros tapaba mi cuerpo sin que yo pudiera ver lo que estaban haciendo.

Noté que empezaban a humedecerse mis ojos y me los sequé con las manos.

—El médico que tenía delante me miró y me dijo: “No podemos salvarlos. Hay demasiada hemorragia y ha perdido mucha sangre”.

Las lágrimas me salieron descontroladas en cuanto dije eso. Pero seguí.

—Estaba... estaba perdiendo a mis dos bebés de tan solo dieciocho semanas. Entonces, empecé a gritar. “No... Ellos no... No, no, no... Ellos no... ¡No!”.

Tuve que sorber por la nariz para tomarme un respiro porque no soportaba hablar de ese momento.

Ryan estaba tan quieto que hubiese podido jurar que ni siquiera respiraba.

Cuando volví a sentirme un poco más serena, seguí.

—Tuvieron que sedarme porque mi cuerpo luchaba para levantarse. Solo quería largarme de allí. Cuando... cuando volví a abrir los ojos, Tom y Carl estaban mirándome preocupados mientras yo no sentía las piernas que descansaban en aquella cama de plástico envuelta en duras sábanas. En ese momento, fui consciente de lo que acababa de perder pero no sabía cómo sobrellevarlo. Así que les hice prometer a Tom y a Carl que no dijeran nada de todo aquello a nadie.

Crucé las piernas que empezaron a moverse inquietas.

—Hacía dos meses que no me encontraba bien y Derek no dejaba de decirme que fuera al médico. Pero hacía poco tiempo que había empezado mi negocio y me dejaba absorber por él. Me decidí a ir por la mañana el mismo día que Derek regresaba. Entonces, fue cuando supe que estaba embarazada. Y... los vi. Y... escuché sus corazones.

Negué con la cabeza mientras mis rodillas se levantaban y bajaban con rapidez porque mi cuerpo estaba nervioso.

—No sé lo que falló porque siempre habíamos tomado precauciones. No era el momento de ser padres y los dos estábamos de acuerdo. Derek hacía muchas guardias y yo no tenía tiempo para dedicarme a eso. Pero... pasó.

Levanté las manos dando a entender que lo aceptaba.

—Y..., cuando vi por el monitor a mis pequeñísimos bebés ya formados y que solo necesitaban crecer un poco más protegidos por mi cuerpo..., los quise. Los amé de inmediato.

Respiré hondo y levanté la mirada hacia el techo de la habitación.

—Pero los perdí el mismo día que me enteré de que existían y Derek nunca supo que iba a ser papá. Había... había comprado nuestro vino favorito

para decirle que no podría beber más alcohol durante unos meses... hasta... que nacieran nuestros hijos.

Miré a Ryan que seguía mirándome paralizado. Tenía la boca entreabierta y sus ojos pestañeaban inquietos.

—Cuando empecé a superar todo esto a tu lado, pensé que conseguiría guardarlo en algún rincón de mi mente para siempre. Pero lo que yo no sabía era que tú podrías haber tenido dos sobrinos si todo hubiera salido bien. Y tampoco imaginaba que la sangre de Joe se había implantado en mis entrañas dando vida a dos seres inocentes que nunca vieron la luz. Cuando... cuando descubrí aquella foto... —chasquéé los labios y negué con la cabeza—, el miedo se apoderó de mí. Ya había sufrido suficiente dolor como para tener que lidiar con algo que se me escapaba de las manos. Y... no sentía más deseo que el de huir. Me asustaba descubrir lo que podía significar porque, entonces, tendría que volver a abrir esta herida que no sé cómo curar y que me provoca pesadillas cuando lo único que quiero... es dormir.

Después de haberlo soltado todo, respiré hondo y levanté las rodillas para apoyar mi frente sobre ellas. Estaba cansada. Pero lo había hecho. Ahora, Ryan ya lo sabía.

Entonces, noté que sus brazos me levantaban y me acomodaban en la cama dejándome que me hiciera un ovillo mientras mis ojos tenían la mirada perdida en la almohada que tenía delante.

El rostro de Ryan apareció ante mi vista de inmediato. Sentí sus suaves caricias sobre mi pelo y sus claros ojos verdes me miraban humedecidos por las lágrimas.

—Lo superaremos —susurró un rato después.

—De acuerdo —murmuré yo.

—Te quiero, Abby.

—Yo... también te quiero, Ryan —pude decir en voz alta al fin.

Y los ojos se me cerraron.

Abby-26 años-Noviembre

No sentía las piernas.

Tom y Carl me miraban apesadumbrados.

Entonces, fijé los ojos con los de Tom y no hizo falta que yo dijera nada.

Ellos lo sabían.

Un sabor muy amargo subió desde mi estómago hasta mi garganta y una arcada me sobrevino. Agarré la sábana áspera que cubría mi cuerpo y me

destapé. Vomité al otro lado de la cama porque mis piernas seguían sin responder.

Tom pulsó un botón.

Enseguida, aparecieron dos enfermeras cubiertas con uniformes blancos y, tras ver lo que había en el suelo, lo recogieron dejando un olor profundo a desinfectante.

Tom y Carl esperaron fuera de la habitación mientras las enfermeras me hacían un reconocimiento. Luego, una de ellas apretó mis piernas que todavía no respondían.

—No tardará en sentirlas, Srta. Sheppard —dijo la enfermera manoseando mis muslos—. Pulse el botón cuando empiece a notar un cosquilleo.

Después, las dos enfermeras salieron de la habitación y Tom y Carl volvieron a entrar.

Tom se sentó a mi lado y me cogió de la mano.

Entonces, le miré a los ojos y se lo pedí.

—Prométeme que no se lo dirás a mi madre. Prométeme que nadie se va a enterar de esto.

Tom se tapó la cara con la otra mano y negó con la cabeza. Luego, levantó la mirada y la dirigió hacia Carl.

Carl asintió con la cabeza brevemente.

—Te lo prometo, Abby —dijo Tom volviéndome a mirar a los ojos.

Tragué saliva y miré a Carl.

—Tú también, Carl. Prométemelo.

Carl asintió varias veces con la cabeza apretando los labios.

—Si eso es lo que quieres..., entonces..., te lo prometo, mi amor.

Tras escuchar esa promesa, mis lágrimas salieron sin que yo pudiera hacer nada más y Tom se tumbó en la cama y me abrazó como pudo porque los catéteres se lo impedían.

Cuando me dieron el alta médica, me llevaron a su casa.

Ahora, solo faltaba esperar el funeral de Derek.

El entierro de Derek se celebró tres días después de su muerte.

No pudimos verle.

Su cuerpo había quedado completamente destrozado después de que el tráiler que lo embistió aplastara el coche que conducía.

Jonathan fue el que se encargó de todo.

Susan estaba desolada y Tom y Carl me sujetaban entre los dos porque mi

cuerpo se desvanecía sin que yo pudiera mandar una señal a mi cerebro para mantenerme en pie.

Cuando casi no había empezado la ceremonia, Carl tuvo que levantarme en brazos y me llevó hasta el coche. Tom se subió al volante y me llevó a casa. Dejamos atrás a todos los presentes incluido a Carl que fue el único que presencié todo el entierro con los demás.

Mamá vino dos semanas después. Lo hizo sola y se alojó en mi apartamento. En el apartamento en el que Derek y yo pusimos nuestras ilusiones para nuestra vida en común.

Pero mi madre no pudo quedarse más de una semana porque su vida estaba en Crossboots.

Me pidió que me fuera con ella.

Y, aunque deseaba estar a su lado, no podía regresar al pueblo que me trató tan mal.

No podía superar tantas cosas a la vez.

Capítulo 51

Un ligero frío me despertó.

Me giré buscando el cuerpo de Ryan pero no estaba a mi lado.

Entonces, miré el reloj de la mesita de noche. Eran las tres de la madrugada.

Solo hacía un par de horas que le había contado a Ryan la pérdida que sufrí ocho meses atrás y seguía vestida con mi ropa. Pero las botas de combate ya no calzaban mis pies.

Entonces, escuché una voz en el salón.

Una chica hablaba en español.

Me levanté de la cama y me acerqué a la puerta para escuchar.

—...*Si eres uno de los afortunados que, un día, encuentras un trébol de cuatro hojas, la tradición dice que deberías llevarlo en tu calzado para que te transfiera su fortuna.*

Mis ojos se abrieron sorprendidos.

—*Sin embargo, algunos afirman que es mejor introducirlo entre las hojas de la Biblia o del libro de cabecera.*

¡Ese era mi trabajo sobre los tréboles!

—*Otros prefieren utilizarlo como colgante.*

Abrí la puerta y me adentré al salón hasta que vi mi rostro adolescente con gafas en la pantalla del televisor.

—*No falta el naturista que cree que, para asegurar la buena suerte, la plantita debe ser devuelta a la tierra de donde salió.*

Me quedé paralizada detrás del sofá donde Ryan estaba sentado viendo aquellas imágenes.

—*Y las teorías y creencias siguen y siguen y siguen...*

Oh, Dios mío. Estaba todo grabado.

—*Además, hay que saber que, si tienes la suerte de encontrar un trébol de cuatro hojas en la actualidad y decides entregárselo a alguien, significa que estás expresándole tu amor. Entonces, esa persona sabrá que es alguien muy*

importante para ti.

Rodeé el sofá sin dejar de mirar la pantalla hasta que me senté al lado de Ryan con la boca abierta.

—Pero el mayor impedimento para dar con el famoso trébol de cuatro hojas es que es lo mismo que encontrar una aguja en un pajar.

Cuando escuché eso, sonreí.

—Porque solo se encuentra uno entre diez mil.

Entonces, la pantalla se emborronó y el salón se oscureció dejando que la tenue luz de las estrellas penetrara a través de las cristaleras que daban al patio.

Me giré hacia Ryan que estaba mirándome de aquella manera que ya sabía lo que significaba. Luego, vi que alzaba las manos que sujetaban el colgante del trébol de cuatro hojas que encontré bajo sus pies y me lo abrochó detrás de mi nuca. Ahora ya tenía un cierre metálico.

Mi mano reaccionó instintiva para tocar el cristal que protegía el trébol cubriéndolo bien hermético.

—Creí que dormías —dijo.

Desvié la mirada hacia el suelo.

—No duermo bien si no tengo a alguien cerca..., a mi lado.

Ryan respiró hondo.

—Tenía... tenía que ver este vídeo... una vez más.

Luego, se movió para alzarme con sus brazos y sentarme sobre su regazo. Después, me presionó contra su pecho y me dejé arropar rodeada de su brazo notando que mi cuerpo se relajaba al mismo tiempo que su olor me envolvía.

—Era... lo único que tenía para... poder verte —suspiró—. Era... lo único con lo que te podía tener más cerca sin que te dieras media vuelta y te escurrieras. Y..., cuando ya no te pude alcanzar más, tuve que dejar de verlo porque tenía que seguir con mi vida. Luke también me importaba y él era lo único que me quedaba.

Ryan me acarició el pelo.

—A veces..., cuando pasaban varios meses, lo ponía de nuevo. Y, cuando... cuando terminaba de verlo, me decía que era un estúpido porque eso no haría que volvieras. Entonces, dejaba de verlo otros meses más. Luego, me mentalizaba para destruirlo. Borrarlo de una vez por todas. Así terminaría con esa maldita tortura. Pero... no podía hacerlo porque era una de las muchas locuras que hice por ti.

Alcé la mirada preguntándome qué locuras fueron esas.

—¿Locuras?

Ryan me devolvió la mirada.

—Sí... Locuras... Si me enteraba de que alguien se metía con vosotros, me peleaba. Provocaba otro motivo para que no se dieran cuenta de que les estaba haciendo pagar en tu defensa. Pero así recibían lo que se merecían — dijo asintiendo con la cabeza—. Locuras... como ganar dinero en las carreras y gastármelo comprando recambios buenos para tu camioneta. Después, cuando los conseguía, salía de madrugada hasta tu casa para sustituirlos por los viejos y estaba pendiente de cualquier ruido de tu coche por si tenía que arreglarse antes de que te dieras cuenta.

Ryan suspiró.

—Locuras como no dejar que nadie se sentara en vuestra mesa del comedor. O correr por los pasillos para pasar por delante de tu taquilla aunque tuviera que volver al otro lado del edificio. El último año..., rompí mi taquilla para que me dieran otra más cerca de la tuya. Seguía estando lejos pero, por lo menos, podía verte. Aunque... —negó con la cabeza— tú nunca me veías.

Ryan se refregó la cara con su mano libre.

—Dejaba plantados a mis amigos en cualquier fiesta y me acercaba a tu casa con la intención de pedirte que pasaras un rato conmigo. No me importaba dónde pero deseaba estar contigo a solas. Entonces, me quedaba plantado en la esquina de la calle cambiando de opinión porque me daba más miedo que me rechazaras a que las cosas continuaran igual.

Ryan miró hacia mi cuello y fijó la vista en el colgante. Luego, su mano lo acarició.

—Locuras como dejarle mi móvil a Connor para que te grabara ese día porque la necesidad de verte crecía cada vez más.

—¿Connor estaba en mi clase? —me sorprendí.

Ryan sonrió.

—Connor estaba en la mayoría de tus clases. Seguía tus pasos a través de él y me consiguió uno de los pocos tesoros que guardaba de ti.

Tragué saliva.

—¿Tesoros?

Ryan fijó los ojos en mi boca y me acarició la mejilla hasta que rozó mis labios con el dedo pulgar.

—Tesoros que significaron mucho para mí en algunos momentos.

—¿Todavía los tienes? —susurré.

Ryan acercó su rostro hacia el mío.

—Los tengo —murmuró antes de besarme.

Entonces, mi cuerpo se movió instintivo colocándose a horcajadas sobre él.

Luego, Ryan me quitó el jersey dejándome de besar solo un momento para volverlo hacer de inmediato, como si tuviera miedo de que fuera el último beso que me iba a dar.

Después, se levantó sujetándome entre sus brazos y me llevó a la habitación. Me acomodó en la cama y me miró medio sentado entre mis piernas mientras sus manos bajaron hasta el botón de mi pantalón. Cuando lo desabrochó, mi sencillo tatuaje quedó frente a sus ojos y lo acarició.

—Tres lágrimas —susurré poniendo mi mano sobre la suya.

Atrapé su dedo índice y lo coloqué sobre la lágrima superior. Tragué saliva.

—Derek.

Luego, bajé su dedo y lo pasé sobre las dos lágrimas de abajo. Respiré hondo.

—Mis bebés.

Después, hice rodear su dedo sobre la circunferencia que rodeaba las tres lágrimas.

—Su recuerdo.

Abandoné su mano y puse la mía en el colgante mirándole a los ojos.

—Tú —dije.

Luego, señalé cada hoja con el dedo.

—Esperanza, fe, suerte y... amor.

Ryan me miraba con los ojos muy abiertos. Después, adelantó su cuerpo y me aprisionó entre sus brazos.

—Maldita sea, Abby —susurró—. Cuando creo que no puedo estar más loco por ti, siempre consigues hacerme ver lo equivocado estoy.

Y me besó.

Ryan conducía mi vieja pick-up. No sabía a dónde me llevaba pero pasamos por delante de casa de mi madre sin parar. Después, giró por el camino de tierra que llevaba al arroyo pero frenó el coche mucho antes de llegar.

Miré las grandes piedras por las que se podía cruzar el río en el que Ryan se ganó un enorme catarro a los nueve años.

Él bajó de la camioneta y me abrió la puerta para que yo hiciera lo mismo.

Después de cruzar el río, miré a Ryan sin entender lo que estábamos haciendo allí. El pie del tallo del abeto estaba rodeado de césped y el árbol no había hecho más que crecer. No veía nada que Ryan pudiera enseñarme de nuevo en ese lugar.

Entonces, él me cogió de la mano y me señaló a donde quería que me sentara.

En cuanto asenté mi trasero en el césped, crucé las piernas y apoyé la espalda en el grueso tronco del abeto.

Ryan se sentó frente a mí dejando un buen espacio entre nosotros y miró hacia abajo. Con los dedos de una mano, trazó un rectángulo tan ancho como la distancia que había entre mis rodillas cruzadas.

El césped se esparció a los lados de la hendidura que Ryan había marcado. Luego, hundió los dos dedos índices en dos esquinas opuestas y levantó lo que entonces descubrí que era la tapa de una caja metálica.

Abrí los ojos como platos al reconocer algunos objetos que había dentro de la caja enterrada.

Eran sus tesoros.

Ryan sacó el primero y empezó a contarme cómo vivió los mismos momentos que yo recordaba de forma tan diferente.

Pasamos la tarde sumidos en nuestro pasado y, cuando volvimos a casa, solo quedaba una cosa por hacer.

Seguir adelante con nuestras vidas.

Juntos.

Abby-26 años-Febrero

Salí de casa porque había recibido un primer aviso de impago por el alquiler del apartamento.

Anduve como una zombi con intención de llegar al banco. Pero un cartel luminoso me llamó la atención.

Las luces de neón iluminaban la entrada de un local oscuro, igual como me sentía yo, y un montón de dibujos cubrían el cristal del escaparate.

Las letras “*Tattoo’s Black*” se encendían y se apagaban con mucha rapidez.

Mis piernas me llevaron hasta allí y entré. Un timbre sonó en el mismo

momento en que abrí la puerta y un hombre rudo que me recordó a Joe salió de detrás de una cortina negra. Me miró sin decir palabra y alzó la tela dándome paso para que entrara.

Cuando salí de allí, volví a casa y me tumbé en la cama.

Entonces, volví a llorar.

Epílogo

Diez meses después

El vestido era blanco y ajustado.

El pelo estaba adornado con sencillas y pequeñas flores blancas alrededor del moño.

Y los zapatos prestados de tacón alto calzaban los pies que bailaban entre las botas de combate de Ryan.

Su traje era de color azul muy oscuro. Pero parecía negro. Igual que su cabello revuelto.

El ramo de novia estaba agarrado entre los puños de cada mano. Cuando la música lo marcaba, un giro en el baile lo orientaba hacia el otro lado.

Connor pasó por delante haciendo girar a Sally por debajo de su propio brazo.

Mike se acercó decidido con su uniforme de gala y le dio una palmada en el hombro a Ryan.

Los dos se sonrieron.

—Podríamos pedirle que nos prestara ese uniforme, mi amor —dijo Carl a Tom.

—Ya me disfracé de policía cuando tenía seis años —dijo Tom. Entonces, le sonrió—. Pero fue Abby quien lo disfrutó.

—¿Teníais esposas? —bromeó Lucy traviesa.

Tom y yo nos miramos divertidos.

—Claro, Lucy —dijo Tom aleteando las pestañas—. Y terminamos esposados en el cabecero de la cama.

—Jake —intervino Luke palmeándole el hombro—, si quieres puedo conseguirte unas.

Jake negó con la cabeza mientras se ruborizaba.

—No quiero ni pensar dónde acabarán las malditas llavecitas si las

encuentra Jeremy. Solo me faltaría tener que usar los alicates para liberar a mi esposa de su propia ocurrencia.

Todos en la mesa nos echamos a reír.

Entonces, Ryan apareció a mi lado y me cogió de la mano. Luego, tiró de mí ayudándome a levantar.

—Tú turno, preciosa —dijo acercándose hacia su cuerpo y llevándome a la pista de baile.

—Podrías haber escogido a Molly —dije sonriendo—. Connor lo ha hecho con Sally.

—No tengo tiempo.

—¿No tienes tiempo? Pero si esto solo acaba de empezar.

—Y nosotros nos vamos.

Abrí mucho los ojos y miré a mi madre vestida de novia bailando con su reciente esposo Mike.

—No puedo dejar a mi madre el día de su boda, Ryan.

—Puedes.

Entonces, mi madre me devolvió la mirada y asintió con la cabeza con una gran sonrisa.

—¿Qué le has dicho?

—Solo le he pedido permiso —contestó sonriendo—. Y me lo ha dado.

—¿Te has vuelto loco?

—Sabes que ya lo estoy.

Ryan continuó sonriendo mientras me hacía dar una vuelta bajo mi propio brazo sin dejar de sujetarme. Luego, tiró de mí hacia la salida del salón de bodas.

Cuando llegamos al estacionamiento, Ryan abrió el cierre centralizado y me puso las llaves del *Camaro* en el bolsillo de mis pantalones de lino negro.

Yo también calzaba mis botas de combate.

—Conduce.

—¿A dónde?

—A la hoguera.

—¿A la hoguera?

Ryan se subió en el asiento del copiloto esperando a que yo reaccionara.

Entonces, noté cómo la adrenalina empezaba a imponerse contra la cordura porque no sabía qué demonios se le había ocurrido a Ryan esta vez y subí tras el volante sin pensármelo más.

Cuando llegamos, todo estaba oscuro y no había nadie alrededor.

Mi madre había decidido casarse un lunes porque era cuando cerraba la hamburguesería de Molly y quería que las hermanas estuvieran en ese día tan especial.

Yo iba a sustituirla durante los días de su luna de miel. Además de ayudar a Ryan en el taller, cubría algunas horas del día en la hamburguesería para que mi madre no tuviera que hacer la jornada completa.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté.

Ryan me sonrió travieso.

—Quiero ver cómo haces un trompo. Pero sentado en el sitio correcto.

—¿He dejado a mi madre en mitad de su boda porque quieres ver cómo hago un trompo? —pregunté echándome a reír.

—Exacto —dijo Ryan levantando los brazos como si fuera la cosa más normal del mundo—. La primera vez que lo hiciste me lo perdí desactivando el localizador del *Aveo Sedan*. Bueno..., lo sufrí —me recriminó—. Pero me lo perdí. Y, la segunda vez, iba detrás de tu camioneta y también lo sufrí golpeándome contra el cajón de carga. Ahora —dijo acercando su cara hacia la mía sabiendo que no era necesario que me convenciera más—, quiero vivirlo contigo.

Entonces, me besó y volvió a acomodarse en su asiento fijando la vista hacia delante mientras yo le miraba sonriendo.

Él estaba loco pero no sabía quién de los dos lo estaba más.

Miré hacia la pista donde los dos palos que marcaban la salida y la llegada estaban tirados en el suelo.

Pisé el embrague y puse la primera marcha.

El corazón empezó a latirme con fuerza.

Luego, pisé el acelerador progresivamente y conduje hacia la pista.

Cuando alcancé la velocidad que quería, giré un poco el volante hacia la izquierda y el coche dio su primera vuelta. Luego, presioné más el acelerador y terminé de girar el volante en la misma dirección.

Cuando la emoción se apoderó de mí, pisé el embrague hasta el fondo y levanté el freno de mano. Entonces, las ruedas traseras empezaron a trabarse y el coche derrapó. Luego, volví a pisar a fondo el acelerador y solté el embrague y el freno de mano a la vez. El coche giró dando vueltas a gran velocidad haciendo derrapar mucho las ruedas.

Ryan y yo gritamos excitados dentro del coche regocijándonos.

Después, desaceleré y giré el volante hacia la derecha hasta enderezarlo. Y, en vez de pisar el embrague para volver al punto muerto, aceleré de nuevo

hacia el campo abierto y aumenté la velocidad cambiando de marchas hasta la más larga.

El coche volaba.

Entonces, desaceleré de nuevo y reduje las marchas hasta la primera y repetí el trompo pero hacia la derecha.

Ryan y yo volvimos a celebrarlo gritando de nuevo.

Después, desaceleré lentamente y enderecé el volante hacia la izquierda volviendo a acelerar para correr de nuevo hasta los palos tirados en el suelo y cruzándolos como si hubiera ganado una carrera.

Cuando frené el coche, Ryan se desabrocho el cinturón con rapidez y me rodeó la nuca con la mano acercándose hacia su cara.

—Joder —dijo.

Entonces, me besó.

FIN.



Vive la historia de Ryan.

PROXIMAMENTE...

Facebook: [Koral Standford](#)

Instagram: [@koralstandford](#)

Agradecimientos

Hoja de trébol 1

He tardado prácticamente dos años en escribir este libro. Todo empezó como una de mis locuras. Me lancé al vacío sin pensar en lo duro que me resultaría.

Pero, cuando me sentaba delante del ordenador, las palabras me salían solas.

Tras escribir un par de capítulos, se los mandé a mi amiga Yoly que está tan loca como yo. Ella es lo mismo que mi mano derecha o igual que el bastón con el que una persona coja necesita para mantenerse en pie.

—Sigue —me dijo—. Quiero más.

Y le di más. Muchos capítulos más.

Entonces, tuve que parar de escribir y los capítulos se quedaron en mi cabeza deseando encontrar el momento para poderlo retomar.

Yoly tuvo que dejar de leer.

Pero, cuando lo terminé, ella se leyó el libro de un tirón.

A ti, Yoly, te doy mil las gracias por estar metida en todas mis locuras.

Hoja de trébol 2

Una llamada de teléfono me regaló mi segunda hoja de trébol.

Isa cayó del cielo como el ángel que necesitaba en ese momento.

Hacía años que no teníamos aquellas conversaciones interminables de las que no terminarías nunca.

Porque hablar con ella es como conectar el cargador del móvil al teléfono y, enseguida, ves que la batería va subiendo hasta llegar al 100% de la carga y no lo desconectas para no perder la conexión jamás.

No recuerdo por qué nos llamamos aquel día.

Pero sí recuerdo estas palabras:

—... y estaba yo escribiendo mi libro... —dije sin pensar.

—¿Estás escribiendo un libro? —preguntó sorprendida.

—Sí... Bueno... —dije dándome cuenta de que había metido la pata. Era algo que quería llevar en secreto. Pero se me escapó—, no quería decirte nada hasta que no lo hubiese terminado...

—Pero... A ver, tía... Ahora mismo estoy flipando... ¿Cómo que estás escribiendo un libro? Pero... ¿cómo es eso? ¡Yo quiero leerme tu libro!

“Mierda”, pensé, “acabo de meter la pata...”

¡Dios mío!

Una cosa era compartir mi locura con Yoly que me conocía como nadie.

Pero... ¿Isa?

¡Madre mía... el miedo que me entró!

No había escrito un libro en mi vida y no sabía si lo estaba haciendo bien, mal, regular, absurdo, aburrido...

“¿Y si no le gusta?”, pensé, “¿Qué pensará ella del libro? ¿Se lo leerá entero o lo dejará porque no tiene gancho o no es el estilo que le gusta o... yo qué sé?”

Además, el libro estaba a medias. Faltaban por lo menos treinta capítulos y, de los que estaban escritos, muchos estaban incompletos.

Pero ella insistió y se lo mandé.

Sin embargo, le exigí una condición.

—Solo quiero que me digas lo que piensas de verdad. Lo que esté mal, lo que no te guste, lo que no veas claro... lo que sea, me lo dices. Quiero aprender de los errores.

Y aceptó.

Pero, esta vez, ella también se asustó porque pensó:

“Y si no me gusta, ¿cómo se lo digo para que no se enfade?”.

Se encontró con una responsabilidad que no sabía cómo manejar.

Tres semanas más tarde, me mandó un mensaje al móvil.

Y, entonces, retomé la escritura.

Por ti, Isa.

Porque lo que nació de ese mensaje no lo puedo describir con palabras.

Porque el resto de mensajes que siguieron al primero me ayudaron a sacar las fuerzas y el tiempo que necesitaba para seguir escribiendo.

Porque lo que me transmites es tan emocionante que no puedes hacerte una idea de lo increíble que ha sido para mí.

A ti, Isa, te doy mil las gracias.
Porque hemos trabajado juntas.
Tú leyendo para mí.
Yo escribiendo para ti.

Hoja de trébol 3

Mientras todo esto ocurría, Lidia se enteró.
Poco habíamos hablado antes. Pero las pocas conversaciones que tuvimos tampoco llegaban a su fin.
Y se unió a mi locura.
Fuiste clave en varias ocasiones cuando nos reuníamos para hablar del libro.
Entonces, me daba cuenta de cuán implicadas estabais con mi historia y eso me motivaba, todavía más, para escribir.
No olvidaré las veces que me decías:
—¡Ostras! Me he quedado con ganas de más.
Y no olvidaré cómo iniciaste nuestro *Club del Trébol*.
A ti, Lidia, mil gracias por acompañarme en este camino.

Hoja de trébol 4

Mi familia.
No podría haber conseguido terminar el libro sin ella.
Mi marido y mis hijas quedaban olvidados mientras yo me sumergía en mi mundo.
No lo entendíais.
Pero me lo respetasteis.
A vosotros, mil gracias.
Mis padres tuvieron una paciencia infinita escuchándome decir que estaba escribiendo un libro.
Sin decir muchas palabras pero siempre con una sonrisa materna en su cara, sentí ese apoyo incondicional de una madre con su hija.
Mi madre siempre ha estado ahí para mí. Para todo.
Igual que mi padre –hombre de bromas– que, cuando supo que había acabado el libro, me dijo:

—Pero... ¿termina bien?
A vosotros, mil gracias también.